

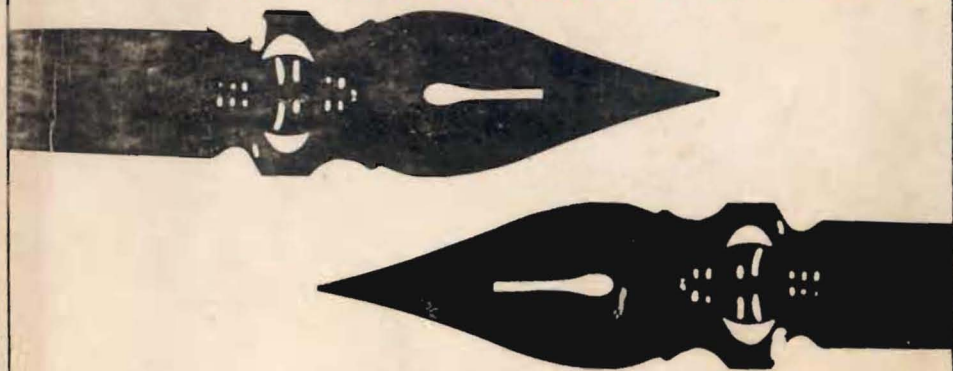
Emir Rodríguez Monegal
El otro Andrés Bello

"En este libro se ha intentado estudiar, creo que por primera vez en forma sistemática, la evolución poética y crítica de Andrés Bello *como un solo proceso*". Así confiesa EMIR RODRIGUEZ MONEGAL el principal propósito de su obra, resultado de una larga maduración, ya que es fruto de varios años de investigación. El análisis de las numerosas publicaciones que ha suscitado la personalidad del humanista y poeta caraqueño, apoyado en el conocimiento de los textos (directamente de las Revistas y periódicos, así como de los escritos de Bello, en ediciones hechas durante su vida y después de su muerte), dan sólida documentación a esta monografía. EMIR RODRIGUEZ MONEGAL gracias a su personal esfuerzo y talento, tiene reconocido un muy legítimo puesto propio entre los críticos literarios de las nuevas generaciones hispanoamericanas. Uno de sus primeros trabajos de investigación fue la edición anotada del *Diario de Viaje a París*, de Horacio Quiroga. Después publicó *José Enrique Rodó en el Novecientos* (1950); *El Juicio de los Parricidas* (nota sobre literatura argentina contemporánea); la edición Aguilar de *las Obras Completas*, de J. E. Rodó; *Las Raíces de Horacio Quiroga*; *Narradores de esta América*; *Literatura Uruguaya del medio siglo*; *Vida y obra de Pablo Neruda* y *El Desterrado*, uno de los más notables estudios sobre Horacio Quiroga escritos hasta el presente. Ha visto la luz, además, una recopilación de entrevistas literarias que, con el título de *El Arte de Narrar*, ha aparecido recientemente en esta misma editorial.

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL nació en Melo, Uruguay, en 1921. Es Profesor de Literatura, habiendo ejercido en Montevideo, Inglaterra, México, EE. UU., donde ocupa actualmente la Cátedra de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Yale. Ha sido director de importantes revistas de crítica literaria y colabora en las publicaciones periódicas de varios países.

Creemos, con el autor, que con este trabajo se ha alcanzado la "reconstrucción de la aventura intelectual de Andrés Bello, de su vida literaria, de su experiencia ya secular y siempre nueva".

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL



EL OTRO
ANDRES
BELLO



MONTE AVILA EDITORES

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

2778
Bosque
6

EL OTRO
ANDRES BELLO



MONTE AVILA EDITORES, C.A.

A mis padres

© Copyright para todos los países
by Monte Avila Editores C. A.
Caracas / Venezuela

Portada / John Lange
Impreso en Venezuela por Editorial Arte

*Mais cette évolution d'une
pensée, j'ai n'ai pas voulu
l'analyser abstraitement mais
la récréer, la faire vivre.*

MARCEL PROUST
(1914)

PROLOGO

HAY, en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de Nueva York, un cuadro de Magritte que representa a un anciano del siglo XIX, de pie en el centro de una habitación y con un león al lado. El anciano está hecho como de piedra pómez: la gris materia de su cuerpo y de su ropa, de su cabeza y de sus manos, está como carcomida por la polilla de los siglos. A su lado, el león está también desgastado por el tiempo.

Siempre he pensado que las imágenes tradicionales de Andrés Bello se parecen a ese anciano abatido por la usura de los años. Y la verdad es que sus libros, sus poemas y sus estudios críticos, parecen hoy más pasto de eruditos que la letra viva de la poesía. Contra estas imágenes me he levantado siempre. Porque me ha parecido ver en Bello otra cosa: el primer aventurero hispanoamericano que asoma el Mundo Nuevo de la Europa romántica, el primer viajero nuestro en las tierras inéditas de la Revolución industrial, el primer cronista de la maravilla de una humanidad llena de sueños de progreso, de civilización, de grandeza. En vez de verlo momificado, lo he visto increíblemente vivo y lozano, librando una batalla desigual por la cultura hispanoamericana.

Ese otro Bello es el que me ha interesado siempre y al que he querido dedicar este libro: obra de reconstrucción de su aventura intelectual, de su vida literaria, de su experiencia ya secular y siempre nueva. Ojalá que el libro sirva para borrar para siempre las imágenes que aquel cuadro de Magritte parece haber sintetizado pesadillescamente.

Yale University

Emir Rodríguez Monegal

INTRODUCCION

PARA gran parte de la crítica hispanoamericana tradicional, Bello aparece clasificado como poeta neoclásico con todo lo que ello implica: apego a la tradición retórica y poética grecolatina, aceptación ciega de las tres unidades dramáticas, sumisión a la autoridad de la Academia Española de la Lengua, aversión o desprecio por el Romanticismo. Para demostrar este último cargo se suele invocar la polémica con José Joaquín de Mora en Santiago de Chile (1831), o la más célebre con Domingo Faustino Sarmiento en la misma ciudad (1842). En esta última, el escritor argentino sostuvo, demole-doramente, la tesis romántica de que el pueblo era autoridad en materia de lengua, mientras el ilustre venezolano defendió los fueros académicos y el respeto a las autoridades literarias.

Si no bastara esta polémica —que algunos, engañados podrían calificar de lateral ya que (aparentemente) no compromete la esencia del Romanticismo como postura de vida y como actitud estética profunda—; si esta polémica no bastara habría que invocar aquella otra no menos famosa y del mismo año en que Sarmiento arremetió contra el concepto de Romanticismo que sustentaban los redactores de *El Semanario*, de Santiago, discípulos de Bello en su mayoría. El escritor argentino abrumó a sus contrincantes con una más desprejuiciada concepción dialéctica y con una incontenible pujanza verbal. Aunque Bello tuvo limitada participación en la primera polémica con Sarmiento y ninguna en la segunda, fueron aparentemente sus ideas y sus doctrinas las que utilizaron los adversarios de Sarmiento, fueron aparentemente sus doctrinas y sus ideas las que combatió Sarmiento. De entonces data la presentación de Bello no sólo como neoclásico furibundo sino como adversario tenaz y obtuso del Romanticismo.

Nada más difícil de despejar que un malentendido. Y sobre todo cuando éste tiene por origen una postura polémica que difícilmente puede servir para retratar al ser entero en movimiento. Sin embargo, es esa actitud transitoria la que los coetáneos se empeñarán en recoger como la totalizadora, como ejemplar y representativa del hombre entero. Nadie fue en 1842 a leer los otros textos de Bello sobre el Romanticismo, sus propios textos críticos y no las deformaciones bien intencionadas de sus discípulos, estos textos que datan (en algunos casos) de varias décadas antes; nadie buscó las razones de su elusiva actitud en la primera polémica, de su reticencia en la segunda. Para todos fue clara entonces una cosa: Bello se presentaba simultáneamente como campeón de los neoclásicos y enemigo de los románticos. Bello, era en el batallador 1842 de los jóvenes románticos, un anacronismo. (El calificativo, que prendió, es de Sarmiento, aunque éste lo había usado en otro sentido).

Esta simplificación —quizá seductora por su implícita simetría— fue divulgada por los interesados y en particular por José Victorino Lastarria en sus *Recuerdos Literarios* (1878), a quien preocupaba mucho aparecer como abanderado chileno de los románticos a pesar de los equívocos de su verdadera posición. De Lastarria fue a parar a los historiadores de la literatura hispanoamericana, demasiado atareados casi siempre para leer todo de nuevo, demasiado inclinados a aceptar cualquier fórmula que evite mayores análisis. La interpretación de Bello como enemigo del Romanticismo ha venido rodando y rodando, de manual literario en manual literario, copiando el nuevo historiador a su inmediato predecesor, hasta convertirse hoy en lugar común de la crítica, contra el que muy pocos han sabido reaccionar¹.

Por hermosa que parezca la imagen de un Bello obstinadamente neoclásico y antirromántico no hay más remedio que pronunciarla falsa. Bello no fue enemigo del Romanticismo. Es más: fue uno de los primeros americanos que conoció el Romanticismo en una de sus fuentes más importantes: la literatura inglesa; fue de los primeros poetas de habla hispánica en acusar caracteres románticos y en

1 Más ecléctica es la posición de Emilio Carilla en su documentado estudio sobre *El romanticismo en la América hispánica* (Madrid, Editorial Gredos, 1958, especialmente las pp. 131/134). Pero por la naturaleza panorámica de su libro, el análisis de Bello resulta demasiado breve.

dejarse influir por lecturas de Scott y Byron, de Lamartine y Víctor Hugo. El estudio detenido de su carrera literaria y de su obra crítica y poética, tal como se intenta en este libro, permitirá demostrar detalladamente estas afirmaciones.

Tal vez en la prolongada confusión de algunos historiadores de la literatura hispanoamericana sobre la verdadera posición de Bello quiera verse sólo un hecho aislado, sin mayores consecuencias. Creo, sin embargo, que al margen de constituir un error grave en lo que se refiere a Bello, es además un hecho sintomático. No sólo de la pereza o rutina con que se transmiten en la crítica de este continente las valoraciones literarias, sino de un defecto más grave y profundo: el de aplicar a la literatura hispanoamericana, sin discriminación alguna, los conceptos y los métodos críticos que se han inventado en Europa para la literatura francesa o la española. Esta actitud de imitación superficial ha hecho encontrar en el movimiento fluido y asistemático de las letras de la América hispánica, la determinación rígida de corrientes ya cartografiadas en las literaturas europeas más cercanas a la nuestra. Se han encontrado, así, clásicos y románticos, realistas y naturalistas, parnasianos y simbolistas, superrealistas y marxistas ¿A qué seguir? No hace mucho, en ocasión del centenario de José Martí, se ha renovado la discusión sobre si su poesía es post-romántica o pre-modernista. Habría que contestar en este caso (como en el de Bello y tantos otros) con las palabras de Sancho en la célebre disputa sobre el yelmo de Mambrino y bacía de barbero: es baciyelmo.

Volviendo a Bello. Al encasillarlo como anacrónico neoclásico hubo de oponérsele a los románticos, aunque para que le cupiera cualquiera de los dos moles era necesario primero hacer abstracción de gran parte de su obra poética y crítica. No conviene ahora, por efecto contrario y hasta simétrico caer en la posición opuesta, como han intentado ya algunos críticos recientes. Si algo pretende demostrar esta investigación sobre la obra literaria de Andrés Bello es que no le cabe la exclusividad de ninguno de los dos nombres que batallaron sobre él y sobre la literatura hispanoamericana en la primera mitad del siglo XIX. Bello fue neoclásico y fue romántico ← y, sobre todo, fue algo más: fue él mismo. El estudio de su biografía literaria y de la evolución paralela de su obra crítica y poética, así como el examen del tiempo que le tocó vivir, permitirá demostrar (espero) la inutilidad de poner sobre su obra un rótulo exclusivo.

Lo que sí importa, y tal es la conclusión a que espero llegar en este estudio, es la afirmación (suficientemente documentada en los ocho capítulos que siguen a estas palabras) de que Bello, como pocos en la América de su tiempo, conoció el Romanticismo, que vio como pocos sus grandes creaciones y sus excesos y que, como pocos también, trató de incorporar a la naciente literatura chilena aquello que podía tomarse sin riesgos de la corriente romántica. En este sentido, fue algo más que un conocedor del Romanticismo. Fue un asimilador y un orientador. Hizo obra de maestro y de varón americano, la mejor obra, la más necesaria siempre.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

LOS ORIGENES:

CARACAS (1781-1810)

DE los tres grandes períodos en que se escinde naturalmente la vida de Andrés Bello el más descuidado por la investigación literaria hasta hace muy pocos años ha sido el de sus orígenes y desarrollo en la nativa Caracas. Escasas noticias facilita la extensa y fundamental *Vida de don Andrés Bello* de su primer biógrafo Miguel Luis Amunátegui; poca obra poética sobrevive de esos años de formación y juventud; sólo algún texto en prosa ha podido ser rescatado de la usura del tiempo. Y sin embargo esos primeros treinta años no pueden ser desdeñados. En ellos se echan las sólidas bases del humanismo de Bello; allí se cumple un comercio cotidiano con la naturaleza tropical que sería reelaborado imaginativamente durante la existencia posterior del poeta; entonces crece y madura una visión americana del mundo que los casi veinte años de exilio londinense impregnarían de nostalgia y harían fructificar en poesía.

Al estudio de ese período de la vida de Bello han dedicado eruditos y críticos venezolanos en estos últimos años una atención preferente. Al denodado esfuerzo, a la sagacidad, a la exhaustiva labor de ellos se debe el rescate de las primeras empresas periodísticas de Bello, la colección cuidadosamente anotada de sus primeras poesías, una nueva perspectiva de sus orígenes poéticos, que es más precisa y más rica de la que hasta ahora se conocía. Corresponde, pues, empezar el estudio de la evolución literaria de Bello por un examen de este momento inaugural de su obra.

Andrés Bello y López nace en Caracas en noviembre 29 de 1781.¹ Poco se sabe de su familia. Su padre, D. Bartolomé Bello, era abogado y Amunátegui lo califica de distinguido. No pareció tener alto aprecio de la profesión ya que según la misma fuente pidió a su hijo no la adoptara. Fue Fiscal de la Real Hacienda de Cumaná unos quince años.² Era también compositor musical y

1 A lo largo de esta investigación, y salvo mención expresa en sentido contrario, sigo la *Vida de don Andrés Bello* por Miguel Luis Amunátegui (Santiago, 1882). En las citas he modernizado la ortografía.

Las biografías posteriores de Andrés Bello son inferiores a la de Amunátegui en lo que se refiere a la compenetración crítica con el personaje. Amunátegui tuvo la ventaja (irrepetible) de ser discípulo y testigo de Bello. Para un punto de vista distinto al de la *Vida*, sobre la importancia de la familia de Bello en Caracas, conviene ver las crónicas dejadas por Joaquín Edwards Bello, descendiente del caraqueño y delicioso cronista. Muchas de sus páginas sobre don Andrés están recogidas en el volumen de homenaje a Bello de la revista *Atenea* (Concepción, Chile, 1955, pp. 41/72). Sobre los orígenes familiares de Bello, su condición de ciudadano perteneciente a la clase blanca pero no aristocrática, sus vinculaciones con las clases pudientes (de donde saldrían los mayores rebeldes contra el régimen español), etc., etc., véase en particular la crónica, "Bello y los libertadores", en las pp. 56/60, del volumen citado. Es lástima que Edwards Bello no haya llevado a cabo una biografía completa de su ilustre antepasado. Por los atisbos que ofrece en estas crónicas, su Bello habría sido considerablemente distinto a la imagen oficial.

2 Cf. *Recuerdos de don Andrés Bello* por Alberto Sanabria, en *Primer libro de la semana de Bello en Caracas* (25 de noviembre - 1º de diciembre, 1951), Caracas, 1952, p. 281. En adelante esta publicación, que recoge invaluable material erudito, será citada como *Primer libro*.

En otra crónica, "Destino de don Andrés Bello" (publicada originariamente en *La Nación*, Santiago de Chile, setiembre 13, 1965), Edwards Bello señala que el apellido de la madre, López, "insinúa una novela de sugerencias judeo-hispanas. Es apellido de judíos de España y Portugal". (El artículo está recogido en *Atenea*, p. 70). Véase, también, sobre los padres de Bello: "Bello es esencialmente, en el más alto sentido de la palabra un educador", artículo de Arturo Uslar Pietri, en *Política*, Caracas, vol. IV, N° 43, octubre-noviembre 1965, pp. 131/139. En la página 134, Uslar Pietri se refiere a su abuelo materno, don Antonio, y dice que era pintor, escultor y dorador, lo que indicaría una herencia de aptitudes artísticas por ambas ramas de la familia.

durante trece años (hasta marzo 29, 1787) fue músico en la Catedral de Caracas. Se sabe que una de sus obras, titulada Misa del Fiscal, era conocida y ejecutada entrado ya el siglo XIX pero han sido hasta ahora infructuosos todos los intentos de localización realizados por investigadores venezolanos —en particular, por Juan Bautista Plaza—³. Sobre la influencia que esta vocación musical del padre puede haber tenido en el hijo ha escrito Amunátegui: "*aunque gustaba mucho de oír tocar o cantar, no heredó ese talento*". De su madre, Doña Ana Antonia López, se conserva huella afectuosa en los párrafos de una carta familiar escrita por el hijo en sus últimos años: "*Lee estos renglones a mi adorada madre, que su memoria no se aparta jamás de mí, que no soy capaz de olvidarla, y que no hay mañana, ni noche, que no la recuerde; que su nombre es una de las primeras palabras que pronuncio al despertar, y una de las últimas que salen de mis labios al acostarme, bendiciéndola tiernamente, y rogando al cielo derrame sobre ella los consuelos de que tanto necesita*".

Hay un retrato literario de la madre, ya anciana, en una carta de su nieto Carlos a Don Andrés; está fechada en junio 6, 1846, y dice: "*Llegué a Caracas; y después de algunos trabajos acerté con la casa de mi abuela. Era día domingo; y había salido, como tiene de costumbre, a casa de mi tía Rosarito. Fui a buscarla, y quiso mi suerte que la encontrase en la calle. Me la dio a conocer la persona que me servía de guía. Sin decir quién era yo, la conduje con el talismán del nombre de usted (que ella se resistía) a casa de Rodríguez (yerno de doña Ana). Allí me di a conocer. Ya puede figurarse usted cuántos abrazos recibiría, cuántas preguntas tuve que contestar, y cuán grande fue la sorpresa y el placer, sobre todo de mi abuela. Lleva maravillosamente bien sus años. Es activa, hacendosa, y hasta más alegre de lo que pudiera creerse. Los retratos le han causado infinito placer; pero le cuesta conformarse con la idea de que usted tenga canas, y que le falten dientes*".

La escena parece calculada por algún dramaturgo, especialista en anagnórisis. Don Andrés ya tenía 64 años, por lo que parece deliciosamente ingenua la sorpresa de Doña Ana Antonia, aunque esté justificada por la extraordinaria vitalidad de una dama que, en la

3 Cf. *La olvidada Doña Ana Antonia López* por Luis Villalba Villalba en *Primer libro*, pp. 308/09.

hora de esa carta, debía tener sus buenos ochenta y tantos años. Es esa longevidad lo que ha heredado seguramente el hijo. También (según apunta con precisión Amunátegui) hereda de ella los frecuentes dolores de cabeza.

El ambiente familiar en que fue criado Bello ha sido calificado así por Luis Villalba Villalba: "*Ni el abogado y músico D. Bartolomé, ni muy menos Doña Ana Antonia López, figuran entre los cogollitos del mantuanaje caraqueño, ni entre los propietarios de numerosas esclavitudes, ni su hogar se holgaba con las preeminencias dispensadas a los eufóricos Hijosdalgo de aquestos Reinos de Castilla. Eran, claro está, de limpio linaje, de espíritu modelado en el cultivo de las letras y las artes, de sencillas costumbres y de austeras virtudes y limpias ejecutorias ciudadanas*".⁴

En este mundo del crepúsculo colonial se crió Bello. El ambiente dejó en él una huella que los años, después del exilio en Inglaterra y la nueva fundación americana de su vida en Chile, no hicieron más que revelar. De una carta chilena es este párrafo, que destaca justamente Amunátegui porque en él se une a la nostalgia del hogar, el recuerdo de la belleza natural de su tierra. En la carta se refiere Bello a la iglesia, vecina de su casa y como ésta destruida por un terremoto en 1812. (Ambas fueron reconstruidas con posterioridad): "*¡Cuántos precisos recuerdos sugiere ese templo y sus cercanías, teatro de mi infancia, de mis primeros estudios, de mis primeras y más caras afecciones! Allí la casa en que nacimos y jugamos, con patio y corral, con sus granados y naranjos. Y ahora, ¿qué es de todo esto?*"⁵

La nostalgia del tema básico (el *ubi sunt* cuyos ecos parecen adscritos en la poesía castellana a las coplas de Manrique) se reitera en otra carta, aún más resonante de emoción: "*Diles a mis hermanas que me amen siempre; que la seguridad de que así lo hacen es tan necesaria para mí, como el aire que respiro. Yo me transporto con mi imaginación a Caracas, os hablo, os abrazo; vuelvo*

4 Art. cit., pp. 309.

5 No reproduzco el texto que cita Amunátegui (pp. 1/2) sino otro preparado por Pedro Grases: *Del Epistolario de Andrés Bello, Revista Nacional de Cultura*. Año IX, N° 65. Caracas, noviembre-diciembre 1947, p. 89. Tiene una pequeña variante de interés. En lugar de *precisos recuerdos* (según la versión de Amunátegui) debe leerse: *precisos recuerdos*.

luego en mí; me encuentro a millares de leguas de Catuche, del Guaire y del Anauco. Todas estas imágenes fantásticas se disipan, como el humo; y mis ojos se llenan de lágrimas. Qué triste es estar tan lejos de tantos objetos queridos, y tener que consolarse con ilusiones que duran un instante, y dejan clavada una espina en el alma".

La nostalgia de la tierra natal (que en él significa no sólo el suelo, sino la naturaleza misma sentida tan honda y concretamente, el hogar y los más tiernos afectos familiares) va a ser uno de los temas de su vida entera de desterrado en los casi veinte años de Londres, y luego de desterrado en Chile donde construiría tanto para todos (sus hijos, sus discípulos, la nación entera) sin poder dejar de ser él mismo, en lo más íntimo de su ser, un hombre de otros climas.

ESTUDIOS HUMANISTAS

Como todo humanista fue lector omnívoro. Se cuenta que ya a los once años reunía las pocas monedas que estaban a su alcance para comprar, en una tienda de Caracas, las *Comedias* de Calderón de la Barca, publicadas en cuadernos. No sólo las leía; las aprendía de memoria, para declamarlas luego en el hogar, ante la madre, complacida e indulgente. Se echaban así las bases de su comercio con toda una zona de literatura española, esa rica dramaturgia de los siglos XVI y XVII, a la que, posteriormente, el crítico literario del período londinense habría de prestar atención, reaccionando con sus puntos de vista contra la común opinión neoclásica que sólo veía en Calderón a un desorbitado (como los franceses de entonces calificaban a Shakespeare).

Pero los estudios regulares de Bello se encauzarían por influencia de fray Cristóbal de Quesada, humanista consumado. A su lado, adquirió Bello una familiaridad con la poesía latina que daría disciplina a su propia obra y una elegancia de dicción que no abunda en la poesía hispanoamericana. La enseñanza (tal como la recordaba Bello en su ancianidad, en confianza que Amunátegui recoge) no se limitaba al estudio gramatical. Fray Cristóbal enseñaba prácticamente, sobre los mismos textos literarios, desentrañando la composición poética y apuntando procedimientos y vicios. Con él aprendió el joven algo más que latín: adquirió los fundamentos del arte literario.

Como fray Cristóbal era asimismo bibliotecario del convento de la Merced, facilitó al joven el acceso a obras clásicas de la literatura española. Una de las más largamente leídas fue el *Don Quijote*. Más tarde, en su prosa crítica, en su traducción de *Orlando Innamorato*, se encuentran perceptibles ecos de un contacto que no fue abandonado.

La enfermedad del padre Quesada (que sobrevino, según se cuenta, en momentos en que traducía con Bello el quinto libro de la *Eneida*) y su muerte posterior obligó al joven a entrar en el Colegio o seminario de Santa Rosa, donde dictaba su curso el doctor Montenegro. Pronto se destacó Bello como latinista consumado. Allí trabó amistades con jóvenes de la mejor sociedad que se reunían en tertulias literarias y que habrían de incorporarlo a un movimiento de orientación más moderna. En casa de Luis y Javier Ustáriz le fue regalada a Bello una gramática de la lengua francesa. Con ella, un diccionario y la ayuda de Luis Ustáriz para corregir defectos de interpretación y mejorar el acento, emprendió un estudio que lo acercaría a una de las dos principales fuentes del pensamiento y la literatura de la época.

Como señal del valor revolucionario que se atribuía entonces a esta lengua se cuenta que iba Bello leyendo un volumen de tragedias de Racine en su idioma original, cuando topa con el Presbítero Montenegro. Este le pide ver el libro, lo examina y se lo devuelve con proféticas palabras: "*Es mucha lástima, amigo mío, que usted haya aprendido el francés!*"

El tercer maestro de Bello fue don Rafael Escalona, profesor de filosofía en la Universidad de Caracas, y orientado ya hacia un estudio más moderno de dicha ciencia. En vez de dedicar (según establecía la costumbre) el primer año a la Lógica, don Rafael ocupó sólo los tres primeros meses en su estudio, ocupando los restantes con la aritmética, el álgebra y la geometría, como introducción al estudio de la física experimental. Este nuevo método despertó en el alumno la afición a los estudios científicos que habrían de ocupar tan fecundamente sus años londinenses y que la inmediata llegada de Humboldt a Caracas impulsaría aun más. El 9 de mayo de 1800 recibió Bello el grado de bachiller en artes.

UN VISITANTE ILUSTRE

La llegada del barón de Humboldt, a fines de 1799 significó para Bello un acontecimiento extraordinario. El joven tenía poco más de 18 años y el barón unos treinta pero la vinculación que entre ambos se estableció, cimentada por intereses comunes y por una misma inquietud ante la naturaleza, fue instantánea. Bello acompañó a Humboldt en sus excursiones científicas por los alrededores de Caracas, lo que exigía un vigor que entonces Bello no poseía. Aprende así directamente, por el ejemplo, el estudio y la investigación de la naturaleza. A la visión poética del mundo natural que siempre tuvo se incorpora por influencia de Humboldt esa consideración científica que enriquecerá sus posteriores descripciones de la naturaleza americana. Así se echan las bases para la futura vinculación de su obra con aquella poesía científica a que fueron tan afectos los clásicos y cuyo secreto parece haberse perdido hasta nuestro siglo. En algunos versos de la *Oda a la Vacuna* (escrita hacia 1804) asoma ya, aunque tímida, la visión continental de América que en la poesía del período londinense habría de encontrar amplio desarrollo. Así, por ejemplo, al declarar que por sus labios toda Venezuela agradece a quien la libra del terrible mal, Bello se corrige y canta:

¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran
desde la costa donde el mar soberbio
de Magallanes brama enfurecido,
hasta el lejano polo contrapuesto:
y desde aquellas islas venturosas
que ven precipitarse al rubio Febo
sobre las ondas, hasta las opuestas
Filipinas, que ven su nacimiento,
de ternura igualmente poseídos,
sé que unirán gustosos a los ecos
de mi musa los suyos, pregonando
beneficencia tanta al universo.

La visión continental es todavía, y demasiado, una visión imperial española, la visión del conquistador y colonizador en cuyo imperio no se pone el sol, como lo prueba la inclusión de Filipinas. A ella hay que agregar los cuatro versos con que concluye la estrofa:

Tal siempre ha sido del monarca hispano el cuidadoso paternal desvelo desde que las riberas de ambas Indias la española bandera conocieron.

Un humanismo dieciochesco más la visión imperial, son los elementos que predominan indudablemente en el poema. Apenas como una nota insinuada queda en esta estrofa el primer esbozo de una visión americana del continente. Los gérmenes estaban allí aunque Bello no había descubierto aún la manera de desarrollarlos⁶.

A este período pertenece otro acontecimiento de su biografía que, aunque escasamente conocido en el detalle, no pudo dejar de tener influencia en el desarrollo de su personalidad poética. El joven solía pasar sus vacaciones en Cumaná, junto a su padre, donde éste desempeñaba el cargo de Fiscal de la Real Hacienda. Allí conoció a María José de Sucre, hermana de Antonio José. La muchacha había nacido en aquella región y era (repiten las crónicas) muy esbelta y hermosa; la llamaban *La Griega*. En sus *Ensayos Biográficos* Amunátegui revela que don Andrés, ya anciano, admitió haber estado profundamente enamorado de la joven. Una enfermedad que no se precisa, los separó. Ella habría de morir en un naufragio, junto a su hermana Aguasanta y varios sobrinos. En algunos (muy pocos) poemas de este período caraqueño parece resonar algún eco de esa pasión en que seguramente se ensayó con abundancia el lirismo del joven.⁷

6 Tal vez pueda vincularse al impulso dejado por la visita de Humboldt el intento muy posterior de una enciclopedia venezolana que maduró en el *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Venezuela para el año de 1810*, que se estudia más adelante. La conocida Oda de Quintana, "A la expedición española para propagar la vacuna en América bajo la dirección de don Francisco Balmis", es dos años posterior al poema de Andrés Bello, según anota René L. F. Durand en su estudio sobre *La poésie d'Andrés Bello* (Dakar, Université de Dakar, 1960, p. 28, N° 3).

7 Cf. *María, Ana, Isabel y Andrés* por Antonio Alamo, in *Primer libro*, pp. 283/84. En la *Vida* nada dice Amunátegui de ese idilio juvenil. Más datos sobre la vida de Bello en este período pueden verse en "Visitantes ilustres de Cumaná. Don Andrés Bello en las riberas del Manzanares", in *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, N° 24, noviembre-diciembre 1940, pp. 116/118. Bello conoció a María Josefa Sucre en Cumaná.

La sociedad caraqueña de entonces había alcanzado un nivel cultural que sorprendió halagüeñamente a Humboldt. Era frecuente la reunión en tertulias en las que se practicaba el arte de la conversación refinada; también se organizaban veladas literarias y musicales donde se leían poemas o se recitaban canciones. Una de las más celebradas tertulias era precisamente la de Luis Ustáriz. Estricto coetáneo de Bello, Ustáriz era muy afrancesado en su orientación cultural, y algo Mecenas de la juventud poética, como lo califica en su célebre ensayo Miguel Antonio Caro. "*Era (...) su casa un templo de las musas; que en ella se leían y se juzgaban los escritores peninsulares, y guardaban como en un archivo las composiciones indígenas, de las cuales existía una colección completa, que por desgracia hubo de perderse, condenada a las llamas por los realistas vencedores en 1812*"⁸. Sobre este grupo de jóvenes entusiastas actuó como estímulo la presencia en Venezuela del poeta neoclásico español Juan Bautista Arriaza. Bello sintió tal vez su influencia, según ha señalado la crítica venezolana. Con sus poemas, con sus estudiadas improvisaciones, el joven caraqueño contribuyó más de una vez a esta tertulia. Muchas décadas más tarde, aún quedaban personas que retenían en la memoria sus más felices composiciones juveniles. El mismo, exilado en Inglaterra, las había olvidado o ya no quería recordarlas. Porque el Bello que estas composiciones ofrecen es el poeta dieciochesco (empapado de neoclasicismo y de ese enciclopedismo optimista que habrían de ser puestos tan duramente a prueba durante su estancia en Londres).⁹

8 Cf. Miguel Antonio Caro: ob. cit., p. 55. Puede consultarse, asimismo, el prólogo de Fernando Paz Castillo al volumen I de las *Obras Completas*, Caracas, 1952, p. XL, aunque creo que allí exagera algo el aspecto preromántico de la poesía de Arriaza.

9 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I p. CXXXIV. Sobre este período de la producción poética de Bello hay un interesante trabajo de Pedro Grases: *La singular historia de un drama y de un soneto de Andrés Bello*, editado en 1943 por primera vez, y recogido en el volumen de su autor: *Andrés Bello, El primer humanista de América*, Buenos Aires, Ediciones del Tri-dente, 1946, pp. 21/48. Véase también el libro citado de Durand. Es un estudio interesante y general de la poesía de Bello. Recoge observaciones ajenas y ordena comentarios propios sobre las relaciones poéticas de Bello con autores franceses. Es particularmente valioso su examen de la poesía de inspiración paisajística que Bello compone bajo la influencia de Delille.

TRABAJOS Y PROYECTOS LITERARIOS

En noviembre 6, 1802, Andrés Bello es designado segundo oficial de la secretaría en la gobernación de Venezuela. Inicia así una carrera administrativa en la que pasaría por sucesivos avatares (comisario de guerra, secretario de la embajada que envía el gobierno revolucionario a Londres) y que escapa por completo al objeto de esta investigación literaria. La única actividad que puede interesar ahora es la que tiene relación directa con su obra, y que lo muestra vinculado a algunas empresas periodísticas del gobierno colonial.

Ante todo, aparece vinculado con la *Gazeta de Caracas* cuyo primer número es de octubre 24, 1808. En un erudito trabajo de 1943 Pedro Grases ha tratado de establecer su colaboración, basándose en parte, en "el gran número de traducciones del francés y del inglés que inserta en la *Gazeta*". En efecto, ya entonces Bello no sólo dominaba el francés; también había aprendido inglés sin más ayuda, apunta Amunátegui, que una gramática, un diccionario y mucha paciencia. Su conocimiento del idioma le permitía la lectura y traducción aunque no podía hablarlo. Por un párrafo de una carta que John Robertson envía a Bello desde Curaçao (diciembre 10, 1810) se puede deducir que hasta la víspera misma de su viaje a Inglaterra no dominaba del todo esa lengua. Dice Robertson: "Mi señora habla el francés; pero creo que el inglés debe ser ahora familiar a usted"¹⁰.

La conjetura emitida por Pedro Grases fue corroborada por un documento que había publicado en 1938 el historiador Héctor García Chuecos y que volvió a circulación con motivo del trabajo de 1943¹¹.

10. Amunátegui cita la carta en la página 97 de su *Vida* pero no indica la indudable importancia del párrafo que se destaca en el texto. Por la correspondencia con Robertson se sabe que ya en 1809 Bello leía el *Political Register*, de Cobett, a quien su corresponsal califica de "escritor más hábil y atrevido de Inglaterra".

11. Cf. *Contribución a la Bibliografía Caraqueña de don Andrés Bello* in *Andrés Bello, El primer humanista de América* por Pedro Grases, Buenos Aires, Ediciones del Tridente, 1946, pp. 114/15. Allí se establece la precedencia de García Chuecos en esta investigación y se comenta con detalle el documento.

Se trata de una nota de fecha enero 30, 1809, en que don José Montenegro declara haber sido vanos sus esfuerzos para encontrar quien pueda aceptar el cargo de redactor de la *Gazeta* "por el tiempo que pueda durar la indisposición de don Andrés Bello". Lo que parece indicar, asimismo, que Bello era su único redactor. Según este testimonio irrefutable, la redacción de la *Gazeta* constituiría su primera empresa periodística y a pesar de su humildad, debe ser considerada como antecedente de una obra que incluye grandes periódicos americanos.

A esta empresa temprana sucedería en la misma Caracas otra que no llegó a realizarse pero que por sus características posee también especial importancia. Hacia 1809 se anuncia la aparición de una publicación titulada *El Lucero* y cuyos redactores serían Andrés Bello y Francisco Isnardy. El mismo García Chuecos ha señalado la existencia de dicho proyecto y Pedro Grases lo ha examinado y desarrollado en un trabajo de 1949. Se trata de una revista literaria, que contaba con el apoyo oficial, y de la que no parece haberse publicado más que un prospecto, pieza hasta hoy perdida. Por una *Noticia literaria* publicada en el semanario del *Nuevo Reino de Granada*, de Caldas, se pueden reconstruir algunas características de la publicación. *El Lucero* estaría dividido en secciones en que se trataría de: "la Moral Civil; el Bello sexo; las Ciencias útiles; la Historia; y la Estadística de Venezuela". Bien señala Grases en su comentario: "Las dos grandes revistas de Bello en Londres (...) parece que estén trazadas sobre pauta semejante. La misma devoción puesta al servicio de las ciencias y las letras, con el doble carácter de enseñanza y de investigación. Lo mismo que viene anunciando en esta primera empresa venezolana. Bello proseguirá este pensamiento inicial; Isnardy llevado por la política hacia otras actividades dirigirá publicaciones de interés exclusivamente político"¹².

12. Cf. "El Lucero", de Andrés Bello y Francisco Isnardy, in *Doce Estudios sobre Andrés Bello* por Pedro Grases, Buenos Aires, Editorial Nova, 1950, pp. 31/34. (Se indicará de ahora en adelante como *Doce estudios*). Del mismo: *Tres empresas periodísticas de Bello* in *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Año XVII, N° 108, pp. 44/55. Hay separata, con ampliaciones. Sobre *El Lucero*, y, en particular, sobre la personalidad de Francisco Isnardy, puede verse *Labor periodística de Andrés Bello*, por Federico Alvarez O., Caracas, Universidad de Venezuela, 1962, pp. 47/52. Este libro se recomienda, además, por poner en claro y con citas convincentes el pensamiento liberal de Bello, y no sólo en materia literaria.

En el plan de la nueva publicación, tal como lo trasmite el anuncio periodístico, se encuentra no sólo la visión humanística general de Bello. Aparece además, en el territorio que interesa muy especialmente a esta investigación literaria, algún título muy significativo: la Elocuencia y la Poesía; la pureza de la lengua; el Teatro. Tres de sus preocupaciones fundamentales como creador y como crítico.

EL CALENDARIO MANUAL

Pero la más importante empresa literaria venezolana a que aparece asociado su nombre es el *Calendario Manual y Guía universal de Forasteros en Venezuela para el año de 1810*. Durante cinco años a partir de 1944, un equipo de investigadores venezolanos encabezados por Pedro Grases y Enrique Planchart fatigaron las bibliotecas del mundo occidental en busca de un ejemplar de esta curiosa pieza bibliográfica. Fue al fin localizada en el British Museum, de Londres, y en 1952 se preparó en Caracas una edición, con reproducción facsimilar¹³.

El proyecto, como casi todos los que concibió Bello, es de magnitud incomparable. Lo que llegó a publicarse del mismo (y eso también es otra característica de algunas empresas a que aparece asociado su nombre) fue apenas una parte: la que puede ser considerada como Introducción general y algunas páginas que el plan denomina *División Civil*. No se publicaron las otras cuatro partes que completan la obra: la división Fiscal o de Real Hacienda (segunda), la Eclesiástica (tercera), la Militar (cuarta) y la Mercantil (quinta). Afirma Grases que de haberse publicado "nos habrían dado una obra importantísima para la historia de Venezuela". Se ha podido comprobar que esta empresa enciclopédica fue realizada casi sin ayuda ajena. Por notas publicadas en la *Gazeta de Caracas* se deduce que fuera del Director había un único operario, el

13 Cf. *El primer libro impreso en Venezuela* por Pedro Grases, Caracas, 1952, 100 pp. Con la reproducción facsimilar del *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Venezuela para el año de 1810*, 64 pp. en papel ilustración. Todas las citas de esta sección se hacen según el texto allí reproducido, aunque se moderniza la ortografía.

que por otra parte había estado enfermo. Contra éste y otros contratiempos prosigue empecinadamente Bello su tarea. La demora en la publicación del *Calendario* tuvo como consecuencia que el tallido de la revolución de independencia interfiriese en el plan y hasta modificase su naturaleza. La obra había sido concebida con el apoyo de las autoridades coloniales. Con la revolución era forzosamente distinta la estimativa que habría de orientar el *Resumen de la Historia de Venezuela* en la Introducción general; otro debería ser también el cuadro institucional que se presentara a forasteros y connacionales. No era posible alterarlo todo. Bello debió publicar la primera (y única) parte tal como fue concebida bajo el gobierno español. El impreso nació, pues, prácticamente muerto (como ha señalado Grases) aunque su importancia como primer testimonio de una labor enciclopédica siga intacta.

Del valor histórico de este resumen no corresponde ocuparse aquí; ya ha sido suficientemente indicado por su erudito editor. Lo que sí importa subrayar es su valor literario. En él se encuentra una visión directa de la naturaleza americana en que (como ha apuntado Grases) ya "*se anuncia el futuro autor de las Silvas Americanas*". Aunque el estilo habría de depurarse más tarde de mucho oropel del Barroco, de algunas simetrías oratorias de estirpe clásica, se encuentran en ciertas páginas del *Resumen*, captadas viva y casi inmediatamente, muchas notas de su poesía descriptiva de los años londinenses¹⁴.

Así, por ejemplo, al describir una de las zonas de la Capitanía General de Caracas dice: "*La Guayana, a quien el Orinoco desti-*

14 Cf. *Cervantes y Bello* in *Doce estudios*, pp. 61/73. Pedro Grases establece allí vinculaciones directas entre pasajes de Cervantes y algunos de Bello, en particular uno del *Resumen de la historia de Venezuela*. Es evidente que Bello fue permeable a la influencia del estilo cervantino —en particular, a lo que éste tiene de retórica antigua y simetría oratoria— pero más que la imitación de un texto concreto (en este caso, el famoso *Discurso de la edad de oro*) habría que indicar una influencia general, vinculada asimismo a la de otros escritores del período clásico de las letras españolas. Párrafos como éste parecen apuntar el rumbo de las preferencias estilísticas del prosista de 1810: "*Trujillo abandonada de su fundador, devorada por la discordia de sus vecinos y acosada de los insectos, los pantanos y las tempestades anduvo vagando convertida en Ciudad portátil, hasta que en 1570 pudo fijarse en el sitio que ocupa actualmente*".

naba a enseñorear todo el país que separan del mar los Andes de Venezuela, fue de poco momento mientras que los entusiastas del Dorado pisaron su majestuoso suelo ciegos por la codicia, y sordos a las ventajas de la industria y el trabajo; mas aunque estas funestas expediciones no produjeron el deseado fin que las hizo emprender, no pudieron menos que llamar la atención sobre el maravilloso espectáculo con que la naturaleza convidaba a unos hombres desengañados a indemnizarse con el sudor de sus pérdidas y la destrucción, a que los había reducido la avaricia". Se reconoce allí esa visión moral del acontecer histórico, que entronca directamente con Tácito y que pasaría también a las *Silvas*; se encuentra asimismo el contraste entre la naturaleza fecunda que se entrega sólo al que la trabaja, y los engañosos tesoros de El Dorado.

Otros pasajes confirman el punto de vista y lo amplían con observaciones que luego pasarían directamente a la poesía. "Entre las circunstancias favorables que contribuyeron a dar al sistema político de Venezuela una consistencia durable [reflexiona Bello] debe contarse el malogramiento de las minas que se descubrieron a los principios de su conquista. La atención de los conquistadores debió dirigirse desde luego a ocupaciones más sólidas, más útiles y más benéficas, y la agricultura fue lo más obvio que encontraron en un país donde la naturaleza ostentaba todo el aparato de la vegetación".

Esta observación lo lleva a escribir más adelante: "Desde la Victoria hasta Valencia no se descubría otra perspectiva que la de la felicidad y la abundancia, y el viajero fatigado de la aspereza de las montañas que separan a este risueño país de la Capital, se veía encantado con los placeres de la vida campestre, y acogido en todas partes con la más generosa hospitalidad. Nada hallaba en los valles de Aragua que no le inclinase a hacer más lenta su marcha por ellos: por todas partes veía alternar la elaboración del añil, con la de azúcar; y a cada paso encontraba un propietario Americano o un arrendatario Vizcayno, que se disputaban el honor de ofrecerle todas las comodidades que proporciona la economía rural".

Hay en este cuadro algo más que la exposición científica del que refiere cosas registradas por otros: se advierte ya una anotación directa que corresponde a la visión personal y a la experiencia del que escribe. No en vano este mismo valle de Aragua reaparece en uno de sus sonetos. Se titula *Mis deseos* y ha sido fechado hacia

1800 (tal vez es anterior, según Caro). Lo que Bello pretende, "cuando de ofrendas cubre los altares", es:

*De Aragua a las orillas un distrito
que me tribute fáciles manjares,
do vecino a mis rústicos hogares
entre peñascos corra un arroyito.*

*Para acogerme en el calor estivo,
que tenga una arboleda también quiero,
do crezca junto al sauce el coco altivo.*

Aunque la dicción y el sentimiento no superan las convenciones de la poesía neoclásica, la mención del Aragua y del coco junto al sauce, son señales de esa localización geográfica concreta que ya es característica de la etapa venezolana de Bello y que en Londres habrá de desarrollarse ampliamente, determinando un nuevo rumbo de su poesía.

En otro texto se advierte, más razonada aún, la doble condición científica y poética de la prosa del *Resumen*. Se refiere Bello a la introducción del café en Venezuela y dice: "Bien pronto se vieron desmontadas, cultivadas y cubiertas de café todas las montañas y colinas, que conservaban hasta entonces los primitivos caracteres de la creación. La mano y la planta del hombre penetró y halló por la primera vez las inaccesibles alturas que circunvalan la Capital de Venezuela, y así como los Valles de Aragua se vieron cubiertos poco antes con el lozano verdor del añil, aparecieron simétricamente coronadas de café las cimas y las laderas que habitaban los tigres y las serpientes. Los que hasta entonces no habían imaginado que pudiera haber otra propiedad útil que las de los valles o las orillas de los ríos, se vieron de repente con un terreno inmenso que cultivar con ventajas: redóblanse los esfuerzos de los labradores hacia tan precioso y rápido arbitrio de fortuna; la industria multiplica la prosperidad, e inmediatamente se ven elevados a la clase de los propietarios útiles los que no lo hubieran sido quizá sin la lisonjera perspectiva que presentaba a la Provincia la introducción de este importante cultivo".¹⁵

15 Amunátegui ha referido que don Andrés gustaba extremadamente del café y que (como Balzac) lo usaba de estimulante para su trabajo intelectual. También ha preservado en su *Vida* (cap. IV, p. 23) un fragmento

Allí se encuentra en germen un sentimiento poético personal aunque encerrado, es cierto, dentro de la visión amplia del historiador, del economista y del hombre de ciencia. Ese germen habría de madurar en las horas del lento exilio londinense y se habría de enriquecer de nostalgia, de tiempo irrecuperable y de verdadera poesía.

SU POESIA NEOCLASICA

Diez son las composiciones poéticas que se conservan del período caraqueño. Hasta hace muy poco la crítica literaria más autorizada (Miguel Antonio Caro, Menéndez Pelayo) vio en ella sólo los signos de una poesía neoclásica, de fuerte entronque con la poesía hispánica de entonces.¹⁶ Su ideario es característico de ese largo crepúsculo colonial del siglo XVIII que se vivía entonces en América. Está impregnada de la idea del progreso, de un generoso humanitarismo que es también humanismo, de una visión espiritual y elevada de todo el orbe hispánico, marcado por una todavía fuerte aspiración imperial. Sus temas principales parecen confirmar este punto de vista crítico que puede llamarse tradicional. La *Oda a la Vacuna*, tan semejante a las composiciones de Quintana, el drama *Venezuela consolada*, que desarrolla en diálogo (o, tal vez, sólo en discursos yuxtapuestos) el motivo de la *Oda; A la victoria de Bailén*, soneto patriótico español; y en otro orden de composiciones: la imitación de la segunda *Egloga* de Virgilio (con perceptible influencia de la escuela de Garcilaso, como se ha demostrado)¹⁷ o la adaptación de *A la nave de Horacio*. Por su ideario siglo XVIII, por sus temas, por la dicción, por la métrica, por las alusiones mitoló-

de la carta en que declara el anciano haber recibido "un saco del café de la hacienda de Helechal, que, durante algunos años, fue propiedad mía y de mis hermanos, y en la guerra de la independencia pasó a otros dueños. Siempre que tomaba una taza de aquel exquisito café, me parecía que se renovaban en mí las impresiones, y la perfumada atmósfera en que se produce, enlazadas con las pequeñas aventuras de la época más feliz de mi vida". La carta, dirigida a don Antonio Leocadio Guzmán, es de setiembre 24, 1864.

16 Véanse los estudios de Miguel Antonio Caro y Marcelino Menéndez Pelayo citados en la *Introducción* a este trabajo.

17 Cf. *La elaboración de una Egloga juvenil de Bello*, in *Doce estudios*, pp. 37/57. Es un ensayo redactado por Grases en 1947.

gicas, esta poesía revela un excelente aprendizaje de los modelos grecolatinos, la familiaridad con la mejor poesía castellana de los siglos clásicos y la más elocuente de la época moderna. Bello podría figurar con estos versos juveniles en cualquier Parnaso español del neoclasicismo.

A esta visión tradicional se ha opuesto lentamente otra. La más reciente crítica literaria venezolana ha tratado de apuntar los elementos prerrománticos que ya se encuentran en esa poesía. Para ello ha concentrado su análisis en composiciones coetáneas. La más antigua se titula *El Anauco* y ha sido fechada hacia 1800. La versificación, las alusiones mitológicas, la nomenclatura, son indudablemente neoclásicas. La única excepción la indicaría el nombre mismo de la composición, que se refiere a un río venezolano e introduce (en el paisaje convencional y casi abstracto, por estilización, de la poesía neoclásica) un elemento concreto y de color local. Es cierto que ya Garcilaso utilizó ese procedimiento, que es en definitiva el de los mismos clásicos. Para Fernando Paz Castillo habría otro elemento que tener en cuenta: la emoción fúnebre de indudable nostalgia, que transparentan algunos versos¹⁸.

El poeta entona sus cantos a la ribera del Anauco, "para mí más alegre, / que los bosques idalios / y las vegas hermosas / de la plácida Pafos". Apunta su esperanza de que aún después de muerto vuelva a recorrer las riberas amadas:

y cuando ya mi sombra
sobre el funesto barco
visite del Erebo
los valles solitarios,
en tus umbrias selvas
y retirados antros
erraré cual un día,
tal vez abandonando
la silenciosa margen
de los estigios lagos.

18 Cf. *Introducción a la poesía de Bello* por Fernando Paz Castillo, in *Poesías*, tomo I de las *Obras Completas*, Caracas, 1952, pp. XLIX-L. Todas las citas de los poemas de Bello se harán en lo sucesivo por esta monumental edición. Le corresponde la indicación O.C., Caracas, para distinguirla de la anterior chilena: O.C., Santiago.

Luego agrega un desarrollo:

*La turba dolorida
de los pueblos cercanos
evocará mis manes
con lastimero llanto;
y ante la triste tumba,
de funerales ramos
vestida y olorosa
con perfumes indianos,
dirá llorando Filis:
"Aquí descansa Fabio".
Mil veces venturoso!*

La tercera y última parte introduce un nuevo tema, fuertemente contrastante:

*Pero, tú, desdichado,
por bárbaras naciones
lejos del clima patrio
débilmente vaciles
al peso de los años.
Devoren tu cadáver
los canes sanguinarios
que apacienta Caribdis
en sus rudos peñascos;
no aplaque tus cenizas
con ayes lastimados
la pérfida consorte
ceñida de otros brazos.*

Paz Castillo concluye, después de citar fragmentariamente estos versos: "*Todas estas expresiones tienen un indiscutible contenido romántico. La palabra alegre con que califica el Anauco, también resulta melancólica dentro del ambiente creado por el poeta*".

Su análisis me parece discutible. No puede negarse el contenido melancólico de ciertos momentos del poema. Pero la melancolía no es atributo exclusivo de la poesía romántica. También se la encuentra en la clásica. Basta mencionar a Garcilaso, poeta melancólico si los hay. El criterio del contenido romántico a que se refiere Paz Castillo no es seguro. Habría que realizar un análisis más detenido.

En primer lugar se advierte en el poema una curiosa ambigüedad emocional. Como ha señalado Mariano Picón Salas, tiene caracteres suaves y rientes. La descripción del Anauco, en los versos arriba citados, participa de esa hermosa serenidad de dicción que es atributo de la poesía de corte clásico. Incluso la mención a la muerte, y a la sombra del poeta que vagará por los valles solitarios y las umbrías selvas y los retirados antros, no es melancólica. Es casi una señal de hermosa esperanza: la esperanza de adhesión a un lugar donde en vida se ha sido feliz.

Si el poeta concluyera allí justificaría a Picón Salas cuando habla de suaves poemas a la riente naturaleza venezolana¹⁹. Pero continúa algunos versos más y es entonces donde se introduce algo abruptamente la nota melancólica y hasta trágica. No es la nota de la muerte, sino la nota del exilio la que se desarrolla en los últimos veinte versos. Ellos parecen anticipar (si el poema es realmente de 1800) la estampa del Bello desterrado "*por bárbaras naciones / lejos del clima patrio*". Se produce aquí una curiosa ruptura de la línea de emoción del poema con la introducción de esta segunda figura, no la de Fabio (cuya sombra vaga junto al Anauco amado) sino esa otra del desdichado que morirá en el destierro y cuyo cadáver será pasto de canes sanguinarios que apaciente Caribdis. Esta segunda imagen es sí, patética, aunque su patetismo no contraiga el de la poesía neoclásica más acendrada.

El enfoque del poema debe ser pues otro. No hay que buscar determinar un elemento romántico o prerromántico que no existe y que sería intolerable en una composición de dicción tan nítidamente clásica. Lo que puede señalarse en ella es esa ambigüedad del sentimiento director que oscila desde la serena esperanza de los primeros treinta versos, a través de una equívoca transición de diez, hasta la nota patética de los últimos veinte que parece prefigurar las durezas y amarguras del destierro. Si el poema es de 1800 Bello se muestra en él poseído de horrible don profético. Es indudable que el poema no consigue redondearse precisamente por esa ambigüedad y que falla íntimamente al no sostener una línea segura de emoción.

¹⁹ La referencia a Picón Salas está tomada del estudio de Paz Castillo, p. XLIX.

El otro poema que merece algún análisis por los atisbos de una nueva poesía que contiene es la oda *A un Samán*. Nuevamente hay que volver a señalar que el pensamiento (guerra, paz, bucolismo) es característico del siglo XVIII, que la dicción es neoclásica, que el verso tiene el movimiento y el ritmo de la mejor poesía castellana del período, que la métrica es regular. Pero ya se descubre un cambio, leve pero seguro, en la orientación poética de Bello. En primer lugar, como el poema arriba analizado, éste tiene como tema un elemento característico de la naturaleza venezolana, incluso un elemento más concreto que el río Anauco (al fin y al cabo descrito en términos convencionales). El samán es un árbol de la región y el autor, con ese cuidado científico que siempre lo caracterizó, aclara en una nota al pie de otro poema: "*Samán*". *Especie agigantada del género "Mimosa", común en Venezuela*²⁰. Esto no es lo más importante. Lo que da al poema un lugar destacado en la producción de Bello es ser el primero en que no hay alusiones mitológicas de ninguna especie. Para describir poéticamente un elemento de la realidad venezolana prescinde por primera vez de esos artificios legados por la antigüedad y en que se trata de introducir mecánicamente los prestigios de la poesía dentro del verso. En el poema al Anauco, por ejemplo, no hay casi línea que no eche mano a todo el arsenal mitológico-poético: la sonante Tetis, el Betis fortunado, el Ganges caudaloso, los bosques idalios, la plácida Pafos, se acumulan en los veinte primeros versos. Para los restantes basta ver la larga cita de la sección anterior.

Mucho más tarde, habría de escribir Bello en Chile contra el uso y el abuso de los elementos mitológicos en los poetas modernos y en particular en la poesía de Moratín. "*Da lástima ver ensartadas en un estilo y versificación tan hermosos unas flores tan ajadas y marchitas* [dirá en un artículo de diciembre 3, 1841, anterior a la famosa polémica del romanticismo]. *En las poesías bucólicas de los castellanos, ha sido siempre obligada, por decirlo así, la mitología, como si se tratase, no de imitar la naturaleza, sino de traducir a Virgilio, o como si las églogas o idilios de un siglo y pueblo debieran ser otra cosa que los cuadros y escenas de la vida campestre en el mismo*

20 Ver la nota al verso 825 de la *Alocución a la poesía*. (O.C., Caracas, p. 64).

*siglo y pueblo, hermoseedada en hora buena, pero animada siempre de pasiones e ideas que no desdigan de los actuales habitantes del campo. Ni aún a fines del siglo XVIII, ha podido escribirse una égloga, sin forzar a los lectores, no a que se trasladen a la edad del paganismo (como es necesario hacerlo cuando leemos las obras de la antigüedad pagana), sino a que trasladen el paganismo a la suya*²¹.

Tardaría Bello más de treinta años en llegar a enunciar esta buena doctrina en palabras en que cabe reconocer un acento autobiográfico, pero ya es lícito encontrar en la oda *A un Samán* una primera aplicación, tímida pero segura, de esa nueva actitud poética que habría de madurar en los años de Londres.

Se puede reconocer, pues, en la poesía del período caraqueño la maestría del joven poeta para moverse con familiaridad en la dicción neoclásica; la aplicación de la visión humanística del siglo XVIII al mundo americano: visión que participa ya de un atisbo de lo continental; el indicio, en algunos versos cabalmente reconocible, de una naturaleza contemplada directamente y expresada, con dicción neoclásica, pero con genuino sentimiento americano. Con el exilio y con el ejemplo de la poesía de descripción sentimental de la naturaleza que aprende en Delille, se agregaría a esa visión americana el elemento de nostalgia en que precipita la nueva forma poética. Esa es la labor de los duros, fecundos años de Londres.

Casi medio siglo más tarde, un día de febrero de 1846 en carta que envió a su hermano Carlos, residente en Caracas, dejó caer algunas palabras que deben cerrar este capítulo: "*En mi vejez, Carlos mío, repaso con un placer indecible todas las memorias de mi Patria; recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida. ¡Cuántas veces fijo la vista en el plano de Caracas que me remitiste, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen! ¡Ay! ¿todavía quién se acuerda de mí? Fuera de mi familia, muy pocos sin duda,*

21 Cf. *Literatura/3. Traducciones, cuentos, silva y otras poesías de Moratín* (sobre *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, por José Gómez Hermosilla), in *El Araucano*, N° 589, Santiago de Chile, diciembre 3, 1841. Los artículos están recogidos en O.C., Santiago, VII, y en O.C., Caracas, IX.

y si yo me presentase otra vez a Caracas sería poco menos extranjero que un francés o inglés que por primera vez la visitase. Mas aun con esta triste idea, daría la mitad de lo que me resta de vida, por abrazaros, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas queridas! Tengo todavía presente la última mirada que di a Caracas desde el camino de La Guaira. ¿Quién me hubiera dicho que en efecto era la última?'²².

22 Doy el texto en variante (muy significativa) que indica Pedro Grases en *Del Epistolario de Andrés Bello*, p. 89.

CAPITULO II

EL DURO EXILIO EUROPEO: LONDRES (1810-1823)

LA INGLATERRA ROMANTICA

DURANTE casi diecinueve años —entre julio de 1810 y febrero de 1829— vivió Andrés Bello en Londres; allí actuó como representante diplomático de algunos países americanos (su patria, Colombia, Chile), allí se ganó la vida como maestro de español y de humanidades, allí padeció miseria, allí estudió —sin prisa y sin pausa—, acumulando materiales que al conocerse (algunos muy tardíamente) asombrarían al mundo hispánico, allí creó su poesía de mayor ambición continental. Esos años de su estancia en Londres marcan el triunfo en Inglaterra de la segunda generación romántica. Precedido por el movimiento gótico del siglo XVIII, por los poetas del sepulcro y los novelistas sentimentales, por las visiones religiosas de William Blake, el romanticismo inglés produce en la segunda y tercera década del siglo XIX algunas de sus obras maestras: *The Excursion*, de William Wordsworth es de 1814; en la misma fecha abre Scott, con *Waverley*, su ciclo de novelas históricas: *Kubla Khan*, de Coleridge es de 1817; del mismo año su importante volumen crítico: *Biographia Literaria*. Para la segunda generación romántica son los años de *Childe Harold* (1812) que convierte a Byron en la figura más popular del nuevo arte; *The Corsair* es de 1814, *Manfred* de 1817, el *Don Juan* de sus últimos años (1818/23); *Adonais* de Shelley es de 1821; de 1820 el volumen de poemas de John Keats, la voz lírica más pura de ese movimiento.

Algunas traducciones del alemán que comienzan a difundirse en Inglaterra durante ese lapso contribuyen a establecer la necesaria conexión con el romanticismo germánico, paralelo del inglés. *De l'Allemagne*, de Madame de Staël, se publicó simultáneamente en francés e inglés en 1813, estando entonces la autora desterrada en Londres. En 1815 se tradujeron las *Vorlesungen über dramatis-*

che literatur und Kunst, de August Wilhelm Schlegel (Hazlitt le dedicó un amplio comentario en la *Edinburgh Review*); en 1818 se tradujo la *Geschichte der alten und neuen literatur*, de Friedrich Schlegel. Estas obras, que tanto habrían de influir en los críticos ingleses y en particular en el más importante, Coleridge, vinieron a enriquecer una literatura crítica original que Inglaterra estaba produciendo desde las primeras décadas del siglo XVIII y que cambia por completo la orientación literaria. El pensamiento alemán de los Schlegel encontró pronto eco en la patria de los hermanos Warton y de Edward Young, autor de *Conjectures on the Original Composition* (1759). A los críticos importados entonces habría que sumar el ginebrino Sismonde de Sismondi, cuya *De la littérature du midi de l'Europe* (1813) tanta importancia tiene para fundamentar el medievalismo romántico y una mejor comprensión de las letras (entonces desatendidas) de España y Portugal.¹

Aunque por temperamento y por educación, Andrés Bello estuviese muy ligado a la sensibilidad y arte neoclásicas, aunque por su ocupación dominante y por sus amistades apareciese al comienzo vinculado solamente a las formas tradicionales de la vida inglesa, no pudo permanecer completamente ajeno a este poderoso movimiento que renovó las letras inglesas y se proyectó de inmediato sobre toda Europa. Ya entonces supo leer y apreciar a algunos representantes de la nueva tendencia, en especial a aquellos que en pleno siglo XVIII anunciaron sus caracteres más perdurables, o en las primeras décadas del siglo XIX adquirieron (como Byron y Scott) más amplia

1 Para la determinación de este período en la literatura inglesa pueden consultarse obras de conjunto como *The Cambridge History of English Literature*, vols. XI y XII (University Press, 1.ª edición, 1914) y *Le Romantisme dans la littérature Européenne* de Paul Van Tieghem (París, Albin Michel, 1948) cuya bibliografía es más moderna. No conozco ningún libro sobre los hispanoamericanos que vivieron en Londres durante ese período, pero hay una excelente investigación de Vicente Llorens Castillo sobre los emigrados españoles (en que ocasionalmente se refiere también a los hispanoamericanos). Se titula: *Liberales y Románticos*. "Una emigración española en Inglaterra" (1823/1834), México, *Nueva Revista de Filología Hispánica* y *el Colegio de México*, 1954. Para todo lo que se refiere a los españoles, me remitiré a ella en el curso de este capítulo y del siguiente.

notoriedad. De estos últimos, alguno despertó pronto un interés que las circunstancias de una vida azarosa y entregada al estudio y a la erudición no lograron conmovier jamás. Pero, a pesar de su conocimiento directo, Bello no se convirtió ni en secuaz ni en propagandista de la nueva escuela europea. Porque a él —como dijo Unamuno de su España— le dolía América. Su mayor preocupación en estos años de Londres, su única inspiración poética central, era la América lejana. La difusión en América del humanismo europeo era la tarea a que se había entregado. Por eso asoció su nombre al de algunos emigrados españoles que, como Blanco White, publicaban periódicos en nuestra lengua y con vistas al mercado literario americano; por eso emprendió con el colombiano García del Río la redacción en español de dos revistas que habrían de ser las dos primeras grandes publicaciones del nuevo mundo: la *Biblioteca Americana* (1823) y el *Repertorio Americano* (1826/27). Por eso pareció no ver entonces sino aquello que interesaba más inmediatamente a América. Que no fue sólo así, que su enciclopédica inquietud no pasó por alto el Romanticismo, es lo que ahora se mostrará en detalle.

INSTALACION EN LONDRES

El 11 de julio de 1810 llega Andrés Bello a Londres, como miembro de una embajada oficial del gobierno revolucionario de su patria ante la corte británica. La embajada estaba encabezada por Simón Bolívar y Luis López Méndez. No corresponde estudiar aquí este aspecto de la actividad de Bello. Baste señalar que su puesto de secretario (o agregado) le fue concedido por un mayor conocimiento del inglés. Bello no pensaba dilatar mucho su estadía en Inglaterra, como se deduce de su correspondencia (Juan Germán Roscio, en carta de junio 29, le pide que "le traiga, aunque sea un compendio de la actual legislación inglesa, y alguna gramática o diccionario anglohispánico; item, otros libritos de importancia") y como lo prueba la circunstancia de que se nombró para su cargo de Secretario en Caracas a un sustituto interino. Pero al término de la misión, Bolívar regresa (setiembre 21) y tanto López Méndez como Bello quedan en Londres encargados de proseguir las negociaciones con el gobierno británico. Esta situación transitoria habría de estabili-

zarse y convertir la misión diplomática en residencia de casi dos décadas.²

Al llegar a Londres, Bello conoce a Miranda. Aunque se conservan las estrofas que habría de dedicarle unos doce años después en su *Alocución a la poesía* (1823) y que testimonian públicamente su aprecio, no se han encontrado las cartas en que Bello comunicó a John Robertson su primera impresión del ilustre patriota venezolano. Pero puede deducirse su juicio por la respuesta de Robertson. "*Mi opinión es muy conforme a la de usted respecto de este hombre ilustre*", le dice en diciembre 10, 1810. También corrobora este juicio un párrafo de una carta de Roscio a Bello (junio 9, 1811): "*Yo esperaba que su regreso [el de Miranda] al país natalicio nos traería los mismos bienes que usted me anunciaba en la primera carta*". La vinculación con Miranda no habría de prolongarse pues éste parte para Venezuela a cumplir la penúltima etapa de su heroico destino. López Méndez y Bello quedan alojados en su casa de Grafton Street hasta fines de 1812 o comienzos de 1813.³ Para Bello esta temporada fue de enorme importancia. Miranda poseía una biblioteca particular que en 1822 fue avaluada en £3.000.⁴ Allí aprendió el grie-

2 En el trazo general del período londinense de Bello (tema que se estudia en éste y en el capítulo siguiente) sigo a Amunátegui, *Vida*, salvo indicación expresa en contrario; el biógrafo chileno tuvo el privilegio de recoger de labios de Bello su propia versión de muchos incidentes y sus impresiones personales sobre hechos y personajes; poseía, además, una copiosa documentación. Sin embargo, en su mayor parte, Amunátegui se limita a transcribirla sin sacarle partido. Mucha información nueva sobre la estancia de Bello en Londres ha sido reunida por investigadores venezolanos. Sus principales resultados fueron sintetizados por Rafael Caldera en *La incomprendida escala de Bello en Londres*, in *Primer Libro*, pp. 25/41. Será citado en notas como Caldera (*Londres*).

3 El dato proviene del excelente artículo de Carlos Pi Sunyer sobre *Andrés Bello en Londres*, in *Primer Libro*, p. 183. Le corresponde aquí la referencia: Pi Sunyer.

4 La tasación aparece indicada en *Andrés Bello*, por Pedro Lira Urquieta (México, *Fondo de Cultura Económica*, 1948, p. 66). Puede verse una lista de los libros griegos que poseía dicha biblioteca en Pedro Grases: *En torno de la obra de Bello* (Caracas, 1953, pp. 81/83. La copia original del inventario de esta sección de la Biblioteca de Miranda se encuentra autografiada por Bello, lo que permite conjeturar que fue autor

go, sin más ayuda que su don de lenguas. Allí pudo deleitarse en el manejo de obras y autores de todos los tiempos; allí enriqueció considerablemente su formación humanística. Todavía en los años de su ancianidad en Chile conservaba algún libro que Miranda le regaló en Londres.

No todo era humanismo, sin embargo. Las noticias que llegaban de Venezuela eran terribles. El 26 de julio Miranda capitula y es enviado, prisionero, a Cádiz donde morirá. El régimen colonial se fortalece. Contra él lucha Bolívar, en dramáticas alternativas, hasta lograr en 1819 la unificación de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador bajo el nombre de Gran Colombia. Entre tanto, en Londres, López Méndez y Bello quedan sin Gobierno que representar. Aunque no cejan en su lucha diplomática. Obtienen una pensión del gobierno inglés, que les dura un año. En los intervalos de la lucha en América les llega, con penoso retraso, alguna ayuda económica. La correspondencia del período está llena de apremiantes pedidos de dinero y de promesas de inmediata y siempre diferida entrega de sueldos. Reproduciendo evidente testimonio personal de Bello, Amunátegui escribe que "*las vicisitudes de la guerra en Venezuela habían sido causa de que sus sueldos se les remitieran tarde, mal, y en ocasiones nunca*". López Méndez, que gastó toda su fortuna personal atendiendo los intereses de su patria, fue varias veces encarcelado por deudas (según Bello no bajaron de siete las ocasiones); el propio Bello, consumidos sus ahorros, debió comprar a crédito. Su libertad personal dependió de la generosidad de su sastre quien se ofreció a continuar sirviéndole a crédito. Esta situación era insostenible y aunque gestiones de amigos ante el gobierno británico aliviaron con algún socorro la miseria, no consiguieron solucionarla. Bello debió buscar por otros lados.

AMISTAD CON BLANCO WHITE

Una de las soluciones que encontró fue la enseñanza del español. No se había producido aún la gran emigración española del año

del mismo. Bello obsequió en Chile a Vicuña Mackenna un ejemplar de las *Oeuvres* de Mme. Roland (edición de 1799) que había pertenecido a la biblioteca de Miranda. Cf. *Andrés Bello* por Eugenio Orrego Vicuña (Santiago, 1935; 4a. ed. *Zig-Zag*, 1853, pp. 217 y 325 n. 5).

1823 que saturó completamente la plaza de Londres con espontáneos maestros del idioma y que inspiraría más tarde la drástica proposición de Antonio Puigblach: organizar una batida general de los tales dómines para arrojarlos al Támesis.⁵ Por el contrario, entonces el español estaba de moda y según comunica Amunátegui, "hasta las mujeres querían aprenderlo". No le faltaron discípulos a Bello e incluso pudo ahorrar algunas libras.

Uno de los que le habían sugerido que dictara lecciones de español (o de latín, o de francés) fue José María Blanco White, destacado polígrafo español que residía en Londres desde 1810 y cuya amistad con Bello es de gran importancia. En este mismo año, que marca el comienzo de la lucha por la independencia hispanoamericana, Blanco White funda en Londres *El Español*, periódico de carácter político y cultural que se publica mensualmente. Desde él difunde el ideario liberal que había motivado su emigración de España y también defiende la causa de la independencia americana.

El examen de la carrera de Blanco White escapa por completo a esta investigación. Baste consignar aquí, sus relaciones con Bello. Ya en diciembre 15, 1814, se encuentra una carta en que aquél se refiere a unos extractos de Félix de Azara, preparados por el escritor caraqueño, que fueron publicados en *El Español*. Tal carta sirve para documentar la colaboración de Bello en dicho periódico. Como éstas solían entonces ser anónimas, es difícil precisarlas. Puede conjeturarse, sin embargo, que dada la comunidad de intereses que existía entre ambos escritores y las innegables dotes de publicista que ya en la nativa Caracas había demostrado Bello, no dejara éste pasar la oportunidad de asociarse de una u otra manera a un periódico de orientación tan semejante a la suya.

Por la correspondencia que cita Amunátegui (y en la que se recogen sólo las cartas de Blanco White y no las respuestas de Bello) se puede seguir el proceso de la amistad. Hay fragmentos significativos. En una carta de diciembre 15, 1814, se encuentra un párrafo sobre los emigrados españoles que merece destacarse. Dice Blanco White: "*Supongo que de cuando en cuando se encontrará usted en esa con la flor y nata de la política española, es decir, con los perseguidos y perseguidores. Tiemblo al tomar el asunto en pluma, por no decir en boca*". La referencia es obviamente sarcástica; ella demuestra que

5 Esta frase se encuentra citada en Llorens, *ob cit.*, p. 60.

Blanco no se recataba demasiado para escribir a Bello sobre sus compatriotas. Y en otra carta se confirma esta impresión.

Debajo de su aspereza tenía Blanco una verdadera capacidad de afecto. Así escribe, entre otras cosas, en enero 5, 1816: "*Mis sensaciones desagradables respecto de España no se extienden a usted más, ni de otro modo, que a mí mismo. Yo siempre tendré placer en ver a usted. Cualquiera otra impresión que usted tenga sobre esta materia es imaginaria*". Y en la misma carta comenta sus ocupaciones ("*sólo tengo dos o tres horas, antes de irme a acostar, verdaderamente robadas al sueño, en que puedo leer para mi aprovechamiento*") y se queja de dedicar su tiempo a medir a Horacio de pies a cabeza y revolver palillos de gramática en vez de emplearlo "*en gozar las bellezas de los autores griegos*". Entre tanto, Blanco White dedicó buena parte de su tiempo a tratar de remediar con sus relaciones en los círculos oficiales de Inglaterra y en la alta sociedad, la angustiada situación económica de Bello. Así lo pone en contacto con quienes se interesaban por la causa de los americanos y de los liberales españoles: con el Dr. James Moore, hermano del General Moore que había muerto en la batalla de La Coruña, durante la guerra de la independencia española, y con el coronel John Murphy, de nacionalidad española y ascendencia irlandesa. Bello concurre a casa de ambos, particularmente a la tertulia de la anciana madre del Dr. Moore y se vincula con ingleses que tomaban como propia la causa de la independencia, ya fuera la de América o la de España.⁶ Tanto Moore como Murphy van a apoyar a Blanco en sus gestiones. Los tres consiguen interesar a Lady Holland en procurar para Bello un subsidio del gobierno inglés. De todas estas recomendaciones (y de otras de las que se hablará en el momento oportuno) hay abundante prueba en el epistolario con Blanco White que transcribe Amunátegui.

VIDA FAMILIAR

Las necesidades económicas de Bello habían aumentado como consecuencia de su casamiento, en 1814, con Mary Ann Boyland. Muy poco se sabe de ella o de su familia. Casi las únicas anotaciones fidedignas que se poseen son las de su nacimiento y muerte, apunta-

6 Cf. Pi Sunyer, *art. cit.*, p. 184.

das por mano de Bello en la Biblia familiar que se conserva en el Seminario Pontificio de Santiago de Chile, donde estudió y se ordenó su hijo Francisco. Allí dice, de su puño y letra y en inglés (el idioma en que seguramente se comunicaba con ella): “*Mrs. Mary Ann Bello, born September 12th. 1794, 12 minutes before 8 in the morning; died May 9th. 1821 at 2 in the afternoon*”. Acompaña la anotación —conmovedora en sus escuetas precisiones— un fragmento del texto latino de los *Proverbios* en que se dice:

*Mujer fuerte; ¿quién la ballará?
(Porque su estima sobrepuja
largamente a la de las piedras preciosas).*

*Fortaleza y honor son su vestidura;
Y en el día postrero reirá.*

*Muchas mujeres hicieron el bien;
Mas tú las sobrepujaste a todas.*

Este tributo emocionado, y sobrio, sólo permite advertir la índole moral de Mary Ann Boyland y el apoyo que sin duda prestó a Bello en estos años difíciles de su aclimatación londinense. Mary Ann tenía veinte años cuando casó con Bello, trece años mayor. Para el criterio de la época sería la suya una pareja bien equilibrada. Pronto los hijos vinieron a aumentar el hogar: Carlos, el primogénito, en 1815; Francisco en 1817 (fue su padrino Luis López Méndez) y en 1820 Juan Pablo (ahijado de Antonio José de Irisarri).⁷ Amunátegui comunica que Bello acostumbraba ocultar a su esposa la difícil situación económica en que por lo general se hallaba. Reservado hasta dentro de su hogar, guardaba para sí todas las preocupaciones. Pero no sería fácil disimular los signos más evidentes de la estrechez. Sus escasos medios lo obligaban a vivir en barrios pobres, en casas modestas, a vestir humildemente. Aunque su domicilio varía continuamente en estos años, como si no pudiese encontrar acomodo definitivo, casi todas las direcciones localizadas por la erudición venezolana, apuntan al mismo barrio (o sus alrededores).

⁷ Las precisiones biográficas están tomadas de Caldera (*Londres*) pp. 32/33.

Somers Town se llamaba (y se llama). Queda al norte de Bloomsbury y suficientemente cerca del British Museum como para que Bello que entonces empieza a frecuentar regularmente esa casa de estudios pudiera hacer el trayecto a pie, si el tiempo lo permitía. (Charles Lamb vivió con su hermana Mary cerca del Museo en esa época pero es casi seguro que Bello no llegó a conocerlo). Somers Town era un barrio de casas humildes y tristes, que había adquirido cierta notoriedad durante la Revolución francesa por convertirse entonces en centro de emigrados. Años más tarde los españoles liberales lo transformarían en su barrio. Por esa fecha lo visitó Carlyle quien ha dejado en su *Life of John Sterling* (1851) un notable retrato del lugar y de los fantasmales y orgullosos españoles que lo poblaban.⁸ Pero esto no acontecería hasta 1823 y es todavía 1814. Durante la estancia de Bello en Londres ocurrió la gran transformación de la capital que marca el comienzo de la era victoriana. La ciudad dieciochesca empieza a convertirse por la revolución industrial y la fortuna de las armas, en el centro económico del mundo. Bello pudo asistir a la fundación de las primeras líneas de ferrocarril, a la implantación del alumbrado a gas, a la creación de una fuerza de policía metropolitana que pondría orden y disciplina en el vasto hormiguero social.

En una de las cartas que le envía Bartolomé José Gallardo se encuentra un testimonio coetáneo de ese momento y lugar. Dice en octubre 1º, 1816, el bibliógrafo español: “*Pienso no salir de noche en toda la semana. Si usted, pues, gusta favorecerme, siempre me hallará a su disposición, deseoso de dar pasto al alma en dulce y provechosa plática. De ésta, podemos también disfrutar, aun sin sacar el pie de nuestros respectivos tugurios, ni atrabancar páramos, ni calles perdurables, en haciendo mensajera de nuestras palabras, en vez del aire, de silla a silla, la estafeta de Pentoville a Somers Town*”. Aunque pueda presumirse de exageración burlesca la palabra *tugurios* que parece escapársele a Gallardo, no lo sería tanto lo de *páramos*, que está en el mismo párrafo, dado el momento del año en que escribe. De todos modos, puede suponerse que Bello no

⁸ Cf. *The Life of John Sterling* por Thomas Carlyle (1a. ed., 1851; ed. Oxford University Press, London, 1907, pp. 66/67). Llorens (*ob.*

36) llama la atención sobre el pasaje de Carlyle y comenta sus referencias a los emigrados españoles de 1823.

tendría tanta comodidad en su casa, y su situación en Somers Town (casado y padre ya de un niño pequeño) no era entonces precisamente floreciente. Parecía razonable reservar el coloquio erudito para el papel y permanecer cada uno amurallado en su hogar.

VIDA LITERARIA

El más elocuente testimonio de la situación emocional de Bello en estos años se encuentra en un poema inconcluso que sólo ha sido publicado en 1952, extraído de sus borradores por los editores venezolanos de sus *Obras Completas*. Ha sido fechado por ellos hacia 1820 y revela la melancolía del desterrado, un patético y sobrio adiós a la primavera, escrito por un hombre de cuarenta años que ya se creía irreparablemente viejo.

*No para mí, del arrugado invierno
rompiendo el duro centro, vuelve mayo
la luz al cielo, a su verdor la tierra.
No el blando vientecillo sopla amores
o al rojo despuntar de la mañana
se llena de armonía el bosque verde.
Que a quien el patrio nido y los amores
de su niñez dejó, todo es invierno.*

El elemento de nostalgia de la patria que aquí domina y que habría de reaparecer en tantos otros poemas, —incluso en su poesía lírica más impersonal, como la *Alocución a la poesía*:

*Oh, quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!—,*

esa nostalgia que se une a la tenaz ilusión del peso de los años, le hace ser injusto con la naturaleza de Inglaterra; le hace negarse a su delicado encanto, tan magníficamente expresado por los poetas del romanticismo inglés. Es cierto que Bello habría de reparar más tarde esta injusticia en su versión de un fragmento de *Les jardins de Delille* (como se verá más adelante). Pero en este momento de

su carrera lo que predomina es la nostalgia del trópico y la depresión que no podría dejar de producir en su ánimo el largo invierno y la sórdida melancolía de Somers Town.⁹

Para resolver la angustiosa situación económica en que se halla desde la caída del gobierno revolucionario de Venezuela, Bello debe recurrir a sus amigos españoles e ingleses. Hacia 1811 había conocido en una biblioteca a James Mill, padre del filósofo, y por su intermedio se vincula con el economista Jeremy Bentham. A solitud de éste se encarga de descifrar sus manuscritos. La tarea no tuvo nada de agradable, ya que la letra de Bentham era jeroglífica y el propio Bello se complacía en mostrar, muchos años más tarde, a sus discípulos chilenos algunos manuscritos que finalmente obsequió a Diego Barros Arana. La tarea era menor pero lo acerca a un pensamiento económico y filosófico que habría de influir sobre todo su desarrollo intelectual. Por otra parte, Bentham estaba seriamente interesado en la causa de la independencia hispánica, como lo demuestra su posterior vinculación con Espoz y Mina que lo lleva a redactar un plan de organización constitucional de España.¹⁰

Por esa misma época se encarga Bello de corregir una traducción española de la Biblia que prepara en Londres un tal señor Blair. Había sido recomendado para esta tarea por un emigrado español de su amistad, don José María Fagoaga. Era, también, un trabajo engorroso pero le permitió familiarizarse estrechamente con el texto de la Biblia.

Todas estas actividades, penosas y (puede conjeturarse) escasamente remuneradas, no le hacen perder contacto con los países americanos a los que continúa sirviendo, indirectamente, al refutar especies difundidas por la prensa británica o al mantenerse en constante comunicación con políticos a los que interesa la causa de la independencia hispanoamericana. Pero doblemente impulsado por su patriotismo y por sus necesidades busca un contacto más directo y oficial. A principios de 1815 y como consecuencia de haber recaído otra vez Venezuela en manos de España, Bello se encuentra sin pa-

9 Cf. S. Key Ayala: *Posición fundamental de Andrés Bello* in *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, enero-febrero 1955, Año XVII, N° 108, pp. 29/30. Allí se citan otros borradores del mismo período y de tema semejante.

10 Cf. Llorens, *ob. cit.*, pp. 83/94.

tria y ofrece sus servicios al gobierno de Nueva Granada (Colombia), en carta que no llegó a su destino por haber sido interceptada por los españoles. Al no obtener respuesta y desconociendo la causa, se pone en comunicación el mismo año (agosto 3) con el Gobierno argentino. Por intermedio de Gregorio Tagle (noviembre 15, 1815) se acepta su ofrecimiento y se le sugiere comunicarse con don Manuel Sarratea que le facilitaría los medios de transporte hasta Buenos Aires. La gestión y el viaje —que habrían permitido tal vez a Bello moldear perdurablemente la cultura ríoplatense— quedan sin efecto porque entre tanto y por gestiones de Blanco White consigue ayuda del Gobierno inglés. Más tarde la situación se consolidará al obtener en casa de Mr. William Richard Hamilton, Under Secretary of State, una situación como maestro particular de sus hijos.¹¹ También este puesto —que significa la solución de sus estrecheces económicas ya que le asegura, además del sueldo, alojamiento y comida— lo obtuvo gracias a Blanco como testimonio la carta de éste fechada en octubre 23, 1816.

¿Cuáles fueron las relaciones literarias de Bello con Blanco White? Salvo algún pequeño indicio perdido en la escasa correspondencia que se conserva, todo son conjeturas. Un párrafo (citado ya en forma trunca) puede indicar su naturaleza. Dice Blanco en su carta de enero 5, 1816: *¡Pobre botánica! Se acabó para mí al presente. Mi situación, aunque excelente en todo, es tan confinada, que sólo tengo dos o tres horas, antes de irme a acostar, verdaderamente robadas al sueño, en que puedo leer para mi aprovechamiento; y en éstas, ¿qué le parece a usted que hago? Medir a Horacio de pies a cabeza, y revolver palillos de gramática. Con todo, no puedo quejarme, sino de mi mala educación cuando muchacho, y de mi tiempo en gozar las bellezas de los autores griegos, en vez de romperme la cabeza con las majaderías de los gramáticos*".

Dos temas (literarios ambos, pero de qué distinto origen) se entrecruzan en ese fragmento. Por ellos podemos fijar al menos algunos puntos de contacto en la actividad intelectual de estos dos amigos. El primero es el más evidente: la afición botánica. Otro fragmento, ya citado asimismo (diciembre 15, 1814); se refiere a unos extractos de Félix de Azara que Bello habría preparado para

11 Amunátegui había indicado por error que Mr. Hamilton era India Secretary of State, en *Vida*, p. 141; lo corrige Caldera (*Londres*) p. 33.

Blanco White y que éste —como buen publicista— había hecho derivar rápidamente hacia *El Español*. La anuencia de Bello, solicitada a posteriori por Blanco, demuestra la confianza y el verdadero sentido de colaboración que ya los unía. También puede advertirse por dicho fragmento que Bello no había demorado en dedicarse a la botánica encontrándose en Inglaterra con un ambiente tan propicio.¹²

La otra afición compartida por ambos es la lectura de los clásicos. Ya se ha dicho que Bello inició en la biblioteca de Miranda su estudio del griego. Por la respuesta que le da su amigo se deduce que en su coloquio epistolar, Bello no dejaba de tratar los temas humanistas que siempre le preocuparon y hasta es posible advertir en un párrafo de la carta citada el reconocimiento, discreto, de una relativa inferioridad del polígrafo español frente al caraqueño que —a pesar de sus precarias condiciones económicas— sí podía dedicarse a gozar la belleza de los autores griegos.

La correspondencia no permite otras conjeturas. Pero puede suponerse, sin demasiado error, que las relaciones literarias de Blanco White y Bello no se detuvieron allí. En estos años de la segunda década del siglo XIX ambos escritores irían evolucionando (paralelamente) hacia un gusto cada vez más franco por las formas más modernas de la literatura europea. Tanto Blanco como Bello serían permeables a las influencias románticas del ambiente y llegarían a formular (uno en inglés y castellano, el otro sólo en español) una teoría estética de transición que abre el camino al Romanticismo. Hasta qué punto esta evolución fue fomentada por el comercio personal es lo que no se puede sino conjeturar por ahora.

LA LITERATURA MEDIEVAL

Un punto de contacto muy temprano entre ambos es el interés por la literatura medieval. Ya Vicente Llorens Castillo ha destacado en

12 Otro texto, sin embargo, sirve para anticipar aún más el momento en que Bello se dedica a la botánica. Se trata de una referencia inserta en una carta que le escribe James Mill y que Amunátegui transcribe sin fechar. Debe ser de 1811 o (a más tardar) del año siguiente. En ella dice Mill: *"Mr. Bentham arreglará las cosas para la mayor comodidad de usted en el jardín botánico de Salisbury, en Sloane Street"*. Puede conjeturarse que éste era un lugar al que concurría habitualmente Bello.

su excelente investigación el alcance del medievalismo de Blanco White que puede documentarse en publicaciones inglesas a partir de 1824. A través de su biografía puede fecharse aún más tempranamente el medievalismo de Bello. En efecto, ya en 1814 Bello empieza a asistir regularmente al Reading Room del British Museum.

No existía aún el gran edificio de estilo clásico, con la enorme cúpula de la sala de lectura, que es tan familiar a los eruditos modernos. El Museo estaba instalado en Montagu House, edificio de ladrillos y tejas en el estilo francés que ocupaba el mismo sitio en que hoy se levanta la solemne masa gris. Bello —que había sido presentado por el Foreign Office— se convirtió en visitante regular de su sala de lectura, cerrada al público común y accesible sólo a investigadores provistos de un pase¹³.

Cuenta Amunátegui que Bello no sólo encontraba allí un refugio para la meditación y el trabajo. También en los días más crueles del invierno inglés tenía allí un lugar en que pasar algunas horas sin frío. Más tarde, al ser mayorcitos sus hijos, se haría acompañar de ellos y los haría esperar en el hall de entrada, junto a la gran chimenea. Estos pequeños detalles, que han llegado a través de confidencias del mismo Bello, indican elocuentemente su situación. El invierno de 1814 fue particularmente cruel, como lo recuerda en su *Autobiografía* Leigh Hunt. Allí se apunta que los Lamb venían a visitarlo a la prisión en que se hallaba confinado por haber escrito un panfleto político contra el Regente; Carlos y Mary venían “*in all weathers, hail or sunshine, in daylight and in darkness, even in the dreadful frost and snow of the beginning of 1814*”.¹⁴ Esa escarcha y nieve de 1814 son las mismas que padecería Bello en su camino al Reading

13 En un texto del *Primer Libro* (p. 178) se indica que fue el Foreign Office quien presentó a Bello al Museo Británico, pero no se aporta otra referencia documental.

14 La *Autobiography* de Leigh Hunt se publicó por vez primera en 1850 y desde entonces se han multiplicado las ediciones. El pasaje que se menciona en el texto puede encontrarse citado, asimismo, en *Literary Friendships in the Age of Wordsworth*, antología de textos románticos (en particular cartas, memorias y ensayos) recogida por R. C. Bald (Cambridge University Press, 1936, p. 114). Este libro se recomienda por su interés al presentar en visión panorámica el ambiente literario del período.

Room del British Museum. Allí encontraba, sin duda, no sólo el alimento de los manuscritos y los infolios; también obtenía el necesario calor para proseguir sus investigaciones. El Museo se convirtió en su estudio y en su laboratorio.

Con un entusiasmo que trasluce su joven madurez, Bello emprende varias investigaciones simultáneas, distintas aunque vinculadas no sólo por el método sino por el común origen filológico. Las investigaciones son de dos órdenes: en primer lugar, las que se refieren al lenguaje, que habían sido iniciadas ya en Caracas, según se ha podido documentar¹⁵, y que habrían de culminar en la gramática de su plenitud chilena; en segundo término, las que se centran en torno a manuscritos medievales y se orientan en varias direcciones paralelas. No corresponde considerar aquí, ni siquiera brevemente, las primeras. Ellas pertenecen a otra zona de ese mundo intelectual y creador, tan vasto, tan comprensivo, que se llama Andrés Bello.

Su estudio de los manuscritos medievales depositados en el Museo Británico se orienta hacia puntos fundamentales. Le preocupa la primitiva épica española y rastrea sus orígenes; concentra su análisis en el *Poema de Mio Cid*, que prefiere llamar *Gesta de Mio Cid*, y que tan mal estudiado estaba entonces. Busca en las crónicas coetáneas del

15 Cf. Pedro Grases: *Temas de Bibliografía y Cultura Venezolana* (Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, pp. 135/40). Se comenta allí una traducción publicada en Caracas, 1824, del *Arte de escribir* del abate Condillac. Es una adaptación al castellano del primero de los cuatro libros del original. Por un aviso de *El Colombiano* (Nº 81, Caracas, noviembre 24, 1824) se ha podido sostener la paternidad de Bello. En otro artículo complementario (*Revista Nacional de Cultura*, Caracas, setiembre-diciembre 1954, Año XVII, Nº 106/107) examina Grases una carta de Bello enviada por su hermano a *El Colombiano* (donde se insertó el 6 de abril, 1825) en que aquél desde Londres niega haber realizado la traducción aunque reconoce “*haber dejado entre mis papeles, algunos apuntes bastante imperfectos, relativos a la lógica, y a la gramática castellana*”. También considera Grases la respuesta del editor, don Ramón Aguilar, que lo contradice completamente y achaca a mala memoria su negativa. Puede conjeturarse que Bello no deseaba, en 1825, que se difundieran trabajos suyos anteriores a 1810 y en los que él no habría podido efectuar necesarias revisiones. Sea o no justa la atribución, la carta de Bello en *El Colombiano* documenta de todos modos su actividad filológica en Caracas.

Poema los rastros de su historicidad y las necesarias iluminaciones filológicas. En sus lecturas recorre la mejor bibliografía inglesa medieval que con sus puntualizaciones abre camino al romanticismo. (En su edición de la *Gesta*, retomada en Chile y concluida hacia 1863, se encuentran por ejemplo referencias a la *History of English Poetry*, de Thomas Warton, 1774-81, a las *Reliques of Ancient English Poetry*, del obispo Thomas Percy, 1765, a la *Dissertation on the Literature of Island*, de Lord Holland).

En el examen de manuscritos coetáneos del *Poema*, o algo anteriores, llega a una confirmación de sus teorías filológicas o de sus intuiciones sobre el origen de la rima asonante en la poesía castellana. En cuadernos de escolar (que todavía se conservan) transcribe sus hallazgos, los mismos que le permiten más tarde preparar (para una revista inglesa que no llegó a publicarlo) un informe sobre el valor histórico de la *Crónica de Turpin*, o esos otros trabajos que al ser impresos en sus revistas londinenses asombrarían a los mejores eruditos del mundo hispánico. Muchos de esos apuntes quedarían intactos entonces y serían retomados por él mismo algunas décadas más tarde.

Para estas investigaciones, y otras complementarias, examinó Bello los manuscritos de muchas Chansons de geste que según dijo Menéndez Pelayo en palabras que evoca Grases, eran "lectura entonces peregrina aún entre los franceses". Pudo así consultar los textos de *Charlemagne*, *Girard de Viane*, *Siege de Narbonne*, *Brutus*, *Garin de Loherain*, *Aimeri*, *de Narbonne*, *Beuves de Commarcis*, *Chevalier au Cygne*, *Voyage de Charlemagne à Constantinople*, *Guillaume d'Orange Ogier le Danois*, *Voyage de Charlemagne à Jérusalem*, *Cuy de Bourgogne*. Su lectura directa de los manuscritos le permitió determinar, con toda precisión, la influencia de la épica francesa sobre la española¹⁶.

De sus afanes, de su desvelo, de su infatigable busca queda otra clase de testimonio: su correspondencia con Bartolomé José Gallardo. Este erudito español vivió entre 1814 y 1820 exilado en Inglaterra. Era amigo de Blanco, al que calificó una vez de "alma generosa"; él mismo era de alma generosa y tenía particular avidez por toda clase de investigación filológica. No se sabe si entró en contacto con Bello a través de Blanco. Se sabe sí que ya en 1816 estaba en corresponden-

16 Cf. Grases: *En torno a la obra de Bello*, ed. cit., p. 127.

cia con el caraqueño que era cinco años menor. Una hermosa carta de octubre 1º muestra no sólo su felicidad epistolar sino también la naturaleza de su amistad con Bello. En ella lo consulta sobre "la naturaleza y oficio gramatical del "lo" castellano" y lo invita a mantener un intercambio sobre este punto en el que han adoptado posiciones contrarias. Ya en la extensa carta siguiente (octubre 6, 1817) concentra la atención en el *Poema de Mio Cid*, tema de discusión habitual entre ambos. Bello estaba trabajando hace tiempo con la *Crónica del Cid*, de la que existían en el Museo dos ediciones del siglo XV y de fecha discutible. Por ello apunta Gallardo: "Presumo más: si de las dos que se conservan en el Museo Británico, y todavía no he visto, alguna por dicha será reimpresión de la primitiva. Y pues usted las trae ahora ambas entre manos, he de merecerle que se sirva verlas con esta prevención, y en su vista, me diga si son en realidad obras distintas". Bello basa su estudio e interpretación del *Poema del Cid* en el examen atento de las *Crónicas*; de allí extrae el necesario saber histórico y filológico, aunque no redujo a ellas sus investigaciones, como ya se ha visto. Hay un texto posterior en que reconoce explícitamente Gallardo la estima que siempre tuvo por Bello; se advierte allí que quiso publicar con Bello en Londres, 1818, una colección de cincuenta piezas escogidas del *Teatro antiguo español*. En dicho texto (*El Criticón*, N° 4) lo califica de "fino filólogo".¹⁷

Por una carta muy posterior de Vicente Salvá a Bello (es de octubre 18, 1846) se puede conjeturar que éste había conversado ya en Londres con el editor español sobre la posibilidad de publicar allí una edición del *Poema del Cid*.¹⁸ La librería y editorial de Salvá no se habría de fundar (en la elegante Regent Street) hasta 1824 y por lo tanto no corresponde estrictamente al período que cubre este capítulo. Pero este intento temprano de Bello por encontrar editor a sus trabajos sobre el *Cid* sí merece recordarse ahora, porque subraya mejor la situación que tuvo que padecer durante años el investigador caraqueño. Trabajaba sin el estímulo de poder divulgar sus hallazgos. Residiendo en uno de los países de mayor volumen editorial del momento, se en-

17 Cf. Grases: *Andrés Bello, El primer humanista de América* (Buenos Aires, Ediciones del Tridente, 1946, p. 73, n. 42).

18 Cf. Amunátegui, *Vida*, p. 173. En su carta dice Salvá: "Mucho me alegraría de ver ese trabajo de usted sobre el "Poema del Cid", del que ya me hizo usted alguna indicación en Londres..."

contraba completamente aislado, sin poder difundir por la imprenta sus descubrimientos y sus conjeturas. La presión que sobre su ánimo debe haber ejercido esta dura circunstancia era suficiente como para impulsarlo a buscar, con ardor, alguna solución personal.

Otras cartas documentarían más tarde esta actividad y su infatigable consulta no sólo de manuscritos medievales y de incunables que poseía el Museo Británico, sino también de quienes testimoniaban un saber bibliográfico tan acendrado como Gallardo o eran tan inquietos publicistas como Salvá. Su múltiple actividad filológica habría de producir en la tercera década del siglo XIX (y en tanto atendía asuntos familiares y diplomáticos de suma gravedad y urgencia) algunos trabajos que al ser publicados luego en las dos revistas londinenses que él mismo fundó lo colocan naturalmente en la primera línea de investigadores de lenguas romances de su siglo.

ENCUENTRO CON IRISARRI

Un día de 1820 y mientras Bello se encontraba, como era su costumbre en la tertulia del Ministro de Colombia en Londres, don Francisco Antonio Zea, le fue presentado un hombre que habría de influir decisivamente en la orientación de su destino. Este hombre era Antonio José de Irisarri, nacido en Guatemala (en 1786, cinco años después que Bello), verdadero ciudadano de América por la latitud de su gestión continental. Irisarri había actuado decisivamente en una de las crisis políticas de Chile y se consideraba un poco como dueño del país. Su inquietud viajera lo lleva a aceptar la designación de ministro de la joven nación en Inglaterra donde ya había estado, y por corto tiempo, en la década anterior. Irisarri era brillante e ingenioso, audaz, tenía gran intuición y sabía valorar a los hombres. No era muy escrupuloso y en su afecto a veces se mezclaba el desdén y hasta la intriga. No podía pedirse un hombre más distinto al tímido, al cavilador, al modesto caraqueño. Por eso mismo, Irisarri supo apreciar bien pronto todo lo que éste valía.¹⁹

19 Para este período de la vida de Bello, el trabajo más documentado es, sin duda, el de Guillermo Feliú Cruz: *Bello, Irisarri y Egaña en Londres*, in *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, N° 58, 1927. Ha sido utilizado por Eugenio Orrego Vicuña en su *Andrés Bello*, ed. cit., pp. 51/57 y en las notas correspondientes, pp. 261/65. También lo apro-

La frecuentación en la tertulia de Zea lo impulsa a proponer a Bello para un cargo en Chile. En una carta que escribe en octubre 10, 1820, a don Joaquín Echeverría, secretario de Relaciones Exteriores de aquella nación lo califica de "*hombre habilísimo, de muy variada literatura y extensa ciencia, y posee una seriedad y nobleza de carácter que lo hacen mucho más estimable. Estas condiciones, tan difíciles de alcanzar hoy en día, amigo mío, me mueven fuertemente hacia él*". Doce días después, en carta dirigida personalmente a O'Higgins, ya propone a Bello para un destino. La carta ofrece un retrato cabal de Bello en ese momento: "*Hay aquí un sujeto de origen venezolano por el que he tomado particular interés y de quien me considero su amigo: le he conocido hace poco, y nuestras relaciones han sido frecuentes por haber ocupado ciertos destinos diplomáticos, en cuya materia es muy versado, como también en otras muchas. Estoy persuadido que de todos los americanos que en diferentes comisiones esos estados han enviado a esta corte, es este individuo el más serio y comprensivo de sus deberes, a lo que une la belleza del carácter y la notable ilustración que le adorna. Su nombre es el de Andrés Bello y de su edad de 40 a 45 años aproximadamente. Por los merecimientos y las prendas que distinguen al señor Bello, se encuentra capacitado para ocupar una mejor situación que la que ahí tiene, porque su patria, ignorándolo o fingiendo ignorarlo, lo ha ocupado siempre en comisiones de pequeña entidad donde no ha podido lucir las verdaderas dotes de la ilustración que posee. Cuando yo desempeñé en ese gobierno el cargo de Ministro de Gracia, pude darme cuenta de cuán imperiosa necesidad había de contar con un empleado competente y diestro en administración, y recordando esta contingencia se me ha ocurrido que ninguno mejor y más adecuado para el objeto que el señor Bello. No podrá vivir seguramente mucho tiempo más en esta corte por la situación angustiadísima a que se ha reducido con su familia y es probable que deba abandonarla quien sabe con qué rumbo. Antes que esto ocurra se lo prevengo a usted por si allí se quisiera tomar alguna medida conducente a retenerlo*".

vecha Lira Urquieta en su *Andrés Bello*, ed. cit., pp. 108/110. Hay reedición en el libro de Feliú Cruz: *Andrés Bello y la redacción de los documentos oficiales administrativos, internacionales y legislativos de Chile*, Caracas, Biblioteca de los Tribunales del Distrito Federal, "Fundación Rojas Astudillo", 1957.

En tanto se demoraba la decisión del gobierno chileno (que habría de llegar, pero por distinta vía que la de Irisarri) no dejó el inquieto guatemalteco de asociar a Bello a alguna de sus empresas. Varias y de muy diverso carácter eran ellas. Irisarri necesitaba obtener el reconocimiento de las nuevas repúblicas de América, debía negociar empréstitos sobre las minas, buscaba informes sobre el sistema de enseñanza de Lancaster. Bello aparece aconsejándolo en muchas de estas actividades, aún antes de ser nombrado oficialmente para algún cargo en la representación diplomática chilena. Así, por ejemplo, hay una carta suya a Irisarri, fechada en setiembre 11, 1820 (casi dos años antes de su designación de secretario interino de la Legación), en que informa a su amigo sobre el sistema lancasteriano.²⁰

A su misión diplomática agregaría Irisarri un esfuerzo de carácter político y cultural: la publicación de *El Censor Americano* en 1820. Se ha discutido si Bello colaboró o no en dicho órgano. Para Raúl Silva Castro dicha colaboración es indudable, aunque ella ha sido negada por uno de los bellistas chilenos que más cuidado han dedicado al estudio de este episodio. Guillermo Feliú Cruz afirma: "Nada acusa en los dos números que conocemos de esta publicación la pluma de Bello, siempre ponderada por su elegante circunspección". Es posible conjeturar sin embargo, que Bello haya contribuido a la empresa de su amigo. Así parece indicarlo su misma vocación publicitaria, anunciada tempranamente en Caracas con *La Gazeta*, proseguida en Londres con su colaboración en *El Español* de Blanco White y (un poco más tarde de este 1820 que ahora se comenta) en las dos revistas por él fundadas. Pero el punto sigue todavía en discusión.²¹

Como la situación económica no se resolvía, Bello, se decide a escribir a Irisarri (que se encontraba en París) para pedir ayuda. Es necesario conocer su timidez y habitual pudor para comprender cuánto

le costaría mostrar a su amigo sus dolorosas intimidades. La carta es de marzo 18, 1821 y en ella dice: "Sólo las reiteradas muestras de favor que de usted he recibido en tan distintas ocasiones pueden hacerme tomar la pluma para hablar a usted de un asunto que por tratarse de algo mío me inspira no poca repugnancia. Sabe usted, como he podido expresárselo, la desesperada condición a que me tiene reducido la falta de una ocupación permanente donde procurarme una entrada que no esté expuesta, como hasta ahora, a continuos cambios y que me asegure el sustento de mi mujer y mis hijos, por quienes sufro lo indecible. El empleo que actualmente tengo como preceptor de los hijos de Mr. Hamilton me produce una miserable entrada, tan escasa, que para atender a los gastos de mi familia, preciso ha sido deshacerse de algunos objetos de valor que en otro tiempo logré adquirir; y para satisfacer el compromiso de algunas deudas, echar a la venta las escasas joyas de mi señora esposa. No tengo esperanzas tampoco que el gobierno me favorezca, y como todos los caminos parecen cerrarse en mi desesperación confío en su amparo. ¿No hay en esa Legación un lugar para mí? Cualquiera que él fuera, yo estaría dispuesto a aceptarlo".

La carta no necesita comentario. En la respuesta (marzo 21), Irisarri enumera las dificultades de un inmediato cumplimiento del pedido e indica que ya había escrito a O'Higgins al respecto. También se extiende en censuras sobre la indolencia con que ha procedido el Gobierno de Venezuela y en particular sobre Bolívar, cuya grandeza pone en duda al ver el poco caso que hacía de Bello. En tanto no puede resolver oficialmente su situación, Irisarri lo ocupa en tareas de consejo y colaboración. Sólo en junio 1º, 1822, puede nombrarlo secretario interino de la Legación en reemplazo del titular, don Francisco Rivas, que se hallaba en uso de licencia. Pero entonces ya se había

20 El texto de la carta se reproduce en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, noviembre-diciembre 1947, Año IX, N° 65, pp. 84/85.

21 Cf. *Antonio José de Irisarri*, por Raúl Silva Castro, sobretiro de *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, segundo semestre de 1951 (*Editorial Universitaria*, Santiago, 1952, p. 14). El juicio de Feliú Cruz se encuentra también transcrito por Eugenio Orrego Vicuña, ob. cit., p. 261 n. 7. Posteriormente, Feliú Cruz ha aceptado la rectificación hecha por los editores de las *O.C.*, Caracas. En un artículo suyo, "La literatura de viajes sobre América y Chile y Andrés Bello" (in *Atenea*, ed. cit., p. 82), Feliú Cruz afirma: "Para *El Censor Americano* (...) entregó Bello el

estudio "Consideraciones sobre la primera población y las antigüedades de América", las que se fundamentaban en la obra *Viajes a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, de Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland, redactado por el sabio alemán. "Para indicar la fuente de esta afirmación, Feliú Cruz cita en nota no sólo *El Censor* (N° 4, octubre 1820, Londres, pp. 301/315), sino también las *O.C.*, Caracas (tomo XX, pp. 277/287). Aunque la rectificación de su anterior trabajo no es explícita, es sin embargo muy nítida. El artículo de Feliú Cruz es, por otra parte, muy interesante y está lleno de valiosas observaciones sobre el tema.

producido en la situación familiar de Bello un acontecimiento que quitaría a ese nombramiento casi toda su eficacia emocional.

UNA CRISIS ESPIRITUAL

Menos de dos meses después de haber escrito a Irisarri, desnudando su situación económica y mostrando como sentía el peso de la responsabilidad familiar, muere Mary Ann Boyland. Era la segunda muerte de ese 1821, año fatal para Bello. Antes de cumplir el año de edad había muerto su tercer hijo, Juan Pablo cuyo padrino fue precisamente Irisarri.²² La muerte de Mary Ann en mayo 9, 1821, lo deja solo con dos niños pequeños: Carlos, de casi seis, y Francisco de sólo cuatro. En unas anotaciones de la Biblia familiar ha dejado Bello la sobria indicación de un afecto conyugal que tal vez no ha encontrado otro cauce expresivo: allí exalta la mujer fuerte, la compañera, el apoyo moral que fue sin duda su esposa.

La muerte de Mary Ann dio ocasión a una carta de Blanco White que merece transcribirse parcialmente. (Amunátegui la cita pero resbala sobre ella). En el texto y en sus entrelíneas se encuentra no sólo un testimonio de la intimidad que llegó a existir entre ambos hombres y a la que se vuelca Bello en este trance; también se comunica el espíritu angustiado y rebelde de Blanco y la delicadeza con que ofrece a su amigo el único consuelo para éste posible. Dice en julio 8, 1821: *"Mucho siento no haber tenido proporción de hablar con usted sobre el asunto que me dice en su carta. Pero la amistad que le profeso me mueve a decirle dos palabras, fruto de una larga y penosa experiencia. Los sentimientos religiosos que dan consuelo no se adquieren sino por un hábito no interrumpido. Los que, como usted y yo, se han acostumbrado a dudar sobre puntos religiosos, rara vez pueden reducir su imaginación al estado en que la devoción contrarresta los efectos de la adversidad. La creencia firme que usted tiene en un Dios bondadoso, y el poder de la razón que dicta que es nuestro deber e interés el presentar un pecho firme a la adversidad, son, a mi parecer, los recursos más efectivos que usted tiene en su situación presente. No dé usted lugar a impresiones supersticiosas, ni fuerce su entendimiento a examinar cuestiones intrincadas e interminables. Las pruebas de que la religión cristiana no se originó en mera impostura, son muy fuertes; pero nada es más difícil que el averiguar sus doctrinas abstractas"*.

22 Cf. Pi Sunyer, p. 185.

La carta sigue desarrollando este punto de vista y reforzándolo con la propia experiencia de Blanco, la que resume con estas palabras: *"Doce años de mi vida, en muy diversas circunstancias he dedicado al estudio de la teología y las escrituras. Por un poco de tiempo, me pareció que veía luz; pero al fin me hallo en tinieblas. Cristiano soy, y procuro seguir los pasos que prescribe el evangelio en cuanto a la moral práctica. En cuanto a misterios, no sólo no los entiendo (como era de esperar) pero ni aún puedo descubrir cuáles sean de facto los revelados. Lo que he sacado de mis penosos estudios es el hábito de no asegurar nada ni en pro, ni en contra, y no convertir mi ignorancia en saber por otros"*. La carta concluye con un afectuoso y sencillo consejo: *"El recurso a Dios en las aflicciones es el único remedio que puedo aconsejarle a usted. ¡Pero no se meta usted en controversia! ¡Dios alivie a usted en sus pesares!"*

Esta carta tiene un mérito excepcional no sólo por definir con lucidez la posición de Blanco White (tema que no corresponde desarrollar aquí) sino por constituir en sí misma un invalorable testimonio de su amistad con Bello. A él se vuelve el caraqueño en momentos de hondo dolor y crisis espiritual, en busca de apoyo moral y religioso. Pero también y asimismo, es la carta testimonio indirecto de las creencias religiosas de Bello que aparecen, por reflejo, en las palabras que le dirige su corresponsal. La creencia firme en un Dios bondadoso aparece unida (en ese momento de crisis al menos) a la inquietud teológica. Se advierte por la respuesta (*"Los que, como usted y yo, se han acostumbrado a dudar sobre puntos religiosos"*) que en su crisis, Bello necesita algo más que la fe ingenua de los días normales y que su espíritu atormentado quiere fortalecerse por la razón. Pero también revela la carta que Blanco no cree en esa vía como posible consuelo y hasta por las entrelíneas de la respuesta y por la manera con que lo adoctrina con su experiencia de doce años de dudas y vacilaciones bien razonadas, se advierte asimismo que no reconoce en su amigo buena pasta de teólogo. De ahí la sencilla fórmula con que trata de fortalecer su espíritu remitiéndolo a la única solución posible: el recurso a Dios.

En una carta posterior (octubre, 22, 1824) vuelve Blanco White a referirse, al pasar, al tema religioso y dice palabras que ayudan a precisar mejor su posición: *"Estoy intimamente persuadido de que, aunque el raciocinio prepara el asenso en materias religiosas, las impresiones fuertes de esta clase no son su efecto directo. El hombre*

que abre su corazón, teniéndolo pronto a recibir la verdad donde quiera y como quiera que se le presente, e implore para esto el auxilio de su creador, es religioso esencialmente; y probablemente tarde o temprano, cogerá el fruto de esta humilde esperanza en la firme confianza de felicidad en otra vida por medio de la operación misteriosa que se llama "Fe Cristiana". No crea usted por este lenguaje que me he hecho metodista".

EL VIAJE A PARIS

En esta etapa de su carrera londinense, y en vísperas de la fundación del primero de los dos grandes periódicos culturales a que está asociado su nombre, Bello realiza un viaje a París del que muy poco se sabe. No aparece mencionado para nada en Amunátegui pero según recientes investigaciones venezolanas habría tenido lugar en ocasión del empréstito chileno que se concertó en dicha ciudad en 1822.²³ Bello había sido designado, en junio 1º, secretario de la Legación chilena en Londres (con un sueldo de £400 anuales). Puede asegurarse que el viaje ocurrió entonces, tal vez un poco antes.

Existe un testimonio posterior de puño y letra del propio Bello. Que yo sepa, no se ha llamado la atención todavía sobre el mismo aunque dada la reconocida veracidad de Bello no cabe ponerlo en duda. Se trata de una indicación general en carta a Juan María Gutiérrez (Santiago, enero 9, 1846) que le había pedido algunas referencias biográficas para una noticia de su *América poética* (1846). Con una sobriedad que hoy debe lamentarse, Bello contesta que permaneció en Inglaterra diecinueve años, aclarando en un paréntesis: "*salvo algunas breves excursiones a Francia*". El plural es suficientemente tantalizador.

Hay constancia en su correspondencia, o en la documentación oficial, de algún posible viaje a París, pero los testimonios no son bastante claros. Así por ejemplo, por las cartas de José Joaquín de Olmedo a Bello puede advertirse que éste tenía intenciones de visitar Francia en la primavera de 1827 aunque no realizó entonces su propósito. Más tarde, hacia 1829 y en vísperas de su viaje a Chile, parece que proyectó trasladarse a París a tomar posesión allí del cargo de Cónsul general de Colombia. Si lo hizo o no es algo que tampoco ha sido

23 Cf. Pi Sunyer, p. 186.

convenientemente aclarado.²⁴ No es posible entrar en mayores precisiones. Menos aún se puede conjeturar hasta qué punto alcanzó Bello a conocer directamente y en sus fuentes el movimiento romántico francés que entonces se encontraba en pleno desarrollo. Víctor Hugo (su poeta favorito en la larga madurez de Chile) capitaneaba entonces ese movimiento en batallas que se libraban, día a día, contra los endurecidos partidarios del neoclasicismo. La virulencia y concentración de la escuela romántica francesa (que habría de culminar en 1830 en ocasión del estreno de *Hernani*) dejaba muy atrás las polémicas del romanticismo inglés diluidas a lo largo de medio siglo. No se sabe si Bello alcanzó a ser rozado personalmente por un movimiento que en París y en ese mismo instante estaba absorbiendo (y con qué avidez) otro hispanoamericano: el joven Esteban Echeverría.

LA BIBLIOTECA AMERICANA

"Las circunstancias históricas [ha escrito Vicente Lorens Castillo] convirtieron a Londres, entre 1824 y 1828, en centro intelectual de España y aun de Hispanoamérica". Aunque es posible retocar ligeramente las fechas que señala el distinguido investigador —la Biblioteca Americana de Bello y García del Río es anterior en un año a la primera— no cabe poner en duda la verdad general de su aserto. Con la independencia de los países hispanoamericanos se abrió un nuevo mercado que consumiría ávidamente toda publicación en lengua española. Pronto se formó en Londres un activo grupo de editores, de traductores, de creadores. Muchos de ellos eran españoles emigrados: a los de la primera hora como Blanco White y Gallardo, se sumarían luego José Joaquín de Mora, Alcalá Galiano, Salvá, Men-

24 La carta a Juan María Gutiérrez está reproducida en *Cartas inéditas de Andrés Bello* in *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, setiembre-octubre 1952, Año XIII, N° 94. Amunátegui no la transcribe y no parece conocer su existencia. En su *Vida* niega que Bello haya llegado a tomar posesión del cargo de Cónsul General de Colombia en París, aunque inserta sin explicaciones (p. 304) una carta de Estanislao Vergara a Bolívar (febrero 15, 1829) en que se lo da como hecho consumado. Tal vez el corresponsal de Bolívar (que era ministro de Relaciones Exteriores) creía ejecutada una acción que sólo existía en el papel. Según comunica Amunátegui (p. 303), a Bello "le fue absolutamente imposible proporcionarse los recursos para costearse el viaje".

díbil. Otros, visitarían Inglaterra (como el duque de Rivas hacia mediados de 1824 y Espronceda en la segunda mitad de 1827) y hasta colaborarían ocasionalmente con sus compatriotas pero son los primeros los importantes, los que contribuyen en forma perdurable a esta actividad editorial y creadora. No faltan entre ellos, los hispanoamericanos. Dos de éstos precisamente inauguran con la *Biblioteca Americana* la serie de grandes revistas literarias publicadas en Londres y en español.

El proyecto había sido trazado por Andrés Bello en colaboración con Juan García del Río, colombiano nacido en 1794 y de indudable aunque disperso talento. García del Río había actuado ya junto a San Martín y a Bolívar como secretario de estado, y había fundado en Valparaíso, *El Argos de Chile*. En Londres cultivó la amistad de Bello y de sus contactos personales surgió, sin duda, el proyecto de la nueva publicación. No sería ésta la primera vez que se han de cruzar las carreras de ambos americanos; en próximos capítulos habrá oportunidad de ocuparse de otras empresas publicitarias de García del Río a las que asoció el caraqueño su nombre.

La actuación de García del Río ha sido comparada (por Guillermo Feliú Cruz) a la del propio Irizarri, por su espectacularidad y por los azares que la acompañan.²⁵ En su asociación con Bello faltan, es claro, estas notas. Sobresalen en cambio las de trabajo y disciplina y entusiasmo por la común causa americana. Para anunciar la aparición de la *Biblioteca* redacta García del Río un *Prospecto* que se publica en Londres en abril 16, 1823. En la portada se aclara que la revista es editada por "una sociedad de americanos". La tesis que expone el *Prospecto* (en cuya redacción ha colaborado Bello) es de encendido americanismo y, por lo tanto, muy antiespañola. En su programa de trabajo los directores señalan que no buscan la gloria literaria. Una referencia al país que escriben, y al que presentan como "tierra clásica" de la libertad y "foco de cultura intelectual", les permite definir asimismo su posición ideológica y los fines generales de la revista: la educación de la América española. El texto es sumamente importante porque fija, desde hora temprana, las raíces americanistas del grupo y constituye una verdadera declaración en prosa

25 Cf. Guillermo Feliú Cruz: *Ensayo crítico sobre Vicente Pérez Rosales* que prologa su reedición del *Diccionario de "El Entrometido"* de este delicioso autor chileno (Santiago, *Editorial Difusión*, 1946, p. 61).

de esa independencia cultural que en la misma revista (y como texto inaugural) cantará Bello en su *Alocución a la poesía*. Hasta el epígrafe elegido (unos versos de la *Canción V*, de la primera parte de las *Rimas* de Petrarca) contribuye a acentuar el impulso de independencia cultural. Dice el texto italiano:

*Dunque ora e' il tempo da ritrarre il collo
Dal gioco antico, e da squarciare il velo
ch'e state avvolto intorno agli occhi nostri.*

que Pedro Grases traduce en un estudio:

*Pues ya es tiempo de sustraer el cuello
Del yugo antiguo, y de romper el velo
En que han estado envueltos nuestros ojos.*²⁶

Cada tomo de la revista había sido planeado para contener tres secciones: la primera de *Humanidades y artes liberales*, la segunda de *Ciencias matemáticas y físicas con sus aplicaciones*, la tercera de *Ideología, moral e historia*. La distribución proyectada permite advertir sus proporciones. Se trasluce aquí el mismo enciclopedismo que había manifestado en 1809 Bello al planear con Isnardy, en Caracas, *El Lucero*. Ahora la actitud humanística y científica aparece apoyada no sólo en la visión amplísima de la cultura que siempre tuvo, sino en la experiencia de la modernidad que se manifiesta entonces en toda Inglaterra.

La influencia de esta transformación poderosa que convierte a la Inglaterra rural del siglo XVIII en el primer gran país industrial del mundo y proyecta su acción imperialista sobre todos los mares, ha sido justamente indicada por Llorens en su obra sobre los emigrados españoles. "En la creciente prosperidad inglesa, resultado de una larga tradición mercantil y de una revolución industrial que estaba empezando, veían los liberales la más cumplida realización de sus ideales político-económicos. (...) Ahora ponderan el aspecto industrial de la vida inglesa y son muchos los que se esfuerzan por di-

26 Cf. Grases: *Tres empresas periodísticas de Bello*, Caracas, 1955, p. 13. El mismo erudito español indica que Miguel Antonio Caro llamó la atención sobre estos versos y su posible eco en uno de los pasajes de la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*. El trabajo de Grases es de suma utilidad para el estudio del período.

fundir en sus escritos toda suerte de conocimientos útiles, de nuevos inventos, de cosas prácticas. Aquellos liberales estaban viviendo un momento de optimismo en que la burguesía del mundo occidental, provista de la máquina de vapor y de la libertad política, se disponía a hacer feliz al género humano”.

No sólo Bello estaba poseído de este afán. También lo expresaban sus compañeros de empresa: García del Río, Luis López Méndez (vinculado a Bello desde la misión venezolana de 1810), P. Cortés y Agustín Gutiérrez Moreno. Las colaboraciones que éstos ofrecieron a la *Biblioteca Americana* son considerables. Ninguna, sin embargo, es tan importante como la que aporta Bello y no sólo en la sección *Humanidades*. Si se posterga por ahora el examen de sus trabajos propiamente literarios, pueden señalarse artículos de distinta índole, desde un resumen de las *Consideraciones sobre la naturaleza* por Virey, pasando por un estudio sobre el *Magnetismo terrestre*, o sobre las *Palmas Americanas*, o sobre la *Cordillera de Himalaya*, hasta una *Teoría de la proporciones definidas y tabla de los equivalentes químicos* o un artículo sobre *Nueva especie de papa en Colombia*. Todos aparecen distinguidos por unas iniciales que modestamente indicaban en la revista la paternidad de cada trabajo original, de cada resumen o traducción de materiales ajenos.

Bello no se limita a ofrecer entonces el digesto de investigaciones ajenas. Muchas veces les incorpora observaciones de diversas fuentes (caso del artículo sobre *Palmas* que toma del *Nuevo Diccionario de Historia Natural*, París, 1816-19, y al que agrega lo observado por Humboldt y por Bonpland en América del Sur) o prepara un verdadero trabajo original con recopilaciones de textos diversos y no siempre impresos (caso del *Avestruz de América* que incorpora “*observaciones de sujetos inteligentes que han conocido esta ave en su país natal*”, según advierte una nota que se extiende además en una crítica de la iconografía entonces existente del *Nandú*).

El éxito que tuvo esta publicación (han declarado sus editores en testimonio que preserva Amunátegui) excedió en mucho sus esperanzas. El número de ejemplares no alcanzó a cubrir la demanda inicial y de todas partes se recibieron elogios y contribuciones. Sin embargo, no pudo subsistir. Era muy cara y el dinero de las suscripciones americanas, sin el cual no se podía continuar publicando la revista, tardaba en llegar y muchas veces no llegaba. Eran malos tiempos. Bello y García del Río debieron resignarse a suspenderla después de haber

publicado un volumen completo de VIII + 472 pp. y un segundo volumen del que sólo apareció la primera sección que totaliza apenas 60 pp.

Una carta de Blanco White a Bello (octubre 22, 1824) incluye una curiosa reflexión sobre su cese: “*Es lástima que su excelente periódico de usted no siguiese. Pero, en mi opinión, es más difícil continuar una obra de esta clase, por una sociedad (de españoles especialmente) que por un solo individuo. Lo que mantiene los periódicos ingleses es la ganancia inmediata que perciben los escritores*”. Lo que aquí apunta tan razonablemente Blanco White, que compartía el punto de vista inglés sobre la necesidad de retribuir adecuadamente el trabajo intelectual, estaba seguramente fuera del alcance de Bello o de sus colaboradores. Hay en las líneas de Blanco, tan concisas que suprimen parte del desarrollo normal del discurso, una alusión entre paréntesis a las inevitables discrepancias de opinión y de gustos que suelen minar por dentro semejantes empresas literarias. Sus palabras son un implícito reconocimiento de que, en cuanto a orientación y criterio rector, la *Biblioteca Americana* era obra de un hombre solo: Bello.

ALOCUCION A LA POESIA

La más importante contribución poética de la revista es, sin duda alguna, la *Alocución a la poesía*. El juicio actual sobre este poema suele estar alterado por la comparación, inevitable, con la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* que Bello publicó, tres años más tarde, en el *Repertorio Americano*. Desde la perspectiva que ofrece este poema, la *Alocución* parece apenas un borrador poético, primer ensayo de una temática y de una dicción que sólo madurarían en 1826. Pero este enfoque debe ser sustituido ahora por el que restituye a la *Alocución* su primacía cronológica. Como lo que se propone mostrar esta investigación es el proceso del desarrollo poético e intelectual de Bello, nada más importante que situar cada texto en su verdadero contexto y leerlo a la luz que arroja su momento.

Es bien conocido el tema que presenta la *Alocución a la poesía*: Bello solicita a la poesía rústica que abandone la culta Europa, en que reina la razón y la filosofía, y se traslade a América, en que viste aún su primitivo traje la naturaleza. Algunos versos sintetizan el propósito:

.....
*Tiempo es que dejes ya la culta Europa
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.*

Se ha señalado con bastante insistencia el carácter de declaración poética de la independencia americana que tiene la *Alocución* significando por ello no sólo la intención de independencia política sino también la cultural. Bello aparece ya orientado hacia una creación poética americana original; su texto constituye un verdadero manifiesto político y literario.

El momento en que se publica el poema tiene una significación histórica importante. Es la época de la llamada Santa Alianza (1818-1822). El imperio de Napoleón ha sido destruido y con él (paradójicamente) sus enemigos han tratado de aniquilar los últimos fermentos de la revolución francesa que sus conquistas habían difundido. Europa entra en un período de grandes inestables alianzas de poderes, que todavía está en vigencia. Hay una alusión al momento histórico en uno de los versos menos comentados de la *Alocución*. Refiriéndose al viejo mundo dice el poeta:

*No te detenga, oh diosa,
esta región de luz y de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival Filosofía,
que la virtud a cálculos somete,
de los mortales te ha usurpado el culto;
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen;
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida.*

Aparece allí subrayada la condición de refugio de la libertad que tiene el mundo americano en la visión primera de Bello. Contra la *hidra coronada* (imagen con que alude a la Santa Alianza) alza el poeta la *visión republicana de una América* como refugio de libertad y de cultura. Los dos términos aparecen estrechamente aso-

ciados en sus versos; son los dos términos de una visión en que se labra el futuro del nuevo mundo. Este constituye sin duda el aporte más original y perdurable de la *Alocución*.

No se debe pasar por alto, sin embargo, lo que el poema significa como creación. Ya su largo subtítulo aclaratorio demuestra la intención secundaria del poema. Se trata de una *Alocución a la poesía* y de algo más: la alabanza a los pueblos e individuos americanos que más se han distinguido en la guerra de la independencia. Este segundo tema, aunque subsidiario del central, adquiere por su extensión desmesurada importancia y convierte la *Alocución* en panegírico y en catálogo. Empieza por desquiciar el poema, que pasa sin mayor transición del tema general (tan importante y perdurable) a los temas menores, de forzada postura poética y reacios, muchas veces, a elocuente formulación.

Así se revista sucesivamente la Geografía de América, detallada muchas veces en menudas particularidades regionales, y luego su Historia y hasta su Biografía de Varones Ilustres. Hay pasajes que valen por sí mismos, hay alusiones que merecen recogerse por lo que tienen de proféticas de la propia carrera literaria de Bello como cuando anuncia:

*Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano, ¡oh diosa!
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona;*

Unos puntos suspensivos que separan la estrofa completa de la siguiente indican explícitamente que el tema es susceptible de mayor desarrollo. En efecto, ese *Marón americano*, ese creador de las Geórgicas del Nuevo Mundo, que anuncia el segundo verso de la cita (190 del poema) fue el mismo Bello que en la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* retoma el motivo hasta desarrollarlo majestuosamente. Pero lo que allí es gran poesía es aquí sólo apunte. Este es el mayor defecto de la *Alocución*:²⁷ un desarrollo insuficiente de los temas, la abundancia excesiva y hasta peligrosa de materias y motivos poéticos que no acaban de integrarse en completa unidad.

27 Cf. Llorens, p. 65.

El autor no había podido dominar su profusión, como lo muestra la advertencia (*Fragmento de un poema inédito*) que agrega a la publicación primera. Tal profusión es también documentable en los borradores.²⁸

De aquí el principal defecto del poema; pero no es el único. Hay otro que muestra también la índole transicional de la *Alocución*: Bello no ha encontrado todavía una dicción que corresponda a la novedad del tema. Se mantiene, además, dentro del mundo poético neoclásico, dentro de su imagería mitológica, dentro de su vocabulario prestigioso, dentro de sus medidas tradicionales. Abundan tanto en el vocabulario las ninfas, el Céfiro, la Musa, el Olimpo, como los endecasílabos y los heptasílabos (cuidadosamente combinados, escandidos con oído neoclásico) en sus estrofas. Bello pertenece todavía al mundo de ese ocaso del neoclasicismo, que en algunos lugares de América se prolongó hasta muy entrado el siglo XIX. En ese mundo, sin embargo, se ha introducido ya un elemento destructor: el pensamiento poético (la visión interior) no obedece ya a las fórmulas tradicionales; ya se mira la naturaleza con ojos en que el moderno hombre de ciencia y el sentidor americano alternan; ya se insiste en la localización geográfica concreta, en el color local discretamente pautado, en la particularización de nombre y figuras de un Nuevo Mundo. Es apenas un comienzo. Pero basta ya para marcar otra etapa en el desarrollo poético de Bello hacia una expresión americana personal que corresponda al momento mismo americano que canta y no a un pasado que por ser de todos en occidente es de nadie.

ALGUNAS RESERVAS AL NEOCLASICISMO

Dos de los artículos con que contribuyó Andrés Bello a la *Biblioteca Americana* tienen especial interés para esta investigación. Son sin duda alguna, los dos trabajos de crítica de mayor originalidad que imprimió la revista. Uno está dedicado al *Juicio sobre las obras*

28 Los manuscritos del poema —que se conservan actualmente en Caracas— son tan numerosos que la Comisión Editora de sus *Obras Completas* ha reservado su publicación para el tomo II de *Textos de Elaboración Poética*. (Cf. O. C., Caracas, I, p. 43). La publicación de este volumen permite sin duda, un estudio más minucioso del desarrollo poético de Bello.

poéticas de don Nicasio Alvarez de Cienfuegos.²⁹ Ya la elección del tema indica bien claramente hacia dónde se orienta el gusto del crítico caraqueño. Cienfuegos pertenece como poeta a la escuela de Meléndez Valdés; pero en ella se reconoce por una nota sentimental y hasta si se quiere lúgubre que distingue en forma muy característica su poesía. Es de aquellos creadores que vivieron la transición entre la sensibilidad casi agotada del neoclasicismo y el renuevo que significó el sentimentalismo de las primeras horas románticas. Se le ubica con razón, entre los prerrománticos. Que Bello hubiera elegido a Cienfuegos como tema de uno de sus dos artículos más importantes es claro indicio de sus intereses estéticos.

La ubicación del poeta es muy acertada. Comienza por situar la poesía española moderna (la del siglo XVIII) frente a la del Siglo de Oro; divide a los modernos en dos escuelas y en la de Meléndez coloca a Cienfuegos. Aquí desliza un juicio que merece reproducirse porque demuestra que su aprecio por los neoclásicos no le impedía advertir sus mayores defectos y señalar la superioridad, en muchos aspectos, de la poesía española anterior. Dice refiriéndose a los líricos de la escuela de Meléndez: "*Hay en ellos copia de imágenes, moralidades bellamente amplificadas, sensibilidad a la francesa, que consiste más bien en analizar filosóficamente los afectos, que en hacerles hablar el lenguaje de la naturaleza*". La acusación de estilizar por medio de la razón la sensibilidad (defecto en que tanto aporiarían sus censuras los apasionados románticos) está hecha con toda nitidez y sin apasionamiento.

En la caracterización particular de Cienfuegos comienza Bello con alguna crítica de detalle (palabras censurables, el uso y abuso de los diminutivos); así parece reducir todo el análisis a las minucias filológicas del método de Hermsilla. Pero pronto asume un enfoque más general y penetrante. Sin dejar de considerar textos concretos (*La escuela del sepulcro* suscita sus elogios), se eleva hasta una justa perspectiva de las virtudes y los defectos de Cienfuegos. Su juicio puede sintetizarse en este párrafo: "*Los principales defectos*

29 Cf. *Biblioteca Americana*, I, Londres, 1823, pp. 35/50. Está firmado sólo con las iniciales A. B. Se encuentra reproducido en Santiago, 1884, VII, pp. 229/44. Todas las citas de artículos críticos de Bello se harán en lo sucesivo, y salvo mención expresa en contrario, por esta edición, que tiene el interés de haber sido preparada por Amunátegui. Para una edición moderna se recomiendan las O.C., Caracas, IX y XIX.

de este escritor son: en el estilo sublime, un entusiasmo forzado [antes había censurado a toda la escuela por carecer de la tácita majestad de la elocuencia de Homero y por estar forcejeando continuamente por elevarse; "el tono es ponderativo, la expresión enfática", había concluido; el análisis prosigue]: en el estilo patético, una como melindrosa y femenil ternura. Este último es en nuestra opinión, el más grave, y ha plagado hasta su prosa. Lo poco natural, ya de los pensamientos, ya del lenguaje, perjudica mucho al efecto de las bellezas, a veces grandes, que encontramos en sus obras. Mas en medio de esta misma afectación se descubre un fondo de candor y de bondad, un amor a la virtud y a las gracias de la naturaleza campes- tre, que acaban granjeándole la estimación del lector. Su moral es indulgente, y exceptuando ciertos arrebatos eróticos, pura".

Aunque el enfoque crítico no es completamente romántico (ni lo puede ser todavía) hay suficientes indicios de la actitud ecléctica ya asumida por Bello frente a las normas de la poesía neoclásica, que imperaban entonces en la crítica literaria de habla hispánica. También los hay de su buen sentido crítico que le hace apuntar, con sobriedad y firmeza, los excesos de la venerada escuela y aplaudir los primeros indicios valiosos de una nueva arte poética. Hay más: en un pasaje en que trata de la filiación de toda una zona de la poesía de Cienfuegos, Bello cita con soltura y acierto algunos de los más calificados representantes de ese movimiento prerromántico que en pleno siglo XVIII abrió camino a la exaltación de la naturaleza. Sin calificación pero nítidamente ordenados aparecen, después del antepasado Lucrecio, Alexander Pope, Thomson (el autor de *The Seasons*, 1730), Thomas Gray (cuya *Elegy written in a Country Churchyard*, 1750, desencadenaría en todas las lenguas cultas de Europa incontables imitaciones y traducciones), Goldsmith, Delille (de quien pronto Bello se convertiría en asiduo imitador).³⁰ Es decir: la plana mayor de los que en Inglaterra y en Francia preparan, líricamente, la exploración del sentimiento apasionado de la naturaleza con que se inaugura la lírica romántica.

30 La inclusión de Alexander Pope en esta lista es muy adecuada. La mejor crítica inglesa ha señalado rasgos prerrománticos en este campeón de la poesía neoclásica. No en balde Olmedo se sintió tentado a traducirlo. (Cf. capítulo III de este trabajo).

UN ANTICIPO ERUDITO

El otro artículo importante que inserta Bello en la *Biblioteca Americana* está dedicado a dar *Noticia de la obra de Sismondi sobre "la literatura del Mediodía de Europa"*. Esta obra del crítico ginebrino tuvo profunda influencia en su momento; contribuyó a orientar la crítica romántica hacia las letras medievales, particularmente las de España y Portugal, de Francia e Italia; influyó en la renovación del gusto literario en medida muy importante. Es el de Bello un trabajo de erudición en el que se revelan algunas (apenas) de las muchas investigaciones emprendidas por él, desde 1814, en el Museo Británico.³¹ A pesar de lo que dice el título, no se limita a dar *noticia*. (La obra original era de 1813 y dado su éxito parecía excusado informar sobre ella diez años después). Lo que realiza Bello es un análisis de algunos puntos de la misma relativos a la literatura castellana. Puede rectificar así los errores más gruesos que en ese territorio (tan frecuentado por él) se reconocen en la obra de Sismondi. Por eso el subtítulo de la nota dice explícitamente: "*Refútanse algunas opiniones del autor en lo concerniente a la de España; averiguase la antigüedad del poema del Cid; si el autor de este poema es el que pretende don R. Floranes; juicios de Sismondi demasiado severos respecto de los clásicos castellanos; extracto de su obra relativo al Quijote*".

La parte más original del artículo es la que se refiere al *Poema de Mio Cid*. En aquel momento de la investigación cidiana pocos eran los que sabían tanto como Bello sobre el tema. Las páginas que dedica a la refutación de errores propios de Sismondi (o difundidos por este autor) constituyen la primera pieza pública de una investigación que habrá de conducir unos cuarenta años más tarde a su monumental edición del *Poema*. Pero hay otras indicaciones en el artículo —demasiado breves, sin embargo— que demuestran hasta qué punto le era familiar toda la literatura española. Sus rectificaciones, apenas esbozadas, sobre la antigüedad de los *Romances del Cid* (en que anticipa el juicio de los principales eruditos españoles de fines del siglo XIX), sobre la historicidad de las *Guerras civiles de Granada*, sobre la injustificada severidad de Sismondi para con Ercilla, Lope de Vega, Calderón y Lupercio de Argensola, todas de-

31 Cf. *Biblioteca Americana*, II, pp. 42/60; O. C., Santiago, 1883, VI, pp. 239/56. No está reproducido en O.C., Caracas, IX.

muestran una acuidad de juicio, un conocimiento sazonado, una madurez crítica.

Para esta investigación, el artículo reviste especial interés. Constituye la primera prueba, impresa, del medievalismo de Bello: un medievalismo que cabe calificar de erudito y no meramente sentimental, como el de muchos críticos románticos, y de los más famosos. Bello no se acerca a la Edad Media en la postura turística que asumirán luego muchos poetas e historiadores románticos, más atraídos por las variedades del color local del fabuloso pasado que por una comprensión íntima del espíritu y de la naturaleza de ese mundo heroico. Sentía la atracción de temas apenas explorados y todavía en penumbra; advertía la posibilidad de extraer todo un mundo cultural y literario del sueño de los manuscritos archivados en museos. De aquí su dedicación a reconstruir, en su verdadero texto, el *Poema de Mio Cid*; de aquí sus desvelos por encontrar la clave de la versificación medieval española, tema que producirá más tarde algún trabajo del *Repertorio Americano*.

Su medievalismo es fruto del amor y del estudio, no de la fantasía. Por eso ha podido apuntar con acierto Menéndez Pidal que Bello permaneció incontaminado de las ficciones románticas sobre poesía medieval que pasaban en su época por axiomas críticos: "El pertenecía a la misma generación de los hermanos Grimm, respiraba el denso ambiente del romanticismo triunfante, y sin embargo su poderosa mente permaneció despreocupada de las ideas románticas. Esta independencia de juicio puede estar favorecida por el carácter del escaso hispanismo inglés de aquel entonces, prescindiendo de las teorías épicas agitadas en Alemania, pero en su fondo dimana del innato eclecticismo de Bello, de su firme confianza en las luces del buen sentido, de su despego por las construcciones apriorísticas".³²

Esta referencia a la realidad literaria concreta fue lo que salvó a Bello de tomar, como casi todos entonces, el rábano por las hojas; lo que le permitió (ya en 1823) reconocer la precedencia cronológica del *Poema* sobre los *Romances*, y alcanzar una visión sazónada de la literatura medieval española. De esa visión es el artículo sobre Sismondi un tentador anticipo. Pero es también anticipo de otras cosas. En el artículo se apunta, muy al pasar, un leve reproche a la orien-

32 Cf. Ramón Menéndez Pidal: *La Nueva Edición de las Obras de Bello* in *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Año XVII, Nos. 106/07, p. 15.

tación de los estudios hispanoamericanos que parecen concentrados exclusivamente en asimilar la enseñanza de las letras francesas. Las primeras líneas así lo declaran: "Recomendando a los americanos la obra de M. de Sismondi sobre la literatura del Mediodía de Europa, como la más propia que tal vez existe para dirigir sus estudios de humanidades y buenas letras modernas, hasta aquí casi enteramente reducidos a la lengua francesa...". No era Bello por cierto, enemigo de la cultura de Francia, pero advertía ya en 1823 a qué extremos podía conducir la especialización en una sola fuente cultural y veía asimismo la necesidad, para todo hispanoamericano, de volver a retomar contacto con las fuentes originarias hispánicas. Ese es también otro rasgo de su medievalismo que aparece, entonces proyectado hacia el presente y hacia el futuro; no como movimiento de reacción y de desinterés por la época en que se vive, sino como empresa de rescate de una tradición, casi tan perdida entonces para los mismos españoles afrancesados como desconocida o negada por los rebeldes hispanoamericanos. Su visión fue doblemente profética; del crecimiento ingobernado de la influencia francesa, de la posterior reacción hispánica hacia la viva recuperación del pasado literario medieval.

No podía faltar, en un artículo escrito sobre el tema en Inglaterra, una alusión a los trabajos del poeta e hispanista Robert Southey. Por eso, Bello le dedica un párrafo de elogio. Lo llama "el erudito Mr. Southey, tan profundamente versado en la historia y literatura española" y apunta que en su traducción de la *Crónica del Cid* ("que enriqueció de excelentes notas") incorpora fragmentos del *Poema* en verso inglés, "en que se ha conservado felicísimamente todo el carácter y espíritu del original castellano". El elogio de Bello tiene especial interés por estar aplicado a quien, además de ser distinguido hispanista, era uno de los poetas románticos más importantes del momento; un poeta que había sido vinculado por la crítica de la *Edinburgh Review* al grupo de *lakistas* (con Wordsworth y Coleridge) y que era poeta laureado de la corona.

ATISBOS ROMANTICOS

El Bello que aparece como redactor y colaborador de la *Biblioteca Americana* en 1823, es un poeta de viva intuición personal que se ensaya en el canto del Nuevo Mundo, inspirado por una necesidad de independencia y originalidad de raíz romántica; es también un

humanista capaz de moverse con familiaridad y soltura en los vastos campos de la ciencia y de las artes del momento; es, como crítico literario e investigador, una de las primeras figuras de la filología romance de su época. Su medievalismo aparece fundamentado en la ciencia y no se limita al pasado sino que busca proyectarse hacia una poesía de corte sentimental y ligada a la exaltación de la naturaleza que luego habría de mostrarse también en su obra poética personal.

Pero Bello no se encuentra literariamente aislado en el Londres de 1823. Como lo muestra la misma revista, sus compañeros de redacción han sentido también el influjo romántico. Así, García del Río escribe sobre *La influencia de la literatura en la sociedad* (tema característico del romanticismo) y glosa con elogio a Mme. de Staël, aplicando sus conceptos a la realidad americana; el mismo García del Río escribe sobre el *Guillermo Tell* de Schiller, que lee en una traducción francesa de Merle d'Aubigné. En un artículo sobre *La influencia de las mujeres en la sociedad y acciones ilustres de varias americanas*, que firma Cortés, se menciona nuevamente a Mme. de Staël y se la califica (con evidente hipérbole) de "primer ingenio del siglo". Estas y otras opiniones que podrían relevarse (sobre Montesquieu, sobre Bentham, sobre Condorcet), junto a resúmenes o traducciones de artículos aparecidos en la *Revue Encyclopédique*, de París, y en la *Edinburgh Review*, bastarían para establecer la filiación prerromántica de la publicación entera.

Bello y sus compañeros de redacción se anticiparon públicamente a todos los escritores hispánicos entonces residentes en Inglaterra en la difusión de sus ideas por medio de un órgano que expresara el momento cultural en todas sus particularidades. Habrá que esperar un año aún a que la gran emigración española de 1823 dé sus primeros frutos para encontrar en español un equivalente de la obra de estos americanos. Sólo en 1824 se empiezan a publicar revistas de escritores peninsulares en que se realiza el balance cultural en términos semejantes a los de la *Biblioteca Americana*. Bello encontró entonces entre algunos de esos emigrados espíritus semejantes al suyo y pudo sentir de muy cerca el estímulo de su labor y sus publicaciones a las que pronto sumó su segunda gran empresa londinense: el *Repertorio Americano*. Con ella habría de coronar su obra de exilado.

CAPITULO III

LA PRIMERA MADUREZ: LONDRES (1824 - 1829)

LOS EMIGRADOS ESPAÑOLES

ENTRE el cese de la *Biblioteca Americana* y el comienzo del *Repertorio Americano* —es decir, entre 1823 y 1826— se produce en la situación literaria y poética de Bello una transformación tan sutil que ha sido muy poco advertida, sino totalmente ignorada, por sus biógrafos y críticos. En esos tres años, Bello madura rápidamente su estética y su visión creadora. Como crítico, salta del eclecticismo sazonado con que contemplaba el crepúsculo del neoclasicismo en sus artículos de la *Biblioteca*, a la comprensión de poetas y estéticos del romanticismo triunfante; como poeta, madura su visión americana y produce con la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*, la obra que lo convierte realmente en el *Marón americano*, en el Virgilio del Nuevo Mundo que había profetizado su *Alocución a la Poesía*.

No se pueden conocer, sino lateralmente, las razones íntimas de este cambio; pero la documentación conservada por Amunátegui y los resultados de modernas investigaciones, permiten conjeturar algunas de las causas de esta rápida y firme conversión de su poesía y de su estética. El año que se publica la *Biblioteca Americana* es el mismo en que Inglaterra comienza a recibir la importante emigración liberal española. Llegan militares y civiles, llegan ardorosos patriotas y equívocos políticos, llegan escritores. Bello se vincula con algunos, traba amistad con ellos, intercambia noticias y hasta les solicita colaboración para su nueva revista.

Los emigrados más extremistas se instalan en Somers Town, barrio del que se aleja un poco Bello al mudarse (febrero 24, 1824) a Hampstead Road. Adquirió entonces aquella zona ese aspecto que

está fijado para siempre por Carlyle en su *Life of John Sterling*: "In those years [escribe Carlyle sobre el año 1824 y desde 1851] a visible section of the London population, and conspicuous out of all proportion to its size or value, was a small knot of Spaniards, who had sought shelter here as Political Refugees. "Political Refugees": a tragic succession of that class is one of the possessions of England in our time. Six-and-twenty years ago, when I first saw London, I remember those unfortunate Spaniards among the new phenomena. Daily in the cold spring air, under skies so unlike their own, you could see a group of fifty or a hundred stately tragic figures, in proud threadbare cloaks; perambulating, mostly with closed lips, the broad pavements of Euston Square and the regions about St. Pancras new Church. Their lodging was chiefly in Somers Town as I understood; and those pavements about St. Pancras Church were the general place of rendez-vous. They spoke little or no English knew nobody, could employ themselves on nothing, in this new scene. Old steelgrey heads, many of them; the shaggy, thick, blue-black hair of others struck you; their brown complexion, dusky look of suppressed fire, in general their tragic condition as of a caged Numidian lions".¹

No todos los emigrados tenían, sin duda, ese aire de leones numídicos. Los había que formaban un sector más moderado. Estos se instalaban en las vecindades del domicilio de Bello, como si la misma ubicación topográfica contribuyera a distinguirlos de los otros. Con algunos traba amistad el caraqueño al asistir a la tertulia de don Agustín Argüelles. En su libro sobre los emigrados españoles ha evocado Llorens, con perspicacia, el ambiente de una de estas reuniones. Aunque en su descripción no llega a mencionar a Bello, por otra fuente se sabe que éste participó de ellas.²

"No todas las reuniones tenían ese aire campestre y popular [dice Llorens para distinguir la de Argüelles de las que se efectuaban junto a un árbol solitario que los españoles usaban como lugar de cita y al que bautizaron como árbol de Guernica]. "Había tertulias de más tono, aunque modestas, en otras partes de la gran ciudad; no lejos de Somers Town, la que se celebraba por las noches en casa de don Agustín Argüelles, compartida por don Cayetano Valdés y

1 Carlyle, *ob. cit.*, pp. 66/67.

2 Cf. Pi Sunyer, *ob. cit.*, p. 187.

el ex-ministro don Ramón Gil de la Cuadra. A esta reunión acudían diariamente Istúriz, Alcalá Galiano y Bauzá. Cuando los contertulios se presentaban, ya estaba allí sentado en una sala del piso bajo el anciano almirante Valdés, asomando su rostro risueño entre una nube de humo pestífero, él, que había fumado siempre tan buen tabaco! Poco después bajaba el "divino" Argüelles, no en actitud oratoria y solemne, sino llevando en la mano una gran jaula con un ruiseñor".³

A la tertulia asistían también otros españoles, en particular dos que debieron interesar al caraqueño por su labor de publicistas: José Canga Argüelles, economista de sólida formación en letras humanas, apenas un año mayor que Bello, y Joaquín Lorenzo Villanueva, sacerdote que había sido acusado de jansenismo en España y que más tarde reveló un carácter bastante agrio en las polémicas con Puigblanch. Villanueva era unos catorce años mayor que Bello y fue el verdadero director literario de los *Ocios de Españoles Emigrados*, publicación que empezó a editarse en Londres en abril de 1824 y que, con algunas alternativas, subsistió hasta 1827. Con Villanueva colaboraron también su hermano Jaime, muerto en Londres en noviembre del mismo año 1824, Pablo Mendíbil (que vino a sustituir a Jaime y se incorporaría más tarde al *Repertorio Americano*) y el citado Canga Argüelles, redactor político de los *Ocios*, y responsable de su orientación moderna.

UN SEGURO ESTIMULO

Es difícil saber hasta qué punto estuvo Bello asociado a estos publicistas y a esta publicación española. Puede conjeturarse que siguió con interés su curso. Hasta es posible establecer algunas semejanzas entre artículos de los *Ocios* y otros que aparecieron coetáneamente en el *Repertorio Americano*. Los juicios respectivos sobre los poemas de Heredia, por ejemplo, tienen algún punto de contacto, aunque es mucho más perspicaz y detenido el de Bello. Pero no se ha podido determinar aún su colaboración directa en esta importante publicación de los emigrados. Es seguro que en las tertulias en casa de don Agustín se discutirían temas españoles e hispanoamericanos; allí Bello adelantaría seguramente los tesoros de su información y

3 Cf. Llorens, *ob. cit.*, p. 37.

sus puntos de vista. Pero eso es todo lo que puede afirmarse por ahora.

Lo que sin duda tiene mayor importancia es el estímulo que indirectamente recibe de este contacto con los publicistas españoles. Ya se ha visto en el capítulo anterior que no necesitó de mentores para su magnífica *Biblioteca Americana*, publicada un año antes de la emigración. Pero lo que ahora obtiene de estos emigrados es el noble estímulo de la competencia que lo impulsa a desarrollar posibilidades de gran editor que una indudable timidez y relativa ajenidad del ambiente londinense mantenían casi inéditas.

Hacia 1824 consigue romper la discreta soledad literaria en que se hallaba, soledad que sólo algún dilecto amigo español como Gallardo o Blanco White invadían con su correspondencia y que la asociación con García del Río había mitigado. Ahora comienza un fecundo período de su vida en que conoce e intima con Olmedo, en que se vincula a Fernández Madrid (mejor amigo que poeta), en que entabla, después de angustiosas escaramuzas, una perdurable relación con Mariano de Egaña. De unos obtiene el estímulo para proseguir sus planes de trabajo, de otros el necesario apoyo económico, la oportuna recomendación. Rodeado de buenos amigos, confortado por sus compañeros de siempre, acicateado noblemente por la competencia de los emigrados liberales españoles, Bello se va a lanzar por segunda vez a la ventura de una empresa literaria. *El Repertorio Americano*, sobre bases más sólidas y prácticas que la *Biblioteca*, le permitirá mostrar su estatura de publicista.

Es imposible estudiar este intensísimo período de su vida intelectual sin tener presentes las circunstancias de su vida privada y de su carrera pública. Por eso la narración de algunos momentos fundamentales de su biografía debe preceder y acompañar en este capítulo al análisis de su fecunda cosecha londinense que recoge en parte la revista y con la que, simbólicamente, se despide de una ciudad en que pasó las horas más felices (y también las más amargas) de su vida.

ENTRE IRISARRI Y EGAÑA

1824 es año de enorme importancia para la vida personal de Bello. Una carta de enero 6 y dirigida a su compatriota Pedro Gual (cuya protección solicita) permite advertir cuál era su estado de ánimo al inaugurarse el nuevo año. La carta es muy sobria, como todas las

suyas, pero revela claramente su situación económica. Bello contempla con horror su futuro en Inglaterra. Quiere volver a la patria y alega: "*Tengo una familia; palpo la imposibilidad de educar a mis hijos en Inglaterra, reducido a mis medios actuales, los que debo a la bondad del Gobierno [chileno], por mejor decir, del Sr. Irisarri, no me bastan. Por otra parte me es duro renunciar al país de mi nacimiento, y tener más tarde o temprano que ir a morir en el polo antártico entre los "toto divisos orbe" chilenos, que sin duda me mirarían como un advenedizo*". La carta continúa detallando su situación frente al Gobierno que acaba de destituir a Irisarri, su único apoyo según advierte el fragmento citado, y que no ha confirmado a Bello en el cargo que aquél le asegurara.⁴

No es posible examinar aquí el problema político que la carta plantea. Baste señalar que en aquel momento Bello no veía sino una solución para su vida futura: el regreso a su patria, y no a Chile. No fue posible. Bello temía no sentirse nunca nativo en el Sur de América, él que era hombre del trópico sospechaba no poder integrarse a la vida pública chilena que (además) le parecía en aquel momento entregada a la anarquía. Luego se verá si había o no fundamento para sus temores. Lo que ahora importa subrayar es la circunstancia paradójica de que Inglaterra, después de quince años de residencia, no significa para él sino una escala.

A pesar de constituir entonces Londres un centro cultural de primer orden y de encontrarse Bello tan a gusto en su Museo Británico, la imposibilidad de proveer al mantenimiento adecuado de su familia y a la educación de sus hijos (tan cara entonces en Inglaterra) le empuja a buscar arbitrios para regresar a América. Lo que no dice en la carta (y qué buena prueba de su pudor) es que pensaba entonces volver a casarse. En efecto, el 24 de febrero de 1824, después de tres años de viudez, contrae enlace con Isabel Dunn en la Iglesia de Saint-George, Hannover Square. Abandona entonces Somers Town y se traslada a 6 Sols Row, Hampstead Road, no muy lejos de aquel barrio. Allí residirá hasta 1827 en que se instala con la familia ya acrecida por nuevos hijos, en 9 Egremont Place.⁵

4 La carta está reproducida en *Del epistolario de Bello* (Selección y notas de Pedro Grases), in *Revista Nacional de Cultura*, Año IX N° 65, Caracas, noviembre-diciembre, 1947, pp. 85/87.

5 Cf. Caldera (*Londres*), pp. 25/36, especialmente.

Al no ser confirmado en su cargo por el gobierno chileno, Bello resuelve ofrecer sus servicios al Gobierno de Colombia, apoyado por el Ministro de esta nación en Londres, Manuel José Hurtado. Fecha su solicitud en agosto 14, 1824, y en noviembre 9 se le contesta, enviándosele el título de Secretario de la Legación de Colombia en Londres. Toma posesión en febrero 7, 1825. Pero en ese lapso no había quedado totalmente desvinculado de la representación diplomática chilena. Trece días después de haber escrito a Colombia conoce a Mariano de Egaña, enviado especial del Gobierno chileno que venía a Londres a investigar la actuación de Irisarri (ya destituido) y también la de Bello. Egaña lo creía asociado a los manejos turbios de su jefe. En realidad, se equivocaba, pero su error había de producir una larga confusión sobre los verdaderos méritos de Bello que si no fuera tan dolorosa podría calificarse de típico qui-proquo dieciochesco.

Bello era tímido y reservadísimo. Egaña, que también era tímido pero impulsivo, tomó su reserva por astucia; lo culpó de las mismas intrigas que había concebido el fecundo Irisarri. Durante algunos meses el caraqueño debió soportar las sucesivas fluctuaciones del humor de Egaña que era desconfiado y no se resolvía a reconocer en él a un hombre de bien. Casi todo el conflicto puede seguirse hoy en la correspondencia de los tres actores y, como comentario dramático de la misma, en las cartas que escribía regularmente Mariano a su padre, D. Juan Egaña, cartas en las que se franquea completamente y que constituyen, a ratos, un delicioso documento del período.⁶

Mariano tardó 92 días en llegar desde Valparaíso a Londres en el Royal Sovereign (o Real Soberano, como escribe). Era un barco a vela; el viaje fue, en sus palabras, atroz; el capitán era (o parecía) un ladrón. Desembarca en Gravesend el 26 de agosto. La primera impresión que le produce Inglaterra es, como a casi todos los hispanoamericanos, mala y no la modificará fácilmente. Se encuentra enfermo —con *flato*, agrega— y la estación no lo favorece. A los

6 Feliú Cruz, *ob cit.*, véase, asimismo, *Cartas de don Mariano Egaña a su padre* (1824/1829). Aniceto Almeyda. Introducción de Santiago de Chile, 1848, publicadas por la *Sociedad de Bibliófilos Chilenos*. XXIII 371 pp. Esta importantísima correspondencia no pudo ser utilizada por Amunátegui; tampoco la aprovecha ninguno de los biógrafos modernos de Bello.

seis meses largos de residencia, y después de haber padecido un otoño y un invierno, continuará quejándose: "*Este clima es horroroso [escribe en marzo 18, 1825] y naturalmente produce melancolía o lo que se llama esplín*".

Egaña no sabía una palabra de inglés y necesitaba alguien en quien apoyarse. Nombra a Bello su secretario, aunque el nombramiento no tiene carácter oficial ya que no proviene de Chile. Desconfía horriblemente de él y lo cree incondicional de Irisarri; "*amigo íntimo y apasionado*" del neogranadino lo llama en una carta. Sin embargo, no puede menos de admitir su veracidad cuando Bello reconoce que Irisarri no se encuentra en París (mentira difundida por el propio interesado que no tenía prisa en rendir cuentas); le parece bien, asimismo, que Bello admita con toda imparcialidad que Irisarri es vengativo. Pero Bello no podía permanecer junto a un hombre que lo nombraba su secretario y al mismo tiempo desconfiaba de él, que lo retenía a su lado, porque lo necesitaba, pero le vigilaba todos los pasos, que en realidad lo único que quería era usarlo y descontarse con su trabajo los sueldos que ya le había adelantado Irisarri. Expuesto a los variables humores de Egaña y a su invariable desconfianza, a la pasión con que éste encara la persecución de su antecesor y de los que creía sus colaboradores, Bello resuelve retirarse. Prosigue las gestiones iniciadas ante el gobierno de Colombia antes de llegar Egaña.

Por la correspondencia con Irisarri puede seguirse, desde otra perspectiva, el conflicto con el ministro chileno. En carta de febrero 3, 1825 le escribe Bello: "*El señor Egaña ha considerado que nuestras relaciones son de tal punto desfavorables para el logro de su comisión que se ha permitido indiscreciones que no he podido soportar; le ha parecido también que el haber recibido de usted parte de mis sueldos en anticipo es la prueba más evidente de que los fondos que él viene a cautelar se encontraban mal asegurados y peor invertidos. Ninguna de mis observaciones a este respecto han sido consideradas por el señor Egaña; y ha interpretado la conducta de usted con los más oprobiosos dicitos, de los cuales, naturalmente algunos de ellos, los he rebatido tan fuertemente que han venido a ocasionar un cuasi rompimiento. (...) Obligado estoy, sin embargo, a permanecer algún tiempo más al servicio del señor Egaña, mientras busco cualquier otro destino, cosa que para mí se presenta ahora más difícil y penosa que nunca. Si la lealtad con que he sabido de-*

fender al amigo tuviera en usted, como lo creo, algún influjo, si pudiera usted llevarme consigo a su escritorio y ofrecerme en él, transitoriamente, alguna ocupación, me quitaría usted la pesadilla del señor Egaña, que francamente me ha resultado más incómoda de todo lo que yo era capaz de imaginar. Y ¿"quid faciendum" ni a quien ocurrir?"

Bello encontraba a Irisarri en uno de esos malos momentos que eran tan frecuentes en la azarosa carrera de este personaje. Irisarri había ganado mucho pero había especulado más y ahora estaba en bancarrota. En vez de adelantarle la ayuda que, contrariando su natural reserva Bello solicita, Irisarri le contesta en febrero 5 con una carta llena de comicidad e intriga. Toda la primera parte de la misma está dedicada a ridiculizar a Egaña, que fue escribiente de la Secretaría de la Dirección en 1814, cuando Irisarri era Director Supremo de Chile. Ahora el neogranadino lo evoca como a un "Marianito muy entrometido" se burla del apellido, que hace rimar con lagaña y se complace en comprobar que tampoco Bello gusta de él. Quiere hacer creer a su corresponsal que Mariano tiene una cuestión personal con él y anterior por cierto al viaje a Londres. "Con esto podrá usted saber que don Lagaña, negro y repugnante como es, ha querido ser toda su vida ministro y cuando no lo es, ser ministerial. El general O'Higgins, que tenía muy buen tacto para conocer a sus paisanos, no aceptó jamás la intervención de este granuja en el gobierno, no obstante tener por su padre espléndida opinión y querer el señor don Juan metérselo por las narices. Diré a usted todavía que, cuando fui designado Ministro en esta corte, Marianejo, que me estimaba entonces más de lo que me estima ahora, me suplicó muchas veces le trajese de secretario. Yo, por cierto, me excusé; de ningún modo era propio que en una comisión de esta importancia arriara con un muerto, tan descortés y follón. Esto le ha dolido al zafio más que las cuentas del empréstito, porque él no sabe de tal cosa, como no sea de cuentos, y esto le seguirá doliendo mucho más que los sueldos que anticipé a usted, porque, de anticipos, lo único que entiende, como buen jugador, son las partidas adelantadas en el monte".

La carta concluye declarando a su amigo que no puede darle ningún apoyo porque se halla en bancarrota: "he jugado al ganar y no al perder", declara gallardamente. ¿Dónde, pues, amigo Bello lo puedo colocar? Lo más curioso es que ahora ni yo mismo tengo colocación ni empeño, y sólo espero que el Destino me arbitre lo que

mejor parezca. No desconfíe usted tanto de su propia suerte, porque hombres como usted no pueden perderse ni aquí ni en ninguna parte, siempre que no les toque un don Mariano". Con este equívoco consuelo se despide. Poco después, Irisarri abandonaría Londres sin saludar a su compañero, con el que reanudaría la amistad en Chile.

Lo que declara Irisarri no puede ser tomado al pie de la letra. Tampoco hay que atribuir sus exageraciones sólo al genio cómico con que esta vez prefiere encarar la situación el audaz político. Pero hay algo allí: hay la evidente intención de enemistar más a Bello con Egaña. Esto parece haberlo advertido a tiempo el caraqueño que, aunque si no astuto, era perspicaz. Así, por lo menos lo documenta una carta de Mariano a su padre que lleva fecha mayo 21. Allí cuenta que a principios de febrero Bello le dijo que ya no era más secretario de la Legación chilena porque acababa de recibir despachos de Colombia que lo nombraban para esa Legación. Más tarde pudo saber Egaña de labios de Bello los motivos de ese cambio. "Me ha confesado [cuenta Mariano en la carta] que había oído hablar tan mal de mí, sobre mi carácter falso y malvado, que creyó conveniente separarse, o éste fue uno de los motivos que concurrieron a resolverle, pero que ya estaba desengañado. El informante según comprendí fue Irisarri, ni a mi ver podía ser otro, porque aquí no hay quien mal me quiera sino él, que tampoco me ha tratado jamás privadamente. Bello era furiosamente apasionado de Irisarri y su protegido y amigo; así es que también se me quejó que observaba que yo en los negocios con Irisarri no tenía confianza en él, y que éste había sido el principal motivo de su separación".

A pesar de las explicaciones recíprocas, la desconfianza de Mariano subsiste, por lo que no debe extrañar que Bello decida trasladarse a la Legación colombiana y tomar posesión de su cargo en febrero 7. En carta de Mariano a su padre (setiembre 20, 1825) se acumulan sobre la cabeza de Bello más intrigas de las que éste era naturalmente capaz. Vale la pena transcribir el trozo porque es buen ejemplo de lo que una persona desconfiada puede inventar sin malicia. "En cuanto a la carta que escribió Bello a Pinto [dice Egaña], debe tenerse presente que él es de la comparsa de Irisarri; su compadre y edecán, compañero de Gutiérrez Moreno, Zegers, etc., y puesto por él en la secretaria de la legación, su constante y celosísimo defensor, y que tuvo la insolencia de decirme en mi misma cara que si yo vituperaba la conducta de Irisarri era por "pasión": hombre que desde

que yo llegué hizo diligencia para obtener acomodo en la legación de Colombia, su patria, y separarse de mí y a quien yo mantuve como ya he dicho a usted porque usaron la intriga entre él e Irisarri de suponerlo pagado hasta junio del siguiente año”.

Basta examinar la fecha de la carta en que Bello ofrece sus servicios al gobierno colombiano (agosto 14, 1824) y la del desembarco de Egaña en Inglaterra (agosto 26) para advertir que Mariano se equivoca en un punto, por lo menos, de su apasionada requisitoria. En la misma carta acusa al caraqueño de haber estado en complicidad con Irisarri y con Luis López Méndez en el asunto del empréstito de las minas y de haber sacado “su raja”. En esa convicción fundamenta sin duda las reservas que siempre tuvo en todo lo que se refiere al asunto de las minas. Sin embargo, la carta no adelanta ninguna prueba de que sea cierta la acusación contra Bello.

Todo este problema escapa, en cierto sentido, a los límites de esta investigación; no escapa sin embargo a la misma lo que tiene relación con la vida privada de Bello y con su personalidad íntima que queda muy bien reflejada en las apasionadas cartas de Egaña y en su propia mesurada carta a Irisarri. Más adelante se verá cómo don Mariano habría de modificar radicalmente su opinión y se convertiría en su amigo íntimo, uno de los mejores que tuvo Bello. Pero el que hay que considerar ahora es el Bello de 1825, acuciado por los problemas de la representación diplomática de Colombia y por la necesidad de defender, pública y privadamente a su amigo Irisarri en el enojoso asunto del empréstito sobre las minas y en el juicio por difamación que el neogranadino sigue contra el *Morning Chronicle* (diciembre 19, 1825): es el Bello inquieto por su situación económica y humillado por las sospechas constantes de Egaña, mortificado por la perspectiva de tener que criar a sus hijos en la pobreza, sin poder darles la necesaria educación, vacilante e inseguro aún al cumplirse el tercer lustro de su destierro.

LA AMISTAD CON OLMEDO

Ese mismo año, Bello traba amistad con José Joaquín de Olmedo, poeta ecuatoriano que llega a Londres como plenipotenciario del gobierno peruano ante esta corte y la de Francia. La amistad con Olmedo (que era apenas un año mayor) se encuentra reflejada en las cartas que éste le escribió desde París, adonde se trasladó a fi-

nes de 1826. Por esta correspondencia puede verse que su relación era ya entonces íntima: Olmedo lo trata familiarmente de “*compadre*” (es padrino de Andresito, uno de los hijos menores de Bello) y reconoce, en carta de febrero 9, 1827: “*A las dos o tres veces de haber tratado a usted, lo tuve por uno de mis mejores amigos; y creo que en el día ya tiene algunos años nuestra amistad*”.

El contacto entre ambos poetas debió haberse iniciado a poco de estar Olmedo en Londres. Los unían muchas cosas: el temperamento reservado pero tierno en ambos, el gran amor por la vida familiar, los gustos literarios, la concepción de la poesía como una lenta elaboración, como un cuidado sin pausa de la forma. Su correspondencia (aunque unilateral ya que sólo se conservan las cartas de Olmedo) es testimonio elocuente de la vida diaria de dos creadores que aparecen situados en la iniciación de una nueva era para las letras americanas.

Junto a ellos, y enlazado por similares preocupaciones, asoma a veces en la correspondencia José Fernández Madrid, colombiano residente en París y que en noviembre 23, 1826, había sido designado Ministro de su patria en Londres. Fernández Madrid era ocho años más joven que Bello y tenía, como él, aficiones poéticas. De su amistad con Madrid (que prepara la de éste con Bello) y de su gusto por la poesía habla Olmedo en la correspondencia. En carta, ya citada, de febrero 9, dice: “*Casi lo mismo [que con Bello] me ha sucedido con el dulce y sincero trato del señor Madrid*”, y en otra carta de marzo del mismo año agrega: “*Madrid está imprimiendo sus poesías; (aquí entre nosotros) lo siento. Sus versos tienen mérito, pero les falta mucha lima. Corren como las aguas de un canal; no como las de un arroyo susurrando, dando vueltas, durmiéndose, precipitándose y siempre salpicando las flores de la ribera. Le daña su extrema facilidad en componer. En una noche, de una sentada, traduce una Meseniana de Lavigne, o hace todo entero... el quinto acto de una tragedia*”.

El tono de censura que se reconoce ya en las palabras de Olmedo era seguramente compartido por Bello, casi tan fanático como aquél del cuidado de la forma y devoto practicante de la política de dejar descansar durante años los originales en las carpetas antes de darlos a publicidad. Sobre este tópico inagotable se extiende Olmedo en otras cartas.

En ellas puede verse que ambos amigos intercambiaron poemas y observaciones críticas durante la estancia londinense y que no todos fueron elogios recíprocos. Así, en carta de marzo 1827, se refiere Olmedo a un "amigo" que no nombra y que sólo puede ser Bello, que, "*quien sabe si entregándome sus versos, usaba conmigo un refinamiento de delicadeza (propia suya) como para cicatrizar las llaguitas que "injustamente" supondría abiertas con el cáustico saludable de su crítica en el amor propio del cantor de Junín*". Y en otra carta —contestando a un pedido de Bello para que enjuicie su artículo sobre Javier Burgos, traductor de Horacio— anota: "*Usted se engaña diciéndome que no quiere poner a mi amistad en compromiso con mi sinceridad. Nunca soy más sincero, que cuando amo. Nadie como usted tiene la prueba de este mi carácter; a la primer visita, antes de conocerle, antes de amarle, acuérdesese usted que fui sincero con usted*". La carta es de junio 12, 1827.

Por esa fecha, hacía un año que Bello había fundado, con el infatigable García del Río, el *Repertorio Americano* (1826-27), y ya apremiaba a Olmedo con solicitudes de colaboración. Este se excusaba como podía. Bello quería obtener algún poema original. Pero Olmedo que tenía borradores y se los había mostrado en Londres no los consideraba adecuados. Se creía, además, imposibilitado por el trabajo diplomático de ocuparse seriamente en la creación poética. "*Usted es el demonio [le escribe en marzo 20, 1827]. Pensar que yo puedo hacer versos ahora, y aquí, y pronto, y para el Repertorio! Usted ha visto los pocos que tengo conmigo; indignos, no digo de la prensa pública, pero aun de la prensa de la carpeta en que duermen en paz*".

Como Bello no ceja, Olmedo se decide a ofrecerle otra cosa. En Lima, 1823, había publicado frente al texto original, su traducción en verso castellano de la primera epístola del *Ensayo sobre el Hombre*, de Alexander Pope.⁷ Bello no podía no conocerla y no admirarla, como se desprende de la misma carta citada. Allí le reprocha amistosamente el poeta ecuatoriano: "*Si usted hubiera seguido mi insinuación, habría dado en uno de los primeros números noticia de*

la traducción, de la primera epístola popea, y de ese modo se habilitaba para poder imprimir en los siguientes la segunda, por supuesto, después de haberla limado, castigado y corregido: cosa que a nadie podía ser tan fácil como a usted. Así usted me habría procurado ese nuevo honor, y me habría estimulado a continuar una obra que cada día estoy más lejos de concluir".

En otra carta (junio 12, 1827) que se abre con una ingeniosísima excusa por la demora en contestar, vuelve a tratar el tema de sus colaboraciones en la revista: "*No puedo prometer versos para el Repertorio. Ya me parece que he perdido esta gracia. En uno de aquellos días de la embriaguez consabida, y en que estaba templado de ambición, nuestro buen amigo Madrid leyó unos pocos versos de mi segunda epístola de Pope; y como los alabase, me despertó el deseo de continuar la traducción. Pues, señor, empecé la tercera con calor, han pasado cerca de dos meses, y me da vergüenza decir que apenas tengo veinte y nueve versos. Vaya! esto es perdido, y quizá para siempre!*"

En junio 2 del mismo año vuelve a tratar el tema. "*No es cierto que yo no quiero dar versos para el cuarto Repertorio; lo cierto es que no puedo dar, y que usted quiere que yo no pueda. La gracia está perdida, y si usted no me confiesa, no podré recuperarla. Díceme usted que ponga la última mano a la segunda epístola de Pope. Hombre de Dios, cómo quiere usted que yo remiende estos andrajos, cuando así como están me parecen primorosos y perfectos! Usted solo podría entrar en esta penosa tarea*". Puede deducirse de este texto que, contrariamente al autor —que ya trabajaba la segunda epístola desde antes de su viaje a Europa (la había comenzado en agosto de 1824)—, Bello no la consideraba todavía pronta y quería que su amigo le diese una última mano.

Olmedo propone una solución transaccional: "*Para el cuarto Repertorio, que salga a luz el fragmento de los Tres Reinos [de Delille, en traducción de Bello], y aseguro a usted tres coronas. Dé usted allí una idea de la traducción de la primera epístola de Pope prometa para el número siguiente la segunda, y éste será el modo de comprometerme o de comprometerse. No admite usted mis disculpas que se fundan en el ya no puedo; pues sepa usted amigo, que es la verdad purísima. El otro día empecé la tercera de Pope, y me confirmo en la impotencia: aun permanece en sus veinte y nueve. Otro día*

7 Cf. *Poesías Completas* de José Joaquín de Olmedo. Texto establecido, prólogo y notas de Aurelio Espinosa Pólit, S. I. México, Fondo de Cultura Económica, 1947. LXVIII 317 pp. Véase, especialmente, las páginas 245/47.

se me antojó traducir la primera oda de Horacio en el mismo metro, por ejemplo:

Cayo, de príncipes nieto magnánimo,
Mi amparo y . . . , otros, cubriéndose
De polvo olímpico, busquen la gloria
La meta . . .

"Voilà tout". Y van cinco días. Y después dirá usted que miento. No, amigo. La "gracia" (si merece ese nombre) es perdida. Sólo al lado de usted pudiera ir recuperándola".

Nunca llegó a publicarse la traducción de la segunda epístola de Pope en el *Repertorio*. Las probables objeciones de Bello, las resistencias de Olmedo, la verdadera dificultad poética (esterilidad o escasez, podría diagnosticarse) que padecía el poeta ecuatoriano, fueron dilatando la ocasión, hasta que fue demasiado tarde. El *Repertorio* dejó de publicarse en 1827. En cambio de poesía absolutamente original (ya se trate de traducciones o de obras nuevas) Bello debió insertar un poema de Olmedo *A un amigo en el nacimiento de su primogénito* (escrito en Lima, 1817, y reproducido en la revista en enero, 1827) y la versión de la *Oda XIV del libro I de Horacio* (que era de 1824 y el *Repertorio* publica en el número de octubre, 1826). La cosecha édita no fue muy notable. No cabe dudar, sin embargo, que de su contacto con Bello extrajo Olmedo un estímulo que aparece humorísticamente fraseado por él en un párrafo, ya citado, de la carta de julio 2, 1827: "La "gracia" (si merece ese nombre) es perdida. Sólo al lado de usted pudiera ir recuperándola".

LA EPISTOLA A OLMEDO

Queda únicamente un fragmento de una de las cartas que Bello dirigió a su amigo. Es de mayo 3, 1827 y en ella escribe familiarmente: "Ayer hemos celebrado el cumpleaños del abijado de usted, y yo más que nadie, que, retirándome a fumar mi habanero, me divertí en improvisar "à loisir" la siguiente efusión poética. Pero déjeme usted cortar la pluma". Tal es el fragmento y, aunque escaso, facilita una encantadora imagen familiar del poeta caraqueño y de su afecto por Olmedo. Con la carta envía al amigo unos cuarenta versos de la *Epístola escrita de Londres a París por un americano a otro*:

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
que del dulce solaz destituido
de tu tierna amistad, vivir no puedo
Mal haya ese París tan divertido,
y todas sus famosas fruslerías,
que a soledad me tienen reducido!

A ella se refiere Olmedo en su carta de junio 12: "Sea que los cuarenta versos improvisados como principio de una epístola tengan un mérito real; sea que yo vea con preocupación las cosas de usted; sea que las palabras de patria, Guayas y Virginia tengan una magia irresistible para mi oído y mi corazón; sea lo que fuere, lo cierto es que pocas cosas me han agradado tanto en este género, como aquellos cuarenta versos. Los prefiero hablando con candor, los prefiero a los mejores trozos, de la mejor epístola del mejor de los Argensolas. Nada hay comparable al elogio del cantor Junín. Este es el verdadero modo de alabar. . . ¿Quién puede sufrir una alabanza directa y descarada? ¿Y quién puede resistir a la que viene por camino tortuoso, tímida, modesta como una virgen que desea y no puede expresar su pasión, pero que quiere que se la adivinen?"

Y suspirando entonces por las caras
Ondas del Guayas-Guayaquil un día,
Antes que al héroe de Junín cantaras

Sí, amigo, nada hay comparable a esta delicadeza. Cien veces leo estos versos, y cada vez me deleitan más. ¿Y qué decir de aquel amigo

Que al verme sentirá más alegría
De la que me descubra en el semblante?

¿Por qué no acaba usted esta epístola, mi Bello? Sepa usted que sería una composición exquisita".

Olmedo vuelve a insistir en julio 2 del mismo año: "Pido, suplico, insto oportuno, importuno, que acabe usted la epístola que empezó a dirigirme. Cada vez me agrada más. Sigala usted del punto en que está: la continuación es muy natural y fácil; pínteme en medio de escenas campestres, rodeado de mis dos niñas de mis ojos; derrame usted todas las gracias, todas las flores sobre las dos, y no tema quedar corto. Pínteme usted embelesado, etc, etc. etc. Nada podía serme

más agradable". Sin embargo, y a pesar de tan amistosas sollicitaciones, Bello no continuó la *Epístola* que quedó en forma de fragmento y se publicó por vez primera en *La Libertad* de Santiago, después de su muerte.⁸

El propio Olmedo ha apuntado ya la emoción que contiene la *Epístola*, la serena amistad que revela, la familiaridad sin sombras que es su mejor carácter. Constituye uno de los raros testimonios de ese Bello íntimo, tan esquivo a la publicidad. Es alegre y viva, coloquial en el mejor sentido de la palabra. Aunque la dicción es neoclásica (y por lo tanto hizo bien Olmedo en mencionar el antecedente de Argensola) y aunque abunda en referencias mitológicas, su mayor valor consiste en las alusiones autobiográficas y americanas que la recorren. En el verso 31 traza Bello su autorretrato espiritual con sólo tres adjetivos:

...una alma fiel, veraz, constante.

En cuanto a América, la misma idea que expresa la *Alocución a la Poesía* de 1823 encuentra aquí su formulación concreta en los versos 64-66:

*Te manda el cielo que el laurel del Pindo
transplantes a los climas de occidente,
do crece el ananás y el tamarindo;*

La moral de la *Epístola* aunque reproduce la conocida filosofía de Horacio, es característica de Bello y encontrará más dilatado desarrollo en la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* de 1826.

Aquí se encuentra expresada en la secuencia de versos que se inicia (v. 79):

*Huye el loco tumulto de las gentes;
y a los dolores que codicia irrita,
prefiere el campo, y árboles; y fuentes.*

8 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, p. 93, nota. Por el estudio de variantes que se realiza en esta edición puede comprobarse que Bello no "improvisó" la *Epístola*. La "improvisación" a que alude Bello en su carta a Olmedo (mayo 3, 1827) es otra de las convenciones literarias del género.

Como lo prueban la poesía familiar y la prosa de la correspondencia, la amistad de Bello con Olmedo resulta una de las más importantes de su vida íntima. En vísperas de abandonar París, Olmedo le escribe una carta (julio 16, 1827) en que con delicadeza le insta a que acepte una suma de dinero que ha dispuesto para él: "*Amigo, usted me dará una satisfacción, y una prueba de amistad, haciendo uso de la adjunta carta, y no hablándome jamás de su contenido. Deme usted estos dos placeres*". No se sabe si Bello aceptó o no este dinero. Nada dice al respecto Amunátegui que se limita (de acuerdo con su costumbre) a insertar la carta completa sin ningún comentario. Pero puede suponerse que sí lo aceptó.

Pocos días después se dirigía Olmedo a Londres donde residió hasta marzo de 1828. Allí tuvo ocasión sin duda de reanudar la relación personal con Bello. Casi ningún documento queda de este período, si se exceptúa la carta en que se despide de Bello al partir de regreso a su patria. Su texto (de marzo 7, 1828) dice:

"Mi querido amigo. Llegó el momento. Cuando usted lea esta carta, ya estaré lejos de Londres: pero nunca están lejos los que se aman. ¡Llevo a usted, mi querido Andrés, en mi alma y en mi corazón y muy adentro!... ¡Oh, si nos viésemos en Colombia! ¡o en el Perú! ¡qué placer, si yo pudiera contribuir a esta reunión! ¡qué placer, si yo viese a usted en la situación que merece! Un presentimiento... ¡Quiera Dios que no me engañe!

"El recuerdo de usted y de su fina amistad será uno de los pocos recuerdos tristes que me deberá Londres. Una muy afectuosa expresión a mi amable comadre, y un cariño a los Bellitos: uno particular a mi abijado. Y adiós, mi Andrés.

*"Siempre, siempre de corazón. José Joaquín"*⁹

LA NUEVA REVISTA

La suspensión de la *Biblioteca Americana* no había sido considerada como definitiva por ninguno de sus dos redactores principales. Así

9 En el capítulo VII de este estudio se considerarán otros testimonios de la amistad entre Bello y Olmedo. Aunque Amunátegui le dedica un capitulito de su biografía y preserva los textos de su correspondencia, no analiza, como aquí se ha hecho, esta amistad y sus importantes entrelíneas literarias.

lo documenta una carta de García del Río a Bello fechada en febrero 14, 1825. La última entrega, de fines de 1823, se había agotado completamente y en la carta apunta García del Río que no quedan arriba de diez o doce ejemplares en Londres porque "todos los demás se remitieron a los diversos estados americanos". Esta fue (ya se ha visto) la causa del cese de la revista: los ejemplares enviados a América tardaban en cobrarse o no se cobraban nunca. Pero el optimismo de los redactores aparecía intacto. En la carta citada escribe el neogranadino a su compañero: "En cuanto a la resurrección de la "Biblioteca", soy de dictamen que no debemos continuarla bajo el mismo plan, demasiado extenso y costoso, sino que en caso de decidirmos a consagrar nuestras tareas a semejante proyecto, empezásemos de nuevo, y para no discontinuar por algunos años".

La carta se refiere al proyecto de publicación de la *Biblioteca* que establecía para cada volumen un grueso tomo de casi quinientas páginas, dividido en tres secciones fijas: *Humanidades y Artes Liberales, Ciencias Matemáticas y Físicas*, con sus aplicaciones, e *Ideología, Moral e Historia*. Cada tomo, que iba ilustrado por láminas a color, resultaba demasiado oneroso. Para la continuación proyecta, sin duda, volúmenes algo más compactos y económicos.

En la carta se trata asimismo de la financiación. García del Río cree poder obtener pronta respuesta de algunas personas (que no nombra) y que seguramente le ayudarán. Si sus esperanzas se cumplen, "me dedicaré a escribir durante cinco años, y tendré el gusto de poder ofrecer a usted para ayuda de costa cuatrocientas libras al año por su cooperación". La situación económica de Bello no le habría permitido, sin esta seguridad, dedicarse a una tarea tan engorrosa y de tanto desgaste de tiempo y energía como la publicación de una revista.

Por la contestación de García del Río se advierte que Bello ha estado azuzándolo, echándole tal vez en cara que se encuentre en París, de holgazán, y sin duda olvidado de su misión primera: la de velar por los intereses culturales de América hispánica. Tal se deduce de uno de los párrafos de la respuesta de García del Río: "Entre tanto, usted me hará la justicia de creer que estoy muy distante de ser indolente en tratándose de contribuir a la ilustración y al bien de nuestros compatriotas". Esta frase indica bien claramente de quién era la iniciativa y de parte de quién estaban los mayores desvelos por la reanudación de la *Biblioteca Americana*.

Pero las expectativas de García del Río no se cumplieron y fue necesario postergar un año y medio más la nueva publicación. Es en julio de 1826 que se imprime el *Prospecto del Repertorio Americano*, publicación trimestral a cargo de Andrés Bello y José García del Río. Allí se reproducen parcialmente los conceptos ya vertidos en ocasión del anuncio de la *Biblioteca Americana*, de la que es este *Repertorio* auténtica continuación y hasta se citan algunos párrafos.

Como ha señalado Pedro Grases en uno de sus estudios, "la idea de la educación americana" preside sus empresas periodísticas. Así lo abona una declaración del *Repertorio* en que se sintetizan sus propósitos: "examinar bajo sus diversos aspectos cuales son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes y las ciencias, y completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio y navegación, se le abran nuevos canales de civilización y se le ensanchen y faciliten los que ya existen; hacer germinar la semilla fecunda de la libertad, destruyendo la preocupación vergonzosa con que se le alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los hombres y las acciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo; he aquí la tarea noble, pero vasta y difícil, que nos ha impuesto el amor a la patria"¹⁰

El momento y el lugar en que se inicia el *Repertorio* son propicios para la actividad intelectual, y así lo indican sus redactores en el *Prospecto* cuando afirman: "Londres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más arrojadas las tentativas de las artes". Por otra parte y como ya se ha señalado, hay un verdadero renacimiento literario dentro de la colonia hispánica, producido por la llegada, a partir de 1823, de numerosos y calificados liberales españoles que abandonaban la península huyendo de la represión de Fernando VII.

10 Cf. Pedro Grases: *Tres empresas periodísticas de Bello*, Caracas, 1955, p. 17. El *Prospecto del Repertorio Americano* se encuentra, en los ejemplares completos de la revista, en el tomo I, pp. 4/5. No lleva firma. La redacción definitiva parece ser de Bello, aunque el ideario es, indudablemente, común a ambos redactores.

Muchos de ellos eran distinguidos escritores y publicistas que empiezan a publicar en Londres una serie de periódicos, destinados en su mayor parte al público hispanoamericano. La ocasión se ve favorecida por la iniciativa de Rudolf Ackermann, editor alemán radicado en la capital inglesa, que resuelve publicar revistas y libros de artes y ciencias para el expectante mercado del Nuevo Mundo. Ackermann entra pronto en contacto con Blanco White y más tarde (cuando Blanco parece haber abandonado casi por completo la lengua castellana) con el gaditano José Joaquín de Mora. Al mismo tiempo, el español Vicente Salvá funda en Regent Street la *Librería Clásica y Española* que se convierte en un centro intelectual de importancia y que también publicará libros. La *Imprenta Calero* aparece asociada con sus libros al movimiento.

No es necesario detallar aquí cada una de las empresas con que estos emigrados españoles contribuyeron a la difusión de la nueva literatura en América hispánica. Este trabajo ha sido ya cuidadosamente realizado por Vicente Llorens Castillo. Lo que aquí importa señalar es la vinculación entre este movimiento de iniciativa española y el movimiento paralelo que había iniciado Bello en 1823 con su *Biblioteca Americana*. En realidad, le corresponde a Bello la primacía cronológica. El mismo año 1823 en que se fundó en Londres la primera publicación de carácter cultural en español, Bello concibió y llevó a cabo su *Biblioteca Americana*. La emigración española, que cuenta con más escritores y con mejor respaldo económico, emprende una serie de publicaciones que inauguran las *Varietades* o *El Mensajero de Londres* de Blanco White con el apoyo de Ackermann (enero 1823 - octubre 1825) y continúa *El Español Constitucional* (marzo 1824 - junio 1825), los *Ocios de Españoles Emigrados* (abril 1824 - octubre 1826 con una segunda época de enero - octubre 1827), el *Museo Universal* de Mora (julio 1824 - octubre 1826) y el *Correo Literario y Político de Londres*, también de Mora y con la colaboración económica de Ackermann (enero - octubre 1826).

Por la cronología se advierte que estas publicaciones tuvieron corta vida, aun aquellas que contaban con el respaldo de un editor como Ackermann. Se advierte también que aparecen, numerosas, hacia 1824 y luego se suceden en forma más o menos irregular, hasta 1827. De este modo su existencia sucesiva ocupa el lapso entre la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio*, acompañando a éste último en su carrera.

No tienen estas precisiones ningún propósito de restar originalidad o iniciativa al esfuerzo español. En realidad, no puede hablarse de otra competencia que la del estímulo. Ellas estaban redactadas y publicadas por un núcleo pequeño de escritores españoles e hispanoamericanos y su único mercado era el de América. El intercambio de colaboradores era frecuente; en las reseñas críticas se ocupaban indistintamente de españoles y americanos. Así como *El Español Constitucional* publica en sus escasas páginas de literatura poemas del colombiano Fernández Madrid, Bello alberga en su *Repertorio* a varios emigrados españoles: Pablo Mendibil, Vicente Salvá, Mariano La Gasca. Esta colaboración estrecha entre los hombres, se advierte también en el espacio que dedican a las obras: los *Ocios* reseñan los poemas de Heredia, el cubano, en tanto que Bello comenta con atención todas las obras publicadas por los emigrados españoles.

Pero esta comunidad de intereses y la amistad que ella presupone no debe disminuir el carácter de adelantado de estas empresas culturales que tuvo Andrés Bello junto al español Blanco White y al neogranadino García del Río. Esto es lo que ahora me interesa especialmente subrayar.

EL REPERTORIO AMERICANO

Cuatro volúmenes, que totalizan más de mil doscientas páginas, llegó a publicar el *Repertorio Americano* entre octubre 1826 y agosto 1827. El formato de la revista es el mismo de la *Biblioteca Americana* y reproduce no sólo algunos artículos de ésta sino que ocasionalmente utiliza las mismas ilustraciones. Pero el plan es menos ambicioso, en cierto sentido. En vez de pretender integrar gruesos volúmenes de casi quinientas páginas cada uno, los editores se conforman con tomos más flexibles, de unas trescientas páginas, que en compensación se publican con mejor periodicidad.

Este nuevo plan (que por la correspondencia ya citada de García del Río con Bello se advierte había sido bien discutido entre ambos redactores) tiene el mérito de contemplar las posibilidades económicas de la plaza hispanoamericana y las condiciones reales de trabajo y tiempo en que se hallan sus colaboradores.

El *Repertorio* aparece dividido en secciones que reproducen, y mejoran, las de la *Biblioteca*: Sección I. *Humanidades y Artes Liberales* Sección II. *Ciencias Matemáticas y Físicas con sus Aplicaciones* (tiene

una subsección: *Variedades*, que es nueva); Sección III: *Ciencias Intelectuales y Morales* (antes se titulaba: *Ideología, Moral e Historia*) Cada volumen se completa con dos nuevos rubros: *Documentos relativos a la historia de América*, es uno; el otro es un *Boletín Bibliográfico*. La ordenación fue conservada en los cuatro tomos, con una sola excepción: en el tercero no se insertan documentos relativos a la historia de América.

Además de sus dos editores, colaboraron en el *Repertorio Americano* los españoles Pablo Mendíbil, Vicente Salvá, Mariano La Gasca, y el poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, el colombiano José Fernández Madrid, el guatemalteco García Goyena. La cuota de poesía estuvo a cargo de los hispanoamericanos. Fernández Madrid contribuyó con una letrilla, *A Desval*; con el *Canto a la Independencia de Guatemala*, colaboró García Goyena; y con dos composiciones (una original y otra traducida) Olmedo. Ninguna alcanzó la importancia de las contribuciones poéticas de Bello.

Los españoles colaboraron con artículos de crítica y de erudición. Salvá además de librero, era especialista en bibliografía y estaba trabajando en una gramática castellana, tema que interesaba particularmente a Bello (éste proyectaba entonces una gramática universal). Mendíbil contribuyó a la revista en forma importante a partir del segundo número; la abundancia de sus colaboraciones ha llevado a Llorens a afirmar que "*Bello y él parecen haber sido los verdaderos redactores de la revista en 1827*".¹¹ De menor importancia es la contribución de los demás.

Pero es indudablemente Bello el que da al *Repertorio* su fisonomía tan particular, él quien se convierte en el más asiduo, el más imprevisible de los colaboradores. Su contribución no sólo supera numéricamente a la de los otros redactores juntos; la supera, sobre todo en imprimir a la revista la orientación general, el tono. Es mucho más abundante que la que prestó a la *Biblioteca Americana* y requiere un análisis algo pormenorizado —al menos en lo que se refiere al tema de esta investigación.

El *Repertorio* corrió al fin la suerte de la *Biblioteca*. Su último número se publicó en agosto, 1827. Las dificultades de comunicación con América resultaron otra vez insalvables. Se enviaban los ejemplares pero no se podían cobrar; o se recaudaban las suscripciones en Amé-

rica pero no se podía hacer llegar el dinero a Londres. Es muy ilustrativa al respecto la correspondencia de Bello con J. Manuel Restrepo, de la que se conservan únicamente las cartas que éste envió al ilustre caraqueño. Restrepo se ofrece (carta de diciembre 7, 1826) no sólo a conseguirle diez suscriptores del Gobierno colombiano; también espera obtener suscripciones particulares y le recuerda que había hecho más de cien para la *Biblioteca Americana*.

El otro problema eran las colaboraciones. El principal escollo era el costo del correo que desanimaba a los posibles colaboradores. Dice Restrepo en carta de abril 8, 1827: "*He ofrecido a usted que contribuiría a la empresa en cuanto me sea posible; pero en las actuales circunstancias, no puedo escribir nada por mis ocupaciones oficiales. Tengo amigos que podrían hacerlo; pero son tan fuertes los portes de correo para esa capital, que les asustan; y ninguno querrá satisfacerlos, pues, en general, todos nuestros literatos son pobres*".

Restrepo enuncia aquí en pocas palabras uno de los mayores males de las letras americanas de entonces (y de ahora). Coincidente es el testimonio de una carta de Bello a Agustín Loinaz que seguramente es ejemplar de la correspondencia enviada a todas sus amistades americanas. Es de octubre 13, 1826, y se ocupa de obtener colaboraciones para la nueva revista. Le dice: "*... escribo para que usted me consiga todas las noticias que le parezcan interesantes para un periódico que se publica aquí con el título de "Repertorio Americano", y con mejores auspicios que la difunta Biblioteca, de que usted tendrá tal vez noticias. Las que yo pido a usted no son del estado presente, sino del pasado, es decir relativas a la historia de la revolución, hechos notables de españoles y americanos, amigos y enemigos, y sobre todo aquellos que redundan en honor de nuestros patriotas. Datos estadísticos, geográficos, serían también muy aceptables. Encargo a Carlos mi hermano remitir a usted el número 1º que es todo lo publicado hasta ahora. Dígame usted lo que le parece y qué impresión hace por esos países. En cuanto a la remisión a Londres de las noticias que usted quiera remitir, deberá ser a la casa de los*

Messrs, Martín Bossange & Co.
Great Marlborough Street;"

Hasta aquí la carta parece únicamente un pedido de colaboración que si bien revela el cuidado con que Bello procura informarse, directamente, de lo que acontece en todas partes de América, no en-

11 Cf. Llorens, *ob cit.*, p. 286.

cierra nada particular. Pero en la continuación reconoce la penuria económica en que se proyecta y ejecuta esta vasta empresa. Por eso aclara de inmediato a su corresponsal: "Pero como no podemos cargarnos con el porte, que aquí es gravosísimo, convendría que usted se valiese de algún amigo de los que suelen venir frecuentemente de esos países, entregándoles los papeles abiertos, a manera de cuaderno de apuntes, o bajo otra forma. Esto con respecto a lo que tuviese bastante importancia para llamar la atención, o cuando hubiese plena confianza en el portador; pero si pudiese reducirse el material a un pliego de papel, como creo que pudiera verificarse en los más casos, pudiera venir cerrado por el correo."¹²

En estas condiciones era prácticamente imposible continuar recibiendo colaboraciones o mantener económicamente la publicación con el aporte de las suscripciones de ultramar. Poco más de un año después de iniciada la revista, Bello y García del Río debieron rendirse a la evidencia. Pero habían hecho un intento más, y habían publicado uno de los mejores periódicos de su momento en todo el mundo hispanoamericano. Por eso valía la pena el esfuerzo, las penas, los sinsabores y el aplauso reducido.

LA SILVA A LA AGRICULTURA

Tres poemas publica Bello en el *Repertorio Americano*. Dos son traducciones (de Delille), uno es original y constituye, sin duda alguna, su obra poética más ambiciosa; la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*. Se publicó en el lugar más destacado, inaugurando la primera entrega y la primera sección (*Humanidades y Artes Liberales*) de la revista, aunque sin firma, como era habitual entonces. Un título general indicaba la filiación del poema, la que se hacía más explícita por medio de una nota. La *Silva* aparecía inaugurando una serie o secuencia, *Silvas Americanas*. Dice la nota al pie de la primera página: "A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la Biblioteca Americana bajo el título de "América". El autor pensó refundirlas todas en un solo poema: convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos".

12 Cf. *Del epistolario de Andrés Bello*, loc. cit., pp. 87/88.

La importancia de esta nota no puede encarecerse bastante. Aunque para quien lea juntas la *Alocución a la Poesía* y esta *Silva* la estrecha vinculación temática y de inspiración que las une es obvia, las palabras de Bello indican algo más que una comunidad de origen. También determinan un primer momento común de composición (al que pertenece indudablemente la *Alocución*) y un segundo en que Bello, puesto a retocar para la nueva revista alguna de las *Silvas*, se siente tentado a reescribirlas por completo, conservando apenas dos o tres versos de aquellos fragmentos (según él mismo declara).

De este modo se establece no sólo la comunidad de origen sino también la diferencia de tratamiento que se advierte entre ambos poemas. Si mucho de lo que ya se ha dicho sobre la *Alocución a la Poesía* es todavía válido para la *Silva*, hay mucho que se dijo de aquella que ya no tiene sentido para ésta, así como hay mucho en ésta que Bello no pudo siquiera entrever cuando publicó la primera. Una de las primeras señales de la rápida maduración que se ha producido en el poeta entre 1823 y 1826 (sólo tres años pero qué fecundos para la poesía hispánica), uno de los signos más inequívocos del cambio sutil que habrá de continuar operándose en el poeta caraqueño, es el abandono completo de toda referencia mitológica.

No ha renunciado Bello, es cierto, ni a la dicción neoclásica ni a cierta temática prestigiada por Horacio y sus continuadores. Todo el poema tiene una enseñanza moral que puede sintetizarse en la denuncia del engaño y la corrupción ciudadanos y la exaltación de las virtudes de la vida campesina. *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* podía ser uno de sus subtítulos, y ya se sabe qué horaciano (qué romano) es este enfoque. Las mismas imágenes en que Bello convoca el tema tienen un perfil clásico, acentuada la familiaridad por el corte nítido y elegante del verso.

No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérvida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
más pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego

*de ilícitos amores;
o embebecido le ballará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.*

Al eliminar la mitología neoclásica conservando (sin embargo) mucho del espíritu latino, Bello ha dado un paso hacia la nueva poesía que habrá de ir gestándose en América. Otro paso, más audaz, queda registrado también en el poema: el espíritu cristiano envuelve ahora esta filosofía latina y le da un contenido nuevo. Podría creerse que Bello cede a la influencia de esa literatura que personificó tan augustamente Chateaubriand en los comienzos del romanticismo francés. No es improbable. De todos modos, se advierte ya un abandono de los dioses clásicos y en cambio se impone la imagen de Dios en su trono celestial, presidiendo los destinos de América.

*Ab! desde el alto asiento,
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
(si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana gente),
el ángel nos envía,
el ángel de la paz, que al crudo ibero
haga olvidar la antigua tiranía,
y acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero;
que alargar la haga al injuriado hermano;
(ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
y si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano.*

Aquí no sólo se realiza la sustitución de la tradicional mitología poética del clasicismo por la invocación al Dios de los cristianos. También aparecen otros elementos de la nueva poesía. El más importante, y el que ha dado al poema su peculiar distinción, es la presentación directa y poética a la vez de la Naturaleza americana. Bello insiste, con una fruición que traiciona sutilmente al desterrado, en la particularización del paisaje de la zona tórrida, en el pa-

ladeo de los nombres originales de América, a los que no sólo da (como poeta) carta de naturaleza sino que también incorpora al lenguaje culto en las notas eruditas con que acompaña el poema.

La visión de la Naturaleza americana es bastante objetiva, el poeta modera su nostalgia o su dolor de exilado. Pero revela en cambio una exaltación que vivifica cada estrofa y que le permite alcanzar, en el plano de la poesía descriptiva, los momentos de mayor felicidad en la pintura de los frutos de la tierra ecuatoriana. Habría que citar toda la primera sección, aquella en que no se cansa de enumerar y loar los productos de la fecunda zona. Bastará, sin embargo, con la mención de algunas de las más felices imágenes.

*Para tus hijos la procera palma
su variado feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosia;
sus rubias pomos la patata educa;
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para tí la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para tí el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
y para tí el banano
desmaya al peso de su dulce carga;
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.*

Algunas de estas imágenes fueron anticipadas, en 1823, por la *Alocución* (vs. 195/ 206) pero la mera aproximación de los textos basta para advertir cuánto ha progresado Bello —dentro de su propia visión poética— en el lapso de tres años. Advértase cómo escribía en 1823:

*Tiempo vendrá cuando de tí inspirado
algún Marón americano, ¡Oh diosa!
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona;
donde cándida miel llevan las cañas,
y animado carmín la tuna cría,
donde tremola el algodón su nieve,
y el ananás sazona su ambrosía;
de sus racimos la variada copia
rinda el palmar, da azucarados globos
el zapotillo, su manteca ofrece
la verde palta, da el añil su tinta,
bajo su dulce carga desfallece
el banano, el café el aroma acendra
de sus albos jazmines, y el cacao
cuaja en urnas de púrpura su almendra.*

Entre ambos fragmentos no hay sólo una diferencia de extensión, un mayor desarrollo de las imágenes en 1826, una más pausada y lenta enumeración (en 1823 a ratos incurre en el catálogo). Hay algo más importante: el texto del *Repertorio Americano* contiene una mayor carga poética, una intensidad de visión y una calidez verbal que resulta incomparable en la poesía descriptiva del momento. El humilde algodón aparece transfigurado por el poeta:

*y el algodón despliega el aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.*

Bello parece anticipar aquí esa sensualidad de las imágenes prestigiosas que enardeció a Darío en el crepúsculo del mismo siglo. Como un modernista ve la cualidad objetiva de estos frutos naturales y la expresa en la pasión contenida y simétrica de sus versos. Y si se

compara la imagen del banano —reducida casi en 1823 a una sola impresión (*bajo su dulce carga desfallece el banano*) en que más eficaz que el resabido adjetivo parece el verbo, *desfallece*— con la imagen de la *Silva*, puede advertirse hasta qué punto ha ido madurando en sí mismo una visión poética de elegante trazo clásico e intensidad visual. El banano continúa desmayando (en vez de desfallecido) bajo su dulce carga, pero su imagen se enlaza con la visión humanística de su fruto, presente primero de la Providencia, y luego se cierra con la visión generosa de su rápido desarrollo y muerte patriarcal.¹³

Para volver a encontrar en las letras de América una semejante capacidad de poetizar lo objetivo, de enriquecer el territorio de la poesía no con el mundo interior del poeta sino con el ancho mundo de imágenes americanas, hay que esperar a Pablo Neruda en su *Canto General* (1950). No en balde ha podido señalarse como antecedente de este poema las grandes *Silvas* de Bello. Tal filiación no debe ser exagerada, sin embargo.

- 13 Distinto, aunque no contradictorio, es el análisis que de esta misma imagen hace Edoardo Crema en su excelente estudio: *Conflictos y valores estéticos en la Silva a la Agricultura*, in *Primer Libro*, pp. 113/117. Véase también, el interesante aunque breve análisis de D. Puccini en su folleto, *L'opera poetica di Andrés Bello*, Roma, Arti Grafiche, 1957, pp. 17/19. También en el mismo trabajo hay que destacar su análisis del concepto de *anamnesis* que Bello desarrolla en su *Filosofía del entendimiento* y que Puccini sitúa como centro de su poetizar. (V., especialmente las pp. 29/31). Sobre las *Silvas*, consúltese, asimismo, Alan S. Trueblood, *Las Silvas Americanas de Andrés Bello*, en *Cultura Universitaria*, Caracas, N° 4, noviembre-diciembre, 1947, pp. 46/74. El origen anecdótico de la *Silva* ha sido contado por Joaquín Edwards Bello en una deliciosa crónica de *La Nación*, Santiago de Chile, noviembre 1951, "Andrés Bello, el poeta", que está recogida ahora en *Atenea*, ed. cit., pp. 53/56. Según escribe su descendiente, Bello habría contado que "cierta tarde de invierno, en 1824, pasaba en Londres, cerca de uno de los muelles, o docks, en el interminable y oscuro puerto, cuando vio un barco del que sacaban cajas y sacos repletos de frutos brillantes, cuyo aspecto y perfume hicieron temblar su corazón. Eran frutos y productos elaborados con fibras o cañas de las islas tropicales, fronteras de Venezuela. El contraste de la City de carbón y hierro con los frutos de su América virginal le inspiró". Conviene relacionar esta anécdota, tan proustiana, con la interpretación de la *anamnesis* que hace Puccini en su folleto arriba citado.

Los otros dos poemas que publica Bello pertenecen originariamente a Delille. Uno es un fragmento de *Les trois regnes de la Nature* y se titula *La Luz*; el otro pertenece a *Les jardins*. Tienen muy escaso interés poético. Su mayor mérito está en la vinculación que establecen entre Bello y esa poesía pseudocientífica y descriptiva de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX que el crítico caraqueño había valorado ya en su reseña de Cienfuegos. Que él también era un practicante de esta poesía lo demuestra sobradamente esta versión. Ella pertenece a una zona del hombre (el divulgador científico, el humanista enciclopédico) con el que poco tiene que ver este trabajo.

En el fragmento de *Les jardins* que traduce para el *Repertorio* encuentra Bello un modelo, entonces respetado, para la descripción nítida y precisa de la naturaleza europea. Hay que apuntar aquí una diferencia esencial con la naturaleza americana que, contemporáneamente, describe con entera originalidad en las *Silvas*. En Delille se trata de una Naturaleza domesticada (o pervertida) por el Arte. En vez de la selva virgen se trata de jardines. Al traducir al abate francés el poeta caraqueño pudo ensayarse en la pintura directa de una naturaleza que tuvo, durante casi dos décadas, muy al alcance de la mano: la de los jardines ingleses.

No lo hizo, sin embargo. Los versos en que vierte las discretas efusiones de Delille sobre Park Place o sobre Chiswick son bastante literales y no se permiten esas enriquecedoras paráfrasis tan habituales en su faena de traductor. Apenas si el erudito restituye la verdadera grafía de nombres que a veces ofrece Delille equívocadamente. Bello tuvo en este fragmento la oportunidad de dar, como lo habían hecho los poetas lakistas, sus coetáneos, una versión personal del paisaje inglés. Que no lo hiciera, obedece tal vez a algo más profundo que a una mera afición, o moda, literaria. Puede asegurarse que no sentía la naturaleza inglesa. Sentía, eso sí, la naturaleza del trópico, cálida e intensa, abrumadora y lejana. De ella estuvo siempre nostálgico entre las constantes nieblas de Londres, en el hostil invierno inglés y, más adelante, en el Santiago subtropical de sus últimos treinta y seis años. El trópico fue la inspiración de su mejor poesía.

Un examen de los artículos de crítica y las notas bibliográficas con que Bello contribuyó al *Repertorio Americano* permitirá afinar más el juicio sobre su situación literaria en ese año de 1826. Los dos artículos más importantes para fijar su actitud frente a la nueva poesía son los dedicados a Heredia y a Mora. El primero se publicó en enero de 1827, en el tomo II de la revista y bajo el título: *Juicio sobre las "Poesías" de J. M. Heredia*. Este libro había sido anunciado en el tomo I (octubre 1826) en una breve nota bibliográfica en que hablaba de las "*producciones de un joven habanero, en las cuales, a vueltas de algunos descuidos de lenguaje, se descubre una fantasía vivaz y rica, un corazón afectuoso, y otras eminentes cualidades poéticas*". La composición del artículo puede fecharse, pues en los últimos meses de 1826¹⁴.

Bello comenta la edición preparada y publicada en New York, 1825, por el propio Heredia. Comienza señalando la juventud del autor y la precocidad de su poesía (el poeta cubano había nacido en 1803, tenía cuando Bello escribe la nota unos veintitrés años). Luego apunta: "*Aunque imita a menudo, hay, por lo común, bastante originalidad en sus fantasías y conceptos; y le vemos trasladar a sus versos con felicidad las impresiones de aquella naturaleza majestuosa del ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada*". Con la modestia que caracteriza siempre a sus alusiones, personales, se refiere precisamente aquí el crítico a esa naturaleza que él también ha cantado, a su naturaleza.

No todos son elogios. Después de ubicar a Heredia en la escuela de Meléndez adelanta alguna censura, en particular por reiterar el joven "la afectación de arcaísmos, la violencia de construcciones, y a veces aquella pompa hueca, pródiga de epítetos, de terminaciones peregrinas y retumbantes". También entra a señalar defectos de detalle (lenguaje, epítetos) y recomienda la lectura de los clásicos de la antigüedad y los poetas castellanos del Siglo de Oro. Lope, los Argensola, Rioja, permitirán a Heredia acercarse a una forma más pura de poetizar en nuestra lengua.

También señala sus poemas preferidos: los de asuntos americanos, o los que "se compusieron para desahogar sentimientos producidos

14 Cf. *Repertorio Americano*, tomo II, pp. 34/35; está reproducido en *Obras*, Chile, VII, pp. 253/63.

por escenas y ocurrencias reales". En su crónica transcribe, para ilustración del lector, los *Versos escritos en una tempestad, Fragmentos descriptivos de un poema mejicano, A mi padre, en sus días*. Este último autoriza una digresión en elogio del padre de Heredia, a quien califica de ilustre varón americano y cuya carrera de penurias detalla. También aprovecha esta referencia para lamentar que no haya en la producción de Heredia más poemas de afecto doméstico y abunden, en cambio, los de inspiración erótica. "de que tenemos ya en nuestra lengua una perniciosa superabundancia"¹⁵.

La reseña es característica de la actitud estética de Bello en ese momento: reconocimiento del valor de la escuela de Meléndez pero indicación precisa de sus excesos, preferencia marcada por la lírica española del Siglo de Oro y por los grandes poetas de la antigüedad. Junto a estas valoraciones, que podrían considerarse resabios del clasicismo, hay otras que indican tenuemente la nueva sensibilidad crítica: el gusto por los poemas de asuntos americanos y que describen la naturaleza del Nuevo Mundo, la preferencia por una poesía que se apoya en sentimientos y hechos reales, en los afectos familiares.

Pero el mayor interés de este artículo reside en la precisa filiación de una zona de la poesía de Heredia. "Sus cuadros llevan por lo regular, un tinte sombrío; y domina en sus sentimientos una melancolía, que de cuando en cuando raya en misantropía, y en que nos parece percibir cierto sabor al genio y estilo de Lord Byron". La caracterización es ya suficientemente penetrante para que pueda advertirse cómo maneja Bello, en 1826, uno de los autores que pondrá de moda la poesía romántica y la crítica de esa poesía. Sorprende encontrar a un creador, a quien la crítica se ha empeñado en presentar como irreductible neoclásico, suficientemente familiarizado entonces con la obra de Byron como para descubrir en la poesía de Heredia las señales inequívocas de su influencia. Para advertir la originalidad del juicio de Bello basta comparar lo que él dice del poeta cubano con lo que, coetáneamente escribieron Alberto Lista (desde España y en carta a don Domingo del Monte,

15 Según apunta Miguel Antonio Caro en su célebre estudio, Bello se refiere aquí a Quintana. Cf. *Páginas de crítica*, Madrid, Editorial América, s. a., p. 79 n. 1.

enero 1º, 1826) y el colaborador anónimo de *Ocios de Españoles Emigrados*, revista que publicaba en Londres el grupo de Joaquín Lorenzo Villanueva y Pablo Mendíbil¹⁶.

El juicio de los españoles emigrados es cauteloso y se concentra, principalmente, en el elogio de la pintura de la naturaleza americana que ofrece Heredia; más magistral es el tono de Lista que insiste, como insistirá Bello un año más tarde, en ciertos descuidos de lenguaje, y aunque reconoce en Heredia un gran poeta se cree obligado a advertirle que el sentimiento y la imaginación no son todo. Bello va más hondo; no sólo ve lo que hay de nuevo en la poesía de Heredia sino que también reconoce en el ánimo del poeta cubano la influencia de Byron. Y señala, con toda precisión, sus rasgos: el tinte sombrío, la melancolía casi misantrópica.

Para acertar como acierta en su diagnóstico es necesario que haya estado al tanto de la producción poética del escritor inglés. Por haber vivido en Londres en los años de la fama y del escándalo byroniano (a partir del éxito de los dos primeros cantos del *Childe Harold's Pilgrimage* en 1812), no pudo pasarle inadvertida la obra de este gran agitador de la poesía inglesa. De su afición por Byron atemperada por una visión más ecléctica del mundo y un gusto más acendradamente neoclásico, habrá de hablarse detenidamente en otro capítulo. Ahora basta subrayar el momento en que una referencia casual pero reveladora, permite establecer ya en 1826 su conocimiento de la poesía de Byron¹⁷.

16 Cf. José María de Heredia: *Poesías líricas*, con prólogo de Elías Zerolo. París, Casa Editorial Garnier Hermanos, s. a. En las pp. XXXIX/XLVIII del prólogo se transcriben éstos y otros juicios coetáneos sobre Heredia. Ellos permiten apreciar mejor el acierto crítico de Bello.

17 En el mismo tomo II del *Repertorio* (enero 1827, pp. 312/14) inserta Bello otra referencia a Byron, esta vez en la reseña de una *Gramática inglesa*, reducida a veintidós lecciones, por don José de Urcullu (1825). Allí menciona a Byron junto a Pope en una enumeración general. Se advierte que lo considera ya como uno de los grandes poetas de la lengua inglesa. La referencia no tiene valor crítico en sí misma, pero permite comprobar que Bello compartía el juicio (entonces común en Inglaterra) sobre la excelencia de Byron. La reseña no lleva firma pero ha sido identificada por Miguel Luis Amunátegui, según puede verse en la *Introducción* al tomo VII de las *Obras*, Santiago, pp. XLIII/V. Vale la pena cotejar el conocimiento de Bello con respecto a Byron con el que se tenía en los medios más informados del orbe hispánico.

No menos revelador e importante es el otro artículo. En realidad se trata sólo de una nota sin firma (pero identificada por Amunátegui como de Bello) sobre las *Meditaciones poéticas* de José Joaquín de Mora. La nota pertenece al *Boletín Bibliográfico* del tomo III (abril, 1827). Allí comenta una edición publicada en Londres el año anterior. El mismo destaca el interés de este volumen: "*La idea de estas meditaciones se halla tomada de un poema inglés de Blair intitulado "El Sepulcro". Estas meditaciones no son una mera traducción, y puede decirse que ofrecen una imitación bien ejecutada y apropiada a la poesía castellana, con alteraciones muy bien ideadas en beneficio de los castellanos que han pulsado la lira sagrada; objeto que el señor Mora ha tenido muy presente, y que ha desempeñado con laudable acierto aún en los muchos pensamientos originales que ha introducido*".

Por muchas razones debe lamentarse que Bello no desarrollara la *Nota* y la convirtiera en juicio. Habría logrado, seguramente, una buena caracterización de esa poesía prerromántica que entonces intentaba Mora y que era reflejo de la poesía inglesa del siglo XVIII. Bello comentando in extenso a Mora en sus primeros pasos por la

Según las investigaciones del profesor Philip H. Churchman (*The Beginnings of Byronism in Spain, in Revue Hispanique*, París, 1810, XXIII, pp. 333/410) no hay casi conocimiento de Byron en España antes de 1826. A este año pertenece realmente el artículo de Bello sobre Heredia, según se ha visto en el texto. Por su parte, E. Allison Peers (*The Earliest Notice of Byron in Spain in Revue de Littérature Comparée*, París, 1922, II, pp. 113/16), indica como la primera mención de Byron en un periódico español la fecha: abril 7, 1818, y Churchman (art. cit., p. 370) da al mismo año como el de la primera traducción. En su *Historia del movimiento romántico español* (Madrid, Gredos, 1854, I, p. 392, n. 228) dice Peers al comentar estas referencias: "*Pero sólo sé de una traducción anterior al año 1826, pasado el cual fueron apareciendo regularmente*". Lo que daría el año 1826 como el inicial de su difusión española.

Habría que tener en cuenta, además, una empresa excepcional: *El Europeo*, revista publicada en Barcelona entre 1823/24 por un grupo integrado por dos catalanes, dos italianos y un inglés. (Peers la reseña, aunque exagerando su importancia, en su *Historia*, I, pp. 201/07). A través de dicha publicación se dio a conocer en España el romanticismo, se tradujo o comentó a Scott, a Byron, a Collins, a Moore, a Millevoye, a Grossi. Hay un detallado estudio sobre esta rara publicación: *El Europeo* (Barcelona, 1823/24) por Luis Guarner, Madrid, 1954. Vale

lirica nueva habría sido muy ilustrativo. Hay otra razón (tal vez más sensacional) para desear un juicio más extenso. Las ilustraciones al poema de Blair —y que la edición de Mora reproduce— habían sido concebidas por William Blake. (Uno de los grabados, en frontispicio, muestra al propio artista, según el retrato de T. Philips.)

Esta edición es una de las mayores curiosidades literarias que produjo la emigración española en Londres. Blake había preparado los dibujos para una edición inglesa de 1808, editada por R. H. Cromek¹⁸; los grabados, ejecutados por Schiavonetti, fueron adquiridos por Ackermann quien encargó a Mora que escribiese un texto español adecuado a los mismos. De aquí que Mora advierta en una nota: "*Las composiciones poéticas contenidas en este volumen, deben considerarse solamente como ilustraciones de las estampas*". También indica, en texto que Bello parafrasearía, que sus poemas entroncan con la poesía religiosa española del siglo XVI.

la pena consultar el prólogo, p. XII para situar a sus redactores, así como los juicios sobre Byron de B. C. Aribau que se transcriben en las páginas 11/12. La excepcionalidad de esta publicación, la variada nacionalidad de sus redactores, lo efímero de su influencia, impiden que sea considerada como índice del conocimiento que se tenía en España, hacia 1823, del romanticismo. Por el contrario, conviene juzgarla, como lo que es: una significativa excepción.

En Inglaterra la situación es distinta. Los emigrados españoles e hispanoamericanos se encuentran en un medio en que la popularidad de Byron y otros autores del romanticismo inglés, es avasalladora. No debe extrañar, pues, que en sus escritos revelen familiaridad con sus obras. Según ha investigado Llorens (p. 135) la primera versión española, hecha en Inglaterra, de un poema de Byron pertenece a Telésforo de Trueba y fue realizada en 1827 (se trata de *The Siege of Corinth*); pero permaneció inédita hasta 1835, en que *El Artista* de Madrid publicó un fragmento. Este dato no es ilustrativo del conocimiento y de la difusión de Byron y otros poetas entre los emigrados. Por el contrario, sólo documenta un caso singular. Pero permite advertir algo que sí interesa a nuestra investigación: Bello tomó directamente de las fuentes inglesas su conocimiento de Byron; sin duda no necesitó que sus compañeros de exilio le indicaran la ruta.

¹⁸ Cf. Mona Wilson: *The Life of William Blake*, London, Peter Davies Limited, 1932, cap. VI, pp. 182/187. Allí se estudia en detalle el proceso de la edición inglesa de Blair.

En su nota Bello también se refiere a los grabados: "Bajo este título (*Meditaciones poéticas*) presenta una breve colección de láminas de excelente dibujo y grabado, que deben considerarse como el fondo de la obra, no siendo el texto más que una ilustración poética de otros tantos sujetos filosófico-religiosos representados en aquéllos con notable novedad en la invención de las alegorías y en la expresión de las imágenes más vivas y de los pensamientos más profundos". Aunque Bello parafrasea en parte la declaración de Mora con respecto a la importancia secundaria del texto frente a las ilustraciones, conviene subrayar su elogio de las láminas y, sobre todo, su aguda observación sobre "la notable novedad en la invención de las alegorías" con que caracteriza, tan justamente, el arte de Blake. Pocos entonces en Inglaterra compartían este juicio sobre el genial pintor y poeta romántico¹⁹.

En otras notas y artículos del *Boletín Bibliográfico* pueden recogerse indicios del vasto y preciso conocimiento de la literatura inglesa del siglo XVIII y primeras décadas del XIX que poseía ya entonces Bello. Por ellas se puede ver que aunque no les dedicaba trabajos especiales (su misión lo orientaba hacia el estudio y difusión de lo mejor americano y español), aunque públicamente sólo hacía alusiones laterales, no permaneció indiferente a esa rica literatura cuya influencia no haría sino crecer dentro de su propia obra. Así puede verse ya la constante referencia a traducciones de Walter Scott que entonces emprendían los editores ingleses para satisfacer al ávido público de lengua española. Bello comenta, con elogio siempre, *El talismán* y *El Ivanhoe* que ha publicado Ackermann en traducción del doctor Dryasdust (seudónimo tras el que se oculta

19 Llorens comenta en las páginas 190/91 de su libro la obra de Mora, pieza bibliográfica bastante rara hoy. No se encuentra en el Museo Británico. En 1954 pude consultarla en la biblioteca de Pablo Neruda, en Santiago de Chile. El texto de Bello se publicó en el *Repertorio*, tomo III, abril 1827, pp. 312/13; ha sido identificado por Amunátegui que lo reproduce en la *Introducción a Obras*, Santiago, VII, pp. XLI/XLII. Para un juicio coetáneo sobre Blake y de origen inglés, puede verse el *Diary* de Henry Crabb Robinson, particularmente en febrero 2, 1827. Una transcripción accesible del mismo se encuentra en *Literary Friendships in the Age of Wordsworth*, pp. 264/66. No está reproducido en O.C., Caracas, IX.

Mora)²⁰. Se refiere allí al "admirable original" y agrega que *Ivanhoe* "apenas admite comparación, en las novelas de este género, sino con otras del fecundo autor del *Waverley*", elaborada manera de decir que Scott es incomparable, o sólo es comparable consigo mismo. Hay otra referencia al novelista escocés en un *Boletín Bibliográfico* del tomo I (octubre 1826) en que comenta *Woodstock or the Cavalier* (1826) dentro de una "Noticia de libros recientemente publicados que pueden interesar en América". En la misma encomia *The Last of the Mohicans* (1825) de James Fenimore Cooper, a quien llama el Walter Scott de América²¹.

Byron, Scott, James Fenimore Cooper. Bello parecía entonces bastante sensible a los autores más difundidos del romanticismo del habla inglesa. Pero hay más: en un artículo titulado *Situación progresiva de las fuerzas de Francia* por el barón Carlos Dupin y extractado por Bello (agosto 1827) se compara la literatura francesa del siglo XVII con la actual y se cita con elogio una apreciable cantidad de escritores entre los que figuran Villemain, Guizot, Thierry, Lamartine, etc. Aunque las opiniones no sean en este caso originales es indudable que al traducir y extractar Bello el artículo, las sanciona con su juicio. Más adelante se verá qué atención prestaba a Villemain como crítico literario (en particular de Byron) y a Lamartine como poeta y como historiador de la Revolución Francesa²².

20 Cf. Llorens p. 136. El texto de Bello se encuentra en el *Repertorio*, tomo I, octubre 1826, pp. 218/20. Ha sido identificado por Amunátegui que lo reproduce en la *Introducción a Obras*, Santiago, VII, pp. XXXIX/XLI.

21 Cf. *Repertorio*, tomo I, octubre 1826, pp. 294/320. Los comentarios sobre las obras de Cooper y de Scott están en las páginas 295/96. Este *Boletín Bibliográfico* se subtitula profusamente: "Noticias de libros recientemente publicados que pueden interesar en América: extractada de la Revista Enciclopédica y de otras obras periodísticas, con adiciones originales". La aclaración permite reflexionar que tal vez no sean originales de Bello los juicios referidos en el texto. Sin una consulta exhaustiva de las publicaciones periódicas europeas de la época, parece difícil decidirlo. Sin embargo, y dejando un margen claro para el posible error, puede creerse que Bello conocía directamente estas obras, tan populares en su época, y que las opiniones son suyas. Amunátegui no recoge estos juicios, como lo ha hecho con otros, lo que parecería indicar que no está seguro de su paternidad. A pesar de todo, no creo que la atribución sea imprudente.

22 Cf. *Repertorio*, tomo IV, agosto 1827, pp. 207/226.

Una contraprueba de su orientación cada vez más marcada hacia una literatura y un ideario decididamente románticos puede verse en otra serie de notas: los que rozan o se refieren a temas clásicos o a la educación humanística. Así, por ejemplo, en el comentario a un libro del doctor Nicolás Arnott (que lo honró con su amistad durante su estadía en Londres) opina Bello sobre la diferencia entre la formación puramente humanística y la científica. Llega a decir: “*¡Cuánto más provechoso a la juventud es el conocimiento que puede adquirir en el gran libro de la naturaleza, tan bellamente compendiado y comentado por el doctor Arnott, que en el de las lenguas antiguas, o por mejor decir, el latín sólo, que consume tanto tiempo y trabajo en las universidades americanas, sin que apenas uno entre ciento saque el solo fruto que pudiera mirarse como una recompensa proporcionada: la inteligencia de los modelos de elocuencia y poesía que nos ha dejado la antigüedad! Estamos muy lejos de deprimir el estudio de la literatura clásica; pero quisiéramos se le considerase como un ramo de importancia secundaria, o como ha sido hasta ahora entre nosotros, la puerta de las ciencias, tratándose todas ellas (menos, por supuesto, las eclesiásticas) en el idioma patrio. La verdadera puerta de todas las ciencias, y de todas las artes, es el conocimiento de las leyes generales de la naturaleza intelectual y corpórea*”²³.

La importancia de esta declaración (tímida o modestamente enunciada dentro de una reseña) no puede ser bastante encarecida. Se revela aquí uno de los fundamentos de la actividad científica e intelectual de Bello. De allí deriva no sólo su curiosidad enciclopédica sino su misma orientación intelectual que, como poeta, le hará crear en total acuerdo con la naturaleza visible y, como teórico, le permitirá fundar en nuestra lengua una nueva ciencia gramática, una nueva filosofía del entendimiento, una nueva retórica.

23 Cf. *Repertorio*, tomo IV, agosto 1827, pp. 296/98. Está reproducido en *Obras*, Santiago, VII, *Introducción*, pp. VII/X. En el discurso que mucho más tarde pronunció en setiembre 17, 1843, al inaugurar la Universidad de Chile, se refirió Bello a Arnott con estas palabras: “*un sabio inglés que me ha honrado con su amistad*”. En el mismo *Repertorio* (IV, pp. 122/44) insertó Bello su traslado de la *Introducción* a los *Elementos de Física* de Arnott; y en Santiago reprodujo en *El Araucano* (nos. 62/63, noviembre 19 y 26 1831) dicha *Introducción*. El estudio de Bello no está recogido en O.C., Caracas, IX.

En otra serie de artículos breves pueden espigarse opiniones de Bello sobre autores o temas de la literatura neoclásica. A través de esas opiniones se advierte qué actitud asumía ya en 1827. Una de las notas (sin firma pero identificadas por Amunátegui) se refiere a las *Obras dramáticas y líricas* de Moratín, publicadas en París, 1825. Hay allí una consideración sobre las reglas dramáticas —uno de los puntos más discutidos de la poética neoclásica— que ya demuestra su posición ecléctica. Dice el crítico caraqueño: “*¡Ojalá que la severidad que se ha impuesto (Moratín) no frustre en otros talentos menos privilegiados, las disposiciones que con algún ensanche más podrían quizá contribuir a que la parte más racional de sus reformas se adoptasen con menos dificultad y repugnancia!*”²⁴.

Aquí asume el punto de vista de quienes aprecian y comprenden el teatro español del Siglo de Oro. Para éstos el teatro de Moratín significa una reforma que puede traer sus beneficios (Bello lo reconoce) pero que en su exageración comporta un error y una tremenda injusticia para una dramaturgia tan rica y variada como la de los clásicos. Su posición, que a primera vista parecería más reaccionaria que la del propio Moratín, es en realidad más moderna. Porque le corresponderá precisamente al romanticismo la justa valoración del teatro español de los siglos XVI y XVII.

Una confirmación de este enfoque la ofrece otra nota en que Bello comenta, muy brevemente por desgracia, “*La Revista del Antiguo Teatro Español, o selección de piezas dramáticas desde el tiempo de Lope de Vega hasta el de Cañizares, castigadas y arregladas a los preceptos del arte, por el emigrado don Pablo Mendibil*”. El extenso subtítulo es suficientemente elocuente de la posición neoclásica del compilador (y castigador). De aquí que Bello observe: “*Tal vez desearían algunos que el señor Mendibil no se hubiese propuesto para la ejecución de su utilísimo designio cánones dramáticos, que por su severidad probablemente le harán sacrificar, no sólo escenas, sino dramas enteros de mucho mérito*”²⁵.

El tono amistoso de la censura no excluye, indudablemente, la firmeza del reproche. Debe advertirse que la *Revista* que ahora Bello

24 Cf. *Repertorio*, tomo III, abril 1827, pp. 313/14. Está reproducido e identificado por Amunátegui en la *Introducción* a *Obras*, Santiago, VII, pp. XVI/XVIII.

25 Cf. *Repertorio*, tomo I octubre 1826, pp. 318. Lo reproduce e identifica Amunátegui en la *Introducción* a *Obras*, Santiago, VII pp. XIII/XIV.

reseña fue publicada originariamente por Mendíbil en 1826 y que el compilador (compañero de Bello en la empresa de redactar el *Repertorio*) estaría tal vez dispuesto ahora a reconocer sin reparos la justicia de los reproches. Lo que interesa de la *Nota* es el testimonio que aporta sobre la posición de Bello frente al teatro español de la edad de oro. Esta posición no debe extrañar si se recuerda que entre sus más tempranas lecturas (lecturas que él mismo se ofrecía de libros adquiridos con magros ahorros) figuraban las *Comedias* de don Pedro Calderón de la Barca.

EL CONTAGIO ROMANTICO

Tanto en su poesía como en su crítica Bello aparece en 1827 como un espíritu singularmente alerta para la nueva sensibilidad creadora que se iba formando en Inglaterra entre los emigrados españoles y los representantes diplomáticos de naciones hispanoamericanas. Esa era la hora del desarrollo del romanticismo: momento que hasta hace muy poco no había sido bien estudiado, o lo había sido sumariamente, y que Vicente Llorens Castillo ha fijado con toda precisión en su trabajo sobre los emigrados españoles. A lo que él dice en su libro hay que agregar ahora la valoración de la obra de los hispanoamericanos y en particular de Andrés Bello.

Es indudable que Blanco White precedió a Bello en una más honda comprensión de las esencias del Romanticismo inglés y en una más vasta exposición teórica de este movimiento. Pero Blanco White era casi inglés por su doble origen y era escritor inglés cabal por su obra creadora. Si se exceptúa a Blanco, ningún otro escritor español llegó tan pronto como Bello a la apreciación equilibrada del nuevo movimiento poético. Ninguno lo vio con tanta claridad, ninguno supo advertir en las esencias vivas la letra muerta. El que más se acercó, en inmediatez de respuesta y fácil captación, fue José Joaquín de Mora. Pero llegó en 1824, un año después de que Bello había fijado el nuevo rumbo desde la *Biblioteca Americana*.

Es cierto que en pocos meses Mora (que había sido vocinglero enemigo del Romanticismo en España) se convirtió al nuevo credo, cayó bajo la doble influencia de Blanco White y del ambiente, y pronto superó a todos en sus múltiples y vigorosos esfuerzos de poeta prerromántico, editor y traductor. Pero así como fue instantánea la captación, así fue superficial el resultado. Por algunos

años más ostentaría Mora (en Londres y luego en América) ese perfil romántico, y desde la trinchera romántica se lo verá polemizar ardientemente con don Andrés. Pero su romanticismo no cala hondo y a diferencia del de Bello que se va acendrando y madurando con los años, el de Mora aparece siempre instalado en la superficie²⁶.

Más lenta que la de Mora, y más segura tal vez, es la asimilación de otros emigrados españoles con los que Bello tuvo también trato. De ellos los que más interés poseen son Pedro Mendíbil y Alcalá Galiano. Del primero ya se ha hablado. Igual que Mora adoró en España los dioses neoclásicos (como lo demuestra esa *Revista del Antiguo Teatro Español*, que tan discretamente Bello censura) para convertirse luego a un romanticismo moderado en sus años de Inglaterra. Más honda y de consecuencias más importantes para la crítica literaria de habla hispánica es la obra de Alcalá Galiano. Escrita en castellano y en inglés (idioma en el que llegó a un apreciable dominio), la obra de Alcalá contribuirá a la asimilación del romanticismo en las letras de España. Pero escapa a esta investigación por completo ya que puede fijarse su fecha de iniciación en las postrimerías de 1828, cuando ya Bello tiene todo preparado para su viaje de regreso a América.

De los españoles que en esos años cruciales que van de 1824 a 1829 se acercaron al romanticismo al través de la literatura y del mundo ingleses ninguno habría de dejar tan honda y larga huella en las letras de España como la que dejó Bello en las hispanoamericanas. El mismo Llorens en su investigación ha mostrado cómo se frustra y desvirtúa el ideario de los emigrados al entrar más tarde en contacto con las realidades de España. El único que pudo haber competido con Bello en esta tarea rectora es Blanco White pero su influencia fue sobre todo la acción inmediata de un guía, se ejerció durante corto lapso sobre Bello y los otros españoles más que sobre los lectores del lado Atlántico, a los que casi no llegó su ardiente palabra. Desde los orígenes, a Blanco lo separa del público hispánico su credo protestante; a partir de 1829 lo separa más hondamente aún, el distinto idioma: en esa fecha, Blanco deja de colaborar en periódicos de habla española y se convierte en escritor puramente inglés. Bello, en cambio, pasa a América y su influencia

26 Cf. capítulo IV de esta investigación donde se estudia la actuación de Mora en Chile.

en Chile y desde este país prepara de una manera minuciosa y cabal a las letras de las incipientes repúblicas para la mejor asimilación de lo perdurable del romanticismo.

EL ORLANDO ENAMORADO

Entre las tareas que Bello emprendió en Londres y no dio a cabo hasta sus últimos años de Chile figura la traducción del *Orlando Innamorato*, poema narrativo del conde Mateo María Boiardo (siglo XV) que fue retocado abundantemente por Francesco Berni (siglo XVI). El poema original inspiró a Ludovico Ariosto la más famosa continuación: *Orlando Furioso*. Berni, por su parte, al adaptarlo no sólo le quitó muchas locuciones prosaicas o vulgares (según apunta ya Amunátegui) sino que modificó profundamente su naturaleza: de un poema heroico-serio como era el de Boiardo extrajo un poema heroico-cómico. Lo que ha hecho que se le considere un precursor de Cervantes.

Según Amunátegui fue la "loca fantasía, y la chispa" de Berni lo que decidió a Bello a vertir en octavas castellanas la obra. No alcanzó a completar la traducción. El poema de Berni tiene 69 cantos; Bello tradujo y refundió en sus catorce cantos los primeros quince del italiano. Además intercaló al comienzo de los cantos I, II, IX, XII y XIV algunas octavas originales, según han indicado los editores venezolanos de sus *Obras Completas*²⁷. Ya Diego Barros Arana, al publicar la traducción en el *Correo del Domingo* (Santiago, abril 27, 1862 y sigs.) advirtió la licencia con que Bello tradujo el poema y hasta calificó de "airosas" las intercalaciones puestas al comienzo de algunos cantos.

Lo que ni Amunátegui, ni su primer editor Barros Arana, explican es el motivo profundo que tuvo Bello para emprender tan larga empresa. Amunátegui señala, ya se ha visto, la loca fantasía y chispa del poema original; pero también recuerda una frase de Bello, ya anciano, en que éste lamenta el tiempo perdido en esta versión: "¿Cómo no se me ocurrió traducir, en vez del "Orlando Enamorado", la "Jerusalén Libertada", que es más corta, y de mayor mérito?" El juicio del anciano demuestra que ya no actuaban en él los motivos que en el exilio londinense parecieron suficientemente poderosos como para impulsarlo a dedicar horas, y de las mejores de su Musa, a la versión de este texto cómico-heroico.

27 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, p. 316 n.

En el poema mismo se encuentran, sin embargo, algunos versos que podrían proporcionar la necesaria clave. Al comienzo del canto I (versos 81/84) dice el poeta:

*Tal se calma mi espíritu doliente,
cuando de lo que fue la sombra evoco,
y corro la cortina a lo presente,
y otro mundo más bello miro y toco.*

En estas palabras aparece la raíz psicológica de su tarea de traductor de Boiardo-Berni, así como la de su estudio de los códices medievales y de su apasionada investigación del pasado medieval europeo. El mundo real —ese mundo hostil y frío, en que el mérito de Bello no era reconocido o sólo lo era para confiársele tareas subalternas, ese mundo en que la miseria amenazaba sin tregua, en que la creciente familia era un consuelo, y también una fuente de preocupaciones—, el mundo real era demasiado duro para este hombre tímido, reconcentrado en su trabajo y en su ambición de empresas literarias casi imposibles. La Edad Media, que busca en manuscritos y encuentra, viva y deslumbrante, en el espejo deformado de esta epopeya renacentista, tal es el mundo en que se refugia no sólo el poeta sino también el erudito: el mundo de la poesía y de la creación.

Al comienzo del canto II (versos 897/904) hay otra alusión a ese corro político del que quiere apartarse Bello con el poema. Sabe que está ofreciendo una mentira a sus lectores, pero también sabe que esta mentira es privilegio del Parnaso, y así lo dice. En cambio, la Historia que suele presentarse "cuelli-erguida" y "cari-seria" (según escribe), oculta tras su apariencia de verdad la mentira: "su parla es ilusoria / y las mentiras por verdades feria". Entonces agrega estos versos en que se siente una nota personal:

*Y es lo peor que siempre da la gloria
al poder, siempre al flaco la miseria,
más que de pueblos, de tiranos aya;
al menos mi mentir es de otra laya.*

Ya había experimentado Bello en carne propia lo que era la verdad de la Historia. En 1815 había empezado a circular una calumnia en contra suya, impresa en un folleto del español Esteban Fernández de León en que se la acusa de haber delatado a las autoridades coloniales de Caracas la intentona revolucionaria de abril 2, 1810.

La acusación pasó de los libros españoles a los hispanoamericanos, reiterándose con cierta regularidad y ahondando la llaga. Hoy está perfectamente aclarada la inocencia de Bello; pero en su tiempo, y a pesar de las gestiones que él inició, no se pudo dar con ninguna prueba documental que la detuviese, o por lo menos la paliase. Puede imaginarse con qué dolor, con qué sentido de impotencia, escribiría Bello esos versos alusivos a la verdad de la historia y a sus remuneraciones en moneda de gloria²⁸.

Hay en la traducción otras referencias autobiográficas o reflexiones de carácter personal. Así, por ejemplo, en los versos 8094/96 del comienzo del canto XIII dice de sí mismo, entre burlas y veras:

*Siempre en tu escuela, Amor, he sido bolo,
y llevé (tú lo sabes, ay!), bien raras
veces votivos dones a tus aras.*

Tal vez haya más pudor que verdad en esta declaración que se complace en intercalar a la manera de ciertas digresiones autobiográficas del *Don Juan* de Byron. No quiero decir con esto que puedan invocarse tales versos como prueba temprana de la influencia del poeta inglés. Las digresiones eran habituales en la poesía neoclásica de corte satírico y, por otra parte, Bello pudo haber intercalado estos versos más tarde, durante su residencia en Chile. Por éste y otros rasgos habría que vincular la traducción del *Orlando Enamorado* a un poema original que mucho más tarde inicia Bello, ya francamente bajo la influencia de Byron, en Chile y hacia 1844: *El proscrito* se titula. Aquí como allí se utilizan libremente las digresiones, aquí como allí la octava corre flúida y sirve para toda clase de juegos burlescos con la rima, aquí como allí hay un enfoque que reduce los personajes a caricaturas y las acciones a meros pretextos para anotaciones ingeniosas. Pero el tema será estudiado con más detenimiento en el Capítulo VII de este libro. Algunas de las interpolaciones de Bello en su versión de *Orlando Enamorado* como la que se refiere a Condillac y a Locke (versos 1481/82, al comienzo del canto III), o la que evoca a Napoleón y la heroica resistencia que despiertan sus conquistas en los pueblos europeos (versos 5225/32, en las primeras estrofas del canto VIII), demuestran que no sólo los cantos indicados en la edición caraqueña de sus *Obras Completas* cuentan con adiciones suyas. Pero

28 Cf. Capítulo VII de este libro.

el examen de todo lo que aporta Bello exigiría un minucioso cotejo de textos y manuscritos que escapa completamente a los límites de esta investigación.

Lo que aquí importa señalar es el carácter medievalista de su versión, acentuado incluso por algunas notas eruditas que el traductor intercala y en las que menciona temas de su constante meditar: la crónica de Turpin, los romances castellanos. También importa subrayar ahora el carácter satírico general de la composición, particularmente por ser antecedente del poema de 1844. Menéndez Pelayo vio la relación entre ambos textos pero su análisis, tan justamente elogioso para la traducción como injustamente severo para el poema original, llega a muy distintas conclusiones de las que pretende esta investigación²⁹.

LA AMISTAD CON FERNANDEZ MADRID

El 23 de noviembre de 1826 y por decreto firmado ese día, Manuel José Hurtado es sustituido en la Legación de Colombia en Londres por el poeta José Fernández Madrid que ya representaba a su patria en París. La comunicación tarda en llegar y éste toma posesión sólo en abril 30, 1827. La sustitución de Hurtado por Madrid reporta algún beneficio para Bello. En tanto que el primero era un jefe molesto (en carta de diciembre 21, 1826, Bello se queja discretamente de él a Bolívar), Madrid era algo más que un superior; era, aun antes del contacto personal, un amigo. Se habían conocido por intermedio de Olmedo, con quien Madrid había intimado en París; el poeta ecuatoriano le envió poemas de Madrid que Bello publicó en el *Repertorio Americano*. Antes de verlo, ya lo estima por los elogios que le dedica Olmedo. En una de las cartas, éste (marzo 7, 1827), le había escrito: *“Todavía no sabemos si es cierto que Madrid sucede a Hurtado, como anuncian los papeles públicos. El no tiene sino vagas noticias. Es ya muy amigo de usted; y yo espero que si se verifica su nombramiento, usted tendrá siempre motivo de satisfacción”*.

Como había previsto Olmedo, Bello se llevó muy bien con Madrid y así lo testimonia otra carta del primero: *“Mucho cerebro (le dice*

29 Cf. Menéndez Pelayo, *ob. cit.*, I, p. 385/86.

en julio 2, 1827) *que esté usted contento con Madrid. No podía ser de otra suerte*". Sin embargo, Bello era tan tímido, tan cauteloso en sus relaciones personales, que tardó en franquear totalmente a su jefe el seguro de su amistad. En una carta de Madrid a su esposa (diciembre 19, 1827) hay una queja: "*A Bello lo quiero porque es muy buen sujeto; pero tan reservado y puntilloso, que es imposible tener confianza con él*". Esta confianza a que alude Madrid es, en realidad, la familiaridad que debía darse en el trato diario de dos hombres unidos por la nacionalidad, el trabajo y hasta por comunes intereses literarios.

Fernández Madrid (que había nacido en 1789) tenía sólo ocho años menos que Bello y era de trato afectuoso. No era poeta de primer orden pero estaba dispuesto a aceptar la censura de sus amigos, como lo demuestra al agradecer públicamente a Bello y a Olmedo el cuidado que pusieron en revisar y castigar sus *Poesías*, publicadas en Londres, en 1828. El relativo estiramiento que ocupaba sólo la superficie de sus relaciones con Bello habría de disiparse con el trato. Entre los borradores de Bello encontró Amunátegui una *Salutación de Año Nuevo*, dirigida a *Darmid* (anagrama de Madrid) hacia 1828. En ella dice:

*qué te desea el amigo
que se cuenta poco menos
que primero en el cariño
aunque en la fecha postrero?*

El fragmento es bastante elocuente. No importa que Bello no haya completado el poema ni siquiera lo haya enviado³⁰. Expresa allí (y esto es lo que ahora cuenta) lo que sentía realmente por su amigo. La medida de su amistad queda también expresada por las palabras con que se despide de Fernández Madrid, y de Londres, en carta de febrero 13, 1829. Allí lo califica "*el primero de los hijos de Colombia y el mejor de los hombres*". Meses después, ya en Chile se le verá preocupado por difundir en el nuevo ambiente la poesía del amigo.

30 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, p. 131n.

LAS RELACIONES CON BOLIVAR

La sustitución de Hurtado por Madrid comportaba sin embargo, para Bello alguna injusticia. Hacía muchos años que él servía a distintos gobiernos hispanoamericanos en Londres. Pero a pesar de su vasta experiencia, a pesar de su cultura y de su posición intelectual en la capital inglesa, siempre había tenido cargos subalternos. En gran parte la explicación de esta anomalía se debe sin duda, a su auténtica modestia, a su timidez ejemplar, a esa esquizofrenia de su trato de que hay abundante testimonio en la correspondencia. Pero esto no lo explica todo. Parece evidente, además, que Bello no gozaba del favor de quienes, en Colombia, manejaban entonces los asuntos diplomáticos. Lo que resulta más increíble si se considera que era nada menos que Simón Bolívar, su antiguo discípulo, su compañero de misión en Londres, quien regía entonces los destinos de la nación. Entre Bello y Bolívar los años habían cavado hondas diferencias. El tema es sumamente delicado. Aunque Amunátegui lo toca, y expone muchos documentos aclaratorios, no lo ahonda. Por el contrario, y de acuerdo con su costumbre, ofrece su documentación y saca alguna conclusión superficial. Recorriendo esa correspondencia y otra exhumada ahora, que Amunátegui tal vez no conoció; vinculándola con algún poema que Bello escribe durante ese lapso, puede llegarse quizás a una visión más precisa del malentendido que separaba a los antiguos amigos.

El primer testimonio público de la admiración de Bello por Bolívar pertenece a la *Alocución a la poesía*, 1823. Los últimos versos están dedicados a su discreta exaltación. Después de enumerar, en transparente clave poética, algunas de sus hazañas, afirma Bello:

*Mas no a mi débil voz la larga suma
de sus victorias numerar comete;
a ingenio más feliz, más docta pluma,
su grata patria encargo tal comete;
pues como aquel samán que siglos cuenta,
de las vecinas gentes venerado,
que vio en torno a su basa corpulenta
el bosque muchas veces renovado,
y vasto espacio cubre con la hojosa
copa, de mil inviernos victoriosa;
así tu gloria al cielo se sublima,*

*Libertador del pueblo colombiano;
digna de que la lleven dulce rima
y culta historia al tiempo más lejano”.*

Como se ve, el elogio no está retaceado y la imagen de que el poeta se vale (el samán, tan característico del paisaje venezolano) tiene no sólo el mérito de su intrínseca belleza; también agrega una nota original. Pero tal vez Bolívar estaba acostumbrado a elogios más fervorosos. Si se compara lo que ha escrito Bello con el delirante fraseo de Olmedo en el *Canto a Junín*, se puede ver por qué las sobrias palabras del caraqueño tal vez no consiguieron llamar demasiado la atención del Libertador.

Hay otro curioso testimonio poético: el *Himno de Colombia* que Bello compone hacia mediados de 1825 y que según afirma Amunátegui mantuvo inédito hasta que él mismo lo publicó en 1861. Está dedicado a Simón Bolívar, con motivo de la expedición de reconocimiento a las costas colombianas por una escuadra española que zarpó de Cuba al mando de Angel Laborde. Su valor poético es escaso y seguramente por esta razón Bello no quiso darlo a publicidad en Londres y sólo consintió a ello en su ancianidad, cuando ya su reputación poética no podía ser dañada. Es de estirpe quintanesca y dicción clásica aunque (como su mejor poesía del período) rehuye por completo la mitología grecolatina. El *Himno* no contiene ningún elogio directo del Libertador. Tal vez Bolívar nunca llegó a conocerlo.

Interesante, aunque tantalizadora por sus mismas omisiones es la correspondencia de Bello con Bolívar que transcribe Amunátegui en su *Vida*. En una carta de diciembre 21, 1826, Bello contesta a una de Bolívar y apunta, con alegría: “...veo con una viva satisfacción que no he perdido la favorable opinión de Vuestra Excelencia”. Una cosa resulta aquí evidente: Bello había escrito una carta anterior, que no se ha encontrado, sin seguridad de obtener una respuesta y tal vez temiendo tenerla inamistosa. ¿Qué ha pasado entre ellos? Nada se dice. Pero es indudable que algo ha pasado. Tal vez se trate sólo del tiempo en que han permanecido sin corresponderse; tal vez de algo más serio.

En la carta viola Bello una de las consignas que seguramente su pudor siempre le había impuesto: no llamar la atención de Bolívar

sobre su situación personal. Pero ahora se encuentra muy necesitado y debe abrir su intimidad al superior que es también amigo. Dice: “*Mi destino presente no me proporciona, sino lo muy preciso para mi subsistencia y la de mi familia, que es ya algo crecida. Carezco de los medios necesarios, aun para dar una educación decente a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita; me lleno de arrugas y canas; y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí, ni a mi familia, nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad*”. Luego solicita, con una humildad conmovedora, que Bolívar interponga su poderoso apoyo para que se le conceda algún destino más importante. Y agrega, no sin amargura: “*Soy el decano de todos los secretarios de legación de Londres, y aunque no el más inútil, el que de todos ellos es tratado con menos consideración por su propio jefe*”. No se extiende en detalles porque “*ni a mí me está bien pronunciar ni tal vez a Vuestra Excelencia agrada oír quejas de cierta especie*”, y concluye solicitando el apoyo de Bolívar.

La carta no exagera, infortunadamente, la situación en que Bello se encontraba. En Londres lo amenaza la edad, el no poder dar a sus hijos la educación que necesitan, y el sentirse cada vez más acabado y con menos perspectivas. La pobreza era entonces algo horrible. Quien haya leído *Oliver Twist* de Dickens (1837/8) sabe qué clase de infierno sentía cerca suyo Andrés Bello. Pero lo que más conmueve es la humildad del pedido, como si quien escribe fuese, apenas, un gastado servidor de la patria y no uno de los más ilustres escritores de América. Bello se sentía viejo y liquidado. No podía saber (nadie sabe estas cosas) que tenía delante suyo más de treinta años de fecundísima actividad. Estaba enfermo o casi, como lo confirma la carta siguiente, escrita por intermedio de un amanuense, quince días después (enero 5, 1827). En ella felicita a Bolívar por su regreso a Colombia para asumir la presidencia. Hay una segunda carta (marzo 21, 1827) sobre el mismo tema pero más extensa.

La contestación de Bolívar, redactada por su secretario José Rafael Revenga (abril, 30, 1827), aludía a la sustitución de Hurtado por el poeta Fernández Madrid, que ya entonces había ocurrido, y congratulaba a Bello; pero de su promoción, ni una palabra. Por su

parte, el Libertador había escrito a Fernández Madrid (febrero 21, 1827) una carta en que le pedía se encargase de representarlo en un negocio particular de minas; allí nombra a Bello y a Santos Michelena como posibles sustitutos en caso de que Madrid no pudiera representarlo. Asimismo pide que la carta sea mostrada "*a mi amigo Bello, a quien saludo con la amistad y el cariño que siempre le he profesado*". De la promoción, tampoco una palabra. Otras cartas de Bello a Bolívar tienen interés para determinar el desvelo con que aquél atendía la representación diplomática de Colombia pero no ayudan a iluminar el cuadro de sus relaciones personales, por lo que aquí no las estudio. Ellas bastan para determinar, sin embargo, que en todo momento Bello demostraba prácticamente su aprecio y su dedicación a la obra emprendida por Bolívar.

En abril 21, 1827, Bello se ve obligado a escribir a Bolívar para plantearle nuevamente su situación personal. Conociendo su timidez y sus pudores, se comprende mejor lo que debe haberle costado la redacción y envío de esa carta. Pero se trataba de reparar un desaire. El decreto que había nombrado a Fernández Madrid como Ministro Plenipotenciario establecía en su Artículo 1º Párrafo 1º, un aumento del sueldo del ministro, y en el Párrafo 2º declaraba que no se aumentaría el sueldo del secretario de legación. Había aquí una injusticia flagrante ya que por ley le correspondía al secretario la tercera parte del sueldo del ministro. Bello escribe señalando lo pequeño del beneficio que se le quita y agrega: "*Me es sensible la disposición citada, no por el perjuicio pecuniario que me irroga (aunque en mis circunstancias, grave), sino por la especie de desaire que lo acompaña*".

En la misma carta, Bello se cree obligado a aclarar más sus motivos y escribe: "*Vuestra Excelencia me conoce, y sabe que un sórdido interés no ha sido nunca móvil de mis operaciones. Si yo hubiera jamás puesto en balanza mis deberes con esa especie de consideraciones, estuviera hoy nadando en dinero, como lo están muchos que han tenido acceso a la legación de Colombia, desde más de seis años a esta parte, y no me hallaría reducido a mi sueldo para alimentar a mi familia. Estoy ya a las puertas de la vejez, y no veo otra perspectiva, que la de legar a mis hijos por herencia la mendicidad*".

La respuesta de Bolívar (esta vez directa) es de junio 16, 1827, y se excusa de toda responsabilidad en el asunto. "*Ya no estoy encargado de las relaciones exteriores, pues que el general Santander es el que ejerce el poder ejecutivo*", aclara. Y hasta parece no querer comprometerse a interceder en favor de Bello: "*Desde luego, yo le recomendaría el reclamo de usted; pero mi influjo para con él es muy débil, y nada obtendría. Sin embargo, le he dicho a Revenga que escriba al secretario del exterior, interesándole en favor de usted*". La excusa parece débil aunque era cierta. Bolívar no tenía entonces trato alguno con Santander y ni siquiera le dirigía la palabra. Pero es difícil creer que Bello estuviera enterado de esta circunstancia. Para él, en su destierro londinense, las palabras de Bolívar parecían revelar sólo mala voluntad o dejadez³¹.

En la misma carta asegura Bolívar que insistirá en presentar renuncia de su cargo, "*único medio (alega con énfasis) que me queda para convencer al mundo, y a mis enemigos, que no soy ambicioso*". Hasta qué punto estaba Bello enterado de este problema personal de Bolívar es algo que no se puede probar. Con los documentos a la vista los historiadores de hoy pueden seguir los avatares de la carrera del Libertador. Pero Bello, en su Londres de 1827, ¿qué podía saber y esperar? Tal vez ni siquiera estaba dispuesto a creer en los propósitos de renuncia; tal vez pensó, en su timidez y abandono, que Bolívar ya no lo consideraba un amigo.

Para agravar aun más el malentendido, una carta de José Manuel Restrepo a Bello (Bogotá, septiembre 7, 1827) aclara que fue Bolívar el que dictó el decreto en que se nombra a Madrid y se establece expresamente que no se ha de aumentar el sueldo del secretario. Restrepo alega que como el decreto fue firmado con facultades extraordinarias, Bolívar pudo no cumplir la ley que otorgaba al secretario una tercera parte del aumento del sueldo del ministro. En la misma carta se dice: "*Entre tanto, puedo asegurar a usted que, en tal disposición, no influyó algún otro motivo, sino el de economizar gastos*". También se asegura a Bello que obten-

31 Otro punto de vista que el aducido aquí expone Rafael Caldera en su excelente *Andrés Bello*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1950 (tercera edición). Consúltese, particularmente, las páginas 38/45 y 218/21, en que se discute el problema y el presunto monarquismo de Bello para justificar la frialdad de Bolívar.

dría un ascenso *"luego que, mejorando nuestros negocios fiscales, podamos aumentar nuestro cuerpo diplomático"*

La promesa del ascenso no es un ascenso, y a Bello debió parecerle poco consoladora ya que el aumento a la asignación del Ministro establecía una mayor diferencia entre éste y su laborioso secretario. Pero todo lo soportó y supo esperar. En septiembre 14, 1828, ocurrió el anunciado ascenso. Se le nombró entonces Cónsul general en París y Ministro Plenipotenciario en la corte de Portugal. Los títulos eran hermosos. Bello sin embargo, no pudo aceptar. En primer lugar, porque si bien se trataba de un puesto más alto en el escalafón, en la práctica equivalía a un descenso. Debía trabajar más que en Londres y su asignación sería menor; en segundo lugar, ni aun queriendo aceptar, habría podido conseguir los recursos necesarios para costearse el viaje a Francia. Debía procurar entonces por otro lado; volvió a reanudar sus relaciones con el gobierno chileno.

El mejor comentario de todo este lamentable episodio se encuentra en una carta de José Fernández Madrid a Bolívar. Está fechada en noviembre 6, 1828, y en ella dice: *"En mi concepto la pérdida del señor Bello debe ser muy sensible a Colombia, porque tenemos muy pocos hombres que reúnan la integridad, talento e instrucción que distinguen a Bello. Yo siento mucho verlo separarse de mi lado, porque en cualquier asunto grave que pueda ofrecerse, sus consejos y sus luces me serían muy útiles. Es por demás decir a usted que mis recursos y mi casa han estado siempre a su disposición; pero usted conoce su genio demasiado reservado; así, nunca ha hecho uso de mis sinceras y reiteradas ofertas"*.

Lo más lamentable de todo es que Bolívar, cuando vio que efectivamente Colombia perdía a Bello, trató de ofrecer lo que antes no había podido procurarle. En carta a Fernández Madrid escribe el 27 de abril, 1829, ya demasiado tarde: *"Ultimamente se le han mandado tres mil pesos a Bello para que pase a Francia; y yo ruego a usted encarecidamente que no deje perder a ese ilustrado amigo en el país de la anarquía [Chile]. Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene América es Colombia; y que si quiere ser empleado de este país, que lo diga, y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo, y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío. Fue mi maestro cuando teníamos la misma edad,*

y yo le amaba con respeto. Su esquividad nos ha tenido separados en cierto modo; y por lo mismo, deseo reconciliarme, es decir, ganarlo para Colombia".

Bello habría de leer esos párrafos, que reclamaban el restablecimiento de la amistad y en términos tan nobles, ya en Chile adonde se los envía Fernández Madrid junto con su carta de setiembre 11, 1829.

¿Qué hay detrás de este malentendido diplomático? La versión de Bolívar (acaba de verse) hace radicar todo en la esquividad de Bello, esquividad sobre la que hay otros testimonios y que también confundió en buena medida a Fernández Madrid y a Mariano de Egaña. El punto de vista de Bello, por otra parte debe ser el que ofrece Amunátegui en su biografía: los separa cada vez más la vanidad del Libertador que Bello no habría sabido alimentar adecuadamente. Y, sin embargo, también se ha visto que Bello admiraba a Bolívar, que lo canta en su *Alocución a la poesía* de 1823, que en su correspondencia de la época no escatima el elogio. Hay más. Bello creía indudablemente que Bolívar podía regir los destinos de su patria, sin necesidad de someterse a los principios más corrientes del gobierno constitucional —como se lo indica sutilmente en carta de marzo 21, 1827—.

En ella llega a decir: *"Siga, pues, Vuestra Excelencia con su acostumbrado acierto la obra comenzada de establecer el orden público sobre cimientos que, inspirando confianza, harán reflorar nuestros campos talados, nuestro comercio y rentas. (En síntesis: el mismo pensamiento que expresa la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* en 1826). Si no todos fueren capaces de apreciar las altas miras de Vuestra Excelencia, si algunos creyeran que lo que llaman libertad es inseparable de las formas consagradas por el siglo XVIII, y se figuraren que, en materias constitucionales, está cerrada la puerta a nuevas y grandes concepciones, la magnanimidad de Vuestra Excelencia perdonará este error, y el acierto de sus medidas lo desvanecerá"*.

El elogio, y la latitud del mismo, no puede ser mayor. No será éste incienso del más sofocante pero es, sin duda, del más refinado. Bello veía en Bolívar a un jefe indiscutido, un jefe cuya excelencia lo coloca sobre la vulgar teoría política. ¿Hay aquí una incitación a la monarquía constitucional? Se sabe que Bello era desde hacía

años partidario de este régimen. En una carta a don Miguel de Mier, residente de Colombia entonces, lo declara: "... la monarquía (limitada por supuesto) es el gobierno único que nos conviene; y miro como particularmente desgraciados aquellos países que por sus circunstancias no permiten pensar en esta especie de gobierno. Qué desgracia que Colombia, después de una lucha tan gloriosa, de una lucha que en virtudes y heroísmo puede competir con cualquiera de las más célebres que recuerda la historia, y deja a gran distancia detrás de sí la de los afortunados americanos del norte, qué desgracia, digo, que por falta de un gobierno regular (porque el republicano jamás lo será entre nosotros) siga siendo el teatro de la guerra civil aun después de que no tengamos nada que temer de los españoles". La carta es de noviembre 15, 1821 y ha sido harto citada y analizada. Aunque no es ésta la ocasión para renovar su examen, conviene considerar algunos de sus aspectos. No debe olvidarse, ante todo, en qué circunstancias anárquicas de la historia de Colombia, y de América la escribió Bello, y cómo su visión política (ya moldeada por la experiencia de diez años en Inglaterra) podía inclinarse hacia la monarquía constitucional. Más interesante de subrayar ahora es el efecto que produjo en Colombia la divulgación de esta carta, efecto que puede medirse por una comunicación del Ministro de Gobierno, don Pedro Gual, a José Rafael Revenga (julio 17, 1822): "Paso a manos de usted copia de un fragmento de carta escrita por don Andrés Bello, residente en la corte de Londres, y como por ella se ve claramente que sus opiniones son contrarias del todo a nuestro actual sistema de gobierno, lo participo a usted para que en sus comunicaciones con este individuo guarde la debida reserva".

Esta comunicación oficial explicaría tal vez la actitud del Gobierno colombiano de no conceder a Bello sino puestos subalternos. Pero ¿cabe hacer también extensiva a Bolívar la misma reserva? ¿O, por el contrario, ya en 1827 se encontraba Bello libre de toda sospecha? Es difícil decidirlo. Había una resistencia de parte de Bolívar, esto es indudable. La resistencia podía estar basada en la esquividad del poeta caraqueño (según el Libertador declara abiertamente), o en las dudas sobre la adhesión incondicional de Bello a su persona (punto de vista que trasmite Amunátegui) o en discrepancias políticas más serias. Pero podría existir otra causa de tirantez. Unas

cartas de Bello, publicadas hace algunos años en Venezuela, tal vez ayuden a iluminar mejor el problema.³²

Amunátegui no las menciona en su *Vida* y puede suponerse que no las conoció. Tampoco parecen haber sido utilizadas por ninguno de los biógrafos de Bello. Se trata de la correspondencia oficial con Ignacio de Tejada, representante diplomático de la Gran Colombia ante la Santa Sede. Entre sus numerosas tareas, Bello tenía a su cargo en Londres el despacho de la correspondencia oficial; por otra parte, durante el lapso que media entre la sustitución de Hurtado y la toma de posesión de Fernández Madrid, así como en ocasión de algunas licencias que éste se tomaba, quedaba Bello a cargo de la Legación y correspondía directamente con Tejada. Este le escribe desde Roma en octubre 8, 1827, para comunicarle distintos asuntos oficiales pero también agrega estas líneas de suma importancia: "Hoy sale de aquí para esa el General Miller al servicio del Perú, y va encargado de hacer a usted una visita en mi nombre y de entregarle una Canción compuesta por un italiano en elogio del Libertador: quisiera que usted la tradujese en buen estilo español para imprimirla ahí por mi cuenta en uno y otro idioma. Yo no dudo que el Libertador adquirirá cada día nuevos derechos a este título más glorioso que otro cualquiera que pueda imaginarse".

En octubre 30, 1827, Bello contesta a Tejada y, con estas palabras, comenta la situación política de la Gran Colombia: "Las cosas de nuestro país presentan ahora mucho mejor semblante que algunos meses ha. El Libertador estará ya a la cabeza del Gobierno, que ganará mucho sin duda con el influjo de su nombre, que se hace sentir en todos los ángulos de la república, y dará más unidad y consistencia a la administración. Usted sabrá probablemente que ha pasado ambas cámaras el acta o ley sobre la convocatoria de la gran convención, que debe reformar la constitución, medida que las circunstancias han hecho necesaria, porque la gran mayoría de nuestros conciudadanos la pide, considerándola como el único remedio de nuestras dolencias. Yo confieso que tengo poca fe en esta clase de recetas. Mas

32 Cf. *Cartas inéditas de Bello*, in *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Año XIV, N° 95 (noviembre-diciembre, 1852, pp.162/67) y No. 97 (marzo-abril, 1953, pp.91/96). Esta importante correspondencia se encuentra actualmente en el Archivo Nacional de Bogotá. En el estudio de Feliú Cruz sobre "Bello, Irisarri y Egaña en Londres" (reedición de Caracas, pp. 35/37) se cita íntegra la carta de Bello a Mier.

a lo menos creo que podemos contar con un gobierno que imponga respeto dentro y fuera”.

Aunque Bello no parece compartir, al menos por el fraseo de esta carta, el entusiasmo incondicional de Tejada por el Libertador, no cabe la menor duda de que sus palabras son francamente elogiosas y de que ve entonces en Bolívar una garantía para la unidad de la patria. En la misma carta, y en párrafo aparte, escribe: “No he visto al general Miller: quizá no ha llegado aún a Londres. Cuente usted con que haré cuanto esté de mi parte para dejar cumplidos los deseos de usted en la traducción que me encarga, y en todo lo demás que se sirva ocuparme”. De estas palabras se desprende, claramente, que aun antes de conocer la *Canción* acepta el encargo de traducirla, y sin reticencia alguna.

Tres meses después, en enero 29, 1828, escribe Bello nuevamente a Tejada y se refiere a la traducción. Su actitud es completamente distinta: “Ha días que está en mis manos la obrita consabida, y por sensible que me sea no cumplir el primero y único encargo con que usted me ha honrado, le diré “con toda la confianza que merece” que no podría llevarlo a efecto sin hacer una violencia a mis sentimientos. El “héroe”, según se cree generalmente, se ha propuesto como modelo algo diferente de Bruto y de Washington, tal vez se engañan los que así piensan, y aún no ha llegado el tiempo de pronunciarse definitivamente; pero sea lo que fuere, habiendo más de una senda a la gloria y teniendo nuestro Libertador de todos modos asegurada la suya y la gratitud de la patria, yo no querría tributarle alabanzas a que no aspira, y que no siendo confirmadas ni por su opinión ni por la del público, pudieran hacer creer que en el autor y traductor habían influido motivos, que yo por mi parte sentiría mucho me atribuyesen. Después de todo, me someto gustoso al juicio de usted, y haré lo que usted haría si se encontrase en mi lugar, y oyesse todo lo que oímos en Londres”.

La posición de Bello frente a Bolívar, ha cambiado radicalmente entre octubre de 1827 y enero de 1828. Tal vez puede haber influido en su determinación el recibo de la carta de Bolívar en que éste declaraba su imposibilidad de ayudarlo en Colombia, unido al conocimiento, por carta de Restrepo, de la desatención del Libertador al firmar el decreto que lo privaba del aumento. Pero tratándose de Bello no es posible atribuir sus decisiones a móviles puramente egoístas o a reacciones inmediatas de la vanidad herida. Por doloroso

que haya sido saber que Bolívar no lo estimaba bastante o que no estaba dispuesto a interceder por él, había otras razones más importantes. Esas son las que asoman en la carta: había razones políticas cuyo fundamento es la visión que tenían en Londres de los acontecimientos de la patria. La carta de Bello usa con Bolívar una ironía, sutil, pero no menos punzante. Muestra al héroe rechazando el destino de Bruto y el de Washington y embarcado en una senda de gloria que él no puede aprobar. Esto fundamenta en forma suficiente su rechazo.

En la misma carta hay una frase que indica que su decisión era compartida por sus dos entrañables amigos: Olmedo y Madrid. Dice Bello: “Hay en Londres actualmente dos personas de verdadero talento para la poesía: el señor Madrid y el Sr. J. J. Olmedo: el primero, ardiente y sincero admirador de B., se ha excusado positivamente, y del segundo tengo motivos para presumir otro tanto”. Si Olmedo que había cantado a Bolívar en el colmo de su gloria, si Madrid que era su admirador incondicional, también se negaban ahora a la tarea de cantar al Libertador, se comprende entonces que la actitud de Bello no podía estar dictada por motivos bajamente personales.

En el resto de la correspondencia de Bello con Tejada no se vuelve a hablar más de la *Canción* italiana. Pero se habla sí, ocasionalmente, de la Gran Colombia y de Bolívar. En una de sus cartas (febrero 22, 1828) se refiere Bello a que “el Libertador ha restablecido el orden y la tranquilidad en todo el territorio de la República” y en una postdata agrega este comentario, bastante significativo: “Dichoso usted, amigo mío, que sirve a nuestra santa madre iglesia, que jamás olvida a sus hijos. No así nosotros que parece estamos olvidados del mundo, y abandonados a la providencia”. En otra carta (setiembre 15, 1828) vuelve a referirse a la situación de la patria en estos términos: “Las cosas de Colombia siguen así, así: estamos en una época de transición; las cosas pueden mejorarse mucho o seguir el rumbo que de dos años a esta parte han llevado hacia la desorganización. B. puede salvar el estado por la influencia que todavía conserva sobre el ejército y sobre los amigos del orden... pero parece que él mismo desconfía. Se asegura que está muy abatido y melancólico, y que su salud se halla quebrantada”. No hay más referencias al Libertador, o a Colombia, en toda esta correspondencia.

Es evidente que no una ni dos sino varias son las causas que separan a Bello y Bolívar. Reducirlas a esquivéz (punto de vista de Bolívar) o a voluntad de incienso (punto de vista de Bello), es esquematizar las cosas. Que lo hayan hecho Bello y Bolívar, y los amigos de ambos, está bien. Pero desde la perspectiva que facilitan los años y los nuevos documentos cabe concluir que creció entre ambos un enorme malentendido. Por un lado, Bolívar estaba rodeado de seres débiles y que prodigaban la adulación, seres que no se atrevían a pensar para no pensar de modo distinto que él. En Londres, Bello mantenía su independencia de pensamiento y de elogio, era reservado y (como tímido) desconfiaba. Eso basta para explicar el malentendido sin necesidad de buscar un culpable, sin hacer como Irisarri que, en su afán de conquistarse a Bello, lo adulaba con expresiones como ésta: *"Usted podría ser todo lo amigo que quiera del general Bolívar, proclamándose su partidario, pero yo, sin ser ni lo uno ni lo otro, sin tener de ese individuo otro conocimiento que sus hazañas, no puedo entenderlo tan grande cuando no sabe aprovecharse de hombres como usted. La situación a que lo ha reducido el patriotismo de usted debiera ser prontamente satisfecha por ese general; de otra manera será preciso calificarle de inconstante en la amistad y de poco o nada atinado en la elección de sujetos sabios y virtuosos"*.³³

Bello tardó algunos años en ver las cosas como las exponía, con su crudeza habitual, Irisarri. Pero cuando se decidió, no se echó atrás. La demora de Bolívar en reconocer su mérito fue el estímulo que necesitaba este tímido para decidirse a iniciar su aventura transatlántica.

EL REGRESO A AMERICA

Al ver frustradas sus esperanzas de conseguir un ascenso adecuado en su carrera diplomática, Bello resuelve regresar a América. Seguramente que nada esperaba ya de su patria y se volvió hacia otras naciones con las que ya había estado en contacto durante los años de su estancia londinense. La que le ofreció mejores garantías fue Chile. En 1828 se encontraba todavía en Londres don Mariano de

33 Cf. Lira, *ob. cit.*, pp. 110, y los comentarios que le inspira esta correspondencia con Irisarri.

Egaña. La inicial desconfianza de Egaña hacia Bello había sufrido un vuelco total: el chileno había llegado a reconocer sus excepcionales cualidades, había logrado vencer esa barrera de reserva con que Bello se rodeaba y hasta consiguió su amistad. Fue su compadre y padrino de Juan, primogénito del segundo matrimonio (febrero 7, 1825).

Bello se había convertido en el amigo. Guiaba a Egaña en sus asuntos diplomáticos y lo aconsejaba (con su madura experiencia) en la elección de libros y objetos de arte con los que éste pensaba decorar su casita en Peñalolén y sobre la que escribía con tanto entusiasmo a su padre; esa casita habrá de jugar un papel importante en la vida futura de Bello. El reconocimiento de las extraordinarias dotes del caraqueño inspiró a Egaña el deseo de conquistarlo para Chile. Así, en noviembre 10, 1827, escribe al Ministro de Relaciones Exteriores, D. Carlos Rodríguez, una larga carta en que propone a Bello para el cargo oficial mayor de dicho ministerio.

Allí dice de su amigo, con toda objetividad: *"D. Andrés Bello ex secretario de la legación chilena en Londres, y que lo es actualmente de la legación colombiana en la misma corte, se halla dispuesto a pasar a Chile y a establecerse allí con su familia, si se le confiere el destino insinuado de oficial mayor, o algún otro cargo equivalente, análogo a su carrera y a sus aventajados conocimientos. La feliz circunstancia de que existen en Santiago mismo personas que han tratado a Bello en Europa, me releva en gran parte de la necesidad de hacer el elogio de este literato, básteme decir que no se presentaría tan fácilmente una persona tan a propósito para llenar aquella plaza. Educación escogida y clásica, profundos conocimientos en literatura, posesión completa de las lenguas principales, antiguas y modernas, práctica en la diplomacia, y un buen carácter, a que da bastante realce la modestia, le constituyen, no sólo capaz de desempeñar muy satisfactoriamente el cargo de oficial mayor, sino que su mérito justificaría la preferencia que le diese el gobierno respecto de otros que solicitasen igual destino"*. La recomendación surtió su efecto.

Hay otro testimonio de su aprecio en la carta de recomendación que dio al poeta y que éste debía presentar a su padre, don Juan de Egaña. En ella escribe (Londres, febrero 1, 1829): *"La presente le será a usted entregada por mi amigo don Andrés Bello a quien ya usted conoce tanto por mis cartas anteriores. Parte al fin para ésa*

con su familia, y no teniendo conocimiento del país ni de personas que allí residan, necesita de un amigo de confianza que le instruya y auxilie primeramente en todos los ahanes que ocurren a un extranjero para establecerse en un país nuevo, y luego que le sirva en las demás cosas que se ofrecen. Lo recomiendo pues a usted para todo con todo empeño: en inteligencia que él cuenta con la recomendación presente como un gran recurso, porque le he asegurado que usted le dispensará con la más sincera amistad todos cuantos servicios pengan de mano de usted". En la misma carta hay un párrafo sobre la señora de Bello: "La muy apreciada señora de Bello es mi comadre, y el niño Juan mi abijado, y los recomiendo especialmente a mi madre y Dolores para que sean sus verdaderas y afectuosas amigas sin etiqueta ni ceremonias sino con la antigua cordialidad y llaneza chilenas".

Lo que esta carta expresa, y lo que no podía aparecer en la dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores, es precisamente esa intimidad en el trato que ya se había establecido entre Egaña y Bello, una cordialidad que se manifiesta por encima de las frases de obligada cortesía y aparece llanamente en el párrafo sobre la señora de Bello. Con esta recomendación embarca Bello en el *Grecian*, el 14 de febrero de 1829 y rumbo a Valparaíso. Delante suyo se abre América; detrás quedan casi diecinueve años ingleses. Diecinueve años de sacrificios y trabajos, de penas y alegrías, de mucho estudio y mucha creación; diecinueve años en que el poeta había pasado de la juventud a la madurez y penetrado (creía él) en el umbral de la vejez; diecinueve años que anticipaban los fecundos treinta y tantos que todavía le esperaban en Chile. Con un sentimiento de alivio y de inquietud habrá abandonado Bello las costas inglesas. Es cierto que no dejaba a sus espaldas ninguna esperanza frustrada, aunque dejaba un pasado que cada día el recuerdo haría parecer más rico. Una carta a Fernández Madrid puede servir de epitafio a este período de su vida. Fue escrita la víspera de la partida y en Londres. En ella afirma: "...guardo con impaciencia que amanezca para dejar esta ciudad, por tantos títulos odiosa para mí, y por otros tantos digna de mi amor".

SEGUNDA PARTE

CAPITULO IV

LA ARDUA ACLIMATACION: SANTIAGO (1829-1831)

UNA FABULOSA COSECHA

C UANDO Bello llega a Chile no había cumplido cuarenta y nueve años pero se considera ya un hombre acabado, deseoso de encontrar refugio en tierra americana para asegurar el porvenir de sus seis hijos y concluir en paz sus días. Mal podía sospechar que el destino le reservaba aún treinta y seis años que estarían casi íntegramente dedicados a la creación. En esos años (la mitad de una vida común) Bello no sólo realiza una obra personal importantísima de poeta y filósofo, sino que proyecta su influencia sobre todas las ramas de la cultura, orienta con su crítica literaria y teatral a la nueva nación chilena, forma una generación de poetas y de historiadores, echa las bases de la Universidad y de toda la educación, crea una filosofía original en la tradición de la escuela inglesa, participa en la fundación orgánica de la nación al dotarla de un Código Civil o al estructurar sus directivas en materia de política nacional e internacional.

Tan vasta y compleja es la obra realizada en estos treinta y tantos años de vida que se requiere la labor de varios especialistas para valorarla debidamente. En esta investigación literaria apenas si se podrá rozar ocasionalmente algunas de esas grandes empresas que consumieron lo mejor de muchos de sus días (en el *Código Civil* trabajó no menos de veinticinco años). Dentro del vasto cuadro de su actividad, la creación poética y la crítica literaria ocupan sólo una parte reducida; son actividades a las que se entrega en los intervalos de trabajos más absorbentes o, casi, como medio de prolongar su acción pedagógica en un ámbito más general. Pero en ningún momento puede dedicarles lo mejor de sus horas. De modo

que en un estudio como éste —en que precisamente lo que constituye el centro focal es esa creación— las perspectivas generales de la evolución de Bello resultarán necesariamente deformadas. Mas que en los capítulos anteriores será necesario recordar ahora al lector que una biografía literaria de Bello sólo muestra una parte de su prodigiosa actividad intelectual.

Pero esa parte es muy valiosa. Aunque en la masa total de su obra no ocupe sino algunos volúmenes, la creación poética y su correspondiente fundamento teórico tienen importancia esencial. Porque corresponden a la madurez de uno de los creadores más singulares que ha producido América, indiscutiblemente el de mayor ámbito intelectual, y esa madurez recoge ordenadamente los frutos de treinta y tantos años de labor creadora y lo proyecta, fuera de su peripecia individual, sobre varias generaciones en Chile y en América hispánica.

Para estudiar adecuadamente, y en su verdadero desarrollo, esta cosecha literaria, me ha parecido necesario dividir la materia biográfica en varias partes, que permiten destacar mejor las etapas de la evolución. En sucesivos capítulos este libro irá mostrando cómo llega Bello a Chile y cómo se instala (cap. IV); cómo dedica su mayor esfuerzo literario a fundar y orientar la cultura chilena hacia las formas más maduras del arte de su tiempo (cap. V); cómo una generación de exilados argentinos, en que sobresale Sarmiento, le sale al paso para modificar (o dinamizar) esa orientación y las polémicas que de allí nacen, polémicas que Bello corona con un discurso magistral en que retoma, sin disputa, la dirección intelectual de la nación (capítulo VI); cómo después del vano terremoto polémico se dedica a completar su obra de orientador de la juventud hacia un arte que aproveche lo mejor del Romanticismo y se aparte de sus excesos, particularmente de los ya evidentes en la nueva tendencia hacia el Realismo (capítulo VII); cómo en los últimos años de su vida, casi octogenario y octogenario ya, concluye Bello esa labor y rescata para la posteridad algunas de sus grandes obras (la edición del *Poema del Cid*, la *Filosofía del Entendimiento*, la traducción del *Orlando enamorado*) que, iniciadas en los días fermentales de Londres, debieron esperar hasta entonces el necesario ocio, el alivio de tareas más urgentes, de que nunca pudo disponer completamente (capítulo VIII).

De esta manera podrá seguirse su evolución literaria con mayor precisión, con mejor sentido de su desarrollo profundo. También parecerá más clara entonces su actitud hacia el Romanticismo que constituye la piedra de toque polémica de estos años. Se verá nítidamente qué aspectos del Romanticismo quiso Bello difundir e implantar en Chile (mucho antes de que los jóvenes argentinos alcanzaran a entrever la importancia renovadora del movimiento) y a qué porción del Romanticismo fue siempre ajeno y aun francamente hostil. Los viejos cargos hechos por interesados en la polémica (Sarmiento o Lastarria) y los nuevos difundidos por manuales irresponsables o simplemente rutinarios, aparecerán no sólo sustancialmente erróneos sino desprovistos del menor apoyo documental.

EL VIAJE A CHILE

Entre el 14 y el 16 de febrero de 1829 abandonó Bello definitivamente Inglaterra. Se embarcó en el *Grecian* con todo lo que había reunido en esos casi veinte años de exilio europeo; sus escasos bienes materiales (ropas y libros) estaban compensados notablemente por el afecto de su esposa y de sus seis hijos. Pero ellos eran también una responsabilidad y una carga. De ahí que en una escala de su largo viaje (en Río de Janeiro, mayo 4, 1829) escribe al amigo Fernández Madrid insistiendo en la necesidad extrema que lo ha obligado a emprender este viaje y tratando de mantener, por intermedio de este vínculo, las buenas relaciones con el gobierno de su patria. "*Concluyo rogando a usted [le dice] se interese por mi buen nombre en Colombia, dando a conocer la urgencia absoluta que me obligó a tomar la casi desesperada determinación de embarcarme para Valparaíso*".¹

La nave tardaría más de cuatro meses en llegar. Puede imaginarse lo que fue la travesía, ocupado Bello de su mujer y sus niños, temeroso de no encontrar en Chile el refugio que tanto necesitaba. Tímido y reservado como era, la brutal convivencia en un reducido espacio habrá resultado tortura. Los largos viajes por mar no eran

1 La correspondencia de Bello con Fernández Madrid ha sido citada, parcialmente, por Miguel Antonio Caro en su célebre estudio. De allí se han tomado los párrafos transcritos en este capítulo. Cf., ob. cit., pp. 52 y 81/82.

entonces cruceros de turismo, como lo documenta don Mariano de Egaña en algunas cartas a su padre. Bello debe haber aceptado esos cuatro meses como una necesaria ordalía. La llegada a Valparaíso ocurre en junio 25. El puerto, de tan hermoso nombre, era poco más que una caleta entonces, según han señalado sus biógrafos chilenos apoyándose en el testimonio de María Graham en su *Diario* (de 1822/23) o en la *Historia de Valparaíso*, de Benjamín Vicuña Mackenna.² El traslado del puerto hasta Santiago, ciudad entre montañas, sería largo: dos o tres jornadas, por lo menos, sin comodidad para mudarse y descansar adecuadamente, con malos caminos y mala comida; y la visión de la capital, aldea todavía colonial, desilusionadora para quien llegaba de la mayor ciudad de Europa, la primera ciudad moderna, transformada ya por la revolución industrial. En los *Recuerdos del Pasado* de Vicente Pérez Rosales (cap. VIII), ha quedado un elocuente testimonio sobre Valparaíso, y Santiago, hacia 1830. Vale la pena copiarlo ya que a través de él puede vislumbrarse tal vez qué sintió Bello en su primer contacto con tierra chilena. *"Si para el recién llegado de Europa, en el día [escribe Pérez Rosales hacia 1882], es tan triste y aun repelente nuestro actual orgulloso Valparaíso antes de haberlo tratado con alguna intimidad, qué no sería el año de 1830, con sus andrajosas quebradas, sus casuchos toreando la ola, en el reducido plan de tierra firme que mediaba entre el mar y los cerros, los solitarios buques que se balanceaban en la bahía, y aquella interminable calle o vía carretera, verdadera "villa del Covin", que con sus desiguales ranchos y casuchas conducía desde el lugar que llamaban el puerto al pie de la antigua y conocida cuesta de Polanco!"*

A esta imagen de Valparaíso, se suma esta otra en que Pérez Rosales muestra el acceso a la capital: *"El extranjero, para quien América significaba selvas seculares, bosques de palmeras, algarazas de cacahúas y oro a mano, después de traslomar cuestras tras cuestras, encajonado, sin ver nada de todo esto, en aquellos vehículos digestivos de Loyola, que por lo saltones merecieron el nombre de cabras, llena de chichones la cabeza y los pulmones de polvo, entraba a Santiago por la interminable, sucia y desgredada calle de San Pablo, que, principiando por ranchos, "chincheries", y canchas de bolas,*

2 Cf. Eugenio Orrego Vicuña: *Don Andrés Bello*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1853 (4a. edición), pp. 84/85.

terminaba casi en la plaza principal de la ahora, a nuestro parecer, opulentísima capital de Chile".

Pero el memorialista chileno, que tan bien ha sabido ver con los ojos de ese hipotético extranjero porque él mismo, al regresar a su patria después de algunos años de Europa, regresaba como extranjero; el propio Pérez Rosales sabe la transformación que operan la costumbre el afecto, y por eso continúa: *"Hay, sin embargo, un fenómeno que notar en el cambio, siempre seguro, de adverso en favorable, que sufren las primeras impresiones del recién llegado a poco de permanecer algún tiempo en nuestro Santiago. Las casas parecen que crecieran en altura, y sus tejados, que al principio amenazan los sombreros por lo vecinos al pavimento de las veredas, se elevan, sin saber por qué, a la más proporcionada altura. El Santiago de entonces, como el de ahora, asustaba al principio para agradar después a todo viajero que cerrando los ojos al salir de Europa, sólo los viene a abrir cuando llega a Chile".*³

Ese hipotético viajero era, en junio o julio de 1829, don Andrés Bello. Pero su primer contacto con la ciudad no fue el de mero curioso, el de turista; Bello debió empezar por radicarse. La familia se instaló provisoriamente en casa de una dama argentina, Eulogia Nieto de Lafinur, viuda de un escritor. Era la suya una pensión sita en la calle Santo Domingo, entre Miraflores y Clara, cerca del Parque Forestal y del Mapocho. Allí vivió Bello hasta que pudo instalar (en la misma calle y cuadra) su propio hogar, naturalmente en una casa muy modesta. Aunque apenas llegado el gobierno de Chile (presidido en ese momento por el general don Francisco Antonio Pinto) le designó oficial mayor del Ministerio de Hacienda por decreto de julio 13, el sueldo que percibía no le permitió más que una vida sencilla. Durante algunos años su señora debió lavar la ropa de la familia en el segundo patio de la gran casa colonial, y Bello se trasladó siempre a pie a sus ocupaciones.⁴

La vida en Santiago era simple. Ni siquiera Portales tenía coche, se ha observado. Bello era hombre de hogar y no tenía vanidades. A su llegada intimó rápidamente con lo mejor de la sociedad santiaguina. Traía, ya se ha visto, una carta de recomendación para don

3 Cf. Vicente Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1949 (5a. edición), pp. 136/37.

4 Cf. Orrego Vicuña, *ob. cit.*, pp. 239/40.

Juan Egaña y su familia. Era conocido del presidente Pinto, desde la lejana época (1813) en que éste fue a Inglaterra como agente chileno encargado de concertar una acción combinada de fuerzas americanas y de enviar a Chile no sólo armas y vestimenta sino libros. Puede suponerse que en esta última tarea la vinculación con Bello le habrá sido de alguna utilidad. Al encontrarse en Santiago, reanudarían sin duda las relaciones. Pinto debió renunciar a su cargo pocas semanas después de la llegada de Bello, lo que privó al caraqueño de un importante protector.

No le faltaron, sin embargo apoyos. Sus condiciones excepcionales, su discreción y mesura, su sólido sentido común, le ganaron pronto la estima y más tarde el afecto de quienes habrían de dominar la vida chilena durante los próximos años. Bello se relacionó con Diego Portales, que advirtió bien pronto su extraordinario mérito. En la correspondencia de Portales con don Antonio Garfías se pueden encontrar testimonios expresivos de esa estima y también del cuidado con que el protector trataba de recompensar a Bello sin herir su delicadeza. (En una carta del 13 de noviembre de 1831 indica que se haga a la señora de Bello un obsequio "*si usted calcula que éste se resentirá y se resista*" a admitir un pago directo). En otras cartas recomienda a Garfías la amistad de Bello o le envía a éste golosinas y cigarros (una de las pocas debilidades del caraqueño) y hasta acepta y agradece el ofrecimiento de ser padrino de uno de los nuevos hijos: "*A mi señor compadre don Andrés [dice en carta a Garfías para que éste trasmita sus palabras], que reconozco la distinción que me hace eligiéndome para su compadre... Disponga usted que la función se haga con toda decencia, porque cualquier gasto de esta clase no puede influir en mi suerte, y me traerá satisfacción de acreditar al compadre, de algún modo, el aprecio que hago de él y se merece*".⁵

La relación de Bello con Portales, como su vinculación primera con Juan y Mariano de Egaña, habría de serle echada en cara más tarde por los "*pipiolo*s", o liberales chilenos del siglo XIX que atribuían a estos "*pelucones*" la dirección conservadora y tradicionalista de la política chilena. La perspectiva de entonces ha sido bastante modificada por la crítica histórica de este siglo. Lejos de considerar a los "*pipiolo*s" como ellos imaginaban ser (partidarios de las formas más

avanzadas de la democracia política) los historiadores más responsables de hoy ven en el combate de los dos partidos sólo una lucha entre fuerzas conservadoras. Uno ha llegado a hablar de la *Fronda aristocrática*, en frase que ha quedado. La perspectiva actual ha liberado a Bello de muchos cargos que acumularon escritores de la facción opuesta aunque todavía en este siglo haya quienes no se recatan de hablar de su "*servilismo político*".⁶

Aunque el tema excede naturalmente los límites de este trabajo, tal vez no sea completamente inoportuno señalar cuál era la actitud espiritual de Bello en el momento de su ingreso a la vida chilena. Para ello conviene mirar un poco los testimonios de su propia mano.

UNA CRISIS PASAJERA

En su correspondencia con Fernández Madrid se encuentran algunos elocuentes testimonios de su primera impresión de Chile. Bolívar, en uno de esos trazos de la pluma que tiene y tan bien caracterizan su espíritu inquieto y su juicio repentino, había llamado a Chile "*país de la anarquía*" y había prevenido a Fernández Madrid que no dejase a Bello "*perderse*" en él. Que éste no las tenía todas consigo lo demuestra el fragmento ya citado de la carta escrita en la bahía de Río de Janeiro. Al llegar a Chile, comenta con el amigo lejano sus primeras impresiones. En carta fechada en Santiago, agosto 29 de 1829, a los dos meses escasos de haber llegado dice: "*Echo de menos nuestra rica y pintoresca vegetación, nuestros variados cultivos, y aun algo de la civilización intelectual de Caracas en la época dichosa que precedió a la revolución*". Hay aquí no sólo la nota de nostalgia patria (que ya había generado en los años del exilio londinense su mejor obra poética) sino que hay también otra cosa, y muy importante: el reconocimiento de la madurez alcanzada por la cultura colonial en Caracas. Años dichosos, dice Bello; seguramente dichosos porque era joven y porque la sociedad ordenada en que vivía le permitía el desarrollo armónico de todas sus actividades. Ahora en Chile se sentía gastado, demasiado viejo

6 Cf. Alegría, *La poesía chilena*, (México, FCE, 1954, p. 200). Una perspectiva moderna de la evolución política de Chile durante la vida de Bello se encuentra en *Las ideas políticas en Chile* de Ricardo Donoso, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.

5 Cf. Pedro Lira Urquieta, ob. cit., p. 129.

para emprender en una tierra poco cultivada y arrasada por la guerra las empresas que planeó en su patria y realizó en Londres.

No puede creerse que la nostalgia de la patria fuera tan poderosa como para hacerle olvidar los casi veinte años de Inglaterra. Al comparar Santiago con Caracas, y no con Londres, demostraba sentido común. Pero los años londinenses eran años de extranjero y años de pasaje; aquí, nuevamente en tierra de América, debía recuperar el hogar, debía culminar aquella obra iniciada en su juventud. Ante la pobreza del suelo y ante la magnitud de la empresa se siente débil y vacila y hasta se cree sin fuerzas. Es un momento fugaz, como se verá— de crisis y desaliento.

Otros textos confirman y detallan la primera impresión. Pero agregan matices salvadores. Así, el 20 de agosto dice Bello: "*El país hasta ahora me gusta, aunque lo encuentro algo inferior a su reputación, sobre todo en bellezas naturales...* (La crítica chilena ha puntualizado oportunamente que Bello nunca conoció el admirable Sur). *En recompensa, se disfruta, por ahora, de verdadera libertad; el país prospera; el pueblo, aunque inmoral, es dócil; la juventud de las primeras [familias] manifiesta mucho deseo de instruirse; las [mujeres] son agradables; el trato es fácil...* Se goza de hecho toda la tolerancia que puede apetecerse". En la misma carta se refiere a un tema que interesa más directamente a este trabajo: el estado del gusto literario en Chile. Fernández Madrid le había entregado algunos ejemplares de sus *Poesías* (impresas en Londres, 1828) con ánimo de que su amigo las distribuyese. Bello le escribe; "*Siento decir a usted que he traído demasiados ejemplares de su colección de poesías. La bella literatura tiene aquí pocos admiradores*". Y en otra carta (octubre 8) insiste en el mismo tema: "*No sé qué hacer, amigo mío, con los ejemplares que tengo de las poesías de usted. Si se proporciona remitir algunos al Perú, lo haré; aquí nada se lee*".

La crisis política habría de pasar. En la misma carta la comenta Bello en estos términos: "*La situación de Chile en este momento no es nada lisonjera: facciones llenas de animosidad; una Constitución vacilante; un gobierno débil; desorden en todos los ramos de administración. No sabemos cuánto durará este estado, que aquí se llama crisis, y que puede tal vez prolongarse años*". La carta sigue, pero ahí está la sustancia de su visión personal del momento. Bello decidió adoptar una actitud de reserva en materia política. No podía

dejar de cumplir sus funciones de empleado público y por sus mismas relaciones personales estaba ligado al grupo de los "*pelucones*". Pero se abstuvo de toda manifestación. A diferencia de otros recién llegados a Chile (como José Joaquín de Mora, de quien luego se hablará) Bello no trató nunca de pasar al primer plano político. Consideró que en este terreno su lugar natural era el consejo y la discreta recomendación de las medidas más oportunas. Otra cosa fue en materia de educación y de literatura.

Esta discreción no impidió que desde entonces se le echase en cara su ingerencia en la dirección del destino nacional, se le acusase de corromper a la juventud, se levantarán falsos cargos de maniobras intelectuales o se señalará la preminencia de Bello y sus familiares en el presupuesto nacional. Todo esto (envidia, nacionalismo) constituye el envés de la fama y la inevitable cuota que debe pagar todo individuo que se destaque en un medio nuevo, y más si es extranjero. Pero los ataques, a los que Bello contestó (cuando contestó) con toda mesura, no alteraron su actitud básica: no se dejó arrastrar, no modificó su prudencia. Sirvió a los "*pelucones*", es cierto, pero tratando siempre de orientar su política hacia las formas más mesuradas de la gestión democrática.

UN ARTICULO DE CRITICA

Entre las medidas que iba a tomar Bello para conseguir la difusión de las *Poesías* de su amigo Fernández Madrid figura la publicación de un artículo de crítica literaria en *El Mercurio Chileno*. Esta revista había sido fundada en Santiago por José Joaquín de Mora en abril de 1828 y duraría precisamente hasta julio de 1829. En carta a Fernández Madrid (agosto 20) se refiere Bello a la obra, al artículo y al periódico en estos términos: "*He dado noticias de ella a los periódicos y saldrá otra más completa en próximo número de "El Mercurio Chileno", papel excelente que se publica aquí bajo los auspicios del Gobierno y la dirección de Mora, y que con todas estas recomendaciones no tiene quizá sesenta suscriptores en todo el territorio de la República*".

El artículo (o noticia) prometido ha sido señalado a la atención de los estudiosos bellistas por un trabajo de Pedro Grases; él lo ha publicado y comentado en uno de sus libros; también ha explicado lo que parecería una contradicción imposible: el número en que

se inserta la noticia es de fecha julio 15, la carta de agosto 20. La verdad es que *El Mercurio Chileno* no era modelo de puntualidad y que la fecha de la portada no coincidía siempre con la que realmente le correspondía. Ese texto es sumamente importante para fijar la posición literaria del momento.⁷

Comienza el artículo con el anuncio de que se encuentran en Chile muchos ejemplares de la obra de Fernández Madrid y recomienda su lectura: "su pronto despacho nos lisonjearía como una prueba de los progresos del buen gusto literario". De inmediato, en lo que puede ser considerado como introducción, el artículo examina la importancia de la cultura literaria en una sociedad nueva, todavía virgen en sus impresiones y por lo tanto susceptible de desarrollar sus aptitudes. "Apenas son conocidos los modelos clásicos; apenas hemos empezado a saborear los goces poéticos, y éstos son, los que encadenando la fantasía, y ablandando los sentimientos, llegan a ejercer un gran influjo en las costumbres y en las ideas". Así continúa el doble enfoque (literario, social) de la cultura; el artículo se lamenta de la acción de la moda, del papel impreso en vano, de los desvíos de la escuela gongorina. De allí pasa a determinar en la poesía española las sucesivas promociones que abatieron esta escuela para ser abatidas a su vez por un grupo más nuevo: el de Jovellanos, Cienfuegos, Noroña, Meléndez y Quintana. Estos modernos han encontrado, según el artículo, otros más modernos aún. Después de sintetizar rápidamente los defectos principales de los escritores mencionados, afirma: "Los poetas del día huyen de estos defectos [afectación, superficialidad, blandura afeminada, tono demasiado amanerado y simétrico], y favorecidos por una época fecunda en grandes sucesos, y que necesariamente ha debido excitar los sentimientos más intensos y generosos, aspiran a ponerse a la altura del siglo, y consignar en sus versos los recuerdos de las vicisitudes de que hemos sido espectadores".

Se encuentra aquí una nota característica de la crítica romántica: el creador debe estar a la altura de su siglo. No otra cosa sostiene en su famoso ensayo sobre *Racine et Shakespeare* (1823) el novelista Stendhal. Y como complemento de este enfoque, el artículo rechaza la

hojarasca mitológica y pastoril de los poetas anteriores y asegura preferir la filosofía moderna, hasta en la "afición desmedida a impresiones fuertes y horrorosas", por ser "más dignas del hombre, que los coloquios almibarados, y las insipideces bucólicas". De inmediato traza un cuadro del efecto positivo de esa filosofía aludida en el párrafo anterior: "Esta misma filosofía ha dictado sus lecciones en rimas armoniosas, y uniéndose al patriotismo ha presentado cuadros grandiosos que satisfacen la razón, y halagan la fantasía. Ella ha enseñado a los hombres el secreto de sus pasiones, el enigma de las catástrofes históricas, el arte de adornar dignamente la verdad, y al mismo tiempo ha perfeccionado el instrumento de la poesía, dando al lenguaje elevación, majestad, exactitud, armonía, y haciéndolo susceptible de representar todas las imágenes, de expresar todos los afectos, de interpretar lo más sublime de la meditación, y lo más profundo del raciocinio".

Una actitud romántica se encuentra expresada en este párrafo: una actitud que si no rompe radicalmente con la neoclásica la relega a segundo plano y hasta le quita toda importancia al exaltar los valores de un arte moderno apasionado y grandioso, ilimitado, extremo.

El resto del artículo está dedicado a un examen detenido de las distintas composiciones que integran el volumen. Empieza por señalar la situación de privilegio en que se encuentran América y el poeta americano, que tienen ya señalada la ruta por la poesía española. Hay una clara referencia a la obra de los españoles emigrados: "La nación cuya lengua hablamos ha sufrido una crisis que ha dispersado en sueltos extranjeros sus ingenios más esclarecidos, y allí, sin las trabas del doble despotismo político y religioso que los aquejaba, han ampliado la esfera de sus trabajos y los han puesto al nivel de los hombres superiores de los pueblos más cultos". El artículo no olvida, es claro, la labor simultánea de las naciones americanas: *Las otras repúblicas americanas han entrado también en la arena intelectual, y han dado ya a luz producciones que llevan el sello de la perfección, a que dependen en la época actual todos los esfuerzos del genio y de la razón*". Después de este planteo —que hace entroncar la renovación literaria moderna (el romanticismo) con la nueva literatura de los emigrados españoles y de los americanos— se pasa al examen de la poesía de Fernández Madrid. Uno de los comentarios más importantes está destinado a exaltar lo que el artículo llama "el inagotable tema de los modernos poetas liberales, es decir el amor a la libertad, el odio

⁷ Cf. Pedro Grases: "La primera colaboración escrita de Bello en Chile", artículo de agosto 1947, recogido en el volumen de su autor: *Doce estudios sobre Andrés Bello*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1950, pp. 93/111.

al despotismo, la censura amarga de esa liga infausta de tiranía y fanatismo que oprime y humilla a la Europa". El artículo señala cómo el poeta colombiano se ha sumado al grupo que ilustran ya Byron, Moore, Béranger, Monti y Lavigne y comenta: "Puede asegurarse que jamás se ha presentado a la fantasía del poeta un campo más vasto ni más digno de esta mezcla feliz de entusiasmo y filosofía que caracteriza a la escuela creadora por los hombres eminentes que acabamos de nombrar". Luego apunta con evidente censura el caso de poetas como Virgilio y Horacio "que han llegado a la inmortalidad, pagando un deplorable tributo a los tiempos que vivían"; vale decir: adulando al César. A ellos opone la gloria "más pura" de Dante, y agrega: "no hay hombre de buenos sentimientos que no prefiera los aplausos de las naciones, a la admiración de una corte corrompida".

Una última parte destinada a comentar (después de una nueva alusión a "la oscuridad en que las circunstancias del día envuelven el buen gusto" en España) las traducciones que cierran el volumen: fragmentos de Delille y una tragedia titulada *Atala*, sobre la novela homónima de Chateaubriand. Con respecto a Delille afirma que "es tan puramente francés, y entre los poetas franceses, se distingue de tal modo por su amaneramiento, que no creemos posible la empresa de trasladar sus composiciones con buen éxito a otro idioma". Y continúa haciendo una valoración, entre elogio y censura parcial, del abate francés. Con respecto a la adaptación de *Atala*, castiga la inadecuación del tema para el tratamiento trágico. Con estas consideraciones concluye.

LA DUDOSA PATERNIDAD

El artículo, como era usual entonces, no está firmado ni siquiera con iniciales. La atribución a Bello ha sido sostenida por Pedro Grases después de un cuidadoso examen. A pesar de la importancia que tiene esta atribución para establecer el grado de contaminación romántica de Bello ya en 1829, y a pesar del respeto que merece la erudición del investigador español, no creo que pueda sostenerse la paternidad de Bello. El propio Grases señala una contradicción, menor pero significativa, que permite sospechar que no sea Bello el autor: en el artículo se censura toda traducción de Delille porque no se cree posible trasladarlo a otro idioma. Bello, es notorio, había traducido

a Delille varias veces; en el *Repertorio Americano* (1827) había publicado fragmentos extensos de su versión de *Les jardins* y de entre su papelería inédita extrajo Miguel Luis Amunátegui otros fragmentos de una traducción de *La lumière* (de *Les trois règnes de la Nature*). Precisamente a este poema pertenecían los fragmentos traducidos por Fernández Madrid. Que Bello no había abandonado su afición a Delille lo demuestran los manuscritos de esta traducción (revisados por la Comisión Editora de sus *Obras Completas* en Caracas) con correcciones que "podrían fecharse después de 1850".⁸ La ingeniosa explicación que ofrece Grases es que su propia experiencia había demostrado a Bello la imposibilidad de traducir a Delille. Pero el párrafo del artículo indica más que una confidencia o modestia de traductor: indica el convencimiento razonado de la imposibilidad misma de la empresa.

Para probar la paternidad de Bello se apoya Grases en la coincidencia entre algunos párrafos del artículo y párrafos de otros artículos auténticos de Bello. Algunos pasajes son muy generales, como la relación que invoca entre un fragmento del artículo y el *Discurso de inauguración de la Universidad*, 1843, o entre algunas afirmaciones del *Proyecto de Código Civil*, 1841, y el citado artículo. El pensamiento expresado en la primera cita sobre la influencia del estudio en la fantasía (caso de la segunda cita), la reflexión sobre la ventaja que tiene América en encontrar ya trazada su ruta por las naciones europeas, son demasiado comunes en la época como para que sea posible fundar ninguna atribución en ellos.

También compara Grases lo que se dice en este artículo sobre el Romanticismo con lo que dijo Bello, en 1848, al comentar los *Ensayos literarios y críticos* de Lista. Las coincidencias son reales pero podrían ser explicadas asimismo, por la visión general del tema. No hay en ellas ningún matiz original. Por otra parte, casi veinte años separan a ambos textos: precisamente los veinte años que le permiten a Bello madurar totalmente su enfoque del Romanticismo y llegar al enfoque que revela el artículo sobre Lista. (En el mismo párrafo invoca Grases otra coincidencia, con un artículo del *Repertorio Americano* titulado *Estudios sobre Virgilio*, pero éste no es original, sino traducción de M. de Pongerville; aunque el hecho de haberlo seleccionado y traducido Bello es indicio de su aprobación general).

⁸ *Obras Completas*, Caracas, I, p. 79 nota.

Otras consideraciones y cotejos hace Grases a propósito del artículo y sus relaciones con la obra anterior o posterior de Bello. Unas se refieren a las ideas liberales que expresa el artículo y la censura de Virgilio y Horacio por ser poetas cortesanos. En un texto de 1850 Bello censura a Virgilio en efecto, pero esa censura es casi un lugar común de la crítica. También señala Grases la coincidencia entre dos juicios: uno sobre *Atala* y su poca adecuación al tratamiento trágico (aludido en forma de coturno en el artículo) y una nota del *Repertorio* sobre otra tragedia de Fernández Madrid (*Guatimoc*) a la que Bello habría opuesto el mismo reparo (incluso habla del coturno). La coincidencia es indiscutible pero también parece sólo de detalle; era (y es) lugar común la referencia a la tragedia por medio de la imagen del coturno.

Creo que debe plantearse de otro modo el problema. Ante todo, la atribución a Bello no puede basarse en la carta a Fernández Madrid. Allí se anuncia la aparición de la noticia, pero no se indica quién es su autor; el texto dice apenas: "*saldrá otra más completa*", sin indicar la paternidad. No hay pues un testimonio directo. Sólo queda, pues, lo que el artículo pueda revelar. Una lectura atenta de su texto permite advertir que el autor se encontraba completamente de acuerdo con los principios básicos de la escuela romántica, que dentro de ella aplaudía el liberalismo poético, que censuraba a los poetas oficialistas, que no creía posible traducir a Delille. Es posible demostrar que Bello no compartía, en julio de 1829, todos estos puntos de vista. Ya se ha visto la contradicción en lo que se refiere a Delille (contradicción, insisto, apuntada lealmente y hasta discutida por el mismo Grases).

No podrá citarse un solo texto anterior o coetáneo de Bello en que se conceda a la escuela romántica todo lo que reconoce el autor del artículo. Ni siquiera en momentos de mayor acercamiento al Romanticismo llegó Bello a pronunciar palabras tan sin reservas; por el contrario se manifestó siempre prudente, dispuesto a reconocer los valores indudables del nuevo movimiento pero pronto a señalar (con toda firmeza) sus reparos. Tampoco parece creíble que Bello, que estaba ligado desde su llegada al partido de los "*pelucones*", escribiese y publicase en 1829 un artículo en que se afirma con tanto énfasis polémico el liberalismo, se ataca al fanatismo religioso y se censura tan acremente a los poetas cortesanos. La situación (poética y política) de Bello en 1829 hace dudosa la atribución.

En cambio parece posible atribuírselo al director de *El Mercurio Chileno*: José Joaquín de Mora. Este había sido convertido al romanticismo en Inglaterra, había traducido a Walter Scott y a Chateaubriand, había colaborado con el editor Eckermann en publicaciones de índole nítidamente romántica, había compuesto las *Meditaciones poéticas* como ilustración de imágenes de William Blake y sobre un texto semejante al de Blair. Mora era, además, un emigrado liberal español y el artículo contiene por lo menos dos referencias explícitas a la situación de España y a la tiranía (política, religiosa) que la oprimía entonces. Mora pertenecía en Chile al partido liberal, a los "*pipiolos*". Su situación (poética y política) era precisamente la que correspondía al autor del artículo. Las coincidencias de pensamiento entre el artículo y otros textos de Bello, que con tanta paciencia y erudición ha relevado Grases, son coincidencias entre el pensamiento de Mora y el de Bello.

Pero había entre ambos, y una polémica de 1830 lo demostraría de inmediato, graves diferencias. Mora era un apasionado, capaz de adherir violentamente a una causa y capaz también de abandonarla con la misma violencia. En España, hacia 1814, polemizó acremente con Böhl de Faber a propósito del Romanticismo; entonces era neoclásico. La estaba en Inglaterra, a partir de 1823, lo convirtió al Romanticismo. En América, primero en Buenos Aires y luego en Santiago, fue defensor de la nueva escuela. Pero años más tarde, al reintegrarse a España, habría de apartarse cada vez más del Romanticismo. No se encuentran en Bello estos vaivenes. Bello fue madurando lentamente hacia una concepción propia (que cabría llamar americana), del arte literario, nutrida hondamente de la dicción y la poesía clásicas y madurada al influjo del mejor Romanticismo, del más hondo: el inglés. Su arte supo aprovechar las excelencias de ambas doctrinas y realizar con ellas una armoniosa síntesis.

Lo que el artículo en cuestión revela, si se le examina al detalle, no es ese eclecticismo de Bello sino el partidismo y hasta la virulencia polémica de Mora. Hay aristas agresivas en su calificación de la poesía bucólica y en su rechazo de la hojarasca mitológica, en su censura de los poetas cortesanos, en sus reiteradas alusiones a la península. En textos anteriores y coetáneos de Mora puede encontrarse un ideario semejante, un ardor y una verba polémica que coinciden con el que informa este artículo. Así, por ejemplo, en la *Advertencia* con que precedió su traslado del *Ensayo sobre las preocupaciones* del

Barón de Holbach (Madrid, 1823), se manifiesta contrario a las "preocupaciones" sacerdotales, monárquicas y aristocráticas, y partidario de "hostilizar a tan poderosos enemigos"; allí excusa la supresión por la fuerza de esas "preocupaciones" (como las llama) y concluye: "El barón de Holbach trabajaba a la vista de un volcán. Su traductor ha presenciado la explosión, y trabaja a vista de los torrentes de lava que anuncian al mismo tiempo destrucción y fecundidad". Esa era, ya en 1823, su posición.⁹

En trabajos posteriores a su exilio en Inglaterra y publicados en Buenos Aires a la sombra de Rivadavia, emite Mora ideas y juicios que coinciden en espíritu con los del artículo examinado. Así, en una nota publicada en *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* (Nº 18, abril 19, 1827) defiende los *Catecismos* editados en Inglaterra por Ackermann, a los que él había contribuido con algunos textos. Los *Catecismos* habían sido atacados por un sacerdote y desde un sermón; Mora replica defendiendo la educación de la influencia del colonialismo. Allí dice: "Pasó aquella época, y todos los Gerundios del mundo no bastarán a comprimir el ímpetu que han tomado las luces bajo los benéficos auspicios de la libertad". Es notoria aquí la doble actitud antirreligiosa y liberal; ella se transparenta también, como se ha visto, en el artículo cuestionado.

Hay otros textos del mismo periódico, en que Mora censura, por ejemplo a los americanos por haber no sabido reformar también los derechos sociales y lamenta: "Se ha creído que con establecer la representación nacional, con afianzar la seguridad de las personas y de los bienes, con dar una latitud ilimitada a la libertad de la tribuna y de la imprenta, se había conseguido la reforma total del cuerpo político, sin echar de ver que, mientras la existencia pública se colocaba a tan eminente altura, la existencia privada se conservaba en la antigua dependencia". En otras palabras: la Colonia, con lo que ella implica para Mora de fanatismo religioso y de sujeción

9 Esta cita, como las restantes de Mora que se hacen en el curso de este capítulo (salvo indicación expresa en sentido contrario), pertenecen a *Don José Joaquín de Mora*, apuntes biográficos por Miguel Luis Amunátegui, Santiago de Chile, *Imprenta Nacional*, 1888, 351 pp. Esta biografía, publicada por Amunátegui seis años después de la *Vida de don Andrés Bello*, contiene mucho material aprovechable sobre el ilustre caraqueño, particularmente en lo que se refiere a sus relaciones con Mora,

social al clero, estaba viva en el cuerpo de las nuevas sociedades. El liberalismo no había pasado de la corteza política.

En el Nº 39 (junio 16, 1827) de la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* inserta Mora un artículo en que el ataque a la Iglesia es más desembozado. Allí asegura que ésta ha apoyado a todos los despotismos y ha terminado siempre por dominarlos en su provecho. La tesis de este artículo asoma también en el texto de la nota sobre las poesías de Fernández Madrid con sus alusiones al doble despotismo, político, y religioso, que aquejaba a España. Del mismo modo, en un texto del Nº 81 (agosto, 1827), destinado a comentar el *Discurso sobre los delitos y las penas* de Florencio Varela (inspirado evidentemente en Beccaria), señala Mora con placer: "el solo título del discurso de que vamos a hablar nos ha hecho bendecir la hora en que ha desmoronado el gótico edificio de las Universidades antiguas, y en que la algarabía de los Bártilos y de los Ulpianos ha hecho lugar al lenguaje de la razón y de la filosofía". La filosofía que aquí se menciona es la misma a que también alude el artículo en cuestión: la filosofía moderna o filosofía por antonomasia, que para muchos entonces se confunde con el Romanticismo.

Podría invocarse también, por la semejanza de enfoque, el artículo dedicado al *Arte de Hablar* de Hermosilla (*Crónica* Nº 62, julio 27, 1827). La censura se concentra sobre todo en los ejemplos que utiliza el dogmático crítico español; para Mora son del peor período de la prosa castellana. En su lugar propone otros: Cervantes (en el discurso de Don Quijote a los cabreros), las *Vidas* de Quintana, la traducción por Azara de la *Vida de Cicerón*, el *Buffon* de Clavijo, *El Español* y *El Mensajero* de Blanco White. Luego reflexiona: "Los escritores que acabamos de citar (...) son los que señalan la transición entre la pesadez, la difusión de nuestros afamados Granada, Pulgar, León y los de su siglo, y los neologismos insoportables de la escuela moderna. Ni uno ni otro género deben ser estimulados en la enseñanza de las bellas letras; y de ahora en adelante, ya que la lengua castellana está destinada a ser la de tantos pueblos libres, su perfección no ha de buscar normas en los siglos de fanatismo y de la superstición, no en un pueblo superficial y tímido, a quien el doble despotismo religioso y político ha cerrado las puertas del saber y los caminos del genio." La conclusión a que llega aquí Mora es muy semejante a la expuesta por el autor del artículo sobre Fernández Madrid.

También se encuentra en un texto, escrito por Mora y publicado en *El Mercurio Chileno* (Nº 10, enero 1º, 1829), alguna referencia a los emigrados españoles y su liberalismo que coincide con las ya relevadas en el artículo examinado. Así, por ejemplo, al comentar un artículo de la *Revista Enciclopédica de París* sobre las obras poéticas de Martínez de la Rosa se apunta: "*Las Musas han abandonado la triste Península española, en compañía del saber, de la libertad y de la virtud. La España, dominada por un tirano, embrutecida por la intolerancia y por el fanatismo, y devorada por facciones implacables, abuyenta de su seno todo el que no puede ponerse al nivel de la barbarie que domina en sus fértiles regiones. Sus hijos más ilustres vagan en el día en tierras extrañas, mendigando a veces una escasa subsistencia.*"

Con menor oportunidad anecdótica, pero con más general visión, escribe el autor del artículo sobre las poesías de Fernández Madrid; "*La nación cuya lengua hablamos ha sufrido una crisis que ha dispersado en suelos extranjeros sus ingenios más esclarecidos, y allí, sin las trabas del doble despotismo político y religioso que los aquejaba, han ampliado la esfera de sus trabajos y los han puesto al nivel de los hombres superiores de los pueblos más cultos.*" Estas palabras del *Mercurio Chileno* de julio 15, 1829, parecen resumir todos esos conceptos que desde la traducción española de Holbach (1823) hasta su instalación en Chile (1828) ha ido expresando Mora en incontables artículos y notas periodísticas.

Hay más: un análisis minucioso del estilo del artículo en cuestión revelaría que el ritmo de la frase no es el de Bello. Mora es más nervioso, más vivaz e incisivo, menos bien perfilado, menos respetuoso del encadenamiento lógico. Véase esta frase: "*En todos los tiempos las ideas liberales se han prestado admirablemente al colorido poético, y si ha habido Horacios y Virgilio que han llegado a la inmortalidad, pagando un deplorable tributo a los tiempos en que vivían, ha sido preciso una reunión extraordinaria de dotes distinguidísimas para preservarse del olvido en que comunmente se sumergen los que abrazan ese partido.*" Todo el segundo miembro de la frase (a partir del "y si ha habido") aparece colocado violentamente junto al primero en una oposición que es mera yuxtaposición de términos y no está sintácticamente desarrollada. El mismo segundo miembro es de redacción defectuosa ya que no indica a qué partido se refiere y sin embargo, lo llama "ese".

El autor del artículo llega incluso a utilizar palabras que Bello no habría usado nunca. Al referirse a las naciones americanas y a las producciones intelectuales de las mismas escribe: "*llevan el sello de la perfección, a que propenden en la época actual todos los esfuerzos del genio y de la razón.*" Pocos meses después de publicado este artículo se ensazarían Bello y Mora en una polémica literario-lingüística. Uno de los cargos que hace Bello a su rival es precisamente el uso de la palabra "genio" en el sentido francés; le apunta allí que en castellano existe la voz "ingenio". En el texto del artículo es el primer sentido el que prevalece.

En definitiva: creo que no puede aceptarse como indiscutible la atribución de este artículo a Bello; creo más probable que su autor sea Mora. Ello explicaría mejor su significado profundo, al tiempo que aclararía sus alusiones a España y a la política liberal, y hasta la misma referencia a Delille.¹⁰

JOSE JOAQUIN DE MORA

Mora había llegado a Santiago en febrero 10, 1828, después de una escala de un año en Buenos Aires, adonde había sido llevado por Rivadavia. De inmediato se asoció allí, como publicista, a la política de éste y cayó con él. Pero si esa escala en Buenos Aires no tuvo para el Río de la Plata la importancia que la posterior tuvo para Chile, sirve de todos modos para determinar el paso de uno de los promotores del Romanticismo en América por las mismas tierras que recibirían, cuatro años más tarde, el impacto de los primeros poemas de Echeverría. Sin duda que una de las primeras menciones de Byron en el Río de la Plata es la que pertenece a un artículo de Mora publicado en la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* en setiembre 6, 1827 (Nº 96). Al glosar, en el mejor espíritu humanista, los adelantos de la imprenta se deja decir: "*lo que un modesto perio-*

10 En su *Mora* y al referirse a la fundación del *Mercurio Chileno* escribe Amunátegui (p. 107) "*anunció con benevolencia la aparición de la versión hecha por don José Joaquín de Olmedo del "Ensayo sobre el Hombre" de Pope, y la segunda edición de las "Poesías" de don José Fernández Madrid.*" No hay ninguna vacilación en cuanto a la atribución del artículo a Mora, pero como el biógrafo no indica en qué se apoya, sus palabras sólo pueden citarse aquí como testimonio coincidente.

disto confía al papel en Edimburgo, se trasmite como chispa eléctrica a las orillas del Ganges y de la Plata, al pie de los Alpes y de los Andes. En la casi desconocida Nueva Holanda, en las islas solitarias del Océano Pacífico, entre los hielos de Laponia, se hallan admiradores de las inspiraciones de Byron, de los descubrimientos de Davy, y de las doctrinas de Stewart y Constant.” La frase no es memorable; lo es, sí, el hecho de que con esta inflamada retórica se incorpora Byron al Río de la Plata.

Mora venía de Londres. Esto explica la mención no sólo del gran poeta romántico sino de Davy y Stewart y del mismo modesto periodista de Edimburgo, el redactor de la *Edinburgh Review*. Mora ha de ser en la cuenca del Plata y en tierras andinas el primer portador de esos gérmenes románticos que lo contaminaron en sus años de exilio londinense. La crítica platense ha descuidado en general su obra y sólo parte de ella ha sido considerada por la chilena; por eso mismo, vale la pena examinar brevemente y como prólogo a su enfrentamiento con Bello, la carrera literaria de Mora hasta 1830.¹¹

En enero 1º de 1783 (poco más de un año después que Bello) nace José Joaquín de Mora en Cádiz. Su vocación literaria se manifiesta pronto: aprende de niño francés y “bastante bien” el inglés. Ya en 1805 ingresa a la Academia que se reunía en la sala principal de la morada del conde de Casa-Rojas. Alcalá Galiano, que lo evoca en sus *Memorias*, lo describe como de “vivo y agudo ingenio”. Llega a ser profesor de Lógica en la Universidad de Granada; uno de sus discípulos fue el poeta Martínez de la Rosa, al que continúa unido a pesar de las vicisitudes de su carrera. Participa en la batalla de Bailén en 1808 y es hecho prisionero de los franceses, que alentados

11 En la vasta *Historia de la Literatura Argentina* de Ricardo Rojas, que dedica dos volúmenes (*Los proscriptos*) a este período, hay escasa referencia a Mora. Dentro de la crítica chilena, Amunátegui lo estudia muy bien, sobre todo para su época, en la monografía citada; Fernando Alegria en *La poesía chilena* le dedica algunas páginas (190/99) en el capítulo sobre *Orígenes del romanticismo chileno*, pero incurre en algún error de información y no comprende cabalmente lo que significó para Mora (como para Bello) la estancia en Londres. El que lo advierte muy bien es Llorens Castillo en su citada investigación. Para la polémica con Böhl de Faber sobre el Romanticismo, puede verse asimismo el libro de Alison Peers, *Historia del movimiento romántico español*, tantas veces citado en estas notas.

por su cultura lo alientan a afrancesarse aún más. Rehusa y es enviado prisionero a Francia. Allí permanece seis años, allí casa con Francisca Delaunex (que habría de acompañarlo hasta su muerte), allí estudia. Es probable que ya entonces haya hecho alguna escapada hasta Inglaterra.

En 1814 regresa a España. Trae una esmerada educación neoclásica y el impulso de traducir algunas obras. Publica en Cádiz (con advertencia y notas) una versión de un panfleto de Chateaubriand: *De Buonaparte et des Bourbons*. Ingresa en la vida periodística como fundador y colaborador de varias publicaciones: *Crónica Literaria y Científica*, *El Constitucional*, *La Minerva Nacional*, *El Eco de Padilla*. Traduce a pedido del gran actor Isidoro Maiquez la tragedia *Nino II*, de Charles Brifaut, presidente de la Academia. Había sido interpretada por Talma, y Maiquez quería probar sus fuerzas. Lo que hizo, con éxito, en junio 18, 1818. También completa Mora a su regreso de Francia sus estudios de derecho y se recibe de abogado en Madrid.

La actividad literaria más importante de este primer período español de su carrera es la polémica con Juan Nicolás Böhl de Faber sobre el Romanticismo y las ideas de los hermanos Schlegel. Böhl de Faber nació en Hamburgo (1770) pero fue criado en España; en su actividad literaria era ayudado por su esposa, que había sido muy amiga de Mora. El origen de la disputa entre ambos fue la oposición polémica planteada por Böhl entre el arte de Calderón y el de la escuela neoclásica francesa. La posición de Mora era de ortodoxia neoclásica y lanzó su primer ataque contra las ideas de Augusto Guillermo Schlegel tal como las exponía (y defendía) su contrincante. La polémica agitó el ambiente intelectual español de 1814 y, entre 1818/19, tuvo una reedición con los mismos lidiadores, a los que se sumó Alcalá Galiano en la última etapa. Mora, que tenía grandes condiciones polémicas, no dejó de satirizar crudamente las opiniones de su adversario. Ejemplo de su postura (y no sólo literaria) la ofrecen estas líneas de un “catecismo” redactado por él en 1819:

P. ¿Qué es poesía moderna?

R. Es una contracción del sistema nervioso.

P. ¿Cuál es la mejor poesía?

R. La que está en prosa.

No son éstas indudablemente argumentaciones serias (y las hubo en la polémica) pero contribuyen a mostrar en qué clima se debatió entonces en España un tema que, mucho más tarde, habría de apasionar a todos. En los periódicos en que Mora colabora o cuyo director es, no se deja un momento de atacar al Romanticismo. Un crítico ha sintetizado su posición de entonces señalando que el Romanticismo "no puede por menos de ser detestable (...), desacredita las reglas eternas del gusto y sacude el yugo de los preceptos. Sus innovaciones son "vaporosidades Ossiánicas" o "vaporosas irregularidades", sus obras no son otra cosa que "irrupciones literarias de los vándalos modernos" que se sorben horrores, siendo sus héroes "asesinos, salteadores, brujas, magos, corsarios, diablos y hasta vampiros."¹² Coincidente con este resumen, el catecismo arriba citado se refiere en estos términos a los personajes de la poesía romántica:

P. ¿Cuáles son los protagonistas de los mejores poemas modernos?
R. Los bandoleros, los corsarios, los asesinos, los vampiros, etc.

Muchos años después de la polémica, hacia 1838, Alcalá Galiano reconoció haber apoyado al bando equivocado y agregaba: "a no ser que ahora yerre y entonces acertase". La verdad es que detrás de la lucha literaria había también una oposición de carácter político. Los defensores del Romanticismo eran asimismo partidarios de la monarquía en tanto que Mora y Alcalá Galiano eran liberales. La situación podía ser paradójica ya que quienes eran conservadores en arte no lo eran en literatura y viceversa, pero esa misma oposición política subterránea contribuyó a agriar y pervertir la polémica. El mismo Alcalá Galiano lo señala en sus *Memorias*: "Böhl y su señora eran acérrimos parciales de la monarquía al uso antiguo. El primero había dejado la religión protestante en que se había criado, por la católica: y siendo sincero en su conversión, era hasta devoto. La mujer afectaba la devoción como pasión." La elección de Böhl de Faber para un sillón académico en 1820 no es sólo signo de su victoria literaria (como cree Allison Peers) sino buena prueba de su ortodoxia religiosa.

12 Cf. E. Allison Peers, ob. cit., II, p. 50.

Esta explicación no modifica, sin embargo, el hecho de que en España tanto Mora como Alcalá Galiano hayan aparecido no sólo como "jansenistas" sino como campeones del arte neoclásico y enemigos del Romanticismo. La emigración a Inglaterra en 1823 habría de cambiar fundamentalmente en ambos esta actitud.

La actividad literaria que despliega Mora en Inglaterra en los escasos cuatro años en que allí reside es asombrosa. No de balde se le llamó *Luca fa presto*. Mora aparece como traductor, como editor de publicaciones literarias, como redactor de manuales pedagógicos en diversas disciplinas, como crítico literario, como poeta original. En cada una de estas actividades se destaca. Fue, sin duda alguna, el más fecundo de los emigrados españoles y aunque es cierto que tuvo el respaldo económico de un editor (el alemán Rudolph Ackermann) no fue ésta sola la causa de su enorme actividad. Mora era, esencialmente, un grafómano.

No corresponde reseñar aquí al detalle su actividad sino indicar su rumbo. Y ese rumbo es indudablemente romántico. Quien lo orienta hacia la nueva tendencia es Blanco White. Su intervención está perfectamente documentada. En 1824 Mora se hace cargo de la publicación de unos almanaques de Ackermann —como los que éste ya publica en inglés—; su título: *No me olvidés*. La popularidad de este tipo de anuarios (inspirados en los equivalentes alemanes) determina su continuación por algunos años. Al reseñar el primero de ellos en sus *Varietades*, Blanco White apunta la necesidad de modificar la orientación, predominantemente francesa (id est: neoclásica), por otra nueva. "La verdadera escuela de naturalidad (escribe Blanco) es la Inglaterra, y si el autor del "No me olvidés", con lo que tiene adelantado hacia ella, se emplea en el estudio de los buenos autores británicos tanto en verso como en prosa, talentos tiene, sin duda, para dejarse atrás a muchos de los más afamados españoles."

Mora aceptó de inmediato la sugestión de Blanco. Ya en el prólogo del *No me olvidés* de 1825 inserta estas palabras: "El editor ha seguido el consejo de este profundo humanista; ha procurado en sus composiciones serias impregnarse del gusto y del carácter dominante de la poesía inglesa, y si no se ha atrevido a grandes innovaciones, ni a sacudir de un todo el yugo de los modelos que su educación literaria lo ha acostumbrado a respetar, no es por falta de deseos ni de convencimiento, sino porque cree que semejantes re-

formas son infructuosas cuando no las sanciona una reputación justamente acreditada." La intención es evidente y aunque no siguió del todo la indicación de Blanco (como bien apunta Llorens) hizo lo posible por adaptarse a la nueva tendencia literaria. Hay aquí un cambio radical pero explicable. Inglaterra estaba tan impregnada de Romanticismo (desde las dos últimas décadas del siglo XVIII) que era imposible no sentirse penetrado por la influencia del ambiente —como ya se ha visto le ocurrió hasta a Bello—. Por otra parte, el Romanticismo inglés, y esto es de suma importancia, no obliga a Mora a abjurar de su ideario político; por el contrario resulta acorde con él. El inglés era sobre todo un Romanticismo de cuño liberal.

Mora endereza entonces su actividad a la magna tarea de adaptar la sensibilidad y la lengua española al nuevo arte. En 1825 traduce el *Ivanhoe* y *El Talismán* (cuyas reseñas, por Bello, ya fueron mencionadas); publica en 1826 las *Meditaciones poéticas*, ligeramente apoyadas en el prerromántico Blair y como ilustraciones en verso a los grabados de William Blake (también las comentó Bello, según se ha visto); incorpora a los *No me olvidés* de 1825/27 poesía original de inspiración y hasta dicción romántica; colabora en inglés en la *European Review* (de 1824) con un artículo de cuño romántico sobre la poesía española medieval; dos años más tarde publica en español un artículo sobre el mismo tema, aunque ampliado, en *El Correo Literario y Político*, por él dirigido. Estos son algunos de sus trabajos. Reseñarlos todos aquí es tarea imposible. Baste indicar que configuran una actividad múltiple (de creador, crítico y traductor) enderezada especialmente a poner al público hispanoamericano en contacto con las nuevas tendencias literarias que ya han producido en Inglaterra dos generaciones de poetas, críticos y narradores.

La labor de Mora es superficial, en el mejor sentido de la palabra. Agita los temas, los muestra, los impone a la atención del lector; rara vez desciende a la entraña. Su compañero de polémica y de emigración, Alcalá Galiano, ha dejado un juicio penetrante sobre esta faena. Está en *The Athenaeum* de 1834 y dice literalmente: "Notwithstanding his very extensive reading he is generally considered as a man of but shallow learning. Though the personal character of an author should not influence our judgement of his literary labours, yet, in this case, we may assert, with perfect truth, that it is to particular circumstances, having no reference to his

mental powers and acquirements, that Mora owes this harsh opinion. Natural levity, and the pressure of poverty, led him to write in great haste; and because he was somewhat trifling and superficial as a man, he has been esteemed a superficial writer; and the inference seemed just, because it is often well founded. But Mora sometimes writes superficially upon subjects which he understands thoroughly."¹³

La distinción de Alcalá Galiano es sutil y justa. Rara vez tuvo Mora tiempo para escribir y reescribir sus artículos o sus colaboraciones en prosa (y aún en verso); pero era hombre de clara inteligencia y lector voraz. Se empapaba de los temas y los enriquecía con intuiciones que no siempre podía desarrollar. Su contribución al movimiento de los emigrados españoles en Inglaterra es más breve, más intensa, más epidérmica, que la de un Blanco o la de un Alcalá Galiano (que madura después de 1829). Pero no es por ello menos importante.

Quien mejor ha estudiado este período de su carrera literaria, el investigador Llorens Castillo, concluye su análisis con estas palabras: "Siguiendo indicaciones ajenas o dejándose llevar de su inclinación, Mora pudo tender hacia la novedad romántica después de haberla combatido, mas sin liberarse nunca del todo de su herencia clasicista. Había en él una naturaleza cambiante, voluble y acomodaticia, capaz de desarraigo y adaptación, y un deseo innovador; pero carecía del espíritu angustiado y verdaderamente romántico de Blanco White. Lo que en éste responde a una íntima necesidad, en Mora, como en otros españoles de su tiempo, no pasa de ser las más veces ejercicio de literato, curiosidad superficial."¹⁴

Este era el hombre que en Santiago, 1829, iba a encontrar Bello. Con él reanudaría lazos de amistad literaria seguramente tendidos en Londres; con él se enfrentaría poco después en una polémica superficialmente literaria pero que disimulaba una lucha por la dirección de la cultura chilena.

LOS ANTECEDENTES DE UNA POLEMICA

Apenas llegado a Chile, se había asociado Mora al destino del partido liberal o "pipiolo". Redacta la Constitución de 1828 y su in-

13 Cf. Llorens, ob. cit., p. 282, nota 61.

14 Cf. Llorens, ob. cit., p. 206.

fluencia se proyecta en todos los órdenes de la actividad nacional. En una carta coetánea de don Domingo de Alcalá al libertador Sucre se dice de él: "es ahora el niño bonito de aquí, mimado por todos, y especialmente por el gobierno, cuyo Mentor es. A la verdad, creo que sabe más que todos los hombres de este país; al menos, cuando sus talentos no sean más distinguidos, tiene la ventaja de saber más". Entre sus labores figuró la fundación de un colegio para jóvenes, el *Liceo de Chile* (su señora había fundado un colegio de niñas). Pero su dedicación a la enseñanza asustó a los conservadores; lo creían un jacobino y decidieron fundar una institución rival: el *Colegio de Santiago*, a cuyo frente se instaló el presbítero don Juan Francisco Meneses, hombre ardiente, de gran influencia. Al ser éste nombrado ministro en uno de los intervalos más confusos de la política chilena, pasó a ocupar la dirección del *Colegio de Santiago* nadie menos que don Andrés Bello. De esta manera los dos antiguos emigrados de Londres aparecían frente a frente.

Detrás de estos acontecimientos hay algo más que la intervención del azar. Mora era ateo y de filiación liberal. La política de Chile se estaba orientando entonces hacia el conservadorismo. Portales actuaba como dueño de Chile y detrás de Portales, o junto a él, estaban los "pelucones". Era inevitable que la asociación de Bello con Egaña, ya en los tiempos de Londres, y su traslado a Chile bajo su protección, lo colocaran en el ámbito del partido conservador. Ya se ha visto que pronto fue amigo de Portales y hasta su compadre. Lo quisiera o no, Bello era la única figura que el partido conservador podía oponer a la enorme influencia de Mora, y debió aceptar un puesto que lo colocaba en la línea de combate.

Para él se trataba de algo más que una rivalidad de hombres; había también una rivalidad de carácter ideológico. A diferencia de Mora, Bello no creía en las bruscas transformaciones sino en la preparación gradual para el cambio. Asumía en todo problema una perspectiva de décadas y jamás la impaciencia le hizo malograr un trabajo o forzar una iniciativa. Supo, desde el primer momento, que la educación de las juventudes de Chile era una prueba de paciencia y graduó delicadamente las posibilidades del medio a sus proyectos de renovación. En este primer acto de su larga carrera chilena, aparece asociado a las fuerzas conservadoras y rutinarias. El mismo no lo era pero aceptó esa representación porque se sentía capaz de asumir

la responsabilidad de ser él (y no el veloz Mora) quien orientase perdurablemente a la juventud.

La polémica estalla poco después de la batalla de Lircay (abril 17, 1830) que sirve para marcar el comienzo del predominio absoluto de los "pelucones" y en que Portales se convierte en el hombre fuerte de Chile. Las hostilidades entre Mora y Portales eran muy anteriores, sin embargo. Para comprender la polémica de 1830 es necesario empezar por considerar cómo se entabló la lucha entre el gaditano y Portales. De otro modo, se corre el riesgo de atribuir a la subsiguiente polémica con Bello una importancia política que no tuvo. Puede aceptarse que en su hora lo haya hecho Mora (ardiendo todavía por las heridas del combate, la perspectiva ofuscada) pero que lo haga también la crítica actual, a una distancia de más de un siglo, es intolerable.

Con el apoyo del gobierno "pipiolo", Mora había fundado el *Liceo de Santiago*. Entre sus enemigos figuraba nada menos que el director del *Instituto Nacional*, que se consideró justamente agraviado por el favor que el gobierno dispensaba a Mora. (42 becas, que permitían subsistir a cualquier instituto, habían sido transferidas por el gobierno, del *Nacional* al *Liceo* de Mora; más tarde el gobierno creó allí otras veinte becas). Meneses era enemigo temible. Había sido realista y aunque esto lo desprestigiaba, no entorpecía su prédica en favor de una enseñanza rígidamente religiosa y *ancien régime*. Los conservadores lo apoyaban. Para oponer a Mora no tenían éstos en un primer momento sino a un francés llamado Pedro Chapuis, que llega a Valparaíso en diciembre 8, 1828, con intenciones de fundar un colegio. Para el efecto había formado en París una Sociedad de Profesores. Chapuis desembarca con dos mil volúmenes, una colección abundante de instrumentos de física y de química, muestras de dibujo, plantas y semillas desconocidas. Hasta tenía un corresponsal en Francia, Francisco Alejo Río, que había quedado encargado de conseguir, a medida que se fuera necesitando, libros y profesores, material de trabajo, etc., etc. El proyecto era excelente pero tenía una falla: Chapuis mismo, a quien Amunátegui llama en un rapto de elocuencia, un *condottiero* de la prensa. Era también un *condottiero* de la cultura.

Chapuis llegó a Valparaíso en *L'Adour* con su equipo de profesores y sus volúmenes y plantas, pero sin dinero. Se puso en contacto con

los conservadores y éstos se reunieron en junta (el 18 de diciembre) y decidieron usarlo en seguida contra Mora. Pero éste no dormía. De inmediato abrió fuego en un terrible artículo de su *Mercurio Chileno* (Nº 36, diciembre 27, 1828, a los diecinueve días del desembarco de Chapuis en Valparaíso). El título era *Jesuitas en campaña* y su tesis: que la llegada de Chapuis era una maniobra de los jesuitas apoyada por el rey Charles X y por los "estanqueros monopolistas", reaccionarios y beatos. ("Estanqueros" era otro nombre que los "pipiolos" daban a sus enemigos). Este artículo es el primero de una serie. Con él en realidad se inicia una lucha en la que Bello sólo intervendría parcialmente.

En el número 43 del *Mercurio chileno* (enero 21, 1829) escribe Mora otro artículo, *Jesuitas*, en que ataca a los futuros pedagogos por su desconocimiento de la lengua ("—¿Y en qué lengua enseñarán, si no saben el "a", "b", "c", de la que hablamos?, les dice con desprecio) y los ataca también por sus ideas reaccionarias. Con énfasis retórico y auténtica indignación se pregunta Mora (y contesta): "Si nos descuidamos, Locke, Condillac, Destutt de Tracy, Stewart tendrán sucesores entre nosotros? No por cierto." Esta es la cara pública de la polémica. Al menos en su primera etapa. Pero hay otra, la privada, que ocasionalmente asoma en la prensa y permite comprender mejor la intervención de Portales como instigador del movimiento contra Mora.

Al llegar Chapuis con sus profesores, casi todos impagos, se había producido entre ellos situaciones de violencia. Mora pretendió dividir para reinar: intentó atraerse algunos franceses para su propia casa de estudio (y con Portés lo consiguió). Pero al recibir el apoyo "pelucón", Chapuis consiguió retener junto a él a los otros. Portales respaldó a Chapuis en un primer momento, hasta que descubre la calaña del sujeto. Entonces lo abandona. Chapuis para defenderse publica en *El Verdadero Liberal* (Nº 76) una carta privada de Portales, fechada en Valparaíso, febrero 2, en que el poderoso político le aconseja moderación en su trato con los profesores pero se refiere con ligereza, a "esa canalla francesa". Esta infidencia obliga a Portales a salir a la prensa. Envía una carta a *El Crisol* de Valparaíso (Nº 1, julio 19) en que explica su intervención en el conflicto entre Chapuis y los profesores franceses. Más interesante que sus declaraciones sobre este tema (suficientemente envilecido ya por la chismografía) es todo lo que la carta trasparenta de hostilidad hacia Mora.

Las alusiones al gaditano que ella contiene permiten comprobar que para Portales éste era el enemigo. Rechaza con énfasis la imputación, hecha por Mora de ser "jefe de la aristocracia de Chile". En esa carta está, palpable, la hostilidad que habría de determinar, un año y medio más tarde, la expulsión de Mora del territorio chileno.

El escándalo promovido en torno de los profesores franceses obligó a los conservadores a desprenderse de Chapuis (que se pasó al bando liberal e incoherentemente empezó a defender a Mora); en lugar suyo y al frente de los profesores franceses nombraron a Meneses. Así quedó constituido el *Colegio de Santiago* que se inauguró en marzo 16 y habría de convertirse en el rival del *Liceo* de Mora. En esa fecha Bello todavía no había llegado a Chile aunque ya estaba en viaje. Y lo más curioso es que su llegada se anticipa en una nota de elogio que escribe uno de los mejores defensores de Mora.

En un artículo de Ventura Blanco Encalada, español vecindado en Chile, se había aplaudido a Mora como poeta y también por el efecto benéfico de su obra en Chile. Desde el anónimo, *Un chileno* lo había atacado en *La Gaceta de Chile* (Nº 13, enero 10, 1829). En su réplica (febrero 3) Blanco Encalada sostiene la tesis de que nunca sobrarán sabios en la nueva nación, y en apoyo de la misma escribe: "y tal vez no pase mucho sin que tengamos en Chile al ilustre autor del "Repertorio Americano", el señor Bello, también extranjero, pues que nació en Caracas o en Bogotá, pero hombre de extraordinario talento y de saber gigante." Estas palabras no sólo constituyen un generoso saludo al viajero que por esa fecha preparaba ya sus maletas; expresan también el saludo de la fracción liberal de entonces que veía en Bello un aliado. Las circunstancias quisieron que el aliado se convirtiese en enemigo.

Las hostilidades entre Meneses y Mora habían estallado antes de que Bello desembarcase en Valparaíso en junio 25, 1829. La crónica de la inauguración del *Colegio de Santiago* (publicada en la *Gaceta de Chile*, Nº 16, abril 23) se ingenia en destacar los méritos del nuevo establecimiento y en insertar alusiones desagradables contra Mora. Así escribe: "Los profesores de quienes hablamos, jamás se han insinuado a la autoridad para solicitar favores, a veces contrarios al espíritu de las instituciones; y por último en lugar de procurar acogerse exclusivamente a algunos hombres, han preferido hacerlo a esos sentimientos que los representa a todos, es decir, al país entero." Hay otros palos para Mora. Se alude a él, sin nombrarlo, como mo-

vido sólo por afán de lucro y se le opone a los profesores del Colegio que, "desechando toda idea baja de hacer un caudaloso tráfico de lo que hay más noble y más liberal en el mundo, que es la educación," demuestran otros ideales. También se escribe, a favor de ellos y contra Mora: "No seamos ingratos respecto de unos extranjeros que no vienen, cual ansiosos especuladores, a pedir nuestras fortunas."

La polémica continúa con ataques directos o indirectos de ambos bandos. En un texto publicado en *El Avisador de Valparaíso* (órgano de Portales) en julio 2, cuando apenas hacía unos días que estaba Bello en Chile, se enumeran chismosamente los pequeños vicios y defectos que según el corresponsal tiene el Liceo de Mora; se reiteran contra éste los cargos de ávido de dinero, adúlón, advenedizo y extranjero, que eran los habituales, y se escribe algo que tiene mayor importancia porque revela la causa profunda de la hostilidad que suscita Mora en Portales. El artículo establece como norma para los profesores-extranjeros: "que se mantengan neutrales y sin tomar parte en nuestras disensiones domésticas para que puedan así contraerse a desempeñar con éxito el arduo encargo que se les confía." Mora no había sabido hacer esto; había repetido en Santiago la experiencia funesta de Buenos Aires: había tomado partido, se había inmiscuído en la política chilena, había apoyado a unos y censurado a otros. Como en Buenos Aires, había elegido y elegido mal. Había atacado a Portales y éste estaba dispuesto a hacérselo pagar.

LA POLEMICA CON MORA

Pero Mora no iba a esperar de brazos cruzados el castigo. Sale al ataque en la *Oración inaugural* del curso de Oratoria, pronunciada en abril 20, 1830, tres días después de que la batalla de Lircay dio el poder a sus enemigos, los "pelucones". En su Liceo, Mora se había rodeado principalmente de españoles emigrados con los que había trabado relación en Londres: el médico José Passamán y el matemático Andrés Gorbea, en particular. Los profesores del Colegio eran, en cambio, y con la notoria excepción de Bello, franceses. Mora encara entonces su ataque por el lado del desconocimiento de la lengua española que tienen sus rivales. No era nada blando en su estilo polémico y algunas frases de la *Oración* así lo demuestran. Al referirse al estado de decadencia en que se encuentra la lengua española, llega a decir: "Considerada en su actual desalño y prostitución, despojada

de sus galas castizas, de su lozana desenvoltura, de su noble gaita; servil e imitadora de escritores extraños, y órgano venal de los libreros del Sena y del Garona. En esos impuros manantiales, bebe nuestra juventud los principios del saber; de este fango inmundo, debe lanzarse a la esfera de la vida pública; feliz cuando evita el yugo de algún pedante ultramarino que empieza a iniciarse en la lengua que va a servirle de intérprete el mismo día en que abre su almacén de enseñanza rutinera, y que semejante al sofista de que habla Cicerón, restituye los alumnos al hogar paterno doblemente más estúpidos, que cuando vinieron a sus manos."

El ataque estaba claramente enderezado contra los franceses del establecimiento rival; no había (ni podía haber) la menor alusión a Bello. Pero éste no tuvo más remedio que contribuir a la defensa de sus colegas. En *El Popular* y a partir del 13 de mayo empezaron a aparecer artículos sumamente virulentos contra Mora. Se creyó que eran obra de Bello y éste en carta al editor del periódico debió aclarar (julio 2) cuál era su participación: "En las discusiones "puramente literarias", he tenido parte, y "sólo en ellas". He dado apuntes, y muchos de éstos se han insertado a la letra; pero usted sabe mejor que nadie que la redacción de los artículos no es mía. No por eso me descargo de los errores que pueda haber en ellos; al contrario, declaro francamente que he concurrido en las opiniones expresadas sobre todos los puntos de la controversia literaria".¹⁵

La crítica moderna, y el mismo Amunátegui en su *Vida*, han insistido en el escaso o nulo valor de la polémica literaria. En efecto: la discusión se plantea en un mezquino terreno filológico o de menuda erudición, sin levantarse jamás a la doctrina misma. Se discute, por ejemplo, si debe usarse la palabra *genio* en castellano ya que el diccionario de la Academia propone *ingenio*, o si en lugar de concepción no corresponde decir *concepto*, si *dédalo* en lugar de *laberinto* es o no purísimo galicismo, o si la mención conjunta de Calidío y Cicerón como grandes oradores romanos no revela "la ignorancia de un hombre que se precia de literato." Las acusaciones mis-

¹⁵ En su *Mora* (p. 223) Amunátegui presenta a Bello como responsable del texto íntegro de los artículos. A diferencia de la *Vida de don Andrés Bello*, no cita allí la carta del caraqueño al editor del periódico. Como tampoco explica el biógrafo a qué se debe su cambio de opinión, habrá que considerar su afirmación como indocumentada. En O. C., Caracas, IX, pp. 299/335, se recogen los textos de Bello.

mas son triviales. En tres papeles sueltos que firma "Los Alumnos de oratoria del Liceo", el mismo Mora las contesta con audacia y sin prejuicios, zahiriendo a su vez a sus censores. Su principal argumento filológico puede encontrarse sintetizado en esta frase, que apunta inequívocamente a Bello y que en sí misma es injusta: "Literato que no tiene más criterio que el diccionario de la lengua es poca cosa."

Si el fondo de la polémica fue bastante trivial, algunos accidentes de la misma tuvieron su interés y merecen recordarse en este resumen. Como las censuras de Bello se enderezan principalmente contra Mora como escritor, éste (hábil polemista) finge ignorar quién era su contrincante y cita en su defensa algunas opiniones de peso. Así escribe: "El autor del artículo de "El Popular" se presenta bajo el velo del anónimo; todos designan, sin embargo, el único punto de donde puede salir tan torpe ataque. Comparemos la autoridad de esos hombres oscuros, que hasta ahora no han podido sostenerse, sino a la sombra del poder, con los ilustres testimonios que tiene en su favor el director del Liceo, y para citar, entre otros muchos, uno que debe hacer alguna fuerza a nuestros contrarios, limitémonos al "Repertorio Americano" publicado en Londres bajo la dirección del señor don Andrés Bello." A continuación transcribe el justo elogio de su rival. El recurso es hábil y, también divertido. Muestra que ni en los peores momentos perdía Mora su sentido de lo cómico; y da también, en cierto sentido, la medida de esta curiosa polémica.

El asunto estaba mal planteado. Mora era mucho más escritor de lo que sostenían sus adversarios y aunque éstos pudieran probar que cometía errores triviales de información o que incurría en galicismos eso no afectaba demasiado la calidad de su obra o de sus conocimientos. Tampoco acertaba Mora al reducir a Bello a la imagen de un dócil frecuentador de diccionarios. Esos son achaques polémicos. En una polémica rara vez se toca el tema profundo; rara vez se alcanza a desnudar lo que está verdaderamente en discusión. Los adversarios tratan de desprestigiarse mutuamente: pero desprestigiar reputaciones o influir, sentimentalmente, sobre el lector, no tiene nada que ver con el análisis profundo de la posición del adversario. Si Bello eligió el camino de la menuda crítica filológica era porque polémicamente parecía el más indicado para bajarle los humos a quien asumía en la *Oración inaugural* la postura de magister de la lengua. Ya que acusaba de extranjeros ignorantes a los

profesores del *Colegio de Santiago* ¿qué mejor ardid que mostrar que el acusador también empleaba galicismos, también incurría en lo que criticaba? Mora, por su parte, trata de contestar sacando la polémica del terreno en que la había planteado su propia *Oración*. Ya no ataca más a los galicistas; ataca a Bello y a su supuesto tradicionalismo o conservadorismo lingüístico. Por una de esas habituales volteretas polémicas, Mora ha cambiado fundamentalmente de posición. Ante el ataque que pone en evidencia el poco fundamento de su pretensión de erigirse en conservador de la lengua frente a los extranjerizantes, se traslada velozmente al terreno que atacaba y la emprende con los conservadores. Esto no ennoblece su posición ni testimonia su coherencia, pero es tan habitual como recurso dialéctico que casi ni vale la pena echarse en cara.¹⁶

La polémica misma no tuvo otro efecto que alborotar a los muchachos de ambos establecimientos, y hasta a los del *Instituto Nacional* que eran ajenos al asunto. En un papel los alumnos del Liceo se dirigen *Al público* y desafían a los alumnos de todos los establecimientos a un examen. En el texto se refieren con desprecio "al torpe calumniador que se ha atrevido a injurarlo [al Liceo] en un inmundo periódico". El papel está fechado en mayo 15, 1830. Entre los firmantes de este verdadero cartel de desafío se encuentran José Joaquín Vallejo, que más tarde habría de hacer famoso su seudónimo de *Jotabeche*, y su amigo Manuel Antonio Tocornal. Ambos llegarían a ser, pasado el sarampión polémico, discípulos o partidarios de Bello. Los alumnos del Colegio no respondieron al desafío. En cambio, recogieron el guante los del *Instituto*. Mora debió intervenir en una carta al rector de este establecimiento, don Blas Reyes, para evitar una inútil competencia. La carta está fechada en mayo 17, y se publicó en *El Mercurio* (No. 67, mayo 22). Mora reconoce allí: que el Liceo "va a expirar; pero en medio de sus agonías, tiene bastantes fuerzas para combatir con los charlatanes ridículos, que sólo el espíritu de partido podía haber sacado de

16 El juicio de Lastarria sobre esta polémica entre Bello y Mora es ampliamente desfavorable al primero. Véanse sus *Recuerdos del maestro*, publicados por primera vez en la *Suscripción de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andrés Bello* (Santiago. 1874) y recogidos en *Estudios Literarios*, segunda serie, volumen XI de la edición oficial de *Obras Completas* de don J. V. Lastarria, Santiago de Chile. 1913, pp. 83/87.

la oscuridad". Por su parte, los alumnos del *Instituto Nacional* hicieron circular otro papel, *Al Público*, en que explicaban el incidente y se declaraban satisfechos y hasta amigos de los del *Liceo*. Si bien los alumnos del *Colegio* callaron, no hizo lo mismo *El Popular*. En un artículo de mayo 29 (No. 10) denuncia lo que califica de "tramoya teatral" de Mora. Lo que ataca el artículo es el peligro de que el desafío se hubiera aceptado; de haberse llevado a cabo la competición, jóvenes chilenos habrían resultado enemigos inconciliables, contaminados por el odio de Mora contra sus enemigos. El artículo es violento y por su tono, por el énfasis retórico a que se eleva en algunos momentos, no parece obra de Bello. O tal vez haya que decir: no parece sólo obra de Bello. Puede sospecharse que alguien, quizá Portales mismo, puso la pasión que a Bello faltaba. Véase, por ejemplo, la vehemencia interrogativa de este párrafo: "*Las rivalidades que nacerían de semejante contienda, no podrían menos de ser odiosas; y esto es cabalmente, señor Mora, lo que la hace inmoral y escandalosa. Chilenos son los que se educan en el establecimiento de esos a quienes usted llama "charlatanes ridículos". ¿Piensa usted que una lucha semejante entre los discípulos de usted y los del Colegio de Santiago hubiera carecido de todo peligro? ¿Piensa usted que los contendientes se contendrían dentro de los límites de una moderada discusión literaria, y está usted seguro de que esa pasión de que se halla animado, ese odio que le ciega, no hubiera contagiado a unas almas juveniles que se dejan conducir tan fácilmente? ¿Quién le aseguraba a usted que algunos amables e interesantes alumnos llamados quizá a unirse y estimarse algún día no hubiesen hallado en esa contienda gérmenes funestos de enemistad? ¿Pensó usted en sus familias, calculó usted todas las consecuencias de ese paso? ¿Y ese desafío, interesante sin duda en la boca de unos jóvenes estudiantes, no hubiera sido verdaderamente risible de parte del señor Mora? ¿No es ese un rasgo de caballería quijotesca?"*

ADIOS A MORA

Esta agitación literaria, o seudoliteraria, sólo encubría una lucha política, más profunda y decisiva, y era en ésta donde habría de jugarse Mora el destino del *Liceo* y su propio destino chileno. La polémica literaria era sólo la espuma —turbia y escandalosa, pero

sólo espuma— de la otra. En la carta ya citada fragmentariamente de don Domingo de Alcalá a Sucre hay un pasaje profético. Dice así (en agosto 5, 1828, recuérdese): "*El señor Mora es indudablemente una persona útil dondequiera que esté; él escribe en los papeles públicos sobre materias generales con bastante juicio y liberalmente; pero si, por su desgracia, se ingiriera en los asuntos particulares y políticos de los partidos, será, como en Buenos Aires, víctima del primer movimiento popular. Supongo que habrá quedado escarmentado, y que se abstendrá de mojar su pluma en la bilis de los partidos"*.

Tales palabras escritas cuando sólo hacía unos seis meses que estaba Mora en Chile, resultaron premonitorias. Mora no sólo no se abstuvo, ni quedó escarmentado de la experiencia argentina, sino que dedicó sus mejores esfuerzos a la lucha política chilena. Ya se ha visto la enemistad de Portales en ocasión de la polémica sobre Chapuís. Antes de que estallase la polémica con Bello, Mora empezó a ser molestado prácticamente. No se le pagaba de acuerdo a lo estipulado con el presidente Pinto; en una carta a Manuel Salas (enero 4, 1830) le pide a éste que interceda y se queja de "*las amargas pesadumbres a que este destino me condena"*. Después de la batalla de Lircay, Portales, que ha sido designado Ministro de Estado, decide dar el golpe de gracia. En la *Oración inaugural* (abril 20) y junto a las alusiones literarias, deslizó Mora alusiones políticas que habrían de causar escozor en los oídos de Portales. Allí afirmaba: "*las páginas en que se consignase la historia de estas dolencias, nos retrazarían sucesivamente el rigorismo inquisitorial de la detestable casa de Hapsburg, el abuso indiscreto de las ideas religiosas, la humillación y abajamiento de los conocimientos útiles, y todos los excesos de ese despotismo sombrío y brutal que por tantos siglos se ha enseñoreado en la nación más inteligente y generosa del mundo antiguo"*. La alusión histórica no disimula el contenido liberal de su pensamiento y la aplicación que sus palabras tienen al momento por el que atraviesa Chile.

Por eso Portales suprime, con la venia del presidente don José Tomás Ovalle, las veinte becas que el gobierno había otorgado al *Liceo*; en el decreto (mayo 22) se dice que este instituto "*no ha correspondido a las esperanzas del Gobierno"*. Por otro decreto (junio 3) se devuelven las primeras cuarenta y dos becas al *Instituto Nacional*; la exposición de motivos era francamente condenatoria del

Liceo. Más condenatoria, y en otro sentido de la palabra, era la circunstancia de que sin el apoyo de estas becas el *Liceo* no podía subsistir. La medida era correcta desde el punto de vista legal, según ha señalado Lira, pero no era el respeto a la legalidad lo que la había determinado.¹⁷

Mora echó en cara a Bello haber excitado al gobierno en contra suya. Según Amunátegui fue al revés; fue Portales el que excitó a Bello en contra de Mora. Si se examina un poco la cronología de la polémica se advierte de inmediato que las medidas del gobierno eran en sí independientes del desarrollo de la misma. El artículo de *El Popular* en que se denuncia la "tramoya teatral" de Mora es de mayo 29; en esa fecha, ya hacía siete días que Portales había firmado el decreto retirando las primeras veinte becas del *Liceo*. Pero más elocuente que la confrontación de las fechas de la polémica con las de los decretos es la circunstancia de que la primera carta de Mora que se queja del descuido del Gobierno y solicita el apoyo de Salas es de enero 4, o sea anterior en más de cuatro meses al primer artículo polémico de Bello.

La controversia literaria fue la pantalla detrás de la que Portales libró su verdadera lucha con Mora. Este lo sabía perfectamente, a tal punto que en uno de los textos citados (mayo 22, cuando todavía no estaba resuelta la polémica) reconoce que el *Liceo* va a expirar. No bajo el peso de los ataques literarios sino por las medidas tomadas por Portales. Mora no se equivocaba en cuanto a localizar al enemigo. En sus conversaciones, en las reuniones sociales a que asistía, dejaba caer epigramas que se abrían camino de inmediato hasta el poderoso ministro. Así, llama a los "pelucones" "la raza más estúpida de cuantos pisan la superficie del globo", a Portales lo considera "el más pillo de los pillos" y a Chile entero lo calificará más tarde de "la Beocia americana". También compuso una letrilla satírica en que arremetía contra Portales y el dócil presidente Ovalle. Se titula *El uno y el otro* y comienza:

*El uno subió al poder
Por la intriga y la maldad;
Y al otro, sin saber cómo,
Lo sentaron donde está.
El uno cubiletea,*

17 Cf. Lira Urquieta, *ob. cit.*, p. 131.

*Y el otro firma no más;
El uno se llama Diego,
Y el otro José Tomás.*

Portales no era hombre paciente. Comprendió que era necesario hacer algo más que hundir económicamente a Mora, que desposeerlo de su *Liceo* o arruinar su reputación literaria. Privado de su instituto, Mora se había volcado al periodismo. Con Passamán colabora en *El Defensor de los Militares denominados Constitucionales* (julio 12, 1830); allí sostuvo que la causa triunfante en Lircay, la causa "pelucona" era en realidad la de los "antiguos realistas que habían sucumbido con la declaración de la independencia". Un artículo del *Defensor* (No. 12, setiembre 10) contra Portales suscita la cólera de éste y lo lleva a entablar juicio contra todo el número. En setiembre 21, Portales hace prender a Passamán y lo expulsa del país. Se amenaza al *Defensor* y es suspendido. Pero Mora no se rinde. Saca otro periódico, *El Trompeta*, en diciembre 11. En el número 7 (enero 20, 1831) publica un fragmento de *los placeres de la imaginación* de Akenside en que se encomia el tiranicidio. Esto era más de lo que Portales podía soportar. En febrero 13 manda prender a Mora y lo hace salir del país. En su último número (el 14, febrero 25) *El Trompeta* publica un largo artículo sobre la expulsión, que se atribuye a Ventura Blanco Encalada, e inserta la letrilla *El uno y el otro*, con gran regocijo popular.

Mora había perdido otra vez. Como en Buenos Aires, pero en circunstancias más dramáticas, debía abandonar todo y emprender, en Perú, una nueva carrera. Las palabras de Alcalá resultaron al cabo premonitorias.

EL EXTRANJERO

El papel que cupo a Bello en la liquidación de Mora fue visible pero no importante. No fueron sus ataques los que decidieron la cuestión, aunque es evidente que ellos prestaron a la maniobra política de Portales una apariencia literaria que de otro modo habría carecido por completo. Pero si no le cabe la responsabilidad de haber liquidado a Mora, le cabe otra responsabilidad no menos grave: la de haberse asociado con las fuerzas dominantes del país.

Había sido traído a Chile bajo la presidencia de Pinto, que era "pipiolo". y aparecía ahora vinculado al partido "pelucón". Su venida fue anticipada, con elogio, por unas palabras escritas por un miembro del grupo liberal. Pero al llegar, Bello se convierte en uno de los enemigos de Mora. Planteadas así las cosas, sólo cabe decir, como han hecho algunos historiadores de la literatura, de una traición. La verdad es otra. La verdad es que Bello llegó a Chile bajo la protección de Juan y Mariano de Egaña y que desde el primer momento su destino estuvo asociado al partido "pelucón". La verdad es que no pudo negarse a colaborar con quienes lo habían protegido ya desde Inglaterra.

Bello se instala en Chile con una clara conciencia de su condición de extranjero. Su natural reserva, su experiencia londinense de tantos años en la actividad diplomática, le habían enseñado a no sobrepasar jamás los límites, a cumplir su tarea sin buscar el brillo externo, la recompensa que acaba por molestar a los demás. Estaba dispuesto a trabajar por Chile pero no iba a solicitar púrpuras ni laureles. Por eso aceptó una posición subalterna, por eso jamás intervino visiblemente en los asuntos políticos, ocupando siempre un discretísimo segundo plano. En todo esto, como en muchas otras cosas, supo ser el reverso de Mora y por eso logró mantenerse en una tierra que, a pesar de darle afecto y hasta hijos, le fue íntimamente extranjera. Una carta escrita en julio de 1839 (cuando ya hacía diez años que estaba en Chile) documenta con sencillez este sentimiento: "...sé lo que cuesta el sacrificio de la patria (...) porque con el exagerado nacionalismo de los americanos, el que renuncia a la que le dio naturaleza puede hacerse cuenta de que no tendrá ninguna otra en América. Aquí me tiene usted ciudadano chileno por la ley, y padre de chilenos, y empleado hace más de diez años por el Gobierno, y... sin embargo de todo eso, tan extranjero como si hubiese acabado de saltar a tierra, en opinión de todos los chilenos..."¹⁸

Si Mora no supo poner en práctica las advertencias de Alcalá, Bello (que no las recibió) sí supo hacerlo. Esto explica la naturaleza tan profundamente distinta de sus destinos. Donde Mora agita y con-

mueve, Bello crea y construye sólidamente; donde Mora brilla, asombra y acaba por ser expulsado, Bello labora oscuramente y se radica. El destino chileno de Mora debió ser para Bello una elocuente advertencia. En esos afiebrados meses debió reconocer los riesgos, y también la ventura, que una política como la de Mora ofrecía. Observando a Mora, aprendió mucho. Cuánto aprendió se verá en los capítulos siguientes.

18 Se trata de una carta a don Felipe Pardo, peruano que pensaba venir a Chile. La cita fragmentariamente Lira, pp. 135/136.

CAPITULO V

UNA PREDICA INCESANTE: SANTIAGO (1831-1841)

EL PERIODO DESDEÑADO

LA DESAPARICION de José Joaquín de Mora del escenario político y cultural de Chile permitió a Bello orientar la cultura chilena definitivamente y de acuerdo con sus propias normas durante una década: 1831-1841. La torrencial aparición de Sarmiento en ese último año habría de modificar nuevamente la situación, embarcando a Bello en una polémica nueva (tan esencialmente desorientada como la de 1830) y obligándolo a reagrupar sus fuerzas y a remodelar su enseñanza. Pero ése es tema de otro capítulo. Ahora corresponde examinar su obra durante ese fecundísimo período de diez años que precede al ingreso de Sarmiento en la literatura.

Este período de la vida literaria de Bello es uno de los que ha sido menos estudiado por la crítica. Es opaco, sin el brillo de las polémicas de 1830 y de 1842, sin la abundante producción lírica que caracteriza la década siguiente a las polémicas del Romanticismo. Es un período en que Bello produce (aparentemente) poco y por lo tanto historiadores y críticos pasan generalmente por encima o se detienen, cuando se detienen, sólo en uno o dos de sus aspectos. Es, sin embargo, uno de los más importantes de su vida, porque corresponde a un momento de organización y de lenta lucha estratégica, un período fermental (para usar la expresión divulgada por Vaz Ferreira).

En esos años, Bello debe imponerse como conductor de la cultura chilena, debe centralizar todos los esfuerzos, debe crear muchas cosas de la nada o de las ruinas de otros proyectos (entre ellos, los de Mora). Pero debe hacerlo de manera que no se advierta casi su intervención, de manera que no se ofenda la susceptibilidad

nacional (era, a pesar de todo extranjero) o la susceptibilidad de los conservadores, resueltos a ver un jacobino en todo hombre que no fuera pacato, incluso la susceptibilidad de la iglesia que se oponía a la misma inocente afición de Bello por el teatro.

La lucha es sorda y muy delicada. Que Bello haya podido llevarla a buen término demuestra que el tímido erudito de la época londinense, que el frío y formal poeta de su etapa neoclásica, ya estaba empezando a revelarse como un hombre cabal, capaz de asumir la responsabilidad del gobierno, capaz de manejarse con sutileza y tino en una situación que otros menos hábiles (Mora es un buen ejemplo) habían hecho explotar entre sus manos. Porque lo que sorprende más en este período de su vida, no es sólo la enorme actividad, sino las condiciones en que debió cumplir esa actividad. Y, sobre todo sorprende más si se piensa que Bello, sin prisa pero firmemente, orienta a Chile hacia una posición que no sólo recoge lo mejor de la herencia turbulenta de Mora sino que la asienta firmemente sobre bases que el propio Mora habría sido incapaz de echar. Esta es la gran obra de Bello. Para medirla en toda su grandeza es imprescindible empezar a examinar sus verdaderos fundamentos: los diez años que preceden al polémico ingreso de una nueva generación en las letras chilenas.

FUNDACION DE "EL ARAUCANO"

El Colegio de Santiago sobrevivió muy poco al *Liceo* de Mora. El mismo año de su expulsión ocurre el cierre definitivo del establecimiento rival. Bello, que había llegado a ser rector, además de profesor de gramática castellana, literatura y legislación, debió procurar otra forma de difundir sus conocimientos y de contribuir al sostenimiento de su hogar. De entonces datan los cursos particulares que comienza a dictar en su propia casa. Amunátegui (que fue su discípulo a partir de 1847) ha comunicado importantes noticias sobre el método pedagógico de Bello. Aunque ellas se refieren a una fecha bastante posterior a 1831 puede suponerse que en lo fundamental sería semejante; que desde sus comienzos Bello acostumbra a incitar al alumno al examen minucioso de los textos, a la búsqueda personal de soluciones, al cuidado escrupuloso de la forma. Su educación clásica no había sido afectada por las nuevas tendencias asimiladas en Inglaterra; siempre había sabido equilibrar las viejas y las nuevas influencias, y como pedagogo jamás descuidó

la más prolija preparación. Así lo expresa en su estilo neutro un suelto de *El Araucano* (Nº 74, febrero 10, 1832) sobre los exámenes rendidos por sus discípulos de derecho natural y de gentes "Los alumnos se desempeñaron airosamente, y con aquella claridad y precisión que manifiestan la posesión de los principios al desarrollar los conocimientos que se adquieren en el estudio bien dirigido de las ciencias".¹ Los cursos comprendidos en la enseñanza privada de Bello incluían también Gramática castellana y Literatura; más tarde, hacia 1834, según testimonio Amunátegui, incorporó asimismo el Latín y el Derecho romano; desde 1840, conjetura la misma fuente biográfica, incluyó la enseñanza de la Filosofía. Entre sus alumnos se contaron, además de sus propios hijos Carlos y Francisco (curso de Derecho romano), Juan y Andrés (curso de filosofía), algunas personalidades notables en la historia intelectual chilena de las décadas siguientes. José Victorino Lastarria asistió a

1 Para la composición de este capítulo, y de gran parte de los siguientes, ha sido fundamental la consulta directa de la colección de *El Araucano* que se conserva en la Biblioteca Nacional de Santiago. Aunque Amunátegui transcribe en su *Vida* y en su edición de las *Obras Completas* de Bello gran parte del material aquí utilizado, también omite una parte muy considerable, y hasta a veces se equivoca en considerar inédito algún texto que Bello ya había publicado. (véase la nota 23.). Por todo esto, y más que en los capítulos anteriores, me ha parecido absolutamente necesario remitirse a la fuente bibliográfica primera. En el texto se indica con precisión el número y la fecha de cada artículo del periódico. En el caso de que el artículo haya sido recogido por Amunátegui, se indica también donde pueda encontrarse. Cuando no se indica nada, el lector debe suponerse que no ha sido tenido en cuenta hasta ahora. No hago mención de los demás biógrafos porque en lo que se refiere a la colaboración en *El Araucano* han descansado exclusivamente en la investigación de Amunátegui.

En *Vida* pp. 343/44, se refiere Amunátegui a los exámenes mencionados en el texto y transcribe la nota de *El Araucano*. En un estudio más reciente, Raúl Silva Castro ha discutido las fechas exactas en que, según Amunátegui, habría Bello dirigido *El Araucano*. Cf. *Don Andrés Bello, 1781/1865*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1965. Las rectificaciones de Silva Castro han sido, a su vez, discutidas por Federico Alvarez O. en su libro: *Labor Periodística de don Andrés Bello*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1962. Lo más probable es que Amunátegui tenga razón.

los cursos de Derecho romano; Francisco Bilbao a los de filosofía. Ellos y muchos otros que no corresponde indicar ahora sufrieron así directamente la influencia orientadora de Bello.

Pero su acción pedagógica no podía encerrarse en la esfera de la enseñanza privada que alcanza únicamente a algunos privilegiados. Pronto Bello aparecería al frente de una iniciativa de mayor y más duradera proyección cultural. En realidad, cuando aun no se habían apagado los ecos de la polémica con Mora, se funda en Santiago un periódico titulado *El Araucano*. El primer número es de setiembre 17, 1830. En sus comienzos era hebdomadario. ("Se publica todos los sábados por la tarde", advierte a sus lectores). Don Manuel José Gandarillas fue el primer director de la parte política, siendo reemplazado sucesivamente en esta tarea por otros escritores. Pero desde el primer número hasta agosto de 1853, cuando Bello se retira para redactar el Código Civil, el director de la sección extranjera y de la sección de letras y ciencias fue él.² Desde esta tribuna ejerció un magisterio que fue indudablemente más vasto y fecundo que el que pudo ejercer directamente como maestro. No se limitó a dar noticia de lo que ocurría en el mundo; consideró que su principal deber era informar de lo que se creaba en Chile y alentar hasta los menores esfuerzos de expresión nacional. Por medio de traducciones de artículos extranjeros o de colaboraciones originales fue orientando el gusto. Libró una delicada batalla en favor del teatro y poco a poco introdujo las nociones de la nueva escuela romántica en Chile.

Toda esta labor debe seguirse no en los volúmenes de sus *Obras Completas*, que recogen sólo sus trabajos originales, (y algunas veces no los recogen todos), sino en la misma colección de *El Araucano*. Allí puede verse la magnitud de la tarea emprendida por un hombre que dedica a ella un esfuerzo impar al mismo tiempo que cumple sus deberes como funcionario público a cargo de los más delicados asuntos nacionales y desarrolla una labor de pedagogo particular de proyección incalculable. Nunca pudo Bello entregarse en forma exclusiva a una sola faena. Por el contrario, debió dispersar su energía creadora y multiplicarse para atender tantas activi-

² Otros colaboradores de *El Araucano* fueron Juan Francisco Meneses, Ventura Marín, José Indelicado, J. Pérez, Ramón Rengifo, Felipe Pardo Aliaga, Salvador Sanfuentes Torres, Rafael Minvielle y Santiago Lindsay.

dades. Lo admirable es que a todas aportó intensa dedicación, conocimientos acendrados, una increíble capacidad de trabajo.

No es posible examinar aquí todos los artículos con que Bello contribuyó directa o indirectamente a *El Araucano* en los veintitrés años en que el periódico estuvo a su cargo. No es posible ni es necesario. Porque lo que importa ahora es determinar el rumbo de su actividad y la naturaleza de sus contribuciones. Los mejores, los más influyentes de esos trabajos merecerán comentario detenido. A través de ellos y teniendo como fondo a los demás se podrá demostrar que lejos de combatir el brote romántico que iba prendiendo cada vez más fuerte en América, Bello dedicó sus más finos esfuerzos a aclimatarlo sin violencia.

LA CENSURA DE LIBROS

Pueden agruparse en tres o cuatro núcleos los temas centrales que trata Bello en sus colaboraciones o traducciones de *El Araucano*. Uno de los que se advierte desde los primeros números es el que tiene que ver con la difusión y circulación del libro en Chile. En 1831 ninguna obra podía ser internada en el país sin permiso previo de censores designados por la autoridad eclesiástica; ellos ajustaban sus procedimientos a las indicaciones del índice expurgatorio. A través de su periódico, Bello va a combatir algunas interdicciones y sentar la norma de una actitud moderada que si bien no excluye por completo toda censura, por lo menos trata de que ésta sea ejercida en otro nivel que el religioso y por autoridades de otra competencia que la eclesiástica. Uno de los artículos más significativos es el que publica en el N° 84, de abril 21, 1832. Fue provocado por un comunicado del Correo Mercantil (abril 18) en que se denuncia que el revisador de libros, don Vicente Bustillos, había condenado tres ejemplares de la *Delfina*, de Madame de Staël, y el Vattel "por cuya obra [aclara] se enseña en el colegio del Instituto Nacional el derecho de gentes". En su artículo Bello señala que este hecho le anima a "presentar algunas consideraciones que nos parecen dignas de la atención del público y del gobierno".

Sus palabras encierran una parte que podría llamarse de doctrina y otra que se refiere especialmente a las obras condenadas. Bello indica, con habilidad, que la prohibición de muchos libros por la iglesia tiene fundamento político: porque estos libros han difundido

ideas contrarias al régimen monárquico de gobierno o han abogado por los derechos del pueblo; como ambas cosas están sostenidas por la Constitución chilena, parece absurdo que tales libros puedan ser prohibidos en Chile. Otros han sido condenados porque defendían las regalías de los soberanos contra las usurpaciones de la curia romana; esas mismas usurpaciones no pueden ser sostenidas por los buenos católicos (y no lo son, argumenta el artículo); por lo tanto, tampoco corresponde mantener la prohibición de tales obras. El artículo reconoce explícitamente la necesidad de una censura, pero de otro orden: la que condene libros heréticos, o inmorales, o impíos. Desde su punto de vista, la censura no es un mal en sí misma sino que puede serlo o no según los fundamentos que tenga. Bello escribe como conservador y como buen católico. Pero escribe con firmeza. De ahí que concluya su artículo con estas palabras penetrantes: "*Bórrase en hora buena todo lo que se juzgue herético, o peligroso; proscribese con severidad lo inmoral y lo impío; pero no se confunda el interés de la religión con el de los tronos despoticos, que tanto daño le han hecho, abusando de ella para cegar y esclavizar a los pueblos*".

En lo que se refiere a las obras censuradas, interesa particularmente lo que dice de la *Delfina*, de Mme. de Staël, ya que su defensa del Vattel era obvia, desde el momento que hasta lo utilizaba en sus clases. Como se ha visto en el capítulo II, ya en la *Biblioteca Americana* (1823) es posible encontrar referencias elogiosas, y hasta elogiosísimas, sobre la ilustre publicista francesa. Es cierto que no son de mano de Bello sino de sus colaboradores pero cabe suponer que él también las compartía. Véase lo que escribe ahora: "*No alcanzamos qué razón haya para la prohibición de la "Delfina", novela de Madame de Staël, cuyas obras se distinguen todas por la pureza de los sentimientos morales. Si esta novela se prohíbe, no se deben tratar con más benignidad las de Richardson, Walter Scott, y otros muchos. Es regular que el examinador se proponga cerrar la entrada a todas las producciones de este género de literatura*" Aquí Bello no sólo defiende y elogia a Mme. de Staël; también extiende su mirada sobre el género narrativo que su obra representa y que puede verse amenazado por la actitud del censor. De ahí las menciones a dos maestros ingleses, de ahí que continúe su artículo con referencias a similares prohibiciones que podrían afectar a obras como *El diablo cojuelo* o el *Gil Blas* o el *Don Quijote*. Es la litera-

tura narrativa entera la que ve amenazada Bello y en defensa de toda ella, y no sólo de la *Delfina* de Mme. de Staël, escribe ese párrafo.³

Sobre la censura de los libros, que motiva esta primera adhesión chilena a uno de los autores más característicos del Romanticismo, hay otros artículos en *El Araucano*. No todos son, evidentemente, de Bello y los hay incluso que son publicados como colaboraciones ajenas; por ejemplo, en noviembre 23, 1832, se inserta uno firmado por "un amigo de los editores". Entre 1832 y 1834 se debate ardientemente el punto. No fue posible obtener la abolición de la censura, pero con su prédica Bello obtuvo al menos una cosa: que una censura civil, compuesta por miembros designados por el gobierno, sustituyera a la eclesiástica, que al criterio inquisitorial y anticuado de esa censura se suplantara uno más moderno y flexible. En efecto, con fecha diciembre 6, 1832, se dicta un decreto que establece una comisión de tres (Mariano Egaña, Andrés Bello, Ventura Marín) "*para que, asociados a los que, por disposiciones anteriores vigentes, tenía comisionados el reverendo obispo gobernador de la diócesis, o de nuevo eligiere, reconozcan y examinen todos los libros que vengan a las aduanas, antes de ser despachados, y entregados a sus dueños*". Esta fue la primera etapa. Según declara Amunátegui, la autoridad eclesiástica no intervino con los delegados que el gobierno le reconocía y la censura pudo así ejercerse "*sin recurrir al índice de la inquisición*".

En un artículo de mayo 10, 1833, hizo Bello un balance del nuevo sistema de censura. Empieza por aplaudir lo que significa para la mejor circulación de considerable número de obras que eran eliminadas mecánicamente por los censores eclesiásticos y señala que antes la censura se ejercía a ciegas "*con absoluta sujeción a un expurgatorio, en cuya formación, tuvo a lo menos tanta parte el espíritu suspicaz de los gobiernos enemigos de la libertad como el celo por la religión y las buenas costumbres*". Luego de apuntar que escapaban a la censura libros verdaderamente ateos o inmorales, por el único motivo de no haber sido incorporados a las listas de proscripción, señala el principal defecto de la nueva comisión de censura, la lentitud con que procede. Como debe examinar cada nuevo título o reconsiderar las viejas obras "*cuya prohibición anterior*

3 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 394/96.

hubiese sido infundada:”, la comisión (compuesta además por personas sumamente ocupadas) no puede despacharse con prontitud y esto redundará en mayores trabas para la circulación de los libros.

El artículo no trata de justificar a la comisión; en realidad, su propósito, evidente sólo en el último párrafo, es mucho más audaz. ¿Cuál es la conclusión a que quiere Bello que lleguen su lector y los poderes públicos? La ineficacia de la censura misma. Véase como lo dice: “*Estamos convencidos de la insuficiencia de todo sistema de censura. Pocos ignoran, que bajo el régimen español, tan celoso y suspicaz en este punto, circulaban clandestinamente en América, como en España, las obras de todos los corifeos de la incredulidad, y las producciones más exaltadas de los publicistas liberales y republicanos, perseguidas aun más despiadadamente que aquellas. Voltaire, Helvecio, Montesquieu, no aguardaron el grito de la independencia para salvar la triple valla de nuestros resguardos y aduanas. Sus escritos eran entonces más buscados y leídos que ahora, a pesar de las delaciones, las visitas domiciliarias y todos los terrores de la policía inquisitorial. ¿Qué se conseguirá, pues, con las providencias que se tomasen al presente para someter la internación de libros a restricciones más eficaces? Lamentamos el mal que no puede menos de producir la lectura de tantos escritos en que se hace descaradamente la guerra a la religión y a los principios conservadores de las sociedades humanas; pero este mal existe, ha existido siempre, y las medidas de precaución que se han puesto en práctica no han hecho más que agravarlo, produciendo al mismo tiempo otros inconvenientes gravísimos*”.

Lo que se propone aquí es, nada más y nada menos, que la abolición de la censura por su ineficacia y hasta superfluidad. El pensamiento, suficientemente subversivo si se piensa que lo enuncia un censor oficial en una publicación oficial, aparece nuevamente explicitado en un artículo de octubre 3, 1834. Allí se muestra que la censura sólo afecta al comerciante honesto, que somete sus libros, a la comisión, y no al contrabandista que se beneficia doblemente de la impunidad y del recurso de vender más caras las obras; de este modo no se elimina la circulación de obras ateas o inmorales; se la hace más provechosa. La conclusión del artículo asegura: “*Así, lo que pierden el comercio legítimo y la ilustración, no lo ganan*

la religión, ni las costumbres, y aun puede decirse que cede en daño de la primera, haciéndola gratuitamente odiosa, y de las segundas, proponiendo alicientes a un lucro ilícito, que la inquisición misma no pudo precaver en los días de su omnipotencia y de sus terrores”.

La argumentación es impecable y demuestra, además, la posición liberal de Bello. Pero no fue escuchada. Sólo en 1878, por decreto de julio 31, se suprimen las juntas de censuras y la censura misma. Ya hacía más de doce años que había muerto Bello. Si su prédica pudo sustraer la censura de libros a la mecánica fiscalización eclesiástica, no pudo, en cambio, abolir completamente el sistema.

Por otros medios trató Bello de aumentar y mejorar la circulación de libros en Chile. Un examen de la colección de *El Araucano* permite advertir que en la selección de obras que anuncian los libreros de Santiago ha intervenido seguramente su consejo, directo o indirecto. Con sus clases particulares había creado un núcleo de lectores especializados a los que se dirigían sin duda los libreros. Así, por ejemplo, en agosto 3, 1834, Joaquín Iglesias de la calle Huérfanos, anuncia entre sus obras de estudio:

Hermosilla: *Arte de hablar en prosa y verso*

Burke: *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello.*

Blair: *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*

Sicilia: *Lecciones elementales de ortología y prosodia*

Salvá: *Gramática castellana.*

¿Quién sino Bello podía haber recomendado estas obras? Con ellas se renueva en Chile la enseñanza de la literatura. Ellas representan una retórica que apunta hacia las nuevas tendencias literarias, aunque sin romper definitivamente todavía con las antiguas. Los textos de Burke y de Blair pertenecen a ese período de la literatura inglesa en que se prepara el Romanticismo. *A Philosophical Enquiry into the Origin of our Ideas of the Sublime and Beautiful* (1756) ha sido considerado por el crítico inglés H.J.C. Grierson como el germen del *Laocoon* de Lessing, particularmente en el párrafo en que

4 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 398/99

5 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 399/400.

Burke se refiere a que el asunto de la poesía y de la retórica es “*to affect rather by sympathy than imitation; to display rather the effect of things themselves on the minds of the speaker, or of others, than to present a clear idea of the things*”.⁶ Otros elementos de la investigación de Burke, como el análisis del placer que provocan los espectáculos terribles y dolorosos (una tragedia en escena, una ejecución en público) o la discusión de las cualidades estéticas y emocionales de las palabras que, según él, dependen menos de las imágenes que evocan que de propiedades asociativas o sonoras, permiten advertir su posición intermedia entre la retórica tradicional (doctrina de la imitación, análisis racional de la obra de arte) y la nueva retórica de la expresión que se iba formando con el Romanticismo. Del mismo modo, las *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (1783) del profesor de la Universidad de Edinburgh constituyen un adelanto sobre la doctrina clásica porque reconocen explícitamente (según ha indicado J. W. Adamson) la naturaleza fundamental de la emoción y su papel importantísimo en la producción y goce de la obra de arte⁷. No están indudablemente en el mismo nivel las otras obras que recomienda el anuncio. Tanto Hermsilla como Sicilia representan una postura academizante, y bastantes reproches deberá escuchar Bello en ocasión de las polémicas de 1842 por emplearlos como textos de clase. Pero la verdad es que no existían entonces en castellano obras mejores. Al utilizarlas, Bello no dejaría sin duda de contrastar su enseñanza con la que proporcionaban los textos ingleses y su propia experiencia literaria y crítica. Que no era un devoto de Hermsilla lo probará elocuentemente su análisis de la obra póstuma de éste, *Juicio sobre los principales poetas castellanos* (1840). En los mismos avisos de librería se encuentran también obras de literatura y de poesía. Uno de ellos indica, por ejemplo, la existencia de los siguientes títulos:

6 Cf. *Edmund Burke* por H. J. C. Grierson, en *The Cambridge History of English Literature*, vol. XI: *The period of the French Revolution*, p. 3, Cambridge, University Press, 1953 (es una reimpresión; la 1ª edición es de 1914).

7 Cf. *Education* por J. W. Adamson, in *The Cambridge History of English Literature*, Vol. XIV: *The Nineteenth Century*, III, pp. 398/99 (ed. cit.).

Meléndez Valdés: *Poesías*, con la vida de M. V. por Quintana.

Moratín (padre e hijo): *Poesías escogidas*.

Lista: *Sus poesías*.

Quintana: *Poesías*.

Martínez de la Rosa: *Poética*.

Saavedra: *El moro expósito* (con esta advertencia: “*obra recién salida a la luz y que ha merecido un general aplauso*”).

Otro aviso (enero 2, 1835) recomienda:

Chateaubriand: *Genio del Cristianismo*, o *Bellezas de la religión cristiana*.

Martínez de la Rosa: *Obras literarias*, París, Didot, 1827 y 1830, en cinco volúmenes en octavo (aclara: “*Obra escasa en Europa*”).

Moratín (hijo): *Obras dadas a luz por la Real Academia de la Historia*, Madrid 1830 y 1831, seis volúmenes en cuarto. (Se aclara que “*los volúmenes primeros contienen*” *Los orígenes del teatro español*).

Quintana: *Vidas de españoles célebres* (tomo tercero únicamente)

El mismo aviso anuncia la reposición de Chateaubriand: *Viaje a la Tierra Santa*.

Lista: *Poesías*.

Martínez de la Rosa: *Poética*.

En estos avisos, y con la notoria excepción de Chateaubriand, predomina el Parnaso Español, desde el neoclásico y prerromántico Meléndez Valdés (que ambas calificaciones merece) hasta el duque de Rivas, notorio adelantado del primer Romanticismo español. La selección es equilibrada y apunta, inequívocamente, el gusto de Bello como lo demostrará el examen de sus artículos coetáneos. Pero hay en otros avisos otros autores. En uno, publicado en noviembre 14, 1834, por cuenta de la tienda de don Fermín Barril, calle de Ahumada, se incluyen obras editadas por Rudolph Ackermann en Londres. Entre ellas, sin indicación de autor,

Cuentos de duendes.

Canto a Bolívar.

Clara Harlowe.

La circunstancia de ser editadas por Ackermann, con el que tuvo Bello buenas relaciones durante su estancia londinense y de cuyas publicaciones hizo frecuente reseña en sus dos revistas inglesas permite suponer que él mismo se ha encargado de recomendar su distribución en Chile. Los *Cuentos de duendes* habían sido traducidos y adaptados del inglés por el emigrado español José de Urcullu; de ellos hay una reseña en el *Repertorio Americano* que Llorens atribuye a Salvá (aunque sin exponer razones) y que Amunátegui había transcrito como perteneciente a Bello.⁸ *El Canto a Bolívar* es sin duda, el de Olmedo, también favorablemente reseñado por Bello en el *Repertorio*. En cuanto a *Clara Harlowe* es una de las dos famosas novelas epistolares y lacrimógenas de Samuel Richardson que tanto conmovieron a Europa y a las que alude Bello en el primer artículo sobre la censura, junto a la *Delfina* de Mme. Staël. Posteriores avisos aumentan el número de obras de orientación romántica o prerromántica que empezaban a circular en Chile por esos años. En uno de febrero 2, 1838, inserto por cuenta de don Pedro Rochouze, calle de la Compañía (la misma en que vivía Bello), se incluyen *Obras escogidas* de Eduardo Young, uno de los poetas más influyentes del prerromanticismo inglés. Y entre otros libros que ofrece don Fermín Barril en febrero 21, 1840, se incluye *De la literatura* de Mme. Staël.

No puede dudarse de que esta difusión de obras literarias de la escuela moderna (como se la llamaba entonces) tiene a Bello como principal animador. Los títulos son suficiente índice de sus preferencias. Ellos solos no bastarían, sin embargo, para determinar su influencia; pero como, simultáneamente, se encuentran referencias a los mismos autores en sus artículos críticos no puede haber la menor duda sobre su responsabilidad en la tarea de elegirlos y recomendarlos. Hay, además, otros indicios. En un artículo de febrero 8, 1839, Bello hace un balance de la obra cumplida en casi una década de orientación literaria apoyándose en el incremento, "*mejor diremos el vuelo rápido*", que ha tomado el comercio de libros. El texto no contiene sólo aplausos. Hay también discretas censuras motivadas por la falta de gusto que traducen algunos libros o por la abundancia de obras religiosas de escaso contenido crítico. Al censurar a estas últimas no habla Bello como mal cristiano; por el contrario, lo que

le duele es la superficialidad, la vulgaridad misma que revelan, sobre todo al compararlas con las obras que manejan los católicos ingleses. La crítica es general y no menciona ningún título pero el artículo constituye un balance adecuado, y no demasiado optimista, de la situación bibliográfica chilena durante una década. Una situación que Bello se empeñó en mejorar con todas sus fuerzas⁹.

En su tarea de censor no le faltaron sinsabores. Se llegó a decir en el *Valdiviano Federal* que por estar él redactando un libro sobre el *Derecho de gentes* se había prohibido la importación de la obra de Vattel (o Batel, como escribían). Bello contestó en un editorial muy sobrio de *El Araucano*, septiembre 4, 1835. Allí reconoce ser autor del artículo sobre la censura de libros (abril 21, 1832) en que se critica precisamente la incongruencia de prohibir la entrada de la obra de Vattel; agrega que como censor ha autorizado repetidamente la introducción del libro. La nota concluye con un toque irónico: "*Estos son los únicos medios de que se ha valido don Andrés Bello para llevar a efecto la prohibición del ilustre Vattel, y a ellos se debe sin duda su desaparecimiento, que es tal, que se le encuentra en los estantes de casi todos los hombres instruidos de Santiago y se avisa a menudo su venta en el "Mercurio" de Valparaíso*".

Contra estos y otros enemigos debió desarrollar su paciente, segura, empresa de liberar de trabas coloniales a la educación en Chile.

LA DEFENSA DEL TEATRO

El otro campo donde libró su batalla por la modernización de la cultura chilena fue el teatro. En esta labor había sido precedido por Mora que escribió en su periódico sobre teatro, impulsando y orientando el gusto del público, y que también había adaptado algunas comedias francesas a la escena incipiente de Santiago. Pero como toda la carrera chilena de Mora, su acción fue fugaz. Más perdurable es la de Bello, al que cabe considerar como el verdadero fundador de la crítica teatral y uno de los hombres que más impulso dio al arte dramático en Chile. Su afición tenía raíces lejanas. Ya en Caracas y hacia 1804, había escrito un poema dramático, *Venezuela consolada*, que aunque carece de todo valor como expresión de ese

8 Llorens, *ob. cit.*, p. 332, nota 7.

9 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 401/04.

arte, documenta su predilección temprana¹⁰. También la documenta, y más precozmente aún, el gusto por las obras de Calderón de la Barca que lo inducía a gastar sus ahorros de escolar. Ya se ha visto que en Londres dedicó algunos párrafos a la exaltación y defensa del teatro español de la Edad de Oro, tan desprestigiado entonces por los críticos de habla hispánica. Entre sus manuscritos del período londinense se encuentra además una adaptación inconclusa de *The Rivals*, comedia de Sheridan, que intentó aclimatar a nuestra lengua¹¹.

Pero sólo en Chile encontrará Bello ocasión de manifestar ampliamente su vocación teatral. El estado del teatro en 1831 era deplorable. Las escasas compañías que conseguían sobrevivir a la indiferencia del público, o lo que es peor, a su falta absoluta de discernimiento, se encontraban incapacitadas de desarrollarse. No había ninguna escuela de arte dramático, no había crítica, no había público. Había, en cambio una Iglesia celosa de la moral de sus feligreses y convencida de que la escena era seminario de corrupción moral. La fuerza del poder eclesiástico, con el que Bello había tenido que lidiar, discretamente, en su campaña por la libre introducción de libros, se hace sentir más fuertemente aún en este terreno. Una sistemática oposición destruye todo intento a largo plazo. Las compañías se forman y se deshacen, los teatros se inauguran y escasamente pueden continuar su vida. El amor que Bello sentía por el arte dramático lo resuelve a organizar la prédica desde la tribuna de *El Araucano*. Su campaña tiene necesariamente varios frentes. En uno, combatirá por la existencia misma del teatro y

10 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I pp. 16/26. La fecha de 1804 la sugieren los editores en nota a la página 16.

11 Amunátegui (*Vida*, p. 449) se había referido a una comedia original de la época londinense, "de que se conservan muchas escenas". Donde se la identifica como versión de *The Rivals* es en *Primer libro*, ed. cit. p. 333. En su investigación sobre los emigrados españoles se refiere Llorens a otra versión, aparentemente inconclusa, realizada en Inglaterra por Telésforo de Trueba en 1824 y que tituló *Amores de Novela*; no fue nunca impresa, agrega (Cf. ob. cit., 135) Tal vez Bello oyó hablar de la existencia de esa versión y desistió de continuar la suya. Bajo el título de *Una posada en Valencia*, su trasaldo lleva la acción a dicha ciudad en 1812, época de las Cortes de Cádiz. Ha sido publicada en *Obras Completas*, Caracas, tomo IX. *Temas de crítica literaria*, 1957.

de las representaciones dramáticas, estimulando con su palabra generosa a los audaces y a los inspirados. En otro, vecino y directamente vinculado al anterior, procura orientar el gusto de los mismos actores y del público; tratando de maniobrar la precaria nave sin que se destrozase en los escollos de un clasicismo ya obsoleto pero sin que tampoco se hunda en la tempestad invasora de la nueva escuela romántica, para decirlo con metáfora de la época. Su labor será de estímulo y de crítica. Deberá guiar a los que ofrecen y a los que reciben, y en su doble tarea no podrá descuidar un tercer frente: la enconada oposición de la Iglesia y de los defensores de la moral.

Si se recorre la colección de *El Araucano* es posible advertir el efecto de esa campaña constante en favor del teatro, de la necesidad de un buen teatro, de la posibilidad de un teatro chileno. Así, por ejemplo, en el número 123, correspondiente a enero 18, 1833, y como prólogo a un remitido, hace Bello una oportuna defensa: "*El momento presente es a propósito para hacer algunos esfuerzos en favor de un establecimiento cuyos progresos han sido siempre a la par de la inteligencia y de la cultura del pueblo. Vemos con placer que, a pesar de las fanáticas declamaciones de los que querrian que se gobernase una capital como un convento de monjas se arraiga entre nosotros la afición a los espectáculos dramáticos. Pero ésta es todavía una planta tierna, que necesita fomento y cultivo*"¹². La referencia a las presiones eclesiásticas es suficientemente clara y adquiere más valor porque la pronuncia el editor de un periódico que cuenta con el apoyo del gobierno. No es éste el único texto que cabe citar. El mismo año, en marzo 22 (Nº 132), Bello escribe un editorial sobre algunas obras presentadas —entre ellas: *Huérfana de Bruselas*, *el Verdugo de Amsterdam*, *la Hija del Portero*, *Lord Davenant*, *o las consecuencias de un momento de error*, *las Aventuras de Shakespeare*— y aprovecha la oportunidad para hacer algunas reflexiones (muy necesarias, sin duda) sobre la ventaja de elegir obras adecuadas "*a las fuerzas de la compañía*". Recomienda que se dedique por ahora el mayor esfuerzo a la comedia y al drama y se deje para más adelante la tragedia. El estímulo, como se ve, iba acompañado de la necesaria orientación crítica.

12 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 437/38.

En su biografía sostiene Amunátegui que a los esfuerzos de Bello se debe la ley de 1833 por la cual "los gobernadores políticos de cada población, o en su defecto los funcionarios que los reemplazaban por tiempo determinado, o accidentalmente, eran jueces especiales de teatro encargados de conservar el orden durante las funciones, y de resolver de modo breve y sumario, tanto sobre las cuestiones que se suscitasen entre los actores y los empresarios, como sobre todo lo que tuviera relación con el servicio de la casa, pudiendo imponer arrestos de ocho días y multas de cincuenta pesos". El objeto de esta ley era, según apunta el mismo Amunátegui, ordenar las representaciones teatrales, impidiendo irregularidades y disturbios. No estaba destinada a perturbarlas con la intromisión oficial sino a permitir su normal desarrollo, asegurando el orden público durante las mismas.

La misión de Bello apenas había comenzado. Defender al teatro de los ataques eclesiásticos, ordenar las representaciones, orientar a los cómicos en la elección de obras y al público en su apreciación de las mismas, no es tarea que se reduzca a un par de editoriales y una ley. Bello debió continuar escribiendo y hablando, usando su indudable influencia en asuntos culturales, asumiendo graves responsabilidades en muchos casos. Es una tarea de todos los días, de la que quedan muchas huellas en las páginas de *El Araucano*. En septiembre 27 1833 (Nº 159), ha de dirigir sus palabras de estímulo y advertencia al público mismo. Al referirse a las obras que se están representando entonces en el teatro santiaguino y que incluyen *El delincuente honrado*, *el Divorcio por amor*, *el Aristodemo*, *Deber y naturaleza*, escribe: "La filosofía más austera no ballaría nada que reprender en la elección de las piezas, la mayor parte de las cuales abundan en excelentes ejemplos y lecciones, y son acaso más a propósito para inspirar sentimientos de virtudes domésticas, de generosidad, de humanidad, y honor que casi todos los vehículos de instrucción moral que se hallan al alcance del pueblo. Las que carecen de este mérito tienen a lo menos el de proporcionar un pasatiempo agradable, sin alarmar el pudor, ni ofender la decencia. La conducta de los concurrentes es la más ordenada y decorosa. No hay teatro alguno que dé menos motivo que el de Santiago a las declamaciones de los preocupados que repiten contra una diversión inocente lo que han dicho, no sin razón, moralistas juiciosos contra las abominaciones de los antiguos teatros gentílicos, o contra el liberti-

naje que se presenta sin máscara en los de algunas capitales de la Europa moderna". Luego concluye: "Los que no frecuentan el teatro por gusto, deberían hacerlo por espíritu público. Patrocinarlo es patrocinar dos artes interesantes: la declamación y la música; es patrocinar una escuela de lenguaje correcto y elegante, de la conversación familiar, de la buena pronunciación, tan descuidada entre nosotros, y de los sentimientos honrados, benéficos y generosos"¹³. Esta amplia visión cultural no requiere otro comentario. Para Bello el teatro no es sólo entretenimiento pero tampoco es sólo (como querían los neoclásicos) una escuela de moral en acción. Es también una escuela del buen decir, del lenguaje hermoso y ejemplar, de la buena música. Por esto mismo cree en el teatro y en su enorme influencia social; por eso quiere que todos asistan, que depongan la resistencia pueblerina y colonial contra este arte y puedan recoger sus beneficios. Pero el ambiente era pobrísimo. Bastaría para documentarlo el tentador *Aviso* que inserta el número 226 (enero 9, 1835): "*La famosa comedia de vuelos del célebre Calderón (reformada en el país), en cinco actos, titulada "La vida es sueño". Dos vuelos (uno del gracioso desde lo más elevado del fondo, hasta la mitad de la escena, y otro de un soldado por una ventana) dispuesto por un inteligente, serán adornos de esta ingeniosa composición*" El intenso ejercicio barroco de Calderón, su elaborada filosofía postridentina, aparecen aquí ensombrecidos frente a lo que verdaderamente importa: los dos vuelos preparados "por un inteligente".

No debe asombrar, pues, que el teatro no pudiera sostenerse en Santiago. La constante prédica religiosa fue más fuerte y consiguió retraer al público. A ella se aludía en un remitido que se inserta en el Nº 249 (junio 12, 1835) como colaboración ajena pero que Amunátegui identifica como de Bello: "*Asisten frecuentemente al teatro todos los miembros del cuerpo municipal, entre los cuales hay un juez nombrado por el gobierno para velar y conservar el orden y moralidad durante las representaciones; y se ve igualmente con frecuencia a otros muchos magistrados de alta categoría, siendo entre ellos el primero y el más asistente el jefe supremo de la república. No ignorando esto los señores eclesiásticos que condenan el teatro como lugar de corrupción y de vicio, parece que su anatema la dirigen especialmente a los magistrados que autorizan con su presencia*

13 Cf. Amunátegui, *Vida*, p. 438.

los espectáculos que allí se exhiben, y al gobierno mismo, que, no sólo los autoriza con su presencia, sino que presta una liberal protección al establecimiento”¹⁴.

Pero estas palabras de Bello (si son realmente suyas) nada consiguieron. El teatro debió clausurarse, tan precaria era su condición económica. En 1839, y después de casi dos años se reabre. En noviembre, *El Araucano* (Nº 450) inserta un balance de las obras nuevamente presentadas. En abril de 1841 vuelve el teatro a cerrar sus puertas. Esta vez el motivo que se aduce en *El Araucano* (Nº 555, abril 9) parece hoy de una insostenible trivialidad pero debió ser entonces invencible; se advierte que la enfermedad de unos actores, y la ausencia de otros, ha obligado a arrendar el teatro a la escuela de equitación “por muy corto tiempo”.

SU TEORIA DRAMÁTICA

Para fomentar el teatro Bello había actuado no sólo como periodista. También había aceptado un cargo de censor de las obras presentadas. En *El Araucano* de junio 12, 1835 (Nº 246), en que se trata de explicar por qué la gente no asiste al teatro, se menciona una junta de censura que estaría compuesta por Egaña, Vial, Santelices y Bello. Su actividad como censor está registrada, por Nicolás Peña M. en su prólogo al *Teatro Dramático Nacional* (1912). Allí se recuerda que luego de las representaciones del *Aristodemo* de Vicente Monti, del *Macías* de Larra y en particular de la *Nona Sangrienta* de Bourgeois, el arzobispo Vicuña se quejó al gobierno, y en su nombre el ministro R. L. Irarrázabal transcribió la queja al censor del teatro, que era Andrés Bello, quien “guardó la nota en el cajón de su mesa y dejó pasar el chubasco”. La fuente de Peña es Amunátegui, en sus *Representaciones Dramáticas en Chile*. No se indica allí ninguna fecha para este incidente, pero puede conjeturarse que es posterior a 1833¹⁵

14 Cf. Amunátegui, *Vida*, p. 439. La redacción del remitido no parece de Bello.

15 Cf. Prólogo de Nicolás Peña M. al *Teatro Dramático Nacional*, tomo I. p. LXII, Santiago de Chile, *Biblioteca de Escritores de Chile*, volumen IX, 1912.

Quedan algunos rastros en *El Araucano* de esa labor de censura que debió ejercer Bello y en la que habrá puesto sin duda tanta discreción como buen sentido para evitar rupturas que sólo podían malograr, en definitiva, la causa del buen teatro. En el Nº 484 (diciembre, 1839) sienta su posición en una nota firmada: “*El que dio pase como censor al Gil Blas de Santillana*”. Allí se aclara que la censura es sobre materia moral o religiosa y que, por lo tanto, dejar pasar una obra no implica aprobarla estéticamente. Incluso llega a decir: “*Si independiente de su atribución como censor valiese algo el juicio del que esto escribe, no se habría representado alguna de las piezas puestas en escena últimamente*”. Estas palabras nos llevan a lo que constituye tal vez la parte más perdurable de su labor en pro de un buen teatro chileno: la crítica misma.

Porque Bello no se limita a indicaciones generales sobre la necesidad de especáculos teatrales o exhortaciones para que el público concurra al teatro. Trata de orientar el gusto y lo hace por medio de análisis mesurados de las principales obras que da a conocer el teatro santiaguino. Así, por ejemplo, el Nº 14 de *El Araucano* (diciembre 18, 1830) inserta un artículo sobre la *Italiana en Argel* en que se comenta la obra y se indican los inconvenientes de traducir la letra de las canciones, lo que cambia los acentos de sitio y estropea el ritmo.

Pero en lo que parece más fecunda su crítica es en el aspecto doctrinario mismo. Al levantarse en cada ocasión sobre el enfoque particular de una pieza, al mostrar los principios generales del drama que subyacen a cada estructura particular, Bello va dictando un verdadero curso de crítica dramática, importantísimo en aquel momento. Esa tarea tiene un segundo mérito: orientar lenta pero seguramente el gusto del espectador teatral (y también de los creadores incipientes) hacia una nueva norma dramática que sin renunciar a algunas conquistas fundamentales de la escuela neoclásica, no soporte más sus rigideces, su obsoleta ley de las tres unidades.

Al comentar en *El Araucano* (Nº 145, junio 21, 1833) *Los Treinta Años o La Vida de un Jugador*, señala precisamente Bello a qué ataques puede estar expuesta una obra cuyo desarrollo traslada al espectador de Francia a Baviera, eslabonando una serie de incidentes a lo largo de tres décadas y sin otra relación que pertenecer todos a la vida de un mismo personaje. Ninguna de las tres sacrosantas unidades (lugar, tiempo, acción) ha sido respetada. La ocasión se

prestaba para una declaración de fe neoclásica. Véase en cambio lo que escribe Bello: *"Nosotros nos sentimos inclinados a profesar principios más laxos. Mirando las reglas como útiles avisos para facilitar el objeto del arte, que es el placer de los espectadores, nos parece que, si el autor acierta a producir ese efecto sin ellas, se le deben perdonar las irregularidades. Las reglas no son el fin del arte, sino los medios que él emplea para obtenerlo. Su transgresión es culpable, si perjudica a la excitación de aquellos afectos que forman el deleite de las representaciones dramáticas, y que, bien dirigidos, las hacen un agradable vehículo de los sentimientos morales. Entonces no encadenan el ingenio, sino dirigen sus pasos, y le preservan de peligros. Pero si es posible obtener iguales resultados por otros medios (y éste es un hecho de que todos podemos juzgar) si el poeta, llevándonos por senderos nuevos, mantiene en agradable movimiento la fantasía; si nos hace creer en la realidad de los prestigios que nos pone delante, y nos transporta con dulce violencia a donde quiere,*

Modo me Thebis, modo ponit Athenis,

lejos de provocar la censura, privándose del auxilio de las reglas, ¿no tendrá más bien derecho a que se admire su feliz osadía?" El artículo no concluye aquí. Bello insiste en este enfoque, mostrando que su censura a las reglas consideradas como intocables y su defensa de la libertad del arte (y aún de la crítica) estaba fundada en la más moderna doctrina, aunque sin prurito de novedad. *"La regularidad de la tragedia y comedia francesa (continúa) parece ya a muchos monótona y fastidiosa. Se ha reconocido, aun en París, la necesidad de variar los procedimientos del arte dramático; las unidades han dejado de mirarse como preceptos inviolables; y en el código de las leyes fundamentales del teatro, sólo quedan aquellas cuya necesidad para divertir e interesar es indisputable, y pueden todas reducirse a una sola: la fiel representación de las pasiones humanas y de sus consecuencias naturales, hecha de modo que simpaticemos vivamente con ellas, y enderezada a corregir los vicios y desterrar las ridiculeces que turban y afean la sociedad"*¹⁶.

No puede pedirse doctrina más a favor de la libertad del artista dramático, menos dócil a los excesos de la escuela neoclásica. Y esto en

16 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 440/43.

1833, cuando hacía sólo tres años que se había librado en París la batalla de *Hernani*. Lo que no se encuentra en Bello es la agitación polémica del romántico exaltado; pero sí aparece la sólida y buena doctrina de la escuela nueva expresada en los más razonables términos. De la novedad (entonces escandalosa) de su prédica da fe la reacción que provocó en el ambiente chileno. En el número 147 de *El Araucano* Bello debió responder a los ataques que se le habían dirigido desde *El Correo*. Su respuesta contiene la mejor definición del momento por el que pasaba el teatro en Europa y un adecuado balance de virtudes y defectos de ambas doctrinas encontradas. Cuando América entera empezaba a manifestar en forma todavía incoherente la actitud romántica, desde Chile Bello precisa con toda nitidez su postura frente a la nueva escuela.

"El mundo dramático está ahora dividido en dos sectas: la clásica y la romántica. Ambas a la verdad existen siglos hace; pero, en estos últimos años, es cuando se han abanderizado bajo estos dos nombres los poetas y los críticos, profesando abiertamente principios opuestos. Como ambas se proponen un mismo modelo, que es la naturaleza, y un mismo fin, que es el placer de los espectadores, es necesario que, en una y otra, sean también idénticas muchas de las reglas del drama. En una y otra, el lenguaje de los afectos debe ser sencillo y enérgico; los caracteres, bien sostenidos, los lances verosímiles. En una y otra es menester que el poeta dé a cada edad, sexo y condición, a cada país y a cada siglo, el colorido que le es propio. El alma humana es siempre la mina que debe sacar sus materiales; y a las nativas inclinaciones y movimientos del corazón es menester que adapte siempre sus obras, para que hagan en él una impresión profunda y grata. Una gran parte de los preceptos de Aristóteles y Horacio son, pues, de tan precisa observancia en la escuela clásica como en la romántica; y no pueden menos de serlo, porque son versiones y corolarios del principio de la fidelidad de la imitación, y medios indispensables para agradar.

"Pero hay otras reglas que los críticos de la escuela clásica miran como obligatorias, y los de la escuela romántica como inútiles, o tal vez perniciosas. A este número, pertenecen las tres unidades, o principalmente las de lugar y tiempo. Sobre éstas rueda la cuestión entre unos y otros; y a éstas alude, o por mejor decir, se contrae clara y expresamente la revista de nuestro número 145, que ha causado tanto escándalo a un corresponsal del "Correo". Sólo el que

sea completamente extranjero a las discusiones literarias del día, puede atribuirnos una idea tan absurda, como la de querer dar por tierra con todas las reglas, sin excepción, como si la poesía no fuese un arte, y pudiese haber arte sin ella.

"Si hubiéramos dicho en aquel artículo que estas reglas son puramente convencionales, trabas que embarazan inútilmente al poeta y le privan de una infinidad de recursos; que los Corneilles y Racines no han obtenido con el auxilio de estas reglas, sino a pesar de ellas, sus grandes sucesos dramáticos; y que, por no salir del limitado recinto de un salón, y del círculo estrecho de las veinticuatro horas, aun los Corneilles y Racines han caído a veces en incongruencias monstruosas, no hubiéramos hecho más que repetir lo que han dicho casi todos los críticos ingleses y alemanes, y algunos franceses"¹⁷.

La visión de Bello revela claramente una formación crítica marcada por los años de Londres. El gusto natural que siempre manifestó por la literatura dramática española de la Edad de Oro (verdadero antecedente hispánico de la libertad que los románticos proclamarían) se acendró en Inglaterra con el conocimiento directo de la dramaturgia de Shakespeare, otro de los modelos del Romanticismo, y con la lectura de la mejor crítica prerromántica. Por eso, sin llegar a los excesos retóricos y de mal gusto que ostenta Víctor Hugo en su célebre prefacio de *Cromwell* (1828), Bello sostiene ya en 1833 con espíritu moderno, una concepción del drama que está muy cerca de la del revolucionario poeta francés. Pero no conviene anticipar este tema.

En otros textos se podrán encontrar juicios complementarios de los ya transcriptos. En ninguno de ellos se expone tan nítidamente el fondo doctrinal mismo, pero su repaso contribuye a demostrar que estaba dispuesto a aprovechar toda ocasión de difundir en Chile la nueva doctrina, señalando defectos o debilidades del neoclasicismo. Al comentar la *Condesa de Castilla* de Cienfuegos (*El Araucano*, N° 165, noviembre 8, 1833), apunta Bello su defecto principal: "Hay una especie de inverosimilitud que no se perdona en el teatro, porque destruye el efecto de cualesquieras bellezas que bajo otros puntos de vista presente la composición; es la que consiste en la incompatibilidad de afectos. Cienfuegos pone en el corazón de la condesa dos pasiones que no pueden hallarse juntas y ambas en un

17 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 443/44.

grado de vehemencia que se acerca al delirio: el amor de un esposo difunto, cuya memoria la abrasa en deseos sanguinarios de venganza, y el amor a un Zaide que se descubre muy a los principios ser el mismo Almanzor, a cuyas manos había perecido el conde. Las transiciones del uno al otro de estos sentimientos son tan frecuentes y rápidas, que es imposible simpatizar con ninguno de ellos..." La crítica de Bello cala más hondo que la mera adecuación o inadecuación de las unidades externas y va a buscar en la sustancia misma del conflicto dramático su validez o invalidez dramática¹⁸. Del mismo modo, al analizar *Marcela* o *A cuál de los tres* de Bretón de los Herreros (N° 171, diciembre 20, 1833) señala la ventaja que tiene éste sobre Moratín y censura la "excesiva severidad de las leyes dramáticas y métricas que se impuso el padre de la buena comedia castellana". Su examen de los defectos de esta escuela es de ejemplar lucidez. "Aquel perpetuo martilleo de una asonancia invariable en todo un acto produce una monotonía que fatiga al oído, y no permite al poeta dar a sus obras el delicioso sainete que nace de la variedad de metros y rimas, y que se hace sentir aun de los menos versados en el arte. (...) No sabemos en qué se funda este canon de la unidad de versificación en toda una comedia o tragedia, y de la invariabilidad de la asonancia desde el principio de un acto hasta el fin. Ellas hacen que todas las composiciones dramáticas estén reducidas al círculo estrecho de media docena de rimas, y ponen al poeta en la imposibilidad de emplear las más agradables al oído, que son cabalmente las menos familiares en el lenguaje. Los griegos y latinos pasaban frecuentemente de un verso a otro en sus comedias y tragedias; y la antigua comedia española debe a esta sabrosa variedad uno de sus principales atractivos. Gorostiza y Bretón de los Herreros han tratado de restituir a la comedia esta parte preciosa de sus antiguas galas, y el buen suceso que han tenido sus tentativas nos parece un paso importante hacia la perfección del arte". Otra vez el sentido común del crítico y su vasta ilustración en el teatro clásico como en la comedia le permite acertar con la censura de un principio que para los neoclásicos era sagrado¹⁹.

Hasta en un artículo de menor exigencia crítica, como es el dedicado a estimular al joven escritor chileno Gabriel Real de Azúa por su

18 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 445/46.

19 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 446/47.

comedia satírica *Los Aspirantes* (Nº 173, enero 8, 1834), dedica Bello algún acertado puntazo a las famosas unidades. Real de Azúa parece haber sido más realista que el rey, si se excusa el retruécano. De ahí que Bello señale: "el autor se ha sometido a reglas demasiado severas. No conocemos composición alguna en que se observen con más rigor los preceptos de la escuela clásica, que el "Café" de Moratín, y el señor Real de Azúa no ha sido en esta parte menos escrupuloso, que el autor del "Café". Se advierte que Bello no quiere insistir demasiado esta vez y prefiere embotar la censura con el elogio de los méritos de la obra: "Debemos acoger, no sólo con gratitud, sino con entusiasmo, los primeros ensayos de las musas dramáticas del Sur, sobre todo cuando vemos lucir en ellos las prendas que adornan la composición del señor Real de Azúa, y que le han merecido los aplausos del público. Ojalá que, animados por su ejemplo, se dediquen otros ingenios americanos a cultivar este campo fecundo, en que el mejicano Ruíz de Alarcón rivalizó en otro tiempo a Moreto; y Gorostiza, otro mejicano, sigue de cerca las pisadas de Moratín"²⁰.

El mismo quiso contribuir a la creación de este futuro teatro nacional chileno y americano. Su contribución no fue original, pero parece revelador de su orientación moderna que haya escogido una obra de quien entonces era el más importante de los dramaturgos franceses del Romanticismo: Alexandre Dumas. En septiembre 15 de 1837 se insertó en *El Araucano* (Nº 368) un *Aviso* que dice textualmente: "Habiéndose solicitado con instancia por varias personas inteligentes la impresión de la "Teresa", tragedia del célebre Dumas, traducida al castellano por un aficionado, y representada con el mayor aplauso en el teatro de esta capital; el traductor, cediendo al voto respetable de aquellos señores, ha determinado abrir una suscripción para darla a la prensa. Se imprimirá en buen papel y letra. y con la debida corrección: de la que carecen todas las copias manuscritas que existen en esta República y fuera de ella. Se venderá cada ejemplar a 6 reales. Los señores que deseen suscribirse se servirán hacerlo en la "Imprenta de la Opinión".

Aunque por el momento no prosperó la iniciativa de publicar la traducción de *Teresa* (se imprimirá sólo en 1846) el *Aviso* tiene mucha importancia porque anticipa en más de dos años la fecha que

20 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 448/49.

se había indicado siempre como la de estreno de esta tragedia en Santiago. Amunátegui en su *Vida* indica, sin más especificaciones, 1839; Peña y Orrego Vicuña aportan más datos sobre esta representación que sitúan en noviembre 1839, en función a beneficio de la actriz limeña Carmen Aguilar, hermosa muchacha que "a causa de su coquetería y viveza de carácter era muy aplaudida, con gran disgusto y envidia" de Teresa Samaniego. Aunque Peña insista en que la traducción fue especialmente realizada para aquella actriz y en 1839, no cabe dudar de la veracidad del anuncio²¹.

Puede conjeturarse que Bello estrenó su traducción en 1837, en alguna función de aficionados, y que en 1839, al reabrirse el teatro que estuvo cerrado durante dos años, la retocó y ajustó para Carmen Aguilar de quien era gran admirador. (Lo había sido antes de la Samaniego pero su gusto sin duda evolucionó). Hay que desechar la hipótesis de que la traducción anunciada en 1837 sea una de Ventura de la Vega que circulaba en España desde que fue impresa en 1834 y de cuyo estreno ha quedado una crónica de Larra (febrero 5, 1836). El *Aviso* de *El Araucano* es suficientemente explícito en cuanto a que el traductor ("un aficionado" como por modestia se le llama) vive en Santiago y piensa publicar su versión "cediendo al voto respetable" de quienes la aplaudieron en escena y desean verla impresa. La circunstancia de que *El Araucano* no haya reseñado para nada su estreno debe atribuirse sin duda a que siendo Bello simultáneamente cronista teatral y traductor de la pieza, no haya querido aparecer orientando la opinión en favor suyo.

Sin embargo, al publicarse en folleto la obra en la *Galería Dramática Chilena* de *El Mosaico* (Santiago, 1846) se advierte desde la portada que el drama fue "representado por primera vez en Santiago, en noviembre de 1839". Tal vez la contradicción pueda resolverse si se piensa que su estreno en 1837 no asumió caracteres resonantes como el reestreno de 1839 y que, por eso mismo, la segunda fecha prevaleció en la portada sobre la primera. La obra misma no es de las mejores de Dumas e incide en las situaciones forzadas y melodramáticas que tanto afean al teatro romántico. Pero sin duda para el

21 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 449; hay más datos, en el mismo sentido, en su *Introducción a Obras Completas*, Santiago, III, p. LXXIII. Véase, Peña, ob. cit. pp. LXXIV, y LXXVI y también, Orrego Vicuña, ob. cit. pp. 135 y 240. Ninguno de los tres hace la menor referencia a la representación de 1837.

gusto de la época era una tragedia conmovedora e irresistible. Por otra parte, tiene especial interés, para esta investigación literaria, la circunstancia de que en el acto 1º, ya se hable en términos hiperbólicos de Byron a quien el protagonista presenta como “una especie de ángel rebelde, proscrito del cielo sobre cuya frente el dedo de Dios había escrito: Genio y dolor”. Si la pieza misma no hace mucho honor al gusto impecable de Bello parece, sin embargo, muy significativo que ya en 1837 el crítico caraqueño se haya resuelto a ofrecer al público de Santiago una muestra del más característico teatro romántico. Su traducción dio la señal para una serie de versiones que inundaron la escena de Santiago y aseguraron también allí la fama de Alexandre Dumas (además de *Teresa* se estrenaron *Catalina Howard*, *Ricardo Darlington*, *Enrique III*, *Antony* y *Pablo Jones*), de Soulié (*El Proscrito*, en arreglo de Lastarria), de Víctor Hugo (*Angelo, Tirano de Padua*) y de los dramaturgos románticos españoles²².

En esta labor de difusión del drama moderno, le cupo a Bello un puesto de adelantado. Como periodista y crítico, estimuló a las compañías, observó a los autores, dio consejos de declamación a los actores, indicó normas de buen gusto al público y fijó criterios de selección a los productores; como censor y como consejero del gobierno, libró enconada y paciente batalla contra las autoridades eclesiásticas que se oponían sistemáticamente al teatro y no advertían su importancia y su fuerza educativa. En todos los aspectos fue la figura más importante en esta etapa de la historia del teatro chileno: la única persona que tenía suficiente autoridad y competencia para una tarea tan vasta, la única que supo llevarla a cabo, preparando el terreno para las conquistas (y también los disparates) de la nueva generación, pero su labor trascendió, asimismo la esfera teatral, como se verá de inmediato.

DIFUSION DEL ROMANTICISMO

Paralelamente a su campaña de promotor del teatro santiaguino, desarrolló Bello una tarea de mayor proyección continental: el ejercicio continuado de la crítica literaria. Los artículos, notas y traducciones que insertó en *El Araucano* componen un verdadero curso de lite-

22 Cf. Peña, *ob. cit.*, p. LXXVIII.

ratura, principalmente contemporánea. La circunstancia de haber sido educado en los principios del mejor humanismo colonial, de ser afecto a la poesía clásica, de poseer consumadamente el latín y haber estudiado el griego, no impidió que en su faena de divulgador periodístico —periodismo en el plano más fecundo—, Bello se orientara normalmente, y orientara a sus lectores, hacia las letras modernas.

Basta repasar qué autores y qué textos se insertan en las apretadas columnas literarias de *El Araucano*. Mme. de Staël, de quien ya se habló en este mismo capítulo, aparece varias veces traducida. En el N° 48 (agosto 13, 1831) se publica un texto suyo *Sobre el estudio de las Lenguas*; en el N° 190 (mayo 2, 1834), y con motivo de la representación de *María Estuardo*, de Schiller, en un traslado de Bretón de los Herreros (obra que luego habría de censurar Bello en una crónica, por sus infidelidades y alteraciones del texto original) reproduce *El Araucano* un extracto del juicio de Mme. de Staël sobre esa tragedia; antes (N° 79, marzo 17, 1832) había publicado extractos del juicio de Goethe y Schiller sobre la escritora francesa, traducidos del *Edinburgh Magazine*.

Pero Mme. de Staël es sólo uno de los tantos autores modernos que Bello divulga. En *El Araucano* y antes de 1842, se encuentran textos de Chateaubriand (N° 51, septiembre 3, 1831: un discurso político; N° 86, mayo 5, 1832: un comentario sobre su nueva obra: *Estudios sobre la Historia de Francia*; N° 511, junio 12, 1840: una carta del mismo sobre *Antigüedades mejicanas*, obra colectiva de síntesis); de Alphonse de Lamartine (N° 134, abril 4, 1833: *Deberes del cura*; N° 517, julio 23, 1840: *Ruinas de Balbek*); de José María Heredia, cuya poesía romántica había sido Bello de los primeros en destacar (N° 351, mayo 26, 1837: *Viaje al nevado de Toluca*) de Philarète Chasles (N° 414, agosto 3, 1838, sobre Calderón de la Barca a quien el crítico francés presenta como precursor del Romanticismo —llega a decir: “Si hay un drama romántico en el mundo, Calderón es su dios—”, lo que permitiría deducir la simpatía misma de Bello por este enfoque); de o sobre Hugo (N° 567, julio 2, 1841. *Hugo Víctor* (sic) y su escuela, tomado del *Journal des Débats*, donde se elogia al poeta y se critica a sus imitadores; Nos. 593/95, diciembre 31, 1841/enero 14, 1842: *Discurso de recepción de M. Víctor Hugo en la Académie Française*, que se transcribe íntegro); de Alexis de Tocqueville (N° 574, agosto 20, 1841, *De la industria literaria: y por qué el estudio de la literatura griega y latina es particularmente*

útil en las sociedades democráticas tomado del libro: *De la démocratie en Amérique*). Como puede verse por esta simple enumeración, la variedad y número de autores románticos, particularmente franceses, es bastante significativa de la literatura que ofrecía Bello a su público en la década que precede a las ruidosas polémicas del Romanticismo. No son éstos los únicos textos románticos. Hay otros, como un juicio sobre Scribe publicado en *El Araucano* (Nº 168, noviembre 29, 1833) con motivo de la representación de *Felipe* o *La madre incógnita* y que es transcripción de la *Foreign Quarterly Review* (Nº XVIII). Allí se califica a Scribe de "primero de los escritores dramáticos de nuestros días". También podría invocarse un artículo sobre *Literatura española contemporánea* (Nº 554, abril 2, 1841) tomado de la misma fuente inglesa, y en que se destaca a Bretón de los Herreros ("el Scribe de España, por su fecundo talento"), Martínez de la Rosa, las traducciones de Lamartine por el marqués de Casa Java, etc. Bello mismo había tenido oportunidad de opinar sobre el arte de Bretón, al comentar con elogio *Marcela* o *Cuál de las tres*, según ya se ha visto. Y como para completar, rubricándolo, este rol de escritores del Romanticismo, el editorial político de ese mismo número de *El Araucano* viene precedido de un epígrafe de Mme. de Staël: "*Les hommes ignorants veulent être libres; les esprits éclairés savent seuls comment on peut l'être*". Es cierto que el editorial político estaba entonces fuera de la jurisdicción de Bello.

He dejado para cerrar esta enumeración, y deliberadamente, un artículo cuya importancia no puede ser encarecida bastante; es el traslado de un trabajo de E. Lytton Bulwer sobre Lord Byron que publica en el Nº 531 (octubre 30, 1840). Amunátegui conocía esta traducción pero la da como inédita en su *Introducción* al tomo III de la edición santiaguina de *Obras Completas* (p. LI); su error ha sido reproducido por biógrafos posteriores. Sin embargo, es de sumo interés saber que fue traducido y publicado por Bello, antes de 1842, este artículo que encara a Byron como poeta dramático y que lo estudia con simpatía, aunque sin regatear alguna censura. En *El Araucano* se publicó sólo la primera parte del trabajo original, hasta que concluye el juicio sobre *Marino Faliero*, dejando sin traducir lo que se refiere a *Los Dos Foscari*.

En lo publicado, junto a grandes elogios, hay algunas reservas sobre las obras del primer período de Byron, las que le dieron fama tan velozmente: *Childe-Harold*, el *Corsario*, *Parisina*. Como Bulwer, su

traductor se orientaría en sus preferencias hacia el teatro, aunque más tarde, como se verá, alcanza a apreciar los méritos impares del *Don Juan*. El mismo Amunátegui apunta (p. XL) que "*este ingenioso análisis fue causa de que Bello releyera el drama de Byron, y de que concibiera la idea de traducirlo libremente, y arreglarlo al teatro español.*"²³ Bello no concluyó la tarea de aclimatación de *Marino Faliero*, abrumado seguramente por otras más urgentes aunque no más importantes. Por las notables diferencias que con el texto original presenta el fragmento rescatado de entre sus papeles, resulta fácil conjeturar que intentó una adaptación, o recreación, más que un fiel traslado. Pero es difícil abrir mayor opinión sobre las escasas páginas publicadas. Al estudiar en el capítulo VII, su traducción (inconclusa también pero más extensa) de *Sardanapalo*, habrá oportunidad de establecer un cotejo entre la teoría dramática de Byron y la de su asiduo lector y adaptador.

PARENTESIS PARA OLMEDO

Bello no se limitó a difundir en traducciones las obras de los mejores escritores del Romanticismo europeo; ni tampoco redujo su tarea a la de experto compilador de la opinión ajena sobre los nuevos valores literarios. Dedicó también algunos trabajos originales de crítica a la consideración de estos autores. En muchos de sus estudios de investigación literaria introdujo apreciaciones que demuestran su buen conocimiento de una literatura entonces en proceso de formación y valoración, y que permiten situar su pensamiento estético dentro de la zona más mesurada de las nuevas corrientes. La importancia de este grupo de sus trabajos críticos es enorme. A través de ellos se pone al alcance del lector americano un nuevo mundo literario.

Ya se han estudiado en este mismo capítulo los artículos que se refieren al teatro y a las unidades dramáticas. Junto a ellos cabe exa-

23 Cf. *Introducción* de Amunátegui a *Obras Completas*, Santiago, III, p. XL. En la p. LI afirma que Bello no publicó su traducción. En la edición de *Obras Completas*, Caracas, I p. 178 nota, se recoge la información que proporciona Amunátegui sobre la traducción de *Marino Faliero* pero no se corrige para nada el error de creer inédito el artículo de Bulwer.

minar ahora una serie de trabajos, todos anteriores a la polémica del romanticismo, en que expone Bello su opinión sobre escritores románticos y estudia sus obras. La mención a veces es tan incidental que no merecería indicarse si no aportara un testimonio complementario a otros ya señalados aquí mismo. Tal es el caso de las palabras que dedica a Lamartine en un editorial sobre los "*bancos de ahorro*" (Nº 217, noviembre 7, 1834) que el poeta romántico examinó en algún artículo. Allí se le califica de "*uno de los más distinguidos escritores franceses de nuestros días y no menos distinguido por sus brillantes talentos, que por la ilustrada piedad y liberalidad, que respiran todas sus composiciones en verso y prosa*", Bello había publicado ya (abril 4, 1833), y volvería a insertar en *El Araucano* (julio 23, 1840) trabajos originales de Lamartine. Entre sus papeles ha encontrado Amunátegui unos versos (*¿Por qué el odio mutuo entre las gentes?*) que son traducción de Lamartine y que permiten documentar, desde otro ángulo su interés por la obra del poeta francés.²⁴

Pero es indudablemente en los artículos críticos originales y en las notas que dedica a importantes temas de literatura en lengua española, en donde mejor se puede apreciar la posición estética de Bello antes de 1842. Así, en ocasión de haber sido publicada la *Oda al general Flores, vencedor de Miñarrica* de su amigo Olmedo, publica en *El Araucano* (Nº 257, agosto 7, 1835) un breve juicio en que se mezcla el afecto con la justa apreciación crítica. Una nota que precede a la transcripción del poema declara: "*Ansiábamos ya oír la voz de la Musa del Guayas, por tanto tiempo silenciosa. Despertando por fin al ruido de la victoria de Miñarrica (una de las más notables que se han ganado en América, y que sería también de las más gloriosas, si no trajera consigo el triste recuerdo de una guerra de hermanos), se nos presenta ahora con todo el vigor de la imaginación que admirábamos en las obras anteriores del señor Olmedo, y sobre todo en el "Canto de Junín". Es excusado decir que campea en ésta la misma belleza de estilo y versificación; porque todo lo que sale de la pluma del señor Olmedo lleva la estampa de una ejecución acabada y primorosa, que forma, por decirlo así, su manera.*"²⁵

24 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I p. 194. No se indica allí a qué poema de Lamartine pertenecen los versos traducidos. Han sido identificados por René L. Durand en su libro, *La poésie d'Andrés Bello*, Dakar, Université de Dakar, 1960, pp. 104/105.

25 Cf. Amunátegui, *Vida*, p. 289.

Hay en estas palabras (demasiado escasas, sin duda) algo más que un juicio crítico; hay, también, un cariñoso saludo al amigo lejano, un aplauso de estímulo para este poeta reservadísimo hasta con la Musa. Porque Bello y Olmedo no dejaron de corresponder, después de la partida del segundo de Europa. Continuaron escribiéndose, aunque con grandes pausas, con esas grandes pausas que imponen la lejanía y las ocupaciones diversas. Pero la amistad no murió, como lo documentan las cartas de Olmedo que Amunátegui recoge en su *Vida* y que ahora parece oportuno volver a considerar.

La primera carta de esa correspondencia transatlántica, que luego se convertiría en trasandina, es de agosto 10, 1828, y está escrita por Olmedo en el mismo Valparaíso al que llegaría (en menos de un año) su amigo, aún exilado en Londres. Es una carta de dolor para comunicar la noticia, recién conocida, de la muerte de su primogénita, Rosa Perpetua. Escribe Olmedo: "*Mi navegación ha sido larga, desagradable y peligrosa: el término ha sido cruel. El placer de pisar esta tierra de mis deseos se ha convertido en el pesar más amargo de mi vida. Sé por sorpresa que he perdido la prenda más querida de mi corazón, la que estaba destinada a ser el consuelo de mi vejez, el único placer y la única distracción en los males y desastres que amenazan a mi patria. . . Yo soy el hombre más insensible del mundo, cuando no me muero de este dolor.*" Pronto conocería Bello en Chile el mismo destino de sobrevivir a sus hijos (y en plural más amargo), de quedar casi solo en un mundo vacío de su apoyo.

La correspondencia continúa con otra carta (enero 9, 1833) en que dice el poeta ecuatoriano: "*Mi querido Compadre y Más Querido Amigo: Más vale tarde que nunca. Al cabo de mil años, tenga Ud. este recuerdo mío a cuenta de los frequentísimos que hago de Ud. Usted se vino sin decirme nada; y después de mucho tiempo, vine a saber que no estábamos tan lejos. [Olmedo escribe desde Guayaquil]; como cuando nos vimos la última vez. Quise escribir a usted; pero no me resolvía a hacerlo ligeramente; y la ocasión de escribir largo nunca venía; y si espero a que venga, siempre viviremos en incomunicación.*" La carta, que restablece un vínculo interrumpido por unos cinco años, continúa con otros asuntos, entre otros el que la pretexto: presentar al señor Vicendón. También se refiere a la poesía, en estos términos: "*¿Qué noticias me da Ud. de las amigas Musas? Ha tanto tiempo que ni las veo, ni me ven, que recelo me hayan olvidado: desgracia que, por su sexo, es peor que si me aborrecie-*

ran. Habiéndose fijado, como me dicen, en Chile, y por consiguiente, en casa de usted, no le será molesto saludarlas en mi nombre, y hacerles un recuerdo de su antiguo y fiel votario."

La alusión es delicada, aunque en verdad poco tiempo disponía entonces Bello para las Musas, en tanto que estaba lejos de haber concluido el comercio de Olmedo con las mismas. *La Oda al General Flores* lo probaría de inmediato. Pero en estos achaques de poesía Olmedo quiso siempre parecer más casual y poco inspirado de lo que era. Ya la correspondencia de París a Londres (que se estudió en el capítulo III) es suficientemente reveladora de sus pudores y coqueterías. Su carta concluye con un saludo para Mariano Egaña y un recuerdo de los buenos (y malos) tiempos londinenses. "Nunca olvido las estaciones de Londres," dice. Y se despide pidiendo al amigo que le mande "algunas de sus nuevas composiciones, sin falta, sin falsa modestia, sin demora."

Cabe conjeturar que un ejemplar del periódico en que Bello saluda la aparición de la *Oda al General Flores* llegó hasta manos de Olmedo, reavivando en él los estímulos que un tiempo le llegaban de Londres a su estancia parisina. Los últimos años de la vida de Olmedo fueron entristecidos por la enfermedad. Cuando Carlos, el hijo mayor de Bello, en viaje a Caracas, pasó a saludarlo durante las horas en que el barco se detuvo en Paita, lo encontró (escribe a su padre en abril 22, 1846) "muy anciano, y tiene un aire y unas maneras que demuestran una excesiva cortedad, que, al leer el "Canto a Bolívar", no era de presumirse en su autor." Luego agrega: "Me habló con sumo afecto de usted: y me dijo que hacía pocos días que le escribía." Pero la carta anunciada allí no ha sido transcrita por Amunátegui. La última que éste inserta es de enero 31, 1847; fue escrita por Olmedo dieciséis días antes de su muerte. Es una larga carta en que trata muchos temas y en la que pide a su amigo le consiga y envíe un ejemplar de la *Divina Epopeya* de Soumet, que le interesa sobremanera por el tema. "¿Qué es el incendio de Troya [pregunta] y la ruina de un imperio; qué es la fundación de otro venciendo pequeñas hordas de salvajes; qué es la conquista de un sepulcro vacío, y la fundación de un reino pequeño y efímero? . . . ¿qué es todo esto en comparación de la libertad de los infiernos, y la redención de los ángeles precitos? Yo no sé si en otros hará esta idea tanta impresión como en mí. Puede ser que no; porque en mí ha llovido sobre mojado. . . Hace muchos años que con mucha frecuencia me asalta el

pensamiento de que (aquí entre nosotros) es incompleta, imperfecta la redención del género humano, y poco digna de un Dios infinitamente misericordioso. Nos libértó del pecado, pero no de la muerte. Nos redimió del pecado, y nos dejó todos los males que son efecto del pecado."

Este pasaje, escrito por Olmedo en las vísperas de su muerte, tiene un turbado acento confesional. Parece como si el poeta quisiera unir en un solo desarrollo inquietante todas sus preocupaciones. Un tema literario, súbitamente, se le convierte en religioso y ahonda en las más tristes intuiciones del hombre. Pero no se detiene allí. El párrafo tiene todavía unas líneas en que a la perplejidad metafísica se agrega la muy terrenal provocada por la política. La imperfecta redención de Dios suscita irónicamente un símil "Lo mismo hace cualquier libertador vulgar; por ejemplo, Bolívar nos libró del yugo español, y nos dejó todos los desastres de las revoluciones". Eso escribe el poeta que en su *Canto a Junín* exaltó al Libertador sobre todos los hombres, elevándolo casi a categoría divina. Qué triste final. Bello debe haberlo lamentado por su amigo.

PRINCIPALES ARTICULOS CRITICOS

La nota de *El Araucano* sobre Olmedo es, apenas, una entre las muchas que escribió Bello para orientar a su público sobre las más importantes producciones en lengua española. De mayor interés para esta investigación son otras. Una de las más valiosas es, sin duda, la que dedica al comentario de las *Leyendas españolas* (París, 1840), de su ex-amigo José Joaquín de Mora. La polémica de 1830 no le había hecho olvidar su condición de crítico literario; evaporados ya los malos humos que habían separado a ambos escritores, disipado el equívoco que yacía bajo la pretendida polémica literaria, Bello puede escribir con entera libertad, y lo hace para estimular a Mora.

El libro era, tal vez, el más importante de los que hasta entonces había publicado el inquieto gaditano. Consistía en una colección de leyendas en verso en que Mora llega lo más lejos que su seudorromanticismo le permite ir. Ya se ha visto que en España fue agresivo partidario del neoclasicismo. A partir de 1823, bajo la influencia de Blanco White y del ambiente inglés, sucumbe a las seducciones del Romanticismo. En las *Leyendas* se muestra la faz más romántica de su compleja y superficial personalidad literaria. Unas palabras *Al*

lector tratan de explicar la naturaleza de su poesía. Empieza afirmando la originalidad de su intento (si se exceptúa, es claro, el *Moro expósito* de Rivas). Lo que busca es producir un tipo de poema que diste, equitativamente, del romance y de la epopeya a la manera clásica, que no tenga la humildad del primero ni el tono empenachado de la segunda, que sea narrativo y moderno. En realidad, no es un partidario acérrimo del romance, ni mucho menos; en materia de versificación, y a pesar de sus veleidades románticas revela una sólida formación clásica y prefiere formas más complejas y maduras. Por eso intenta dar al romance mayor rigor, empleando la rima consonante o perfecta. Una frase del prólogo sintetiza su postura frente a los poetas que prefieren la rima imperfecta: "Lo que me ha decidido a separarme de su ejemplo, ha sido el íntimo convencimiento de la necesidad que tiene nuestra poesía, de abandonar esas formas triviales y fáciles que la deslustran y rebajan; convencimiento que he creído oportuno apoyar, a los ojos del público, en autoridades de más peso, que el que la mía podría darle."

También dedica unas líneas finales a "la cuestión pendiente en la actualidad, entre clásicos y románticos." Son palabras teñidas por ironía. Mora declara no entender las razones del antagonismo: "Tan incomprensible es a mis ojos el clásico que desdeña, desprecia o ridiculiza los nuevos elementos artísticos que ha introducido en la literatura de los pueblos meridionales el mayor conocimiento que han adquirido de la alemana y de la inglesa, como el romántico que trata tan irrespetuosa y hostilmente a los modelos de perfección que abundan en las filas contrarias." La excelencia de los grandes creadores (un Shakespeare o un Calderón, para usar de los ejemplos que él mismo invoca) "nunca podrá obtenerse, sino adoptando el género de composición y el giro de ideas más análogas a las disposiciones naturales y al temple espontáneo del individuo, y jamás será el resultado de un sistema, ni del empeño de justificar prácticamente "invita Minerva" ciertas opiniones, modas o doctrinas. De este último principio nunca saldrán más que producciones contaminadas con aquel insoponible vicio, que es el mayor enemigo de la originalidad, del buen gusto y de la perfección literaria; la afectación". El prólogo concluye afirmando la posición estrictamente individual del creador, por encima de reglas y doctrinas, de escuelas o polémicas literarias. "Malas o buenas, estas "Leyendas" han sido escritas con independencia de todo espíritu de escuela y de facción. Las reglas que el

autor ha seguido, no son las que proclama como indispensable, o inflige por sistema una u otra clase de escritores; sino las que le han parecido emanadas del sentido común y del buen gusto. En una palabra, no sea que las "Leyendas" sean juzgadas como clásicas, ni como románticas, sino como suyas."²⁶ Hasta aquí Mora.

En la nota que publicó *El Araucano* (Nº 535, noviembre 27, 1840) empieza precisamente Bello por señalar la originalidad de este tipo de composiciones narrativas ("nos parece nuevo en castellano") y establece su indudable vinculación con el *Beppo* y el *Don Juan* de Byron "por el estilo alternativamente vigoroso y festivo, por las largas digresiones que interrumpen a cada paso la narración (y no es la parte en que brilla menos la viva fantasía del poeta), y por el desenfado y soltura de la versificación, que parece jugar con las dificultades." La nota señala asimismo otras virtudes de las *Leyendas*: la aparente sencillez y la fluidez de su verso ("se desliza mansa y transparente, sin estruendo y sin tropiezo"), la ausencia de cortes artificiosos y de simetría de ritmos "que empalaga por su monotonía"; el decir natural, sosegado y llano "que esquiva todo lo que huele a la elevación épica, y desciende sin degradarse hasta el tono de la conversación familiar."²⁷

El elogio de Bello tiene indudable mérito crítico, por señalar en el mismo momento de su publicación el verdadero valor de las *Leyendas* de Mora. Interesa, además, por revelar ya las preferencias del crítico (y del creador) por ese tipo de poema narrativo en que se une a la perfección métrica y a la habilidad del verso una adecuada mezcla de lo sublime y lo cómico, de lo familiar y lo elevado. Ya en su exilio londinense se había acercado Bello a este tipo de narración poética al traducir el *Orlando Innamorato* de Berni (tarea, como tantas otras, que dejó inconclusa y que retomaría en su fecunda vejez); ahora en Chile, acicateado sin duda alguna por el ejemplo de Mora, y con el modelo insuperable de esa nueva forma de épica moderna, el *Don Juan*, de Byron, intentaría componer una narración original: *El pros crito*. Pero de ella se hablará con más espacio en el capítulo VII.

26 Cf. José Joaquín de Mora: *Leyendas Españolas*, París, Librería de don Vicente Salvá, 1840, 606 pp. El prólogo ocupa las pp. V-XV.

27 Está reproducido por Amunátegui, en *Obras Completas*, Santiago, VII, pp. 301/311.

Baste subrayar por el momento su gusto por una poesía narrativa que sabe beneficiarse de lo mejor de la época y de lo más atractivo del estilo familiar. Como crítico, una vez más se adelanta Bello a señalar la posición estética que sólo más tarde asumirá como creador. Más explícitamente aún que en el artículo sobre las *Leyendas españolas* se explaya en otro dedicado a *La Araucana* (Nº 545, febrero 5, 1841). Allí dice, entre otras cosas: "El que introdujese hoy día la maquinaria de la Jerusalén libertada en un poema épico, se expondría ciertamente a descontentar a sus lectores. Y no se crea que la musa épica tiene por eso un campo menos vasto en que explayarse. Por el contrario nunca ha podido disponer de tanta multitud de objetos eminentemente poéticos y pintorescos. La sociedad humana contemplada a la luz de la historia en la serie progresiva de sus transformaciones, las variadas bases que ella nos presenta en las oleadas de sus revoluciones religiosas y políticas, son una veta inagotable de materiales para los trabajos del novelista y del poeta. Walter Scott y Lord Byron han hecho sentir el realce que el espíritu de facción y de secta es capaz de dar a los caracteres morales, y el profundo interés que las perturbaciones del equilibrio social pueden derramar sobre la vida doméstica. Aun el espectáculo del mundo físico, ¿cuántos nuevos recursos no ofrece al pincel poético, ahora que la tierra explorada en sus últimos ángulos nos brinda con una copa infinita de tintes locales para hermosear las decoraciones de este drama de la vida real, tan vario y tan fecundo de emociones? Añádanse a esto las conquistas de las artes, los prodigios de la industria, los arcanos de la naturaleza revelados a la ciencia; y dígame si, descartadas las agencias de seres sobrenaturales, y la magia, no estamos en posesión de un caudal de materiales épicos y poéticos, no sólo más cuantioso y vario, sino de mejor calidad, que el que beneficiaron el Ariosto y el Tasso. ¡Cuántos siglos hace que la navegación y la guerra suministran medios poderosos de excitación para la historia ficticia! Y sin embargo, lord Byron ha probado prácticamente que los viajes y los hechos de armas bajo sus formas modernas son tan adaptables a la epopeya, como lo eran bajo las formas antiguas; que es posible interesar vivamente en ellos sin traducir a Homero; y que la guerra, cual hoy se hace, las batallas, sitios y asaltos de nuestros días, son objetivos susceptibles de matices poéticos tan brillantes, como los combates de los griegos y troyanos, y el saco y ruina de Ilión

*"Nec minimum meruere decus vestigia groeca
Ausi deserere et celebrare domestica facta."*

La doctrina aquí expuesta no puede recibir otra calificación que la de romántica. Por la mención de la novela histórica a lo Walter Scott y de los poemas épicos modernos a lo Byron, por las alusiones directas a pasajes del *Childe Harold* y del *Don Juan*, no cabe la menor duda en cuanto a la posición de Bello frente a la épica del romanticismo. En realidad, el crítico iba abriendo el camino y señalando el rumbo al poeta creador de *El proscrito*. Pero hay más en el ensayo sobre *La Araucana*. En otro pasaje se detalla su posición frente a la lírica española, con una claridad y una visión tan amplia que merece examinarse detenidamente.

Arranca de un análisis del tono "*templado y familiar*" de Ercilla que a veces le parece "*desmayado y trivial*" y que sin duda lo rebaja a ojos de los españoles de la Edad de Oro. La alusión sirve de pie para una digresión en que Bello distingue en el momento culminante de la poesía española dos etapas: la edad de Garcilaso y Luis de León, de gusto "*más sano y puro*", y la edad de los sucesores, "*de refinada elegancia y pomposa grandiosidad*". En esta época "*los españoles abandonaron la sencilla y expresiva naturalidad de su más antigua poesía para tomar en casi todas las composiciones no jocosas un aire de majestad, que huye de rozarse con las frases idiomáticas y familiares, tan íntimamente enlazadas con los movimientos del corazón, y tan poderosas para excitarlos. Así es que, exceptuando los romances líricos, y algunas escenas de las comedias, son raros, desde el siglo XVII en la poesía castellana, los pasajes que hablan el idioma nativo del espíritu humano. Hay entusiasmo, hay calor; pero la naturalidad no es el carácter dominante. El estilo de la poesía seria se hizo demasiado artificial; y de puro elegante y remontado, perdió mucha parte de la antigua facilidad y soltura, y acertó pocas veces a trasladar con vigor y pureza las emociones del alma. Corneille y Pope pudieran ser representados con tal fidelidad en castellano; pero ¿cómo traducir en esta lengua los más bellos pasajes de las tragedias de Shakespeare, o de los poemas de Byron? Nos felicitamos de ver al fin vindicados los fueros de la naturaleza y de la libertad del ingenio. Una nueva era amanece para las letras castellanas. Escritores de gran talento, humanizando la poesía, haciéndola descender de los zancos*

en que gustaba empinarse, trabajan por restituirle su primitivo candor y sus ingenuas gracias, cuya falta no puede compensarse con nada."²⁸

Con esta declaración concluye el artículo que, ya se ha visto, no es ni más ni menos que una mesurada defensa del nuevo arte de trovar. Pero lo que levanta a Bello sobre los meros panegiristas del Romanticismo, lo que convierte estas declaraciones (que precedieron oportunamente los estallidos de 1842) en algo más que pirotécnica, es el fundamento crítico en que se basan. Cuando recomienda el ancho y vasto espectáculo del mundo actual como tema adecuado para la moderna época, Bello se basa en una consideración muy madurada del mejor arte moderno, el de Scott en la novela y el de Byron en la epopeya. Y cuando señala la artificiosidad de la poesía española del siglo XVIII lo hace apoyado en una concepción sumamente moderna (y que en el siglo XX reinventarían críticos y poetas) de la mejor poesía española: la de esa línea tradicional que arranca de los anónimos juglares de Edad Media y corre como una ancha y clara vena de agua, por debajo de los puentes del gótico florido, del conceptismo y culteranismo, de la pastoral anémica, hasta nuestros días. Bello se apoya sólidamente en su medievalismo para reconocer (como pocos, como casi nadie en 1841) esa constante profunda de la lírica española.

Dada la posición tan favorable al Romanticismo, si no francamente romántica, que demuestran todos sus textos de entonces no debe extrañar que un editorial de *El Araucano* (Nº 578, septiembre 15) se refiera elogiosamente a la empresa de publicar una colección de artículos de Larra en Chile. Por esa fecha ya se había publicado una en Montevideo (a ella alude también el editorial) que fue recibida con el mayor éxito. El editorial indica las condiciones de suscripción y sintetiza un juicio sobre el escritor con estas palabras: "*Las obras de Larra dan a la juventud instruída un pábulo doblemente apreciable porque en ellas a la originalidad de las ideas, a la variedad de estilos todos diestramente desempeñados, al chiste, a los destellos de un ingenio admirablemente fecundo, a la pintura fiel de costumbres que tienen un aire de familia con las nuestras, a la ligereza y facilidad, y de cuando en cuando a la profundidad filosófica, se junta el mérito de los principios eminentemente liberales y filantrópicos de que están, por decirlo así, empapadas.*" Al sintético elogio de Larra

28 Recogido en *Obras Completas*, Santiago, VI. pp. 459/70.

(de ese mismo Larra que esgrimirá un año después Sarmiento contra los discípulos de Bello) puede sumarse el análisis de la otra gran figura inicial del romanticismo español: el duque de Rivas. En vísperas de la polémica, Bello dedica un artículo de *El Araucano* (Nº 595, enero 14, 1842) al comentario de los *Romances históricos* publicados en París en 1841. "*Don Angel Saavedra [escribe] ha tomado sobre sí la empresa de restaurar un género de composición que había caído en desuetud. El romance octosilábico histórico, proscrito de la poesía culta se había hecho propiedad del vulgo; y sólo se oía ya, con muy pocas excepciones, en los cantares de los ciegos, en las coplas chabacanas destinadas a celebrar fechorías de salteadores y contrabandistas, héroes predilectos de la plebe española en una época en que el despotismo había envilecido las leyes, y daba cierto aire de virtud y nobleza a los atentados que insultaban a la autoridad cara a cara. Contaminado por esta asociación aquel metro en que se habían oído quizás las únicas producciones castellanas que puedan rivalizar a las de Grecia en originalidad, fecundidad y pureza de gusto, se creyó imposible, no obstante uno que otro ensayo, restituirlo a las breves composiciones narrativas de un tono serio, a los recuerdos históricos o tradicionales, en una palabra, a las "leyendas", que no se componían antes en otro; y llegó la preocupación a tal punto, que el autor del "Arte de Hablar" no dudó decir que, aunque el mismo Apolo viniese a escribirle no le podría quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara, ni extender en él, ni variar los periodos, cuanto piden alguna vez las epopeyas y las odas heróicas; desterrándolo así, no sólo de los poemas narrativos, sino de toda clase de poesía seria*".

Este cuadro histórico-literario, a pesar de su síntesis, tiene el mérito de situar exactamente al lector frente al problema que el crítico quiere considerar: la originalidad de la tarea emprendida por el duque de Rivas, al devolver al romance la categoría estética perdida desde el esplendor del Renacimiento. El enfoque es acertado. Una vez más es posible apreciar la justicia con que Bello califica al Romancero y establece su discrepancia con el vaticinio negativo de Hermosilla. El artículo continúa señalando: "*Don Angel Saavedra ha reclamado contra esta proscripción en el prólogo que precede a los "Romances históricos"; ha refutado allí la asección de Hermosilla con razones irrefragables; y lo que vale más, la ha desmentido con estos mismos "Romances", donde la leyenda aparece otra vez en su*

primer traje, y el octosílabo asonantado vuelve a campear con su antigua riqueza, naturalidad y vigor."

Bello señala asimismo la tarea precursora del duque de Rivas en *El moro expósito* (ya indicada por Mora) al vindicar "al endecasílabo asonante del menosprecio con que le trataron los poetas y críticos de la era de Jovellanos y Meléndez." Bello aparece aquí situado junto a Saavedra y los románticos —más adelante menciona con elogio a José Zorrilla— y frente a ciertos postulados de la escuela neoclásica. El artículo contiene otros párrafos interesantes, especialmente en lo que se refiere al tratamiento de las descripciones. El poeta antiguo, observa Bello, "no deja nunca a los personajes; absorbido en los afectos que pinta, se fija poco en la escena; parece mirar las perspectivas y decoraciones con los mismos ojos de su protagonista, no prestando a ellos, sino en cuanto dicen algo de importante a la acción, al interés vital que anima al drama." El caso de los modernos, y en particular del duque de Rivas, es sumamente distinto: "Nuestros contemporáneos, al contrario, presentan vastos cuadros en que un análisis, algo minucioso, dibuja formas, matiza colores, mezcla luces y sombras; y en esta parte pictórica ocupa a veces la acción tan poco espacio, como las figuras humanas en la pintura de paisaje; de lo que tenemos un ejemplo notable en el "Jocelyn" de Lamartine. Y no pinta solamente el poeta, sino explica, interpreta, comenta, da un significado misterioso a cuanto impresiona los sentidos; desenvuelve el agradable devaneo que las percepciones físicas despiertan en un espíritu pensador y contemplativo. La poesía de nuestros contemporáneos está impregnada de aspiraciones y presentimientos, de teorías y delirios, de filosofía y misticismo; es el eco fiel de una edad esencialmente especuladora."²⁹ No puede pedirse una adhesión más calificada a la estética y a la práctica de este primer romanticismo hispánico; el de Mora, Rivas, Larra.

ATAQUES A HERMOSILLA

Como una contraprueba de la posición francamente favorable a la estética romántica que demuestra Bello en vísperas de la polémica de 1842 podría citarse el análisis del *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, por José Gómez Hermosilla (*El*

29 Reproducido en *Obras Completas*, Santiago, VII, pp. 313/316.

Araucano, Nos. 585, 586, 589 y 609, de noviembre 5 y 12, diciembre, 3, 1841 y abril 22, 1842, respectivamente). Esta obra había sido publicada póstumamente por el editor Salvá, en París, 1840. Hermosilla era, ya se ha visto, uno de los defensores más empeñados de la reacción neoclásica. Su crítica, de observación menuda y anquilosada retórica, tenía enorme influencia en los círculos más conservadores. Aunque en sus clases Bello recomendaba el *Arte de hablar*, no dejaba de oponer ciertos reparos a sus concepciones estéticas y a sus juicios críticos. Algunos de esos reparos ya se han visto ventilados precisamente en ocasión del comentario de Rivas. Pero es en la serie de cuatro artículos que inserta en *El Araucano* donde mejor se puede ver su discrepancia esencial.

Ya en las líneas iniciales del primer artículo, que sirven de introducción general a la serie, se siente obligado a establecer reservas. "Los aficionados a la literatura hallarán en esta obra muy atinadas observaciones sobre el uso propio de varias voces y frases castellanas, y algunas también que tocan el buen gusto en las formas y estilos de las composiciones poéticas, si bien es preciso confesar que el "Juicio crítico" está empapado, no menos que el "Arte de Hablar", en el rigorismo clásico de la escuela a que perteneció Hermosilla, como ya lo reconoce su ilustrado editor." Y a continuación traza un distinguo entre la postura clásica y la romántica que puede ser considerado como la definición más completa y breve de un tema harto espinoso.

"En literatura, los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras para los primeros, es inapelable la autoridad de doctrinas y prácticas que llevan el sello de la antigüedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en su conato a emancipar el ingenio de las trabas inútiles, y por lo mismo perniciosas, confunden a veces la libertad con la más desenfrenada licencia. La escuela clásica divide y separa los géneros con el mismo cuidado, que la secta legitimista las varias jerarquías sociales: la gravedad aristocrática de su tragedia y su oda no consiente el más ligero roce de lo plebeyo, familiar o doméstico. La escuela romántica, por el contrario, hace gala de acercar y confundir las condiciones: lo cómico y lo trágico se tocan, o más bien; se penetran íntimamente en sus heterogéneos dramas: el interés de los espectadores se reparte entre el bufón y el monarca, entre la pros-

tituta y la princesa; y el esplendor de las cortes contrasta con el sordido egoísmo de los sentimientos que encubre, y que se hace estudio de poner a la vista con recargados colores. Pudiera llevarse mucho más allá este paralelo; y acaso nos presentaría afinidades y analogías curiosas. Pero lo más notable es la natural alianza del legitimismo literario con el político. La poesía romántica es de alcurnia inglesa, como el gobierno representativo, y el juicio por jurados. Sus irrupciones han sido simultáneas con las de la democracia en los pueblos del mediodía en Europa. Y los mismos escritores que han lidiado contra el progreso en materias de legislación y gobierno, han sustentado no pocas veces la lucha contra la nueva revolución literaria, defendiendo a todo trance las antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso de nuestros mayores; los códigos poéticos de Atenas y Roma, y de la Francia de Luis XIV. De lo cual, tenemos una muestra en don José Gómez Hermosilla, ultramonarquista en política, y ultraclásico en literatura."

La posición ecléctica de Bello, a igual distancia de los excesos de ambas escuelas, resulta irrefutablemente indicada en este texto, uno de sus más luminosos. Por sí solo, basta para despejar todo malentendido en cuanto a su verdadera posición estética exactamente en las vísperas de la polémica de 1842. El texto tiene otro valor, tal vez menos evidente pero de indudable importancia. Demuestra que Bello conoce ya la doctrina dramática de Víctor Hugo tal como aparece expuesta en el largo prefacio de *Cromwell* (1828) y en el más incisivo de *Hernani* (1830). Algunas frases de Bello — adviértase que digo: algunas— así lo indican. La vinculación entre la actitud polémica de clásicos y románticos con la de legitimistas y liberales había sido adelantada por Hugo al escribir: "*Il y a aujourd'hui l'ancien régime littéraire comme l'ancien régime politique*" (*Cromwell*) o al insistir: "*Le romantisme, tant de fois mal défini, n'est à tout prendre et c'est là sa définition réelle, si l'on ne l'envisage que sous son côté militant, que le libéralisme en littérature.*" (*Hernani*). Podrían relevarse otras semejanzas. Es evidente, por ejemplo, que al resumir los caracteres del drama romántico, Bello tiene en cuenta no sólo la práctica de Hugo sino la doctrina misma expresada en el prefacio de *Cromwell*.

La semejanza parcial entre el planteo de Hugo y el de Bello no puede hacer olvidar algo muy importante. Si bien Bello retoma puntos de vista del jefe del movimiento romántico francés, no adhiere a ellos

sin reserva. Su actitud es la de quien conoce la doctrina pero no la comparte ciegamente. De manera que si lo que se quiere probar es el conocimiento que hacia 1841 Bello tenía de Hugo y de sus teorías, su texto es harto elocuente, pero si lo que se quisiera probar es que Bello acompaña en todo a Hugo habría que desatender precisamente a lo que caracteriza mejor su actitud crítica de entonces: el maduro eclecticismo.

Pero hay más cosas todavía en este ensayo. En el párrafo siguiente al estudiado, y como introducción al análisis menudo de los juicios de Hermosilla, dice Bello: "*Mas aun fuera de los puntos de divergencia entre las dos escuelas, son muchas las opiniones de este célebre literato de que nos sentimos inclinados a disentir.*" Esta frase merece algún comentario. El crítico caraqueño insinúa allí una reserva general que no depende de la validez (o de la invalidez) de determinados juicios aislados, sino que va a la raíz misma de sus distintas concepciones del arte literario. Al definir a Hermosilla como ultra-conservador en política y ultra-clásico en literatura, Bello está definiendo por contraste precisamente lo que no es él; sus palabras son las de un partidario de la escuela romántica, aunque no las de un fanático. Esta divergencia básica no le impide señalar, un poco más menudamente, lo que constituye su discrepancia general con el punto de vista de Hermosilla. "*Si se presta alguna atención a las observaciones que vamos a someter a juicio de nuestros lectores [dice con modestia], acaso se hallará que las aserciones de Hermosilla son a veces precipitadas, y sus fallos erróneos; que su censura es tan exagerada, como su alabanza; que tiene una venda en los ojos para percibir los defectos de su autor favorito, al mismo tiempo que escudriña con una perspicacia microscópica las imperfecciones y deslices de los otros. Si así fuese, las notas o apuntes que siguen, escritos a la ligera en los momentos que hemos podido burtar a ocupaciones más serias, no serían del todo inútiles para los jóvenes que cultivan la literatura, cuyo número (como lo hemos dicho otras veces, y nos felicitamos de ver cada día nuevos motivos de repetirlo) se aumenta rápidamente entre nosotros.*"

No es posible, ni tal vez sea oportuno, analizar ahora al detalle las observaciones que merece a Bello el *Juicio Crítico* de Hermosilla. Baste señalar que su carácter de apuntes o notas (como él mismo las llama) no les quita nada de profundidad. Las intuiciones de Bello, sus propios juicios sobre los temas que Hermosilla acomete, han sido

largamente madurados. Quiero señalar aquí, por el interés que presenta para esta investigación, lo que se refiere al uso y abuso de la mitología pagana en los poetas de la escuela clásica. Aunque admirador de Moratín, no puede dejar pasar Bello lo que considera uno de los más graves defectos de este poeta y sobre el que resbala lo dogmático español. "*Otra cosa que notamos en las obras líricas de Moratín y de los más clasicistas [dice Bello], es el prurito continuo de emplear las imágenes de la mitología gentilica, de que no se han abstenido ni aun en sus composiciones sagradas. Nos choca la palabra "Averno" en asuntos tan eminentemente cristianos como el del soneto "A la capilla del Pilar de Zaragoza", y el del "Cántico de los padres del Lilubo". (...) Rarísimo será el soneto, oda, cántico, silva, romance en que no haya más o menos esta fantasmagoría mitológica. Da lástima ver ensartados en un estilo y versificación tan hermosos unas flores tan ajadas y marchitas. En las poesías bucólicas de los castellanos ha sido siempre obligada, por decirlo así, la mitología, como si se tratase, no de imitar a la naturaleza, sino de traducir a Virgilio, o como si las églogas o idilios de un siglo y pueblo debieran ser otra cosa, que cuadros y escenas de la vida campestre en el mismo siglo y pueblo, hermoçada en hora buena, pero animada siempre de pasiones e ideas que no desdigan de los actuales habitantes del campo. Ni aun a fines del siglo XVIII, ha podido escribirse una égloga sin forzar a los lectores, no a que se trasladen a la edad del paganismo (como es necesario hacerlo cuando leemos las obras de la antigüedad pagana), sino a que trasladen el paganismo a la suya"*"³⁰

Es cierto, y ya se ha observado en este mismo libro, que Bello censura ahora (en 1841) lo que practicó en su juventud caraqueña. Pero precisamente lo importante es que no haya permanecido inmóvil en la misma perspectiva que le ofrecía su educación humanística en una Caracas dieciochesca; lo valioso es que haya asimilado los fecundos años londinenses y que, lenta pero seguramente, llegara a repudiar los accesorios del clasicismo y aceptara los principios más perdurables del nuevo arte. El artículo sobre Hermosilla marca, en cierto sentido, la culminación de su acercamiento al arte romántico. En ese momento, no sólo su estética era moderna; también lo era su poesía, como se verá de inmediato.

30 Recogido en *Obras Completas*, Santiago, VII, pp. 265/93.

Los trece años largos que van desde su llegada a Santiago de Chile hasta el comienzo de la polémica del Romanticismo (abril, 1842) no pueden ser considerados muy fecundos del punto de vista de la creación poética. Si lo son en el terreno de la crítica, como poeta su obra de estos años resulta escasa y poco inspirada. Son años muy importantes, sin embargo, para el desarrollo interior de su poesía. Porque son los años en que al asentarse sólidamente su visión crítica del conflicto literario entre clásicos y románticos, al aceptar mesuradamente la nueva escuela, y en particular la influencia creciente de Byron y de Víctor Hugo, Bello moldea profundamente su visión creadora y prepara la cosecha lírica de los años posteriores a 1842. Si ahora el fruto es escaso y hasta incierto, si la producción parece obedecer más al estímulo externo y a la ocasión que a la imperiosa necesidad de comunicar una experiencia personal, estos años de rara creación son fundamentales para comprender el nuevo rumbo de su arte.

La evolución profunda que ocurre entonces en la intimidad del creador no puede ser estudiada sólo en los textos líricos. Este es el error más grave que han cometido sus críticos, desde Amunátegui hasta Fernando Alegría. La creación poética misma, en un hombre como Bello, no está desligada de la meditación crítica. Por eso, al mirar ahora los versos será necesario tener siempre a la vista los textos críticos coetáneos. Ellos ayudarán a mostrar las variaciones del humor, ellos revelarán el por qué de un cambio de rumbo que en 1841 se revela ya con evidencia incontrovertible.

Pueden calcularse en una docena las composiciones poéticas que han sido atribuidas a este período. Me refiero, es claro, a las completas o en estado bastante completo, no a los fragmentos o apuntes casuales que han sido rescatados de su papelería por la erudición venezolana.³¹ Muchas de estas composiciones son producto de lo que

31 Esta publicación se anunció en el plan de edición de *Obras Completas*, Caracas, I, p. XXII. Integra un volumen aparte, titulado *Textos de Elaboración Poética*. Su estudio permite precisar sin duda, con mayor detalle de lo que se ha hecho aquí con sólo los textos impresos a la vista, la evolución completa de la poesía de Bello. Pero no creo que los inéditos modifiquen el trazado general ni aporten revelaciones inesperadas. Por el contrario, confirman lo que ya era evidente en los textos impresos.

solía llamarse entonces la Musa patriótica. Son poesía de encargo (en el mejor, en el sentido valéryano, de la palabra). La lista la inaugura precisamente un poema *Al 18 de Setiembre* que se publica por vez primera en *El Araucano* (septiembre 25, 1830) y la cierra, prácticamente, otra composición sobre el mismo tema publicada en el mismo periódico once años después (septiembre 24, 1841).

Entre uno y otro poema recorre Bello toda la escala de su evolución poética. El primero manifiesta claramente la dicción neoclásica atenuada de las *Silvas Americanas*. Es cierto que sólo la dicción traiciona el viejo arte. No hay demasiada imaginación de receta ni dioses paganos; los nombres son deliberadamente americanos. Hay, incluso, algún acento que podría creerse nuevo. Así dice el poeta a la patria:

*A tu voz, cual incendio que violento
cunde por vasta selva y se derrama
así en alas del viento
de libertad la llama
voló del Biobío al Atacama*

Pero en la estrofa inmediata imperan los efectos tardíos de la retórica neoclásica:

*Atravesó la agigantada cima
de tus montañas el alegre canto;
corrió de clima en clima;
y entre furor y espanto
rasgó Iberia indignada el regio manto.*

Once años después, las ideas son las mismas, idéntico es el aliento patriótico (americano) que inspira al poeta. Sólo que la dicción ha cambiado por completo. Al cantar el día de la independencia de Chile dice ahora el poeta, ya romántico:

*Cánticos te celebran de victoria
que blanda el aura lleve
desde la verde playa hasta las cumbres
coronados de nieve.
Desde el desierto en que animal ni planta
viven, y sólo suena
la voz del viento, que silbando empuja
vastas olas de arena,*

*Hasta donde la espuma austral tachonan
islas mil, de la dura
humana ley exentas, paraísos
de virginal verdura, etc., etc.*

Podría citarse prácticamente todo el poema, si fuera necesario. Pero bastará (creo) con reconocer precisamente esa nueva dicción que ha ido creciendo dentro del poeta, que en cierto sentido lo ha devuelto a las fuentes originales de la lírica española y que presta una inusual calidez, una delicadeza de sonido, a una poesía que si ya impecable en su ritmo y en la precisión un poco seca de su música, parecía fallar precisamente en lo que tiene de más tembloroso y conmovedor la poesía. No quiero insinuar con esto que el segundo poema sea memorable. No lo es, y precisamente por no serlo, por pagar aún tributo a la artificiosidad del género (se inscriba o no en la línea neoclásica), por ser más vulnerable, permite apreciar mejor el camino recorrido en once años.

No es la única muestra del cambio interior. En un poema también circunstancial y compuesto hacia 1838, Bello parece empezar a aflojar las tensiones de la dicción neoclásica. Está dedicado a dos damas, doña Isabel Valdovinos de Muñoz y su hija Agustina Muñoz del Solar, en cuya casa de campo en los fundos del Olivar se hospedó Bello durante la convalecencia de una seria enfermedad. El poema no tiene mérito en sí mismo pero parece atravesarlo, singularmente, un soplo de emoción que el poeta prefería recatar siempre. *Adiós campiña hermosa*, dice el primer verso, y no sería ésta la última vez que dedicara sus versos a la naturaleza rústica. Pero, en donde parece advertirse mejor esa suave y casi imperceptible efusión es en las estrofas siguientes, en que continúa dirigiéndose al hermoso campo.

*Mientras mi pecho anime
el soplo de la vida,
esta alma agradecida
se acordará de ti
A enfermedad y pena
postrado el cuerpo estaba:
y mi vivir minaba
el tedio del placer.
Vine a tu caro asilo*

y respiré tu ambiente;
y el ánimo doliente
sentí la paz volver.
¿Cuál ignorado hechizo
pudo en mis fibras tanto?
¿Por qué secreto encanto
tan alto bien logré?

La respuesta es como todo el poema bastante previsible: el ignorado hechizo, el alto bien, es la solicitud, tan fina, de ambas mujeres. Pero si el texto no se distingue especialmente como creación, es indudable su importancia como testimonio de una actitud (hasta ese momento) inesperada. Allí condesciende Bello a la revelación directa de su emoción y de su debilidad. Para comunicar su intimidad prefirió siempre el distanciamiento que facilita la ficción neoclásica o la traducción, libremente retocada, de un texto ajeno. En este poema, y tal vez porque el sentimiento no tenía nada de ocultable, se muestra directamente emocionado. Y esto basta para revelar en su verso esa cualidad que altera en parte el calculado artificio de la poesía neoclásica. Este es el primero y tímido paso.

Una observación más. Nada dice Amunátegui en su *Vida* de esta enfermedad tan grave; los demás biógrafos ni la registran. Se ha sabido de ella por otros textos de Amunátegui; la fecha (1838) se ha conjeturado sólo recientemente.³² Y, sin embargo, este acontecimiento debe haber dejado alguna otra huella que el poema de gratitud. No es casual, me parece, que ese año de 1838 marque precisamente el momento en que Bello va a mostrarse cada vez más interesado en el arte romántico, que sus artículos de crítica (sobre Mora, sobre la *Araucana*, sobre Larra, sobre Hermosilla, sobre el duque de Rivas) iluminen entonces una doctrina que si no fue el primero en exponer en Chile, como asegura Amunátegui con evidente olvido de Mora, fue sí el primero en exponer con coherencia y equilibrio. Pero de la proyección de esta enfermedad sobre el tempera-

32 En la biografía de José Joaquín Vallejo, se refiere Amunátegui a esta enfermedad pero no indica su fecha. Cf. *Ensayos biográficos*, Santiago de Chile, *Imprenta Nacional*, 1894, III, pp. 197/98. La fecha ha sido sugerida por los editores de *Obras Completas* (Caracas, 1, p. 173 nota) que se apoyan en una carta de Bello a su hijo Francisco en que le comunica que ha estado en Olivar en 1838.

mento y el carácter de Bello, sobre su visión del mundo, no es posible adelantar por ahora otra cosa que estas conjeturas.

Un poco antes y en el mismo año que tradujo *Teresa* para su representación en el teatro de Santiago, había tenido oportunidad de retocar un poema que escribió Doña Mercedes Marín del Solar en ocasión del asesinato de don Diego Portales. La historia del poema la ha contado Amunátegui en unos apuntes biográficos sobre esta escritora y merece conocerse con algún detalle.³³ Doña Mercedes Marín puede ser considerada, según Amunátegui, como la segunda mujer escritora que produjo Chile. (La primera era una monja, que tenía visiones y a quien su confesor le recomendó las anotase). Doña Mercedes había nacido en 1804 lo que la hacía unos veinte años menor que Bello, y no había recibido ninguna educación, salvo la que ella misma se procuró con su afán desmedido por la lectura y, más tarde, por su trato con el escritor español don Ventura Blanco Encalada, a quien ya se ha mencionado en este estudio como amigo y defensor de Mora. Su educación personal la orientaba naturalmente al Romanticismo; en una carta abierta escrita en sus últimos años (está inserta en la *República Literaria*, N° 4, junio 25, 1865), Doña Mercedes lamenta que ya no se hagan tertulias literarias de jóvenes de ambos sexos como las que se formaban en su época y en las que se leían "*hermosas páginas de Fenelon, de Cervantes, de Chateaubriand, y en suma de Staël*", lo que es una selección bastante significativa de los gustos de su época.

Doña Mercedes Marín era una poetisa espontánea. No conocía las reglas de versificación. La influencia de Blanco la había hecho leer, *pele mèle*, a Alfieri y a Byron, a Luis de León y a Quintana, a Meléndez Valdés y a Arriaza. Había publicado ya algunos poemas fúnebres cuando el asesinato del poderoso político la conmueve de tal modo que, casi sin preparación, escribe un *Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales*.³⁴ En una nota que escribió para presentar su

33 Cf. *Doña Mercedes Marín del Solar* por Miguel Luis Amunátegui, Santiago, *Imprenta de la "República"*, 1867, 63 pp.

34 Cuando Mora publicó su famosa letrilla contra Portales, *El uno y el otro*, éste creyó, y así lo dijo en una carta, que la autora era doña Mercedes Marín del Solar (según cuenta B. Vicuña Mackenna en su *Don Diego Portales*, I, cap. 2, y reproduce Amunátegui en su libro sobre Mora, p. 263). La atribución era errónea pero basta para afirmar el aserto de doña Mercedes en el sentido de que no era partidaria de Portales.

trabajo en la *América poética* de 1846, ella misma comunica las circunstancias de su composición: "*Yo me sentí conmovida hasta lo íntimo de mi alma; y con todo, no he creído ser otra cosa en aquellos días, que intérprete fiel del sentimiento general. Mi canto balló eco en todas partes; y para mí tiene algo de muy extraordinario, que una simple mujer, poetisa improvisada al parecer sólo para aquel momento, sin relaciones de ninguna clase con Portales, se alzase entonando su elogio. La espontaneidad de este hecho, unida a la consideración de mi carácter personal, le dan cierta semejanza con aquellos testimonios que obtiene a veces la verdad, de un modo casual, de los labios de la inocencia y que tanto peso tiene en la balanza de la justicia*". La doctrina que subyace esta declaración no puede ser más romántica (aceptada, claro está la afirmación que le dicta la modestia en lo que se refiere a calificarse de "*poetisa improvisada sólo para aquel momento*") Y romántica era en efecto la composición. Aunque la forma es clásica y resuenan en ella ecos de Luis de León, la poetisa aparece también bajo la influencia de voces más cercanas y retumbantes: la de Hugo y la de Byron, por ejemplo. Romántica también, pero ahora no en el mejor sentido de la palabra, fue la manera de componer el poema, en una noche y sin mayor plan, a pesar de sus 324 versos.

Lo más sorprendente de todo es que doña Mercedes Marín (según declara) no pensaba editarlo y que fue Bello el que, después de examinarlo y "*de haberle hecho algunas ligeras correcciones*" (escribe Amunátegui), la convenció de que lo publicase y se ofreció a hacerlo en *El Araucano*, en cuyo número 361 (julio 28, 1837) se imprimió por vez primera. Su éxito fue enorme y sirvió para consagrar a Doña Mercedes. Se repitieron las publicaciones y abundaron los elogios. Ninguno tan mesurado como el del propio Bello. Algunos años más tarde, sin nombrarla directamente, pero individualizándola con nitidez, se refiere a ella con estas palabras: "*Cuanto más digno empleo es el que hace de su talento una poetisa chilena que sólo presta su voz a los afectos generosos, que ha cantado la libertad, la patria, los héroes de Chile; la musa de la caridad cristiana, que tiene gemidos para todos los dolores, y se goza en derramar flores (como ella misma dice) sobre la tumba del oscuro servidor del pueblo*".³⁵ Estas

35 Pertenecen a una memoria inédita de la Universidad de Chile que Bello preparaba hacia 1859 y que Amunátegui cita parcialmente en su *Vida*, pp. 500/01.

palabras caracterizan sin excesivo elogio el mérito relativo de una precursora del Romanticismo chileno, a cuyo alumbramiento poético le tocó asistir.

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA

Pero el mejor testimonio de la actitud romántica de Bello en las postrimerías de este período, tal vez el más fermental de su carrera literaria, no se encuentra por cierto en los retoques al *Canto fúnebre* de doña Mercedes Marín del Solar ni en su propio poema *Al 18 de setiembre*, sino en un canto elegíaco escrito en 1841. A las nueve de la noche del 31 de mayo se incendió ese mismo año en Santiago la iglesia de la *Compañía de Jesús*. Un mes y medio después aparecía un folleto anónimo con un canto elegíaco en quintillas. Su autor era notoriamente Bello.

Aunque sobreviven en el poema algunos procedimientos neoclásicos, aunque no falta la prosopopeya (la torre de la Iglesia, con su reloj, cae envuelta en llamas y en elocuentes palabras se despide de la patria y de Santiago), aunque atraviesa la composición ese aliento patriótico que parece de cuño tan quintanesco, son esas las notas accidentales. Domina la obra en cambio la dicción romántica; es imaginería romántica la que penetra sus versos y los ilumina desde dentro. Ya en la primera parte, dedicada sobre todo a la descripción del incendio y de su trabajo devorador, inserta Bello la horrible imagen de un espíritu que parece atizar el fuego y gozarse en él. Sobre todo en las partes III y IV (superada la prosopopeya de la torre) es donde resuena más claramente la nueva voz. La visión de la luna asomada a las ruinas, todavía encendidas por un último rescoldo, es introducida por medio de un movimiento de versos en que la imagen y el ritmo revelan el ejercicio romántico, en que la intuición del poeta, atizada por la ocasión reclama a la imaginería romántica sus prestigiosas figuras.

*Entre la vasta ruina;
tal vez despierta y se encumbra
llamarada repentina,
que fantástica relumbra,
y todo el templo ilumina;
Mas otra vez se adormece;
y solamente la luna,*

*cuando entre nubes parece,
sobre el arco y la columna
luminosa resplandece.*

*Y con pasmado estupor,
reciben nave y capilla
este tan nuevo esplendor,
lámpara sola que brilla
ante el Arca del Señor.
Y ya, si no es el graznido
de infelice ave nocturna
que busca en vano su nido,
o del aura taciturna
algún lánguido gemido,
o las alertas vecinas,
o anunciadoras campanas
de las preces matutinas,
o la lluvia que profana
las venerables ruinas.*

*Y bate la alta muralla,
y los sacros pavimentos,
triste campo de batalla
de encontrados elementos;
todo duerme, todo calla.*

A pesar de algún ripio que se le desliza entre los dedos (ese “*pasmado estupor*” del verso 151, por ejemplo), a pesar de que el tema de las ruinas tuvo también su auge en la poesía neoclásica, a pesar del giro de algunos versos, ya predomina aquí el movimiento de la nueva poesía, de ritmos menos simétricos, de musicalidad menos cortante, más blanda y asordada. Pero si aquí la sensibilidad parece más enternecida y la factura misma del verso revela una dicción capaz de conmoverse más hondamente, esa sensibilidad y esa dicción progresan hacia una mayor expresión romántica en la cuarta parte. La inquisición del poeta dentro de su propia sensibilidad, la mirada hundida en los pliegues del alma, otorga al verso esa indudable melancolía que los románticos supieron explotar con tanto acierto. Habría que citarla entera desde aquella estrofa que plantea la primera serie de interrogaciones;

*¿Cuando, a vista de un estrago,
dolorido el pecho vibra,
hay un sentimiento vago
que nos alienta; una fibra
que halla en el dolor halago?*

y que procediendo por acumulación introduce una estrofa de tan clara filiación romántica como ésta:

*¿O con no usada energía
despierta en tu seno el alma
y bulle la fantasía,
Noche oscura, muerta Calma,
solemne Melancolía?*

para presentar de inmediato al poeta en su perplejidad, su dolorida perplejidad dicha sin excesivo énfasis, pero nítidamente:

*Yo no sé, en verdad qué sea
lo que entonces la transporta;
absorbida en una idea
los terrenos lazos corta,
y libremente vaguea.*

Se encuentra aquí, sin duda un fino eco de la mejor poesía de Luis de León, sus hermosos y bien cortados versos de la *Oda a Salinas*, por ejemplo. Pero lo que se reconoce a través del poema de Bello no es la coincidencia con lo que Luis de León tiene de clásico (o de maestro de neoclásicos, mejor) sino con lo que tiene de más sobriamente conmovido. Y esa nota es la que se va acentuando en la cuarta parte a medida que la imaginación de Bello se enciende y le hace concebir la fúnebre procesión de muertos que preside el Obispo.

*En sus lechos se incorporan
las beladas osamentas
de los nichos en que moran
bajo sombras macilentas;
negras ropas las decoran*

*Grima me da, cuando miro
la procesión, que la grada
monta del hondo retiro,
y en dos filas ordenada,
hace en torno un lento giro.*

*Va a su cabeza un anciano;
una blanca mitra deja
asomar su pelo cano.
Cantan, y el canto semeja
sordo murmullo lejano.*

*Mueven el labio, y después
desmayados ecos gimen;
la luna pasa al través
de sus cuerpos; y no imprimen
huella en el polvo sus pies.*

*No, no es cosa de este mundo,
ni es lustre de ojos humanos,
el de aquel mirar profundo;
sendas hachas en sus manos
dan un brillo moribundo.*

*Y cuando atender se quiere
a lo que en el aire zumba
y en tristes cadencias muere,
se oye el cantar de la tumba,
el lúgubre Miserere.*

La quinta y última parte, con sus referencias al Tabernáculo Santo y a Jerusalén (ya anunciadas en las palabras de la última estrofa de la parte VI que parafrasean las del Salmo 50, v, 19, según indica en nota el mismo Bello), devuelve el poema a ese mundo de alusiones humanísticas en que se ha desenvuelto hasta ahora su mejor poesía. A pesar de todo, el clasicismo está aun vivo en el poeta³⁶.

UN COMENTARIO DE LA EPOCA

Si el poema parece hoy tan resonante de los ecos de la poesía del sepulcro y de las horribles visiones fúnebres del romanticismo ¿qué impresión causó a sus contemporáneos? Hay una crónica que preserva la primera impresión, fresca, de sus lectores de 1841. Fue publicada en el *Mercurio* de Valparaíso (julio 15, 1841) por uno de los más hábiles periodistas de entonces. El autor del artículo empieza por revelar

el secreto a voces de la paternidad del canto: "*Decir que esta bella composición se hace notable por la pureza del lenguaje, por la propiedad de los giros, y por la más acabada perfección artística sería revelar el nombre de don Andrés Bello, que, en grado tan eminente, conoce las bellezas del idioma, que, tan profundamente ha estudiado*". Pero el elogio del articulista va un poco más allá. Reconoce precisamente en el poema esos rasgos románticos que hoy parecen tan importantes: "*Mas lo que es digno de notarse [continúa] porque ello muestra el desapego del autor a las envejecidas máximas del clasicismo rutinario y dogmático es la clase de metro que, para asunto tan grave y melancólico, ha escogido, y que en tiempo atrás, sólo se usaba para la poesía ligera*". El articulista podría haber invocado aquí el precedente, por tantos conceptos oportunos, de Jorge Manrique en sus famosas coplas. Pero no lo hace. Y continúa su nota indicando, con cita puntual de algunos versos, los numerosos pasajes que le parecen de mérito. Su conclusión es que "*el tono general de la composición es elevado y lleno de recogimiento, descollando aquí y allá mil pensamientos delicados*".

No es posible seguir, paso a paso, sus observaciones. Se trata de un texto periodístico que no se propone un análisis muy detenido sino que, más bien, trata de señalar el mérito general y enfila algunas observaciones de detalle (incluso observaciones menudas) para dosificar mejor la opinión. Lo que da singular interés al artículo es la claridad con que reconoce en el canto elegíaco la nueva forma poética sobre la que busca llamar la atención de los entendidos. Tienen otro mérito también. La última parte está destinada a lamentar que no se den poetas en Chile, a preguntarse por las causas de esta anomalía. A la mención de algunos valores americanos que ilustran la lírica del momento, suma el nombre de doña Mercedes Marín, cuyo silencio lamenta públicamente³⁷.

Parece obvio apuntar que la última parte del artículo suscitó más comentarios que la primera. Entre otras cosas, porque nadie estaba dispuesto a disputar al articulista los verdaderos méritos del poema de Bello, pero todos los lectores (o habrá que decir: ¿todos los chilenos?) se sintieron heridos por la afirmación de que no había poetas en Chile. En realidad, el autor del artículo puso con toda intención polémica esa cauda a su comentario. Y la razón es sólo una: Sarmiento es el autor del artículo.

36 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 582/86.

36 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 190/98.

Con esa nota sobre el *Canto elegíaco* se inicia en Chile, realmente, lo que se ha llamado la polémica del Romanticismo, aunque las hostilidades públicas, con estrépito y furor, no se rompen hasta 1842. Queda para el próximo capítulo el análisis de este complejo asunto. Ahora baste señalar lo que importa en realidad el artículo de Sarmiento: el reconocimiento explícito de que Bello no sólo no es ningún fanático del neoclasicismo sino que es un poeta romántico, puesto en letras de molde por uno de los responsables más directos de esa falsa imagen de Bello conservador y neoclásico. La existencia de este artículo bastaría para demostrar qué fundamento tiene la tesis que esgrimirá Sarmiento en 1842.

Pero hay más. Hay mucho más. Todos los testimonios que este capítulo ha invocado: los artículos críticos de Bello, sus traducciones, los autores que publica o recomienda, los poemas que compone. Bello elogiando a Mme. de Staël o al duque de Rivas; Bello traduciendo a Alexandre Dumas y a Byron; Bello aplaudiendo la épica moderna, censurando a Herosilla y burlándose de las tres unidades; Bello escribiendo un canto elegíaco en quintillas, son otras tantas actitudes que el planteo polémico de 1842 hará parecer imposible y que, sin embargo, están documentadas minuciosamente por publicaciones que cubren más de una década. Hay algo en el texto ya citado de Bello sobre los clásicos y los románticos que explica profundamente su actitud. El crítico no contempla allí la batalla entre clásicos y románticos como un partidario del neoclasicismo; si sus simpatías no estaban ciegamente volcadas hacia el Romanticismo, tampoco estaban prejuiciadas por una doctrina ya superada y cuyas grietas advertía con tanta perspicacia. No tomaba partido en una lucha que parecía seguramente estéril. Como hombre auténticamente libre y maduro veía los excesos de la escuela clásica (*trillados senderos, trabas inútiles y por lo mismo perniciosas, antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso*, llega a decir de las reglas) pero veía también los excesos de la romántica (*confunden, a veces, la libertad con la más desenfrenada licencia*). Bello prefiere mantenerse al margen de esa agitación sin sentido, tomando de cada escuela lo que más se compadecía con su temperamento y con sus gustos profundos. Traducía a Byron y veneraba a Virgilio.

En sus palabras y en su actitud general hay, además, una clara simpatía por el nuevo movimiento que conoció desde sus orígenes en el prerromanticismo inglés del siglo XVIII. Desde la mención (tan reve-

ladora de su formación intelectual británica) sobre la alcurnia de la poesía romántica, hasta su atinada caracterización social del drama nuevo, todo en sus palabras sobre el conflicto entre clásicos y románticos, revela al espíritu esencialmente ecléctico y objetivo que busca la verdad estética y no procede impulsado por prejuicios; revela también, una actitud auténticamente liberal de comprensión y estímulo hacia las obras realmente nuevas. A este Bello antiacadémico y antidoctrinario es al que los fogosos románticos argentinos de 1842 presentarán como campeón de la reacción literaria, devoto de Herosilla y fanático de reglas que él había sido el primero en denunciar seriamente en Chile.

Cómo pudo producirse semejante confusión y cómo prosperó hasta invadir los manuales literarios es lo que tratará de explicar el capítulo siguiente. En realidad, y a los efectos de esta investigación, los textos convocados en este capítulo son hartos suficientes para demostrar la tesis general que aquí se sustenta; pero tal vez no baste rectificar un largo y persistente error. Tal vez sea necesario mostrar por qué se produjo, apoyado en qué débiles y circunstanciales fundamentos, por qué se perpetuó y por qué parece ejemplar hoy, a más de un siglo de distancia, mostrar los oscuros mecanismos que llevaron a tantos a creer en algo tan increíblemente falso.

CAPITULO VI

LAS POLEMICAS DEL ROMANTICISMO: SANTIAGO (1842)

ALGUNOS MALENTENDIDOS

Las controversias literarias que se conocen' con el nombre de polémica del Romanticismo y son generalmente asignadas al año 1842 (aunque se iniciaron un año antes y fueron virtualmente clausuradas por un discurso de Bello pronunciado en 1843) han merecido la atención de muchos historiadores de la literatura hispanoamericana. Esa atención no ha sido siempre favorable. Para unos la polémica tiene verdadera entidad y marca el momento en que, con el Romanticismo, ingresa en las letras chilenas una nueva generación: para otros, es un cúmulo de malentendidos en que el tema en discusión jamás aparece considerado en profundidad y en que (como pasa en toda polémica) se trata más de dañar al adversario con insolencia que de sostener una opinión coherente. Un crítico ha llegado a escribir que esta serie de polémicas "*son querella de significado puramente local y de una mediocridad, en cuanto a las ideas expuestas, que no pasará inadvertida al lector más benevolente*"¹.

A mi juicio no son ni una cosa ni otra: no es cierto que el Romanticismo ingresa en las letras chilenas como consecuencia de las mismas, según se ha demostrado en el capítulo anterior; pero sí es cierto que con ellas se expresa una nueva generación que ensaya el Romanticismo, aunque en una forma agresiva e indocta que pronto sería superada. No es cierto tampoco que tengan un significado meramente local ya que intervienen escritores chilenos y argentinos de indudable valor americano: aunque es cierto sí que predomina el localismo en el enfoque y la mediocridad en el ideario. El análisis

1 Cf. Fernando Alegría: *La poesía chilena*, ed. cit., p. 185.

que se ha proseguido en el curso de esta investigación obliga a plantearse de otra manera el problema de las polémicas del Romanticismo. Ante todo, deben considerarse como una etapa en el desarrollo de la nueva literatura chilena, como un esfuerzo de la misma en busca de su propia expresión (para utilizar la fórmula, tan acertada, de Pedro Henríquez Ureña). En este sentido, la labor de provocación que significan los artículos de Sarmiento y de López, aparece complementando (y no contrariando) la más serena prédica que diez años antes ya había iniciado, y continuaría más tarde, Andrés Bello. En las polémicas se ensaya una generación nueva.

Encaradas con una perspectiva estrictamente bellista, las polémicas tienen en cambio otro valor: muestran qué errados estuvieron muchos de sus contemporáneos, y hasta sus mismos discípulos, en juzgar su verdadera doctrina; muestran cómo hombres de la talla de Sarmiento, de Lastarria, de *Jotabeche*, de Sanfuentes, pudieron creer que Bello sostenía posiciones que ya habían sido superadas por sus propios artículos y por su práctica poética. Es un ejemplo más de la comedia de malentendidos que se crea en torno de todo nombre ilustre y a la que Rilke alude al hablar de la fama. Porque hay una polémica superficial (y mediocre intelectualmente) en la que Bello casi no interviene o interviene en forma circunstancial. Pero debajo de ella, y sustentándola y dándole sentido profundo, hay otra polémica no escrita que es la lucha de posiciones y jefaturas. Esta segunda es la verdaderamente importante porque ella compromete la orientación futura de las letras chilenas y determina quién habrá de marcar el rumbo. Es el magisterio de Bello lo que está realmente en cuestión. Debajo de los artículos periodísticos y de las agresiones verbales hay un conflicto hondo, de carácter generacional. En 1842 asoma una nueva generación a la vida chilena. Ha sido formada por Bello y en el ciego respeto de Bello. Pero ya tiene en 1842 otros jefes. Uno de ellos es Lastarria, el chileno; otro, el líder a contrapelo, el líder resistido y hasta vituperado y escarnecido por todos, es el argentino Sarmiento, el "cuyano". Bello tiene exactamente treinta años más que Sarmiento y los separa algo más que un par de generaciones; los separa la formación neoclásica y humanista del primero, su larga experiencia europea, su visión panorámica de una cultura verdaderamente universal. Sarmiento es un autodidacto de genio, uno de los grandes del idioma, pero es un individuo que procede a golpes de

intuición más que de meditación y que a los treinta años (su edad al iniciarse la lucha) es un exilado, un periodista, un agitador, y no un maestro. Lastarria tiene seis años menos que Sarmiento (treinta y seis menos que Bello) y ha sido formado por el caraqueño en sólidas disciplinas pero ya se manifiesta en él el temperamento romántico e inconformista que daría su sello a la generación, que a él lo marcaría para siempre como rebelde, como solitario.

Por el contraste entre los tres hombres, más que por el contraste entre sus ideas o sus posiciones, adquiere la polémica un sentido profundo. Si se la considera en este plano dramático se la puede entender mejor y se puede valorar más finamente su verdadera influencia en el desarrollo de la literatura chilena y en la carrera posterior de Bello, tema particular de esta investigación. Habrá que empezar, pues, por situar a Lastarria y a Sarmiento en el cuadro. Porque si este último parece la figura central del episodio no es, sin embargo, la que le da todo su sentido.

LOS RECUERDOS DE LASTARRIA

A los pocos días de instalarse en Santiago, conoció Sarmiento a Lastarria. Este encuentro, que el segundo ha contado en páginas magistrales de sus *Recuerdos Literarios*² y al que no se refiere para nada el polemista argentino en sus *Recuerdos*, es el punto de partida de una amistad que habría de tener largas consecuencias para la cultura chilena. Para entenderlo hay que empezar por el principio. Lastarria tenía entonces (enero, 1842) unos veinticuatro años. Había sido discípulo de José Joaquín de Mora en el fugaz *Liceo de Santiago* y sentía por el inquieto gaditano una admiración que se transparenta en cada línea de sus *Recuerdos*. Desaparecido el *Liceo* (y Mora de Chile), Lastarria pasa bajo la tutela de Andrés Bello. Aunque estudió largos años con él, aunque se formó a su lado, y continuó en estrecho contacto con el venerable caraqueño, apareciendo a ojos de todos como uno de los más fieles discípulos, Lastarria era en

2 Para la redacción de este capítulo, y parte del siguiente, ha sido fundamental el libro de J. V. Lastarria: *Recuerdos Literarios*, cuya primera edición es de 1878. Aquí se ha utilizado la segunda, revisada por el autor: Santiago, *Librería de M. Servat* 1885, 605 pp. Esta obra incorpora los *Recuerdos del maestro*, que he citado en el capítulo anterior.

realidad el discípulo rebelde. Sin fuerzas suficientes para liberarse pero sintiendo cada día más el peso abrumador de la tutela, reaccionando visible u oscuramente contra ella, en constante movimiento dialéctico de aceptación y rechazo.

Casi todos los testimonios de este conflicto interior figuran en un libro que no se redactó hasta 1878, cuando ya hacía unos trece años que había muerto el maestro. Una cuidadosa lectura permite advertir las alternativas apasionadas de la relación de Lastarria con Bello. Ante todo hay que señalar que el conflicto entre ambos tiene los rasgos más característicos del combate generacional. Pero en este caso el combate se agrava, se hace más penoso y hasta más difícil de iluminar, por la circunstancia de ser el más joven discípulo directo del mayor y estar con él en una relación casi de hijo a padre. Por eso, instintivamente y desde un comienzo, Lastarria necesita afirmar su personalidad. La única manera de hacerlo a sus veinte años es la protesta verbal. Lastarria no puede postularse a sí mismo todavía (luego lo hará sin embozo), como modelo o como jefe. Busca entonces en hombres mayores, coetáneos de Bello, la figura que pueda oponer al maestro, la que le permita independizarse.

Mora es el primero y en esto vio claro Lastarria. No es necesario volver a analizar la relación Mora-Bello y lo que ella importa en el desarrollo de la cultura chilena. El proceso ya ha sido estudiado en el capítulo IV de este libro. Ahora interesa mostrar qué visión ofrece Lastarria de ambos. Lastarria empieza por exagerar la influencia del gaditano. Es cierto que fue para él de primer orden porque le señaló el camino de la liberación de su propia personalidad. Pero esto no ocurrió con todos. También José Joaquín Vallejo y Salvador Sanfuentes fueron discípulos de Mora y para ellos no pasó el gaditano de ser iniciador en una actividad en la que Bello sería el verdadero maestro. En sus *Recuerdos Literarios* Lastarria confunde el impacto de la influencia de Mora sobre sí mismo con el impacto de Mora sobre toda la cultura chilena.

Ya en una carta-polémica enviada a Benjamín Vicuña Mackenna ("*nuestro carísimo amigo y discípulo*", lo llama) y que se publicó en el *Ferrocarril* de febrero 15, 1871, trata Lastarria de demostrar que fue Mora y no Bello quien señaló la verdadera ruta del desarrollo de la cultura chilena, desviándola de la nefasta influencia colonial española y orientándola hacia Inglaterra (sobre todo en el aspecto político) y hacia Francia. Bello, en cambio, aparecería según este enfoque como el contrarrevolucionario que restaura lo hispánico en

su sitio de privilegio y promueve una vuelta hacia el neoclasicismo. Lastarria llega a escribir: "*Andrés Bello es el corifeo de la contrarrevolución intelectual que usted atribuye a Mora, y éste es uno de los que en años anteriores habían iniciado la cruzada literaria que usted atribuye a don Andrés*". Entrando luego en detalles, apunta la formación inglesa de Mora, su afición por Bentham y la introducción de las doctrinas de este filósofo en Chile, la enseñanza del derecho romano por Heinecio (en vez del mediocre Vinnio), de la literatura por Hugh Blair en vez de los rutinarios retóricos españoles.³

En esta carta, así como en otros pasajes de los *Recuerdos*, acumula Lastarria sobre la cabeza de Bello toda clase de adjetivos que apuntan a la formación de una sola imagen: la del maestro caraqueño como un retrógado hispanizante, como reaccionario de la peor especie. Para nada atiende, por ejemplo, a que lo que dice de Mora pueda decirse asimismo de Bello; también éste se formó en Inglaterra, fue discípulo y amigo personal de Bentham, en sus clases enseñaba por Heinecio y por Blair. Todo esto lo olvida o lo tergiversa Lastarria en su afán de presentar a Mora como jefe de una escuela literaria que Bello habría desvirtuado. Casi como a desgano tiene que reconocer en una página que efectivamente éste enseñaba a Bentham (primera parte, XI) y en otra que utilizaba a Blair (id., XXIII) y en otra que hasta lo había iniciado en la consulta del *Dictionnaire de la Conversation*, libro que Lastarria más tarde había de adquirir de Sarmiento (id., XXV).

Porque la verdad es que los *Recuerdos Literarios* prueban mucho más de lo que el autor quiere. Entre otras cosas —y esto es lo que ahora interesa aclarar— prueban a contrapelo el indudable magisterio de Bello y su orientación superior de la cultura chilena. Pero es muy otra la imagen que quiere dibujar Lastarria. En las páginas que escribió en 1874 (están recogidas parcialmente en los *Recuerdos*) traza una imagen muy particular del maestro. Vale la pena repararla ahora.⁴

El momento que evoca Lastarria es el año 1834, cuando Bello empieza a enseñar en privado un curso de Gramática y Español, y otro de Derecho Romano y Español. Además de Lastarria asistían Carlos

3 La carta aparece citada por Lastarria en sus *Recuerdos literarios*, cap. III, pp. 15/20.

4 Cf. *Recuerdos literarios* cap. XII, pp. 65/70.

y Francisco, los dos hijos mayores de Bello, Calixto Cobina, José María Núñez, Salvador Sanfuentes, Manuel A. Tocornal, Juan Enrique Ramírez y Domingo Tagle. (Esos son los nombres que destaca Lastarria, aunque no eran evidentemente los únicos). *"La enseñanza de aquellos ramos [comenta] era vasta y comprensiva, bien que adolecía de cierta estrechez de método, de la cual no había podido emanciparse el maestro, obedeciendo a las influencias de la época en que se educara"*. Lastarria señala que Bello discutía minuciosamente todas las cuestiones; que tenía la costumbre de ir escribiendo sus textos a medida que los enseñaba, y califica las clases de *"largas y amenas conferencias que tenía con sus alumnos"*.

El retrato presenta objeciones, y graves: *"El señor Bello era sumamente serio, impassible y terco. Nunca explicaba, sólo conversaba, principiando siempre por exponer una cuestión, para hacer discurrir sobre ella a sus discípulos. En estas conversaciones discurría y discutía él mismo, casi siempre fumando un enorme habano, hablando parcamente, con pausa y sin mover un músculo de sus facciones, sino cuando las genialidades de Tagle le hacían olvidar su seriedad. Entonces se humanizaba y reía con gusto. El aula era su escogida biblioteca, y todas las consultas de autores se hacían por los alumnos bajo la dirección del maestro. Las cuestiones de derecho eran debatidas largamente, hasta que se examinaban todos los detalles, todos los casos de cada una"*.

Por la descripción de Lastarria se puede deducir que el método de Bello era el de indicar el rumbo al alumno para obligarlo a hacer personalmente el trabajo de consulta directa de las fuentes, de crítica de las mismas, de análisis e interpretación. Es decir, era el suyo un método en que el maestro aparece como firme orientador pero que tiende a desarrollar el sentido de investigación en el propio alumno. Es cierto que ese método no era único y se completaba por medio de la discusión, de la dialéctica de clase. Lastarria completa su censura con estas palabras: *"Mas esta manera de hacer estudiar a los alumnos, que tan provechosa puede ser con una dirección filosófica, perdía toda su utilidad con aquel método fundado en la enseñanza de los detalles, bueno sin duda para formar abogados casuistas y literatos sin arte. El señor Bello era filósofo, pero en la enseñanza obedecía a ciertas tradiciones, de las que no se apartaba en aquellos tiempos, aunque después las abjuró"*.

El testimonio posterior de Amunátegui (que fue discípulo de Bello a partir de 1847)⁵ demuestra que en cuanto al método de dialéctica pedagógica, el maestro no había cambiado nada. Pero Amunátegui aplaude en tanto que Lastarria condena. Lo que pasa es que éste último se oponía por temperamento a Bello y a su método de investigación que se apoya en la escuela escocesa de filosofía. Lastarria era un dogmático, un intuitivo que procede por grandes visiones, no siempre apoyadas en los hechos (como habría de reprocharle Bello al analizar, mucho años más tarde, su *Memoria histórica* sobre la colonia).⁶ No tenía paciencia para verificar minuciosamente cada detalle que pudiera sostener o refutar sus veloces teorías. Apelaba a los hechos para dar un barniz de realidad a sus especulaciones, pero no vacilaba en alterarlos en sustancia o en la circunstancia si le resultaban incómodos. Bello, en cambio, era hombre de infinita paciencia y de verdadera mentalidad científica. No era la formación escolástica de la colonia, como creía el discípulo, sino el aprendizaje de sus años londinenses, la que determinaba ese respeto por los hechos que le había permitido edificar —en gramática como en derecho, en psicología como en crítica literaria— sólidas construcciones que sobreviven hasta hoy al desgaste del tiempo.

Otra era la visión de Lastarria como discípulo. De ahí que concluye su retrato con este análisis: *"Era filósofo, pero como literato, no dejaba nunca de ser retórico, y prescindía de los principios racionales de la ciencia, del conocimiento filosófico de los elementos del arte, y de los diversos géneros de composición, sujetándose constantemente, al tratar de estos géneros, a las reglas empíricas. Conocía completamente la historia de la literatura española como la de otras, pues era un formidable investigador en historia literaria, como lo son en la civil Barros Arana y Amunátegui; pero jamás se elevaba a contemplar las obras, según las influencias sociales de las épocas, según los progresos y los principios filosóficos comprobados por los hechos mismos"*. La objeción es comprensible. Lo que Lastarria reprocha a Bello es que no sea Lastarria: id est: que no utilice la literatura como documento histórico o social. Pero si se hubiese colocado en el punto de vista del crítico y del investigador literario, si hubiese estudiado realmente los artículos publicados por Bello en *El Araucano*, o antes aún

5 Cf. *Vida*, pp. 344/51.

6 Este escrito se analiza en el capítulo siguiente.

en Londres, esos artículos que resumían la sustancia primera de sus lecciones, habría advertido que el maestro partía de un conocimiento muy minucioso de esas influencias sociales y de esos mismos principios filosóficos que Lastarria invocaba sin profundizar. Que por eso mismo podía precisar cada uno de los detalles de su investigación sin deformar la visión del pasado con las intuiciones y los valores del presente. Piénsese todo lo que significa su medievalismo, su interpretación del *Poema del Cid*, y en la época misma de las más delirantes fantasías filológicas, para advertir lo atinado de su método, y la sólida base social, histórica y filosófica de sus trabajos. Lo que Bello no hacía, y nunca quiso hacer, fue sustituir el análisis literario por el social; pasar a primer plano en literatura lo que es sólo fondo o marco. En una palabra, no quiso ser lo que fatalmente quería Lastarria que fuese: un Taine.

El análisis del discípulo prosigue indicando más vastas zonas del Bello literato. *"Y eso que enseñaba, era lo mismo que él practicaba. Cultivó la poesía con esmero, y concebía admirablemente las situaciones plásticas de la naturaleza; pero sus inspiraciones se traducían en lo sensible tan dominadas por las exigencias de la poética, que su versificación aunque irreprochable y verdadero modelo de elocución, era trabajosa e inarmónica. Cultivaba la historia literaria, mas en su estudio del poema del Cid y en otros, se revelaba solamente el gran erudito, pero no el filósofo. Se dedicó mucho a la didáctica sociológica y aun, a veces, empleó la oratoria académica en grandes solemnidades; pero sus obras impecables a los ojos de la gramática y de la retórica, mostraban patentemente que la gran actividad de su espíritu había sido sacrificada por las conveniencias literarias y sociales, al dar forma sensible a sus ideas y a sus vastos conocimientos"*.

Para Lastarria aunque Bello era un filósofo, como literato era sólo un erudito, un gramatiquero, un retórico. No hay peor ciego que el que no quiere ver. Lastarria, que se autodenomina *"discípulo predilecto"* (Primera parte, II), que vivió a la sombra del maestro y de su influencia los mejores años de su vida, que continuó tratándolo hasta su muerte, no ve, no quiere ver en Bello escritor, más que el erudito y el retórico. Lo que no puede dejar de ver y registrar es la importancia de su influencia personal.

"La influencia de tal magisterio [concluye] fue inmensa en aquella época, fue casi una dominación. Los discípulos del señor Bello salían diariamente de su aula a difundir las ideas y el método del señor Be-

llo maestro; y éste no descuidaba de estimular a los que ya eran profesores en los colegios de Santiago, a que propagasen el estudio de la lengua y de la literatura. Se dolía de los vicios del habla castellana en Chile, y los maestros novicios se convertían en furiosos puristas, difundiendo entre sus alumnos el mismo prurito. De 1835 a 42, toda la juventud distinguida de Santiago era casuista en derecho y purista y retórica en letras. El espíritu filosófico atravesaba como una ráfaga de luz la mente de los estudiantes, mientras asistía a los cursos de legislación y filosofía del Instituto; pero en cuanto ellos pasaban a los cursos superiores y se enrolaban en los círculos elegantes de casuistas y retóricos, aquella luz se apagaba, para no renacer. El atraso social y la situación política así lo requerían, y eran parte muy principal en que prevaleciera aquella influencia. Los espíritus activos de la sociedad estaban aún en germen, y la política exclusiva del gobierno personal había apagado de tal manera el espíritu público, que no le dejaba otra senda franca que la de la elegancia en las formas".

El meollo social y político de la oposición de Lastarria se encuentra en este último párrafo. Al asimilar a Bello a las fuerzas políticas de la reacción concluye Lastarria su curioso tributo. Bello es retratado como un magnífico maestro que, al fin y al cabo, sólo cala la corteza, la pulida forma y nada más. Que permanece ciego e impasible frente a los cambios políticos y sociales; que trabaja para una élite de privilegiados reaccionarios. Lo que no ve Lastarria es que cuando Bello llega a Chile, con su sólida formación londinense, se encuentra con que allí había que hacerlo todo a la vez. Había que fundar la enseñanza superior y la primaria, había que legislar y dar normas literarias, había que crear y criticar. Bello hizo todo esto. No lo hizo solo y no lo hizo en el desierto. Pero lo hizo él. Y una de las maneras fecundas de hacerlo fue formando a quienes podían orientar la cultura chilena del futuro, formando a los más diversos discípulos: al satírico *Jota-beche* y al triste Sanfuentes, al positivista Lastarria y al anarquista Bilbao. A blandos y a extremistas, a los epígonos y a quienes entrarían a saco en sus métodos y en su enseñanza. A Amunátegui y a Lastarria, en una palabra.

Que Bello consideraba parte fundamental de su enseñanza continuar la orientación del alumno, ya formado, *después* de haber salido de sus manos, lo demuestra el mismo Lastarria cuando afirma que a diferencia de aquellos sus amigos que veían con recelo y disgusto los

planes de reforma que él concebía, “*el señor Bello, en su honor debemos decirlo (. . .) lejos de reprobarnos, nos estimulaba, discutiendo y aconsejándonos cada vez que nos acercábamos a consultarle, lo que hacíamos con frecuencia. Otra vez ya lo hemos dicho, su espíritu por entonces tomaba nuevos rumbos, y ese cambio progresivo en sus ideas, que se operó siempre hasta en su más avanzada edad, es uno de los caracteres más notables de su vida literaria*”. ¿Es creíble, podría haberse preguntando el memorialista al escribir este párrafo, que un hombre que hasta en su ancianidad leía ávidamente (lo confirma Lastarria en carta a Sarmiento de abril 15, 1884), un hombre que siempre estaba dispuesto a aprender y a modificar sus puntos de vista con el aporte de nuevos trabajos e investigaciones; ¿es creíble que este Bello del párrafo transcrito sea el mismo que Lastarria quiso presentar poco antes como endurecido irremediamente por la formación escolástica y neoclásica de su juventud, como discípulo à outrance de Hermosilla, como reaccionario y terco? El propio Lastarria ofrece los mejores argumentos y los testimonios para desechar sus conclusiones.

En otro capítulo de los *Recuerdos* (el XII), y al referirse otra vez a la prédica de Bello en favor de la enseñanza literaria (“*Para formar buenos escritores*”, tan necesarios entonces), Lastarria agrega algunos elementos más a su retrato de la influencia del magisterio del ilustre caraqueño. Se refiere a su propia labor de pedagogo y dice: “*En estos establecimientos dirigíamos varios cursos y dábamos la preferencia al de literatura, para obedecer el consejo del señor Bello, estimulando con nuestro ejemplo a los jóvenes para que escribieran o tradujeran, y promoviendo entre los que ya habían dejado de ser alumnos el gusto de la literatura dramática, que el señor Bello deseaba fomentar. Aprovechando la afición al teatro, que en 1840 despertaba una de las mejores compañías de verso que nos han visitado, promovíamos entre los jóvenes de más aptitudes la empresa de traducir para nuestra escena los dramas afamados de la literatura francesa, en lo cual nos había dado y nos daba el ejemplo el mismo señor Bello*”. Para los lectores del presente libro no puede resultar novedoso este nuevo elemento del retrato. Pero es revelador el hecho de que, poco a poco, y casi contra su voluntad, el discípulo tenga que ir señalando los rasgos perdurables del maestro, precisamente los que mejor desmenten su teoría.

Tal es la relación entre Bello y Lastarria, como la evoca éste en sus *Recuerdos literarios*. Este joven de veinticuatro años que entra un día de enero de 1842 al humilde cuarto de Sarmiento, es el discípulo de Bello; es el joven que acata pero se resiste, que en privado y en público ventila sus censuras a un magisterio que pesa fuertemente sobre él, y sobre todo, que busca (tal vez sin saberlo él mismo) en este argentino, de tan extraña apariencia, un aliado o un maestro para la lucha que habrá de entablar la nueva generación contra Bello y en pro de la nueva cultura chilena. Su evidente juventud, su condición de discípulo, su propia indeterminación, van a hacer oscilar sus relaciones con Sarmiento entre la amistad y la lucha, entre la colaboración y la polémica. Entre Bello y Sarmiento, Lastarria habrá de trazar un camino no siempre nítido, no siempre claro, no siempre justificable, pero de cuya exacta comprensión depende muchísimo el juicio que merezcan las polémicas del Romanticismo.

Pero ¿quién era Sarmiento en enero 1842?

SARMIENTO EN CHILE

En uno de los capítulos de *Recuerdos de Provincia* (1850) cuenta Sarmiento cómo y en qué condiciones llegó a Chile. El libro se publicó exactamente a los diez años de ese suceso y en Santiago mismo. Lo que allí se dice es fundamentalmente cierto, aunque otras fuentes agregan detalles, precisan contornos y, es claro, proporcionan valiosísimos puntos de vista contradictorios. Pero puede seguirse la narración por el hilo mismo que el libro facilita, intercalando oportunamente otras referencias.⁷

Sarmiento pasa desterrado por los baños del Zonda, el 19 de noviembre de 1840; allí escribe, “*con la mano y el brazo que habían llenado de cardenales el día anterior*”: *On ne tue point les idées*, y entra en un mundo nuevo para él que lo impresiona por la cantidad y eminencia de las figuras que lo pueblan. “*Si me hubiese preguntado a mí mismo entonces, si sabía algo de política, de literatura, de economía y de crítica, habríame respondido francamente que no*”. Sin em-

7 Son numerosas las ediciones de *Recuerdos de provincia*. Aquí se ha utilizado la que tiene prólogo y notas de Jorge Luis Borges: Buenos Aires, Emecé Editores, 1944, 320 pp. El capítulo *Chile* ocupa las pp. 15/47.

bargo, apenas llega va a empezar a escribir, y a escribir con soltura y poder suasorio, sobre política y sobre literatura, sobre economía y sobre crítica.

El artículo que lo reveló al exigente mundo chileno fue uno sobre la batalla de Chacabuco, publicado en *El Mercurio* de Valparaíso a los ochenta días de su llegada. El propio Sarmiento cuenta sus experiencias de articulista novato: *"Mi oscuridad, mi aislamiento, me anonadaban menos que la novedad del teatro y esta masa enorme de hombres desconocidos, que se me presentaban a la imaginación cual si estuvieran todos esperando que yo hablase para juzgarme. Bajo el aguijón de la duda, como el dramata novel, aguardé la llegada del "Mercurio" del 11 de febrero de 1841. Un solo amigo estaba en el secreto: yo permanecía en casa escondido de miedo. A las once trájome buenas noticias: mi artículo había sido aplaudido por los argentinos; esto ya era algo. A la tarde se hablaba de él en los corrillos, a la noche en el teatro; al siguiente día supe que don Andrés Bello y Egaña lo habían leído juntos, y hallándolo bueno. Dios sea loado! me decía a mí mismo, estoy ya salvo. (...) El éxito fue completo y mi dicha inefable, igual sólo a la de aquellos escritores franceses que, desde la desmantelada guardilla del quinto piso, arrojan un libro a la calle y recogen en cambio un nombre en el mundo literario y una fortuna. Si la situación no era igual, las emociones fueron las mismas. Yo era escritor por aclamación de Bello, Egaña, Olañeta, Orjera, Minvielle, jueces considerados competentes. Cuántas vocaciones erradas había ensayado, antes de encontrar aquella que tenía afinidad química, diré así, con mi esencia!"*

Sarmiento vino, vio, venció. Pocas veces una reputación se había edificado tan brillantemente sobre un solo texto. La opinión de Bello (que trasmite uno de los biógrafos del argentino) es terminante: *"Es algo nuevo en Chile, estilo, ideas, todo encierra una revolución. No es de aquí el que esto ha escrito: no parece argentino el lenguaje, no es española la materia del artículo"*. La perplejidad de Bello, la vacilación en cuanto al origen, son las del crítico que se enfrenta por vez primera con un autor nuevo, verdaderamente original.⁸

8 Cf. Alberto Palcos: *Sarmiento*, Buenos Aires, *El Ateneo* 1929, p. 42. No he encontrado esta referencia en otras biografías de Sarmiento, ni siquiera en la interminable de Ricardo Rojas.

El cuyano autodidacto, sin vocación definida, que llega a refugiarse a Santiago en 1840 ya era, antes de los tres meses, un escritor reconocido en Chile. Un año y cientos de artículos después, el mismo autodidacto de treinta años, era una de las autoridades del periodismo chileno, una de las pocas personas cuyas opiniones podían promover polémicas y sacudir la opinión pública. Antes del año y medio de residencia, se enfrentaba con el magisterio de Bello, con ese mismo magisterio que le pareció en febrero 12, 1841, traer el espaldarazo consagratorio. No es oportuno trazar aquí la trayectoria completa de ese año y medio. Bastará indicar las líneas generales, deteniéndose únicamente a considerar los momentos que preparan el estallido polémico de 1842. Lo que parece indudable (y el mismo Sarmiento centra en ello toda su actuación chilena) es que su posición tenía un fundamento político. No de baja política o de política partidista, sino de política en el sentido más general y amplio de la palabra. Sarmiento dejaba en su patria la tiranía de Rosas y en Chile encontraba el conflicto entre conservadores y liberales en una de sus fases más agudas. *"Con mi educación libre, con mis treinta años llenos de virilidad, las ideas liberales [dice en Recuerdos de provincia] debían ser un hechizo, cualquiera que fuere el que las pronunciara. El partido pipiolo me envió una comisión para inducirme a que tomase en la prensa la defensa de sus intereses, y para asegurar el éxito, el general Las-Heras fue también intermediario. Pedí ocho días para responder, y en esos ocho días medité mucho, estudié a ojo de pájaro los partidos de Chile, y saqué en limpio una verdad que confirmaron las elecciones de 1841, a saber, que el antiguo partido pipiolo no tenía elementos de triunfo, que era una tradición y no un hecho; que entre su pasada existencia y el momento presente, mediaba una generación para representar los nuevos intereses del país"*. Sarmiento había visto rápido y había visto bien.

Para tomar esta decisión, debió considerar asimismo su condición de exilado del régimen rosista que aparecía dedicado a presentarlo como mero agitador. *"Necesitábamos, por el contrario, probar a la América, que no eran utopías lo que nos hacía sufrir la persecución, y que dada la imperfección de los gobiernos americanos, estábamos dispuestos a aceptarlos como hechos, con ánimo decidido, yo al menos, de inyectarles ideas de progreso"*. En las vísperas de las elecciones, Sarmiento decide pues no aceptar la solicitud del partido *"pipiolo"*. Conoce en cambio a don Manuel Montt, ministro y jefe del partido que *"de*

pelucón había pasado, rejuveneciéndose en su personal e ideas, a llamarse moderado". La amistad con Montt va a determinar su orientación, va a permitirle organizar su prédica con una solidez que, por sí mismo, el exilado no podía tener.

Porque Sarmiento necesitaba de toda su fuerza, de toda la virilidad plena de sus treinta años, para atreverse a emprender el ataque continuado, brillante, incisivo, intolerable, que en sus años de Chile no dejó un solo instante de realizar. Montt le había dicho cuando su primera entrevista: "*Las ideas, señor, no tienen patria*", y esas palabras de un hombre parco y concentrado habían calado hondo. Desde ese momento Sarmiento fue chileno, porque era americano. Pero debió luchar contra los que no supieron esgrimir en contra suya otra arma que la acusación de extranjero. La palabra cuyano, en boca o en pluma de sus enemigos, se convirtió en la más dolorosa agresión. Debió luchar sin pausa contra ese calificativo, debió esforzarse por demostrar que él, el cuyano, el extranjero, hacía más por Chile que los nativos. Que consiguiera demostrarlo cada vez, y no una sino mil veces, no hacía más que enfurecer a los nacionalistas.

Es sobre este fondo político, de política casera y chauvinista, que hay que proyectar la polémica del Romanticismo. Ese fondo explica muchos de los ataques a Sarmiento pero explica también el tono pendenciero y agresivo del periodista argentino, su combatividad irrequieta.

ENCUENTRO CON LASTARRIA

El propio Lastarria ha contado el encuentro con Sarmiento en una de las páginas más sabrosas (de las pocas realmente sabrosas) que ofrecen los *Recuerdos literarios*. "*En los primeros días de enero 1841, José María Núñez nos habló de un emigrado argentino, muy raro, a su parecer, que debía presentarnos; y por cortesía nos anticipamos a ser presentados a él. Vivía en el departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle de Abumada. Este era un salón cuadrado muy espacioso, al centro una mesita con una silleta de paja, y en un rincón una cama pobre y pequeña. A continuación de ésta, había una larga fila de cuadernos a la rústica, arrumados en orden, como en un estante, y colocados sobre el suelo enladrillado, en el cual no había estera ni alfombra; esos cuadernos eran las entregas del "Diccionario de la Conversación" que el*

emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, y que a los pocos días fue nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio para atender a sus necesidades. El hombre realmente era raro: sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu y se hacía simpática e interesante. Después de hablarnos de su última campaña, de su derrota con el general La Madrid, de su paso por los Andes, donde estuvo a punto de perecer con todos sus compañeros, por una larga y copiosa nevada, que los sitió en la casilla de las Cuevas, nos habló con el talento y la experiencia de un institutor muy pensador, sobre instrucción primaria, porque aquel hombre tan singular era Domingo Faustino Sarmiento, el entonces maestro de escuela y soldado en los campos de batalla contra la tiranía de Rosas, el formidable diarista, al poco tiempo después, el futuro presidente de la República Argentina... Tanto nos interesó aquel embrión de gran hombre, que tenía el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él..."

El impacto que produce el exilado en el joven chileno es perdurable. Sarmiento tenía unos treinta años entonces (y no treinta y dos como apunta Lastarria con disculpable error); pero ya su personalidad estaba completamente formada. Si su cultura era todavía, y lo sería siempre, "*inconexa y claudicante*", como la calificó acertadamente Rodó, Sarmiento era ya una figura humana cabal. Le faltaba precisamente ese roce consigo mismo y contra los otros que los diez años primeros de Chile (hasta la publicación de *Recuerdos de provincia*) habrían de darle, que lo convertirían no sólo en una personalidad poderosa sino en uno de los mayores escritores de América. Lastarria (seis años menor) quedó fascinado. En el argentino encontraba un hombre de mentalidad poderosa y original, poco respetuoso de la tradición hispánica (aunque esencialmente hispánico) y audaz en sus concepciones. Encontraba al compañero y hasta el maestro —la apariencia sesentona de Sarmiento le daba los años que le faltaban para ser realmente maestro del joven chileno—, el nuevo guía que Lastarria tanto necesitaba para completar su propia personalidad y emerger convertido en

lo que su secreta vocación y sus más tenaces ambiciones querían que fuese: el orientador de la nueva literatura chilena.

Lastarria no dejó la misma huella en Sarmiento que lo menciona sólo al pasar en *Recuerdos de provincia*. Incluso parece más interesado en presentarlo como discípulo de Bello y equivocado integrante de esa juventud chilena que él mismo censuraba y espoleaba, que como ese líder de los jóvenes, ese eficaz colaborador suyo, que propone en sus memorias el interesado. Las dos imágenes del chileno —la que se trasluce apenas en los *Recuerdos de provincia* (1850) y la que ocupa el primer plano de los *Recuerdos literarios* (1878)— son tan distintas, tan inconciliables, que obligan a un análisis de cada detalle para poder resolver su contradicción.

Según el testimonio de *Recuerdos de provincia*, la figura que importa en los primeros momentos de la vida chilena de Sarmiento es el ministro Manuel Montt; es hacia él que se orienta el emigrado, es su protección y su amistad las que busca y obtiene: es el hombre que le da preeminencia y que lo sostiene en su ardua y constante agitación de polemista. Lastarria aparece en el otro bando. La versión de éste es distinta. Según sus *Recuerdos*, es él quien aconseja a Sarmiento que abra una escuela para ganarse la vida; es él quien lo presenta al poderoso ministro Montt (compañero de Lastarria en el *Instituto Nacional* y su amigo); es a él a quien lee Sarmiento el artículo sobre la batalla de Chacabuco; es él quien le propone enviárselo a Rivadeneira para el *Mercurio* de Valparaíso y de este modo abre camino para la fama súbita. El, y él siempre, es quien aparece, a los veinticuatro años, como protector de este hombre de treinta, que ya parece un viejo de sesenta. Nada de esto registran los *Recuerdos de provincia*. Sarmiento habla de “*un solo amigo*” que estaba en el secreto de la paternidad del artículo sobre el aniversario de Chacabuco, pero no lo nombra. Y en el capítulo denominado *Chile* de sus memorias sólo recuerda a Lastarria para situarlo en el grupo de los que, en plena polémica y desde el *Semanario* de 1842, le echaban en cara ser extranjero, o para presentarlo junto a los otros jóvenes que (como Sanfuentes, o los hijos de Bello) parecían “*más moderados, menos utopistas, más prácticos y más cachacientos que don Manuel Montt*”. Y comenta a propósito: “*cosa que revela lo falso de la posición, y puede ser que un día les pese haber tomado este papel que tan mal sienta a sus juveniles años, y a su ultraliberalismo*”.

Otros nombres hay en esos *Recuerdos de provincia*. Nombres de quienes estimularon desde el comienzo al autor: Bello, Egaña, Olañeta, Orjera y Minvielle. De éste último sí nos dice Sarmiento que “*acertó a encontrarme en un cuarto desmantelado, debajo del Portal, con una silla y dos cajones vacíos que me servían de cama*”. Y aunque no dice que fue él quien lo presentó a Manuel Montt, lo sugiere al afirmar de inmediato: “*Fui, pues, introducido a la presencia de Manuel Montt, ministro entonces, etc.*”.

¿Qué concluir de este cotejo? Sarmiento escribe en 1850 y publica en Chile mismo estos *Recuerdos*, estando vivos todos los que podían confirmar o rectificar sus afirmaciones. Lastarria escribe en 1878, cuando ya no estaba en Chile Sarmiento, cuando habían muerto Bello y tantos otros personajes de estas memorias, aunque Montt y Minvielle —que habrían podido desmentirlo— vivían todavía. Parece obvio que las circunstancias están en contra de él. Y, sin embargo, no es necesario proceder por simétricas oposiciones. No es fácil creer que Lastarria miente deliberadamente. No quiere mentir; quiere mostrar la verdad suya, su versión de un período de la historia literaria chilena que otros historiadores han tergiversado interesadamente (según él); quiere restituir la verdad a su sitio. No es creíble que empiece con falsificaciones de hechos.

Es creíble, en cambio, que se atribuya una importancia que no tuvo. Y que ordene, o desordene, su relato para parecer destacado en momentos en que no lo estaba, o para atribuirse actitudes de precursor en cosas en que sólo seguía la línea de otros. En próximos párrafos habrá oportunidad de estudiar una de esas alteraciones (cronológicas, en este caso) que le permite afirmar su posición de jefe y mostrar a Sarmiento siguiendo sus huellas, cuando la verdad es exactamente opuesta. Y ya se ha visto al analizar su retrato de Bello de qué clase de escamoteos se vale para dar sólo un fragmento de la compleja personalidad de su maestro.

También es explicable la actitud de Sarmiento, Los *Recuerdos de Provincia* se escribieron como desarrollo de un texto primero, *Mi defensa* (de 1843) y con la intención de mostrar las raíces mismas de este combatido polemista, su nacimiento en la Argentina pero su radicación, profunda, en Chile. Es (como casi todos sus libros) un alegato. Al escribirlo, Sarmiento se muestra a la vez argentino y chileno. Hay que ver el ingenuo orgullo con que apunta en 1850: “*ya estoy declarado por unanimidad bueno y leal chileno. ¡Ay del que*

persista en llamarme extranjero! este tiene que expatriarse a California". Por eso quiere destacar, y destaca, a quienes realmente lo hicieron sentirse chileno. ¿Podría ser Lastarria uno de ellos, Lastarria que se une a los que lo tratan de "cuyano", Lastarria que funda con ellos el *Semanario* y aparece siempre como zaguero de Bello? Indudablemente no. A quien Sarmiento recuerda, y en primer plano, es al hombre al que tanto debe. Pero no lo recuerda sólo porque le debe tanto, sino porque ese hombre le dijo al conocerlo: "*Las ideas, señor, no tienen patria*", porque ese hombre, en los peores momentos de la lucha, lo obligó a mantener la serenidad, lo acompañó hasta calmarlo con su mirada fría y penetrante, lo domesticó, le mostró el verdadero camino. Ese hombre era Montt y no Lastarria.

Lo más creíble, lo menos melodramático, pues, es que Sarmiento olvidó deliberadamente al impetuoso chileno porque para él, Lastarria no tuvo entonces la significación que el memorialista de 1878, el mismo Lastarria, se habría de atribuir. Lo que recuerda el argentino no es la visita del joven o sus consejos paternales, la compra del famoso *Diccionario* o la recomendación a Rivadeneira, la presentación a Montt. Todo esto es, sin duda, cierto pero no es lo que realmente le importa. Sarmiento recuerda el espaldarazo de Bello (y no el del muchacho de veinticuatro años), las palabras de aliento de Montt y no a la persona que lo presenta. Y cuando recuerda a Lastarria recuerda sus errores.

Esta es una explicación. Cabe otra complementaria.

Hay una carta de Lastarria a Sarmiento, escrita en abril 15, 1884, a más de cuarenta años de estos sucesos y unos treinta y tantos después de los *Recuerdos de provincia*, en que el chileno reprocha a su amigo el olvido de la verdadera historia. Es una de las cartas más patéticas que ha podido escribir un hombre sobre sí mismo y ahora sólo voy a citar el pasaje pertinente. Lastarria la escribe en ocasión de una visita del argentino a Chile y con respecto al discurso que éste pronunció en un homenaje. Se queja del olvido en que todos lo tienen y extiende su queja al amigo: "*Hasta vos mismo sois injusto conmigo, por glorificar a un hombre —Montt— que no necesita para su gloria que digais que os comprendió en vuestros esfuerzos por la educación. Habéis olvidado la historia, u os habéis acostumbrado a repetir que Montt hizo la Escuela Normal por vos. No es así, permitidme que os lo diga. La idea es de Miguel de la Barra, a quien Chile debe la iniciativa de grandes cosas aunque no lo conozca. Yo*

le ayudaba en su propósito. Montt aceptando la idea, se excusaba de realizarla porque le faltaba un hombre. Vos estábais aislado en el tercer piso del portal de Sierra Bella y yo os presentaba como el más a propósito a Montt, que os rechazaba "por cuyano". Vos no habéis conocido a Montt sino por mí, que os llevé a su casa, calle de Agustinas, un día domingo con Quiroga Rosas. Montt habló con vos y simpatizó, hallándoos buenas cualidades. Entonces principiaron vuestras relaciones, y yo no paré hasta que os hice nombrar; hasta que conseguí que os nombrara al pobre Acuña de segundo. Esa es la verdad. Vino después el torbellino de la política, que me separó de Montt y os intimó a vos con él. haciendo que os olvidáseis de mí""⁹.

Nada contestó Sarmiento a este párrafo. Aunque hay una carta suya a Lastarria de agosto 29, 1884, nada se dice en ella de la rectificación amistosa y dolorida que hace el chileno.¹⁰ Tal vez la razón del silencio de Sarmiento, de su olvido de Lastarria en *Recuerdos de provincia*, pueda encontrarse en la última línea del texto transcrito. En 1850 Lastarria ya no era persona grata a Montt, y Sarmiento (que íntimamente sabía que nada importante debía al joven fuera de algunas atenciones y una oscilante admiración) prefirió callar lo que era al fin y al cabo la actuación de una figura para él secundaria¹¹. De ser cierta esta interpretación, Sarmiento habría maniobrado con suficiente habilidad en el texto de *Recuerdos de provincia*, como para evocar la visita de Rafael Minvielle y no la de Lastarria, para hablar de un amigo que estaba en el secreto de su artículo de Chacabuco sin tener necesidad de identificarlo, para decir que fue presentado a Montt sin decir por quién y sugiriendo, por mera yuxtaposición verbal, que podía haber sido Minvielle. De ese modo no traicionaba a Lastarria pero tampoco lo reconocía. En realidad, no le reconocía siquiera el modesto papel que probablemente tuvo. Y por no reconocerlo, Lastarria debió convertir las pocas líneas de su bocadillo

9 Cf. *Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria*. 1844/1888, anotada por María Luisa del Pino de Carbone, Buenos Aires, 1954, p. 152.

10 Cf. *Correspondencia* citada, pp. 157/59.

11 A esta interpretación llega (aunque sin conocer la correspondencia citada en el texto) el crítico chileno Armando Donoso en *Sarmiento en el destierro*, edición ordenada, con notas y un estudio, de los textos polémicos del escritor argentino, Buenos Aires, M. Gleizer editor, 1927, pp. 44/45.

dramático de 1840 en el largo, el penoso monólogo de sus *Recuerdos literarios*.

Bello, Sarmiento y Lastarria son los tres personajes centrales de la polémica del romanticismo en Chile. Estos son, y estas sus relaciones preliminares. Queda ahora por ver el desarrollo mismo del conflicto y sus variadas alternativas, que permitirán el ingreso de otras figuras: José Joaquín Vallejo y Salvador Sanfuentes en el campo de Bello; Vicente Fidel López, en el de Sarmiento. La escena está preparada; sólo falta que se inicie la acción.

EL PROLOGO

La polémica no empieza, contra lo que se afirma generalmente, en abril de 1842. Sarmiento la empieza antes, con un artículo en que plantea, de modo agudo y doloroso para los chilenos, una evidente limitación de su esfuerzo cultural. Ya se ha estudiado parte de este artículo en el capítulo anterior. Pero ahora corresponde examinar sus líneas finales, aquellas que enuncian un tema que será el más importante (casi el único importante y nuevo) de toda la agitación polémica: la incapacidad de la nueva generación chilena para crear poesía.

En julio 15, 1841, comenta Sarmiento en *El Mercurio* de Valparaíso uno de los poemas más interesantes de Bello: el *Canto elegíaco*, compuesto con motivo del incendio de la Iglesia de la *Compañía de Jesús* en Santiago. Además de señalar el desapego de Bello frente a las fórmulas de la poesía neoclásica y de aplaudir casi sin reservas la composición, Sarmiento dedica las últimas líneas a censurar la actitud de los jóvenes chilenos frente a la poesía. Por la ocasión en que fueron compuestas y por la habilidad con que en ellas atiza el polemista argentino la vanidad nacional, esas líneas tuvieron una trascendencia incalculable.

Como si él mismo no advirtiera la magnitud del impacto que habría de causar, apunta Sarmiento: "*Con motivo de estos versos, nos sentimos llamados a observar un hecho que no deja de causarnos alguna impresión. Tal es la rareza de los honores que, entre nosotros, se tributan a las Musas. ¿Por qué son tan tardías y tan contadas las ofrendas que se presentan en sus altares? ¿Será cierto que el clima benigno sofoca el vuelo de la imaginación, y que Chile no es tierra de poetas? ¿Falta acaso instrucción suficiente para pulsar con acierto*

*las doradas cuerdas? No creemos ni lo uno ni lo otro. Moda ha sido desde los tiempos de Montesquieu dar al clima una grande influencia en el carácter de los hombres; pero ya esta "razón suficiente" ha dejado de ser tal, desde que se ha visto a los pueblos de las llanuras y a los que coronan las montañas, rivalizar en bravura y amor a la libertad; y en cuanto a las dotes de la imaginación, si la ardiente Italia tiene sus Dantes y sus Tassos, la fria Inglaterra ha ostentado sus Shakespeare y sus Byron, que en riqueza poética, en nada ceden a los primeros. La Rusia y la Alemania tan buenos poetas tienen, como la Francia y la España. ¿Por qué, pues, Chile se exceptuaría de la regla general? Méjico ha tenido su Gorostiza; Cuba su Heredia; y Buenos Aires, sus Varelas y Echeverrias, que han excitado algún interés. No creemos tampoco que sea falta de gusto o conocimiento del arte, pues este país ha sido muy favorecido de algunos años atrás en los estudios del idioma. Creemos, y queremos decirlo, que predomina en nuestra juventud una especie de encogimiento, y cierta pereza de espíritu, que le hace malograr las bellas dotes de la naturaleza, y la buena y sólida instrucción que ha recibido. Si el pueblo en general no gusta mucho de la poesía, es porque nada se hace para hacer renacer la afición a este género de literatura. Sentimos que la distinguida señora de Marín, que, en tan buena armonía, vive con las hijas de Apolo, no favorezca al público con nuevas producciones que acrecienten el número de sus admiradores, ya que los jóvenes se muestran tan esquivos al grato comercio de las Musas"*¹².

El juicio de Sarmiento, aunque muy general y hasta superficial, era incisivo y no podía no doler a todos los que amaban a Chile. Es claro que Sarmiento escribía como chileno y que su afecto no era menor. Pero en su actitud crítica quiso asumir entonces el papel de provocador. Sus palabras no se dirigían por cierto a Andrés Bello, poeta completamente formado y famoso; tampoco podían dirigirse, aunque así lo aparentasen, a doña Mercedes Marín, que no necesitaba de exhortaciones públicas para componer. Se dirigían realmente a los jóvenes, a quienes el crítico veía ya formados pero tímidos, armados para la lucha poética pero sin el necesario empuje para librarla.

El diagnóstico era en parte cierto. La sólida formación de estos jóvenes conspiraba en parte contra esa necesaria desenvoltura, esa ca-

12 Cf. Amunátegui, *Vida*, 585/586.

pacidad generosa de improvisar, o de crear, que parecía característica del periodista argentino y que éste echaba de menos en los chilenos. Pero había otras causas. Al comentar este artículo de Sarmiento, Amunátegui ha señalado que la evolución social de Chile no permitía todavía la creación de un público para esos poetas y que, faltos de estímulo externo, y muy conscientes de sus propias limitaciones frente a los modelos clásicos, los jóvenes no se sentían tentados a la creación. En realidad Sarmiento había puesto el dedo en la llaga. Y estaba dispuesto a no dejar que cerrase.

Todo lo que contra él podría alegarse es verdad. Lo que no modificaba el hecho denunciado. Y aquí estaba la verdadera fuerza de su afirmación: no en el detalle de la misma, no en las causas que él exponía (ciertas pero no únicas), no en las líneas mismas de su formulación, susceptibles de ser refutadas una a una, sino en la validez general de la intuición y en la oportunidad con que la formula. Desde este momento, Sarmiento no cesará. Cada nuevo artículo que escriba le da oportunidad para volver a la carga, para denunciar de una u otra manera lo que él veía como defectos: el encogimiento de los jóvenes chilenos, su sacrosanto respeto a los modelos clásicos, su excesiva erudición, su entrega a fórmulas anticuadas de la expresión literaria. En casi todos los casos, Sarmiento exagera y se equivoca, tergiversa la realidad, la deforma, la abulta, omite lo más importante. Pero tiene razón. Tiene razón en lo que importa: la nueva generación chilena no produce obra suficiente y original. Y por tener razón y, tal vez, sólo por eso, su insistencia duele e irrita. Esa acción infatigable acaba por obligar a los jóvenes chilenos a demostrar a ese cuyano que en Chile no faltan poetas, que es posible crear en este clima. Y crean. Con lo que dan la razón a Sarmiento en el mismo momento en que intentan demostrar, con cada nueva refutación victoriosa, su error.

PLANTEO DE LA PRIMERA POLEMICA

Este es el prólogo, suficientemente vivo y estimulante. El prólogo apenas, pero ya definitorio del rumbo e indicador de la principal consecuencia de toda esta agitación, de todo el estrépito y frenesí de la polémica. Corresponde ahora acercarse a la misma. Tiene dos actos y un epílogo. Los dos actos ocurren en 1842 y están dedicados respectivamente a lo que se llama la polémica filológica y a la

del Romanticismo propiamente dicha (aunque en las dos se agitan las perspectivas románticas en oposición a las clásicas). El epílogo está a cargo de Andrés Bello en el discurso pronunciado en ocasión de la inauguración solemne de la Universidad de Chile en 1843.

La acción empieza con un artículo de *El Mercurio* de Valparaíso de abril 27, en que Sarmiento comenta unos *Ejercicios populares de la lengua castellana*, publicados sin nombre de autor por el mismo periódico. Muchos creyeron entonces que era el mismo Sarmiento el autor de los *Ejercicios*, pero se ha podido probar que son obra de Pedro Fernández Garfías, profesor ya retirado de latín y de gramática castellana en el *Instituto Nacional*. Su trabajo estaba dedicado a corregir el mal uso de ciertas palabras en Chile, ya porque se les daba una significación que no correspondía, ya porque habían dejado de ser usadas en España y eran por tanto (según él) arcaicas.

Sarmiento aprovecha el trabajo de Garfías para ventilar la tesis romántica de la soberanía del pueblo en materia idiomática: "*La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los debates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero ¿qué se ha de hacer? Todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieran que no, enojados y mohinos, la agregan, y que no hay remedio, y el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo*".

Más adelante, el artículo incluía esta categórica afirmación: "*La gramática no se ha hecho para el pueblo; los preceptos del maestro entran por un oído del niño y salen por otro: se le enseñará a conocer cómo se dice, pero ya se guardará muy bien de decir cómo le enseñan: el hábito y el ejemplo dominante podrán siempre más. Mejor es, pues, no andarse ni con reglas ni con autores*".¹³

13 Los textos de Sarmiento en esta primera polémica han sido recogidos por primera vez en *Obras*, I. *Artículos críticos y literarios*, 1841/42,

Ya desde su misma base, con su alusión al senado conservador, Sarmiento plantea el problema simultáneamente en un doble campo: el de la controversia filológica y el de la controversia política. Aunque se mantenga en el primero, el segundo campo no dejará de hacerse presente, como advirtió muy bien en su estudio de la polémica el crítico chileno Armando Donoso.¹⁴ Pero este nuevo elemento constituirá, en definitiva, algo perturbador para el correcto análisis de la situación y llevará a muchos a tomar posiciones que nada tienen que ver con el problema literario o lingüístico que la suscita. Lo paradójico del caso es que al desdoblarse así el planteo, no hacía otra cosa Sarmiento que repetir lo que algunos años antes había hecho Bello en su crítica de Hermosilla y siguiendo en parte las huellas de Hugo en su prefacio de *Hernani*, como se ha visto en el capítulo anterior.

La intervención de Bello en la polémica se redujo a un solo artículo, publicado en *El Mercurio* (mayo 12), con el seudónimo de *Un Quídam*. El punto de vista está expresado con mesura no exenta de ironía. Bello piensa que la crítica a los *Ejercicios* se ha realizado muy a la ligera y apunta que no puede menos de disentir “*al mismo tiempo de los ilustrados redactores del “Mercurio” (o sea: de Sarmiento) en la parte de su artículo que precede a los “Ejercicios”, en que se muestran tan licenciosamente populares en cuanto a lo que debe ser el lenguaje, como el rigorista y algún tanto arbitrario autor de aquéllos*”. Con perspicacia ha señalado Bello, desde el comienzo, la posición contradictoria de Sarmiento que elogia unos *Ejercicios* que en definitiva tienen más vicios de concepto que la misma posición que el crítico censura. Al apoyarse Garfias en el significado “correcto” de las palabras, prevaricado por el vulgo chileno, y al invocar el uso o desuso de voces en España como argumento para su uso en América, asume una posición mucho más rigorista, mucho más dictatorial, que la misma de los académicos y gramáticos contra los que se alza Sarmiento. Esta contradicción, que Bello señala fina-

mente, no pareció haber sido advertida por Sarmiento, demasiado preocupado como estaba por aprovechar la ocasión de dirigir sus flechas contra los puristas.

En su refutación distingue sutilmente Bello entre las auténticas voces populares y la invasión de extranjerismos contra la que se declara como gramático y filólogo. “*A la verdad que nos para las mentes (no que “los monos”) el avanzado aserto de los redactores, atribuyendo a la soberanía del pueblo todo su predominio en el lenguaje; pues parece tan opuesto al buen sentido y tan absurdo y arbitrario, como lo que añade del oficio de los gramáticos. Jamás han sido ni serán excluidas de una dicción castigada las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e indoles de nuestra lengua; pero ese pueblo que se invoca no es el que introduce los extranjerismos, como dicen los redactores; pues, ignorante de otras lenguas, no tiene de dónde sacarlas*”.

Entonces endereza su ataque contra quienes sí introducen en la lengua castellana innecesarios extranjerismos. Apoyado en una cómica cita de Iriarte pasa al ataque. “*Contra éstos reclaman justamente los gramáticos, no como conservadores de tradiciones y rutinas, en expresión de los redactores, sino como custodios filósofos a quienes está encargado, por útil convención de la sociedad, fijar las palabras empleadas por la gente culta y establecer su dependencia y coordinación en el discurso, de modo que revele fielmente la expresión del pensamiento*”. Al continuar su comentario, apunta los peligros de suspender la acción vigilante de gramáticos y alude a “*un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se ve degenerado el castellano en un dialecto español-gálico, que parece decir de aquella sociedad lo que el padre Isla de la matritense:*

*Yo conocí en Madrid una condesa
Que aprendió a estornudar a la francesa”.*

La habilidad inicial de Bello consiste en trasladar la polémica al campo mismo en que el redactor de *El Mercurio* podía sentirse más comprometido. Pero hay en su texto una astucia mayor que es la que proporciona su sólida doctrina. En 1842 era posible no entender lo que dice Bello. Hoy es lugar común su afirmación básica. “*En las lenguas, como en la política [dice el maestro caraqueño], es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las le-*

Santiago, 1887. Se encuentran también reproducidos en la edición de Armando Donoso, citada en la nota II. Aquí he utilizado una selección de Eduardo Mallea: *Prosa de ver y pensar*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1943, 528 pp. Incluye todos los textos de la primera polémica y, en nota, la réplica de Bello. Cf. pp. 81/144.

14 Cf. *ob. cit.* pp. 9/46.

yes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad romántico-licenciosa del lenguaje, los que por prurito de novedad o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quisieran hablar y escribir a su discreción. Consúltese, en último comprobante del juicio expuesto, cómo hablan y escriben los pueblos cultos que tienen un antiguo idioma, y se verá que el italiano, el español, el francés de nuestros días, es el mismo del Ariosto y del Tasso, de Lope de Vega y de Cervantes, de Voltaire y de Rousseau”¹⁵

Como se advierte, Bello no sólo recoge el guante sino que indica, en profundidad, la buena doctrina. Esto habría bastado para liquidar el tema si su contrincante no hubiera sido el formidable polemista que era. Para Sarmiento la ocasión excedía anchamente el terreno filológico. No le interesaba un análisis mesurado de la situación. Le interesaba, y mucho en cambio, lo que el tema tenía de vivas alusiones, de encendida controversia que a partir de lo filológico se puede extender y ramificarse hacia lo literario y lo social americano, hacia lo político, hacia el mismo nacionalismo chileno que era su dolor y su llaga. El centro mismo de la polémica (ese centro que interesaba a Bello y por el que éste había salido al ruedo) queda rápidamente olvidado. Otros temas pasan a primer plano y la discusión pierde de vista su origen y se hunde en desarrollos laterales de mayor escándalo.

La contestación de Sarmiento aparece en dos números de *El Mercurio* (mayo 19 y 22). En ella no deja de recoger la alusión al Río de la Plata y acepta el desafío y aun la calificación, tan ajustada, de *libertad romántico-licenciosa* del lenguaje que le había arrojado Bello. Su tesis, de estirpe romántica es que un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo y un pueblo ha de tomar sus ideas donde ellas estén, independientemente del criterio de pureza idiomática o de perfección académica; que la literatura española ha perdido toda su fuerza y que América ya no está dispuesta a esperar que la mercadería ideológica extranjera pase por cabezas

15 El artículo de Bello no ha sido recogido en la colección de sus escritos organizada por Amunátegui. Puede consultarse en *Prosa de ver y pensar*, pp. 141/44.

españolas para poder consumirla; que la función real de la Academia Española es recoger, como en un armario, las palabras que usan pueblo y poetas y no autorizar el uso de las mismas; que las lenguas vuelven hoy al pueblo (tesis del primer artículo); que el influjo de los gramáticos, el temor a las reglas, el respeto a los admirables modelos, tiene agarrada la imaginación de los chilenos. En realidad, lo que hace Sarmiento en su extensa contestación es escamotear el verdadero tema polémico (la supuesta autoridad del pueblo en materia de lenguaje, la función obsoleta de los gramáticos y retóricos, de la Academia) para sustituirlo por otros, que aunque vinculados con el primero, exceden en mucho el planteo ocasional. El mismo se confiesa, con audacia que es también otro fintazo polémico, como un reciénvenido a estas lides filológicas: “Hemos querido en cuanto a formas (dice su último artículo) manifestarnos como somos, ignorantes por principios, por convicciones, dejando las cuestiones de palabras, según decía Herder, “para los que no están instruidos sino en palabras...” La frase es certera, pero olvida que fue el “ignorante”, el lector de Herder, el que planteó esta cuestión de palabras. Curiosa e inevitablemente, Sarmiento al atacar a Bello en 1842 incurre en el mismo vicio que José Joaquín de Mora en la polémica de 1830; tratar al adversario como un hombre que se detiene sólo en la superficie, en la mera forma. Lo que da a su contestación un brillo inusitado que, literalmente, engeuece al lector es la abundancia de temas que introduce para sustituir el tema en discusión, la riqueza con que editorializa sobre la decadencia de la cultura española (lo que no le impide, según ha señalado oportunamente Fernando Alegría, reproducir los mismos planteos polémicos de un español: Larra)¹⁶ o se explaya sobre la función de la Academia Española, sobre la esterilidad y encogimiento de los jóvenes chilenos.

En este último ataque vuelve Sarmiento al tema subterráneo y en realidad central de todas las polémicas de 1842: la esterilidad de los poetas chilenos, tema que fue planteado incisivamente al concluir el artículo sobre el *Canto Elegíaco* de Bello. Pero esta vez, la entonación provocativa del artículo grava considerablemente las palabras, provocando una resonancia que el propio autor era incapaz de prever y, menos aún, de gobernar. El articulista empieza por

16 Cf. *La poesía chilena*, p. 211.

mostrarse en el centro mismo de la controversia, planta su figura en primer plano como lo que realmente es: un agitador (un gauchó, un montonero, dirían sus enemigos). El párrafo es brillante: "He aquí que nos presentamos nosotros y, arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, y sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando sus cuestiones, excitándolo al progreso. Y cuando los inteligentes pregunten quién es el que así viola todas las reglas y se presenta tan "sans façon" ante un público ilustrado, le dirán que es un advenedizo, salido de la obscuridad de una provincia, un verdadero "quidam", que no ha obtenido los honores del colegio ni ha saludado la gramática. Pero esto no vale nada. "A cada uno según sus obras", ésta es la ley que rige en la república de las letras y la sociedad democrática. Y lo que sucede hoy sucederá mañana; porque la forma de nuestras instituciones hace necesarias estas aberraciones, y el estado de nuestra civilización actual no pide ni consiente otra cosa. Cuando la prensa periódica, única literatura nacional, se haya desenvuelto, cuando cada provincia levante una prensa, y cada partido un periódico, entonces la babel ha de ser más completa, como lo es en todos los países democráticos".

Tan inextricablemente mezclado está el planteo literario con el político en el texto de Sarmiento, como lo está su propia persona con las ideas y teorías que pretende levantar. Pero no sólo Sarmiento entra en la escena de esta réplica. Entran también todos los chilenos, porque el polemista habla en seguida para reprochar a todos el apego a las viejas fórmulas de un idioma "exhumado ayer entre los escombros del despotismo político y religioso, y volviendo recién a la vida de los pueblos modernos, a la libertad y al progreso!" Y entonces el "chileno" recoge la acusación de Bello contra los argentinos y censura la audacia de criticar por galicistas a quienes han sabido crear poesía y conmover a sus lectores. A estos literatos "bastardos" por su actitud idiomática, pero que han sabido decir sus versos en medio de la tiranía, opone Sarmiento los propios chilenos, asumiendo una vez más el "nosotros" que no deja de herir pero lo hace desde dentro. "Nosotros, con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los "admirables mode-

los", con la posesión de nuestro castizo idioma, no hemos sabido hacer un verso solo, lo que es uno, que parecemos perláticos con ojos para ver, y juicio sano para criticar y para admirar con la boca abierta lo que hacen otros, y sin alientos ni capacidad de mover una mano para imitarlos".

Vuelve entonces a formularse, pero en qué otro tono, las preguntas de julio 15, 1841: ¿Es el clima el culpable, o será la atmósfera "que sofoca y embota la imaginación"? Y la respuesta surge acurada: "No, no es el clima (...). No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los "admirables modelos", el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos". Como única solución propone cambiar los estudios, y en lugar de ocuparse de las formas, adquirir ideas (de dondequiera que vengan) y ponerse en contacto con el pensamiento más alto del momento presente. "Y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agraderá al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán".

Hay una pequeña expresión en ese texto (tal esencialmente autobiográfico o confesional) que muestra a Sarmiento entero y sirve para definirlo en esta coyuntura polémica: "será apasionado, aunque a veces inexacto". Pasión, pasión auténtica y superior por la cultura, es lo que pone en evidencia este texto; pasión por encima o más allá de la estricta justicia de los razonamientos o de su coherencia o, aun, de su exactitud general.

Pero hay algo más en la réplica. Después de haberse presentado él mismo en su condición de provinciano, después de haber opuesto los caudalosos poetas del Plata a los jóvenes encogidos y reticentes de Chile, Sarmiento orienta su ataque a quien era realmente la presa mayor de esta polémica. "Por lo que a nosotros respecta [continúa su artículo], si la ley de ostracismo estuviese en uso en

nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia cancha; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial”.

Estas palabras aluden transparentemente a Bello. Aunque su tono es más chacotón que injurioso, el momento en que fueron pronunciadas, la ardida tonalidad del instante, le dieron enorme fuerza agresiva. Por otra parte, Sarmiento carga sus palabras con un grave reproche. Aunque reconoce la calidad de Bello (“un gran literato”) deforma su actitud deliberadamente hasta reducirlo a un espíritu interesado sólo “por las exterioridades del pensamiento y de las formas”. Además, lo confina al terreno de los retóricos y gramáticos españoles del neoclasicismo, oponiéndolo aunque en camaradería, a nadie menos que Hermosilla, a quien Bello había censurado dos años antes con conceptos muy semejantes a los que ahora usa Sarmiento. La mala interpretación era evidente, y tal vez deliberada.

Por otra parte, el estilo mismo del argentino era ambiguo y le hacía decir cosas que no quería (aunque tal vez no le molestara al cabo la confusión resultante). El calificativo de “anacronismo” con que termina la tirada parece reducir a Bello a la categoría de obsoleto gramatiquero. Otra es, sin embargo, la correcta interpretación como se deduce del comienzo del párrafo citado. Sarmiento quiso decir (y dijo, aunque ambiguamente por defectos de una sintaxis hirsuta) que Bello se adelantaba a su época, que su formación excedía en mucho las posibilidades de asimilación del medio, que la severidad de sus patrones críticos era dañina para una sociedad en formación. Es decir: que era anacrónico por ser adelantado. Todo esto era cierto, con la óptica de 1842. Pero la solución no estaba, es claro, en el ostracismo juguetonamente propuesto por el polemista. A pesar de la fuerza contagiosa y del indudable atractivo de su exposición, Sarmiento cometía un error profundo: no compren-

día que América necesitaba (necesita) el rigor y la exigencia, no la irresponsable tolerancia. Sarmiento, tan visionario en otros momentos y en otros temas, no levantaba entonces la vista del panorama chileno de 1842. Bello ya veía y proyectaba su visión sobre el instante presente hacia un futuro más fecundo.

Las palabras de Sarmiento fueron (era previsible) mal interpretadas. Se creyó que la expresión “con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista”, se refería a Bello y no a Hermosilla, como permite comprobar una lectura atenta del párrafo; se pensó que proponía con toda seriedad el ostracismo. Los discípulos, doblemente heridos por las alusiones al encogimiento de los jóvenes y por el ataque al venerado maestro, salieron a la lid. En una de las contestaciones (*El Mercurio*, junio 5) se vio obligado a precisar Sarmiento: “Es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas que amenazan sofocar la libertad de la República”. La aclaración era, en sus estrechos límites, una *amende honorable*. Pero dejaba en pie las más graves acusaciones y no podía (ni quería) acallar la agitación de los jóvenes.

La polémica ya había dejado de tener interés para Bello. Es fácil compartir sus escrúpulos. Bien o mal intencionado, Sarmiento había llevado las cosas a un terreno que no era compatible con su severo magisterio. Por otra parte, la inicial disputa lingüística se había contaminado de temas ajenos, introducidos para aumentar la confusión por el escritor argentino: la decadencia de la cultura española, la escasa imaginación creadora y esterilidad poética de los jóvenes chilenos, el ostracismo de Bello. ¿Por qué lo hizo Sarmiento? Porque quería ganar. Porque para él lo que estaba realmente en juego era otra cosa. Quería desviar a los jóvenes del magisterio bellista y orientarlos hacia el suyo. Esta cuestión no podía ser debatida por el maestro mismo. Debía dejar a los jóvenes la palabra. Por eso se retiró¹⁷.

17 El editor chileno de las *Obras* de Sarmiento opina que Bello se retiró de la polémica pero colaboró con sus discípulos en las sucesivas réplicas. No aporta pruebas. Puede consultarse su interpretación en *Prosa de ver y pensar*, p. 144.

Las dos notas de Sarmiento no quedaron sin contestación inmediata. Con la firma de *Otro Quidam* apareció una réplica en *El Mercurio* del 27 de mayo; al día siguiente se publicó una segunda, anónima, pero de José María Núñez, discípulo de Bello y precisamente el mismo individuo que había llamado la atención de Lastarria sobre el argentino, según cuenta aquél en sus *Recuerdos literarios*. A esta nota contestó Sarmiento con dos artículos que se publicaron en junio 3 y 5. La alegría del polemista argentino porque ha prendido su ataque, porque la reacción no ha sido de indiferencia sino de apasionamiento, se transparenta desde las primeras líneas y salta, como un canto, en estas palabras: “*Viva la polémica! Campo de batalla de la civilización en que así se baten las ideas como las preocupaciones, las doctrinas recibidas como el pensamiento o los desvaríos individuales*”. Y de inmediato agrega: “*El pueblo escucha, cree al principio lo que cada uno de los contendientes alega, la duda sobreviene, se establecen comparaciones, y el juicio propio aleccionado concede la victoria a quien o más razón lleva, o más profundas impresiones deja*”.

Sarmiento era demasiado lúcido como polemista para no saber que toda la razón no podía estar de su parte; incluso para sospechar que la razón podía estar de parte de su adversario. Pero una cosa sí sabía, sin vacilaciones ni duda de especie alguna; sabía que cada palabra suya habría de dejar honda huella; y esto era lo que buscaba. Más que tener razón quería ser escuchado. Porque lo que se había iniciado como mera polémica filológica ya había adquirido las proporciones de un debate en que la orientación de la cultura chilena de entonces (fuertemente marcada por el sello del maestro caraqueño) estaba en tela de juicio: en que el polemista argentino hundía la mirada en el estado de las letras y marcaba a fuego sus fallas; en que se proponía a sí mismo como orientador de la juventud hacia formas más libres y modernas, menos respetuosas de la tradición y de las reglas, más hundidas en lo social y en lo político, más improvisadas, más ardientes, más dogmáticas. El mismo indica en su segunda serie de réplicas dónde está (para él) el tema de fondo: “*Se trata de saber qué estudios ha de desenvolver nuestro joven pensamiento, qué fuente debe alimentarlo y qué giro ha de tomar nuestro lenguaje; si a este respecto hay doctrinas sancionadas entre nosotros, si tiene el apoyo de grandes y justificados nombres*

y la sanción de pensadores de primer orden, si hay doctrinas rivales, si cuentan éstas con el apoyo de la filosofía y la sanción de los hechos”.

Este es ahora el tema polémico; éste y no la autoridad de la Academia en materia de lenguaje o la soberanía del pueblo sobre las formas del idioma. Al defenderse, Sarmiento ataca. Lo que ahora constituye el centro de la discusión es precisamente el fondo nacionalista de quienes se le enfrentan sabiendo que es cuyano y denunciándolo, directa o indirectamente, como tal, queriendo ver en sus críticas otra cosa que el sano afán de reformas. También ataca para defender el liberalismo y la enseñanza que se imparte desde el periódico como desde una cátedra. Para apoyar su prédica en un ejemplo que no puede resultar repugnante a sus contendores, evoca en el segundo artículo la figura de Larra y la colección de sus escritos (que han sido precisamente recogidos también en Chile). Sarmiento señala vivamente la contradicción entre los que aplauden a Larra en su crítica y censuran al redactor de *El Mercurio* por hacer lo mismo. “*Hallan muy hermoso en España aquel lenguaje, y cuando el escritor en América, que en cada sección de las suyas tiene mil llagas podridas que curar, cuando el “Mercurio” dice que no tenemos poesía, que no hemos escrito un solo verso, no por incapacidad, sino por la mala tendencia de los estudios, entonces se levanta el “patriotismo” del “Otro Quidam” echando espumarajos y diciendo a grandes voces: venga acá el redactor del “Mercurio”; ¿Quién es su padre? ¿Dónde ha nacido? ¿En la capital o en las provincias? ¿De este lado o del otro de los Andes? ¿Tiene usted carta de nacionalidad para atreverse a decir que no hemos hecho versos? ¿Tiene usted patente para tener ojos y opiniones?*” Al hacer el proceso de la mentalidad colonial concluye su artículo señalando que cuando la independencia liberó a América, se empezó buscando dónde se alzaba un cerro o dónde se atravesaba un río para decir: “*allí, del otro lado, están los extranjeros que hemos de aborrecer ahora; porque nos ha quedado un fondo de odio que no sabemos dónde ponerlo para que dé todos sus intereses*”.

La acusación de extranjero ha tocado muy en lo vivo a Sarmiento, tan en lo vivo que al advertir su reacción los contrincantes no usarán casi otro argumento para herirlo. Lo repetirán sin cansancio y sin rubores, lo repetirán aunque él les haya mostrado, con su prosa más elocuente y creadora, la bajeza de semejante acusación.

El artículo segundo de Sarmiento concluye en realidad con una explicación sobre el ostracismo de Bello y el sentido que debe darse a lo de "*retrógrado y absolutista*"; concluye con una exhortación a no dirigir más sus ataques al redactor de *El Mercurio* sino a la publicación misma, desviando por completo la lucha del terreno personal. En este punto Sarmiento indica la buena doctrina. Lástima que él mismo no la practicase, porque todos sus ataques están teñidos de incontenible agresividad. El fue el primero en introducir la nota personal al plantarse en primer plano como el bárbaro que destruye la cuidada y artificial cultura chilena y se hace oír a pesar de todo. El fue quien enderezó sus ataques no contra un método o contra un sistema sino contra un hombre, individualizándolo de tal modo que no podía haber confusión de identidades y colocándolo en la disyuntiva de rebajarse a la discusión personal o abandonar la polémica.

Sarmiento era así. Veía cuál era la regla del juego limpio y reclamaba que se cumpliera. Pero llegado el momento mismo de la lucha, arrojaba a su adversario lo que tenía más a mano, así fuese su propia reputación, así justificase con sus ataques las más terribles réplicas. El mismo lo ha reconocido en una carta a Lastarria escrita en ocasión de una controversia política y redactada entre enero 28 y febrero 4 de 1849: "*No soy imprudente sólo hijo, sino que me falta un sentido para apreciar la verdadera importancia de las palabras. Créedme, he escrito este artículo, creyendo que no ofendía susceptibilidad alguna, sin reparar en las palabras, contando con la cooperación de esa juventud que me estima*". Y más abajo agrega: "*¡No! quisiera desvanecer toda mala inteligencia; quiero al país porque en él he sido feliz, y quiero a una docena de amigos porque vivo entre ellos y me estiman y aprecian; pero apenas tomo la pluma bago un disparate*"¹⁸.

Cuando polemiza, Sarmiento no tiene en cuenta sus palabras sino sus intenciones —que en él eran siempre generosas y limpias—; pero una polémica está hecha de palabras y de palabras cargadas con la mayor pasión, con el ímpetu y la niebla de la pasión. Esas palabras escritas sin reparo, son las que no le podían perdonar sus adversarios y las que escudriñarían hasta devolvérselas con el mayor fondo de hiel: la acusación de extranjero. En la carta arriba citada

18 Cf. *Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria*, pp. 29/30.

Sarmiento sintetiza en una de esas fórmulas fulminantes, que tanto lo emparentan a Martí, su doctrina en la materia: "*Quitemos la palabra extranjero de por medio, mata a Chile*". Pero ¿cómo resistir la tentación de esgrimirla en contra suya sabiendo que era la que más le dolía?

El seis de junio, y con el seudónimo de *Otro Quidam*, volvió a la carga José María Núñez. Esta fue su última intervención. A ella contestó Sarmiento con cuatro artículos publicados en *El Mercurio* los días 22, 23, 25 y 30 del mismo mes. Los dos primeros son de réplica indirecta; Sarmiento finge limitarse a comentar y traducir un libro publicado con ilustraciones de Grandville, "*hace cosa de dos años*" en París y que se titula *Vida pública y privada de los animales descrita por ellos mismos*. Tanto el comentario como la traducción están cargados de alusiones literarias al ambiente, no siempre muy claras, hoy, pero de evidente intención. La tesis general (que explaya a contrapelo el segundo artículo, titulado *Los gallos literarios*) es la ridiculez del nacionalismo. Pero en donde está la verdadera sustancia de la réplica es en los dos artículos finales en que el tema es considerado directamente.

El primero se titula *La cuestión literaria* y examina en general el problema del Clasicismo y el Romanticismo. Aunque el autor se declara ecléctico, es evidente que está más cerca del Romanticismo que del Clasicismo; es decir, está de parte de la reforma, de lo nuevo. Su tesis tiene, inevitablemente un trasfondo político y puede sintetizarse en una fórmula: "*Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia*". Esta doctrina literaria se asienta (como la de Hugo) en el liberalismo de la época.

Un epígrafe, de lord Agirof, ilustra el primer artículo. El segundo (que se titula *¡Raro descubrimiento!* y se publica cinco días después) aclara el epígrafe y la procedencia del artículo anterior. Con esa genialidad polémica que era tan suya, Sarmiento había tenido la ocurrencia de contestar a sus detractores —¿o habría que decir, sus víctimas?— con un centón de artículos y de frases de Larra, cuyo seudónimo de Fígaro le había servido para componer el anagrama de Agirof. La jugada era doblemente maestra porque exponía, en un plano superficial pero eficaz y hasta escandaloso, lo mal leído que era el autor español, lo poco que se calaba en la verdadera sustancia de sus críticas. En un plano más profundo,

mostraba que las subversivas tesis de Sarmiento, contra las que se levantaban airados los chilenos, eran las mismas que al leer a Larra les parecían tan bien. Todo el último artículo está dedicado a exponer la burla, como si no lo fuese, como si los redactores de *El Mercurio* hubiesen sido las primeras víctimas, para acentuar mejor así su comicidad. Con ella Sarmiento cierra brillantemente la polémica.

Es cierto que Larra era un arma de doble filo. Al utilizarlo en su defensa, al citar como propias las palabras del periodista español, desmentía Sarmiento precisamente una de sus tesis más empenachadas: la decadencia de la cultura española. En su nueva voltereta llega incluso a reconocer ahora que "*en idioma y literatura vamos más atrás que la España de un siglo por lo menos*". Pero la coherencia no era su fuerte. No era coherente en su análisis ni en su razonamiento. Lo era, y qué magníficamente, en su postura vital, en su impulso. Por eso mismo podía agredir a sus adversarios con las armas que ellos fabricaban, podía invocar en su contra a uno de los autores que ellos aprobaban, uno de esos autores que Bello había aplaudido desde el primer momento que se anunció en Valparaíso la publicación de sus artículos. Todo esto no molestaba a Sarmiento; todo esto era lo accidental.

¿Qué actitud tuvo Bello en esta etapa final de la polémica? Se ha dicho, aunque sin pruebas, que los artículos de José María Núñez habían sido revisados por él, que en ellos "*se ve la mano*" del maestro. Es posible que así sea en lo que se refiere a la argumentación filológica. Es difícil creer, en cambio, que Bello haya estado en el origen de las acusaciones de extranjero que se dirigieron contra Sarmiento. El mismo era extranjero y no podía, no seguir sintiéndose extranjero, como lo documenta una carta suya, de 1839, comentada en el capítulo anterior¹⁹. Por su temperamento, por su larga residencia en Inglaterra, era una figura humana completamente distinta, en su reserva y circunspección, a la de los chilenos. Corto de vista, grave, poco aficionado a bromas, tímido y reservado, silencioso, Bello jamás pudo disolverse del todo en la sociedad chilena. Tuvo amigos, y de los mejores; tuvo discípulos; gozó del respeto y de la veneración de muchos. Pero siguió siendo considerado extranjero. A él también se le aplicaron motes injuriosos. Se le

llamó *godo*, aludiendo a su tendencia hispánica y, tal vez, a sus simpatías monárquicas. Hasta los íntimos lo llamaban *el gallego*. No podía haber sido capaz de echar en cara a Sarmiento la misma cerrada incompreensión contra la que luchaba hacía más de una década²⁰.

Casi cuarenta años después de las polémicas evoca Sarmiento —sus recuerdos limados y magnificados por obra del tiempo— algunos episodios de la lucha. Entre otras evocaciones, que más adelante se comentarán, apunta que en ocasión del artículo sobre *Los gallos literarios* (junio 23) hasta sus adversarios debieron festejar el ingenio con que se satirizaba por igual a nacionalistas y tradicionalistas. "*Don Andrés Bello [escribe Sarmiento] aplaudía como el golpe maestro de la composición la h del Cristo, sin la cual el Cristo nació que oyen las comadres, el canto del gallo pierde su significado tradicional*". Y el propio memorialista agrega: "*Lastarria se pasa a nuestras filas con armas y bagaje y la polémica toma nuevas formas*"²¹.

El testimonio es sumamente importante. Ante todo, porque demuestra que el espíritu polémico no había ahogado por completo la sensibilidad crítica. Bello, aunque no compartiese ni los argumentos ni la forma desconsiderada de hacerlos estallar, no podía no reconocer el brillante talento dialéctico de Sarmiento. Es creíble que don Andrés haya festejado, como el mejor, la alegoría de los gallos literarios. Ya se hace menos creíble la otra afirmación que establece de inmediato el memorialista. Si no hay nada que contradiga la actitud indicada de Bello (y hay, además, otras señales que la confirman), se encuentran testimonios que desmienten lo que a cuarenta años de distancia se afirma de la conversión de Lastarria. Sarmiento escribe ya viejo estos recuerdos de sus polémicas de 1842. Es posible que el trazo minucioso de un momento tan lleno de violencia y de pasión, de destinos entrecruzados en forma tan compleja, no le sea ya posible; que la memoria entonces simplifique y ordene, o sinteticice, juntando en una sola imagen ("*Lastarria se pasa a nuestras filas con armas y bagajes*") lo que es el resultado de una evolución difícil de mostrar en el detalle y llena de pequeñas alternativas. Este recuerdo, casi senil, de Sarmiento debe ser cotejado con otros testimo-

20 Véase, al respecto, el capítulo V de este trabajo.

21 Cf. Armando Donoso, p. 25.

19 Cf. Lira, pp. 135/36.

nios si se quiere comprender realmente cuál fue la actitud de Lastarria.

EL MONOLOGO DE LASTARRIA

El artículo de Sarmiento que desata la primera polémica de 1842 (la llamada filológica) es de abril 27 y se refiere a los *Ejercicios populares de la lengua castellana*; la réplica de Bello es de mayo 12. Con ambos textos queda establecida una controversia que, a través de varias alternativas, no se cerrará hasta 1843. Pero entre el primer artículo de Sarmiento y la réplica de Bello hay un acontecimiento que generalmente olvidan o saltean los historiadores literarios y que, sin embargo, es de capital importancia para comprender el desarrollo interior de la lucha. Me refiero al discurso pronunciado por Lastarria en mayo 3, cinco días después de la publicación del primer artículo de Sarmiento y en plena conmoción²².

En los *Recuerdos Literarios* se da al discurso una preeminencia que indudablemente no tuvo. Pero Lastarria está escribiendo no sólo desde su propia vanidad: está escribiendo sus memorias para reivindicarse. Los historiadores coetáneos han omitido su intervención en asuntos en que él jugó papel importante. Como reacción, y tal vez movido por su propio egotismo, Lastarria hincha su papel, ahueca la voz, insiste en su importancia. Si hay inflación, hay también verdad. Aunque no toda la verdad.

Así, por ejemplo, después de presentar su discurso y de comentar la recepción de que fue objeto, escribe: "*Inmediatamente el 'Mercurio' de Valparaíso del 22 transcribió el artículo del 'Museo', y como para presentar bajo un nuevo punto de vista el movimiento literario que se iniciaba, Sarmiento dedicó el editorial de aquel día a refutar esta opinión: —que, así como hay en política un cuerpo*

22 El texto del discurso está incorporado a los *Recuerdos Literarios*, pp. 96/115. En su estudio Armando Donoso ha hecho justicia a la importancia de Lastarria y ha corregido ciertos excesos de imaginación del autor. Su análisis, sin embargo, no tiene en cuenta todos los elementos que aquí se manejan y difiere, en puntos importantes, de la interpretación ahora ofrecida. Fernando Alegría también reconoce importancia a Lastarria, tal vez demasiada importancia.

legislativo, debe haber un cuerpo de sabios que legisle en materia de lenguaje, fijando las leyes a que debe ajustarse el habla del pueblo".

Este párrafo es ejemplo de cómo se puede alterar la verdad sin introducir ninguna mentira y por el simple procedimiento de las omisiones. Lastarria no dice nada que no sea objetivamente cierto. Pero deja de decir muchas cosas que son igualmente ciertas y que modificarían totalmente, si fueran dichas, lo que su párrafo insinúa. El artículo de Sarmiento del 22 de mayo a que alude es el llamado *Segunda contestación a Un Quidam*; o sea, la segunda réplica del polemista argentino al artículo que Bello publicó (mayo 12) con el seudónimo de *Un Quidam*, la que a su vez es réplica del artículo de Sarmiento de abril 27. Todo esto omite decir Lastarria. ¿Por qué? Porque si lo dice, se podría demostrar muy fácilmente que cuando él pronunció su discurso en mayo 3, ya era objeto de debate público el tema que quiere presentar como descubierto por él y por él lanzado a la arena intelectual. Sin embargo, no cuesta nada examinar la cronología y descubrir que fue Sarmiento, y no Lastarria, el que inició la discusión, el que la orientó hacia el debate Clasicismo-Romanticismo, el que aprovechó (o inventó) cada oportunidad para remover el fondo mismo de la educación chilena, el que en definitiva se convirtió en campeón de la nueva literatura. Sarmiento y no Lastarria. Y mucho antes aún de abril 27, como lo demuestra su artículo de julio 15, 1841, sobre el *Canto elegíaco* de Bello y el encogimiento poético de los jóvenes poetas chilenos.

Para sustituirse a Sarmiento, Lastarria tiene que omitir ciertas fechas y modificar el desarrollo cronológico; tiene que insinuar cosas improbables y hasta llegar a referirse, con evidente exageración, a "*la revolución literaria iniciada en este discurso*" [el pronunciado en la *Sociedad Literaria*] o a lamentarse de que en otra ocasión "*no habíamos tenido siquiera el apoyo de los escritores argentinos, que tanto nos había auxiliado en nuestra revolución literaria, iniciada en el discurso de 1842*". Si Lastarria hubiera afirmado siempre que la suya "*era sin disputa la primera voz que alzaba la generación nueva para fundar una literatura propia*", en Chile, entonces su alegato habría sido escuchado con otra atención. Porque eso era cierto. Pero alterar la cronología para escamotear la precedencia de Sarmiento, alvidar o mal interpretar la acción verdaderamente fermental del magisterio de Bello, todo para adornarse con las formas cumplidas, esto era demasiado. Aquí radica su principal

error. Y esto explica el silencio o animosidad que ha suscitado casi siempre su testimonio entre historiadores objetivos.

Sin embargo, el discurso mismo de Lastarria es atendible y tiene su interés. La *Sociedad Literaria* se fundó con elementos de la nueva generación y por iniciativa de Lastarria que fue designado presidente. Entre los miembros se contaban tres de los hijos de Bello (Andrés, Juan y Francisco), Manuel Bilbao, Hermógenes Irisarri. En la sesión en que asumió la presidencia, pronunció Lastarria el discurso que transcribe (tal vez con retoques) en los *Recuerdos literarios*. Unos versos de Lamartine le sirven de epígrafe; la elección del romántico francés indica ya sus preferencias:

*Quand nous ne sommes plus, notre ombre a des autels,
Où le juste avenir prépare à ton génie
Des honneurs immortels.*

La tesis general del discurso es anti-española. Lastarria no se cansa de presentar a la colonia como la fuente de todos los males y de exhortar a la juventud a liberarse ahora de los lazos del colonialismo intelectual. Lograda ya la liberación política, cumple realizar la independencia de la cultura. Por eso centra su ataque en la educación y en su rumbo actual. Un rápido y retórico repaso de las letras chilenas desde la conquista lo confirma en su tesis de la nulidad completa de la existencia literaria colonial. Ve y denuncia inmediatamente el peligro de una sociedad nueva, que se sabe independiente pero no sabe cómo ejercer esa independencia. El mayor peligro es la imitación. Por eso exhorta a la creación de una literatura propia, enteramente nacional.

En su desvío de las letras hispánicas, Lastarria no llega a abjurar del idioma español. En este sentido su posición es bien nítida: *"Algunos americanos, sin duda fatigados de no encontrar en la antigua literatura española más que insípidos y pasajeros placeres, y deslumbrados por los halagos lisonjeros de la moderna francesa, han creído que nuestra emancipación de la metrópoli debe conducirnos hasta despreciar su lengua y formarnos sobre sus ruinas otra que nos sea más propia, que represente nuestras necesidades, nuestros sentimientos. Y llenos de admiración, seducidos por lo que les parece original en los libros del Sena, creen que nuestro lenguaje no es bastante para exprimir tales conceptos; forman o introducen sin necesidad palabras nuevas, dan a otras un sentido impropio y vio-*

lento, adoptan giros y construcciones exóticas, contrarias siempre a la índole del castellano, despreciando así la señalada utilidad que podríamos sacar de una lengua cultivada, y exponiéndose a verse de repente en la necesidad de cultivar otra nueva, y tal vez ininteligible. Huid, señores, de semejante contagio, que es efecto de un extraviado entusiasmo".

La posición de Lastarria en este punto parece suficientemente distinta de la de Sarmiento como para que valga la pena trazar un rápido cotejo. Si bien abomina de la influencia de la literatura española, sobre todo por lo que ésta tiene de colonialista y retrógrada, abomina también de la absorción indiscriminada de la literatura francesa. En este caso, el rechazo se debe a razones idiomáticas que demuestran hasta qué punto habían calado hondo en él las enseñanzas luminosas de Bello. Si Sarmiento pudo haber suscrito la primera parte del discurso, ésta que se vuelve contra el *"extraviado entusiasmo"* por la literatura francesa y contra el abuso idiomático de introducir giros y expresiones gálicas en el idioma castellano, no habría aceptado nunca esta parte del discurso que se dirige especialmente contra él. Era una réplica más de los bellistas.

Lastarria no se detiene allí. En su defensa de la lengua exhorta a los jóvenes asociados a estudiar los clásicos españoles y penetrar en la historia de su literatura. En su elogio no se limita a Garcilaso o Herrera, a Mariana o Luis de Granada. También invita a estudiar a los modernos escritores. *"Hallaréis en ellos [les dice] el antiguo romance castellano hecho ya el idioma de la nación culta, y capaz de significar con ventaja los más elevados conceptos de la filosofía y los más refinados progresos del entendimiento del siglo XIX"*. Una vez más, sus tesis se oponen a las de Sarmiento, para quien (al menos en algún momento de la polémica) el pensamiento español se encontraba en la más completa decadencia y ha dejado *"de ser el intérprete de las ideas que viven hoy mismo los pueblos españoles"* para aceptar *"el humilde puesto de aprendiz"*. (Conceptos del artículo titulado *Contestación a Un Quidam*, del 19 de mayo, publicado unos quince días después del discurso de Lastarria).

Sólo después de conocer a fondo la literatura castellana, desde los escritores medievales hasta los modernos poetas del romance, advierte Lastarria a sus jóvenes oyentes, *"estaréis capacitados de recibir las influencias de la literatura francesa, de esa literatura que sojuzga la civilización moderna"*. Siguiendo a Villemain y a Hugo en su análisis,

observa a continuación las dos escuelas que dominan esta literatura, y aunque caracteriza a la moderna (la romántica) como “dominada por el vigoroso y saludable influjo del cristianismo, de la filosofía y de la democracia, o en una palabra sola, por la perfectibilidad social”, no la recomienda del todo.

Su pensamiento se encuentra sintetizado en un largo párrafo que sobreviene luego de un análisis, casi totalmente negativo, de la escuela clásica. “La Francia ha levantado la enseña de la rebelión literaria, ella ha emancipado su literatura de las rigurosas y mezquinas reglas que antes se miraban como inalterables y sagradas; le ha dado por divisa la “verdad” y le ha señalado a la “naturaleza humana” como el oráculo que debe consultar para sus decisiones: en esto merece nuestra imitación. Fundemos, pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis con todo que la libertad no gusta de posarse sino donde está la verdad y la moderación. Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del genio, no es mi ánimo inspirar aversión por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la expresión misma de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse, sin obrar contra la razón, contra la moral y contra todo lo que puede haber de útil y progresivo en la literatura de un pueblo”.

Las ideas de Lastarria eran románticas, pues. Pero sin exageración. Quería tomar del Romanticismo todo lo que pudiera servir para fomentar una creación de carácter nacional. Pero quería asentar esa rebelión en un sólido conocimiento del idioma y de la literatura española; quería seguir la influencia francesa en todo lo que fuera libertad y no licencia. Si se coteja ahora su posición con la que durante una década sostuvo Bello en sus artículos de *El Araucano* ¿qué se advierte? Que en lo esencial no hay discrepancia en cuanto al valor de las reglas y en cuanto a los modelos de la nueva literatura. Podría señalarse una diferencia de tono. Lastarria es más encendido y más polémico, reclama la revolución (que ya estaba en marcha) y se entusiasma más con la literatura francesa moderna. Bello tiene más años y más experiencia literaria; su formación ro-

mántica es inglesa y en las letras francesas está acostumbrado a separar mejor la paja del grano. ¿Por qué, entonces, Lastarria se imagina estar dirigiendo sus invisibles huestes en un movimiento libertador y contra el maestro de todos?

La explicación está en los últimos párrafos del discurso, aunque ya estaba insinuada antes. Lastarria se propone no sólo un movimiento que cambie la orientación estética de la literatura chilena (eso ya lo había hecho Bello y el propio Lastarria es un ejemplo del resultado); se propone cambiar la orientación social de esa literatura. Convencido de que debe ser original, advierte que la influencia francesa no debe llevar a reproducir mecánicamente los nuevos modelos sino a aprender en ellos a expresar las peculiaridades nacionales. Porque Lastarria cree (repitiendo al “juicioso Artaud”) que “la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, pero sí de sus efectos”.

Aquí era donde su posición empezaba a apartarse nítidamente de la de Bello. Este es el punto focal del conflicto que los irá separando, y separando a Bello de la nueva literatura. Porque el maestro caraqueño estaba demasiado hondamente formado en un humanismo de tipo universitario y académico para poder aceptar que el pueblo fuera juez (“el mejor juez”) de los efectos del arte. La posición del joven correspondía a lo que se ha llamado el *Romanticismo social* que con tanto interés ha estudiado Roger Picard en las letras de Francia²³. Es precisamente la orientación social más que estética del Romanticismo de Lastarria lo que le aparta cada vez más del grupo capitaneado por Bello. Y ese antagonismo, que tiene en rea-

23 Cf. *Le Romantisme Social*, New York, Brentano's, 1944. Hay traducción castellana: *El Romanticismo Social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

lidad una base política, se irá agravando a medida que se produzca la evolución reclamada de la literatura chilena. Lastarria queda cada vez más solo. De aquí que sea posible leer las penúltimas palabras de su discurso con un sentido muy distinto del que seguramente creyó él imprimirles: *"No tengo la presunción de aconsejaros, porque ni mis conocimientos, ni mis aptitudes me dan título alguno para ello: me contento con presentaros en este ligero cuadro mis ideas, apoyadas en la opinión de los sabios escritores que he citado: así las habréis escuchado con más atención. Yo no puedo más que acompañaros en vuestras tareas, para participar de la gloria que vais a granjearos para acometer la empresa de regenerar nuestra literatura. Mutuamente nos auxiliaremos: por el solo hecho de reunirnos hemos contraído con la sociedad un empeño sacrosanto; arros-trémolos todo por cumplirlo, no sea que las generaciones futuras y la presente nos acusen de haber perdido la ocasión que se nos ofrece para elevar nuestra patria al engrandecimiento que sus recursos le preparan"*.

El mismo indica en sus *Recuerdos literarios* el poco eco que suscitó el discurso, a pesar de haberse publicado más tarde en folleto. Según cuenta con alguna reticencia, Bello *"nos había expresado cierta mala impresión que le produjo"*. La única referencia chilena que puede agregar es una reseña colectiva del *Mercurio* en que se le dedica una mención junto a la de trabajos de autores nacionales, como Bello y otros. En cambio del comentario público, debe consignar dos hechos que lo afligieron profundamente (son sus palabras): *"el silencio de nuestros propios amigos y camaradas, ni una felicitación, ni una palabra de estímulo de su parte; y luego el trabajo de los adversarios para hacer prolijas investigaciones con el propósito de sorprendernos algún plagio"*.

Sin embargo, hubo algunos ecos. Juan García del Río, el infatigable colombiano que colaboró con Bello en las empresas publicitarias londinenses y estaba ahora radicado en Valparaíso, publicó en el *Museo de Ambas Américas* (Nº 7, mayo 21, un día antes de la *Segunda contestación a un Quidam*, con que Sarmiento replicaba a Bello y pedía su ostracismo) un juicio sobre el establecimiento de la *Sociedad Literaria* a la que se presenta, con palabras de Lastarria, como dispuesta a *"reunirse para comunicar y ordenar un plan de ataque contra los vicios sociales, a fin de hacerse digna de la independencia que a costa de su sangre nos legaron los héroes de 1810;*

reunirse en torno de esa democracia, que milagrosamente vemos entronizada entre nosotros, pero en un trono, con base carcomida por la ignorancia se cimbra al más ligero soplo de las pasiones, y casi se desploma, llevando en su ruina nuestras más caras esperanzas". García del Río apoya la iniciativa (de cuño más social que literaria) con sus palabras de estímulo. El artículo del *Museo* fue reproducido por *El Mercurio*, lo que debe haber contribuido a mitigar en parte la herida vanidad de Lastarria.

Pero el discurso no tuvo entonces más eco, y no podía tenerlo porque el primer plano de la atención estaba ocupado por la polémica que sostenía Sarmiento con Bello y que había empezado cinco días antes de la inauguración de la *Sociedad literaria*. Las *"revolucionarias"* ideas de Lastarria quedaron sin eco porque ya había aparecido en escena alguien que no sólo *"indirectamente las hacía suyas, exagerándolas y llevando su crítica más a fondo"* (como quiere hacer creer Lastarria a sus lectores desmemoriados) sino que había sabido plantear el ataque antes, con más brío y más arrogancia dialéctica; incluso que había sabido elegir mejor la tribuna. No una sociedad literaria, al fin y al cabo órgano de la misma *élite* que se quería combatir en beneficio del pueblo, sino la tribuna más popular que existía entonces: el periódico, la verdadera cátedra del que quiere entrar en contacto con ese mítico y elusivo pueblo. Sarmiento no sólo precedió a Lastarria en el tiempo; lo precedió (y cuántos años) en comprender que para hablar al pueblo hay que hablar donde el pueblo escucha.

Con este discurso (casi monólogo) de Lastarria concluye el primer acto de la polémica.

LA SEGUNDA POLEMICA

El segundo acto está íntegramente ocupado por la verdadera polémica del Romanticismo. Aunque Bello no intervino directamente —es decir: no escribió ninguno de los textos de la misma— su responsabilidad como guía espiritual de los jóvenes chilenos es tan notoria que aquí no puede pasar sin un análisis menudo.

Un artículo del argentino Vicente Fidel López, publicado en la *Revista de Valparaíso* desata la segunda polémica. La *Revista* había sido fundada por López en febrero del mismo año y era mensual; no sobreviviría al número seis, correspondiente a julio; pero ya

entonces López tomó la redacción de la *Gaceta del Comercio*, de Valparaíso, donde continuó publicando artículos y notas de combate. Aunque compartía el ideario de Sarmiento, su formación intelectual era distinta. En realidad, ambos argentinos vinieron a conocerse en Chile, donde estuvieron asociados en la fundación de un *Liceo* que se clausuró por intrigas del clero y algunos elementos reacios de la sociedad civil (según cuenta Rojas en su biografía de Sarmiento)²⁴.

Las disciplinas favoritas de López eran la poética y la retórica; hasta había escrito un texto que se apoyaba en las lecciones de Hugh Blair. Ya había cumplido el ciclo de muchos jóvenes del período: dando la espalda a la educación clásica de sus orígenes (su padre, don Vicente, era consumado latinista) se había convertido al Romanticismo en su forma entonces más virulenta: la francesa. En su reacción contra las letras españolas —que él creía revolución—, había llegado a abominar de Cervantes; esto le parecía signo inequívoco de independencia. Su actitud, sin embargo, es muy semejante a la de Larra —como se ha observado reiteradamente—.

Existe un retrato literario del López de 1842 en los *Recuerdos* de Lastarria. Dice el memorialista chileno, a treinta y seis años de distancia: "*López era un joven de veinticinco años [tenía veintiseis, había nacido en 1815], hijo de la revolución, que en su fisonomía de árabe y en sus ardientes ojos negros revelaba la seriedad de su carácter, la firmeza de sus convicciones y la energía de sus pasiones. Dotado de un espíritu eminentemente filosófico e investigador, había hecho vastas lecturas, y se inclinaba siempre a contemplar la razón de los hechos, de los sucesos y de los principios, despreciando las formas y las exterioridades. Pero su ilustración política y literaria no estaba aún dominada por un criterio fijo, que diera claridad a sus juicios y a su expresión; y ese era entonces el achaque general de todos los escritores progresistas, porque las nuevas ideas no entraban todavía en una evolución científica, en las naciones del antiguo régimen en Europa y en América*".

Tal es el hombre que con unas reflexiones, bastante inconexas, de un artículo titulado *Clasicismo y Romanticismo*, publicado en la *Revista de Valparaíso* (Nº 4, mayo, 1842), prenderá fuego al pol-

24 Cf. Ricardo Rojas: *El profeta de la Pampa*. Vida de Sarmiento, Buenos Aires, Editorial Losada, 1945, p. 183.

vorín literario, desatando la segunda polémica²⁵. La tesis general del ensayo es ésta: la nueva literatura (que ha revolucionado la faz y las leyes de la creación moderna) se inspira a la vez en el arte y en la sociedad. López (sin sospechar las resonancias que la palabra llegaría a tener en la segunda mitad del siglo) califica a esta literatura moderna de *socialista*. No otra cosa sostenía su estricto coetáneo Lastarria en su discurso de mayo 3, aunque tal vez su enunciación no estuviera acuñada en fórmulas tan provocativas como las del argentino.

El artículo no se limita a exponer la tesis —que no tenía ninguna originalidad en el momento aunque era todavía nueva en estas tierras—. También incursiona en la historia literaria y filosofa sobre su significado. Es aquí donde se ve que las intuiciones del escritor argentino no excedían anchamente sus conocimientos; hay mucho ingenio en lo que dice, pero se advierte que el análisis, o los chispazos de elocuencia que en él sustituyen al análisis, no se apoyan en sólida erudición. La visión que tiene del Romanticismo es estrictamente francesa. No sospecha siquiera la evolución del Romanticismo inglés; del Romanticismo alemán sólo advierte aquello que los franceses habían estudiado a la zaga de Mme. Staël, o que se hallaba entonces traducido. Llega a decir que la cuna moderna del nuevo arte está en el movimiento del Romanticismo en Francia.

El fervor juvenil de López no se detiene siquiera ante la más solemne de las ciencias literarias. Inventa una etimología de la palabra romántico que le hace derivar de la época de la disolución del imperio romano. Así, para él, los orígenes del Romanticismo se remontan a la edad media y tiene sus tres fuentes fecundas en la creación

25 Los textos de la segunda polémica han sido identificados y recogidos por Norberto Pinilla en *La polémica del Romanticismo*, Buenos Aires, Editorial Américalee, 1943, 142 pp. También recoge Danoso los textos de Sarmiento (pp. 106/71), a los que agrega uno, importante aunque omitido por Pinilla, sobre *El Semanario*. (Es de julio 19 y precede en pocos días a la polémica). A pesar de sus méritos y de su indiscutible utilidad para el estudioso, el libro de Pinilla tiene algún grave defecto en su ordenación cronológica; así por ejemplo, incluye la serie de réplicas de López sobre el Romanticismo (julio 29/agosto 4) antes de la paralela de Sarmiento (julio 25/julio 29), que es obviamente su antecedente. De este modo, no sólo se resiente la cronología; se resiente la comprensión exacta de los avatares de la polémica.

y desarrollo de las lenguas romances, los sentimientos ideales de la religión católica y los principios y hechos caballerescos de la feudalidad. De esta manera la oposición Clasicismo-Romanticismo, en vez de ser un conflicto de carácter histórico, que ocurre en la segunda mitad del siglo XVIII y se prolonga hasta bien entrado el siglo XIX, sería un conflicto casi milenario entre las literaturas de la antigüedad clásica y las de la época moderna. Semejante visión histórica amplía tanto el campo cultural que casi hace perder de vista la materia misma que trata.

Aunque a lo largo de su artículo López anuncia que hablará también de los defectos de la literatura romántica, en realidad no llegó a cumplir su promesa. La última parte está íntegramente dedicada a ordenar, si esta palabra puede aplicarse a algún texto suyo, un ataque a los principios del Clasicismo: las famosas reglas, la retórica, la gramática. Sus tesis tampoco son aquí originales. Ya las había expuesto, aunque con mesura y acendrado conocimiento, el mismo Bello en el curso de la década anterior. Lo que caracteriza al escritor argentino es el entusiasmo y la violencia juvenil que le inspiran frases como ésta: *"La gramática ha querido hacer entender, que es a ella y no al progreso a quien pertenece el poder de revelar y mejorar la naturaleza de un idioma. ¡Mentira!"* Aparte su vehemencia, la frase no tiene otro mérito intelectual que el de sustituir un ídolo del neoclasicismo (la gramática) por otro de los románticos (el progreso). Es claro que es aquí donde radica el mérito de su artículo: en la capacidad de molestar y hasta ofender a los supuestos adversarios, en la irritación que causa, en la reacción que no podía dejar de provocar de inmediato.

Su artículo precipitó, aunque no provocó, la creación de un órgano periódico de los jóvenes chilenos: *El Semanario de Santiago*. La historia de su fundación ha sido contada por Lastarria en sus *Recuerdos Literarios* pero de tal manera que todo parece obra suya. Conviene examinar primero su testimonio, aunque recorriéndolo con mirada suficientemente crítica como para advertir qué puede aceptarse del mismo y qué debe rechazarse. Ante todo, hay que ver lo que dice de la intervención de Andrés Bello como inspirador y hasta organizador de la resistencia de los jóvenes chilenos.

Lastarria parece en 1878 muy preocupado por afirmar que Bello *"no ejercía ya el magisterio que tuvo durante la época de la dictadura, pues había dejado de enseñar hacia cinco años los antiguos*

cursos, en que había educado a los jóvenes que ahora figuraban en primera línea [es decir: a él mismo]; y estaba muy lejos de ser el centro del movimiento literario y de tenerlo bajo ojos vigilante como director". A pesar de su prejuicio, Lastarria es suficientemente honesto como para no olvidarse de la acción personal que Bello aun ejercía sobre los jóvenes y sobre él en primer término. Así reconoce que *"influyó en él que esto habla para organizar el "Semanario"*. No puede pedirse declaración más franca. Pero en el capítulo siguiente de sus *Recuerdos* (el XVII) aún agrega elementos que permiten advertir hasta qué punto era profunda esta influencia y cómo —a pesar de las protestas de independencia y sus ambiciones de jefatura— Lastarria debía seguir los principios de Bello.

Según su propio testimonio sería suya la iniciativa de fundar el *Semanario*, órgano de la *Sociedad literaria* ya mencionada y que serviría *"para dar a luz composiciones que aquella corporación calificase de más dignas, y sobre todo para insertar traducciones hechas con el objeto de propagar las nuevas ideas y de fomentar el buen gusto y el cultivo del arte"*. Ni una palabra se dice allí del propósito polémico del *Semanario*. Entre los colaboradores de la publicación proyectada figura Francisco Bello. Por su intermedio se concierta una entrevista con el ilustre caraqueño. Cuenta Lastarria: *"Mas un día Bello nos llamó a nombre de su padre, para hablar de aquella empresa. La entrevista con el maestro fue larga y de gran interés para nosotros. Esta era la primera vez que él se ingería en el movimiento literario de 1842 [se apresura a aclarar, olvidándose deliberadamente de que Bello lo había preparado con sus clases y artículos, que había dado algunos de los primeros ejemplos de poesía de corte romántico, que había intervenido personalmente en la polémica con su artículo de abril 27], y lo hizo, aconsejándonos que no hiciéramos un periódico exclusivo, de una sola doctrina literaria, de un partido; porque debíamos aparecer todos unidos, cuando nuestro primer deber era vindicar nuestro honor literario, demostrar nuestro común progreso intelectual y afirmarlo; porque el nuevo movimiento iniciado por nuestro discurso [repite, por si el lector no recuerda] podía así ser bien servido, sin sublevar recelos, sin enajenarnos el apoyo y la cooperación de tantas inteligencias distinguidas; porque nuestras fuerzas y las de nuestros jóvenes compañeros no bastarían a mantener dignamente la publicación, de modo que rivalizara con el "Museo" y la "Revista" de Valparaíso; y sobre*

todo porque un periódico de bandería literaria, en las circunstancias era ocasionado a peligros políticos, y más que eso, al peligro de que no pudiéramos dirigir y moderar la impetuosa juvenil, que tal vez podría sublevar tempestades”.

Todo esto le dijo el maestro, todo esto que constituía un programa de acción, madurado por Bello (y puesto por él mismo en práctica tantas veces) a lo largo de algunas décadas de creación y crítica: un programa ecléctico. Lastarria no parece darse cuenta hasta qué punto todo lo que allí pone en boca del maestro es la verdadera y única dirección que debía tener en el momento este proyecto literario; parece no advertir hasta qué punto Bello es el verdadero jefe. Por el contrario, trata de acaparar, infructuosamente, el primer plano, atribuyéndose la iniciativa de una revolución literaria que había desatado Sarmiento y a la que prestaría su concurso decisivo López. Trata incluso de explicar lo inexplicable: su intervención en contra de los argentinos. Según Lastarria fue el último argumento del maestro (la amenaza de una reacción política) lo que *“nos paralizó, y contribuyó a que no insistiéramos en la discusión de las demás razones, y a que nos resolviéramos a seguir el consejo del señor Bello, precisamente porque lo que más temíamos, lo que siempre habíamos procurado evitar, era comprometer, con los peligros de la política, nuestra acción en la enseñanza y la escuela reformista que deseábamos fundar”.*

En vez de colocarse en el campo que, según sus convicciones literarias, le correspondía, acepta aparecer como jefe del grupo contrario. Y resuelve además algo muy delicado: desde el puesto clave, *“neutralizar la influencia de los escritores conservadores que eran sus discípulos [de Bello], y que él, muy impresionado por la necesidad de defender el honor nacional, nos prometía ver y comprometer, proponiéndole que nos asociáramos también a los jóvenes más distinguidos del Instituto, proposición que él aceptó sin trepidar”.* Lastarria no comprende que su actitud es equívoca y que está condenada al fracaso, que al asociarse a quienes son enemigos de los escritores argentinos solamente podrá ser considerado por éstos como adversario; que la fuerza de la polémica lo va a obligar a asumir una posición contradictoria con la suya íntima; que en su intento de dirigir a las nuevas fuerzas de la juventud chilena va a ser arrastrado por ellas.

No comprende, no quiere comprender, porque la verdad es otra. La verdad es que en este pasaje de los *Recuerdos literarios* la memoria le juega una mala pasada. Lejos de ser en 1842 partidario de los argentinos, aparecerá como enemigo de éstos; lejos de asumir el papel de moderador será comprometido por las fuerzas que desata la nueva generación chilena; lejos de ser el único director de *El Semanario de Santiago*, será uno de ellos. Y ni siquiera de los que marcan el rumbo. El rumbo lo marcó Bello con su programa y lo seguirán García Reyes (quien redacta el *Prospecto* del *Semanario*), Salvador Sanfuentes que llevará el peso de la polémica, *Jotabeche* que hostilizará al adversario con sus ingeniosas salidas.

Porque en vez de ser el *Semanario* una publicación de la *Sociedad Literaria* como Lastarria quiere hacer creer, es un órgano suscitado por un impulso más vasto. El carácter polémico (que a toda costa tratan de disimular los *Recuerdos*) está implícito en las palabras mismas del *Prospecto* que acude a recoger la acusación de Sarmiento sobre el encogimiento de los jóvenes chilenos frente a la poesía. Por eso se declara allí enfáticamente que el *Semanario* dedicará preferentemente atención a la literatura y dentro de ella a la poesía: *“Como la poesía ocupa un lugar tan distinguido en la literatura, justo será que le demos también cabida en nuestras páginas. En ellas, se verán algunas composiciones que versarán generalmente sobre asuntos nacionales. Por imperfectas que sean, por escasos de mérito que se encuentren estos ensayos, no se les podrá negar al menos el del fin con que van a publicarse. Este no es otro que el de alentar a la juventud chilena a ejercitarse en esa arte encantadora, que ha arrebatado la admiración de todos los siglos, y que eleva y perfecciona nuestra naturaleza, causando al alma las más dulces emociones, e inspirándole los más generosos sentimientos”.*

Pero si este párrafo podía resultar, en sus mesuradas alusiones, demasiado oblicuo, otros que se insertan en el primer número del *Semanario* (julio 4) no dejan lugar a dudas sobre cuáles eran los objetivos inmediatos de estos jóvenes chilenos. Así, por ejemplo, ya en el primer número se dice que *El Semanario* ofrecerá asuntos de interés menos efímero que las producciones de *El Mercurio* (es decir: que las de Sarmiento, su redactor principal): ya en el primer número se comenta una petipieza (*El español y la francesa*) y se hace burla del galicismo, del lenguaje mestizo y del afrancesamiento de algunos; ya en el primer número se indica inequívocamente:

“todos” los redactores somos chilenos, y lo repetimos, no nos mueven otros alicientes que el crédito y la prosperidad de la patria”.

Contra lo que dice Lastarria en sus *Recuerdos*, él no llevó la gestión directriz en *El Semanario*. ¿Cómo pudo hacerlo si su posición (según él) era conciliadora y estas declaraciones y alusiones estaban mostrando la índole belicosa de la publicación? Para explicar tamaña contradicción sólo cabe suponer dos cosas excluyentes, ambas injuriosas para él: que en vez de ser él director debió de resignarse a aparecer como zaguero de Sanfuentes, de Vallejo, de García Reyes, aun de Francisco Bello, y dejar que estos imprimieran su propio rumbo al periódico; o que en sus *Recuerdos* falsifica su verdadera posición de 1842, que él dirigía la publicación, pero contra los argentinos y no a favor de ellos, como pretende hacer creer treinta y seis años más tarde. De las dos hipótesis parece más creíble la primera que, aunque deja maltrecha la vanidad de Lastarria, excluye todo maquiavelismo.

LOS JOVENES CHILENOS ATACAN

La mayoría de los historiadores literarios están de acuerdo en señalar el artículo de López en la *Revista* de Valparaíso como la chispa que enciende la segunda polémica. Según este enfoque la fundación de *El Semanario de Santiago* no tendría otro objeto que facilitar a los jóvenes un órgano publicitario propio, y el artículo de Sanfuentes, titulado *Romanticismo*, sería la primera réplica que establece formalmente la polémica. Esto es cierto sólo en líneas muy generales. Ya se ha visto que el artículo de López entronca con la polémica anterior, e insiste (provocativamente) en su menosprecio de la gramática. Por otra parte, la fundación de *El Semanario* excede anchamente el propósito de réplica a López. Con la creación de este periódico los jóvenes chilenos tratan de demostrar a los emigrados argentinos, y demostrarse a sí mismos, que no es verdadera la primera acusación de Sarmiento; que no es cierto que el encogimiento de una educación neoclásica los inhiba como creadores.

De este modo, al proyectar hacia atrás la segunda polémica para que entronque con los dos artículos clave de Sarmiento (el de 1841 sobre los poetas, el de 1842 sobre los gramáticos), se vuelve a centrar en su figura el verdadero conflicto. La aparición del *Semanario* es saludada por Sarmiento (julio 19) en un largo artículo elo-

gioso, con levísimas y oportunas reservas, como si el autor no entendiera del todo las intenciones polémicas de los jóvenes. López fue menos sutil. En la moribunda *Gaceta* de Valparaíso, dedicó algún espacio a la censura de un poema de Joaquín Prieto Warnes que publicaba *El Semanario de Santiago* en su número 1º (julio 14, 1842). Esta nota abrió oficialmente las hostilidades.

Los jóvenes chilenos replicaron en el Nº 2 de *El Semanario* con un artículo de Salvador Sanfuentes titulado *Romanticismo* (julio 21). Sanfuentes había nacido, como Lastarria, en 1817; como éste, había sido discípulo de Bello en los cursos de Literatura y Derecho. Tenía una clara vocación poética que el maestro orientó impulsándole a traducir, desde los clásicos escolares hasta los poetas modernos (Byron, Lamartine, Hugo); en sus años de aprendizaje escribe algunas tragedias en verso, que casi siempre entierra o destruye, compone leyendas a la manera de Mora o de Byron (cuyo *Childe Harold* traduce hacia 1838). Aunque por su temperamento melancólico y por su amor al pasado romántico de Chile y a su naturaleza todavía salvaje, Sanfuentes aparecía como un romántico típico, por su formación humanista, por la disciplina de sus estudios clásicos, no estaba dispuesto a negar las virtudes del clasicismo con el ímpetu y la desaprensión de los autodidactas argentinos. Su posición debía ser necesariamente ecléctica —como lo era la de su maestro—²⁶.

El artículo de Sanfuentes es breve y está redactado con claridad y precisión. Tiene un equívoco tono satírico y se endereza no a combatir al Romanticismo sino la moda romántica; es decir, no pretende atacar los fundamentos de una escuela o tendencia en sí misma respetable, sino los excesos irresponsables de quienes se protegen en ella para justificar su falta de sentido estético y hasta de sentido común. Su ataque tiene como centro el drama. En este punto es explícito: “No se crea, sin embargo, que al expresarnos de este modo pretendemos denigrar la escuela romántica, para alistarnos ciegamente en las banderas del clasicismo riguroso”. Por eso mismo apunta también los errores de la escuela neoclásica y aplaude supuestas licencias románticas con el tiempo y el espacio, tales como las que en *Treinta años o la vida de un jugador* practica Víctor Ducange. (Por esta pieza también sentía cierta debilidad Bello, según se ha visto en el capítulo anterior).

26 Cf. Amunátegui: *Don Salvador Sanfuentes*, pp. 8/135, especialmente.

La tolerancia con las libertades románticas y la censura de los excesos neoclásicos tiene su límite. "Sí, tan latos como todo esto son nuestros principios [agrega Sanfuentes]; pero exigiremos siempre que el autor no se tome estas libertades sin necesidad; antes bien se valga de ellas para admirarnos con nuevas bellezas, o darnos lecciones terribles como las del "Jugador". Nunca perdonaremos al escritor que no disponga sus planes, invente sus escenas, medite sus expresiones, alumbrado por la luz de la razón. Le condenaremos siempre que no observe rigurosamente las costumbres de cada edad, de cada tiempo, de cada nación, y en lugar de presentarnos pinturas fieles de la vida, nos ofrezca monstruos o prodigios en las tablas". Las palabras de Sanfuentes pueden considerarse como un desarrollo, o eco, de las que había escrito en *El Araucano*, casi una década antes, Bello.

El joven chileno no se limita a teorizar, también señala algún ejemplo de lo que no debe hacerse, y este ejemplo es el *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, que censura por la inverosimilitud de sus situaciones dramáticas. Después de haber denunciado concisa y claramente los errores del maestro francés, apunta su desprecio de los discípulos e imitadores. Dice con tino: "El 'servum pecus' de la escuela romántica ha sido el mismo 'servum pecus' de los tiempos de Horacio. Es el perpétuo destino de esta canalla no acercarse a lo bueno jamás en sus modales, y excederlo siempre en lo malo". Las últimas páginas de su artículo están dedicadas a satirizar los excesos de los imitadores del drama romántico que, más realistas que Hugo o Dumas, han abundado en situaciones dramáticas incestuosas o disparatadas, han aumentado infinitamente el número de cuadros y hasta de actos de sus obras (en tanto que los maestros casi nunca han excedido la clásica división en cinco), han poblado de pseudo lucubraciones filosóficas sus obras. "Todos los extremos son viciosos", dice el proverbio, y cuando no se guardan los límites prescritos por la sana razón, es casi seguro errar". Son éstas sus palabras de moderación.

El artículo concluye con la esperanza de que pasen tales extravagancias y venga una nueva literatura. "Pasará el influjo de esa escuela que ha amenazado invadirlo todo y le sustituirá otra nueva, ni clásica ni romántica, ni tan extravagantemente libre como la de Víctor Hugo, ni tan servilmente esclava como la de La Harpe. La razón y la buena filosofía, esas supremas reguladoras del pensamiento, serán sus únicas legisladoras y entonces nosotros, sobre la tumba del

romanticismo pondremos este epitafio: 'Fuiste el nuevo cometa del siglo 19. Amenazaste a los hombres con un estrago horroroso, diste de qué hablar y en que devanarse los sesos a todas las naciones del universo. Pero de repente desapareciste sin que nadie hubiese podido comprenderte, y dejando en paz al mundo, oh fantástico romanticismo'".

Dos días después del artículo de Sanfuentes, y antes de que los argentinos hubieran podido replicar aparece una nueva figura a sumarse a las fuerzas chilenas y a traer a éstas un vigor dialéctico hasta entonces ausente en sus filas. Es José Joaquín Vallejo, más conocido por el seudónimo de *Jotabeche*. Era estricto coetáneo de Sarmiento y nació en Copiapó; se había educado en el *Liceo* de Mora y había figurado entre aquel grupo de alumnos que lanzó el célebre desafío a los del *Colegio de Santiago* en ocasión de la polémica de 1830. No fue discípulo directo de Bello pero no se mantuvo fuera de su órbita de influencia (¿quién podía hacerlo?) ya que leyó y aplaudió sus artículos y fue amigo íntimo de Francisco y Carlos Bello²⁷.

Jotabeche tenía un temperamento burlón que parecía apoyarse en sus raíces campesinas; tenía esa desconfianza instintiva del hombre de campo, o de pueblo, por todo producto que pudiera parecer importado. De ahí que aun antes de la polémica misma, puedan encontrarse artículos suyos en que apunta sus flechas cazaras contra el Romanticismo. Así, por ejemplo, en un artículo de carácter político que publica en la *Guerra a la Tiranía* (Nº 26, marzo 31, 1841, anterior incluso al artículo de Sarmiento sobre el *Canto elegíaco* y los poetas chilenos) se burla *Jotabeche* de Miguel de la Barra, al que presenta bajo el nombre de *Justo Estai*. Dice: "Su melancolía es incurable desde que ha perdido la esperanza de ir a París, donde se va a reunir un consejo de embajadores para decidir la cuestión del "clasicismo" y del "romanticismo". Así se lo ha escrito M. Guizot dándole muchas memorias de Luis Felipe, quien por el mismo conducto le ofrece todo un costado de las Tullerías para que cierre los ojos, y se vaya con cama y petacas. El pobre "Justo" está, pues, lánguido como la esperanza del desahuciado, triste como el amante que contempla la dicha del pastor y su pastora, y a veces despechado como el que sorprende inconstante a su "adorada". Ya se encuentran allí, además de alusio-

27 Cf. Amunátegui: *Don José Joaquín Vallejo*, pp. 113/196.

nes políticas, los elementos de una sátira al tipo romántico que los escritores costumbristas de todo el mundo hispánico no dejarían de trazar y retrazar en jugosos artículos. También parece evidente por su escritura que era aficionado a Larra, como apunta Amunátegui en su extensa biografía.

Con estos antecedentes puede imaginarse qué placer habrá sentido *Jotabeche* al reconocer los textos de los argentinos que tanta materia le proporcionaban para ejercer su espíritu satírico. La colaboración con que arrima su ingenio a la polémica se publicó en el *Mercurio* de Valparaíso en julio 23, a los dos días de aparecido el artículo de Sanfuentes. Se titula *Carta de Jotabeche a un amigo en Santiago*. El procedimiento utilizado por el costumbrista es la burla desenfadada y la parodia. Asegura que no hay nada más fácil que ser romántico y que de cualquier manera que uno sea, se es romántico. Al pasar desliza claras alusiones al artículo en que Sarmiento (mayo 22) había pedido el ostracismo de Bello, lo que demuestra una vez más que esta nueva polémica no era sino el segundo acto de la primera. Pero casi toda la sustancia de su breve carta está en el párrafo final, que sitúa nítidamente la posición antiargentina desembosada que asume *Jotabeche* y que será en definitiva la responsable de la orientación nacionalista a que sucumbe la polémica.

Dice el satírico chileno al supuesto corresponsal: *"No te canses, querido amigo; no pierdas tu tiempo en resistir al romanticismo, al torrente de esa moda que es la más barata que nos ha venido de Europa, con escala en San Andrés del Río de la Plata, donde la recibieron con los brazos abiertos las intelectualidades nacionales, expresándole su sensibilización y espíritu de "socialitismo", y asegurándole que ellas, desde el 25 de mayo, "brulaban" por los progresos "humanitarios". Hazte romántico, hombre de Dios, resuélvete de una vez al sacrificio. Mira que no cuesta otra cosa que abrir la boca, echar tajos y reveses contra la aristocracia, poner en las estrellas la democracia, hablar de la independencia literaria, escribir para que el diablo te entienda, empaparse de arrogancia, ostentar suficiencia y tutear a Hugo, Dumas y Larra, hablando de ellos como de unas calaveras de alto bordo, con quienes nos entendemos "sans compliments". Prepárate a recibir este sacramento de penitencia, leyendo el artículo de la "Revista de Valparaíso" sobre el romanticismo y clasicismo; y avisame si el castellano en que es-*

tá escrito es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado; porque juro a Dios que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces".

Su breve carta tiene el mérito de concentrar el ataque dirigiéndolo implícita o explícitamente contra Sarmiento y contra López (es decir: contra los argentinos). Orienta además el debate hacia la posición lingüística sostenida por éstos, a los que denuncia o parodia, por galicistas, incomprensibles y, aunque más sutilmente, por extranjeros. Si se compara la carta de *Jotabeche* con el artículo de Sanfuentes se advierte de inmediato una profunda diferencia de actitud en el planteo. Sanfuentes quiere discutir una estética o los abusos de una estética. En este sentido su posición corresponde a la de López. *Jotabeche*, como su adversario Sarmiento, quiere discutir una postura polémica, quiere ridiculizarla para destruirla. No le importa argumentar sino vencer. Los argentinos habían encontrado ya dignos rivales. Aunque *Jotabeche* no volverá a intervenir hasta que se haya clausurado la polémica, su espíritu está presente en muchos incidentes de la misma.²⁸

REAPARECE SARMIENTO

El trabajo de Sanfuentes se publicó en julio 21, el de *Jotabeche* en julio 23. Dos días después entraba Sarmiento en la palestra con un artículo publicado en *El Mercurio* de Valparaíso. Este es el primero de cinco que se imprimieron sucesivamente del 25 hasta el 29. Desde el comienzo, y bajo el título de *El Romanticismo según "El Semanario"*, expone Sarmiento, y con qué brío, la tesis de que el romanticismo está muerto y enterrado en Europa desde 1830, y que en su lugar *"la escuela socialista o progresista se ha parado sobre el pedestal firme y seguro de las necesidades de la sociedad, las tendencias liberales y la elaboración del porvenir del mundo"*. Esta tesis sobre las vinculaciones de la literatura con la sociedad, que no era por cierto original (ni lo pretendía tampoco),

28 En sus apuntes biográficos sobre *Jotabeche* sintetiza Amunátegui algunos incidentes de sus polémicas con Sarmiento, que exceden anchamente los límites de este trabajo. Cf. *Ob. cit.*, pp. 177/79 y 211/22, especialmente.

ya había sido expuesta por Lastarria en el discurso de mayo 3 y sus ecos también sonaban ya en el primer artículo de López sobre *Clasicismo y Romanticismo* (también de mayo).

Como éstos, tampoco Sarmiento va a precisar bien qué entiende por el movimiento social. Pero como él va más lejos en sus afirmaciones, como no sólo se limita a plantear la oposición dialéctica Clasicismo-Romanticismo sino que introduce un tercer término (verdadera síntesis) que es la literatura socialista, su posición implica una serie de temas que no estaban en Lastarria ni en López, aunque este último se va a apresurar a adoptar la tesis de su compatriota en lo que se refiere a la prematura defunción del Romanticismo. Lo que Sarmiento no consigue explicar del todo —y su propio método de improvisación polémica no se lo permitirá— es en qué consiste realmente esa nueva literatura y cuáles son los autores que la ilustran. Pero de todos modos, este asunto pronto se convierte en secundario.

Sarmiento inicia el ataque con un análisis de lo que debieron haber escrito los jóvenes chilenos, de cómo debían haber encarado el estudio del Romanticismo. Lo que les reprocha principalmente es que reduzcan el examen del Romanticismo a una cuestión de detalle, que escarben menudos defectos de los dramas románticos o de los imitadores de Hugo (y del maestro mismo), en vez de considerar el fondo del problema. Su actitud es ambivalente. Por un lado, censura a los redactores del *Semanario* que no presten el cuidado debido al problema del Romanticismo, por otro considera que el Romanticismo “no expresa hoy nada y es una vulgaridad ocuparse de él como de una cosa existente”.

Lo mejor del artículo no es el ataque directo, la discusión de lo que habían escrito realmente los jóvenes chilenos, porque en esto era fácil refutarlo ya que se le iba la mano y hacía decir al adversario cosas que notoriamente no había dicho. Lo mejor era lo que no se podía discutir: el filo de ciertas alusiones, la gracia con que ridiculizaba a sus adversarios, mostrándolos como unos clasicones que quieren hacerse pasar por ecléticos y se adornan con ribetes románticos. Algunos pasajes son memorables: “*Si el romanticismo tuvo en vida enemigos [dice en julio 26], ¿qué diremos de los que salen diez años después a dar gritos al aire? Diremos que estos tales tienen la suerte de andar siempre atrasados en las horas. Habían de Horacio y de Virgilio, cuando ya nadie se acuerda de sus dis-*

cípulos; de Racine y Moratin, cuando han sido suplantados por los escritores románticos; y de éstos cuando ellos mismos han abandonado el título; no porque se avergüencen de llamarse así, sino porque nadie se acuerde de aquel epíteto. Más vergüenza diera llamarse clásico si no se usase el paliativo de clásicos no rigurosos, es decir, un poquito flojito; pues, desabrochado, sin calzón corto, ni hebilla, sino con la levita a la dernière con sus visos de románticos, con sus barruntos de nada, en fin”.

El segundo artículo (julio 26) concluía señalando el trabajo de López en la *Revista de Valparaíso* como modelo de buen planteo del tema romántico y lamentando (o fingiendo lamentar) que los jóvenes del *Semanario* no lo hubiesen leído. Sarmiento termina anunciando que continuará con el tema: “*Luego tomaremos este artículo Romanticismo por la otra oreja, pues cuando nos arremangamos de veras para entrar en polémica, es nuestra mala costumbre dormirnos una semana entera, hasta que sale otro número del periódico semanal con quien nos las habemos...*”

El tercer artículo (de julio 27) se abre con una consideración general del mérito de *El Semanario* en la que no deja de deslizarse una censura para el redactor de *La Gaceta del Comercio* (es decir, para su amigo López) por algunas críticas inconsideradas que dirigió a la revista de los jóvenes chilenos. Lo que sobre todo le reprocha es que muchas de sus discrepancias están dictadas solamente “*por un sentimiento exclusivo que encuentra malo lo que no es él*”. Pero si sus censuras se concentran en este punto es evidente que en todo lo demás está completamente de acuerdo con la posición de su compatriota. Esa introducción (aparentemente objetiva) no es más que el caramelo que endulza exteriormente una medicina muy amarga para sus rivales.

Pronto entra en materia. Es decir: comienza el ataque, que ya había prometido en el número anterior. La tesis del polemista argentino es la de que Chile necesita del Romanticismo. Por eso censura a los que como Sanfuentes se colocan en la posición de término medio que, para él, disfraza en realidad una actitud hostil. Sarmiento no medía habitualmente sus palabras en la polémica. De ahí que calificase implícitamente a su adversario de cobarde y llegue a escribir: “*El autor del artículo toma un término medio entre las dos escuelas, como en política los serviles suelen disfrazar su opinión llamándose moderados, o del justo medio, sin atender a la atracción*

de los extremos". En el terreno del juicio literario mismo no deja pasar la preferencia de Sanfuentes por Ducange sin comentario. *"Muy lejos estamos nosotros de ensalzar esta obra que, como Ducange, lleva en su frontispicio el sello del mal gusto y la carencia absoluta de poesía en los caracteres apasionados que pinta, y el muchas veces errado conocimiento del corazón humano"*. Pero lo que verdaderamente le interesa es discutir las afirmaciones sobre *Ruy Blas*.

Al tema dedica un artículo entero (julio 28). Su punto de vista mezcla la apreciación estética con la social. Lo que no tolera Sarmiento es que el joven chileno haya criticado la inverosimilitud de presentar a un lacayo como un genio político, como un hombre capaz de hacerse amar por una reina, capaz de grandes sentimientos. Lo que no tolera es esa visión aristocrática. Por eso le opone su enfoque socialista. Una frase de la defensa demuestra hasta qué punto calaba hondo en su ánimo el desprecio aristocrático de sus adversarios. A la pregunta, que él mismo se hace, de dónde se ha inspirado el que hablaba en nombre de la nueva literatura, contesta, entre otras cosas: *"En la nueva escuela, en la escuela socialista, cuyas doctrinas no ha hallado escritas en un libro; pero que se le revelan por el espectáculo de nuestras necesidades sociales, por las simpatías de nuestro corazón; porque empieza a avergonzarse de que el plebeyo, el mulato, con talento, con virtudes, sea despreciado y mantenido en una inferioridad inmerecida"*.

Estas palabras, y otras que podrían citarse, demuestran una vez más que bajo la polémica literaria corría otra, más grave de carácter político y social. Sarmiento lo expresa claramente en las palabras con que intenta la definición de la nueva escuela que ha suplantado, según su tesis, al Romanticismo: *"El socialismo, es decir, la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren"*. Las figuras principales de esa escuela serían individuos que, como Béranger, como Bretón de los Herreros, combatieron por el pueblo. O escritores que, como Víctor Hugo, después de haber destruido el viejo arte literario, sintieron la necesidad *"de reconstruir y de hacer servir el nuevo arte a enderezar los entuertos de la sociedad"*. En toda esta parte de su análisis se advierte que las intuiciones de Sar-

miento no están suficientemente fundadas en el conocimiento de la realidad literaria europea.

El último artículo (julio 29) accede a un nuevo plano de discusión. O mejor dicho: lo revela, porque ya estaba planteado desde el comienzo de la polémica y tal vez desde antes. Es el personal. Allí el argentino reúne a sus enemigos (no olvida siquiera a *Jotabeche* a quien califica de "deponente y cómplice") y trata de probar que, además de la polémica literaria y de la político-social, hay otra de carácter estrictamente personal. El ataque es de tal virulencia que excede incluso sus generosos límites como polemista. Nunca como en este caso pudo decir Sarmiento que *"apenas tomo la pluma hago un disparate"*. Porque con una arrogancia que no lo beneficia opone su obra literaria, política y social a la de sus contrincantes, en particular a los poemas de Sanfuentes, y dejando lugar apenas para una alusión que tal vez salve a Lastarria, acusa a todos los redactores de *El Semanario* de no saber de qué escriben, de publicar una revista en que hay de todo como en la olla podrida: *"romanticismo, porque no lo conoce ni por las tapas; clasicismo por las palabras estéticas, las frases éticas, y los períodos raquíticos de sus discursos y las ideas chochas y desmoladas que vierte; socialismo porque hay algunos liberales entre ellos que tienen ideas más avanzadas"*.

La conclusión no es más tranquilizadora y revela hasta qué punto había perdido los estribos: *"Puede ser que cuando les hayamos baido bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una política literaria, entremos con la calma de la razón a manifestar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos, y que no son más que atrasados, influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país; cómo la falta de filosofía en los estudios, es decir, de aquella filosofía que tiene por definición la filosofía es la ciencia de la vida, de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en las tendencias de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para el sentimiento de libertad puro, sin ataque ni defensa de personas; por qué no se mueve por ellos; por qué no vive de nada ni representa nada; por qué hace farsa de las loquerías de San Andrés, donde los principios que ellos representan juegan a la chueca con cabezas humanas. Entonces veremos en nombre de quién*

se ha levantado la inquisición política y abogado en sangre las luces, la libertad, la moda, el romanticismo, y todas esas bagatelas”.

Sarmiento concluye prediciendo que para combatirlo sus adversarios levantarán el nacionalismo como bandera y la autoridad como arma de combate. Esta predicción no lo hace sentirse más dispuesto al apaciguamiento, sino más combativo (si cabe).

La respuesta de *El Semanario* (Nº 3, julio 28) ya estaba escrita e impresa al publicarse el cuarto de los artículos de Sarmiento. Si la cotejamos con ellos, en particular con el último, parece de ejemplar moderación. Es de Salvador Sanfuentes y se titula *Polvos antibiliosos y purgativos para “El Mercurio” de Valparaíso*. En realidad, no comenta sino al primero de los artículos del polemista argentino y lo hace con un tono zumbón que parece querer poner las cosas en su sitio, sin tomarse demasiado en serio la tesis sobre la nueva literatura. No quiere discutir el tema sino burlarse de la actitud bravucona del argentino. Casi toda su argumentación se dedica a mostrar la contradicción de éste al sostener por un lado que el Romanticismo está muerto y al ofenderse por otro que en Santiago se le censure y hasta se profetice su muerte. Pero no puede decirse que sea ésta una tesis polémica. Es más bien una salida de Sanfuentes, que establece su artículo en forma dialogada y elige entre las frases de Sarmiento algunas de las más cómicas —particularmente cuando se las cita, como aquí, fuera de contexto—. Incluso no deja de corregir algún desliz de la erudición de su adversario (había incluido en un rol de escritores latinos nada menos que al *Coliseo*). Se advierte, sin embargo, que su artículo no tiene otra finalidad que la de esquivar el asunto y ridiculizar una vez más los excesos dialécticos del argentino.

Antes de que se publicara el último artículo de Sarmiento, y al día siguiente de los *Polvos antibiliosos* empezó a insertar en la *Gaceta del Comercio* de Valparaíso una réplica personal al *Semanario* nadie menos que Vicente Fidel López, que con su lucubración de mayo y su comentario del poema de Joaquín Prieto Warnes, había echado la leña que faltaba a la hoguera literaria. Su respuesta abarca seis artículos publicados los días 29 y 30 de julio, 1º, 2, 3, y 4 de agosto. La impecable coordinación en el ataque de los argentinos ha sido revelada por Sarmiento en una página de *Recuerdos de Provincia*: “. . . Nadie puede darse idea del placer que tuve cuando vi engolfarse a sus autores [los del *Semanario*], en el tema escurri-

dizo del romanticismo y clasicismo. Fuíme a casa de López, agitando en el aire el número consabido y combinamos un plan de ataque por el cual yo debía hacer guerrillas desde “*El Mercurio*” y él desde “*La Gaceta*” venir con el bagaje pesado de erudición, para aplastar al que quedase parado”. Así ocurrió.

López traía poco nuevo (nada más lejos de sus posibilidades verdaderas que “*el pesado bagaje de erudición*” que le atribuía su compañero). Su posición es la misma del artículo sobre *Clasicismo y Romanticismo*: en vez de considerarlos como dos escuelas que se enfrentan en este siglo XIX, los ve como dos actitudes que tienen su entronque en la antigüedad clásica y en el mundo medieval. De aquí que califique a toda la literatura inglesa, de Shakespeare a Byron como romántica. Este error de perspectiva (que omite prácticamente toda la obra de los poetas y prosistas de los siglos XVII y XVIII) no es el único; también hará caudal de una ligera referencia de Sanfuentes a Virgilio y Eustacio para “*demostrar*” que Virgilio representa la actitud romántica triunfadora frente a la actitud conservadora de Eustacio. Las confusiones de López en materia literaria se prestan a la sátira y no fue difícil para sus adversarios aplicársela.

Más grave que estos errores es la circunstancia de que López enciende todos los fuegos polémicos y se dedica a un extenso análisis sin tener en cuenta que la posición que combate con tanto estrépito y prolijidad no es la de Sanfuentes sino una imaginada por él: la de supuestos clásicos recalitrantes. No parece necesario insistir ahora en lo que realmente dijo el chileno; baste recordar que sus censuras estaban enderezadas a los excesos del romanticismo y, en particular, a los excesos de los imitadores. Su afirmación final, especie de epitafio futuro al Romanticismo, fue tomada demasiado al pie de la letra por López. No advirtiendo su tono levemente irónico, cree ver en esas palabras un eco de otras de Mora y asegura que si bien es cierto que el Romanticismo ha muerto, no debe ser tratado con tanta levedad e injusticia. Se reconoce aquí la argumentación que ya había inaugurado Sarmiento en su réplica de julio 25.

La posición de López es, en verdad, curiosísima y justifica los cargos de incoherencia que se le han dirigido. Porque si el Romanticismo arranca de la Edad Media, según sostuvo él en mayo, ¿cómo explicar que haya muerto de golpe, ya en 1842, a doce años de su triunfo en Francia?. Tal vez nunca llegó a plantearse López esta pregunta.

Lo que es evidente es que como pensador, pertenece a aquella categoría de los que sólo tienen presente el último argumento apuntado en el papel y jamás llegan a considerar si éste es compatible con los aplicados a lo largo del artículo (o serie de artículos). Si hubiera tenido la precaución de leer atentamente el artículo de Sanfuentes habría advertido que no decía lo que él leía; si hubiera releído su propio trabajo habría reconocido elementales contradicciones. Se habría ahorrado así muchas lucubraciones, mucha defensa de lo que no se atacaba y hasta la adhesión a la luminosa teoría de que el Romanticismo ya estaba muerto en 1842.

La réplica del *Semanario* fue brevísima. Se publicó en el número 4 (agosto 4) bajo el título de *Una advertencia a la Gaceta*. Allí se señalan dos cosas: en primer lugar que se ha tergiversado el sentido del artículo publicado por *El Semanario* ("Ha refutado especies que en vano se buscarían en aquél; y parece arrogarse los honores de un triunfo abuyentando fantasmas que ella sólo había forjado"). Y que este procedimiento es desleal; en segundo término, se apunta la monstruosidad de confundir a Virgilio con un poeta romántico y en atribuirle una actitud victoriosa frente a la tradición que representaría Estacio; no era difícil restablecer los fueros de la verdad indicando apenas que Eustacio nació unos ochenta años después de muerto Virgilio. La réplica de Sanfuentes afirmaba al pasar que "estamos de acuerdo con la "Gaceta" en muchas de las ideas que ha expuesto sobre "romanticismo", y así lo reconocerá si, como es probable, esta materia vuelve a tratarse en nuestras columnas".

Lo verdaderamente paradójico de la situación, y lo que no se explicaría si la polémica no tuviese como tiene un doble fondo, es que tanto los jóvenes argentinos como sus adversarios chilenos, eran básicamente románticos. En lo que diferían era, principalmente, en la sólida formación humanística de los últimos (que les dejaba apreciar mejor las virtudes del clasicismo) y en el ímpetu revolucionario de los primeros que les hacía buscar lo nuevo por su misma novedad. Pero como había otras cosas, además de la divergencia sobre matices estéticos, la polémica continúa. La misma *Advertencia* del *Semanario*, que quiso ser moderada, concluye con una nota sarcástica en que se alude a la tergiversación (o ignorancia) de López con respecto a Eustacio. "Mais nous avons changé tout cela", dirá tal vez la "Gaceta". "Todo eso lo hemos cambiado", respondió Ginnés a los que, como nosotros, creían que el corazón se hallaba 'al

lado izquierdo del cuerpo humano y el hígado al derecho. Pauvres bêtes, nous avons changé tout cela".

Ante la nueva derivación polémica Sarmiento no pudo quedarse callado. Aún después de haberse despachado a su gusto en cinco artículos tenía cosas que agregar. Por eso escribe otro, *Las intenciones del Semanario*, que sale al día siguiente de la primera réplica de López y dos días después de los *Polvos antibiliosos*. Se publicó en *El Mercurio* de Valparaíso (julio 30) para demostrar que el ataque de la revista al periódico en que escribe no es cosa nueva, que ya se le aludió por sus galicismos y por lo que ellos llaman el lenguaje mestizo, lo que explica por qué le dolía tanto la palabra. Pero no se conforma con esto. Nuevas publicaciones de Sarmiento; nuevas réplicas de los semanaristas (o *seminaristas*, como con incisivo retruécano los llama), llevaron las cosas tan lejos que se creyó que habría de llegarse al terreno de los hechos. Esta última parte de la polémica no tiene contenido ideológico (bueno o malo) alguno. Es mera agitación verbal que malencubre rivalidades personales, envidias, disgustos de corrillos. Hay un artículo de Sarmiento (julio 31) que aunque pide que se vuelva a la moderación y afirma que hay en Chile sitio para todos, insulta; hay una réplica de Antonio García Reyes en *El Semanario* (agosto 4, en el mismo número 4 en que Sanfuentes contesta a López) donde se reiteran los fines literarios de la publicación y se abomina de la polémica y de los procedimientos de tergiversación e insulto habituales en ella, pero que concluye afirmando que sólo si sale a la palestra un caballero, dará *El Semanario* una contestación atenta. "Cuando el impugnador [agrega] sea un hombre de cancha, desdeñará de combatir con él". No podían haberse elegido palabras más calculadamente injuriosas para herir a Sarmiento. Su respuesta (agosto 7 y 8) es de ejemplar moderación. Se burla de las ínfulas aristocráticas o señoritiles de los redactores de *El Semanario*, subraya el carácter personal de muchas de las alusiones que se le han dirigido, hasta anuncia en broma que ha encargado (a Francia, naturalmente) "una magnífica carabina de doce tiros". Pero la sustancia de su réplica, la última, es que la cuestión ya ha cansado y que lo único valioso que se puede sacar en limpio es la discusión de principios sociales que "bajo la apariencia de una cuestión literaria" se han ventilado, principios que "importa a la juventud estudiosa no perder nunca de vista".

Con lo que se vuelve al verdadero punto de partida. Para Sarmiento la polémica literaria es cifra de algo más importante: quién habrá de orientar a la juventud chilena y hacia qué rumbo.

Así concluye el segundo acto, aunque quedan todavía entre bastidores algunas escaramuzas y resonancias.

ENTRE BASTIDORES

En sus *Recuerdos literarios* ha dado Lastarria una versión incompleta de la polémica, que se ha podido reconstruir ahora apoyándose en las fuentes mismas y en los estudios posteriores de investigadores chilenos. Pero si como exposición del conflicto su capítulo XVIII es francamente insuficiente, como testimonio personal es de primer orden. Allí se comunica, por ejemplo, que las dos réplicas del *Semanario* (la de Sanfuentes a López, la de García Reyes a Sarmiento) fueron discutidas en reunión general y aprobadas, a pesar de que no todos compartían el tono violento de la última. También se narra un encuentro de Lastarria con Sarmiento, poco antes de que se publicaran las réplicas de los semanaristas, y en el que el último se queja de la naturaleza personal de los ataques de que es objeto, y Lastarria, “sin faltar a la amistad que manteníamos”, le hace “enérgicas reconvenções” y le llama a la razón. El argentino accede y le envía con este motivo una carta que es uno de esos documentos que lo pintan por entero.

Empieza afirmando que “*hace mucho tiempo que he renunciado a la amistad de la juventud ilustrada de Santiago. Sea que no me hayan creído digno de merecerla, sea que yo no he justificado título alguno para aspirar a ella, sea, en fin, que la reconcentración de mis hábitos de vida no hayan dado lugar para que tales relaciones se estableciesen, lo cierto es que no he contado entre la juventud inteligente con otro amigo que usted, que tuviese motivos de creer sincero al menos. Usted, pues, que me ha tratado de cerca, ha podido juzgar, si no me engaño, de la pureza de mi corazón, y de mis cordiales simpatías por la juventud chilena y los intereses liberales del país*”. Este es el punto de partida y Sarmiento quiere dejarlo expresado claramente. La carta distingue nítidamente, además, entre Lastarria y los demás jóvenes —con una nitidez por desgracia ausente de los *Recuerdos de Provincia*.

Entra luego al análisis de la polémica, para lo que se refiere a una anterior y de carácter político (que aquí no viene al caso); en ella, Sarmiento supo desempeñarse con moderación. Evoca de inmediato la polémica sobre la lengua castellana, en que se vio convertido en blanco de bromas picantes (parece no recordar las que él forjaba) y en la que tuvo que “*devorar en silencio*” su “*mortificación*”. La aparición del *Semanario* reabre la lucha; Sarmiento no puede interpretarla sino como un continuo ataque, directo o indirecto, a su persona literaria.

Estas son sus palabras: “*Apareció el “Semanario”, y usted vio el juicio moderado que hice de su primer número y cómo me abstuve de desaprobear una palabra de las que en él estaban escritas; no obstante que la expresión —es redactado por chilenos— debía entenderla como la entendió todo el mundo, como una alusión a mi persona; no obstante que había en esa primera publicación ideas que podían darme asunto para críticas fundadas; no obstante, en fin, que me era conocida la malquerencia personal de un gran número de sus redactores*”. Este párrafo de su carta indica explícitamente que Sarmiento atribuye a casi cada palabra que publicaba *El Semanario* una intención agresiva. Parece que no se le ocurre que los jóvenes chilenos puedan escribir contra otro, contra López por ejemplo. Hasta el mismo artículo titulado *Romanticismo* lo cree enderezado en contra suya. Es evidente que la “*malquerencia personal de un gran número de sus redactores*”, le hace ver entre líneas ataques personales disfrazados.

Hay más. La carta atribuye justamente intenciones agresivas a ciertas declaraciones, ya comentadas, del primer número de *El Semanario*. Sus quejas abarcan otros temas (alusiones a escritos ampulosos que los semanaristas admiraron y ahora desprecian, las colaboraciones de *Jotabeche*) hasta concluir: “*Es preciso pues ser un topo para no ver el plan de los artículos, y los eslabones que los unen; y poco importa que el “Semanario” me nombre o nombre al “Mercurio”, para que todo el mundo entienda que soy yo el zaherido, que soy yo el representante del romanticismo, del galicismo y del lenguaje mestizo*”.

En la carta se denuncia también otra forma de la agresión, que no llega (es claro) hasta la prensa: la agresión oral. “*¿Creen que ignoro [pregunta a Lastarria] que un gran número de jóvenes de los redactores, usan en sus conversaciones las expresiones más ofensi-*

vas y más irritantes contra mí? ¿Ignoro que por todas partes se habla de mi "ignorancia", de mi puro "charlatanismo", de lo preocupado que estoy de mi mérito y del desprecio que merecen mis ideas, mi lenguaje y mis escritos? ¿Creen que ignoro, que se martillean versos para llamarme escritor estafalario, que se afecta un menosprecio, y se ceban en un odio encarnizado? ¿Y que ni aun se dignarían contestarme? ¿Creen, pues, que es posible que un hombre siempre tolere, sufra y se calle, aunque se sienta ya tomado de los cabellos para arrastrarlo por el fango; para concitarle el desprecio general; para hacerlo pasar plaza de un miserable charlatán e ignorante?" Y él mismo se contesta: "Pero yo no me someteré voluntariamente a las humillaciones que me deparan".

Estos desprecios orales, este desdén de grupo y de capilla, esta superioridad que afectan frente al argentino algunos jóvenes chilenos, es lo que en realidad envenena la polémica y que asoma (según Sarmiento) en alusiones disparadas por doquier. Aquí está la razón de la violencia con que ataca a sus adversarios. "No por la cuestión literaria [llega a escribir con esa franqueza terrible de sus mejores momentos] sino por lo que a mi reputación, que quieren ajar, va en ello". Y su ataque es a muerte, para que sepan sus protegidos adversarios lo que es herir el amor propio, ellos que están en su terreno, ellos que son muchos, ellos que se empeñan en destruirlo a él que está solo, que está indefenso ante el insulto del extranjero. "¡Yo que necesito para lavarme de esta última mancha tener algún título a la consideración pública; yo que necesito de una pequeña reputación como una propiedad útil!"

Las palabras de Sarmiento duelen y se duelen. Al dirigirse a Lastarria, descubre sus ideales y dolores y, también, todas sus furias. En un momento de lucidez llega a escribir: "Lo que hay, amigo, en el fondo de esta cuestión, es una deplorable mala inteligencia, que yo no he motivado, a mi parecer; un poco de celos, y mucho de exclusivismo en esos jóvenes, quizá de mi parte también". Y luego señala su singularidad (hasta su aspecto maniático) y se pregunta si no puede, si no debe, ser respetada. También apunta el mal que corrompe a los chilenos: el agruparse, el constituir un núcleo, el llegar a convencerse de que tienen razón por ser muchos²⁹.

29 La carta está recogida en los *Recuerdos literarios*, pp. 163/68.

Tal es el análisis que hace Sarmiento en el momento mismo en que está por concluir (con salvas de ambos bandos) la polémica. La pacificación que Lastarria buscaba se produce, pero no antes que García Reyes lance su última andanada al indicar que su adversario no era un caballero, no antes de que Sarmiento decida ridiculizarlos con la pueril amenaza del arma importada de Francia. En sus *Recuerdos* señala Lastarria que la polémica "fue simplemente un reflejo ardiente de los celillos de nacionalidad que había sublevado la discusión literaria promovida por nuestro discurso" [una vez más sostiene su insostenible prioridad]. Y de inmediato agrega algo que explica, o intenta explicar, su intervención en la polémica: "Empeñados nosotros en extirpar esos celos, en que el "Semanao" no volviera a reflejarlos, en que este papel se mantuviera en las regiones de la inteligencia y del interés público, sin descender a las riñas de injurias que tanto había degradado a nuestra prensa en otras ocasiones, y cuyo ensayo había sido tan doloroso para nuestros nobles compañeros, pusimos un decidido esmero en que no se repitiesen en adelante contiendas análogas". El propósito es noble. Sin embargo debe reconocer a renglón seguido que Jotabeche siguió por su cuenta la polémica.

Otra es la versión que se ofrece en *Recuerdos de provincia*, según se ha indicado. Allí escribe Sarmiento: "Estaba en 1841 curado ya, o afectaba estarlo, que es un tributo rendido a la verdad, de la fea mancha de las preocupaciones americanas, contra las cuales he combatido diez años; y de los que no se mostraban libres hacia 1843, Tocornal, García Reyes, Talavera, Lastarria, Vallejo y tantos jóvenes chilenos que en el "Semanao", estampan este concepto exclusivo: "todos" los Redactores somos chilenos, y lo repetimos, no nos mueven otros alicientes que el crédito y la prosperidad de la patria". Ellos dirán hoy [continúa] si "todos" ellos han hecho en la prensa más por la prosperidad de esa patria, que el "solo" extranjero a quien se imaginaban excluir del derecho de emitir sus ideas, sin otro aliciente tampoco que el amor del bien". Es singular que esta lista de nombres, escrita en 1850, a sólo ocho años de la polémica, no incluya a Salvador Sanfuentes, autor del artículo *Romanticismo* por él tan largamente impugnado, y figure en cambio (y sin ninguna calificación salvadora) el nombre de su amigo Lastarria, a quien dirige la carta confesional y conciliadora.

Hay otras alusiones a Lastarria en los *Recuerdos* de Sarmiento. En ninguna aparece como el amigo que el chileno pretende ser en sus memorias. La explicación de estas omisiones (porque no cabe pensar que Lastarria haya mentido hasta el punto de falsificar la admirable carta arriba citada) tal vez esté en la circunstancia —ya comentada— de haber perdido en 1850 Lastarria la amistad de Manuel Montt y encontrarse entonces Sarmiento bajo la protección del ministro. La polémica literaria no había sido, pues, la causa de la ruptura con Lastarria ni la fuente de su “olvido”; fue la política, la distinta actitud del argentino y del chileno frente a Montt. Por eso ha podido decir Armando Donoso, ferviente sarmientista: “se interpuso entre ambos la amistad de Montt, que fue pródiga en sus dones con Sarmiento, mientras Lastarria se vio obligado a renunciar a ella primero y a combatirla luego. ¡Mezquinas obligaciones de la vida que a Sarmiento le obligaron a sacrificar, en más de una ocasión, la integridad de sus ideas, y que a Lastarria le encontraron inflexibles, antes estrangulado por la miseria que propicio a las fáciles concesiones!”.

Todo esto no ocurriría sino dos años más tarde, en 1844. La polémica de 1842 no consiguió separarlos; por el contrario, el joven chileno queda cada vez más convencido de que en el argentino y a pesar de las intemperancias dialécticas o de las improvisaciones teóricas, está la buena doctrina. Su balance de la agitación del año 1842 (capítulo XXII) es por ello favorable: “El movimiento literario iniciado en 1842, las discusiones razonadas y las destempladas polémicas que tuvieron origen y fomento en aquella iniciativa, y la cooperación que prestaron al movimiento la “Revista de Valparaíso” y “El Museo de Ambas Américas”, por una parte, y por otra el “Semanario”, el “Mercurio” y la “Gaceta del Comercio” siguiendo estos últimos diarios la dirección independiente y elevada que imprimió nuestro periódico a la manifestación del pensamiento por la prensa, trajeron por resultado inmediato la completa emancipación del espíritu, y conquistaron y afianzaron la más amplia libertad de juicio y de la palabra en todo y para todo”.

Por su parte, Sarmiento ha hecho en dos ocasiones el balance de la polémica del Romanticismo. En 1850 los *Recuerdos de provincia* comunican impresiones que ya se han examinado en el curso de este capítulo. El segundo texto evocativo es mucho más tardío. Perteneció a un artículo de reminiscencias publicado en la *Nueva Revista*

de Buenos Aires en 1881, casi cuarenta años después. El tiempo ha exagerado todos los perfiles, simplificando matices y abultando las cosas que al escritor interesa recordar. El ambiente chileno es presentado por el anciano con estas palabras que no hacen justicia a la objetividad pero sí demuestran lo arraigadas que estaban sus convicciones polémicas: “Reinaba a la sazón en las aulas de la Universidad [que se fundó un año más tarde, en verdad] *Hermosilla, purista español; enemigo jurado del galicismo, como ferviente adorador de las tres unidades, etc.; y tales enormidades debimos enjaretar, López que no creía en Cervantes, y yo, que hallaba a Larra mejor que a Moratín, en favor del drama y de la escuela romántica contra la gramática, que no pudieron llevarlo con paciencia los que de entendidos se preciaban; y doce literatos, ni uno menos de doce, se pasaron la palabra para vengar tanta afrenta, y produjeron a escote entre los alaridos de la montaña...* “El Semanario” de Santiago, con el resuelto propósito de acabar con la cuyana chocarrería y poner a buen recaudo a los tales románticos de allende y aquende, conservando en su no eclipsada fama a los Moratines y demás plagiarios del empirio clásico”.

Después de estos excesos de la imaginación, Sarmiento pasa a reseñar la aparición del primer número de la revista, al que saludó (según recuerda) como “una publicación hebdomadaria, escrita en lenguaje castizo y correcto por la ilustrada juventud chilena”, y de inmediato señala que en el número segundo a uno de los redactores se le ocurrió mencionar a esos “escritores extranjeros, y aun me parece que famélicos, hablando sin el debido respeto de Victor Hugo y comparsa romántica”. Sarmiento no dejó pasar intacta la alusión. “¡Ira de Dios! [escribe con deleite cuarenta años después] todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma! ¡Qué tunda! ¡Y qué iniquidad a la vez! Figúrense ustedes que ellos daban el sábado un artículo que había pasado tres veces por la criba, y se publicaba con licencia de ordinario, como los antiguos libros, mientras que “El Mercurio” se les dormía desde el lunes de una pieza hasta el sábado, que salía el nuevo número de “El Semanario”, ya todo cariacontecido y abollado, y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba. “El Mercurio” era una especie de revólver, tum...tum...tum, seis tiros a la semana”.³⁰

30 El artículo está recogido en *Obras*, I, Santiago. Lo cita también, aunque sólo parcialmente, Ricardo Rojas, pp. 183/84.

Hay una fruición infantil en esta memoria del anciano que se detiene en la aventura y no en los fundamentos o en la consecuencia de la misma. Es esta fruición (preservada intacta a través del tiempo) la que facilita la última nota para comprender esta polémica del Romanticismo en Chile: la nota de la aventura, de la peripecia literaria, de la felicidad peleadora de Sarmiento. Sin ella no se comprendería la pasión y el absurdo con que el polemista escribe cada una de sus frases, conmueve a los demás y se conmueve y fuerza con sus gestos de arrebatado o poseído, el acceso de toda una generación a la arena literaria.

LA ÚLTIMA PALABRA

¿Y don Andrés Bello?, podría preguntarse. ¿Cuál fue su actitud? Los *Recuerdos* de Lastarria lo muestran facilitando a los jóvenes redactores de *El Semanario* todo un programa literario (en que predomina el eclecticismo estético) y una guía para la lucha que inevitablemente habrá de entablarse. ¿Fue esa toda su intervención? Difícilmente puede creerse que los jóvenes no lo hayan buscado en el ardor de la polémica, que no hayan solicitado su consejo o no hayan acudido a su sólida erudición para exponer las excesivas pretensiones teóricas de los argentinos. Lastarria nada dice, pero puede conjeturarse que Sanfuentes lo consultó o (por lo menos) consultó su doctrina, expuesta en tantos artículos de *El Araucano*. En cuanto a García Reyes y al artículo en que fija definitivamente la norma polémica que los redactores estaban dispuestos a mantener, cabe pensar también que seguían las directivas generales del maestro. A esta invisible supervisión parece aludir Sarmiento en su memoria de 1881 cuando escribe que cada artículo de *El Semanario* se publicaba "*con licencia de ordinario, como los antiguos libros*".

Esto no significa afirmar que Bello sea directamente responsable de todo lo que escribieron los jóvenes chilenos, y menos de las acusaciones (directas o veladas) de extranjerismo con que cubrieron a sus adversarios argentinos. El no pudo fomentar la misma especie tan estúpida de nacionalismo que ya había sido ejercida en contra suya durante la década anterior. El nacionalismo que él exaltaba era el del esfuerzo propio, el del mejoramiento, el de la creación, como lo reconoce Lastarria al atribuirle el consejo de "*aparecer todos unidos, cuando nuestro primer deber era vindicar*

nuestro honor literario, demostrar nuestro común progreso intelectual y afirmarlo..."

Bello hizo algo más que dar consejo. Colaboró directamente con notas originales y traducciones en *El Semanario* y en las sucesivas revistas literarias en que se manifiesta la nueva generación chilena. (De estas colaboraciones se ocupa el capítulo siguiente). Demostró con el ejemplo que a las acusaciones de encogimiento y esterilidad de los argentinos había que contestar con la creación y no con la polémica. Y en definitiva, marcó el rumbo. Por eso su figura está presente en toda la polémica. Aludido, sin nombrarlo, por argentinos y chilenos, Bello preside la lucha literaria de este ardido año de 1842. No debe extrañar, por lo mismo, que sea él quien la cierre definitivamente en 1843 con algunas declaraciones que insertó en el discurso de inauguración de la Universidad, cuyo primer rector fue.

En el capítulo próximo habrá ocasión de estudiar más detenidamente el hecho mismo de la creación de la Universidad y la ocasión del discurso. Aquí, y como epílogo al estudio de las polémicas literarias, conviene forzar la cronología y mirar los párrafos que dedicó a un asunto tan candente. Sus palabras fueron pronunciadas en acto solemne y ante un selecto auditorio en que se hallaban presentes Sarmiento y el equívoco Lastarria.

Dos pasajes del discurso tienen capital importancia a los efectos de fijar la posición de Bello. Uno se refiere al lenguaje (tema de la primera polémica) y el otro a la literatura (tema de la segunda). Bello los desarrolla al final de su discurso, define con precisión sus términos y declara su propia doctrina, insistiendo en el carácter personal de la misma, como si quisiera aprovechar la circunstancia para despejar todo malentendido que pudiera haberse formado en torno de sus verdaderas ideas.

Al referirse al estudio de la lengua, declara: "*Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que multitud de ideas nuevas, que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen. ¿Hallaremos en el diccionario de Cervantes y de fray Luis de Granada —no quiero ir tan lejos—, hallaremos en el diccionario de Iriarte y Moratín, medios adecuados, signos lúcidos para expresar las nociones comunes que flotan hoy día sobre las inteligencias medianamente cultivadas, para*

expresar el pensamiento social? ¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres; variadas por todas partes a nuestros ojos la materia y las formas; y viejas voces, vieja fraseología! Sobre ser desacordada esa pretensión, porque pugnaría con el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara transmisión del pensamiento, sería del todo inasequible. Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y aun de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, y sin hacer violencia a su genio. ¿Es acaso distinta de la de Pascal y Racine, la lengua de Chateaubriand y Villemain? ¿Y no transparenta perfectamente la de estos dos escritores el pensamiento social de la Francia de nuestros días, tan diferente de la Francia de Luis XIV? Hay más: demos anchas a esta especie de culteranismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jergonzas, el caos babilónico de la edad media; y diez pueblos perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio”.

Toda la doctrina lingüística de Bello aparece sintetizada nítidamente en estas palabras: una doctrina que no procede por rigideces dogmáticas pero que tampoco da carta a cualquier innovación. En esta parte del discurso se encuentra un eco de la posición sostenida por *Un Quídam* en la polémica primera (mayo 12). Aunque Bello ha cambiado los ejemplos (Pascal y Racine, Chateaubriand y Villemain ahora, donde antes citaba a Ariosto y Tasso, Lope de Vega y Cervantes, Voltaire y Rousseau) el pensamiento es el mismo: la identidad esencial de los idiomas modernos en distintas etapas de su evolución. Y como Bello no es sólo un ocasional polemista sino que es, sobre todo, un maestro de visión continental, encierra en la última frase una advertencia contra la babelización de América que lo muestra desvelado custodio de una de las más preciosas posesiones del hombre americano: una lengua realmente universal. Si en el párrafo arriba citado resuelve Bello magistralmente la llamada polémica filológica, en los siguientes llega a iluminar a fondo la polémica del romanticismo. Una primera advertencia está dedicada a explicar el beneficio que espera del estudio de los idiomas y de las literaturas extranjeras. Allí señala la necesidad de que

los americanos se preparen a recibir directamente los resultados de la ilustración europea y no que sean meros repetidores de síntesis ajenas. El estudio directo y la crítica de las fuentes es lo que recomienda. “Respetando, como respeto las opiniones ajenas, y reservándome sólo el derecho de discutir las, confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar por sí el atenernos a las conclusiones morales y políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la historia antigua y moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el previo trabajo intelectual de la demostración”.

De esta manera censura a quienes siguen una doctrina europea sólo porque les fascina el enunciado de la misma y sin haberse tomado el trabajo de verificar sus fundamentos. *Pensar por sí*: ahí se resume todo el secreto de su enseñanza y de su doctrina pedagógica. Pero ¿cuántos lo advirtieron en su tiempo?, ¿cuántos tuvieron la valentía de reconocerlo?

El segundo de los párrafos finales está dedicado a celebrar el renacimiento literario chileno. Las referencias a las polémicas son aquí transparentes. “¿Y pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunque de paso, en esta rápida reseña, a la más hechicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capital corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera, sobre todo, dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos, hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que, en un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a la nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que, por una preocupación injusta, se las había creído privadas?”

Por eso después de alguna consideración personal sobre el valor de las producciones de los jóvenes ingenios (en que cabe hasta una alusión oportuna a doña Mercedes Marín), introduce Bello en una propopeya, figura retórica muy del gusto neoclásico, la supuesta exhortación de la Universidad a los jóvenes poetas: “Si queréis que vuestro nombre no quede encarcelado entre la cordillera de los Andes y la mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced bue-

nos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más; tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros, al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras:

...Musarum sacerdotes,
virginibus puerisque canto.

(Horacio)

¿Y cuántos temas grandiosos no os presenta ya vuestra joven república? Celebrad sus grandes días; tejed guirnalda a sus héroes; consagrad la mortaja de los mártires de la patria”.

Esta prosopopeya es la ocasión para que Bello enlace el fervor humanístico y humanitario que heredó del siglo XVIII con el impulso nacionalista, de raíz romántica, que impregnó a la generación de la independencia (su propia generación), y con algunos, muy pocos, de los elementos progresistas que también se manifestaron en el Romanticismo, en particular en ese que podría llamarse Romanticismo constructivo, de inspiración católica, una de cuyas figuras principales es Chateaubriand (en su lado luminoso).

Pero la prosopopeya no concluye ahí. Porque con habilidad entronca Bello el tema del arte en el tema de la materia del arte. Su discurso continúa: “La Universidad recordará al mismo tiempo a la juventud aquel consejo de un gran maestro de nuestros días: “Es preciso”, decía Goethe, que el arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía”. Con estas palabras (de Goethe nada menos, el ardiente *stürmer* aunque también el maduro clásico), roza Bello el tema de la segunda polémica: la controversia retórica. Y lo hace con esa franqueza que caracteriza sus mejores escritos de doctrina.

“¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las

cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación”.

Todavía agrega un último párrafo, que arrancando de la doctrina de la libertad de la creación literaria, la amplía hasta extenderla a toda la actividad universitaria. “La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones”.³¹

Tal es la sustancia polémica del discurso con que Bello inaugura la universidad y cierra el debate literario en Chile. En los *Recuerdos literarios* ha dejado Lastarria registrado el disgusto con que asistió a la lectura de esta pieza oratoria. Según él (capítulo XXIV) “el maestro nos dio la mano a todos, sin satisfacer a ninguno de los bandos, construyendo su obra sobre las dos corrientes encontradas”. Con lo que el joven chileno aporta un nuevo testimonio sobre la objetividad de Bello y su posición por encima de agitaciones polémicas ocasionales. Pero Lastarria no se queda aquí; de inmediato entra al análisis menudo del discurso. Así señala (dentro de lo que más interés tiene para esta investigación) que Bello “no hacía una sola alusión a la literatura española ni a los “admirables modelos” y comenta: “Ya esto era mucho, puesto que desistía de considerar como nuestra aquella literatura”. En lo que tal vez no tenga razón. El discurso nada dice de la literatura española, pero al recomendar como imprescindible el estudio del idioma, ¿no está presuponiendo el estudio de la literatura de ese idioma, como el mejor medio para dominarlo? Toda su larga experiencia pedagógica así lo indica. La

omisión tiene otro sentido: Bello no quiso en ese momento decir nada que pudiera hacerlo aparecer incorporado irrevocablemente al bando de los casticistas.

También señala Lastarria que más adelante Bello pronuncia palabras (libertad en el arte, etc.) que lo muestran adhiriendo a la nueva escuela y alistándose resueltamente en la romántica. Hay evidente exageración en su enfoque, movido como está por el afán de demostrar que el movimiento literario ("*iniciado por mis discursos*") había triunfado tan plenamente que hasta el maestro se sumó a sus filas. Bello, en realidad, sostuvo en su discurso de 1843 la misma posición moderna y ecléctica que había desarrollado durante la década anterior, cuando el discípulo todavía no había rechazado sus enseñanzas.

También recalca Lastarria que la acusación de Sarmiento, a la que alude Bello en forma tan transparente como severa ("*preocupación injusta*" la llama), no se dirigía contra la esterilidad de los jóvenes chilenos sino contra la mala dirección de sus estudios, de la que nada dice el discurso. En realidad, Bello calla. Pero tiene sus razones, porque él no puede considerar mala la dirección de unos estudios que han enseñado a los jóvenes chilenos a pensar por sí (tesis sustentada en el discurso) y que los han habilitado para el aprendizaje profundo de las letras. Por otra parte, Lastarria olvida que en su primera acusación (la del artículo de julio 15, 1841) no se había referido para nada Sarmiento a la mala orientación de los estudios y sí al encogimiento.

Lo más sorprendente de todo el comentario que dedica Lastarria al discurso de Bello es una afirmación que contiene el Capítulo XXV. Después de haber exagerado pro domo sua la adhesión del maestro al Romanticismo, afirma: "*El discurso inaugural de la Universidad de Chile (...) nos abismó a todos los partidarios de la nueva escuela, a pesar de las insinuaciones lisonjeras con que su autor parecía aprobar nuestros ensayos y tomar parte en nuestro movimiento de emancipación intelectual. El ilustre rector proclamaba, a nombre de la Universidad, doctrinas que venían a contrariar enérgicamente el efecto natural de esta evolución, el cual, según dijimos antes, consistía en que la sociedad se emancipara de las preocupaciones que, como dogmas, dominaban en la vieja civilización colonial. El representante de la sabiduría entre nosotros ponía al frente de las nuevas esperanzas las tablas de la antigua ley. Su*

magisterio en aquellos momentos era una potencia que tomaba bajo su protección todas las tradiciones añejas que encadenaban el espíritu humano, cuya independencia queríamos nosotros conquistar". Pero ¿en qué quedamos?, cabría preguntarse. ¿Era o no era Bello un romántico, se había pasado o no al grupo de los jóvenes?, según el mismo libro sostiene una página antes. Estas incoherencias tienen sólo una explicación: Lastarria necesita probar que él, y no otro, fue el jefe de la renovación literaria de 1842. Por ello —según se ha visto a lo largo de este capítulo— altera la cronología y reduce así el papel de Sarmiento; se otorga una jefatura entre sus coetáneos que la ejercieron tal vez con más vigor: Sanfuentes y *Jotabeche*, y el mismo García Reyes; escamotea a Bello todo lo que puede, mostrándolo en una página como un anciano sin ninguna influencia entre los jóvenes y presentándolo en otra como una potencia retrógrada cuya influencia era invencible; exhibiéndolo una vez como compañero de los jóvenes y hasta convertido al nuevo arte por la acción persuasiva de éstos, pero saltando en seguida a agitar la imagen melodramática de un retrógrado que cierra con senil mano el camino a la revolución triunfante.

Bello no asumió tantos papeles incoherentes. Mantuvo siempre uno y el mismo: el de guía, el de influencia discreta pero firme, el de quien marca el rumbo (como decía Alfonso Reyes de Goethe). Contra la imagen o las imágenes que trata de hacer creíbles Lastarria se alza la única que los propios textos del maestro ofrecen. La imagen del que luchó, desde su llegada a Chile en 1829 hasta el instante del discurso universitario en 1843, por enseñar a los jóvenes a pensar por sí, a escribir en buen castellano, a crear dentro del arte y no de la licencia.

Desde el punto de vista de esta investigación no era necesario tal vez analizar tan menudamente las polémicas de 1842; ya se había visto en el capítulo anterior cuál fue la obra y la verdadera posición de Bello en la década que precede a estas controversias. Pero desde otro punto de vista (lateral a la investigación, pero importante para ella) era necesario mostrar, y en detalle, el proceso polémico para que se pudiera advertir cuánto equívoco, cuánta improvisación, cuánta leyenda, se fueron acumulando a partir de los mismos artículos de Sarmiento y López, de Bello y Núñez, de Sanfuentes y *Jotabeche*, de García Reyes y Lastarria; cuánta tergiversación intencionada, cuánta pasión de amor propio, cuánta pequeñez personal, se

deslizó en su trasfondo, como prueban los *Recuerdos de provincia* y los *Recuerdos literarios*, las cartas de Sarmiento y las de Lastarria y hasta las de *Jotabeche*. Sin el análisis menudo de esos textos (públicos y privados), sin el examen de la historia de la polémica y de las biografías de sus principales actores, no es posible comprender este momento crucial.

Ahora será posible reanudar el hilo biográfico para reconstruir las últimas horas y días y años de creación que todavía esperan a Andrés Bello³².

32 Vale la pena efectuar un rápido repaso del punto de vista de algunos de los críticos que se han ocupado más del tema, o que lo han ignorado más conspicuamente. En su *Vida*, Amunátegui llega al punto de escamotear la polémica. Aunque señala (pp. 586/89) la opinión de Sarmiento sobre el encogimiento de los jóvenes escritores chilenos y habla de la reiteración de ese punto de vista, lo hace sólo para refutarlo sin considerar seriamente su fundamento y sin decir que el tema generó una extensa polémica, o serie de polémicas. Ya se ha visto, por otra parte, en la nota 15, que omite en su edición de *Obras Completas*, Santiago, el texto con que Bello contribuyó a la primera polémica. Y eso que era ejemplar.

Los críticos posteriores se esfuerzan en presentar a Bello en 1842 como paradigma de la retórica neoclásica. Tal vez ninguno llegue tan lejos como el chileno Armando Donoso que no puede mencionarlo sin hablar de su "*helada preceptiva*" (p. 7) o del "*helado camino humanístico por el cual caminaba el docto Bello*" (p. 9) o de señalar que Sarmiento se levantaba "*contra la tiranía de la gramática y del latín*" (p. 10) o de insistir en que Bello "*ejercía un helado magisterio de docencia*" (p. 45) y que "*encarna la letra impasible del latín clásico*" (ibid.). No se le puede tachar de originalidad, sin duda, aunque sí de insistencia. Más sobrios, los argentinos Alberto Palcos y Ricardo Rojas también incurrir en el mismo enfoque. Así el primero escribe: "*Chile vivía [en 1842] en pleno reinado purista. Odiaba de alma al galicismo. Moratín señoreaba con sus dramas y Hermosilla con su estética. A ambos los patrocinaba Andrés Bello...*" (p. 50) ¿Qué trabajo le hubiera costado a Palcos leer, leer realmente, lo que había opinado Bello sobre Hermosilla y sobre Moratín en sus artículos críticos, algunos de los cuales se remontan a la época de Londres? Por su parte, Ricardo Rojas enjuicia la polémica en dos páginas (181/82) que repiten, aunque adornada de pintorescas imágenes, la tesis de Armando Donoso. (Dice, por ejemplo, "*Fue Sarmiento en Chile como un terremoto que derrumbó vetustas*

moradas, preparando los baldíos solares para los castillos de "Azul", que después edificara allá Rubén Darío".)

Distinta es la actitud que asume el crítico chileno Fernando Alegría. Empieza por quitar toda importancia a las polémicas, habla de su mediocridad intelectual, satiriza (obviamente) sus mayores dislates. Pero su enfoque es erróneo por exageración. Es cierto que las polémicas casi no tienen profundidad, que no valen mucho intelectualmente, que manosean antes que tratan los temas filológicos, literarios o sociales en disputa. Pero eso no les resta importancia. Su importancia (como se ha tratado de demostrar aquí) depende más de lo que implican que de lo que dicen. Como ellas suponen un desafío al magisterio de Bello y la formulación de todo un sistema de vigencias por parte de una nueva generación, no pueden ser consideradas, de ningún modo, con tanto desprecio. Felizmente, Alegría supera esa actitud inicial y en el interesante capítulo V de su libro aporta valiosas reflexiones sobre distintos aspectos de la polémica y de sus entrelíneas. A ellas ya me he referido en el curso de estas notas.

TERCERA PARTE

CAPITULO VII

EL HERMANO MAYOR:
SANTIAGO (1842-1850)

UNA MEDIDA PROPIA

Cuando estalló la polémica de 1842 Bello tenía más de sesenta años. Tanto los que, como Sarmiento, lo calificaron de anacronismo (con ambiguo uso de la palabra) como los discípulos que salieron a defender sus ideas, o lo que ellos creían sus ideas, podían considerarlo ya como hombre acabado. Por lo menos, en el terreno de la creación. Era legítimo no esperar nada nuevo de él. Más trabajos de erudición, más códigos y leyes y gramáticas, tal vez. Pero creación literaria y crítica, no. Tal es el Bello que forja, por ejemplo, el recuerdo de Lastarria en sus memorias literarias del 1842: un anciano, agotado ya y obsoleto. Y, sin embargo, a Bello le quedaban entonces más de veinte años de vida: veinte años, de los cuales casi diez estarían aun dedicados intensamente a la creación original y los otros diez a la culminación, lenta y minuciosa, de algunas obras maestras de la erudición hispánica del siglo XIX.

Tal vitalidad, tal larga supervivencia de un hombre, es algo que resulta increíble y que, por lo mismo, debe ser subrayada antes de emprender el recuento de los últimos años. Como Goethe, con quien se le ha comparado reiteradamente, Bello prolonga su vida sobre las décadas y no sobre los años. Y en tanto que brilla sólo un instante, y luego pasa, la obra de muchos de sus contemporáneos —hombres de su generación y hombres formados por él y hombres formados por hombres formados por él—, su propia obra continúa desarrollándose. Hasta que no se capta, y en su evolución concreta, esta enorme tarea no es posible comprender la clase de medida (no humana, sino sobrehumana o, tal vez, extrahumana) que su justa valoración requiere.

En realidad, hace falta una medida que esté forjada a su misma escala.

Los veintitantos años que vive Bello después de la polémica pueden escindirse para su estudio en dos períodos, de desigual extensión, pero que marcan, aproximadamente, las dos últimas etapas de este desarrollo final y en más de un sentido crepuscular de su vida literaria. El primer período (al que se dedicará este capítulo) muestra a Bello en plena actividad, asociado íntimamente a la obra de los más jóvenes, de esos mismos jóvenes que fueron espoleados por Sarmiento con sus ataques y guiados (o seudoguiados) por Las-tarria con su acción. Suman estos años del primer período apenas ocho, pero cuando se es Bello y cuando se ha alcanzado esa edad entre los sesenta y los setenta, ocho años pueden equivaler a veinte o treinta de un hombre menos proteico.

La obra de estos densos años aparecerá fragmentada en este capítulo. Habrá un Bello que colabore en la fundación de revistas juveniles y que entregue a las mismas, poemas y traducciones, páginas de sesuda prosa y análisis; habrá otro que prosiga sin impaciencia, en la tranquilidad de su gabinete, algún largo poema inconcluso y alguna traducción abandonada desde la época londinense aunque siempre acariciada en horas de ocio; habrá un tercero que recoja en folleto parte de la cosecha de años anteriores o que permita que otros (sus propios hijos a veces) la vayan ordenando; habrá un cuarto que continúe al frente de *El Araucano* la tarea de ilustración y doctrina que inició en 1830 y que, nunca, pasara lo que pasara, dejó de realizar con la más clara visión; habrá todavía un quinto Bello que, en medio de tanta actividad y de los duros golpes que significaron la muerte de amigos y hasta de dos hijos, culmine esa labor increíble de investigación iniciada en la segunda década del siglo en el acogedor ambiente del Museo Británico.

Todas esas imágenes de un solo y único Bello, llenan completamente la vida literaria chilena con su acción y se proyectan sobre el siglo XIX americano. Y, sin embargo, no es ésta más que una parte (sólo una parte) de la acción cumplida por el hombre Bello en esos ocho años. Como senador, como rector de la Universidad de Chile, como oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, como consejero y mentor de los políticos dirigentes, como redactor del Código Civil, ya tendría derecho Bello a que se estudiase por separado su gestión en esos ocho años. Lo increíble (parece no haber otro cali-

ficativo para él) es que cumplió todas esas funciones al mismo tiempo.

Hay que tener presente todas estas imágenes para poder emitir un juicio cabal sobre su actividad durante estos ocho años. Pero antes hay que verlas, nítidas, por separado.

EL MUSEO DE AMBAS AMERICAS

No menos de cinco revistas literarias importantes se fundaron (y algunas se fundieron) en Chile durante el lapso de esos ocho años. A todas aportó Bello su consejo y colaboración. La historia de su actividad literaria está en ellas y por ellas conviene empezar. Salvo la primera, todas fueron fundadas por jóvenes discípulos suyos y aunque eran órganos de la nueva generación no se habrían atrevido sin duda a salir a la calle sin la protección que implicaba tener a Bello entre sus colaboradores. La primera revista tiene otra historia, una historia que por un momento obliga a saltar veinte años atrás: a Londres en 1823.

La primera empresa periodística de Bello en Londres, la primera empresa suya, fue la *Biblioteca Americana* que se publicó en el año 1823. Su colaborador principal en esta revista (y en su secuela de 1826/27) fue el neogranadino Juan García del Río, trece años menor que el caraqueño y como éste hombre de varia ventura en América y en Europa¹. Hacia 1842, instalado en Valparaíso, en uno de los altos de su azarosa carrera, García del Río decide fundar una revista literaria: el *Museo de Ambas Américas*. Su editor era el famoso Rivadeneira. Ya García del Río tenía experiencia de publicista en Chile pues había redactado, antes del viaje a Inglaterra en que conoció a Bello, un periódico político, *El Telégrafo* (1819/20), donde tuvo de compañero de redacción a don J. Egaña. Pero esta nueva empresa era de carácter más puramente cultural. Un prospecto (fechado en abril 1º) declaraba como programa de la futura publicación algunas cosas que vale la pena transcribir: "*Animados si del deseo de hacer una cosa útil, y persuadidos de que puede efectuarse sustituyendo ésta a otras publicaciones castellanas que nos vienen del extranjero, entre las que no están muy correctamente escritas algunas, y otras no ofrecen mucha materia*

1 Véase el capítulo II.

de interés directo a los hijos del nuevo mundo, entresacaremos de los inmensos materiales que nos brinda la América y la Europa, cuanto creamos que puede interesar, instruir, mejorar y agradar; cuanto en nuestro concepto propenda a apartar obstáculos al desarrollo de la inteligencia, a desterrar preocupaciones que emitió la razón o la imaginación de los sabios que fueron, y de los sabios que son”.

Por estas palabras puede advertirse de inmediato que, a pesar de su espíritu enciclopedista de Revista de Revistas, el *Museo* en realidad tenía miras más bien modestas. El énfasis no está puesto en las contribuciones originales sino en la difusión de materiales ajenos, difusión que se ofrece como sujeta al criterio de entretenimiento y al de utilidad. Lo que dice el prospecto sobre las publicaciones castellanas que vienen del extranjero y no están muy correctamente escritas, podría tomarse como alusión (dada la fecha en que fue escrito) al supuesto galicismo de los escritores argentinos, exilados o no, y revela una preocupación por la pureza del lenguaje que bastaría, en esa hora de polémica, para situar al *Museo* (si el título no bastara) en el bando de los clasicistas.

Tal es por lo menos lo que hace Lastarria en sus *Recuerdos literarios* (Capítulo XIII). Allí se encuentra, además de algunas reflexiones sobre dicha revista y la transcripción parcial de su programa, un vivo retrato literario de García del Río. Después de advertir que García del Río a pesar de haber servido a la revolución de la independencia (como conservador, aclara), amaba el antiguo régimen y era partidario de la monarquía, como San Martín (cuyo secretario fue), Lastarria escribe: “Era un escritor correcto, elegante, ingenioso y tan erudito, que tejía sobre cualquier materia un discurso con pensamientos de distintos autores, como quien recama de oro y seda una rica tela. Hombre de edad proveya [tenía en 1842 sólo cuarenta y ocho años, pero para los veinticinco de Lastarria sus casi cincuenta eran bastantes], conservaba la flexibilidad, las gracias y elegancias de la juventud, realzadas por la belleza de una fisonomía que resistía aun a los estragos de la vejez. Estas cualidades, su exquisita urbanidad y los encantos de su conversación, le daban el dominio de los estrados, y las mujeres, mientras más hermosas, más ufanas se sentían cuando le tenían a su lado”.

Para Lastarria, el *Museo* de García del Río representaba la antigua escuela, en tanto que la *Revista de Valparaíso* (que fundó López y tuvo efímera vida) era la nueva escuela; de aquí que cierre su

comentario con este paralelo: “No hay necesidad de decir que los hombres de letras en Santiago preferían el “Museo” y lo aplaudían, en tanto que los jóvenes de la nueva escuela, sin desdeñarlo, buscaban con más interés la “Revista”, que aquéllos no aceptaban, ni aun leían”. Parece lícito entender que bajo el calificativo de “hombres de letras de Santiago” estaba aludiendo Lastarria a Bello y sus colegas, en tanto que lo de “jóvenes de la nueva escuela” serviría para identificar a él y a sus supuestos seguidores de 1842.

Sin embargo, las cosas no fueron tan simples como las recuerda Lastarria. Lejos de aparecer como un clasicista recalitrante, García del Río demostró estar bastante al día. Incluso más. En sus *Recuerdos de provincia* (publicados en 1850, cuando todavía vivía el neogranadino) Sarmiento recuerda el papel que le tocó desempeñar en la polémica. Allí dice: “García del Río estaba apostado en la prensa de Valparaíso, y cuando yo escribía a Rivadeneira, espantado del alboroto que causaba esta lucha en Santiago, limaban algunas puntas incisivas de mis artículos y García del Río las palpaba, sentía su fuerza, y las mandaba así punzantes de Santiago”. En la versión de Sarmiento, el neogranadino aparece más como cómplice de los jóvenes que como partidario de la reacción.

Pero, además, los mismos textos que publicaba el *Museo de Ambas Américas* bastarían para demostrar que esa evocación en blanco y negro que pretende pasar por buena Lastarria es exagerada y se saltea todos los matices. Porque García del Río imprime en el N° 11 de su revista una traducción de *Las fantasmas* de Víctor Hugo y en el N° 16 otra de *A Olimpio* del mismo poeta, indiscutido jefe del romanticismo francés. Y estas publicaciones (junio 18 y julio 20) ocurren en los momentos más ardidos de la segunda polémica, cuando ya López ha lanzado la bomba de su artículo *Clasicismo y Romanticismo* (mayo 1842) y cuando los jóvenes chilenos se preparan a fundar *El Semanario de Santiago* y lo fundan (julio 14), cuando están a punto de publicar en su segundo número (julio 21) el artículo de Sanfuentes sobre *Romanticismo* que desata la serie de réplicas de Sarmiento (julio 25/29) y de López (julio 29/agosto 4).

Más sensacional, sin embargo, que la oportunidad polémica con que el *Museo de Ambas Américas* inserta estas versiones del romántico Víctor Hugo es el nombre mismo del traductor: Andrés Bello. Es claro que la sorpresa de ver asociados el nombre de Bello al de Hugo sólo podía concebirse en quien desconociera por completo

su actividad crítica y poética en la década que precede a las polémicas. Al preparar ahora estas traducciones para su publicación en la revista de su viejo amigo, Bello lo hace sin duda para mostrar —con la obra y no con superfluas declaraciones— hasta qué punto era verdaderamente ecléctica su posición. Pero no se crea que obedece sólo a cálculo. Hay una carta de García del Río, de mayo 26, en que éste lo exhorta encarecidamente a enviar alguna colaboración a la revista. “¿Qué es esto, mi querido Bello? ¿Por qué me abandona usted? ¿Cómo no me ha enviado nada para “El Museo”? ¡Vaya que ésa es mucha indolencia! Si yo le pidiese a usted trabajos nuevos sabiendo que le falta tiempo para sus ocupaciones, sería una imprudencia en cierto modo, a pesar de que sé que no le costaría mucho esfuerzo el mandarme algo muy nuevo y muy interesante; pero cuando usted tiene tanto material en su cajón o en sus carteras, no auxiliarme con algo, no querer que sus producciones hermoseen y rescaten los defectos de mi publicación, es una indiferencia que no esperaba de un antiguo colaborador y amigo”². A estas palabras no pudo resistirse Bello. Ya en esa fecha se habían iniciado las polémicas. Con gran sentido de la oportunidad envió Bello unas versiones del discutido romántico.

LAS TRADUCCIONES DE HUGO

En realidad, Bello era un gran admirador del poeta francés. Ya se ha visto en el Capítulo V que había insertado en *El Araucano* (Nº 567, julio 2, 1841) un artículo tomado del *Journal des Débats* sobre Hugo y su escuela, donde junto al elogio del poeta se incluye la censura de sus imitadores; también había transcritto en el mismo periódico el discurso de recepción de Hugo en la Academia (Nos. 593/95, diciembre 31, 1841, enero 7 y 14, 1842); y algo más importante: en uno de sus artículos sobre Herмосilla (Nº 585, noviembre 5, 1841) había indicado la semejanza entre la oposición literaria entre clásicos y románticos con la pugna política entre conservadores y liberales, tema que ya se había adelantado a explorar audazmente Hugo en sus prefacios dramáticos.

La afición de Bello por Hugo no era, sin duda, ciega. No es posible creer que todo en la vasta y contradictoria obra del poeta francés

fuera de su agrado. El revolucionario por el gusto mismo de la revolución, el poeta sensual y sensorial, el crítico ampuloso e improvisador, el seudo profeta, debían necesariamente dejar indiferente a Bello. Pero había junto a éstos, más publicitados pero no más auténticos, otro Hugo con el que sí podía sentirse identificado el caraqueño hasta el punto de querer expresar en su propia lengua, y con una libertad que convierte a ratos sus versiones en creación original, algunos sentimientos y emociones semejantes a las expresadas por el poeta francés. Ese Hugo que conmovía a Bello era el de los afectos familiares y simples, el de la intimidad del hogar, y aquel otro también que sabe decir hasta qué punto duele una injuria arrojada por la pasión política sobre un hombre honrado. Este es el Hugo que en medio del laberinto polémico Bello traduce y publica en el *Museo de Ambas Américas* (y en otras revistas, según se verá).

Porque Bello como traductor no se dejó guiar nunca por el juicio crítico externo, por la valoración objetiva de la obra, sino por sus preferencias más personales. Puede afirmarse, incluso, que Bello no traducía sino aquello que le habría gustado haber escrito él mismo, aquello que de alguna manera lo representaba cabalmente. Por eso sus traducciones son verdaderas creaciones. Porque la postura en que se colocaba frente al texto ajeno es la misma que adopta frente a un texto propio: la del creador.

Ya la crítica más autorizada se ha encargado de probar que como traductor rara vez seguía servilmente un original. En realidad, podría alegarse (en un intento de explicaciones psicológicas) que Bello solía encontrar en sus lecturas estímulos para la composición original y que, siendo más honesto que otros poetas y también más clásico en cuanto al desinterés por la falaz apariencia de originalidad, no tenía reparo en presentar como traducciones obras que eran casi totalmente originales. Cuando reconocía en algún poema ajeno elementos propios: ideas o estados anímicos o visiones de la realidad, al traducirlo los hacía suyos y procedía con el original como con sus borradores, libremente, creativamente.

Para el crítico que trata de mostrar la peculiar manera de creación que se da en Bello no puede haber ejercicio más fecundo que el análisis de sus traducciones. Ellas revelan con toda precisión cómo funcionaba el estímulo poético del original sobre el traductor. Cómo el poeta caraqueño iba incorporando su propia sustancia al escrito

² Cf. Pedro Grases: *En torno a la obra de Bello*, Caracas, 1953, p. 103.

ajeno. Otra cosa: al traducir, Bello podía manifestarse más directa y libremente. Su responsabilidad confesional resultaba más diluída y, para los apresurados, podía parecer nula. Su pudor, casi siempre herido por la curiosidad ajena, podía escudarse en la traducción hasta el punto de usarla como máscara o cifra de su propia intimidad. Estas consideraciones no se aplican únicamente a sus versiones de Hugo; en realidad, corresponden a toda la poesía traducida por Bello. Al escoger determinados poemas de Hugo, tomados de *Les Orientales* (1829) y de *Les voix intérieures* (1837), no actúa como crítico sino como creador; escoge aquellos poemas que siente más cerca de sí, aquellos que expresan alguna circunstancia de su historia íntima y personal, que lo expresan. Por eso ha podido decir con acierto Edoardo Crema en uno de sus trabajos: "*Bello traducía o imitaba 'sólo lo que se ajustaba perfectamente con su personalidad humana y poética', al punto que, en donde el original difiere de lo que él pensaba y sentía, él modificaba el texto, y substituía a la imagen y emoción del original, imágenes y emociones suyas...*"³.

El examen de uno de los dos poemas que publica en el *Museo de Ambas Américas* permitirá demostrar hasta qué punto esto es cierto. El cotejo entre *A Olimpio* de Bello y el original de Hugo ha sido realizado repetidas veces, una de las más fructíferas por Pedro Grases en 1952⁴. El poema fue publicado en la revista de García del Río en el número 16 (tomo II, pp. 145/58, julio 20) con un subtítulo: "*Imitación de Victor Hugo*" y una nota, al pie: "*Olimpio*" es un patriota eminente, denigrado por la calumnia, y que se consuela de la desgracia en las meditaciones solitarias de una filosofía indulgente y magnánima. No sabemos quien fuese el personaje que Víctor Hugo se propuso representar bajo ese nombre. En las revoluciones americanas no han faltado Olimpios".

Ya en Amunátegui se encuentra una observación sobre el carácter indudablemente autobiográfico de esta nota que apunta (con sobrie-

3 Cf. Edoardo Crema: *Conflictos y valores estéticos en la "Silva a la Agricultura"*, in Primer libro, p. 103. El subrayado es del autor. Véase también su libro *Andrés Bello a través del Romanticismo*, Caracas, 1956.

4 Cf. Pedro Grases: *Victor Hugo y Horacio en una imitación de Andrés Bello*, artículo de 1952, recogido en *En torno*, etc. pp. 103/10. Aquí lo sigo en casi todo lo referente al cotejo de textos y a la forma del poema. Amplío, únicamente, lo que se refiere a la circunstancia biográfica misma que Grases no estudia.

dad pero con firmeza) al contenido alusivo del poema. En efecto, Bello había sido perseguido toda su vida por una calumnia: la de haber denunciado a las autoridades españolas una conspiración revolucionaria en las primeras horas de la independencia (abril 2, 1810). El cargo fue esgrimido por historiadores hispánicos (Esteban Fernández de León en 1815, Pedro Urquinaona en 1820) y también por algunos venezolanos (José Domingo Díaz en 1829, José Manuel Restrepo en la segunda edición de su *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, 1858). Contra él lucharía y por él padecería Bello toda su vida. El cargo era tanto más doloroso cuanto que parecía imposible contradecirlo, estando como estaba Bello fuera de su patria y sin poder recurrir al testimonio de los que estuvieron con él en abril de 1810 y conocieron cuál fue realmente su gestión.

En 1826 intentó Bello desde Londres, reunir los documentos necesarios y en tal sentido escribió a sus amigos caraqueños. De uno de ellos recibió respuesta en una carta que transcribe parcialmente Arístides Rojas y por la que se trata de disuadirlo de tal rectificación. Le dice el doctor J. A. de Alamo: "*Esas son tretas de los españoles para dividirnos, desprestigiarnos, y sembrar los odios en nuestras filas. No te preocupes, querido Bello; abandona ese carácter vidrioso que tienes. Esa defensa es inoficiosa. Más o menos los hombres más notables de la revolución han sido calumniados. La calumnia es el arma favorita de los españoles para desunirnos y deshonrarnos ante el mundo*"⁵. En el mismo sentido, según Rojas, se expresaron otros de los amigos consultados (Cristóbal Mendoza, Pedro P. Díaz, etc.), lo que habría hecho desistir a Bello. Sin embargo, la calumnia no muere; por el contrario, se extiende hasta el punto de que ya en 1829 son historiadores venezolanos quienes la repiten.

No corresponde entrar a examinar ahora en detalle el origen de esta historia. Ya Vicente Dávila descubrió en 1922 un documento que pone las cosas en su sitio y prueba que lejos de delatar a los revolucionarios, Bello demoró todo lo que pudo la comunicación oficial de la revuelta, poniendo sobre aviso a los conspiradores para que pudieran escapar, y enemistándose con su jefe español al ente-

5 En la biografía de Amunátegui se transcribe la carta y se detallan las circunstancias de la difusión de esta calumnia española.

rarse éste de las causas de su demora⁶. Pero lo que aquí interesa consignar es que la acusación persistió durante toda su vida; que algunos de sus compatriotas la suscribieron, que un hombre como Restrepo, que era su amigo y que hasta le había pedido que corrigiera las pruebas de la primera edición de la *Historia* (publicada en Londres, 1826), fue capaz de insertar, en la segunda edición de la misma, la calumnia. Contra esto nada podía hacer Bello. Nada sino sufrir en silencio o quejarse a sus más íntimos. Una forma de esa queja es, precisamente, esta imitación de Hugo.

El poema original integra un libro (*Les voix intérieures*) que es de 1837. Es cierto que antes de esta fecha Bello pudo haberlo leído en alguna publicación periódica francesa. Pero el año 1837 puede aceptarse como fecha aproximada del momento en que entra en contacto con el texto francés. La calumnia ya había sido prohijada por algunos compatriotas en 1829. Puede conjeturarse que Bello, instalado ya en Chile, conocía su nuevo avatar. Los versos de Hugo deben haberle parecido entonces muy adecuados para expresar ese dolor impotente del que ha sido agraviado y no puede levantar el agravio. La imitación surge, pues, del fondo mismo de su circunstancia poética y humana. Como ha señalado la crítica anterior, la imitación no respeta la división en dos partes del texto original: una, con las palabras del amigo de Olimpio (agrupadas, a su vez, en cuatro estancias) y otra con la respuesta del protagonista. No sólo modifica el metro y el tipo estrófico; ordena la composición en siete partes y la extiende considerablemente. (El original tiene 300 versos; la imitación 428).

Pero hay algo más importante aún, que ha señalado con oportunidad Pedro Grases: en la última parte, en que Olimpio expresa su serena y resignada actitud frente a la calumnia, Bello no se limita a seguirlo: intercala en el texto de Hugo algunos versos que le ha sugerido la traducción de un poema de Horacio, un fragmento de la Oda XVI del libro II: *A Grosfo*. Esos versos agregan un elemento que faltaba por completo en el texto francés: Olimpio es ahora visto como un desterrado.

6 Cf. Domingo Amunátegui Solar: *Archivo epistolar de don Miguel Luis Amunátegui*, Santiago, *Prensas de la Universidad de Chile*, 1942, I, pp. 10/12. Allí se resume el estado actual de la cuestión y se citan las fuentes.

*Y digo ya a la dicha lo que dice
Navegante que deja
El suelo patrio, a la querida orilla
Que más y más se aleja.*

Ese tema del destierro —que tanta importancia tuvo en su poesía del período londinense y que no desaparecerá del todo en su dilatada estancia chilena—, ese tema de la nostalgia de la patria, es uno de los más característicos de Bello, uno de esos temas centrales de su vida poética. Al enlazarlo como hace aquí con el del hombre eminente, salpicado por la calumnia, consigue potencializar de mayor carga autobiográfica un texto ajeno. El mismo procedimiento literario que utiliza (la contaminación) era muy conocido en la antigüedad y había sido felizmente empleado por Virgilio para sus imitaciones y adaptaciones de obras griegas. En este caso, su utilización tiene un sabor muy peculiar de paradoja literaria que los contemporáneos no advirtieron, y que en cierto sentido ha escapado también a algunos críticos modernos.

En efecto, al publicar su imitación de Hugo en el momento mismo en que todos los ánimos están caldeados por la polémica del romanticismo, Bello parece apresurado por inscribirse en el bando triunfante: el de los jóvenes románticos. Y, sin embargo, en el mismo poema en que imita a Víctor Hugo (y se expresa a sí mismo, expresa su concreta y personal circunstancia) interpola unos versos imitados de Horacio, uno de los dioses de la poética neoclásica. Inadvertida tal vez, hay allí una irónica lección: que la poesía, la verdadera, la única, está por encima de los credos poéticos y los manifiestos de capilla. Que es posible componer un poema absolutamente personal, fundiendo en una sola continuidad poética los sentimientos y las imágenes más recientes de Hugo, con los que expresó casi dos mil años antes Horacio; que, por una doble paradoja, estas imágenes, estos sentimientos, son los mismos que conmueven a un poeta hispanoamericano, amante y devoto lector del clásico y del romántico⁷.

7 En el discurso de inauguración de la Universidad de Chile —que ha sido parcialmente estudiado en el capítulo anterior y volverá a serlo en éste— también enlaza Bello los nombres de dos autores (Horacio, Goethe) que parecerían representar las dos corrientes opuestas en el momento pero que en su visión no están separados.

La lección no parece haber sido recogida por ninguno de los contemporáneos. Por lo menos no la advirtió Lastarria (o no la quiso advertir) porque todo lo que se le ocurre apuntar de estas traducciones o imitaciones de Hugo es que "ya había empezado el señor Bello a hacer sus estudios sobre Hugo, como lo prueba la imitación de "Las Fantasmás" que acababa de publicar por el "Mercurio", en 19 de junio..." En realidad, el único poema que invoca había sido publicado un día antes de la fecha indicada en el *Museo de Ambas Américas*, de donde lo tomó *El Mercurio* para reproducirlo. Tal vez pueda creerse que Lastarria no vio la publicación primera; pero tal vez sea lícito suponer que prefirió olvidarla, para no tener que reconocer que en el *Museo* (que él había presentado como órgano de la reacción) nadie menos que Bello traducía a Hugo.

La traducción que menciona Lastarria tiene también un contenido autobiográfico, no menos punzante que el de *A Olimpio*. Bello se acerca al poema original conmovido por la muerte de su hija Dolores. Lola (como la llamaban) era su favorita, una muchacha alegre y encantadora, preferida también por los hermanos. (En carta de *Jotabeche*, marzo 15, 1843, ha quedado el testimonio del duelo de Carlos por su hermanastra)⁸. Don Andrés cantó su pérdida apoyado en *Las fantasmás*, texto de Hugo que evoca la figura de esas adolescentes que mueren temprano. Su traslado es una evocación dulce en la que el poeta caraqueño ha interpolado imágenes que parecen anunciar, en su diafanidad y elegancia, algunas de las galas posteriores del modernismo⁹, y en que una filosofía del consuelo trata de cerrar lúcidamente las heridas. El poema es esencialmente romántico y aparece atravesado por ese aire frío y hasta duro que circula por la poesía del crepúsculo y de las tumbas.

La protagonista del poema, a quien la afición desmedida por el baile lleva a la enfermedad y luego a la muerte, se llama como la hija de Bello, Lola; en el texto de Hugo era simplemente una *espagnole*. Esta es la única alusión autobiográfica que se permite Bello, el único signo concreto de su dolor personal. Pero el poema muestra que todavía está entero; que aunque la muerte lo ha tocado, y en uno de los seres más queridos, el poeta todavía puede reaccio-

8 Cf. Amunátegui: *Don José Joaquín Vallejo*, p. 199.

9 Véase lo que al respecto señala, con agudeza, Fernando Alegría en *La poesía chilena*, pp. 208/09.

nar, todavía puede encontrar refugio en la creación. Otras muertes, no lejanas, lo encontrarán más viejo, lo dejarán más vencido, e irán gastando en él esa fibra que parecía incommovible.

EL SEMANARIO DE SANTIAGO

Bello no sólo colaboró con sus imitaciones de Hugo en la revista de García del Río, que dejó de publicarse (por obvias razones) en diciembre de 1842. Las difundió por todas partes. Este año es verdaderamente un año Hugo en la producción de Bello. Algunos de estos poemas fueron publicados en los lugares más estratégicos: en los mismos periódicos que fundaron los jóvenes para demostrar a los argentinos que la creación era posible en Chile y que no todo era clasicismo en la enseñanza que habían recibido. El órgano más importante de este movimiento es, sin duda, *El Semanario de Santiago*, del que ya se ha hablado en el capítulo anterior pero al que hay que volver ahora sin perspectiva polémica.

La labor cumplida por los jóvenes de *El Semanario* fue de gran interés. Además de Francisco Bello y Antonio García Sánchez, además de Lastarria y *Jotabeche*, además de José María Núñez y Sanfuentes, colaboraron en la redacción de esta revista algunas otras figuras (Juan E. Ramírez, M. A. Tocornal, Antonio Varas, M. González, Manuel Talavera, Juan N. Espejo, Joaquín Prieto Warnes) que con sus poemas o artículos de crítica dramática, con sus narraciones, llevarían la incipiente literatura nacional chilena a un punto de verdadera eferescencia creadora. A ellos hay que sumar otros nombres ocasionales: Hermógenes Irisarri, Jacinto Chacón, A. Olavarrieta, a los que Lastarria en sus *Recuerdos* llama "cooperadores". El valor fermental de *El Semanario* no debe hacer olvidar, sin embargo, el escaso nivel estético de la producción que allí se inserta. El propio Lastarria lo ha reconocido en sus memorias, y ha puesto como explicación el carácter ecléctico que a la publicación imprimió la influencia de Bello. Su argumento puede resumirse así: si *El Semanario* hubiera sido el órgano de la nueva literatura (como declara en 1878 Lastarria que era su intención), entonces habría hecho causa común con los argentinos y contra la rutina que encadenaba el pensamiento; pero como "aquel papel hubo de tener otro carácter, por la influencia que en la organización de su redacción tuvo el señor Bello, fue necesario que tampoco fuese el órgano de los puristas y

de los clásicos, contra los escritores argentinos, y en lugar de destinarlo a probar que el país era capaz de producir poetas, se le consagró a vencer la esterilidad que se nos reprochaba, echando abajo las compuertas que mantenían la estagnación del pensamiento”.

La explicación no es excesivamente lúcida. Por un lado se invocan intenciones que no aparecen demostradas en los hechos; por otro se reconoce una influencia que todo el libro de Lastarria trata de negar. Lo evidente es que, contra la memoria deseosa de Lastarria, *El Semanario* no respondió a sus exclusivas directivas sino a otras; a las de los jóvenes que lo redactaban y que eran, en su mayoría, discípulos de Bello o lectores suyos. De modo que *El Semanario* (dejando de lado la parte puramente polémica y antiargentina, en que se destacaron Sanfuentes, García Reyes y *Jotabeche*) fue el órgano de una juventud que se orientaba hacia la nueva literatura, pero no hacia una sola escuela. En sus páginas alternaron las leyendas de tipo romántico, aunque de dicción a ratos neoclásica, de un Sanfuentes, con los escritos costumbristas de *Jotabeche*, en que campea un humor no indigno de Larra.

El Campanario, una de las más famosas leyendas de Sanfuentes, mereció de Lastarria, a posteriori, un juicio despectivo: “. . . producciones de la antigua [escuela], como el “*Campanario*”, leyenda que entonces presentaba a los que habían provocado aquellos cargos como prueba de la capacidad poética del país, sin darse cuenta de que en ella no hay invención, ni inspiración, ni arte, y que por su versificación pesada y trabajosa se prestaba a críticas victoriosas. . .” Sin embargo, no sólo entonces, sino más tarde, la crítica siguió considerando el poema de Sanfuentes como el punto de partida de esa nueva literatura chilena, independientemente de sus verdaderos (y demasiado visibles) defectos. Alguno de sus críticos posteriores, ha llegado a señalar que el poema hace “*poco perceptibles, entre variadas y oportunas descripciones, ciertos visos de romanticismo cavernoso, que debió de proyectar sobre la imaginación del poeta la boga en que a la sazón estaban las manías y exageraciones de esa escuela literaria*”. El juicio (de Arteaga Alemarte) es de 1860 y tiene el mérito, paradójico, de echar en cara precisamente a Sanfuentes una condición de la que, según Lastarria, se hallaría completamente desprovisto¹⁰.

10 Cf. Amunátegui: *Don Salvador Sanfuentes*, p. 154 y sgs.

La verdad es que hoy el poema de Sanfuentes (que Amunátegui califica de “*la composición poética más importante*” que publicó *El Semanario*) interesa, sobre todo, por los excesos románticos de su trama que ocurre en el Chile colonial, siglo XVIII, entre amantes separados por las diferencias sociales y el orgullo de casta, y arrastrados al más trágico fin por un padre despótico; también impresiona por un fondo melancólico y hasta morboso que existía en la personalidad de Sanfuentes.

Bello no colaboró directamente en *El Semanario*, pero su influencia en la creación y orientación de la revista ha sido puesta bien en evidencia en el capítulo anterior como para que sea necesario insistir. *El Semanario* debió suspender con el N° 31 (febrero 10, 1843) la publicación de sus entregas por los motivos habituales: la escasa colaboración de los redactores, el impráctico apoyo público. Lastarria dice: “*No era que el papel careciera de interés, sino que, a pesar de ser muy leído y aplaudido, no había quien lo protegiera contra la costumbre de leer gratis, que entonces predominaba*”. (Sus palabras tienen aún vigencia en América). En su biografía de Sanfuentes ha adelantado Amunátegui otra razón: las ocupaciones de sus redactores en cargos oficiales y en destinos privados. También ha señalado Lastarria la aparición de otros periódicos (como *El Progreso*) que se ocuparon de librar la misma batalla en favor de las nuevas ideas y que en cierto sentido anulaban (por solaparla) la acción de *El Semanario*. El momento parecía más adecuado para la fundación de una empresa más puramente literaria.

EL CREPUSCULO

El periódico se tituló (con nombre hartamente evidente) *El Crepúsculo* y su primer número es de junio 10, 1843. En los *Recuerdos literarios* apunta Lastarria las circunstancias de su creación y los nombres de sus redactores, que coinciden en gran parte con los que realizaban *El Semanario*. Hay algunos nuevos: Juan José Cárdenas que aparece asociado al principio en la tarea de fundar una imprenta (luego sería substituído por Cristóbal Valdés); Francisco de P. Matta, Andrés Chacón, Santiago Lindsay (que fue colaborador de *El Semanario* y aparece ahora integrando el núcleo de redactores). F. S. Asta-Buruaga y Juan Bello, hijo de don Andrés, que a los veinticinco años habría de distinguirse como uno de los más brillan-

tes diputados de la legislatura de 1850 pero que en el momento de la fundación del periódico tenía sólo dieciocho años y se dedicaba exclusivamente a la poesía. Otros colaboradores eran Francisco y Carlos Bello, hijos mayores del maestro, y la infatigable señora Mercedes Marín del Solar.

También recuerda Lastarria que "*Don Andrés Bello se asoció a nuestra empresa, prometiéndonos un artículo para cada número...*". A pesar de que *El Crepúsculo* era únicamente mensual, la promesa implicaba un trabajo permanente de colaboración. Para cumplirla debió entregar Bello algunas páginas del texto de su *Filosofía del Entendimiento* en cuya redacción trabajaba hacía años y que refleja su formación intelectual británica. Asimismo contribuyó con algunos estudios de crítica como los que se refieren a los *Orígenes de la Epopeya Romancesca* e integran el ciclo de sus investigaciones sobre la literatura española de la Edad Media, también iniciado en sus lecturas del British Museum. Pero su mayor contribución, y esto lo reconoce hasta Lastarria, es la imitación, completamente recreadora, de la *Oración por todos* de Víctor Hugo.

Fue inserta en el N° 6, octubre 1843, de *El Crepúsculo* y es indudablemente coetánea de otra versión suya de Hugo que publicó *El Progreso* de Santiago en julio 19; pero si este segundo poema (*Los duendes*, sobre *Les lutins*) sólo parece hoy un juguete métrico, inspirado por la provocación técnica del original, la *Oración* es considerada, sin disputa, como uno de sus poemas más personales. Podría alegarse que en la estrofa XV de *Los duendes* —en que el poeta se refiere compasivamente a la condición de desterrados de estos seres fantásticos— hay una alusión de carácter autobiográfico. Es innegable; pero ella, por sí sola, no constituye un elemento suficientemente importante como para jerarquizar el poema. De mayor interés parece ser la nota que acompaña la primera publicación y que es del mismo Bello. Allí se señala la naturaleza de la deuda con Hugo: "*La idea general, algunos pensamientos y el progresivo ascenso y descenso del metro es todo lo que se ha tomado del original*". Lo que se dice sobre esta versión es aplicable a todas las que ha hecho Bello y en particular a las de Víctor Hugo. El punto de partida lo encuentra el poeta caraqueño en el francés. Un punto de partida que puede estar en la estructura rítmica y en algún pensamiento (como es el caso de *Los duendes*) o en algo más profundo: en el sentimiento poético que genera la composición y que preexiste

en Bello y se reconoce (y libera) al encontrar el estímulo de la composición original. La crítica ya ha dedicado bastante atención al problema de determinar qué le pertenece a Hugo y qué a Bello en *La oración por todos*¹¹. Desde Menéndez Pelayo hasta Joaquín Gabaldón Márquez se ha insistido en el mérito de creación propia que contiene el texto español y hasta se ha sostenido la primacía de éste con respecto al original. También Enrique Anderson Imbert ha examinado con fino sentido crítico, la fusión y deslinde de elementos neoclásicos y románticos en el nuevo texto creado por Bello¹². Por eso parece superfluo insistir en el análisis.

APARECE FRANCISCO BILBAO

Además de las colaboraciones de Bello —que fijaron el tono poético y crítico del periódico, en su nivel más elevado— cuentan para el desarrollo de las letras chilenas las contribuciones de sus hijos y sobre todo las de Lastarria y Francisco Bilbao. Con una modestia inesperada, Lastarria no aclara en sus *Recuerdos* de quién son unas "*novelas sobre asuntos nacionales*" que insertó *El Crepúsculo*. La verdad es que el autor de una de ellas, la que inaugura el género en Chile según la documentada opinión de Raúl Silva Castro, es él mismo¹³. Se titula *El Mendigo* y aparece en los números 7 y 8 de la revista. El mismo crítico ha apuntado, además del carácter de precursor que le corresponde a este escrito, la singularidad de revelar "*influencias preferentemente castellananas, lo cual desmiente en la práctica el violento antihispanismo de que dio muestras el autor en sus escritos doctrinarios...*" Y luego agrega: "*Si por la forma de la narración y por el estilo los cuentos de Lastarria andan cercanos a los de Cervantes y a las novelas picarescas (excepción hecha*

11 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 238/45.

12 La defensa de la originalidad de Bello en esta "imitación" ha sido hecha, con énfasis, por Joaquín Gabaldón Márquez: *Andrés Bello no fue un imitador*, en *El Nacional*, Caracas, noviembre 26, 1951. (Está reproducido en *Primer libro*, ed. cit., pp. 207/211). La nota de Anderson Imbert, *Neoclasicismo, Romanticismo*, ha sido publicada en *Sur*, Buenos Aires, setiembre-octubre 1955, No. 236, pp. 122/24.

13 Cf. Raúl Silva Castro: *Panorama de la novela chilena (1843/1954)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 18.

del "Buscón" de Quevedo), las ideas y los sentimientos son los de la época, es decir, románticos. Así se nos presenta "El Mendigo" romántico en el espíritu, clásico en la forma".

Esta perspectiva crítica actual, que tanto difiere de la que trata de imponer el mismo Lastarria en sus *Recuerdos* al presentarse como líder romántico, muestra hasta qué punto había calado hondo en él la formación bellista y qué injustificados eran algunos de los reproches que, a treinta y seis años de distancia, dirige todavía a Sanfuentes por *El Campanario*.

Pero la colaboración más llamativa de esta publicación fue un escrito de Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, que se publicó en el segundo número del año 1843. Bilbao tenía entonces unos veinte años (había nacido en 1823) y se caracteriza por el entusiasmo con que dedica sus mejores fuerzas a la especulación filosófica y social. A diferencia de Sanfuentes o Lastarria no tenía una sólida formación humanística. Estudió en el *Instituto Nacional* donde tuvo de maestros a Bello, a Lastarria y al argentino López. Más que otra cualquiera, la influencia de este último es visible en Bilbao. Con el exilado argentino tenía el joven chileno muchos puntos de contacto. Era de formación más autodidacta que académica; su pensamiento se orientaba hacia un liberalismo de extrema izquierda que ahora parece sobre todo anarquista (y lírico). Lo unía a López la admiración extrema por los escritores sociales del romanticismo francés y un estilo en que la coherencia no era la cualidad dominante. Pero en tanto que López tenía casi treinta años (había nacido en 1815), Bilbao apenas alcanzaba los veinte. Esos ocho o nueve años de diferencia explicaban la distinta tensión, el menor ímpetu y arrojamiento del argentino, el audaz ardimiento del chileno.

Es claro que había diferencias que no eran de la edad, sino del temperamento, porque los años y los golpes no alteraron casi los rasgos básicos de Bilbao. Sustancialmente fue siempre el mismo. Uno de sus biógrafos modernos, Armando Donoso, ha sintetizado en estas palabras el juicio definitivo sobre el agitador chileno: "Ni fue filósofo, ni fue gran escritor, ni fue un artista magnífico. Nada de eso. Sus ideas forman estrecho maridaje con su acción de agitador. Fue un revolucionario, un caudillo, un apóstol de la reacción"¹⁴.

14 Cf. Armando Donoso: *Bilbao y su tiempo*, Santiago, Zig-Zag, 1913, p. 11. Es éste uno de los más completos estudios sobre el tema; aquí lo usaré

Su primer trabajo es el ensayo sobre *Sociabilidad chilena* que inserta *El Crepúsculo*. Lastarria cuenta que aunque Bilbao integraba el número de colaboradores, "no había escrito hasta entonces, excusándose con los asiduos y tenaces estudios que hacía para fijar sus ideas, que se encontraban en perfecta anarquía; desde que había dejado de creer en el catolicismo, según él mismo aseguraba. Era un espíritu ardiente y poético, pero su poesía brillaba como una manifestación del acendrado misticismo que formaba el fondo de su sentimiento: no podía dejar de ser creyente, y faltándole su antigua fe en el catolicismo romano, se asilaba en el evangelio, para condenar aquellas creencias, y buscaba la satisfacción de su misticismo en la metafísica mesiánica de Lamennais, y otros socialistas teológicos. (...) Disciplinada su alta inteligencia en estas abstracciones metafísicas, Bilbao adquirió el hábito de la generalización y de expresar las generalizaciones por proposiciones absolutas en las formas bíblicas de Lamennais, preciándose de un estilo enigmático, que llamaba apocalíptico y que daba margen a sus discípulos para hacerle tergiversaciones, que siempre servían a aquel carácter noble y jovial de temas para lucir la gimnástica de su ingenio sutil y de su admirable facultad para los aforismos".

Tal era el hombre, apenas salido de la adolescencia, que con un solo texto se convertiría en el más discutido y execrado y aplaudido de los escritores de la nueva generación. Hasta sus biógrafos de hoy admiten que el ensayo sobre la *Sociabilidad chilena* no se caracteriza por el pensamiento profundo y lúcido. Consiste, más bien, en una serie de análisis inconexos, fijados en un lenguaje de fuego y pasión, pero oscuro y confuso, cuya doctrina no es fácil de desentrañar pero que resultan transparentes en cuanto a su intención de atacar los fundamentos de la sociedad chilena de la época. Bilbao —ya se ha establecido— deriva de Cousin y de Dupin, de Lamennais y de Vico; deriva también de Rousseau, de su ideario, de su poderoso entusiasmo oratorio. El escrito con que se estrena en la labor filosófica aparece dividido en tres partes: *Introducción*, de gran ímpetu lírico y poca (o ninguna) sustancia; *Nuestro pasado* (en que se hace la crítica de España y su sistema colonial) y *Revolución*.

abundantemente. Existe una segunda versión, como prólogo a *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao*, Santiago, Editorial Nascimento, 1940, pp. 9/46. Dicha versión también recoge los escritos fundamentales del escritor chileno.

En las dos últimas partes se concentra el elemento explosivo del ensayo. Para Bilbao, España es la Edad Media y la Edad Media "se componía, en alma y cuerpo, del catolicismo y la feudalidad". Escribiendo en medio de una sociedad profundamente conservadora, Bilbao (según apunta Donoso) se atreve a criticar el fundamento mismo de la oligarquía que domina la vida política de Chile: Aunque aquella pretende presentarse como gobierno representativo de la soberanía popular, se apoya en la religión para mantener atada la conciencia individual. Por eso, el ataque se concentra en el sacerdote y su todopoderosa labor en el confesonario, y contra la esclavitud a que se halla sometida la mujer. A la imagen de la mujer chilena opone la que ofrece en Francia una George Sand: "Abi está esa sacerdotisa que se inmola; pero sus miradas proféticas señalan el crepúsculo de la regeneración del matrimonio".

En su análisis pretende mostrar Bilbao hasta qué punto el catolicismo se pone al servicio de los gobiernos oligárquicos para mantener a la sociedad en una doble sujeción: política y espiritual. Su visión, que carece de toda originalidad, reproduce el planteo de los filósofos de la ilustración en pleno siglo XVIII, tal como ha llegado a sus manos después de pasar por las de Mora, Lastarria y López. Pero lo que da contenido explosivo a sus escritos es que estos planteos no se hacen ya en abstracto sino que se refieren concretamente a la situación misma de Chile y son obra de un joven de veinte años. La última parte de su trabajo está enderezada a proponer, ahora que los americanos se hallan libres de la tutela española, que se liberen también de su tutela espiritual, que representa la supervivencia de la Edad Media. "Nuestra revolución [escribe], ha salido de la edad nueva, de la Europa. La edad nueva estalló en Francia; eslabonemos, pues, nuestro pensamiento revolucionario con el pensamiento francés de la revolución".

Al considerar este escrito con la perspectiva que dan algunos años, el propio Bilbao dijo que "fue una proyección del siglo XVIII lanzada por un alma juvenil". En su escrito se levantaban una vez más las doctrinas que habían servido para inspirar a los libertadores, pero que deliberadamente habían sido olvidadas por los que aprovecharon la empresa independentista. Por eso resonaban como nuevas, y hasta como blasfemas. Pero también había otras afirmaciones en sus escritos que aunque voceadas en Francia por filósofos y pensadores de la primera mitad del siglo XIX, eran todavía

demasiado nuevas y hasta escandalosas para la sociedad chilena de la hora.

Esas ideas proponían reducir la religión a dos fundamentos: Amar al Creador, que es considerado por Bilbao como "un ser persona"; Amar al Próximo, es decir: el principio de fraternidad que levantó la Revolución Francesa. En lo que se refiere a la política misma, Bilbao proponía la libertad de cultos; concesión de la ciudadanía y del derecho de voto a todos los habitantes; abolición del senado porque representa los intereses conservadores y la aristocracia de la propiedad, tratando de conservar la desigualdad (la Igualdad, segundo principio de la revolución de 1789); abolición de la pena de muerte.

Bastaría echar un rápido vistazo a la historia política de Chile durante el siglo XIX para advertir hasta qué punto la ideología de Bilbao debió parecer, en 1843, ultra revolucionaria. Tiene razón Armando Donoso cuando lo califica de "precursor ardiente del socialismo en Chile". Eso y mucho más fue Bilbao. Por eso, la reacción de quienes se sintieron directamente atacados fue rápida y desmedida.

A los dos días de la publicación del número segundo de *El Crepúsculo* correspondiente a febrero, 1843, el fiscal interino acusó al escritor de "blasfemo, de inmoral y de sedicioso". La acusación terminó, de inmediato, el éxito del artículo que, según apunta Lastarria, no había sido leído ni comprendido sino por un corto número de los doscientos suscriptores del periódico. La edición se agotó y hasta hubo que hacer una segunda que no bastó a cubrir la demanda. Entre tanto se libraba una batalla política y clerical sobre su texto. A tal extremo llegaron los ánimos que la principal autoridad eclesiástica de Santiago debió advertir a los párrocos rurales que no tenían autorización para excomulgar al autor.

La situación política era sumamente delicada, testimonia Lastarria, porque el Gobierno no parecía dispuesto a tomar las cosas a la tremenda pero no podía retirar la acusación que ya había sido hecha por el fiscal interino. Los diez días que duró el juicio se convirtieron en pretexto para la apoteosis popular de Bilbao. Con su inflamada oratoria, el joven convirtió su juicio en juicio de los acusadores. Llegó a plantarse frente al Fiscal para decirle: "Aquí dos nombres, el de acusador y el de acusado, dos nombres enlazados por la fatalidad histórica, y que rodarán en la historia de mi patria.

Entonces veremos, señor Fiscal, cuál de los dos cargará con la bendición de la posteridad. - ¡La filosofía os asigna el nombre de retrógrado. ¡Eh, bien! innovador, hé aquí lo que soy. ¡Retrógrado, hé aquí lo que sois!”.

A la victoria moral correspondió la derrota legal. Un jurado compuesto por individuos que, según Lastarria, “*pertenecían todos, por sus antecedentes políticos o por sus conexiones, a la fracción extrema de los conservadores*”, ordena que se separe del número 2 de *El Crepúsculo* el artículo de Bilbao y se “*queme por mano del verdugo, poniéndose en esto la debida constancia y devolviéndose a sus dueños la parte científica que contiene el mencionado periódico*”, según reza la sentencia firmada en Santiago, julio 2, 1844. Como la sentencia incluía también el pago de una multa de mil doscientos pesos, el público que asistió al juicio, se cotizó para pagarla y, enardecido, pidió que se le entregaran los jueces para otra forma de pago. De modo que la misma condena se convirtió en otra ocasión de triunfo.

No fue éste el único castigo que recibió Bilbao. El Consejo de la Universidad acordó en junio 24 (ocho días antes de dictarse sentencia pero cuando ya se había presentado el acusado ante el tribunal clasificador) que “*se prohibiera a don Francisco Bilbao seguir concurriendo a las clases del Instituto, y aun entrar al establecimiento*”. El mismo acuerdo establece en sus proposiciones tercera y cuarta, suspender a Guillermo Blest en sus funciones de profesor de medicina hasta que “*en vista de la explicación que diese de su conducta en el día del jurado, se tomen las providencias que se estimaren justas sobre su separación*”; también establece ordenar al rector que practique una averiguación “*acerca de los alumnos de aquel establecimiento, mayores de quince años, que hubieren tomado una parte activa en el victoreo a Bilbao que tuvo lugar el día del juicio contra el artículo de “El Crepúsculo”*”.

Del estudio de los votos, que ha hecho Domingo Amunátegui Solar en un erudito trabajo sobre el *Instituto*, surge claramente que en tanto que Manuel Montt y Antonio Varas asumieron una actitud pasiva, no defendiendo a Bilbao pero tampoco contribuyendo con sus votos a perseguirlo, Andrés Bello “*no vaciló en sacrificar a su discípulo, que lo había sido durante varios años, en aras del fanatismo religioso y político de la sociedad en que vivía*”¹⁵. Las pala-

15 Cf. Donoso, p. 25 nota.

bras de Amunátegui Solar merecen considerarse. Es cierto que Bello votó contra Bilbao, pero ¿puede calificarse ese voto de tal manera que aparezca como entregando a su discípulo en sacrificio? Creo que hay evidente exageración retórica en las palabras del historiador chileno.

Ante todo, hay que partir del juicio que el escrito de Bilbao habrá merecido a Bello. Era un escrito subversivo que no se apoyaba siquiera en un análisis profundo de la realidad chilena. El mismo reparo que luego haría a los estudios históricos de Lastarria en una discreta polémica que se analizará más adelante, podría haber levantado, y centuplicado, Bello contra los análisis de Bilbao. Es evidente que no podía compartir ni la visión ni el estilo ni los desarrollos de su discípulo. Aunque lo estimara personalmente (y el propio Armando Donoso señala que el afecto del discípulo no disminuyó) no podría aprobar un método de análisis y una ideología que tenían que resultarle fundamentalmente equivocados y hasta perniciosos¹⁶.

Bilbao partía de ideas y de entusiasmos. Pero su examen de la sociedad chilena se reducía únicamente a aplicar conceptos abstractos, elaborados en Francia, a una realidad completamente ajena a la francesa. Bello habría de preconizar más tarde la necesidad de empezar por el estudio de la realidad concreta misma, el que luego podría dar origen a generalizaciones; habría de proponer que se estudiaran las teorías históricas extranjeras pero que no se buscara imponer sus esquemas a una realidad que obedecía a distintas leyes de desarrollo y en la que actuaban elementos que en Francia estaban ausentes. En esto, como en tantas otras cosas, su visión y su formación eran estrictamente británicas.

De ahí que no pudiera prestar su aprobación a un escrito que debió parecerle seguramente tan insustancial y oratorio como resulta ahora a los ojos de la crítica científica. Por eso, no le prestó siquiera el blando apoyo que significa una abstención y atacó a Bilbao y colaboró para que su ideología y su método no encontraran eco entre los jóvenes estudiantes del *Instituto Nacional*. Que no haya perdido la amistad y el afecto de su rebelde discípulo es buena prueba de que nada personal se deslizó en su oposición.

16 En el próximo capítulo se transcriben parcialmente unas cartas que escribió Bilbao a Bello y que documentan este aserto.

La condena recaída sobre Bilbao y su artículo *Sociabilidad chilena* había recaído también sobre *El Crepúsculo*. Aunque la sentencia escrita sólo establecía que se retiraran los pliegos que contenían el trabajo del exaltado joven, los únicos que serían quemados por mano del verdugo, en tanto que el resto de la revista sería devuelta a sus editores, otra sentencia no escrita pesaba sobre la publicación: la de los conservadores escandalizados y la de una sociedad timorata. En sus *Recuerdos literarios* ha escrito Lastarria: "Si hubiéramos continuado la publicación del desgraciado "Crepúsculo", no habríamos tenido lectores, pues hasta las inteligencias más negadas a las abstracciones filosóficas creían haber entendido el escrito de Bilbao, y veían en aquel periódico un elemento corruptor, inculcando de ello no tanto a los redactores cuanto a los argentinos, a quienes muchos años después, el señor Amunátegui llamaba todavía corruptores del criterio público".

Al desaparecer *El Crepúsculo* la nueva generación de escritores chilenos quedaba sin un órgano literario propio. Hasta la fundación, en 1846, de *El Mosaico* y, en 1848, de la *Revista de Santiago*, no habría donde expresar los puntos de vista más originales de la juventud. Distinto era el caso de Bello. El tenía *El Araucano* y continuó desde sus páginas la prédica que había iniciado en 1830. Algunas de las colaboraciones que publica allí a partir de las polémicas de 1842 —las anteriores ya han sido estudiadas en el Capítulo V— tienen enorme importancia para explicar el desarrollo de su visión crítica y poética¹⁷.

Su labor de difusión de la literatura moderna europea no cesó nunca. Si antes del estallido polémico había publicado textos de Mme. de Staël y de Chateaubriand, de Hugo y Lamartine, ahora podrán encontrarse en las ya venerables páginas de *El Araucano* transcripciones de artículos europeos o textos críticos originales que comprenden (en enumeración no exhaustiva) un trabajo de Philarète

17 Para este capítulo ha sido fundamental la consulta directa de las fuentes, principalmente de *El Araucano*, publicación descuidada por casi todos los bellistas posteriores a Amunátegui. Se indican en nota únicamente aquellos textos de los que éste dio noticia. En las O.C., Caracas, IX y XIX, se recogen más textos que en las O.C., Santiago, VII, pero no se recogen todos los que se comentan aquí.

Chasles sobre Goethe, tomado del *Journal des Débats* (No. 627, agosto 26, 1842) y un fragmento del estudio de Saint-Marc Girardin *Sobre las emociones dramáticas* (comienza en este mismo número, continúa en el siguiente, para reaparecer, serializado y con otro título, en mayo 1º, 1846, No. 819); algunos ensayos de Villemain, crítico muy cotizado de entonces, sobre *La influencia de la España literaria sobre la Francia en el siglo XVII* (Nos. 638 y 639, noviembre 11 y 18, 1842) y sobre *Lord Byron* (Nos. 646, 649/51 y 653, enero 6 y 27, febrero 3, 10 y 24, 1843); un trabajo de Michelet sobre *Historia romana*, que inaugura las transcripciones de este pensador francés en la publicación de Bello (No. 630 septiembre 20, 1842; hay más en los Nos. 1091/93, junio 6 y 11, 1850); un *Ensayo sobre la vida y los escritos de P. L. Courier*, que firma Armand Carrel (Nos. 816/17, abril 10 y 17, 1846); otro sobre el *Carácter de la Epopeya* por Alfred Michiels en que se discuten los puntos de vista de Villemain y se estudia *Les Martyrs* de Chateaubriand (Nos. 818, abril 24, 1846); fragmentos de la *Historia de los Girondinos* de Lamartine (empiezan en el No. 893, setiembre 17, 1847) y del mismo autor una secuencia titulada: *Historia contemporánea. Revolución de 1848* (desde el No. 1047, febrero 16, 1850, hasta el No. 1061, marzo 23, 1850); un capítulo de la *Historia de la revolución Francesa* por Louis Blanc (No. 925, abril 28, 1848), con un epígrafe elogioso; un discurso político pronunciado por Victor Hugo en la Asamblea Nacional de Francia en enero 29, 1848 (Nº 978, mayo 11); una secuencia de Dickens sobre su viaje a Estados Unidos (Nos. 1105 y siguientes, julio 9, 1850); un artículo de Sainte-Beuve sobre las *Memorias de Ultra Tumba* de Chateaubriand (Nos. 1164/65, noviembre 26 y 28, 1850); una información en folletín sobre la polémica que mantuvo Lamartine con el *Quarterly* de Londres a propósito de su *Historia de la revolución Francesa de 1848* (a partir del Nº 1174, diciembre 19, 1850).

Esta enumeración —que deliberadamente omite algunos títulos— es sólo una muestra de la clase de material europeo, predominantemente francés, que inserta Bello en las columnas de *El Araucano* y que lo presenta orientado hacia los valores más destacados del momento: Goethe y Hugo, Lamartine y Villemain, Michelet y Sainte-Beuve, Byron y Dickens. Su obra de crítico, aunque ahora de menor densidad que en el período anterior, permite relevar notas

de interés como el artículo que dedica a la reseña de *Beautés morales de Shakespeare*, traducción en verso francés de Edouard Roger (No. 695, diciembre 15, 1843) y en que se establece algunos reparos pero con un balance general favorable; o el acápito con que acompaña la transcripción de un juicio de la Revista *Ecléctica Española* sobre George Sand (No. 781, agosto 8, 1845), y que tan importante es para determinar su posición frente al romanticismo social, como se verá luego; y la misma nota que inserta en este artículo contra Eugenio Sue al que ataca, nuevamente, y por intermedio de una transcripción del *Westminster & Foreign Quarterly*, en el N° 893 (septiembre 17, 1847).

De mayor importancia que la mayoría de estas traducciones y transcripciones, advertencias y acápites, son ciertas reservas o juicios que Bello desliza en algunos de estos textos. Así, por ejemplo, al publicar en 1843 el artículo de Villemain sobre Byron agrega algunas notas al pie que permiten seguir su discrepancia con las opiniones del crítico francés e iluminan sus verdaderas preferencias. Al traducir y anotar a Villemain lo que hace Bello es utilizar un texto ajeno para la expresión de sus propios puntos de vista críticos, procedimiento que equivale (aunque en forma menos elaborada) al de sus traducciones o imitaciones poéticas. Bello encuentra en Villemain un juicio que comparte en general sobre el poeta inglés; lo adopta entonces y en aquellos puntos en que discrepa, pone una nota.

La importancia de esta versión y de estas anotaciones para conocer el verdadero pensamiento de Bello con respecto a Byron no ha sido suficientemente subrayada por la crítica. En general, los estudiosos se han limitado a registrar la existencia de un artículo de Villemain sobre Byron, traducido por Bello y editado en folleto en Santiago, 1846.¹⁸ Ni siquiera Miguel Luis Amunátegui indica que antes de la publicación autónoma, había sido insertado en *El Araucano*; también omite indicar que Bello lo había anotado, y por lo tanto no analiza esas anotaciones. Tampoco advirtió Amunátegui que el artículo de Bulwer sobre Byron no sólo había sido traducido por Be-

18 Cf. *Biografía de Lord Byron*, por Villemain, traducida al castellano por Don Andrés Bello, Santiago, Imprenta Chilena, 1846, 40 pp. El texto original francés puede consultarse en *Etudes de littérature ancienne et étrangère*, Paris, Didier, s. a. pp. 350/95.

llo sino que fue publicado en *El Araucano* en 1840 como se indicó en el capítulo V.

El artículo de Villemain apareció en un folletín de cinco partes. Sigue el hilo de la vida de Byron y, en las secciones en que lo dividió Bello, aparece ésta agrupada así: desde el nacimiento hasta la publicación de *English Bards and Scotch Reviewers* (N° 646, enero 6); hasta el casamiento con Anabella Milbanke (No. 649, enero 27); hasta el *affaire* con la condesa Guiccioli (No. 650, febrero 3); hasta la muerte de Byron y la anécdota de Carolina Lamb (No. 651, febrero 10); con el comentario de sus Memorias y Cartas (No. 653, febrero 24). Las notas que pone Bello al texto (y que se reproducen en el folleto de 1846) son escasas pero significativas de su oposición a ciertas afirmaciones de Villemain y a sus valoraciones literarias y morales. Parece compartir, sin duda alguna, la admiración del crítico francés por Byron (a quien aquél llama "el primer poeta inglés de nuestros tiempos"), así como la creencia de que en toda la pléyade romántica inglesa no había un genio de la talla de Chateaubriand, y Byron pareció suplir, desde sus comienzos, este vacío; también parece compartir la calificación de Shelley como poeta materialista e impío, al que Villemain llama (además) "espíritu lógicamente falso, de la raza de los Espinozas, (...), jacobino de meditación". Puede asegurarse, asimismo, que Bello y Villemain estaban de acuerdo en preferir *Marino Faliero* a todo otro drama de Byron. Ya en 1840 intentó Bello una adaptación libre de esta obra y debe haber traducido con evidente placer este juicio del crítico francés: "único de sus dramas en que la concepción y los caracteres dejan traslucir una vena de genio trágico".

Pero el acuerdo no excluye graves discrepancias. Así, por ejemplo, cuando Villemain afirma que: "Nada prueba en su vida que su corazón fuese corrompido", Bello anota: "Esta aserción nos parece demasiado indulgente después de los hechos que se han referido". No debe olvidarse que el maestro caraqueño tenía una concepción de la familia y del hogar que era radicalmente distinto, si no opuesto, al de Byron; tampoco debe olvidarse que vivió en Londres precisamente en los años en que el poeta ocupó escandalosamente el primer plano (los dos primeros cantos de *Childe Harold* son de 1812, cuando ya hacía dos años que Bello residía en Inglaterra) y, también escandalosamente, debió aceptar la censura y el desprecio de la mejor sociedad británica como consecuencia de su separación

de Lady Byron por el adulterio con Augusta Leigh, su hermanastra (abandonó Inglaterra en 1816, en la segunda peregrinación de *Childe Harold*). Bello no pudo desconocer las alternativas de este proceso, ni permanecer inmune a las anécdotas y chismes que corrieron en toda Inglaterra y en las mismas páginas de las revistas literarias y sociales. Para él, la afirmación de Villemain era insostenible; por eso la rechaza.

Otra discrepancia se refiere a una observación de Villemain sobre el teatro byroniano. Para caracterizarlo, el crítico francés acude a una comparación con Alfieri; en ambos reconoce la falta de variedad de los personajes y hasta censura a Byron haber imitado al trágico italiano en la "severa regularidad" de su teatro. Bello anota: "Otra aserción con que no podemos conformarnos. Todo lo contrario de una regularidad severa es lo que percibimos en los dramas de Byron: grandeza y desorden: profusión de pensamientos fuertes y originales que por su misma abundancia perjudican a los efectos del arte". Hasta aquí un desacuerdo que merece analizarse. A Villemain, que tiene a la vista los excesos del teatro francés moderno (Hugo, Dumas, etc.), el teatro de Byron le parece poseer una "severa regularidad". Y en esto coincide con el punto de vista del mismo autor inglés, tal como lo ventila, por ejemplo, en una anotación de su diario de enero 12, 1821: "Murray writes that they want to act the Tragedy of 'Marino Faliero' —more fools they, it was written for the closet (...) it is not intended for the stage. It is too regular— the time, twenty-four hours— the change of place not frequent— nothing 'melo' —dramatic — no surprises, no starts, nor trapdoors, nor opportunities 'for tossing their heads and kicking their heels' —and no 'love' — the grand ingredient of a modern play".¹⁹

¹⁹ Cf. Byron, *A Self-Portrait*, Letter and Diaries, London, John Murray, 1950, II, p. 562. Las *Notices of the Life of Lord Byron* que se citan a continuación en el texto, fueron publicadas en dos volúmenes en 1830, se incorporaron a la edición de diecisiete volúmenes de *The works of Lord Byron* (1832/33) y desde entonces han sido reeditadas y traducidas frecuentemente. Hay edición moderna accesible: *The Life, Letters and Journals of Lord Byron*, por Thomas Moore, London, John Murray, 1932. La cita que se invoca en el texto está en la p. 71 del tomo V de la edición de 1832 y en la p. 477, 1a. col., de la edición moderna.

Sin duda Villemain conocía estas declaraciones que están insertas en las *Notices of the Life of Lord Byron*, que su amigo Thomas Moore preparó para la edición de sus Obras Completas y que se reprodujeron y tradujeron rápidamente, junto con los Diarios y Cartas del poeta. Esto explicaría su juicio. Pero ¿el de Bello? Cabe hacer una distinción. Para el caraqueño, educado en la regularidad y en la rigidez del neoclasicismo español de un Moratín, la regularidad de Byron era imperceptible. Lo que en Byron veía era, sobre todo, el artista romántico, el continuador de Shakespeare, y por eso mismo tiene tanta importancia su anotación. Porque si Bello hubiera gustado exclusivamente del lado neoclásico de Byron, si hubiera reconocido en el poeta inglés un hombre del siglo XVIII, habría sido menor su mérito al estudiarlo y traducirlo. Pero cuando se acerca a Byron (como cuando se acerca a Hugo) es con plena conciencia de estar tratando a un autor romántico. Es decir: a un autor cuya grandeza lo fascina pero cuyos excesos teme. De ahí la reserva inicial; de ahí que sus versiones sean, en realidad, adaptaciones o imitaciones.

Otras discrepancias de Bello con Villemain sirven para iluminar hasta qué punto es sólida y honda la cultura literaria del crítico caraqueño, hasta qué punto su formación humanística y los años de Inglaterra le han permitido manejarse con acierto en la literatura de todos los tiempos. Al comentar Villemain la divergencia entre el desprecio que los demás románticos ingleses (cita a Moore, a Shelley, a Keats) manifiestan frente a Pope y la sostenida admiración y defensa que del neoclásico inglés hizo siempre Byron, dice que éste "toca muchas veces esta tecla, elogiando exclusivamente el gusto clásico, tal a lo menos como lo concibe un inglés..." y Bello anota: "Pero entre el gusto clásico inglés y el de los franceses y Alfieri hay una diferencia inmensa".

En esta anotación reticente está toda una visión literaria que le prohíbe a Bello unir en un solo rasgo de la pluma el clasicismo de Alfieri con el de Byron, el de los ingleses con el francés. Bello había leído a Boileau y había leído a Pope; sabía que no eran equiparables. También había leído a Alfieri y a Byron; sabía que aunque Byron quisiera escribir a la manera de Alfieri, su propia formación inglesa y su temperamento apasionado no se lo permitirían. De ahí que frente a los intentos de Villemain de tender rápidas coordenadas entre las

distintas literaturas, el cauteloso, el detallista Bello establezca distinciones y acentúe diferencias.

Más radical es la última discrepancia de las notas. Villemain compara a Byron con Lucano y Bello apunta: "No comprendemos como pueda un escritor de esta especie parecerse a Lucano, en quien todo es fuerte, rígido, austero, enfático y declamatorio". Una vez más, el sentido concreto que Bello tenía de cada autor (y que era herencia de la actitud crítica inglesa) le impedía esas aproximaciones fulgurantes, tan del gusto francés y que no suelen descansar más que en el capricho o en la imaginación poética del crítico.

Aunque un artículo de Bello sobre Byron hubiera sido sin duda más sustancioso, no puede negarse que las notas que puso el crítico caraqueño a su versión de Villemain son suficientemente iluminadoras. Ellas deben estudiarse a la luz que arroja su versión del artículo de Bulwer en *El Araucano* de 1840 y de sus traducciones de *Marino Faliero* y *Sardanapalo*, como se verá más adelante.

LA FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD

El mismo año que traduce y anota el artículo de Villemain sobre Byron ocurre un acontecimiento de enorme importancia para la carrera de Bello y para la vida cultural de Chile como nación independiente: la fundación de la Universidad. El proyecto de bases para el establecimiento de la institución que había sido discutido en el curso de 1842, tenía como origen una ley de abril 17, 1839, en la que se declara extinguido "el establecimiento literario conocido con el nombre de Universidad de San Felipe" y se manda crear la Universidad de Chile. Desde *El Araucano* no había cesado Bello de llamar la atención a sus lectores sobre el proyecto. Hay un importante artículo (*Establecimiento de la Universidad de Chile*) en que se presenta, sinópticamente, el significado y necesidad de tal instituto.²⁰ Además de reseñar las distintas facultades que integrarán la Universidad, Bello señala la importancia que ésta tendrá en la vida cultural de la nación. Una de sus observaciones parece enderezada a corregir la tendencia autodidacta que han impuesto los periodistas argentinos como medio de adquisición de sus ideas. Dice así: "Se echaba de menos (...) un cuerpo conservador, por

20 Cf. *Obras*, Santiago, VIII, pp. 277/81.

decirlo así, de estos conocimientos, que, bebiendo en las fuentes y manteniendo las buenas doctrinas, alejase de entre nosotros el empirismo, sin permitir que el mediano saber o el superficialismo, tal vez más fatales para las naciones que la ignorancia, ocupen el lugar del verdadero mérito, que sólo puede ser puesto a la prueba y generalmente reconocido por medio de estos cuerpos científicos".

Más importante que esta observación, sin embargo, y que la reseña de la futura Universidad, son ciertas afirmaciones que desliza a propósito de la facultad de teología o de la orientación tradicional de los estudios en Chile. Con respecto a la primera señala, con esa sutileza de tono que ha aprendido en los clásicos ingleses, que "además de proporcionar al estado sujetos verdaderamente idóneos para el ministerio sacerdotal, suministrará frecuentemente al gobierno y a los prelados de la iglesia chilena las bases de las mejoras o reformas que convenga introducir en ella, en beneficio de los fieles y en consonancia con los principios genuinos del evangelio y decisiones de la iglesia". Bello escribe aquí como católico, pero como católico que cree necesaria una sólida formación humanística en los sacerdotes y que contempla las reformas o mejoras de la iglesia chilena como una necesidad. Su catolicismo, lejos de querer mantener al pueblo chileno en la rutina y en el oscurantismo, quiere llevarlo hacia las concepciones más modernas. De idéntico origen es otra afirmación que también se encuentra en este artículo: "Y más fácilmente resaltan todavía la importancia y utilidad práctica del establecimiento proyectado, cuando se contrasta con el edificio gótico de la antigua universidad de San Felipe, obra de otros tiempos, de otras costumbres y otras exigencias; y que, si pudo servir entonces de algún aliciente para el cultivo de las ciencias, se había hecho enteramente inútil por no decir embarazoso, en la presente época". Para quienes gustan de presentar a Bello como representante de la tradición colonial más rancia —la que en su propia mole objetivaba la arquitectura de la vieja Universidad —estas palabras de *El Araucano* parecerían increíbles.

La Universidad fue creada por ley de noviembre 19, 1842 y su inauguración solemne ocurrió a mediodía, en setiembre 17, 1843, en uno de los salones del mismo edificio gótico de la Universidad de San Felipe a que se había referido Bello en su artículo. Pero qué diferente sentido tenía la flamante Universidad. El acto tuvo toda la pompa que las circunstancias requerían. El presidente de la Re-

pública y sus ministros, comisiones de ambas cámaras legislativas, de los tribunales y corporaciones civiles y militares, rodeaban a los ochenta y seis miembros que había designado en junio 28 el gobierno para integrar las cinco facultades de la nueva Universidad y a los veintidós doctores que quedaban de la vieja. Algunos de éstos (apunta Lastarria en su crónica de la ceremonia) "se presentaron con borlas y capelos, a la antigua". Habló don Manuel Montt, ministro de Instrucción Pública; luego Bello, ataviado para la ocasión con un espadín al cinto, leyó su discurso. Concluido el cual, y mientras se escuchaban las veintiuna salvas del cañón del Castillo de Hidalgo en el cerro Santa Lucía, los asistentes se trasladaron a la Catedral en que se cantó un Te Deum y luego a la sala de gobierno donde concluyó la ceremonia.

El discurso de Bello, que fue breve y muy sustancioso, ha sido ya considerado en el capítulo anterior, especialmente en lo que tiene de manifiesto de sus propias ideas frente a la nueva literatura que preconizan los exilados argentinos y a la que practican muchos de sus discípulos. En este sentido, es una de las piezas fundamentales para precisar su posición literaria en las polémicas del Romanticismo: más importante que los artículos críticos de la primera década de *El Araucano* y tan importante como el que, con toda la perspectiva necesaria, dedicará en 1848 a los *Ensayos* de Lista. Pero no es menor el interés del discurso en lo que se refiere a la doctrina universitaria que en él se expone. Ya Mariano Picón Salas ha indicado que "tiene para la cultura hispanoamericana el mismo valor programático que la famosa alocución de Emerson en Boston para el proceso literario de los Estados Unidos".²¹

En dos partes puede dividirse su texto. La primera (y después de un exordio que se comentará luego) está dedicada a considerar los beneficios que derivan del cultivo de las ciencias y las letras, y es la más valiosa en lo que se refiere a la doctrina. Bello habla ante un auditorio que constituye lo más selecto de la clase dirigente chilena en sus distintos aspectos: gobierno y religión, sociedad y cultura. Mejor que nadie, él sabe que en ese auditorio hay quienes representan (como el Presbítero Juan Francisco Meneses) las tra-

21 Cf. Mariano Picón Salas: *De Andrés Bello a la crítica actual*, in *Revista Shell*, Caracas, enero, 1952, No. 1. Está reproducido en *Primer Libro*, p. 321.

diciones más inmovibles, y por eso mismo estériles, y los que representan (como Lastarria) las fuerzas nuevas en ascenso. Quiere mostrar, a unos y a otros, que la misión de la Universidad (que su misión como fundador de la misma y primer rector) no es ponerse al servicio de las fuerzas de la reacción ni de las fuerzas de la revolución. De ahí que el *leit-motiv* de esta parte pueda sintetizarse en una expresión "*Todas las verdades se tocan*".

Que Bello enuncie ahora una doctrina ecléctica que ha venido practicando desde siempre, no implica que acepte con indiferencia todo lo que se haya sostenido en la materia. La habilidad con que enuncia su posición es evidente desde las primeras alusiones que sirven para situarlo por encima de los extremos. Dice en su discurso: "*No me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paralogismos del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querían que la razón desplegara jamás las velas, y de buena gana condenarían a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas por que abogan*". De aquí arranca hacia una auténtica y sutil defensa de las ciencias y las letras que las coloca por encima de los ataques paradójicos de Rousseau o de la reacción oscurantista. Elude por igual la tentación de destacar sólo el aspecto deleitoso de las letras como de aplaudir únicamente su valor moral o intelectual. En justo equilibrio muestra que no ha existido progreso ni libertad sin el desarrollo de las artes y las letras, sin el adecuado impulso científico. En esa faena, la misión de la Universidad es central; la Universidad concentra el saber y lo propaga. De ahí también, que defienda la enseñanza universitaria frente a quienes piensan que estos pueblos de América necesitan empezar por la instrucción primaria; Bello demuestra que es en la Universidad en donde encuentra su mejor fundamento la enseñanza elemental.

La segunda parte examina rápidamente los fines que se propone cumplir la Universidad en cada una de sus facultades o ramos. Así, pasa revista a la facultad de teología y de leyes y ciencias políticas (que ya existía en la vieja Universidad) y a las de medicina, de matemática y ciencias físicas, de humanidades y letras que habían sido creadas por la nueva ley. Es en esta última parte en que sintetiza su doctrina literaria (también ecléctica) en la forma que ya se ha estudiado en el capítulo VI.

Hay algo más en este discurso, y es lo que se refiere a su responsabilidad como inspirador de la fundación de la Universidad y a su propia actividad literaria. Las alusiones autobiográficas eran inexcusables no sólo porque todo el auditorio sabía qué parte tan importante había tenido Bello en la fundación de la Universidad, sino porque el ministro Montt, que lo precedió en el uso de la palabra, no dejó de indicar que la ley orgánica de la Universidad era casi exclusivamente obra de Bello. Por eso el exordio del discurso está dedicado a agradecer las palabras del ministro y a compartir con los miembros de la corporación el aplauso que ellas contenían. Al hablar en nombre del consejo universitario, el rector agradece *"las distinciones y confianza con que el supremo gobierno"* ha honrado a sus miembros, y agradece asimismo *"la expresión de benevolencia en que el señor ministro de instrucción pública se ha servido aludir a sus miembros"*. Pasa luego a lo personal: *"En cuanto a mí, sé demasiado que estas distinciones y esa confianza las debo mucho menos a mis aptitudes y fuerzas, que a mi antiguo celo (esta es la sola cualidad que puedo atribuirme sin presunción, a mi antiguo celo por la difusión de las luces y de los sanos principios, y a la dedicación laboriosa con que he seguido algunos ramos de estudio, no interrumpidos en ninguna época de mi vida, no dejados de la mano en medio de graves tareas"*. Entonces comparte elogios y responsabilidades con quienes lo rodean en el consejo y en el cuerpo entero de la Universidad.

El tono autobiográfico que se desliza en las palabras de Bello, tan poco habitual en sus manifestaciones públicas, raro hasta en las privadas, no es producto de la vanidad, ni siquiera de la falsa modestia. No puede soslayar una referencia a su celo (como él quiere calificarlo); no la puede soslayar porque la ocasión excede la circunstancia misma de la inauguración de la Universidad y constituye también un homenaje a su propia labor y a su prédica constante de años. Y la discreta referencia a la continuidad de su esfuerzo, atemperada de inmediato por el reconocimiento de que tal labor excede las fuerzas y la capacidad de un solo hombre, era entonces inevitable.

Inevitable, también, es otra referencia autobiográfica cuando esboza una defensa del valor moral de las letras y evoca a Sócrates en la prisión, rodeado de sus discípulos y discutiendo los temas más sublimes, a Dante en el destierro creando la *Divina comedia*, a Ché-

nier en la cárcel revolucionaria escribiendo sus últimos versos incompletos. Aquí está la verdadera recompensa de las letras, piensa; esta reflexión le hace volverse sobre sí para aportar su testimonio personal. *"Yo mismo [declara], aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices al alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aún más por mí me alimentaron en mi larga peregrinación, y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola"*.²²

Lastarria ha señalado en sus *Recuerdos literarios* (capítulo XXIV) el interés con que se aguardaba el discurso de Bello ya que *"los literatos de la antigua escuela esperaban que la palabra del sabio maestro condenaría las ideas subversivas que habían iniciado el movimiento, en tanto que los de la nueva escuela nos lisonjeábamos con la seguridad de que esa palabra nos sería favorable (...)* Pero el maestro nos dio la mano a todos, sin satisfacer a ninguno de los dos bandos, construyendo su obra sobre las dos corrientes encontradas". La actitud de Bello tenía una explicación profunda: él no era hombre de banderías sino hombre de creación. Su destino era orientar la cultura chilena y debía colocarse para ello sobre la pequeña polémica diaria y marcar el rumbo. Si es cierto, como testimonia Lastarria, que Bello no contentó a nadie, también es cierto (y tal vez más cierto aún) que su actitud permitió armonizar las mejores fuerzas de ambos bandos en pugna (la reacción y la revolución) para echar el fundamento de la nueva obra.

LAS RELACIONES CON SARMIENTO

En el auditorio que rodeaba al rector se sentaban no sólo los representantes de la vieja escuela y los jóvenes que capitaneaba Lastarria; se sentaban también los mismos exilados argentinos que habían combatido a estos jóvenes y habían combatido a Bello, a su influencia directriz; los que habían pedido (entre bromas y veras) su ostracismo. Tanto Sarmiento como López eran miembros de la Universidad y lo que es más interesante aún, ambos eran amigos

²² Cf. *Obras*, Santiago VIII, pp. 303/18.

de Bello que aunque discrepara con muchas de sus ideas y sus métodos polémicos, no estaba ciego para sus auténticos valores.

En varias oportunidades ha recordado Sarmiento el apoyo de Bello a su primer artículo chileno, el artículo que lo impuso a la sociedad culta de Santiago; también ha recordado que en medio de la agitación de la primera polémica, el maestro no dejó de celebrar la gracia de su fábula sobre los gallos literarios²³ Si se repasa la colección de *El Araucano* se encontrarán otros testimonios del apoyo que prestó Bello a muchas de las iniciativas pedagógicas y culturales del argentino. Una de las que más polémicas suscitó en Chile fue la que se refiere a las reformas ortográficas que propuso Sarmiento en octubre 17, 1843. En realidad, éste había partido de trabajos anteriores del mismo Bello, publicados en colaboración con García del Río en la *Biblioteca Americana* (1823) y en el *Repertorio Americano* (1826) y que en ocasión del nuevo proyecto reprodujo en *El Araucano* (No. 692, noviembre 24, 1843). Pero Bello no se limitó a reproducir sus propios puntos de vista, que anticipaban (y ratificaban, por lo tanto) los de Sarmiento. En varias ocasiones insertó en el periódico artículos que apoyaban esas reformas ortográficas (Nos. 716 y 718, mayo 10 y 24, 1844), o textos ajenos en este mismo sentido (No. 715, mayo 3, 1844).

Su adhesión casi contagió a quienes eran recalcitrantes enemigos de Sarmiento, como *Jotabeche*, cuya primera curiosa reacción —que sería sin duda la de muchos— está registrada en carta de diciembre 14, 1843: “No hay coraje, ni resolución, ni desvergüenza, como el coraje, la resolución y la desvergüenza de este anticristo literario. (...) Lo que pide Sarmiento, lo que intenta, es una revolución sangrienta; y no comprendo cómo el sin par y circunspecto don Andrés Bello no esté escandalizado con este cobete incendiario que Sarmiento acaba de arrojar, y que en concepto mío, basta su publicación en Chile para exponernos al ridículo de otros pueblos”. Había dos cosas en realidad que *Jotabeche* no comprendía: una era su propio odio a Sarmiento (con el que había sostenido dura y personal polémica el año anterior); otra, el fundamento bellista de las ideas ortográficas de Sarmiento. Sin embargo, según cuenta Amunátegui, la autoridad de Bello era tan grande que *Jotabeche*, a pe-

23 Véase el capítulo anterior.

sar de sus declaraciones, estaba dispuesto “casi, casi, a aceptar las reformas ortográficas de su fobia”.²⁴

No sólo estarían unidos Bello y Sarmiento en estas cuestiones de la reforma ortográfica, que habría de fracasar en definitiva al no obtener, fuera de Chile, el necesario apoyo de las demás naciones de habla hispánica. Hay testimonio del aprecio recíproco que se manifestaron en distintas ocasiones. Así, ya se ha visto el artículo que Sarmiento saludó (julio 15, 1841) la aparición del *Canto elegiaco* de Bello. Por parte del maestro caraqueño pueden encontrarse manifestaciones críticas de aprecio. Con motivo de la publicación de una *Vida de Jesucristo* que Sarmiento tradujo (del francés), Bello inserta en *El Araucano* (No. 761, marzo 21, 1845) una reseña favorable en que dice: “El Sr. Sarmiento, tan celoso en promover la educación primaria, no ha podido hacer a las escuelas un presente más estimable, que el de este librito precioso, originalmente compuesto en alemán por el canónigo Cristóbal Schmid”. De mayor importancia es, sin duda, la nota elogiosa que inserta en el No. 947 (setiembre 29, 1848) sobre las *Impresiones de viaje de D. F. Sarmiento*, uno de los libros más deleitosos del escritor argentino.

Por su parte, Sarmiento que era miembro de la Facultad de Humanidades y Ciencias, tuvo ocasión de integrar la comisión nombrada para examinar el proyecto presentado por Bello sobre las reglas de acentuación. Dicho proyecto había sido publicado en *El Araucano* (No. 765, abril 18, 1845) en forma de carta del autor a la Facultad. Está fechado en abril 15 y sirve para introducir las reglas de acentuación, que se transcriben luego. El informe también vio la luz en el periódico (No. 774, junio 20, 1845). Firmado por Rafael Minvielle, Manuel Talavera y Sarmiento era, como podía esperarse, sumamente favorable.

Estas publicaciones, y otros testimonios complementarios, permiten concluir que Bello mantuvo con Sarmiento buenas relaciones personales y que, lejos de haber actuado como enemigo suyo, y de haber tratado de entorpecer su carrera universitaria y sus esfuerzos en pro de la instrucción primaria en Chile, los alentó todo lo que pudo. Uno de los biógrafos de Bello, Eugenio Orrego Vicuña, ha llegado incluso a conjeturar que se debe tal vez a su influencia que Sarmien-

24 Cf. Amunátegui: *Don José Joaquín Vallejo*, pp. 231/32.

to haya sido designado redactor de una publicación oficial: *el Monitor de las Escuelas Primarias*.²⁵ Sea o no cierta tal conjetura, parece evidente que Bello, aunque definió claramente sus discrepancias literarias con Sarmiento, no permitió que ellas afectaran el reconocimiento de los indudables valores del gran escritor y pedagogo argentino.

Semejante es su actitud hacia Vicente Fidel López. Es indudable que Bello no podía aceptar ni las ideas que expuso López en sus artículos sobre Romanticismo ni el método histórico-literario del escritor argentino. Pero esto no le habrá impedido ver el mérito de muchas de sus ideas y el valor incisivo o fermental de las mismas. Así lo testimonia, por lo menos, la nota de presentación que escribió para unos fragmentos de la *Memoria* de López sobre *Resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la Humanidad*, insertados en *El Araucano* (Nº 771, mayo 30, 1845). Bello lo presenta con elogio, lo llama "ilustrado autor" y apunta sus discrepancias que no afectan, sin embargo, el reconocimiento de los méritos del trabajo: "Aunque por nuestra parte no adoptamos todas las ideas del ilustrado autor, encontramos en esta obra expuestos de un modo luminoso, y con singular animación, los rasgos característicos de la civilización oriental, y de las naciones de occidente cuya herencia ha recibido el mundo moderno".

Con motivo del fallecimiento de Francisco Bello, su vacante en la Facultad de Filosofía y Humanidades fue provista precisamente por López. Al incorporarse, el nuevo miembro (en sesión de octubre 19, 1845) tejió el elogio de su antecesor, como era de orden. El texto fue recogido en *El Araucano* (No. 792, octubre 24). Esta ceremonia, no por prefijada por la costumbre debió ser menos conmovedora para los sentimientos de Bello; ella contribuyó, sin duda,

25 Cf. Eugenio Orrego Vicuña, *ob cit.*, p. 199. En la *Vida* de Amunátegui (p. 416) se transcribe un fragmento del artículo publicado por Sarmiento en *El Progreso* de octubre 21, 1844, sobre la segunda edición de los *Principios de Derecho Internacional* por Andrés Bello. El fragmento desliza alguna alusión burlesca a la preocupación del maestro por la pureza del idioma —alusión que comenta con calor el biógrafo—. Debe verse, sin embargo, en esta salida del argentino sólo una manifestación del más inocente espíritu festivo, que no podía afectar sus buenas relaciones con Bello.

a cimentar la relación entre el maestro caraqueño y el exilado argentino. Así Bello aparece unido a López como antes lo había estado a Sarmiento, saltando por encima de las discrepancias literarias y de las disputas sobre la orientación de los estudios chilenos; unido a quienes valen y que por eso mismo, cualquiera sea su rumbo, han de contribuir a la gran obra de creación en que él está empeñado desde hace casi medio siglo.²⁶

LA MEMORIA HISTORICA DE LASTARRIA

En los *Recuerdos literarios*, y al comentar la impresión desfavorable que le causó el discurso de Bello, escribe Lastarria: "Callamos en la prensa, pero discutimos con el maestro, aprovechando el honor que teníamos de ser su discípulo, y al mismo tiempo compañeros de labor en un ministerio de Estado, pues él servía la oficialía mayor de relaciones exteriores y nosotros la del interior. Las opiniones de su discurso fueron por largo tiempo el tema obligado de las tranquilas conversaciones que teníamos diariamente después del despacho de oficina". En una de esas conversaciones, cuenta él mismo en otro texto (anterior a los *Recuerdos*), y como consecuencia de la honda discrepancia que separaba a maestro y discípulo en lo que se refiere a los estudios históricos, Bello le propuso que fuera él quien se encargara de redactar la primera memoria histórica anual de la Universidad. Con ella se celebraría el primer aniversario de la inauguración del instituto.

Bello quería algo nuevo, dice Lastarria; quería que se iniciara la serie con un estudio de la ciencia de la historia. Tardaba en decirse y un hermoso día de otoño, entró al gabinete de Lastarria en el ministerio del interior, "y sin saludar, en tono casi imperativo, dijo a éste: —Usted escribirá la memoria histórica—. De ninguna manera, hay muchos que pueden hacerlo mejor, respondió el otro—.

26 Las reservas de Bello frente a López serían mayores de lo que hace suponer este análisis. Si puede creerse lo que dice Lastarria en los *Recuerdos del maestro*, pp. 98/99, Bello habría manifestado "cierto pesar" porque López sustituyó al propio Lastarria en un curso de Literatura que comenzó a dictarse en 1843. La indicación no es explícita en cuanto a los motivos de Bello aunque puede conjeturarse que le disgustaba la orientación que no dejaría de dar a su curso el escritor argentino.

No veo quién, replicó el maestro, la Universidad tiene que ir adelante, y puesto que usted los trata a todos de retrógados, y es el único revolucionario que hay entre mis discípulos, a usted le toca dar el impulso—. Diciendo y dando vuelta las espaldas para no oír la respuesta, se fue, dejando una orden que fue cumplida”.

El comentario a esta insólita actitud ha sido hecho, y con admirable objetividad, por el propio Lastarria: “Del suceso que acabamos de recordar puede colegirse que, aun cuando el señor Bello conservaba algo de su rigorismo por las formas retóricas [antes había recordado que le corrigió puntillosamente los giros y vocablos de la Memoria], su espíritu era diferente, como lo muestra su empeño por que salieran del carril de la antigua rutina las ciencias y las letras y por dar a la nueva Universidad una tendencia que la colocara a la cabeza del progreso intelectual, a fin de que no fuese víctima del marasmo que aniquila a los cuerpos sabios oficiales”.

En el mismo texto de 1873 había señalado Lastarria, poco antes, el cambio progresivo que se fue operando en Bello en el curso de los años, cambio que le permitía estar siempre al tanto de las últimas novedades culturales, con el espíritu siempre alerta. “Cuantos le trataron saben que a la edad de ochenta años estaba al corriente del movimiento científico y literario del mundo, y que despreocupado ya de sus antiguos hábitos, juzgaba como un sabio de la época, y escribía, estudiaba, conversaba como un hombre en el vigor de su edad. La antigua terquedad había desaparecido y su concentración se había vuelto dulce llaneza y melancólica jovialidad”. A este testimonio puede agregarse otro, privado, de la misma fuente y en carta a Sarmiento de abril 15, 1884. Para exhortar al escritor argentino a que lea una de sus obras le dice el chileno: “Leed ese libro, o leed todos los modernos, mirad que mi maestro Bello tenía ochenta años y estaba leyendo cuanto se publicaba...”²⁷

Esta inquietud de Bello, este espíritu progresivo (para emplear el adjetivo del discípulo), era sólo una de las fases de su múltiple espíritu. Al encargar a Lastarria la primera Memoria histórica de la Universidad, el rector estaba haciendo algo más que permitir a los jóvenes maestros la expresión de sus ideas o sueños; estaba probándolos. La Memoria era una ocasión importante. Una ocasión para demostrar hasta dónde podían llegar estos negadores e icono-

27 Cf. Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria, p. 152.

clastas en la creación de algo nuevo. Y era también ocasión para invertir las suertes y emprender la crítica de los nuevos criticones. Bello no habría de limitarse a censurar en privado la forma de la Memoria. Al publicarse ésta, escribiría un artículo en *El Araucano* (Nos. 742-43, noviembre 8 y 15, 1844), en que establece sin acritud pero con firmeza su posición frente a Lastarria.

El trabajo de Lastarria se titula *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, y fue presentado en la Universidad en la sesión del 22 de septiembre. El autor parte de una concepción filosófica de la historia que trata de distinguirse, por igual, de las más vigentes entonces: Vico, Herder, Hegel, Michelet. Su enfoque niega la providencia y se apoya en una visión de la historia como fenómeno natural que ya había expuesto Kant pero que era desconocida en América. (Como señala el mismo Lastarria en sus *Recuerdos*, esta se difundió a partir de un estudio de Littré sobre Auguste Comte, 1864). La postura del joven maestro se encuentra sintetizada por él mismo, a posteriori, en estas palabras de sus memorias: “. . . para que haya ciencia en la historia es necesario creer que los sucesos humanos son fenómenos naturales y no sobrenaturales o determinados por la providencia, ligados entre sí y dependientes de la acción y voluntad humanas: de consiguiente, para descubrir el conjunto de verdades que por su conexión con un mismo objeto, que es la humanidad, formen un cuerpo de doctrina o de filosofía de la historia, es indispensable investigar la relación que tienen aquellos sucesos entre sí y con la actividad del hombre, es decir, con todas sus facultades”.

Al ampliar este concepto a la historia colonial de Chile lo que trata de precisar Lastarria es qué parte de la herencia española debía ser rechazada por el Chile independiente por ser contraria a la organización democrática. O por decirlo con las palabras de sus *Recuerdos*: su propósito consistía en “examinar la manera cómo obró la civilización española en la conquista y en la organización colonial, para comprender su acción y su influencia en la sociedad actual, y sobre todo en la revolución de nuestra independencia, a fin de corregir aquella civilización en lo que tiene de opuesto a la organización democrática adoptada. Sin resolver filosófica e históricamente la situación social de nuestro pueblo en el momento de nuestra independencia, no podemos conocer los resultados de aquella gran

revolución, ni mucho menos la dirección que ha de dársele para completar su desarrollo. Necesitamos construir nuestra civilización democrática, y para ello debemos distinguir lo que se ha de destruir de la antigua".²⁸

Dos cosas surgen claramente de estos propósitos sintetizados o corregidos casi veinticinco años más tarde por el propio autor: que con su investigación histórica Lastarria se proponía atacar el régimen colonial español y que ésta era el trampolín para un examen de la realidad actual de Chile. Ambas cosas quitaban la necesaria objetividad científica a su trabajo. El punto de vista de Bello, expuesto reiteradamente en discusiones que según el propio memorialista eran frecuentes, y que ya habían tenido un anticipo en algunos pasajes del discurso de inauguración de la Universidad, fue precisamente el de un historiador objetivo que prefiere atenerse al examen de los hechos antes de aventurarse a la edificación de teorías. Bien claro había sentado Bello en el discurso de 1843 (un año antes de presentar Lastarria su *Memoria histórica*) cuál era su posición frente a los que realizaban filosofía de la historia y en particular ante Herder: "Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la providencia, y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantarse el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos: ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos, en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones de los grandes pueblos y de los grandes hombres".²⁹

De manera que al comentar la *Memoria* habría de dedicar Bello poco espacio a la discusión de la doctrina filosófica misma que la sustenta; apenas si señala que el joven chileno "combate principios generales que fueron por muchos siglos la fe del mundo y que vemos

28 La *Memoria* de Lastarria está citada parcialmente en sus *Recuerdos Literarios*, pp. 240/49.

29 Cf. *Obras*, Santiago, VIII, pp. 315/16.

reproducidos por escritores eminentes de nuestros días". Con esta anotación, y alguna otra más circunstancial que sintetiza el punto de vista de Lastarria (al menos como lo ve Bello), deja de lado el fondo doctrinario. La crítica se concentra en cambio en el análisis que hace el joven de la sociedad colonial y de su influencia, análisis en el que manifiesta Bello un criterio completamente distinto. El asume el punto de vista de la época para mostrar que España no hizo en América sino lo que era normal entonces; es decir que "procedió de un modo conforme a sus circunstancias, a sus ideas y a su gran poder".³⁰

Aparte de la discusión concreta (a la que se unió el escritor argentino Piñero desde *El Mercurio*, de Valparaíso, septiembre 30, con reparos del mismo orden que los de Bello aunque llegando a conclusiones que la inteligencia moderada y científica del maestro careño le impedía extraer); aparte de la discrepancia sobre la influencia de la colonización española o sobre la posibilidad, o imposibilidad, de fundar una filosofía de la historia que prescindiera de la providencia, lo que separa a maestro y discípulo es lo que está apuntado ya en las palabras del discurso de la inauguración de la Universidad: Bello no llegaba a las teorías hasta no haber agotado el examen de los hechos. La historia de Chile colonial no le parecía suficientemente conocida en su secuencia cronológica como para autorizar las teorías. Esto lo reconoce Lastarria al decir: "El señor Bello establecía una diferencia entre la filosofía de la historia y los hechos, y creía que lo primero era hacer una crónica de los detalles, la narración de los sucesos, para deducir después el espíritu peculiar de ellos para apreciarlos y juzgarlos, según sus circunstancias, en lo cual hacía consistir toda filosofía, toda ciencia histórica: de modo que en su concepto había tantas filosofías o ciencias históricas como hay sucesos que se pueden juzgar".

Tal vez la atribución de las últimas palabras sea errónea, pero no interesa discutirla ahora. Lo que no es erróneo es presentar a Bello como preocupado, primero, por la secuencia narrativa de los hechos, y después, por la filosofía o interpretación de los mismos. Aquí se pone en evidencia una vez más ese desacuerdo profundo entre maestro y discípulo: el temperamento y la formación inglesa de la men-

30 Cf. Lastarria, *Recuerdos Literarios*, p. 245.

talidad de Bello le hacía preferir el estudio concreto de cada cosa, con el cuidado por la fijación precisa de sus circunstancias, antes que la visión general, formada (o deformada) por teorías a priori que era característica de Lastarria, en esto más discípulo de los franceses que de Bello.

A tal punto estaba arraigada en el maestro esta concepción que unos años más tarde habría de tener oportunidad de explicarla en una serie de artículos que escribe para *El Araucano* (Nos. 912/13, enero 28 y febrero 4, 1848) sobre los *Modos de escribir la historia* y que están inspirados precisamente en un trabajo con el que Lastarria ganó un certamen organizado por la Facultad de Filosofía y Humanidades. El título de la obra era: *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución desde 1810 hasta 1814*. Aun reconociendo los méritos de la obra, Antonio Varas y García Reyes, miembros del jurado, señalaron como su defecto principal no consignar en qué se apoyaba el autor para sus conclusiones. Por eso agregaron en su informe que: "*La comisión se siente inclinada a desear que se emprendan antes de todo, trabajos principalmente destinados a poner en claro los hechos; la teoría que ilustra esos hechos vendrá en seguida, andando con paso firme sobre un terreno conocido*". Aquí se refleja, exactamente, la enseñanza de Bello.

Al publicar el trabajo de Lastarria, Jacinto Chacón le agregó un prólogo en que sostenía que era preferible adelantar las consideraciones generales a exponer las investigaciones minuciosas de los hechos. Bello no perdió la ocasión de defender sus puntos de vista y escribió entonces los dos artículos de *El Araucano*, que dieron lugar a una discusión. De lo que allí se afirma interesa recoger ahora dos conceptos. El primero, básico, se refiere al peligro de aplicar interpretaciones válidas para un desarrollo histórico concreto (el de la historia de Francia, por ejemplo) a otra realidad distinta. "*Para lo único que puede servirnos [dice Bello] es para dar una dirección acertada a nuestros trabajos, cuando a la vista de los hechos chilenos, en todas sus circunstancias y pormenores, queramos desentrañar su íntimo espíritu, las varias ideas, y las sucesivas metamorfosis de cada idea, en las diferentes épocas de la historia chilena*". Adviértase que no se niega allí el poder de las teorías elaboradas sobre otra realidad para fecundar la interpretación de la realidad

chilena; lo que se critica es la sustitución del estudio minucioso y pormenorizado de esta realidad por la aplicación mecánica de esas teorías.

El otro concepto, importante de su análisis, relacionado directamente con el anterior, es el que se refiere a la necesidad de mantener frente a la ciencia y al arte de Europa una actitud de prudente independencia. "*Nosotros somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de Europa, a quien, al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces, debiéramos imitar en la independencia del pensamiento. (...) ¡jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento*". Vuelve a resonar aquí la prédica constante de este pedagogo que si algo quiso legar como enseñanza máxima fue el *Aprended a pensar*. Y, en otra forma pero con idéntico espíritu, resuena aquí la voz de independencia intelectual y cultural que se levantó ya en 1823 en Londres desde los medidos versos de la *Alocución a la poesía*.

Bello no quería con esto negar la originalidad del pensamiento de Lastarria, y este mismo ha contado en sus *Recuerdos* la alegría del maestro, veinte años después de estas discrepancias, al encontrar en la *Historia de la civilización en Inglaterra*, de Henry Thomas Buckle (1857/1861) un desarrollo de las teorías que el joven chileno había intuido por sí solo. Bello le dio a conocer entonces esta obra y lo felicitó por haber sabido mantener, contra la opinión corriente del momento, la convicción de sus ideas. No era, por cierto, falta de originalidad lo que censuraba a su discípulo; Bello era demasiado respetuoso del pensamiento ajeno para querer destruirlo porque no coincidiera con el propio. Pero lo que sobre todo le preocupaba entonces era la orientación que imprimía el joven a los estudios históricos en Chile. Por eso lo combatió, después de haberlo alentado y de haberle dado la primera ocasión importante de ventilar su pensamiento. Lo combatió no para anularlo en él, en Lastarria mismo, sino para marcar otro rumbo junto al que éste trazaba, para señalar su propia línea junto a la del revolucionario, a la del iconoclasta y, también a la del inquieto y original pensador chileno. Sobre todas las cosas, Bello admiraba al hombre que sabía pensar por sí mismo, aunque no pensara como él y aunque fuera necesario combatirlo, noble y lealmente, en su mismo pensamiento.

La *Memoria histórica* de Lastarria tenía fecha setiembre 1844; los comentarios de Bello en *El Araucano* se publicaron en noviembre del mismo año. Con esta discusión (que echa los fundamentos de una discusión futura) concluía para Bello un año que había sido de trabajo e influencia. Era el primer año de la Universidad, era el año en que se había liquidado el proceso a Francisco Bilbao con la condena legal de sus ideas y el triunfo personal del joven tribuno, era también el año en que Bello empezó a componer una de sus obras poéticas más importantes: *El proscrito*. La fecha la ofrece su biógrafo, Miguel Luis Amunátegui, aunque no da indicaciones que permitan verificarla, y no se inclina decididamente por este año, vacilando entre 1844 y 1845.

En el plan original de Bello *El proscrito* sería un poema narrativo a la manera de las *Leyendas españolas* de José Joaquín de Mora (que él mismo había comentado y elogiado en 1840) y destinado a pintar las costumbres chilenas del principio de siglo y a celebrar algunos episodios históricos de la revolución de la independencia. Escribió, a lo que parece, sólo cinco cantos que su primer editor (Emilio Bello, su hijo) no pudo descifrar por completo. Amunátegui no adelanta ninguna hipótesis para explicar por qué no fue continuado.³¹

De todos los poemas mayores de Bello éste es el que ha sido más deseudado. Uno de sus últimos críticos ha llegado a decir que no tiene ningún valor y a tal punto lo desdeña que edifica una teoría según la cual Bello se entrega a traducir a Hugo (en 1842/43) porque cree que ya lo ha abandonado la inspiración poética. "*Bello creyó que las Musas le habían traicionado, truncó entonces su aventura en el reino de la poesía original y abandonando para siempre su proyecto de épica "América" volvió la vista hacia el genio romántico de Hugo y a su sombra entonó un canto modesto y de limitadas proporciones, le tradujo e imitó con amor y tanto afán puso en esta obra, que consiguió transformar su labor en verdadero arte*

31 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 577/629. En la nota de la p. 577 se ofrecen los datos bibliográficos principales de este poema. Amunátegui se refiere a él en *Vida*, pp. 612/23.

superando varias veces a su maestro y modelo. Andrés Bello llegó a ser un extraordinario poeta en simbiosis con Hugo".³²

Este planteo crítico no tiene para nada en cuenta la cronología; tampoco tiene en cuenta los hechos poéticos mismos. Es probable que ya en 1826, al publicar la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, haya sentido Bello que las fuerzas no le alcanzaban para componer el vasto poema *América* que en 1823 anuncia la *Alocución a la poesía*. Así parece indicarlo una de las frases de la nota que acompaña la inserción de su texto en *El Repertorio Americano*: "*A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la "Biblioteca Americana" bajo el título "América". El autor pensó refundirlas todas en un solo poema: convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones*". De modo que ya en 1826, puede asegurarse apoyándose en esta cita, que Bello abandona la idea del poema épico en gran escala. Por otra parte, la afirmación de que "*truncó entonces su aventura en el reino de la poesía original*" para ponerse a la sombra de Hugo, resulta desmentida por *El Proscrito*, dos o tres años posterior a la publicación de las imitaciones del poeta francés.

El error del crítico chileno tiene una explicación. No se basa sólo en no haber apreciado el valor de la leyenda, o en haber olvidado la fecha de su composición y la declaración de Bello con respecto a las *Silvas*. Deriva principalmente de un desenfoque del juicio más que de omisiones informativas, o exceso de imaginación. Alegría cree que Bello se dedica a traducir o imitar a Hugo porque ha agotado su propia inspiración. No entiende que para Bello (como para todo poeta de formación clásica) la imitación es una forma de composición original, y que entre un poema sin antecedente visible y otro apoyado fuertemente en un texto ajeno, Bello no reconoce mayor diferencia. La originalidad, en el sentido en que van a proclamarla los románticos, es un espejismo para Bello.

Pero si la crítica moderna no ha sabido juzgar adecuadamente el poema tampoco lo ha sabido hacer la crítica más cercana al maestro. Amunátegui que, sin lugar a dudas, aprecia el mérito de la

32 Cf. Fernando Alegría, *La poesía chilena*, p. 207.

En su libro sobre *Don Andrés Bello*, Santiago de Chile, 1965, Raúl Silva Castro ofrece interesante documentación sobre la casita de Peñalolén y las frecuentes visitas de Bello.

composición, no sabe situarla. Se le ocurre ver la relación con las *Leyendas españolas* de Mora y no advierte una mucho más directa, y hasta insinuada por Bello, con los poemas narrativos de Byron. Porque si algo revela *El proscrito* es la influencia del poeta romántico inglés y hasta qué punto Bello ha leído, asimilado, y recreado los procedimientos narrativos del *Don Juan*.

De los cinco cantos que han podido ser rescatados de los borradores, dos tienen epígrafes de Byron (el I y el IV), distribuyéndose los restantes entre Shakespeare (II), Lamartine (III) y Calderón (IV); selección suficientemente ilustrativa de los gustos románticos que presiden la composición del poema. Bello ha intentado construir su poema de acuerdo con los nuevos módulos poéticos tan erráticos en apariencia aunque tan firmes, que puso en práctica el *Don Juan*.

Ya Salvador Sanfuentes había intentado en Chile la creación de leyendas románticas en el estido de las de Mora. *El campanario*, que se publicó durante la polémica del romanticismo, es de 1842; en 1846 concluye *El bandido*. Pero Sanfuentes, a pesar de haber traducido en 1838 a Byron, a pesar de su auténtico temperamento romántico y de su amor por la violencia y los sentimientos desorbitados, está más cerca en dicción y estructura de la regularidad de Mora que de la facilidad y aparente descuido del poeta inglés. Con *El proscrito* Bello intenta algo más que seguir una corriente narrativa popular en Chile; parece querer devolver la leyenda romántica a su cauce entre sentimental e irónico en que la ubicó genialmente Byron.

La historia que cuenta Bello se sitúa en Chile y en 1814. Presenta a don Gregorio de Azagra, vecino de Santiago y esposo de doña Elvira de Hinojosa. Don Gregorio es un hidalgo español de rancia estirpe. El matrimonio tiene una hija única, Isabel. La madre quiere que sea monja, el padre se opone. Como no consigue vencer la resistencia de la esposa, hábilmente apuntalada por el confesor, don Gregorio se enferma. Para ayudar a su restablecimiento, sacan a la joven del convento en que ya estaba reclusa. Aquí empieza la aventura. Una noche, en el mejor estilo de los novelas románticas, entra un joven al cuarto de Isabel. Es un proscrito perseguido por las fuerzas españolas. Después de un diálogo animado, en que se advierte la impresión que ha causado en la joven, el proscrito huye. A la mañana siguiente, la joven se entera que estaba casi moribundo, que se llama Emilio Ayala. El proscrito se ha refugiado en una

casa vecina adonde Isabel acude a verlo y a cuidarlo; allí descubre que lo ama.

El último canto de los conservados introduce un corte en la narración, muy característico de este tipo de composiciones. La acción salta hacia atrás, a la batalla de Rancagua, en la que combate como valiente Emilio, y a las peripecias de su fuga después de la derrota; hay un cabo español que lo persigue y que se distrae de su encargo para intentar la violación de una moza, hecho que Emilio impide; hay una huída a través de las montañas, con el mismo cabo como prisionero. Pero la acción queda interrumpida y no llega a aclararse la conexión de este episodio (cronológicamente anterior, sin duda) con el de la llegada de Emilio al cuarto de Isabel.

Aunque reducido a un torso, el poema tiene indudable sabor y brío. Bello ha tomado un argumento y unos personajes característicos del Romanticismo pero ha resuelto verterlos con ese enfoque irónico y a la distancia que constituye el mejor encanto del *Don Juan*. Tanto en la presentación del ambiente colonial, como en la descripción de los padres, emplea esa descripción irónica y viva que sirve para animar el cuadro. Su burla respeta (de acuerdo con las convenciones byronianas) a la heroína, que ocupa en el poema el puesto de una Haidée chilena. No es posible conjeturar el plan completo por el fragmento conservado, pero puede imaginarse que Bello pensaba variar los escenarios y la acción a la manera como Byron introduce naufragios y seducciones, sitios crueles de ciudades y pasajes campestres, la agitada vida social inglesa o la corte de los zares, en su largo y también inconcluso poema.

El primer ambiente de los que presenta Bello es la capital, colonial todavía, con la omnipresencia eclesiástica y los patrones sociales moldeados sobre la hidalguía española; luego el poema se traslada al campo y se introducen notas de color local chileno, con la inevitable mención del *huaso* (que Bello escribe *guasó*); el tercer escenario es la batalla y la destrucción de Rancagua, con la fuga por montañas nevadas. La variedad del escenario y la variedad del ritmo narrativo —ya lento y descriptivo como en el primer canto, ya rápido y dramático (con hábil uso del diálogo) como en los cantos III y IV —indican que Bello ha asimilado bien lo más importante de la técnica narrativa que inventó o remozó Byron.

También ha asimilado recursos más externos, pero no menos eficaces. El más característico de todos es la digresión irónica que per-

mite variar el tono y hasta el ritmo y que sirve para romper muchas veces la solemnidad un poco acartonada de ciertas situaciones con el giro refrescante de una observación oportuna y maliciosa. Byron ya había precisado esta parte de su estética en una carta vibrante a John Murray en que protestaba contra algunas observaciones de sus primeros críticos ingleses que creían imposible la mezcla de seriedad y broma que contiene el poema. Es de agosto 12, 1819. El pasaje pertinente dice: "*But, nevertheless, I will answer your friend C [ohen], who objects to the quick succession of fun and gravity, as if in that case the gravity did not (in intention, at least) heighten the fun. His metaphor is, that 'we are never scorched and drenched at the same time' Blessings on his experience! Ask him these questions about 'scorching and drenching'. Did he never play at Cricket, or walk a mile in hot weather? Did he never spill a dish of tea over himself in handing the cup to his charmer, to the great shame of his nanken breeches? Did he never swim in the sea at Noonday with the Sun in his eyes and on his head, which all the foam of Ocean could not cool? Did he never draw his foot out of a tub of too hot water, damning his eyes and his valet's? *** Was he ever in a Turkish bath, that marble paradise of sherbet and Sodomy? Was he ever in a cauldron of boiling oil, like St. John? Or in the sulphureous waves of hell? (where he ought to be for his 'scorching and drenching at the same time') Did he never tumble into a river or lake, fishing, and sit in his wet cloathes in the boat, or on the bank, afterwards 'scorched and drenched', like a true sportsman? 'Oh for breath to utter!' —but make him my compliments; he is a clever fellow for all that—a very clever fellow*".³³

Es posible que, de conocerlo, Bello rechazase la forma rebelaissiana, de este pasaje (y eso que los asteriscos indican castas supresiones del editor); pero es indudable que el meollo de la doctrina —la rápida sucesión de lo cómico y lo grave que aquí postula genialmente Byron— le era enteramente familiar, como lo demuestra

33 Cf. *The Works of Lord Byron*, IV, pp. 181/82, y *The Life, Letters & Journals of Lord Byron*, p. 404, 2a. col. En ambas ediciones el texto aparece expurgado. Más completo, aunque no íntegro, se encuentra en *Byron, A Self-Portrait*, II, pp. 479/80. De allí he tomado la cita con los asteriscos que indican la supresión de un pasaje, tal vez demasiado directo.

El Proscrito. Algunas de las digresiones del poema son característicamente byronianas en el sentido de que introducen abruptamente temas ajenos a la narración misma pero muy caros al autor. Sin llegar a los excesos autobiográficos en que se complace el modelo, Bello se permite confidencias personales, atemperadas por su natural objetividad. Así, por ejemplo, al poema pertenecen algunos de los versos más punzantes de su lírica de desterrado. En el canto III, versos 1081/1096, se confía:

Véolos otra vez aquellos días
aquellos campos, encantada estancia,
templo de las alegres fantasías
a que dio culto mi inocente infancia;
selvas que el sol no agosta, a que las frías
escarchas nunca embotan la fragancia;
cielo... ¿más claro acaso?... No, sombrío,
nebuloso tal vez... Más era el mío.

Naturaleza da una madre sola,
y da una sola patria... En vano, en vano
se adopta nueva tierra; no se enrola
el corazón más que una vez; la mano
ajenos estandartes enarbola;
te llama extraña gente ciudadano...
¿Qué importa? No prescriben los derechos.
del patrio nido en los humanos pechos!

Otras veces, la confidencia no es menos personal pero roza sólo la superficie del poeta, la gozosa superficie, como cuando introduce en el canto I el elogio del tabaco, su viejo compañero:

Si no estuviera yo de prisa ahora
(que a la mujer de nuestro don Gregorio,
por lo menos hará su media hora,
a la reja dejé del locutorio),
gustoso templaría la sonora
lira para cantar a mi auditorio,
tabaco amado, compañero mío,
tu blando, inexplicable poderío.

En la única carta que se conserva de Bello a Olmedo (y que fue comentada en el Capítulo III) ya se apunta este gusto por el tabaco, este placer con que se sometía al "*blando, inexplicable poderío*". Pero ahora lo canta en dos estrofas, rompiendo la marcha de la narración y enriqueciéndola con su aroma.

No es éste el único ejemplo de tal procedimiento. Algunas veces (como en Byron) la digresión sirve de comentario crítico al mismo poema, al vocabulario utilizado por el poeta, o a las alusiones en él implícitas. Un ejemplo notable ocurre al decir:

*Un "caldo" es mal sonante en poesía;
pero la exactitud es lo primero.
Suena mejor sin duda la ambrosía;
mas no se encuentra con ningún dinero.
Ría la sombra de Hermosilla, ría,
llámeme chabacano y chapucero;
veraz historia cuento; soy heraldo
de la verdad. Volvamos, pues, al caldo.*

Hay aquí algo más que una reminiscencia (o cita poética) del famoso pasaje de *Don Juan* en que Haidée prepara también un caldo para el protagonista (II, CXXIII):

*They made a most superior mess of broth,
A thing which poesy but seldom mentions,
But the best dish that e'er was cooked since Homer's
Achilles order'd dinner for new comers.*

Hay una semejante postura irónica, de vuelta, frente a las convenciones clásicas del estilo sublime, que no tolera la mención de las cosas cotidianas. Y la referencia a Hermosilla muestra hasta qué punto Bello desdén en su poema la dilapidada estructura del neoclasicismo.

Un análisis más menudo permitiría demostrar otros puntos de contacto entre la composición del *Don Juan* y la de *El Proscrito*. Lo que interesa señalar ahora, en una visión panorámica del asunto, es la intención de Bello al elegir como inequívoco modelo de su leyenda a Byron. Y esto se puede entender mejor si se tiene en cuenta también a Sanfuentes. Bello vuelve los ojos al pasado inmediato de Chile, instala sus héroes en el ambiente mismo, utiliza la tradición y el color local y las costumbres. Narra una aventura

típicamente romántica. En todo esto, aparece de acuerdo con las convenciones novísimas del género. Pero al mismo tiempo toma distancia y para ello elige precisamente al autor que mejor supo hacerlo dentro de la vorágine romántica: a un autor suficientemente impregnado de romanticismo pero suficientemente afecto también a lo más vital de clasicismo (la crítica, la ironía, la inteligencia) como para equilibrar el temperamento romántico con la lucidez clásica.

De aquí que en *El Proscrito* (como en *Don Juan*) se dé toda la situación en dos planos simultáneamente: el de la aventura en que están comprometidos los protagonistas; y el del comentario irónico, de ironía inglesa, en que se coloca al autor y que se pone en evidencia en el tratamiento caricaturesco de los personajes secundarios (incluso el cabo violador) y en las digresiones con que refleja como en espejo crítico la marcha de la aventura. Por su estructura, por la variedad y libertad del verso, por la hábil alternativa de temas, por la visión crítica y poética que la inspira, esta leyenda puede considerarse como uno de los intentos mejor orientados por aclimatar en la poesía de lengua española esa invención de Byron: el poema narrativo en que aparecen, en rápida sucesión, lo cómico y lo grave mezclados.

Que Bello no haya podido concluir el poema, que incluso no haya podido corregirlo, explica que no todo lo que se conserva esté en el mismo nivel de creación. De todos modos, aún en su estado actual el poema revela una maestría que supera cuanto se hizo entonces en Chile (y supera de lejos a Sanfuentes, incapaz de dominar su materia o su temperamento). También revela otra cosa: que Bello no accedió de un solo golpe a esta madurez. Porque la habilidad técnica, la suavidad y precisión, la oportuna ironía de *El Proscrito* habían sido ensayadas por el maestro, y desde sus años londinenses, en la versión de *Orlando enamorado* (de la que se habló en el Capítulo III y se volverá a hablar en el VIII).

Por eso debe lamentarse tanto que Bello haya abandonado la composición de *El Proscrito*. Amunátegui, ya se ha visto, no indica ninguna causa. Sin embargo, basta examinar la fecha en que compuso el poema (1844/45) para encontrar la explicación. En 1845 muere Francisco Bello, su segundo hijo, y este acontecimiento va a conmoverlo profundamente, provocando una crisis de la que tarda en emerger. Tenía casi sesenta y cinco años.

El nuevo año (1845) habría de traer para Bello el segundo de una serie de golpes dolorosos y concentrados en la vida privada, como si para compensar el éxito y el unánime reconocimiento que lo rodeaba en ese período de su vida, fuera necesario alcanzarlos en donde el viejo maestro parecía más indefenso y vulnerable. El primer golpe fue la muerte de su hija Lola en 1842; ahora era la de Francisco que había nacido en Londres en 1817, el mismo año que Lastarria nacía en Santiago. Ambos se conocieron en el aula de don Andrés y el retrato que ofrecen los *Recuerdos literarios* corresponde a la época de la fundación de *El Semanario de Santiago*, 1842. "Francisco Bello [escribe Lastarria] tenía una educación clásica eminentemente británica, y estudiaba la literatura española, no con el amor y la veneración que nuestros demás condiscípulos, sino con cierto despego que nacía de la diferencia de ideas y tendencias de las civilizaciones que representaban aquella literatura y la inglesa. Francisco era un joven linfático y casi tísico, de semblante pálido mate, hermoso por una cabellera de azabache y por grandes ojos negros, cuya melancolía revelaba que soñaba en su temprano fin. Era modesto y frío, no participaba de intereses ni de ideas políticas, hablaba siempre en voz baja, con un chiste melancólico que le era habitual, y que él realizaba con su fina percepción de toda deformidad, y con su feliz memoria de los donaires de escritores ingleses y latinos. Ya había escrito su gramática latina, como profesor del Instituto, y como tal lamentaba siempre que hubiera tenido tan corta vida una sociedad literaria que en otro tiempo organizamos los profesores de aquel establecimiento: y nos estimulaba a que diéramos consistencia a la de los jóvenes que nos había dado su dirección. Por este motivo se había asociado a nuestra empresa del "Semanario".

Francisco era, para don Andrés, algo más que un hijo amado —como lo había sido Lola—. Era también uno de los que había seguido más cabalmente sus huellas humanísticas. En marzo de 1835, a los dieciocho años de edad, ganó una clase de latín en el Instituto Nacional. Se dedicó entonces, para cumplir mejor las necesidades de su tarea, a la composición de una *Gramática latina* que publicó en 1838 y que fue motivo de orgullo para su padre, que a ella se refiere en algún lado con no disimulada vanidad. En la dedicatoria de la obra, Francisco se dirige a don Andrés con palabras que no

sólo revelan el afecto filial sino certifican esa devoción de discípulo que sumaba a su condición de hijo: "Educado por Ud., socorrido en este trabajo por sus vastos conocimientos, e inspirado por el más tierno cariño a su persona, le dedico esta "Gramática" como las primicias de mi gratitud a sus desvelos, y de mi reconocimiento por su bondadoso auxilio". Como abogado (se recibió en mayo 10, 1839) aportó más satisfacciones a su padre. Fue también poeta, aunque no de primer orden; había heredado de don Andrés Bello el fervor temprano por las disciplinas clásicas. De su madre, la frágil Mary Ann Boyland, heredó seguramente esa salud precaria que sólo le permitió una vida de inválido y una muerte temprana³⁵. De la impresión que dejó Francisco en sus coetáneos hay algún otro testimonio, aparte del citado retrato de Lastarria. Muy amigo suyo, y también de Carlos, era Jotabeche, ocho años mayor. De la correspondencia de éste con el "amable Pancho", como habitualmente lo llama, hay abundante testimonio en su biografía por Amunátegui. Con motivo de la polémica con Sarmiento se citan cartas en las que se puede advertir que Francisco no compartía siempre los términos, agresivos y hasta groseros, de su amigo para con el escritor argentino, ese "cuyano deslenguado" como lo llama habitualmente. En otra carta (mayo 19, 1842) alude Jotabeche a la severidad con que Pancho desapruueba su poca circunspección polémica. Francisco era hijo de Bello e inglés, no se olvide.

Cuando se trata de la fundación del *Semanario*, Jotabeche envía una carta a Carlos Bello (julio 14, 1842) en la que dice: "Me alegro de gran manera de la publicación que piensan hacer ustedes en ésa. Yo me empeñaré mucho en mandar mis articulitos, recomendándolos a tí y a Pancho para que les quiten lo que pueden llevar de aire de provincia. Lo malo está en que aquí no hay materiales, y que tampoco me será fácil darme un paseo por Santiago, Talca, Cauquenes, etc. como tú me lo has aconsejado; pero lo haré, aunque así salga ello". Puede verse por el texto citado la confianza que depositaba Jotabeche en el juicio literario de su amigo, que no sólo era ocho años menor sino que en la fecha de la carta tenía apenas veinticinco años. Pero los veinticinco de Francisco eran años de

34 Cf. Eugenio Orrego Vicuña, *ob cit.*, pp. 332/33.

erudición y estudio, de sólido conocimiento de la lengua y de la literatura.

La amistad de *Jotabeche* con Francisco y Carlos Bello explica una de las cartas mejores que escribe el cronista copiapino, en ocasión de la muerte de Francisco, en junio 13, 1845. Está dirigida a un común amigo, Manuel Talavera, a trece días del doloroso suceso, y en ella dice que Pancho "se acabó como mueren los viejos después de pasar años de años preparándose para este viaje". Allí también reflexiona: "Un amigo como Pancho es muy capaz de duplicar la vida de su amigo...", y pide a Manuel: Si ves a Carlos, apriétale bien la mano y dile: "este encargo me hace Vallejo". Yo no haría otra cosa que apretarle la mano; y si le veo alguna vez no le diré una palabra"³⁵.

Para don Andrés, la muerte de Francisco, precedida apenas tres años por la de su querida hija, fue un golpe demasiado rudo. Debíó abandonar por estos meses la dirección literaria de *El Araucano*, aunque ya en agosto aparece otra vez al frente de la publicación. Hasta se habló de su renuncia a su cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, como se desprende de una carta de Manuel Montt a Salvador Sanfuentes (abril 26, 1846) en que el ministro le propone ocupar ambos puestos. Allí dice Montt: "Don Andrés Bello, después de la pérdida de su hijo, ha quedado muy abatido, y en diversas ocasiones ha manifestado la intención de separarse de la oficina. Sus achaques lo inhabilitan también en cierta manera; y por doloroso que sea, al fin habrá necesidad de convenir en su retiro"³⁶. La herida dejada por esta muerte era tan honda que a casi un año de acaecida seguía pensando don Andrés en retirarse. Había resuelto también abandonar la poesía. La muerte de los dos hijos, a tan corto intervalo una de otra, le hizo sentir qué viejo y acabado estaba. Pensó dejar la actividad pública, quiso colgar la lira. El mismo lo ha dicho en unos versos escritos hacia 1846, cuando la primera cicatriz de la herida le permite volver poco a poco a la vida. La poesía lo tienta y cede; pero al hacerlo recuerda su promesa:

35 Cf. Amunátegui: *Don José Joaquín Vallejo*, pp. 195/245.

36 Cf. Amunátegui: *Don Salvador Sanfuentes*, pp. 349/50.

*tomo otra vez con atrevida mano
la lira, que en la ramas funerales
de sauces lloradores, monumento
de una temprana tumba, colgué un día.
Juré que nunca más la tocaría;
quebrantaré por tí mi juramento*³⁷.

Poco a poco Bello fue comprendiendo que no era ofrenda digna de su hijo esa lira muda. Comprendió que la mayor ofrenda era el trabajo y la creación. Una de sus primeras obras, destinada precisamente a homenajear a ese hijo muerto, fue la segunda edición de la *Gramática latina* (Santiago, 1846) en la que puso todo su desvelo, a la que contribuyó con su ciencia para mejorar el esfuerzo del joven³⁸. Este fue el mejor monumento.

LA CASITA DE PEÑALOEN

Otra muerte, al año siguiente de la de Francisco, habría de alcanzar también a don Andrés. Es la de Mariano de Egaña en junio de 1846. Habían pasado ya muchos años desde aquellos días de 1824 en que don Mariano desembarcó en Gravesend, con toda su desconfianza de Irisarri y del hombre que Irisarri había hecho su secretario. Después de aquella larga (y cómica) escaramuza en que el pobre Bello debió soportar el doble embate del malhumor de Egaña y de las hábiles intrigas de Irisarri, el ministro chileno había llegado a apreciar al reservado caraqueño depositando en él toda su confianza. Cuando Bello se traslada a Chile lo hace bajo la protección de Mariano recomendado a la especial atención de su padre, don Juan Egaña. De vuelta aquél en Chile se forma entre los tres hombres, entre el anciano estadista y los maduros orientadores de la política chilena, una unión como se conocen pocas. Bello disfrutó, en toda la extensión de la palabra, de la amistad de los Egaña. A la muerte del padre en 1836, Mariano queda más solo (su esposa había muerto hacia 1833) y más unido a Bello.

La desaparición de Mariano priva a Bello no sólo de uno de los mejores amigos sino de uno de los pocos coetáneos. Escribe enton-

37 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 279/80.

38 Cf. Eugenio Orrego Vicuña, *ob. cit.*, p. 332.

ces en *El Araucano* una nota (Nº 827, junio 26, 1846) en que la sobriedad del fraseo no excluye la emoción. Allí apunta: "*Alma sensible, para quien la piedad filial era una especie de idolatría, el retiro de Peñalolén, hermoseedo con tanto esmero, teatro de sus inocentes y filosóficos placeres campestres, era como un templo erigido a la memoria de su padre. Entendimiento ansioso de saber, a que servía de pábulo diario la sabiduría de los tiempos, en una de las más ricas y mejor escogidas colecciones de libros que tiene acaso la América, muchas de ellas costosas y las únicas de su especie entre nosotros*". Bello podía hablar de esta biblioteca no sólo con la autoridad del que la frecuentaba asiduamente sino con la autoridad del que contribuyó a formarla. Durante su estadía en Londres había orientado a Mariano en la adquisición de obras fundamentales del pensamiento y de la literatura de todos los tiempos.

Pero si importa subrayar la alusión a los libros, no menos importante es la que se refiere a Peñalolén. Ese fundo, vecino a la ciudad de Santiago, fue una de las creaciones más perdurables de don Mariano: un lugar donde refugiarse del ajetreo y las preocupaciones de la vida pública y donde compartir, con el amigo dilecto, otras preocupaciones más gozosas y (si se ha de creer algunos persistentes rumores, vivos aún hoy) no siempre enteramente inmateriales³⁹.

En las cartas que escribía Mariano a su padre desde Inglaterra se puede seguir el lento proceso de creación de Peñalolén, santuario con el que sueña el exilado y al que dirige sus ojos, mientras acumula en Europa los materiales para alhajarlo. Ya en una carta de junio 22, 1825, le habla de la casita de Peñalolén, que llamará *Las delicias*. En noviembre del mismo año, vuelve a insistir en el tema y a detallar las cosas que lleva; en diciembre 21, se refiere a los libros que está adquiriendo y razona así con su padre: "*Conforme a lo que usted me dice ahora, no he querido cargarme de libros en inglés, así porque no los hemos de poder leer los dos, como porque son excesivamente caros y al menos tres tanto más que los franceses; pero hay ciertos autores clásicos y otros que dan noticias del estado e instituciones inglesas difíciles de adquirir en libros extranjeros, se hacen indispensables. Estos únicamente llevo como usted lo reconocerá, y algunos pocos de controversia religiosa útiles en los presentes tiempos y que es el punto grave en Inglaterra*".

39 Cf. Pedro Lira Urquieta, *ob. cit.*, p. 156

El tema de la casita de Peñalolén, entrecruzado con el de preocupaciones más inmediatas, no abandona la correspondencia. Hay referencia a ella en carta de marzo 22, 1827 y en la que el hijo anota títulos de obras enviadas; allí dice, literalmente: "*Van obras muy clásicas como Gibbon, Hooke, Paley, Smith, "Sentimientos morales", Lempriere, arengas de Pitt, Fox, Burke, Lord Chatham (Guillermo Pitt, el padre), "Juicios célebres", "Arengas selectas de oradores ingleses", Malthus, Lauderdale, Enflicto, "Historia de la Filosofía", "Elementos del Cristianismo", "Filosofía de la Elocuencia", Dougald-Stewart, Reid Hume, Robertson, etc. El Atlas grande antiguo y moderno de Smith, la geografía americana de Carey, todos los decretos de las Cortes, el Código Penal de España y el de la Luisiana, y sobre todo el grande y recientísimo diccionario biográfico en francés que aun está saliendo, son obras que gustarán a usted mucho. Aquí tengo otras igualmente clásicas que aguardo oportunidad para despachar*"⁴⁰.

Las preocupaciones intelectuales de Juan Egaña eran tres: política, derecho, religión. De aquí la selección de libros en la que se puede advertir también la mano de Bello (principalmente en los filósofos de la escuela escocesa: Dougald-Stewart, Reid Hume, Robertson). En otras cartas hay más detalles de esta biblioteca verdaderamente notable para su época. Así, por ejemplo, en una de febrero 16, 1828; y en otra de julio 15 del mismo año calcula en cuatro mil los volúmenes ya adquiridos en Europa. Entre esos cuatro mil habría seguramente muchos de literatura, que Mariano no menciona porque supone que no interesarían tanto a su padre, pero que pueden verse en el inventario realizado por el propio Bello al resolverse la Biblioteca Nacional de Santiago a adquirirla⁴¹. Por el carácter de estos libros y por la fecha de sus ediciones, puede presumirse que muchos de ellos fueron comprados en Inglaterra misma y por indicación de Bello.

40 Cf. *Cartas de don Mariano Egaña a su padre*, 1824/29, pp. 91/208.

41 El *Catálogo* de la Biblioteca Egaña se encuentra en la Biblioteca Nacional de Santiago, adjunto al *Catálogo alfabético y por materias de las obras que contiene la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile*, Santiago, Imprenta de la Sociedad, noviembre de 1860. No figura, en cambio, en el *Catálogo* de la misma que se publicó en agosto, 1854. En el *Apéndice*, II, puede verse una lista de las obras que contenía esta Biblioteca particular y que interesan sobre todo a esta investigación.

Peró en la casita de Peñalolén había algo más que libros, como se deduce del hermoso poema que dedicó Bello a la muerte de Mariano y que sólo vio la luz pública en 1848 (en el *Aguinaldo* de enero 10, de ese año)⁴². Con auténtico espíritu horaciano, que compartían tanto el poeta como sus dos amigos, padre e hijo, se evocan los apacibles boscajes de la *Hermita* (así terminó por llamarse más austeramente la casa) y el reposo que en él encuentra del bullicio corruptor del mundo. Allí encuentra también la querida imagen del amigo que la construyó, como "*sencillo monumento a la sola veraz filosofía*".

*Sí; que en este retiro
que amaste, inseparable me acompaña
tu venerada sombra, illustre Egaña;
y en tu semblante miro,
como cuando la vida lo animaba,
de la virtud la estampa y el talento;
y escucho aquel acento,
que, mientras los oídos balagaba
abundoso vertía
provechosas lecciones de experiencia,
concordia, universal filantropía,
política sensata, gusto y ciencia.*

*Yo que de ellas saqué no escaso fruto
oso ofrecerte, Egaña,
este humilde tributo
de amor y admiración. Tú lo recibes,
ya que no puede ser por lo que vale,
porque de un pecho agradecido sale,
en que indeleble tu memoria vive.*

La muerte de los hijos, la muerte de Mariano Egaña, dejaron en Bello una melancolía que habría de acentuarse con los años. Sin embargo, pasado el momento, el poeta pudo rehacerse y empezar a liberar en bien medidos versos, parte de su dolor y casi toda su admiración y afecto por el amigo. Para Egaña, que tan hondamente tradicionalista era (de monárquico y reaccionario lo tacha-

42 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 290/91.

ron sus enemigos políticos y ese juicio es hoy compartido por muchos historiadores), para Egaña escribe Bello, póstumamente, este poema de corte tan tradicional que parece anunciar en su obra un vuelco hacia el neoclasicismo. De las proporciones y naturaleza de ese vuelco habrá de ocuparse el capítulo siguiente; aquí basta con dejar consignado por ahora el síntoma.

EL MOSAICO

Bello vuelve al trabajo y no sólo para reemprender sus actividades públicas y su magisterio periodístico. Vuelve también para colaborar con los jóvenes en nuevas revistas. Así como había ayudado a su hijo Francisco y a Lastarria en la empresa de fundar *El Semanario* y luego *El Crepúsculo*, ayuda ahora a otro joven, Vicente Pérez Rosales, a fundar una nueva publicación literaria: *El Mosaico*. Pérez Rosales es una de las figuras más extraordinarias de la literatura chilena del siglo XIX: un delicioso memorialista en un país en que son escasos quienes pueden justificar el maridaje de ambas palabras, ha dejado en sus *Recuerdos del pasado* (1882) algunas páginas sobre esta empresa juvenil. Había nacido en 1807, dos años antes que *Jotabeche*, ocho años antes que Carlos Bello, y unos buenos diez antes que Francisco Bello y Lastarria. Su vida fue sumamente azarosa y esto da especial atracción a sus memorias. Pero lo que ahora interesa ver no es el lado aventurero sino el estrictamente literario, el que lo muestra fundando una revista en Santiago y obteniendo para ella la colaboración de don Andrés y de sus hijos Carlos y Juan⁴³.

En el estudio de Guillermo Feliú Cruz sobre Pérez Rosales se han dejado en claro algunas contradicciones que existen en los *Recuerdos* con respecto a la educación que recibió el joven. Según la versión más difundida por él mismo, muy poco había aprendido en Chile y

43 Cf. Vicente Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado*. pp. 213/216; también en el citado estudio de Guillermo Feliú Cruz (tan útil para determinar la fidelidad de los recuerdos del memorialista), las pp. 55 sgs. Ambos textos han sido usados para la composición de este parágrafo. Hay una deliciosa biografía de Vicente Pérez Rosales por González Vera en la revista *Babel*, Santiago, noviembre-diciembre, 1946, N° 36. pp. 113/39. Actualmente está recogida en el volumen, *Algunos* (Santiago de Chile, Nascimento, 1959), del sutil prosista chileno.

menos aún en Francia en ocasión de un viaje de estudios que hizo hacia 1825. En esa fecha, ni Mora ni Bello habían llegado todavía a Chile y los jóvenes de buena familia que deseaban seguir estudios universitarios debían trasladarse a Europa. En los *Recuerdos*, Pérez Rosales es completamente categórico en lo que se refiere al escaso resultado del viaje: *"Volvímos, pues, los que allá fuimos con poco más del triste alfabeto por aprendizaje, sin siquiera poder decir cuando llegamos que sabíamos tanto cuanto encontramos que sabían, sin salir de Chile, aquellos mismos que suspiraban por no podernos seguir. Pero para ser justos, es preciso confesar que en aquello de superfluidades, de "gabachismos" y de meter en todo "ex cathedra" la mano, nadie hasta ahora nos ha podido aventajar"*. Y a continuación hace un animado resumen de su viaje (ciento dos días a bordo) y del París de 1825 que, como apunta, *"era respecto al París que visité por tercera vez el año de 1859, lo que es la figura del hombre contrabecho, garabateada con tiza y carbón sobre una pared, comparada con una pintura hija del arte y expuesta en un museo"*. Lo que no le impide llamarlo *"centro de lo bueno y de lo malo, de lo alegre y lo triste, patria del buen gusto y de ridículas extravagancias, y emporio favorito del devaneo y de las disipaciones, calificado por el buen Víctor Hugo con el pomposo nombre de 'cerebro de la humanidad'"*.

Pérez Rosales está escribiendo del París de 1825 con la óptica de su vejez. Aunque publicados en 1882, los *Recuerdos* serían anteriores, según afirma Feliú Cruz: de 1875 o 1877; lo que significaría para el memorialista unos setenta o setenta y dos años. Pero el verdadero París de 1825 era el París visto por un muchacho de dieciocho años, y cuesta creer que las dos imágenes (la adolescente y la vieja) hayan coincidido. Lo que pasa es que es intención del memorialista, y esto lo ha señalado también Feliú Cruz, rebajar deliberadamente al París de 1825. De su estadía los únicos recuerdos verdaderamente no teñidos de sátira son los que se refieren a sus maestros españoles, don Manuel Silvela y Leandro Fernández de Moratín. Lo francés parece repeler a Pérez Rosales, incluso el estreno de *Hernani* (al que asiste el muchacho de veintitrés años) sólo inspira al viejo comentarios satíricos. Nada del fervor que habrían de demostrar una década más tarde los argentinos por el Romanticismo francés se transparenta en estos *Recuerdos*.

Y, sin embargo, la versión del libro, por sabrosa y pintoresca que sea, no concuerda estrictamente con lo que el mismo autor ha declarado de su educación chilena y de su viaje a Francia en carta a Luis Montt, que Feliú Cruz cita y fecha en 1881. *"Al salir de Chile para Francia [escribe al amigo] mi ilustración era casi completa. Me habían educado en el mejor colegio particular de Santiago y esta educación se había perfeccionado con las lecciones particulares o privadas que don Felipe Santiago del Solar, el segundo esposo de mi madre, pidió me dieran los mejores maestros de entonces. No sentí jamás afición a una carrera; lo muy inquieto de mi genio no se avenía con ninguna; pero del colegio salí balbuciendo el francés como para hablarlo y leerlo con mediana desenvoltura. Su perfección la alcancé de mi madre como la del inglés la debí a un maestro privado. El primer libro que leí en este idioma fue uno de Johnston, que aún conservo. De todos los jóvenes que fuimos a París, era yo quien los aventajaba en luces, en literatura y general ilustración, y no crea usted que se lo digo esto por parecer presuntuoso, cominillo que nunca ha entrado en mí. Era así la realidad. Me habían educado con una severidad que no era ciertamente la corriente, pero que ella sola era capaz de dar buenos frutos"*⁴⁴.

Como puede verse por esta transcripción, la educación chilena de Pérez Rosales no fue tan escasa como declaran los *Recuerdos*; la carta también contradice el pasaje en que explana su actitud ante Francia. Es otra cosa lo que escribe al amigo: *"Cometí el error de hacer versos y versos malos, llevado por la corriente del romanticismo de mi tiempo, que a todos los muchachos nos había vuelto locos. Hice odas, epitalamios, quintillas y hasta fáciles y sonoras octavas. Moratín, que en materia de versos y de métrica era la exigencia misma, mirábame con la más triste compasión, pero sabía disimular su íntimo desagrado cuando hacíame guardar mis pobres borradores. Pasada la temporada de los versos, hice prosa en estilo cervantesco, y dime a imitar los escritores del siglo de oro. Nada publiqué en Europa en aquel tiempo y en Chile, después de mi llegada, tampoco. Caí, sí, en el pecado mortal de hacer versos, los que prodigué a mi llegada en los álbumes de las damas, las niñas ojerosas de mi tiempo"*.

44 Cf. Guillermo Feliú Cruz, *art. cit.*, pp. 28/29 y 44.

Ligeramente distinta es la versión que ofrece en los *Recuerdos*. Aunque habla allí de versos escritos en Francia no dice que fueran románticos y al mostrarse de regreso en Chile, tampoco hace alusión a los versos. En esta versión Pérez Rosales se embarca para la patria en los últimos meses de 1830, y después de haber asistido en Francia a la revolución que le inspira una crónica entre sangrienta y pintoresca. Luego de ciento siete días de viaje, llega a Valparaíso y a un Chile que ya estaba siendo modificado, cultural y literariamente, por la enseñanza de José Joaquín de Mora y la creciente influencia de Andrés Bello. La imagen de la sociedad santiaguina que ofrece es satírica, particularmente en lo que se refiere al deslumbramiento frente al viajero. *"Entonces, todo recién llegado del mágico París, a más del necio orgullo que ostentan los que ahora llegan, contábamos con los atractivos que da la moda al corte de un vestido, con la grata sorpresa de aquél que oye hablar en francés a un "pebuenche" y con un caudal de portentosas descripciones, de chistosos galicismos, de muy variados y siempre elegantes nudos de corbatas y de no pocos nuevos pasos que agregar al baile de las cuadrillas. Teníamos, en fin, para muchas mamás y para no pocos bobos, todos los encantos de los trajes de moda recién desencajonados"*.

Como se ve, nada de poesías románticas ni de muchachas ojeras. La actitud es costumbrista, no literaria, y tiende a menospreciar lo francés. ¿Por qué, se ha preguntado la crítica, asume Pérez Rosales esta actitud en sus *Recuerdos*? Evidentemente la explicación está en su oposición a la influencia argentina, que empezó a pesar en Chile a partir de 1841. A esa influencia asoció Pérez Rosales el prestigio de las letras francesas del Romanticismo, y como para esa fecha él ya estaba de vuelta de los entusiasmos de la adolescencia y en diez años había madurado por obra de una carrera azarosa y extraliteraria, su actitud fue la de enfrentarse a los argentinos y despreciar su prédica. La influencia de Francia sufrió por su vinculación con la influencia argentina.

Así lo deja bien en evidencia un párrafo de los *Recuerdos del pasado* (Capítulo XI) en que se evoca la actitud de los exilados argentinos: *"Olvidaron que en la República de las letras no se admiten las petulancias que suelen tolerar el común trato; así es que en cuanto no más se les oyó decir, porque frecuentaban las impre-*

tas, que la perfección del periodismo en Chile sólo a ellos era debido, la compasión que muchos inspiraban se tornó en desprecio". Aquí está la clave de su actitud y de sus olvidos o tergiversaciones de memorialista. El nacionalismo de Pérez Rosales le hizo asumir una postura semejante a la de *Jotabeche* (con quien tiene, así mismo en común, la afición costumbrista, el esguince irónico y la prosa de corte hispánico). Es cierto que Pérez Rosales no intervino como Vallejo en la contienda misma, pero el motivo debe encontrarse en que no era entonces escritor profesional.

La fundación de *El Mosaico* le iba a permitir poner al día su desprecio de lo argentino. Muy poco, casi nada, es lo que dice de su revista en los *Recuerdos* y esas pocas palabras están destinadas sólo a celebrar (a más de treinta años de distancia) algunas bromas que en ella dedicó a uno de los más infelices de los exilados argentinos, Carlos Tejedor. Del periódico mismo sólo recuerda Pérez Rosales que era *"socarrón y festivo"*. Sin embargo, su fundación tiene importancia en el ambiente chileno de 1846. Pérez Rosales (que era el mayor) se asocia con Hermógenes Irisarri, Manuel Blanco Cuartin y José Luis Borgoño en la empresa de publicar este periódico semanal que se inicia en junio 14. Llegó a editar doce números (el último: agosto 30, 1846). *El Prospecto* que presenta la publicación lleva fecha junio 7 y no se ha podido determinar quién es su redactor⁴⁵.

Por el *Prospecto* puede verse que ya desde el comienzo se presenta como una publicación extrapolítica y de intereses especialmente dramáticos. Se publicará los domingos en números de ocho páginas divididos en dos secciones: las primeras cuatro páginas consagradas al semanario (temas literarios, biografías de autores y de actrices, modas y poesías, novedades y hasta un figurín para las damas, *"por lo menos en cada estación del año"*); las otras cuatro páginas estarán dedicadas a reproducir el texto de una comedia o drama que hubiera sido escrita o traducida en Chile.

Las promesas del *Prospecto* (ha observado Feliú Cruz) no se cumplieron sino en parte. Pronto los redactores dejaron de colaborar y el director debió de cargar con casi todo el trabajo. Encontró colaboradores entre escritores consagrados, como García del Río (que publica en el primer número un ensayo sentimental sobre la mujer,

45 Cf. Guillermo Feliú Cruz, *art. cit.*, p. 58.

"*muy al gusto de ese tiempo, tiempo romántico y sensiblero*"), como Manuel Silveira, cuyas fábulas poéticas conservaba entre sus papeles europeos Pérez Rosales y que insertó en *El Mosaico*. También colabora Ventura Blanco Encalada, padre de Manuel. Pero las colaboraciones más interesantes son sin duda las de Andrés Bello y dos de sus hijos.

En el número 2 (junio 21) se publica un poema de Carlos Bello, *La oración*, que ostenta un epígrafe de Víctor Hugo (*Oui, c'est une heure solennelle*) y pertenece a ese Romanticismo, fúnebre, tan de moda entonces, tan desvalorizado luego. En el último número (Nº 12, agosto 30) se incluye un poema de Juan Bello, *A la Italia*, sobre la ruina de la gran nación y su decadencia política; tiene un poco más de aire neoclásico. Don Andrés colabora en el Nº 7 (julio 26) con *La cometa*, fábula de la que había ofrecido ya una primera versión en 1833 (*El Araucano*, Nº 169, diciembre 6).

Es un apólogo político cuyo mensaje podría ser: no reside en la libertad absoluta la felicidad, o también: libertad y disciplina valen más que libertinaje irresponsable. Pero lo que interesa en el cotejo de las dos versiones no es el contenido, que no se modifica, sino la diferencia de forma. La versión de 1846 es más breve (en diez versos) y más concentrada; mejora la dicción y hasta el ritmo; cambia alguna alusión mitológica: *Jove* del verso 51, aparece sustituido en 1846 por *el Tonante* del verso 31. De todas maneras, no figura ésta entre las composiciones más inspiradas de Bello aunque tiene importancia por indicar la constancia de su pensamiento político y su hábito poético de no abandonar nunca definitivamente un texto. Los trece años que separan ambas versiones son bastante ilustrativos del tiempo que solía tomarse para ver y rever un poema. En esto, también, se evidencia su formación humanística y se encuentra una prueba más de lo que solía conversar con Olmedo, según ha quedado consignado en sus cartas (Capítulo III).

Lo que dio interés y actualidad (efímeros, es cierto) a *El Mosaico* fue la polémica que se entabló con los escritores argentinos. Era, bajo forma desleída y casi agonizante, una prolongación de la polémica de 1842. Sólo que ahora el contrincante no tenía la altura de Sarmiento o López. El argentino Carlos Tejedor no era feliz continuador de sus compatriotas. El ataque que endereza contra *El Mosaico* desde *El Progreso* (Nº 1.118) es despectivo sin ser eficaz. La respuesta de la nueva publicación fue una guerrilla que se man-

tuvo hasta el número 6 y acabó por hacer renunciar al adversario a sus inefables *Estudios teatrales*. De más importancia es un artículo que se publica en el Nº 2 de *El Mosaico* (junio 21) y titulado *Literatura nacional*. Volvían los redactores a discutir, aunque con la perspectiva de unos cinco años, el debatido asunto.

El enfoque se concentra antes que en repetir los argumentos contra el romanticismo y a favor del arte (como había dicho don Andrés), en mostrar que una literatura original chilena no podía improvisarse y que era obra del tiempo y de los cambios sociales. "*El mérito de la originalidad [escribían] no consiste precisamente en crearse una literatura nacional (que esto lo miramos en la época actual como una hipótesis improbable), sino en revestir el pensamiento con "formas nuevas", expresando nuestras ideas y concepciones en un lenguaje que no carezca de novedad. (...) Una literatura nacional no se tiene sólo con quererla, y es necesario, a nuestro juicio, que el transcurso de algunos siglos cambie nuestras costumbres, nuestras leyes y nuestro modo de ser, para que tengamos una literatura que se llame original, y que pueda a la vez ser copiada por las demás naciones de la tierra*".

Los escasos recursos económicos, el poco apoyo que prestaba el público, obligaron a suspender la publicación. *El Mosaico* no había tenido, indudablemente, ni la influencia de *El Semanario de Santiago* ni el éxito de *El Crepúsculo* (algo extraliterario, tal vez). Se había orientado principalmente al teatro y, en forma secundaria, a la polémica con los argentinos. Y era en el teatro en que iba a dejar mayor huella, al publicar en su *Galería dramática chilena* tres obras: *La marquesa de Senneterre*, comedia de Melville y Duveyrier, en traducción de Ventura Blanco (había sido representada en Santiago, 1842); *Una sola falta*, de Eugenio Scribe, en traducción de Hermógenes Irisarri; y *Teresa* de Alejandro Dumas, en la traducción de Andrés Bello, drama que se da como "*representado por primera vez en Santiago en noviembre de 1839*", pero que (según se ha visto en el Capítulo V) tuvo su primera representación en 1837. Con esta traducción contribuía don Andrés no sólo a la difusión de un autor romántico sino a la existencia misma de esta revista de jóvenes.

Del mismo 1846 es el folleto que contiene el estudio de Villemain sobre Byron, ya analizado en este mismo capítulo con motivo de su publicación en *El Araucano*. Al recogerlo bajo el título de *Bio-*

grafía de Lord Byron, no sólo logra Bello la conservación del estudio en una forma más permanente; también reconoce públicamente la paternidad de su traducción. Con el folleto de *Teresa* es éste uno de los últimos textos de la agitación romántica chilena a que aparece asociado. Otras fuerzas (interiores y hondas, externas y dramáticas) estaban empezando a actuar sobre él para desviarlo fuertemente del Romanticismo. Uno de los últimos, si no el último, de los actos románticos de Bello es la adhesión que presta al nuevo periódico que empieza a publicar en 1848 el infatigable Lastarria. En esta incesante actividad, Bello (que tenía ya unos setenta y cinco años) se refugia. El mismo lo ha comentado en una de sus cartas familiares, escrita al hermano Carlos en la lejana Caracas y llena de memorias de la madre y de la querida tierra. Al comunicarle que “se concluye en estos días la impresión de una gramática castellana que he compuesto” —y agrega, con acierto: “en que verás muchas cosas nuevas”— se refiere a sus labores de Hércules con toda llaneza: “Estos trabajos literarios, que para mí son más bien recreaciones, es lo único que me hace llevadera esta vida siempre ocupada y laboriosa, que me ha cabido en suerte. “Hic tandem requiesco” será mi epitafio”⁴⁶. Lo que no dice al hermano es que gran parte de esa actividad está dedicada a orientar y apoyar a los jóvenes, incansable en su faena de maestro.

LA REVISTA DE SANTIAGO

En el Capítulo XXX de sus *Recuerdos literarios* cuenta Lastarria cómo hacia 1848 y para combatir el desaliento que empezaba a cundir dentro de la joven generación chilena, resuelve tentar el ambiente literario con la publicación de un volumen, *Aguinaldo para 1848 dedicado al bello sexo chileno*, que sería anticipo de una publicación más ambiciosa y estable, en caso de tener éxito. Para ello se asocia con uno de los hijos de Bello, Andrés R., que actúa en calidad de impresor. Con una introducción en verso original de Lastarria, dos novelitas, una leyenda de Juan Bello (“*La espada de Felipe el Atrevido*”), varios poemas de Lindsay, Espejo, Andrés y Jacinto Chacón, y dos textos en prosa de Marcial González y de

⁴⁶ Cf. *Del Epistolario de Andrés Bello*, in *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, noviembre-diciembre, 1947, N° 65, pp. 90/91.

Asta-Buruaga, completó el volumen. En él se incluye asimismo el poema ya comentado de don Andrés dedicado a la muerte de Mariano de Egaña, y otro poema de circunstancias, dedicado a una joven, la señorita Mercedes Muñoz, que había cuidado al anciano.

El éxito del *Aguinaldo* decide a Lastarria a intentar una nueva publicación y en marzo de 1848 publica el *Prospecto* de la *Revista de Santiago*. Sus asociados en esta empresa eran Cristóbal Valdés, Marcial González, Jacinto Chacón. También contaba con el auxilio de jóvenes escritores y “además con un artículo mensual que nos había prometido el señor Bello”. En sus recuerdos cuenta Lastarria: “El auxilio del señor Bello era en estos momentos de gran eficacia y además era franco y seguro. Cuando el sabio anciano oyó cabizbajo, mustio, pensativo, la relación que le hacíamos de nuestras decepciones y contrariedades, de nuestras esperanzas y propósitos, se había levantado de su asiento visiblemente conmovido, asegurándonos con una efusión enteramente extraña a sus hábitos, que debíamos contar con su cooperación y que estaba resuelto a ayudarnos, a seguirnos en nuestra cruzada, en nuestra propaganda, sin contemplar peligros”.

Es muy importante este testimonio sobre el interés y hasta la pasión con que Bello, de casi setenta años entonces, se asocia al movimiento de los jóvenes y aporta no sólo su sabiduría y su madurez, sino el ímpetu y la confianza que en ellos mismos parece flaquear. Es claro que Lastarria no puede no interpolar una frase con la que, de algún modo, trata de disminuir la influencia de Bello. Su comentario rebaja, en cierto sentido, el alcance de lo que no ha tenido más remedio que reconocer. Por eso agrega a lo dicho: “Esto nos había entusiasmado y nos había confirmado en la idea de que el maestro abjuraba ya las antiguas tradiciones de que antes era celoso custodio”. En realidad, y como se ha visto en los Capítulos V y VI, Bello nunca había sido ese “celoso custodio” de “antiguas tradiciones” que fabrica Lastarria para uso póstumo.

El primer número de la *Revista de Santiago* se publicó en abril 1848. Fue recibido con general aplauso, incluido el de Bartolomé Mitre, que entonces escribía en el *Comercio* de Valparaíso. Además de publicar textos de escritores que ya se habían labrado un nombre literario, como los hermanos Chacón o Hermógenes Irisarri, como Cristóbal Valdés, la *Revista* dio cabida a otros más jóvenes, adolescentes casi, entre los que puede destacarse a los hermanos Miguel Luis y

Víctor Amunátegui, a Joaquín Blest Gana (hermano del novelista y que habría de destacarse como poeta) y a Juan Bello, primer hijo del segundo matrimonio de don Andrés, nacido en Londres en 1825 y que sólo contaba veintitrés años entonces.

Lastarria señala que estos jóvenes, adolescentes los llama, "*fueron los más asiduos colaboradores de la "Revista", y es de notar como desde aquellos días revelaban la seriedad de sus estudios y las admirables dotes de su espíritu para el cultivo de la literatura y para la investigación histórica*". Pronto los hermanos Amunátegui habrían de empezar a señalarse como historiadores, y dentro de una línea que era muy cara a Bello (la investigación menuda de las circunstancias para apoyar la visión general y las teorías fuertemente fundadas en el análisis de los hechos) se destacarían con trabajos, todavía hoy de indispensable consulta.

Hacia sólo un año que Miguel Luis Amunátegui (que del punto de vista de esta investigación es quien interesa más) se había presentado ante don Andrés como examinando en una prueba de latín del Instituto Nacional. El mismo ha dejado un testimonio del modo en que Bello conseguía interesar al alumno en la busca de nuevas obras y en lectura de autores extraprogramáticos, haciendo hábiles preguntas que lo llevaban del conocimiento ya adquirido, y que el alumno quería lucir a toda costa, al conocimiento todavía inaccesible al que se presentaba como sucesivas metas a conquistar, tentadoras y no demasiado lejanas.

Don Andrés empezó interrogándolo sobre determinadas *Odas* de Horacio y cuando vio que su conocimiento era firme en este punto, pasó a las *Epístolas* y *Sátiras*, a lo que el estudiante no pudo contestar tan bien. Esto acicateó el amor propio de Amunátegui, quien dedicó buena parte de su tiempo a estos poemas, con la esperanza de poder lucirse ante el maestro cuando se diera la ocasión de conversar. Pero al encontrarse nuevamente con don Andrés y a pesar de todos sus esfuerzos no pudo orientar la conversación hacia Horacio, sino que el maestro se empeñó en discutir a Terencio, que Amunátegui conocía bastante bien. Visto lo cual Bello abandonó el tema y empezó a interrogarlo sobre el *Rudens* de Plauto (cuya traducción él mismo había comenzado y dejado inconclusa entre sus papeles inéditos)⁴⁷; nuevamente se sintió derrotado el estudiante.

47 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 630/734.

De esta manera, y por sucesivos temas que iba presentando al apetito de Amunátegui, consiguió Bello que éste estudiase a Lucrecio y a Propercio, a Catulo y a Persio, a Marcial⁴⁸.

El método era original y estimulante; requería para su éxito que el alumno no fuera un ser pasivo; la personalidad del maestro y la latitud de su influencia (que el alumno acataba aun antes de que fuera ejercida sobre él mismo) permitían tal sistema. Amunátegui anota que no sólo él sino los otros alumnos fueron estimulados de ese modo. Y agrega: "*En las conversaciones a que aludo, Bello encontraba siempre medio de hacer las comparaciones más ingeniosas y oportunas, hasta elevarse a una teoría general. Recuerdo, 'verbi gracia', que, con motivo de las obras de Horacio hacía observaciones sobre las de Fray Luis de León, las de Byron, las de Víctor Hugo, las de Espronceda; y que, con motivo de las comedias de Terencio, las hacía igualmente sobre los dramas de la escuela sentimental y lacrimosa*". Lo que en realidad buscaba Bello era abrir al apetito del alumno un panorama literario varias veces secular, en que las divisiones rígidas de temas y autores y escuelas aparecían armoniosamente disueltas y confundidas en unidades literarias (y críticas) más sutiles.

No debe extrañar, pues, que con semejante maestro los jóvenes Amunátegui se sintieran tentados a profundizar cada vez más en el estudio del pasado chileno cuya historia irían trazando lentamente, poniendo particular atención en la evolución literaria a la que tanto había contribuido y contribuía el propio Bello. Los trabajos de los jóvenes en la *Revista de Santiago* son las primicias de obras más perdurables. Junto a ellos, y casi en el mismo plano, como si fuera el hermano mayor, publica don Andrés los suyos.

Por la índole misma de la *Revista*, que no era exclusivamente literaria (o poética), abunda Bello en colaboraciones de carácter crítico y hasta filosófico. Así inserta un estudio sobre el *Curso completo de Filosofía* de M. Rattier que refleja sus intereses en un momento en que se encontraba dedicado a la lenta redacción de la *Filosofía del Entendimiento*. (Hay en *El Araucano* de ese mismo período, estudios sobre Jouffroy y sobre Balmes, que certifican la misma

48 Cf. *Vida*, pp. 349/50.

preocupación por el tema)⁴⁹. También se encuentran textos sobre las *Reformas ortográficas*, tema que lo ocupaba desde su estancia londinense, o sobre la *Historia de la conquista del Perú* de William H. Prescott, o sobre una *Memoria* presentada a la universidad en sesión solemne de octubre 14, 1849, por Ramón Briceño.

De mayor importancia, sin duda, son los textos poéticos que envía Bello a la *Revista*. En el número correspondiente a julio, 1850 (y cuando la publicación, después de haber sido suspendida, se reinicia bajo la dirección de Francisco Matta) aparece un poema escrito *En el Album de la cantatriz doña Teresa Rossi*. Según anota Amunátegui en su edición de los poemas, éste fue escrito a solicitud de su hija, Luisa Bello de Vial, y para ser presentado como obra suya a la cantatriz. A pesar de ser sólo un poema de circunstancia y de estar escrito por Bello en nombre ajeno, tiene algún interés por indicar, una vez más, la afición del maestro al teatro y a la música de ópera. La primera parte le permite aludir delicadamente a algunos de los personajes que ha representado la cantatriz y de este modo testimonia brevemente un gusto del que ya queda noticia por la confidencia de sus biógrafos: gusto que lo orienta sobre todo a la ópera romántica de corte italiano en que eran maestros Bellini y Donizetti⁵⁰.

De otra calidad e importancia es el texto que se publica en el número correspondiente a julio, 1850. Se trata de la versión de algo más de la mitad del primer acto de *Sardanapalo*, tragedia de Lord Byron. (Bello no acentúa la palabra, sino que la mantiene, a la manera clásica y de acuerdo con el original inglés, como palabra llana)⁵¹. La versión, bastante libre, aparece acompañada de una larga nota en que declara: "*Sardanapalo*" es una de las más bellas tragedias de Lord Byron. El carácter del protagonista es una concepción original, en que el poeta se propuso rehabilitar este personaje, tratado con

49 En los años 1846 y 1847 Bello publicó en *El Araucano* unos *Apuntes sobre la teoría de los sentimientos morales de M. Jouffroy*, que están recogidos en *Obras*, Santiago, VII; y en 1848 un artículo sobre *Filosofía Fundamental por don Jaime Balmes presbítero*, reproducido en el mismo volumen.

50 Cf. *Obras*, Santiago, III, *Introducción*, p. VI Amunátegui comunica allí la predilección de Bello por la *Lucrecia Borgia* de Donizetti y la *Sonámbula* de Bellini.

51 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 313/30. Consúltense las dos notas (de los editores, de Bello) a la p. 313.

demasiada severidad por la historia". Intercala luego un análisis de la personalidad del protagonista, tal como la ve el poeta inglés, y agrega: "*La muestra que presentamos podrá dar alguna idea del estilo trágico de Byron y de la inteligencia superior con que ha trazado su Sardanapalo y su Salamenes. Mirra, la esclava griega, que sólo se deja ver aquí unos pocos momentos, presenta el tipo de casi todas las mujeres de Byron: ternura, desprendimiento, consagración al objeto amado, pero con los accidentes característicos de una hija de la Grecia*". Después de estas consideraciones críticas sobre los personajes y la tragedia, casi las únicas que se conservan directamente escritas por él sobre uno de los autores que más le gustan y que mayor influencia tuvo en cierta zona de su obra, señala Bello que el metro adoptado en la traducción es el mismo del original. Y concluye con una distribución de los personajes y su condición en la tragedia.

Por la traducción del artículo de Bulwer en *El Araucano* (1833) y de la biografía de Villemain (en la misma publicación, 1843), por la versión inconclusa de *Marino Faliero* (1840), ya era conocido su especial interés por las tragedias de Byron. Esta nota, a pesar de su brevedad y de no constituir un análisis crítico, es otro importante testimonio de esa afición que enlaza a un poeta caraqueño, educado en el neoclasicismo pero influido por la literatura romántica de Inglaterra y Francia, y por la literatura española de todos los siglos (tan radicalmente ajena a las modas del rigorismo clásico), con el rebelde y contradictorio poeta inglés. Desde la primera mención registrada de Byron en un texto de Bello (artículo sobre Heredia en el *Repertorio Americano*, 1827) hasta la traducción de una parte de la tragedia *Sardanapalo* (*Revista de Santiago*, 1850), ha corrido mucha agua bajo los puentes románticos. Ha corrido tanta que Bello, que pudo parecer adalid del neoclasicismo en sus años mozos, resultaba ahora difusor de la mejor poesía romántica.

La *Revista de Santiago* no era una publicación estrictamente literaria, como se ha visto. Lastarria le dio una orientación política liberal, lo suficientemente clara como para que en círculos conservadores encontrara alguna resistencia; ésta se materializó en los ataques a un texto, *El Manuscrito del diablo*, del propio Lastarria y publicado en el último número del volumen tercero. La agitación de los conservadores presionó fuertemente sobre los suscriptores y

hasta intimidó al editor. El periódico fue suspendido y sólo reapareció cuatro meses después bajo la dirección de Francisco Matta. Bajo esta nueva orientación subsistió desde abril 1850 hasta abril 1851. Hay todavía una tercera serie, bajo la dirección de Guillermo Matta, iniciada cuatro años después. Pero ésta escapa a los intereses de la presente investigación.

Con razón Lastarria veía en la *Revista de Santiago*, al menos la que él fundó en 1848 y sostuvo hasta fines de 1849, como una natural continuación de la obra de publicista emprendida en 1842 con el *Semanario de Santiago* y proseguida en 1843 con *El Crepúsculo*. Con equipos distintos y en circunstancias distintas las tres publicaciones habían tenido un común objetivo: expresar las preocupaciones y mostrar la obra de una generación de jóvenes creadores. Parece suficientemente ilustrativo que a esa obra de la nueva y aun novísima generación esté asociada y desde los mismos fundamentos la personalidad de Andrés Bello.

LOS ENSAYOS DE LISTA

Casi coetáneamente con la aparición del primer número de *La Revista de Santiago* (abril, 1848) publicó don Andrés en *El Araucano* un artículo destinado a analizar los *Ensayos literarios y críticos*, de Lista (Nº 930, junio 3, 1848). Don Alberto Lista, que había nacido en Sevilla en 1775 (seis años antes que Bello), se había ordenado sacerdote a los veintiocho años. Acusado de afrancesado, debió desterrarse a Francia donde vivió hasta 1817. Regresó a España entonces y ocupó cargos importantes hasta su muerte en 1848. Su posición literaria recuerda en algunos puntos, por estar a medio camino entre el Neoclasicismo y el Romanticismo, la de Bello. De modo que una reseña de éste sobre los estudios críticos de aquél es de enorme interés. En ella, el maestro caraqueño fija, en forma definitiva, su posición frente al Romanticismo. La fija de un modo que resulta doblemente valioso por el tema y por la ocasión: ese año de 1848 en que ya se han apagado por completo los ecos polémicos y se puede considerar el tema con adecuada perspectiva.

El artículo establece como punto de partida la importancia de Lista. "Ningún escritor castellano, a nuestro juicio, ha sostenido mejor que don Alberto Lista los buenos principios, ni ha hecho más vigorosamente la guerra a las extravagancias de la llamada libertad lite-

ria, que, so color de sacudir el yugo de Aristóteles y Horacio no respeta ni la lengua ni el sentido común, quebranta a veces las reglas de la decencia, insulta a la religión, y piensa haber hallado una nueva especie de sublime en la blasfemia. Como esta nueva escuela se ha querido canonizar con el título de "romántica", don Alberto Lista ha dedicado algunos de sus artículos a determinar el sentido de esta palabra, averiguando hasta qué punto puede reconocerse el romanticismo como racional y legítimo. Aunque no se convenga en todas las ideas emitidas por este escritor (y nosotros mismos no nos sentimos inclinados a aceptarlas todas), hemos creído que los artículos que ha dedicado a estas cuestiones, dan alguna luz para resolverlas satisfactoriamente".

A continuación comenta y resume Bello lo que Lista dice a propósito del origen (inglés) de la palabra *romántico*; Lista cree que la voz Romanticismo "sólo puede significar una clase de literatura, cuyas producciones se semejan en plan, estilo y adornos a las del género novelesco". Para Bello, en cambio, el concepto admite más latitud: "¿No podría decirse que se designa con aquella palabra una clase de literatura cuyas producciones se asemejan, no a las novelas, en que se describen paisajes como los que bosqueja el señor Lista [paisajes agrestes contrastando con hermosas campiñas], sino a los paisajes mismos descritos? ¿Qué es lo que caracteriza esos sitios naturales? Su magnífica irregularidad; grandes efectos, y ninguna apariencia de arte. ¿Y no es ésta la idea que se tiene generalmente del romanticismo?"

Bello demuestra aquí estar una vez más en lo cierto. Porque aparte de proporcionar en una breve fórmula (*grandes efectos, ninguna apariencia de arte*) la condición formal del Romanticismo literario, consigue indicar mejor que Lista su origen mismo al aplicarlo no a los libros que describen cierto tipo agreste de naturaleza, sino a la naturaleza misma tal como la captan sus primeros sentidos, tal como la califica (por ejemplo) Thomas Gray en este fragmento de una carta a su madre, escrita desde Francia en octubre 13, 1739, y en la que habla de un paisaje de la Chartreuse que lo impresiona como una de las "*most solemn, the most romantic, and the most astonishing scenes I ever beheld*"⁵².

52 Cf. *The Poems of Thomas Gray, with a selection of Letters and Essays*, London, J. M. Dent, s. a. [1912], p. 101.

El texto de Gray, uno de los primeros de la literatura inglesa en que es posible encontrar el adjetivo *romántico*, da completamente la razón a Bello y podría servir para fundamentar su distinción entre novelas románticas y naturaleza romántica. Pero no es ésta la única distinción que establece el crítico caraqueño. De inmediato va a escribir: *"Ahora pues, desde el momento en que se impone el romanticismo la obligación de producir grandes efectos, esto es, impresiones profundas en el corazón y en la fantasía, está legitimado el género. La condición de ocultar el arte, no será entonces proscribirlo. Arte ha de haber forzosamente. Lo hay en la "Divina Comedia" del Dante, como en la "Jerusalén" del Tasso. Pero el arte de estas dos producciones ha seguido caminos diversos. El romanticismo, en este sentido, no reconocerá las clasificaciones del arte antiguo. Para él, por ejemplo, el drama no será precisamente la tragedia de Racine, ni la comedia de Molière. Admitirá géneros intermedios, ambiguos, mixtos. Y si en ellos interesa y conmueve, si presentando a un tiempo príncipes y bufones, haciendo llorar en una escena y reír en otra, llena el objeto de la representación dramática, que es interesar y conmover (para lo cual es indispensable poner los medios convenientes, y emplear, por tanto, el arte), ¿se lo imputaremos a crimen?"*.

Aquí se expresa Bello con la misma penetración con que lo había hecho en el discurso de inauguración de la Universidad, en 1843, pero con desarrollo más minucioso que entonces. Su visión crítica demuestra ser en 1848 más penetrante que la de los mismos partidarios del Romanticismo. De acuerdo con su postura ecléctica, está dispuesto a admitir la legitimidad del Romanticismo: está también dispuesto a admitir que la nueva escuela, para obtener determinados efectos sobre el corazón y la fantasía, disimule el arte con que los obtiene; lo que no puede tolerar es que se presente esta ocultación intencionada (y legítima, insiste) del arte como una ausencia de arte, como una milagrosa espontaneidad, como una libertad inaudita.

Después de citar unas palabras de Lista que parecen, hoy, menos exactas tal vez que en 1848, Bello agrega: *"Es preciso, con todo, admitir que el poder creador del genio no está circunscrito a épocas o fases particulares de la humanidad; que sus formas plásticas no fueron agotadas en la Grecia y el Lacio; que es siempre posible la existencia de modelos nuevos, cuyo examen revele proceder*

vos, que sin derogar las leyes imprescriptibles, dictadas por la naturaleza, las apliquen a desconocidas combinaciones, proceder

eres que den al arte una fisonomía original, acomodándolo a las circunstancias de cada época, y en los que se reconocerá algún día la sanción de "grandes modelos" y de "grandes maestros". Shakespeare y Calderón ensancharon así la esfera del genio, y mostraron que el arte no estaba todo en las obras de Sófocles o de Molière, ni en los preceptos de Aristóteles o de Boileau".

Prosiguiendo su análisis de los trabajos de Lista considera Bello las relaciones entre la escuela romántica y la literatura medieval. Su minucioso conocimiento del período (demostrado en trabajos sobre la *Gesta de Mio Cid* y sobre la *Crónica de Turpin*, en análisis de las obras de Sismondi y de Ticknor, y en tantos otros estudios menores) le permite rectificar algún error de enfoque. Menciona algunos autores en que se prolonga una tradición de medievalismo literario: Walter Scott, cuyos *"magníficos cuadros en verso y prosa"* recuerda al pasar; y el duque de Rivas en nuestra lengua. Su interpretación lo lleva a señalar: *"...ha existido y existe una poesía verdaderamente romántica, descendiente de la historia de la literatura de los siglos medios, a lo menos en cuanto a la naturaleza de los materiales que elabora. Pero, aun cuando retrata las costumbres y los accidentes de la vida moderna en el trato social, en la navegación, en la guerra, como lo hace el "Don Juan" de Byron, como lo hace en prosa la novela de nuestros días, ¿no hallaremos en estas obras de la imaginación el romanticismo, la escuela literaria que se abre nuevas sendas, desconocidas de los antiguos, y más adaptadas a una sociedad en que la poesía no canta, sino escribe, porque todos leen, y siguiendo su natural instinto, elige los asuntos más a propósito para movernos e interesarnos, y les da las formas que más se adaptan al espíritu positivo, lógico, experimental, de estos últimos tiempos?"*.

Bello va pues un paso más lejos que Lista al considerar al Romanticismo no sólo como una escuela moderna, producida en el curso de la segunda mitad del siglo XVIII. Al mostrar su entronque con la literatura medieval, subraya lo que hay de permanente en el espíritu romántico. Lo que no le impide reconocer, es claro, la existencia de un Romanticismo moderno, adaptado a las circunstancias y al espíritu del mundo actual. Un poco más adelante, y después de haber rectificado algún error de Lista a propósito de las letras de

la antigüedad, insiste en su interpretación de la nueva literatura, es decir: del Romanticismo.

“Elección de materiales nuevos, y libertad de formas, que no reconoce sujeción, sino a las leyes imprescindibles de la inteligencia, y a los nobles instintos del corazón humano, es lo que constituye la poesía legítima de todos los siglos y países, y por consiguiente, el Romanticismo, que es la poesía de los tiempos modernos, emancipada de las reglas y clasificaciones convencionales, y adaptadas a las exigencias de nuestro siglo. En éstas, pues, en el espíritu de la sociedad moderna, es donde debemos buscar el carácter del romanticismo”. Considera entonces Bello si realmente la literatura que ahora se presenta como romántica “cumple las condiciones necesarias (...) cual la quiere el estado social de nuestros días” (para usar las palabras de Lista que él mismo cita).

Una larga transcripción del juicio del crítico español en que éste ataca al drama romántico en su pintura de seres degenerados, juguetes de la pasión, arrastrados al suicidio como única salida —ataques que ya había anticipado Bello en su serie de artículos sobre el drama romántico en *El Araucano*, 1830/42—, le sirve para cerrar su artículo. Cree Lista que la anarquía se ha refugiado en el teatro y de aquí que concluya con estas palabras (que de alguna manera son también suyas): “Pero la moda pasará; y entonces será muy fácil conocer que el romanticismo actual, anárquico, anti-religioso y anti-moral, no puede ser la literatura de los pueblos ilustrados por la luz del cristianismo, inteligentes, civilizados, acostumbrados a colocar sus intereses y sus libertades bajo la salvaguardia de las instituciones”⁵³.

Con este análisis de las opiniones de Lista —análisis que Bello ha enriquecido con sus propios puntos de vista— se puede cerrar este capítulo. Mejor que en el examen de los *Juicios críticos* de Hermosilla (1841), mejor que en el discurso de la Universidad (1843), ha ilustrado aquí Bello su amplia aceptación de la nueva escuela, su reconocimiento del Romanticismo. Si a esta postura crítica se

53 Cf. *Obras*, Santiago, VII, pp. 419/31. Para la actitud de Lista ante el romanticismo se puede consultar, además de los textos generales de literatura española o particulares sobre este período, el libro de José María Cossío *El Romanticismo a la vista*, Madrid, Espasa Calpe, S. A. 1942, pp. 83/168.

une su labor poética, desde el *Canto elegíaco* (1841) al inconcluso *Proscrito* (1844/45), desde las imitaciones de Víctor Hugo (hacia 1842) hasta la versión parcial de *Sardanapalo* (1850), se advertirá que Bello está muy lejos de ser el adversario del Romanticismo, el empecinado adorador de las reglas y de Hermosilla que los jóvenes argentinos y algunos chilenos como Lastarria quisieron legar como imagen única a la posteridad.

Sin embargo, no debe exagerarse este enfoque. Aunque Bello reconoce el Romanticismo y se asocie (poética y críticamente) a su obra, este reconocimiento no es incondicional y tiene límites bien definidos. Ya se ha visto en el artículo sobre Lista la interpolación de algunos reparos y todo el desarrollo final que tiende a distinguir, dentro del Romanticismo, dos posturas distintas. Desde 1846 (aproximadamente) estaba produciéndose en Bello una transformación interior que habría de separarlo, cada vez más hondamente y por la presión de circunstancias exteriores, de la poesía romántica y del credo socialista hacia el que entonces empezaba a derivar este movimiento. Esta transformación no fue brusca y coexistió, por algún tiempo, con el gusto por el Romanticismo y por la defensa de algunos poetas, de algunas obras. De aquí que pueda mostrarse la coetaneidad del elogio y del reparo y hasta del elogio y la censura. Antes de estudiar esta evolución (en el próximo capítulo) conviene apuntarla como verdadera conclusión de éste: en la misma hora en que Bello alcanza la más fina y penetrante visión de la estética y el arte románticos ya estaban actuando dentro de él los gérmenes de un distanciamiento que sería definitivo.

CAPITULO VIII

EL VIEJO MAESTRO:
SANTIAGO (1850-1865).

LUZ Y SOMBRA

Los últimos quince años de la vida de Bello —de los setenta a los ochenta y cinco de su edad— podrían presentarse al observador superficial como la lenta declinación de un hombre. Bello, que había sabido desarrollar en el período anterior, durante unos veinte años y paralelamente, varias intensas carreras, que había sido para Chile el maestro y el legislador, el poeta y el crítico, el funcionario ejemplar y el consejero constante, parece ir dejando caer —de a poco, con bastante repugnancia es cierto— algunas de esas funciones. Así en 1852 abandona la dirección literaria de *El Araucano* (después de dos décadas de fecundísima labor de publicista y de orientador cultural de varias generaciones), aunque será para entregarse como a tarea absorbente a la redacción del *Código Civil* chileno. Sus contactos con la juventud literaria se hacen más escasos. No deja de publicar en sus revistas, pero ya no es el viejo todavía fuerte y serenamente combativo que reúne en torno de sí a aquellos jóvenes poetas y narradores que lograron demostrar a los argentinos que podía haber poesía e invención dramática y hasta novela en Chile. Su influencia directa palidece cada día y hasta en la misma Universidad (de la que será rector hasta la muerte) se escuchan más otras voces, otros consejos, que los suyos. La creación literaria, que le servía de consuelo en horas de aflicción o de trabajo excesivo, va siendo abandonada o es sustituida por el moroso repaso de textos acometidos por él en horas más tempranas y que ahora el viejo maestro no quiere abandonar inconclusos. Así como revisa su traducción del *Orlando enamorado* (que inició en Londres), en el terreno de la erudición, de la investigación de fuentes y restaura-

ción de textos, pone fin a su estudio de la *Gesta de Mio Cid* (también una faena iniciada en Londres), culmina su *Filosofía del Entendimiento* y mejora en sucesivas ediciones su notable *Gramática Castellana*, modestamente calificada "para uso de los americanos".

Toda esta labor, y la que realizan hijos y discípulos coleccionando sus *Opúsculos críticos* en 1850 o dando a luz su primera biografía completa (1861), toda esta labor tiene la luz del otoño que sólo en los últimos dos o tres años aparece realmente como invernal. Y, sin embargo, no es un otoño puramente luminoso y de suave declinación el que ofrece Andrés Bello en los últimos quince años de su vida. Debajo de esa superficie de aceptada serenidad, de esa honda asimilación de los bienes y los males que le ha dado el mundo, hay todavía alguna convulsión, alguna batalla que librar, alguna terrible experiencia (privada o pública) que acata, alguna prueba más, de esas que llevan una vida tan larga e interiormente rica como la de Bello a su natural sazón de felicidad y dolor.

Por eso, en vez de ordenar sus últimos quince años atendiendo sólo a la larga caravana de honores y respetos (tal como suele hacerse en las biografías oficiales, tan bien intencionadas), quisiera ahora mostrar el lado de sombra y el lado luminoso que coexistieron en la aventura humana e intelectual de Bello hasta sus últimos instantes, inextricablemente fundidos, apoyados uno en otro y adquiriendo uno del otro esa peculiar resonancia vital que no se encuentra, tal vez, en ninguna otra vida de varón americano. De aquí también se desprende una valiosa lección.

LA SOCIEDAD DE LA IGUALDAD

En realidad, hay que comenzar por escudriñar un poco algunos momentos de los años anteriores que entonces sólo constituían la excepción, la nota discordante que no se sabe bien qué origen tiene ni qué anuncia, y que ahora, en cambio, va a constituir una de las dominantes de la vida final de Bello. Hay que saltar a los años que siguen a la inauguración solemne de la Universidad. Bello había planeado el instituto para que durara; jamás fue poseído de esa fiebre de culminar algo rápido, frangollonamente, que es tan característica de los hispanoamericanos. No se apresuró a constituir todas las facultades. Sentó la base y proyectó con vista al futuro, un largo futuro. Pero fue madurando lentamente la ejecución misma de cada una de las partes del plan.

Al designarlo rector el Gobierno le confería una distinción que apenas compensaba sus esfuerzos pero que públicamente, tenía inmenso valor. Bello se mantuvo en su puesto a través de años en que la vida universitaria no careció de peligros. Ya se ha visto en el capítulo anterior el escándalo provocado, hasta en las aulas mismas, por el artículo de Francisco Bilbao sobre *Sociabilidad chilena* y la intervención que cupo a Bello en la sanción universitaria que recayó sobre el discípulo. Pero tuvo que librar otras luchas, menos visibles y tal vez menos incruentas pero de esas que dejan huella perdurable y que le fueron gastando el sereno impulso con que había forjado la Universidad.

En sus *Recuerdos del maestro* evoca Lastarria una de esas crisis que es ejemplar de esta zona de la actividad de Bello y que se proyecta sobre todo su quehacer del período. Según él ocurre hacia 1848, ya que la *Memoria histórica* a que alude en los párrafos anteriores fue presentada en esa fecha. Aunque Bello no compartía los puntos de vista ni la filosofía que subyacía las interpretaciones históricas de Lastarria, le había encargado la redacción de la *Memoria* como prueba de su propósito de dar a la Universidad un sacudón que destruyera la rutina. Lastarria contrasta este espíritu de 1844 con el que cree descubrir en 1848: "A los cuatro años todo había cambiado, y el sabio anciano, desengañado, se había reducido a llenar los deberes de su oficio, creyéndose impotente para realizar su noble aspiración. La Universidad no solamente era en su carácter oficial un ayudante simple ejecutor del Ministerio de Instrucción Pública, sino que también estaba supeditada por el círculo más influyente de la política, el cual llevaba allí a sus adeptos, y dictaba todas las determinaciones por medio de compromisos, de conciliábulos y de capítulos conventuales. El Rector se condolía de esta situación con sus íntimos, y allá por el año de 1848 tuvo conatos de emprender una reforma, aprovechando la presencia en el Ministerio de Justicia de su predilecto discípulo Salvador Sanfuentes. Con efecto, se hicieron algunas modificaciones por decretos gubernamentales, y persistiendo en la idea de una reforma radical, se elaboró lentamente en el consejo de la Universidad un proyecto de ley que se sometió al Gobierno en 1861, para ser allí encarpetado"¹.

1 Cf. J. V. Lastarria, *Recuerdos del maestro*, pp. 101/02.

Nada dice Lastarria sobre el contenido de este proyecto, aunque estaría orientado, sin duda, a conceder mayor autonomía a la Universidad, para liberarla del juego político. El testimonio de Lastarria (ya se ha visto a lo largo de este trabajo) no es insospechable, particularmente en lo que tiene que ver con la interpretación de las intenciones de sus adversarios. Pero en este caso, la lucha que muestra entre el rector por un lado y los intereses políticos y clasistas por otro, parece suficientemente verosímil como para no estar indagando más en sus posibles intenciones. Es cierto que nada dice de este conflicto en sus *Recuerdos literarios*, escrito sólo cinco años más tarde, pero la razón de su silencio tal vez esté en que estos problemas universitarios escapan de la órbita misma a que ha querido confinarse en sus memorias.

La fecha en que ocurre este desengaño de Bello es suficientemente significativa para que requiera un comentario más dilatado. Ya Chile había sido conmovido por las noticias de la revolución de 1848 (o de las revoluciones, habría que decir). Aunque no pueda esperarse que a todos llegara igualmente el contenido social de este movimiento —el primero verdaderamente moderno del siglo XIX—, no cabe duda de que muchos advirtieron que la seguidilla de alzamientos políticos y populares que había inaugurado en 1789 la revolución francesa encontraba en la revolución de 1848 una nueva dimensión. Porque lo que caracteriza a la revolución de 1848 para muchos de sus espectadores americanos fue la agitación intelectual que provoca en torno de sí: la adhesión deslumbrante de figuras como Lamartine o Edgar Quinet, el soplo de una nueva visión evangélica que parecía atravesar a quienes fueron, de alguna manera, sus ideólogos como Lamennais. A todos estos maestros respondió, y qué hondamente, la juventud chilena. Dentro de ella, nadie la sintió tanto como Francisco Bilbao que vivió en Europa la agitación y recogió los primeros sinsabores de la derrota. Vuelto a Chile en 1850, con otros jóvenes exaltados por la lectura de Lamennais y de Lamartine (en particular, su imaginativa *Historia de los Girondinos*), funda primero un grupo fraternal y luego una *Sociedad de la Igualdad* en que cada miembro asume el nombre de algún revolucionario ilustre (Bilbao era Vergniaud, orador de la Gironda, Lastarria se hacía llamar Brissot). La sociedad fue al principio tolerada, más tarde perseguida por la reacción *pelucona* por su comunismo y luego aniquilada en la excomunión de su órgano de publicidad, *El Amigo*

del Pueblo, título heredado de Marat. El periódico predijo la prohibición misma de la *Sociedad* en octubre 28, 1850².

La historia de este fascinante movimiento político-filosófico de la sociedad chilena de mediados del siglo XIX excede los límites de este trabajo. Sin embargo, es necesario tenerlo presente en un estudio de la evolución intelectual de Andrés Bello, porque aunque el viejo maestro no intervino naturalmente en la actividad revolucionaria, tampoco pudo permanecer indiferente a la *Sociedad*, teniendo ésta en su seno a uno de sus hijos, a Juan que en ella asumía el nombre ficticio de Ducos. Por otra parte, es posible documentar aunque sea en forma parcial el afecto que produjo en Bello este movimiento revolucionario. En la colección de *El Araucano* puede verse que dedicó bastante espacio a la difusión de material sobre 1848, especialmente traducido de publicaciones europeas.

Ya se ha visto que a fines de 1847 (Nº 895, octubre 1º.) insertó en el periódico algún capítulo de la *Historia de los Girondinos* de Lamartine, precisamente el mismo texto que habría de inflamar tanto a los jóvenes de la *Sociedad de la Igualdad*. Tal vez en su elección haya influido el gusto o la opinión de su hijo Juan. Tal vez las cosas ocurrieron a la inversa y fue el maestro el que llamó la atención a los más jóvenes sobre el texto. De todos modos, es significativo que durante el año 1848 *El Araucano* publique otros artículos que se refieren a la revolución. Así, por ejemplo, a partir del Nº 925 (abril 28) inserta con un epígrafe elogioso, uno de Louis Blanc. Y en 1850 (precisamente en los meses en que crece y se debate el problema suscitado por la *Sociedad de la Igualdad*) se inserta en *El Araucano* y en forma de folletín la *Historia de la Revolución de 1848* por Lamartine (a partir del Nº 1.047, febrero 16, 1850 y hasta el Nº 1.061, marzo 23, 1850). Podría creerse que por pertenecer inequívocamente a la sección política este texto de Lamartine no fue seleccionado por Bello. Sin embargo, un suelto del Nº 1.052 (mayo 2, 1850), y en que contesta a la oposición, asegura que Bello "*es el Director jefe de esta publicación, de lo cual nos congratulamos mucho*". Lo que indica claramente que, haya o no sido seleccionado por el viejo maestro el texto de Lamartine, su publicación en el periódico cuenta con su visto bueno.

2 Cf. Armando Donoso: *Bilbao y su tiempo*, pp. 73/103.

En el mismo sentido puede invocarse la traducción de unos versos de Lamartine que ha preservado Amunátegui y que Eugenio Orrego Vicuña fecha hacia 1848. El fragmento es una exaltación de la fraternidad humana, por encima de las barreras nacionales. Desde el punto de vista poético no es necesariamente memorable. Comienza:

*¿Para qué ese odio mutuo entre las gentes?*³

No cabe deducir de estas transcripciones o traslados de Louis Blanc y Lamartine la simpatía incondicional de Bello por el movimiento revolucionario de 1848. Por el contrario, parece sensato suponer que discrepó de todo lo que éste tuvo de agitación social y política extrema. Sin embargo, interesa subrayar con qué atención siguió el movimiento y cómo lo acompañó en alguna de sus manifestaciones. A pesar de sus casi setenta años, Bello aún tenía el espíritu alerta para todo lo nuevo.

SATIRA POETICA

En el capítulo anterior también se pasó por alto (y deliberadamente) alguna señal, suficientemente elocuente en sí misma aunque excepcional, que apuntaría en Bello ya un nítido cambio de rumbo con respecto a la literatura romántica o, por lo menos, con respecto a algunas formas nuevas o derivadas del Romanticismo. Esta actitud asoma en textos críticos y en fragmentos insertos en *El Araucano* y hasta encuentra su expresión en algunos poemas de los últimos años de la quinta década del siglo XIX. Como coexistieron con otros textos (poéticos, críticos) de franca aunque mesurada adhesión al Romanticismo, me ha parecido mejor estudiar como una unidad en el capítulo anterior lo que se podría llamar la actitud favorable y dejar para éste el examen de los indicios o señales de una actitud desfavorable o de censura parcial.

Lo que podría llamarse posición oficial de Bello ante el Romanticismo está cabalmente expresada en el examen (ya comentado) que dedicó en junio 3, 1848, a los *Artículos*, de Alberto Lista. Pero coexistían en él otras posibles actitudes frente al Romanticismo, y éstas encuentran su expresión en algunos poemas que escribe, según Amunátegui, en 1846/48, y que tal vez sean un poco más tardíos

3 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, p. 294 nota.

Son tres: *La Moda*, *Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado* y *El cóndor y el poeta*. Sólo la segunda de estas tres composiciones fue publicada en vida de Bello, lo que parecería indicar cierta reticencia ante la difusión de una actitud personal de discrepancia y hasta de sátira del Romanticismo.

De acuerdo con la ordenación propuesta por Amunátegui, el primer poema es el titulado *La Moda* y constituye en realidad como un prólogo luego desechado, del segundo poema, el *Diálogo*. Como en aquél, el personaje femenino también se llama Isidora, y a ella dirige el poeta sus reflexiones sobre la poesía del siglo. Se advierte que es una composición de circunstancias por esta señal y por la elaborada excusa inicial (unos veintiún versos) en que el poeta trata de justificar su poca inspiración. Pero esa instancia de esterilidad (y coquetería) aparece resuelta con la introducción de un personaje cambiante y provocativo que es la Moda, la que (previa digresión sobre sus poderes) sintetiza su ciencia en más de cuatrocientos versos. Aquí se contiene una sátira a las licencias de la poesía romántica.

Bajo la ficción de la Moda, Bello la emprende sucesivamente contra los poetas que hartan al lector con sus digresiones (aunque él mismo las haya practicado en su inconcluso poema, *El Proscrito*), a quienes les importa un bledo el tema y que desprecian el arte, como dice la Moda en este pasaje:

*Uno de mis pupilos,
excelente muchacho,
ha escrito en diversísimos estilos
composiciones vastas, panteísticas,
escépticas, católicas y místicas,
patrióticas, y báquicas, y eróticas,
miríficas y exóticas;
y se propone hacer una leyenda
en que bonitamente las ensarte
todas, sin que aparezca en nada el arte
(que es lo que más a un genio recomienda),
dando en ellas a lectores eruditos,
que tengan razonables apetitos,
una merienda monstruo, una merienda
con variedad de platos estupenda.*

Aquí ya no es la Moda que habla, sino el señor rector de la Universidad de Chile, el mismo que en la inauguración solemne defendió el Arte por encima de todo credo de escuelas poéticas. Pero la ocasión es esta vez menos solemne, por lo que el poema continúa su decurso en el voluble tono satírico que corresponde a la Moda. Y después de haberse despachado contra las digresiones y contra la falta de arte (hoy diríamos: composición o estructura) de los poemas románticos o pseudo-románticos, se refiere ligeramente a las transiciones, que tanto amargan a los poetas clásicos por sus dificultades, y que los modernos resuelven con el radical procedimiento de ignorarlas:

*hay que pasar de un baile, por ejemplo,
a una batalla, de un mesón a un templo,
de una choza a un palacio soberano?
Se pone en medio un número romano.*

Un resabio de las rigideces de la escuela clásica parece transparentarse detrás de esta divertida sátira: todavía parece que Bello se resiste íntimamente, contra los veloces, y a veces innecesarios cambios de escena en que abundan los románticos. En su exposición satírica, la misma Moda reconoce incurrir en los errores que censura:

*Pero yo misma sin pensar divago;
de uno en otro paréntesis, me pierdo.
Lo que quise decir, si bien me acuerdo...*

Y de aquí, reanudado el hilo, continúa con sus consejos este verdadero Arte Nuevo de Hacer Poemas en Este Tiempo (para parafrasear a Lope, con quien tiene algún punto de contacto esta sátira). Los consejos de la Moda son precisos: evitar el trazo lineal en la narración de la historia (cuando más sinuoso y digresivo mejor); aprovechar cualquier coyuntura para introducir algunos de esos temas poéticos a priori como la Luna que ríela o el Agua que corre,

¡imagen, ay del existir humano!

dice con burla evidente de los fatigados símbolos de toda poesía. También recomienda (y pone en práctica, ya se ha visto) la intercalación de un *ay* oportuno, que demuestre las "hebras delicadísimas" que el poeta tiene en el pecho. Apoya asimismo la interpola-

ción de temas sociales en medio de las descripciones eróticas o los desarrollos narrativos.

*Tras un cuadro de vívidos colores
en que retrate lúbricos amores,
encaje bellamente una homilía
contra la corrupción social; y luego
que a la ya inaguantable tiranía
de este gobierno jesuíta, godo,
que lo inficiona y lo agangrena todo,
lances una filípica de fuego,
llora la servidumbre de la prensa,
que prohíbe decir lo que se piensa,
y por ninguna hendidia
permite que respire uno siquiera
(sábenlo los lectores demasiado),
útil verdad, de tantas que cobija
en sus profundidades tu mollera;
es el cuadro encantado
que se descubre en más dichosa era.*

Aquí la sátira se desvía del terreno puramente estético (falta de composición, abuso de digresiones, mediocridad de la imaginación poética) para dirigirse resueltamente a la denuncia de la demagógica introducción de temas sociales y morales y hasta políticos que es característica del Romanticismo. Esta denuncia constituye un aspecto muy importante del desacuerdo de Bello con la nueva escuela; aspecto que casi no se ha puesto de manifiesto en los textos considerados hasta ahora (salvo en algunas observaciones sobre las inverosimilitudes de algunos dramas románticos, que recogió Sanfuentes en su ataque a *Ruy Blas*); aspecto que adquirirá sin embargo caracteres cada vez más acusados precisamente en este período que coincide en la literatura francesa con el amplio desarrollo de lo que se ha llamado el Romanticismo social. Pero esto se verá más adelante.

Después de este paréntesis de censura al contenido de ciertas digresiones, vuelve el autor (o mejor dicho: la Moda) al enfoque literario. Se concentra su ataque en los poemas blandos y de ribetes pastoriles. Los modelos que aquí se imponen parecen satirizados en estos versos:

"Sacudir las alillas pueda apenas
el céfiro, agobiadas de perfumes".
Bello concepto, a que echarás el guante,
aunque no faltará tal vez pedante
que a Byron lo atribuya,
¡Necios! como si fuera culpa tuya
que, cuando para tí del cielo vino,
Byron lo interceptase en el camino!

Desarrolla luego los temas o los estados de ánimo más adecuados: la niña arrebatada en la flor de la edad, los ensueños que pueblan las rimas, la misantropía (lo que en el día/logra aplauso mayor"). La Moda aconseja entonces:

Huye a la selva umbrosa,
o más bien a la selva que desnuda
de su follaje la estación sañuda;
oculta allí el hastío que devora
tu gastada existencia; el negro tinte
que los odios fantásticos colora,
de cada objeto alrededor se pinte.
Huye a donde jamás hiera tu oído
el eco envenenado, aborrecido,
de humana voz; allí donde la roca
amortaja de nieves su cabeza
titánica; o allí donde bosteza
de apagado volcán lóbrega boca.

Y así sigue unos buenos cuarenta versos en que se enfila con gracia y habilidad cuanto lugar común ha manoseado la poesía crepuscular y funebrera del Romanticismo. La perorata de la Moda concluye, al menos en la transcripción de Bello, con una última imagen: la burla de la orgía romántica, de las zahurdas plutónicas, otro tema caro a la época. Terminada la exposición de la Moda, el poeta queda tan confuso que ni siquiera sabe cómo retomar el hilo hasta que advierte que para tejer el elogio de Isidora no necesita de ese arte tan complicado y riesgoso. El poema concluye con versos, delicadamente crepusculares, en que Bello abandona en fina transición el tono satírico, y arroja una mirada sobre su propia condición de viejo poeta.

Si ya no soy ni aquello que solía,
pues de la frente que la edad despoja,
huye, como el amor, la poesía,
puede hablar a lo menos el lenguaje
de la verdad, que, ni al pudor sonroja,
ni hacer procura a la razón ultraje.
Aunque de la divina lumbre, aquella
que el genio vivifica, una centella
en mi verso no luzca, ni lo esmalte
rica facundia, y todo en fin le falte
cuanto en la poesía al gusto halaga,
lo compone benigna una alma bella
que de lo ingenuo y lo veraz se paga⁴.

Con estas palabras de un poema, cuyo estado inconcluso debe lamentarse, expresa Bello el juicio sobre su propia actividad poética. Hay algo más que la modestia retórica que se espera demuestre un poeta de corte clásico frente a su obra: hay la suave melancolía de quien era demasiado buen crítico para no saber que su don poético era limitado y no pertenecía a la esfera del genio ni siquiera a la del arrebatado genial. Por eso las palabras con que condensa su afición (y su mérito) se refieren inequívocamente al valor moral y a la postura del contemplador. Con esta sutil vuelta sobre sí mismo concluye un poema cuya apariencia sólo es satírica y que contribuye a fijar las objeciones principales de Bello a los excesos del Romanticismo: falta deliberada de Arte, gastada imaginación, confusión de la materia poética y la materia social o política, tendencia a los temas lúgubres o chirles o malsanos. Pero debajo de esa superficie de crítica literaria se encuentra, sutilmente indicada, una confesión del poeta frente a la poesía que domina en ese su tiempo: confesión de sus reservas críticas pero también de las propias limitaciones. En su biografía apunta Amunátegui que a Bello le pareció "impropio y pedantesco" inscribir en el álbum de una dama estos conceptos. Tal vez el motivo de su reticencia sea más hondo; tal vez, por el tono excesivamente autobiográfico que se había deslizado en el poema, como contra su voluntad, determinó suprimirlo; esto es, a no darlo a publicidad, a ni siquiera concluirlo,

4 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 259/76.

dejándolo en el estado de borrador. En cambio, desarrolló algunas de sus ideas y críticas en el *Diálogo* que sí dio a publicidad en 1848 y que constituye el complemento natural de este otro poema soterrado.

DOS DIALOGOS EN VERSO

Entre las publicaciones literarias aparecidas en Chile hacia 1849 se destaca por sus intereses poéticos *El Picaflor* que, como ya lo indica su nombre, no puede ser confundida con empresas más generales y ambiciosas como *El Semanario de Santiago*, *El Crepúsculo*, *La Revista de Santiago*. A esta nueva publicación entrega Bello algunos poemas de circunstancias que por su misma índole parecían mejor publicados allí que en otro lado. Son tres: *El tabaco*, epigrama que se publicó en el número de julio 17, 1849, y cuyo principal mérito (se trata de un juego de adivinanza) es la definición que da el tabaco de su poder, reconocimiento del que Bello le concedía y que ya ha sido comentado:

*soy un tirano hechicero,
un encanto indefinible,
un delicioso embeleso*⁵.

La segunda composición publicada se titula *Al Biobío* y había sido compuesta para el álbum de la señora Delfina Pinto de Rosas mucho antes de la fecha de inserción (octubre 28, 1849); es el esperado elogio de circunstancias de una joven a quien Bello había conocido niña y que ve ahora esposa y madre; en la primera parte introduce el horaciano tema del *Beatus ille*⁶. Pero el poema que más interés presenta es el tercero: *Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado* (Nº 7, junio 10, 1849).

También es de circunstancias; fue escrito para el álbum de la señora Isidora Zegers de Hunneus, de donde pasa a las páginas de *El Picaflor*. Con él cumple una deuda contraída hace tres años (verso 3) y culmina un desarrollo que, iniciado en *La Moda*, fue luego abandonado por el autor. La forma asumida es la de diálogo entre la dueña del álbum y el poeta. Este se declara incapaz de componer

5 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 295/96.

6 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 297/300.

otra cosa que un soneto o un "romancito" y en asonante. Isidora quiere algo más moderno, lo que estimula la imaginación del poeta y lo hace soñar. Pero Isidora le censura que se haya refugiado en el Parnaso:

*¿No ves que tus poéticos primores
son estrujadas flores
de que cualquier nene
en este siglo innovador se mofa?
Apostaré que en la siguiente estrofa
vas a beber las aguas de Hipocrene.
Guía, por Dios, tu vacilante paso
lo más lejos que puedas del Parnaso.*

El poeta se rinde y pide a la amable Isidora que le dé un tema, ya que se ha resuelto a quebrar su silencio poético, motivado (según se ha visto y comentado en el capítulo anterior) por la muerte temprana de su hijo Francisco. El tema que la hermosa le ofrece es el amor. Después de un fingido rechazo, el poeta acepta e intercala una traducción de *La corte de Amor* (*L'Anticamera d'Amore*) de Gherardo Rossi. Toda esta parte del poema, y si se exceptúa la tan importante alusión autobiográfica ya glosada, tiene sólo el aire de juguete lírico, no excesivamente feliz. Pero su interés reside en lo que revela de la actitud poética de Bello en ese momento.

A diferencia de *La Moda*, Bello ha suprimido casi toda la sátira literaria en este segundo poema para Isidora, pero lo que ha dejado es de naturaleza ligeramente distinta. En vez de volverse contra los excesos de la poesía romántica, que en cierto sentido sirven para acentuar por contraste las limitaciones de su inspiración poética, Bello acepta esas limitaciones y las muestra con ribetes satíricos. El poeta ha dado una vuelta completa: ya no satiriza la moda literaria del momento, satiriza su propia moda, ya anticuada. Nada de subrayar, como antes, la falta de arte o los temas deliberadamente mal-sanos. La crítica se dirige ahora contra la pobreza de la versificación y contra el uso y abuso de cierta imaginería poética. Es cierto que la censura no corresponde a una escuela sola (los "romancitos" eran del Romanticismo, todos los poetas usaban el símbolo del Parnaso); pero a diferencia del poema inconcluso, en éste parece dirigir sus dardos, no tan agudos, contra defectos menores (pecados

poéticos veniales) y de esos que también él comete o finge haber cometido⁷.

El elemento satírico se embota, pues, y en su lugar queda una amable burla que no se endereza contra ninguna escuela, o errores de escuela poética, y que si alguna víctima visible elige es, en la mejor tradición de la modestia social, el mismo poeta. ¿Por qué ha modificado Bello tan radicalmente sus intenciones? ¿Por qué ha pasado de lo que en el poema anterior era un ataque a los excesos de la nueva escuela a la blanda denuncia de algunas particularidades superficiales de toda poesía? Tal vez Bello no quiso aparecer entonces como enemigo del Romanticismo, ni siquiera de aquella parte del Romanticismo que le parecía más censurable. Tal vez no quiso dar nuevas armas a quienes estaban demasiado dispuestos a ver en él a la reacción de tipo clásico, al retórico anacrónico, al devoto de Hermsilla y Moratín. Por eso abandonó el primitivo rumbo satírico y se conformó tal vez con una burla en la que también él (o sobre todo él) estaba involucrado.

Parecería confirmar esta interpretación otro poema que ocurre casi coetáneamente. Es un diálogo que escribe hacia 1849 como réplica a un poema de Bartolomé Mitre: *Al cóndor de Chile*, que había sido leído en las fiestas cívicas de septiembre, 1848, y publicado en *El Progreso* en septiembre 18, 1849. El escritor argentino (que había nacido en 1821 y era unos cuarenta años menor que Bello) rodeó su poema de toda la pompa habitual en estas composiciones patrióticas. El cóndor, símbolo de Chile, lo era también de la libertad y de la lucha que aún no había concluido por liberar a Chile de "la torpe esclavitud". El poeta pide el fuego que incendió los corazones de 1810 y que permitirá seguir al cóndor por la senda de la gloria hacia la igualdad.

Bello no ataca el contenido que podría llamarse político del poema, sino su forma poética, sus imágenes, las alusiones que contiene. En la forma de un diálogo entre el poeta y el cóndor, se burla de la hinchazón de símbolos en que Mitre incurre. El lenguaje rebuscado y frenético del poeta argentino es contrastado con el del cóndor, llano y hasta coloquial. En un pasaje del diálogo se advierte a dónde apunta la sátira. Parafraseando epítetos o imágenes de Mitre hace decir al cóndor:

7 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 277/81.

—*Ya te obedezco, y tiendo, como mandas,
el ala; aunque eso de tenderla un ave
no ligera, ni leve, sino grave,
para volar no es lo mejor.*

Con visible ripio había escrito Mitre: *Extiende, extiende pronto el ala grave* (verso 13) y Bello no se lo deja pasar; pero hay más. En los versos siguientes había dicho el poeta argentino: *como la parda vela de la nave / cuando siente bramar la tempestad*; ahora el cóndor apunta:

*Y si de más atenderla debo
como la parda vela el navegante
cuando oye la tormenta resonante
que amenazando silba, peor que peor.
Que no despliega entonces el velamen,
antes, amaina el cauto marinero,
y aguanta a palo seco el choque fiero,
si salvar piensa el mísero bajel.*

Esta transcripción podría completarse con los versos en que el poeta explica al Cóndor:

*Si tu leyeras, avechicho idiota,
gacetas nacionales y extranjeras,
la ignorancia en que vives conocieras;
todo ha cambiado entre los hombres ya.*

Versos que permiten advertir que la sátira de Bello se dirige principalmente contra los ripios poéticos, no como ataque personal contra el poeta argentino sino tomándolo como ejemplo de un tipo de poesía de exagerado corte romántico y más entusiasmo que buen sentido. Lo que se censura a Mitre es tan evidente que no requiere comentario⁸.

Lo que sí requiere comentario es la circunstancia de que Bello abandonó también en manuscrito este poema. Aunque por el estudio del borrador puede advertirse que trabajó en él, apuntó variantes

8 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 301/12. El poema de Mitre está reproducido en nota al pie de página.

y hasta suprimió estrofas, en definitiva resolvió encarpitarlo⁹. Tal vez sólo quiso probarse la mano; tal vez pensó que no estaba bien que él, un poeta ya anciano, anduviera saliendo al paso de los más jóvenes, ridiculizándoles errores y poniéndolos en la picota. Bello tenía una idea demasiado elevada de la misión de la crítica y había practicado durante muchos años una suerte de apostolado poético como para encarnizarse tan obviamente con un poeta si no nuevo, mucho más joven que él. Es cierto que Mitre tenía casi treinta años cuando recitó por primera vez su poema. Pero para los casi setenta de Bello, esos treinta años del poeta argentino eran plena adolescencia. Tal vez prefirió no aparecer como enemigo de los jóvenes. Pero en su intimidad, y para su uso exclusivo, compuso el diálogo y se divirtió componiéndolo.

De las tres piezas anti-románticas o, por lo menos, reticentes frente al Romanticismo, que se acaban de considerar la más fuerte, la que ahonda más en los excesos de distinta naturaleza en que ha incurrido la escuela moderna, es la primera, *La Moda*. Le sigue en orden de agresividad *El cóndor y el poeta*. En tercer término, en un tercer término muy atenuado y casi inofensivo, habría que colocar el *Diálogo*. Parece bastante significativo de la actitud moderada de Bello, de su afán conciliatorio, el que sólo haya publicado el tercero de estos poemas. En realidad, tal vez no quiso modificar su actitud pública frente al Romanticismo, tal como había quedado expresada en sus artículos y en el discurso de 1843. Pero para su intimidad apuntó en estos poemas los reparos que le parecían más graves.

CENSURAS AL ROMANTICISMO

Si no pueden ser considerados como pruebas de una actitud anti-romántica, estos poemas deben ser tenidos en cuenta como señales de una discrepancia que habrá de ahondarse. En este sentido, y aun a riesgo de alterar la cronología, merecen ser considerados a la luz que arrojan dos textos en prosa que Bello escribe en los últimos años de su vida. Ambos permanecieron inéditos hasta su muerte, aunque el destino que pensaba darles el anciano era distinto ya que uno pertenece a una carta privada y el otro es fragmento de una Memoria inconclusa de la Universidad de Chile. En ambos se mani-

⁹ Véase p. 301 de la edición citada en nota anterior.

fiesta una actitud de firme censura a los excesos del Romanticismo y en ellos se insiste en la necesidad del Arte, *leit-motiv* de los trabajos críticos de Bello desde el discurso de 1843.

El primer texto pertenece a una carta que envía en enero 18, 1856, al poeta peruano Manuel Nicolás Corpancho (nacido en 1830 y secuaz de José Zorrilla). Bello le agradece el envío de un poema, comenta su talento poético, censura su descuido del arte y le aconseja la lectura de los clásicos. Indica faltas graves de lenguaje y le recomienda el estudio detenido de las leyes del ritmo en las obras líricas de Lope de Vega, Rioja, Quintana y Moratín. Con respecto a la prosodia escribe: "*Olmedo es casi el único de los poetas suramericanos que ha dado a esta parte de la lengua y la versificación toda la importancia que se merece* (el casi es una reticencia; ya que el otro es él mismo); *y a ello debe, tanto como a su esclarecido ingenio, su indisputable preeminencia*".

Más adelante se refiere a la epopeya moderna, con motivo del poema *Magallanes* de su corresponsal. "*Yo creo dar a la epopeya el sentido más lato que puede admitir, comprendiendo bajo este nombre toda especie de poesía narrativa: el "Jocelyn", por ejemplo, el "Lara", el "Corsario", y el "Moro Expósito", las leyendas de Zorrilla, etc. Ya usted ve que no soy supersticiosamente adicto a las tradiciones de la escuela clásica. Pero sólo en este sentido lato, me parece realizable la epopeya en nuestros días. Habrá, pues, diferentes especies, diferentes formas, diferentes tonos de epopeya, adaptando cada uno a la naturalza del asunto que se elige, sea cual fuere, con tal que se preste a las condiciones esenciales de una narración animada, interesante, poética. La individualidad, la determinación es el carácter constitutivo de una narración épica. El héroe se pone de bulto, no en expresiones generales, por elegantes y espléndidas que sean, sino en hechos concretos, que pueden hablar, por decirlo así, a los ojos, y trasladarse al lienzo del pintor. Esta es la parte en que sobresale *Ercilla*, y a que se reduce todo el mérito de "*La Araucana*". ¿Se describe una tempestad? Es preciso ver sus estragos. ¿Un naufragio? Ahí está el terrífico cuadro de lord Byron. ¿Una batalla? Bernal Díaz, en su rastrera prosa es una prueba de lo que vale lo que yo he llamado "*individualidad*", para conmover profundamente el alma. La narración debe ser rápida, no como la del "*Jocelyn*" de Lamartine, que camina perezosa entre la lozanía de las descripciones y la autopsia de los sentimientos que el poeta desen-*

vuelve en sus personajes. Nada de psicología. Transparentense las afecciones del corazón en las actitudes, en los movimientos materiales, en las palabras que arranca la pasión al personaje, en el drama de la narración. Resumo mis ideas sobre este proceder de los grandes artistas con una sola palabra: "Dido". Esto es lo más noble, lo más elevado del arte; y como el poeta debe sacarlo de su propio fondo, e inocularlo, no puede menos de chocarnos, como falsificador de la historia, cuando toma un asunto histórico conocido. Bajo este punto de vista, me parece mal elegido el descubrimiento de Magallanes para un canto épico. La luz de la historia desprestigia la epopeya, que, por eso, se ha refugiado a los asuntos de pura imaginación, a las leyendas y a las tradiciones oscuras de una edad fabulosa y heroica. Usted ha navegado entre dos escollos: el "incredulus odi" de los lectores y la falta de vitalidad poética. Siento decir que no ha tenido la fortuna de su héroe. Usted me encontrará demasiado pedagógico, demasiado dogmático; pero creo no haber hecho otra cosa, que recordar a usted doctrinas ajenas, principios conocidos e incontestables".

La carta concluye señalando que "el tono lírico no es el propio de la narración épica" y excusando la franqueza con que ha escrito; en su situación, "a la orilla de la tumba", sería "vituperable disimulación, deslealtad" toda otra palabra; se despide rogando que no publique su juicio¹⁰.

Aunque la carta ha sido escrita unos cuantos años después de los poemas que se han considerado arriba, puede advertirse que en muchos puntos hay una coincidencia absoluta en cuanto a la posición estética: el Arte sigue siendo su lema y todo lo que censura al poeta peruano es precisamente consecuencia de no encarar los problemas estéticos como tales. Pero lo que, además, contiene la carta, y de aquí su valor crítico, es una visión madura del arte narrativa que Bello llama épica y que comprende para él creaciones tan dispares como *La Eneida* y *La Araucana*, el *Jocelyn* y el *Don Juan*. En esta amplitud de visión, que va desde Virgilio a Byron, se reconoce al crítico maduro, no adscripto a ninguna escuela sino adscripto al arte. Todo lo que dice sobre la poesía narrativa puede extenderse a la narración en prosa, vale decir a la novela. Por eso resulta muy revelador que uno de los ejemplos invocados sea precisamente una

10 Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 609/12.

narración en prosa: la *Verdadera Historia de la Conquista de México*, por Bernal Díaz del Castillo. Hasta lo que se refiere a las epopeyas históricas puede extenderse a la novela histórica. Es claro que esta transferencia no aparece sugerida por Bello. Para él, la narración creadora sólo podía ser la narración en verso, es decir: la épica.

La carta tiene otro interés: mostrar hasta qué punto sabía balancear Bello la necesaria enseñanza con la censura. Al dirigirse a un poeta joven (Corpancho tenía veintiséis años apenas) no amengua la crítica pero la envuelve en consideraciones oportunas que sin quitar efecto a los reparos los despojan de agresividad. Bello fue siempre un maestro, aun en su correspondencia privada, aun en los años de su declinación cuando ya el mundo pesaba demasiado sobre él.

Los reparos al Romanticismo que se deslizan en esta carta de 1856 no son novedosos; en una u otra forma ya eran conocidos y fueron relevados en capítulos anteriores, o en este mismo capítulo. Más grave es la objeción principal que contiene el segundo texto. Ante todo, su carácter se agrava por la ocasión para la que fue preparado, y por el alcance de la censura. Se trata de un fragmento de la Memoria de la Universidad de Chile que Bello escribió en 1858 pero que no llegó a concluir; los achaques de la edad (apunta Amunátegui) ni siquiera le permitieron iniciar la de 1863.

En esa memoria hay un largo párrafo sobre los estudios literarios y los adelantos conquistados. Bello echa una mirada hacia atrás, hacia los comienzos de su tarea y se muestra complacido. Señala el progreso en las disciplinas históricas y biográficas, en la oratoria y en la elocuencia didáctica. También alude a algunos de los más señalados escritores. "En la elocuencia didáctica, no campea, como antes, casi sólo un escritor célebre, que junta a la pureza y la amenidad del lenguaje, la profundidad filosófica". Con estas palabras, según anota Amunátegui, se refiere Bello a su discípulo Lastarria. También alude a su otro discípulo, Salvador Sanfuentes, como a quien "supo vindicar con su ejemplo la inspiración poética negada injustamente a los hijos de Chile" y que "se mantiene a la altura dominante que, desde su primer aparecimiento, ha ocupado".

El panorama literario actual se completa con una referencia a los más jóvenes: "Otros se le acercan. La lira chilena hace oír cada día dulces ecos en variedad de asuntos y tonos. Nuevas leyendas han

sucedido a la primera y más celebrada de todas. (Se refiere a *El Campanario*, de Sanfuentes). Y si en el género más difícil de composición, en el drama, no se ha trabajado con igual suceso, en la novela se han hecho ensayos felices". No todo es elogio, sin embargo. Bello siente que debe apuntar sus discrepancias y lo hace con esa nitidez que lo caracteriza: "Pero es preciso decirlo todo. Se abusa de la más bella de las artes, prostituyéndola, mal de su grado, a emociones licenciosas. Se ha buscado la sublimidad en la blasfemia". Para contrastar este abuso, evoca Bello la figura patricia de Mercedes Marín: "Cuánto más digno empleo es el que hace de su talento una poetisa chilena que sólo presta su voz a los afectos generosos; que ha cantado la libertad, la patria, los héroes de Chile; la Musa de la Caridad Cristiana, que tiene gemidos para todos los dolores, y se goza en derramar flores, como ella misma dice, sobre la tumba del oscuro servidor del pueblo"¹¹.

Con estas palabras concluye el fragmento. Como puede verse, esta última discrepancia con la poesía de los jóvenes tiene más que nada un carácter moral y religioso. Las diferencias estéticas se han borrado por el triunfo de su misma prédica o por su aceptación de lo que es esencial y vivo del Romanticismo; pero subsisten diferencias de otro orden: las que se refieren a la actitud antirreligiosa de muchos poetas modernos, las que atañen a su actitud moral, las que indican posiciones políticas extremas. Bello no puede transigir en esto. Ya se vio, al estudiar *La Moda*, las censuras que enderezaba al contenido blasfemo o licencioso o revolucionario de la poesía moderna. En el párrafo que se acaba de examinar, la censura parece concentrarse en lo religioso. Pero es porque la actitud religiosa es clave de todo lo demás.

CONTRA LOS FOLLETINES

A medida que envejecía le resultaba más difícil a Bello tolerar el contenido explosivo (en religión como en moral, en política como en filosofía) que arrastraba el credo romántico. Podía aceptar, con las necesarias reservas y con la defensa imperturbable del Arte, casi todo el credo poético. Pero lo que constituye el Romanticismo como movimiento de remoción de todos los órdenes de la vida humana,

¹¹ Cf. Amunátegui, *Vida*, pp. 500/01.

de transformación de la visión del mundo, esto le era de difícil si no imposible aceptación. Mientras el debate se mantuviera en el plano de la poética, Bello podía aportar su punto de vista independiente aunque no hostil. En cuanto se deslizara fuera del campo estético, su eclecticismo se volvía cada vez más inflexible.

La edad, los años cayendo con todo su peso, agravan esta situación. No puede parecer extraño que entre 1846 y 1858 (de los sesenta y cinco a los setenta y siete años) se haya agravado su hostilidad hacia una zona entera del Romanticismo. Esa hostilidad existe, casi imperceptible, en los artículos de 1830 y tantos, empieza a adquirir forma en los años de las polémicas y va adelantando sus primeras señales en *La Moda* y secuelas, para estallar nítidamente expuesta en la *Memoria* inédita de 1856.

Pero no sólo los años pesando sobre Bello explican la evolución. También el Romanticismo ha evolucionado; también la nueva doctrina ha cambiado sus contenidos. Si con Chateaubriand y Lamartine (y hasta con Mme. de Staël) pudo parecer, sobre todo, un movimiento de renovación que no tocaba siquiera los fundamentos de la religión cristiana y de la moral, con los escritores que empiezan a predominar hacia la mitad del siglo, el Romanticismo adquiere sobre todo un tinte revolucionario, tanto en política como en moral y religión, que Bello no podía aceptar sin reparos. No sólo Víctor Hugo vuelve su mirada sobre las miserias de París y escribe *Les Misérables* (1862); otros escritores más modernos y audaces dan a su literatura un sesgo social que si hoy parece de ingenua y hasta conmovedora fantasía, en su época pareció muy explosivo. A dos de estos escritores (George Sand, Eugène Sue) dedica Bello alguna atención, como se desprende de unos testimonios preservados en *El Araucano*.

En efecto, ya en 1854 se encuentra un artículo (Nº 781, agosto 8) reproducido de la *Revista Ecléctica Española*, en la que colabora José Joaquín de Mora, y que constituye una censura, bastante acre, de George Sand por sus extravíos románticos. En un acápite, Bello recomienda el artículo como "expresión exacta de nuestro modo de pensar sobre el carácter de algunas producciones de la moderna literatura francesa". Además y como complemento de una observación del mismo artículo, ha intercalado una nota en la que establece la diferencia moral entre el *Ruy Blas* de Hugo y su inmaculada fuente, *The Lady of Lyons*, de Bulwer. En el mismo número se inserta

una nota, sin firma pero seguramente de Bello, contra *El judío errante*, de Sue. La nota merece transcribirse, así sea en forma parcial, por lo que revela de su actitud.

“Quizás algún día, cuando esté más adelantada la obra, haremos un análisis detenido de ella, aunque no sea sino porque se está traduciendo hoy a nuestra malhadada lengua por diez o doce plumas diferentes. En lo que llevamos leído de esta obra, no encontramos ni gracia ni invención, ni nada que pueda encadenar poderosamente la atención de los lectores (...) Esta obra no es una producción literaria: es una mercancía, que despacha al pormenor, tratando de escatimar algunas pulgadas en cada vara que nos vende”.

El tono agresivo es bastante desusado en Bello; pero también es desusada la obra que lo provoca: una de las más exitosas en explotar la avidez del público de entonces por el folletín. El punto de vista predominantemente estético asumido por el autor del artículo coincide exactamente con el de Bello. Por otra parte, aunque por la fecha de la publicación podría creerse que éste todavía no se había reincorporado a sus tareas (estaba demasiado próxima la muerte de su hijo Francisco) puede verse en el mismo número la transcripción de una nota de la Universidad (de fecha agosto 4, 1845) que lleva la firma de Bello¹². Aunque hondamente conmovido, y hasta íntimamente resuelto a retirarse, Bello no había abandonado aún su puesto de combate.

No es este texto el único que publicó *El Araucano* contra los folletinistas. En el N° 893 (septiembre 17, 1847) se transcribe una nota de la *Westminster & Foreign Quarterly Review* contra Alexandre Dumas, Eugène Sue y sus laboratorios, en la que se reproduce sustancialmente el punto de vista indicado arriba. La actitud de Bello como director literario de *El Araucano* es bastante clara. Sus reparos no se dirigen contra el Romanticismo, ni siquiera contra el Romanticismo social, sino contra aquella zona de este movimiento que explota ciertos temas o que descuida los principios fundamentales del arte. Contra George Sand por su actitud moral, contra Eugène Sue por su placer en revolver determinadas capas de la vida social o en fabricar novelas en forma mecánica, por industrializar (como Dumas) el arte.

12 Véase el capítulo anterior para otros detalles del efecto que tuvo la muerte de Francisco.

Bello no lo dice así, es claro; pero esto es lo que parece correcto deducir de sus notas y traducciones, de sus acápites y reticencias. Como una contraprueba podría invocarse su actitud frente a Charles Dickens, que para una mirada superficial podría parecer el equivalente inglés de un Sue o un Dumas. Su estima se refleja en la transcripción que hace *El Araucano* de 1850 de un fragmento de las crónicas norteamericanas del novelista inglés. Bajo el título de *Establecimientos públicos de Boston* se inserta a partir del N° 1.105 (julio 9, 1850) una secuencia que se extiende hasta el N° 1.117 (agosto 6, 1850). Se refleja allí la visión de un turista pero de un turista muy sensible a lo social. La otra prueba de la admiración de Bello por Dickens es su propia biblioteca particular en que aparecen catalogadas (en 1867, a los dos años de su muerte) no menos de doce títulos: *American Notes* (en la edición de París, 1848), de la que se ha hecho la traducción de *El Araucano*; *Sketches by Boz* (París, 1830), *The Pickwick Papers* (en dos ediciones: París, 1841 y Philadelphia, 1848); *David Copperfield* (Philadelphia, s.a.) *Master Humphrey's Clock* (París, 1841); *Barnaby Rudge* (París, 1842); *Dombey and Son* (París, 1848); *Pictures from Italy* (París, 1846); *Nicholas Nickleby* (en la edición de Philadelphia, 1840); *Oliver Twist* (París, 1839); *Great Expectations* (London, 1864); *The Battle of Life* (París, 1847); *The Chimes* (París, 1845); *The Cricket on the Hearth* (París, 1846)¹³.

De las obras importantes de Dickens aparecidas en vida de Bello casi las únicas que no figuran en su biblioteca son: *Martin Chuzzlewit* (publicada en Inglaterra en 1844); *A Christmas Carol* (1843); *Bleak House* (1853); *Hard Times* (1854); *Little Dorrit* (1857) y *A Tale of Two Cities* (1859). Pero si se tiene en cuenta la dificultad de obtener obras en inglés en Chile (casi todas las ediciones de Bello eran reimpresiones del original inglés, hechas en Francia por Baudry, con alguna excepción norteamericana), parece bastante notable la cantidad de títulos que logró poseer; puede tomarse esto como signo de una afición que se prolonga hasta las vísperas de su muerte. La edición de *Great Expectations* que se encuentra en su biblioteca es sólo un año anterior a su fallecimiento; tal vez no alcanzó a leer ésta, una de las más sutiles novelas de Dickens.

13 Véase el Apéndice, I: *Biblioteca de don Andrés Bello*.

Su afición era, por otra parte, completamente explicable. Aunque no se encuentra ninguna obra de Dickens en el Catálogo de la Biblioteca Nacional de Santiago, 1854, no puede considerarse esto como señal de la escasa popularidad del escritor inglés sino como índice de los pocos lectores ingleses que podría tener entonces la Biblioteca¹⁴. Pero Bello era lector excepcional. Y para él la imaginación generosa del novelista, su sentido del humor, su penetrante pintura de una Inglaterra que Bello conoció y que estaba en vías de total transformación, deben haber sido otros tantos estímulos. Por otra parte, Dickens sabía conmover, sabía tocar las cuerdas más sensibles del corazón, y no sólo en la expresión de las pasiones tradicionalmente románticas; para Dickens existían los afectos familiares, la pasión doméstica; también era un temperamento religioso y cristiano. Por todo esto, y a pesar de cierta tendencia folletinesca de su arte y del acre contenido de denuncia social de muchas de sus obras (*Oliver Twist*, por ejemplo, la autobiográfica infancia de *David Copperfield*), puede comprenderse fácilmente el especial hechizo que debe haber ejercido sobre Bello. Sólo cabe lamentar que no haya dejado (o no se haya descubierto aún) ningún comentario suyo sobre este poderoso novelista. Qué iluminadora sería una reseña sobre *Oliver Twist* o sobre *Great Expectations*, por ejemplo. Pero Bello parece haber guardado silencio. Aunque entre sus manuscritos inéditos se ha encontrado el comienzo de una traducción de *The Cricket on the Hearth*¹⁵.

Esta afición a Dickens era compatible con sus reservas frente a George Sand (para quien la pasión dominante era el amor) o frente a Sue, tan afecto a la expresión de los bajos fondos del alma y de la sociedad. Bello tenía en su biblioteca *El judío errante* (en la traducción de P. Martínez López, con ilustraciones de Gavarni, París, 1845). Pero aunque había traducido *Teresa*, no tenía ninguna obra de Dumas en la biblioteca, si se exceptúa, es claro, su propia traducción del drama. Puede creerse que esto no implicaba desconoci-

14 Véase el Apéndice, III: *Biblioteca Nacional, Santiago* (1854).

15 La identificación ha sido hecha por P. Mackin y el fragmento puede verse en *Obras Completas IX*, Caracas 1957.

Se dice que en sus últimos años, don Andrés vendió parte de su biblioteca; esto explicaría que en el inventario realizado a su muerte por Diego Barros Arana (y que se estudia en el Apéndice, I) falten autores y obras que indudablemente había manejado asiduamente.

miento; hasta es posible suponer que Bello poseyó los folletines de Dumas pero no los conservó. Y esto es bastante elocuente.

Porque lo que Bello no podía tolerar (en George Sand o en Bartolomé Mitre) eran los extravíos: del gusto o de la pasión, del folletín o de la moral, y sobre todo, la blasfemia. Contra esta zona oscura del Romanticismo estuvo siempre alerta, nunca transigió con ella. Lo que no significa, por cierto, que no estuviera dispuesto a aceptar, hasta sus últimos días (como lo prueba la carta a Corpancho, 1856), un arte verdaderamente nueva que aprovechara las conquistas del Clasicismo y las fecundas innovaciones de la escuela romántica.

COSECHA DEL MEDIO SIGLO

La mitad del siglo XIX (para él, los setenta años) lo encuentra en pleno vigor. Es cierto que su obra ha sido combatida y rechazada por la generación de exilados argentinos y que la Universidad no se ha desarrollado como él quería y que la mera literatura no sigue siempre el mejor cauce moderno; es cierto que en la vida privada se han acumulado desdichas irreparables. Pero a una mirada panorámica, que balancee lo bueno y lo malo, el Bello de la mitad del siglo es todavía un hombre entero que ha logrado coronar su acción con grandes conquistas. Para el que mira desde hoy, conociendo los años que tenía por delante —años de cosecha y también de muerte de los hijos— este Bello de 1850 parece todavía intacto, como si estuviera milagrosamente detenido en una culminación aunque ya fueran arunciándose, sin prisa y firmemente, los signos de la destrucción.

En 1850 se publican dos volúmenes que sirven para objetivar mejor la latitud de sus conocimientos, la pausada obra realizada año tras año. Uno refleja, sobre todo al pedagogo. Es el *Compendio de la Historia de la Literatura* (Santiago, *Imprenta Chilena*), en que su visión universal sintetiza los conocimientos básicos de su época sobre las literaturas clásicas: la de Grecia y la de Roma¹⁶. La otra obra es más importante y da, en buena parte, su medida de crítico y erudito. Se trata del volumen titulado *Opúsculos literarios y críticos publicados en periódicos desde el año 1834 hasta 1849* (Santiago, *Imprenta Chilena*).

16 Cf. *Obras*, Santiago, VI, pp. 3/191.

El libro fue preparado para su impresión por uno de los hijos, Andrés Ricardo, y por Felipe Santiago Matta. En dicha colección no se incluyen, según es evidente, los trabajos publicados por Bello en Londres ni los adelantados en *El Araucano* entre 1830 y 1834. Ya Amunátegui ha señalado que los editores omitieron muchos trabajos importantes que pertenecen al lapso por ellos mismos determinado. Entre otros menciona con acierto un artículo sobre *La Araucana* de Ercilla (Nº 545, febrero 5, 1841); también menciona otros cuyo interés para esta investigación es nulo. Entre los textos que sí incluyeron los editores se destacan el que dedicó a comentar el *Bosquejo histórico* de Lastarria (1847), y del que ya se ha hablado aquí; un estudio sobre *Gil Blas* (Nº 547, febrero 19, 1841) en que examina los cargos de Juan Antonio Llorente contra Lesage y señala las exageraciones de su punto de vista y el nacionalismo que las dicta; uno sobre la *Historia de la Conquista del Perú* de Prescott que insertó en la *Revista de Santiago* (abril, mayo, 1848) y que con otro sobre *Antonio Pérez, secretario de estado de Felipe II* (*El Araucano*, julio, 1848), permiten advertir la seriedad de sus estudios históricos; y el más importante de todos: el dedicado a comentar los *Ensayos literarios* de Lista que se ha considerado abundantemente en el Capítulo VII¹⁷

La publicación de este volumen no aportaría ninguna novedad a quienes hubieran seguido paso a paso la campaña literaria y crítica de Bello; pero para lectores más desprevenidos, o para los jóvenes, el volumen tenía el mérito de acercar una imagen de su obra crítica y erudita que, no por incompleta y parcial, deja de tener elocuencia. El volumen permitió conocer mejor qué había sido realmente Bello como crítico, de lo que interesadas deformaciones polémicas o la prisa habitual de los lectores de periódicos, permitieran en las dos décadas anteriores. Ahora nadie podía poner en su boca, o atribuir a su influencia (real o supuesta), determinados conceptos que resultaban desmentidos por sus propias palabras en estos *Opúsculos*. Los textos principales estaban ahí, al alcance de quien quisiera tomarse el trabajo de leerlos y meditarlos.

Los *Opúsculos* y el *Compendio* de 1850 son los primeros de una larga serie de títulos que va publicando Bello en el curso de estos

17 Todos estos trabajos han sido recogidos por Amunátegui en los distintos volúmenes de su edición de Obras.

sus últimos años, y en los que recoge la cosecha de sus primeros setenta años. Así aparecen, sucesivamente, el *Compendio de Gramática Castellana, escrito para uso de las escuelas* (un folleto, Santiago, *Imprenta Chilena*, 1851); el *Proyecto del Código Civil* (1853), que es completado en 1855 con el *Preámbulo* y en 1856 con la publicación del Código entero (en el 1858 hay una edición "autorizada por el Gobierno y aumentada"); la traducción de *Orlando enamorado* de Boiardo, emprendida en Londres y retocada aunque no concluida en Santiago (1862). A su muerte deja preparadas algunas obras más de las que destaco: la edición monumental de la *Gesta de Mio Cid* que se publicó en la *Revista Chilena* (1877), con el título de *Poema de Mio Cid*, y (con el título que Bello prefería) en un volumen de 1881; la *Filosofía del Entendimiento* que en 1881 aparece como primer tomo de la edición oficial de sus *Obras Completas* decretada por el gobierno chileno.

En esos volúmenes (publicado por él o póstumos) se reúne la obra de estos años. Porque aunque muchos hayan sido concebidos y hasta escritos totalmente antes de 1850, es hacia esa fecha que Bello empieza a ordenarlos para su publicación, a reunirlos y repararlos, a convertir en texto legible lo que es sólo borrador, en desarrollo lo que está sólo apuntado, a actualizar investigaciones (viejas a veces de veinte y treinta años) según los últimos datos de la erudición europea y americana. Esos volúmenes son testimonio de una actividad incansable en materia literaria y política. Que para compilarlos no haya renunciado Bello a su rectorado, ni a su discreta influencia sobre la política nacional e internacional de Chile, parece cosa de milagro.

Para entender mejor en qué circunstancias creó Bello estos volúmenes de su última obra, conviene echar una mirada más lenta al curso de su vida.

LOS DIAS DE SUS HIJOS

Hacia 1850 aparece Bello rodeado de amigos, de discípulos, de hijos. Es cierto que la muerte de Lola (en 1842) y de Francisco (en 1845) han constituido rudos golpes para un hombre que entra ya en la vejez y a quien la muerte de Mariano de Egaña (1846) ha despojado del amigo más antiguo y más íntimo. Pero Bello parece todavía entero, y la labor de orientar la Universidad y de preparar

el texto definitivo del Código Civil, absorbe sus energías más preciosas. En estas circunstancias una nueva desgracia doméstica cae sobre él: la muerte de su hija Ana, casada desde hacía algunos meses.

Hay una carta de Bello a su hermano Carlos (Santiago, mayo 25, 1851) en que con las palabras más sobrias cuenta todo. Luego de expresar la alegría por haber recibido noticias de la familia y de la "amada madre", después de dos años y medio de silencio, escribe: "*Por fin ha querido darme Dios este consuelo cuando más lo necesitaba, habiéndome sumergido en una de las más profundas aflicciones que he experimentado en toda mi vida. Acababa de perder la mayor de mis hijas, Anita, de edad de 22 años, después de una dolorosa enfermedad de seis meses, sobrevenida a consecuencia de un parto laborioso. La criatura murió al nacer, y su madre el 9 de este mes de mayo, diez y seis meses después de casada*".

Las precisiones que no puede dejar de hacer Bello, indican más que las mismas palabras ese dolor del padre que está hecho sobre todo de tiempo: de considerar el tiempo que ha vivido su hija, los veintidós años de su edad, los diez y seis meses de casada, los seis meses de enfermedad. En esas cifras (casi ni siquiera años sino meses hay que usar para el cómputo de la vida de Anita), en esos meses que el padre indica con toda precisión, está encerrado el dolor por la muerte de la muchacha, apenas asomada a la vida. Y está también, como subterránea, la conciencia de su longevidad: de sus meses que son años y décadas, en tanto que los de sus hijos son días.

La carta continúa con un recuento de los hijos vivos y de sus fortunas, como si Bello necesitara convencerse (escribiendo) de que no ha quedado totalmente solo, de que tiene todavía a Luisa y Asunción, casadas y "*gracias a Dios buenas*", que tiene a Carlos (de regreso ya de Europa y "*de mediana salud*" pero rico por los productos de una mina de plata: "*la fortuna le ha favorecido más que a mí*", dice con orgullo evidente), y tiene también a Juan menos dichoso por sus disgustos y compromisos políticos, y a Andrés que ha puesto regulares esperanzas en una mina, y los otros que están educándose y no han salido todavía de la niñez¹⁸.

18 Cf. *Del epistolario de Andrés Bello*, in *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, noviembre-diciembre 1947, N° 65, pp. 91/92.

Este repaso, por reconfortante que sea en el momento de hacerlo, no lo deja tranquilo. Bello sabe y recuerda una visión de muchacho que refirió un día a Manuel Antonio Tocornal y que éste ha transmitido reproduciendo sus mismas palabras: "*Cuando era muchacho, un día entré en el dormitorio de mi madre y oí una voz que salía del gran Crucifijo, colgado sobre el lecho. La voz extrahumana anunciaba gloria, renombre, honores; y luego decía: Pagarás todo esto con la muerte de los que engendres, que serán también espíritus nobles y dignos de alcanzar gloria*". La voz cuenta Tocornal, lo turbó de tal modo que cayó desmayado al pie del Cristo. La muerte de sus hijos le volvía a la memoria esa terrible alucinación y se repetía: "*Ya me lo dijo el Cristo de Caracas*"¹⁹.

De ahí que tratara de aferrarse a las fechas, como si por fijar en cifra exacta al fluir del tiempo (tantos años y meses) pudiera detenerlo en la memoria y hacerlo vivir en ella. La misma actitud se revela en las anotaciones de la Biblia familiar a la muerte de su primera esposa, Mary Ann Boyland (como se ha visto en el Capítulo II); esas precisiones de días y horas están anotadas con el escrúpulo y el cuidado del que vierte una materia preciosa y escasa: el tiempo de cada uno. Y como irónico y tal vez insoportable contraste la vasta fábrica de sus propios días, horas, años y décadas. Así debió sentirse Bello como se sintió Goethe en la última etapa: despojado en cada día nuevo de vida que se le daba, de las horas (apenas horas) de los seres queridos.

Para aliviar su dolor, para darle curso y liberarse de él (o tal vez para ahondarlo y fijarlo para siempre), traduce entonces un artículo, *Señales de muerte*, tomado de la *Quarterly Review* (septiembre, 1849) donde se insertó con el título: *Fontenelle on the Signs of Death*. Era el comentario de una obra de Julia de Fontenelle publicada en París, 1834, sobre *l'Incertitude des signes de la mort, les dangers des inhumations précipitées, les moyens de constater les décès et de rappeler a la vie ceux qui sont en état de mort apparente*. El texto en prosa, incluye un poema que Bello vierte con estas palabras:

19 Cf. Eugenio Orrego Vicuña, *ob. cit.*, p. 233.

No habrá pulso que siga su carrera;
cesarán sus latidos; ni el aliento
revelará que vives, ni del cutis
el natural color; mustia la rosa
en los belados labios y carrillos
tendrá el color de pálida ceniza;
las movibles cortinas de los ojos
caerán, como en la muerte, cuando cierra
la usada puerta al esplendor del día;
cada parte, privada del gobierno
que la regía, rígida, inflexible,
fría estará, como la muerte misma.

Hay algo horrible y patético en estos versos en que Bello parece querer decirse que la joven no está muerta, que está como muerta pero no ha muerto. Y en la imagen, penosamente estucada por el artificio de la poesía neoclásica a la que Bello revierte en su dolor, hay también algo de inhumano. En la raíz misma de los versos está lo inhumano: querer decirse que la muerte no es muerte, querer detener el proceso inevitable. Por eso se queda sólo con la máscara y pierde el rostro vivo. Un toque de locura poeana parece atravesar en este momento a Bello. En el mismo artículo hay unos versos de Pope, que también traduce Bello en esta ocasión y que parecen más de acuerdo con el estado general de su alma:

*Aleccionado por el alma fuerte
y por el cuerpo exhausto: bien venida!
dicen mis fríos labios a la muerte;
y siento en blanda calma irse la vida*²⁰.

Al mismo período corresponde sin duda la traducción de una *Sequentia* o himno eclesiástico: *A la Virgen de las Mercedes* que según parece Bello publicó en el *Manual del Tercero Mercedario* en 1852; en el mismo sentido, cabe considerar también la traducción del Salmo 50: *Miserere*, que no fue publicado hasta 1861, pero que podría fecharse entre 1851, muerte de su hija Ana, y 1854, muerte de Carlos. En estas traducciones encuentra algún consuelo para el dolor. Otra vez, como al fallecer Mary Ann Boyland, se refugia en

20 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 333/34.

la religión, no porque la hubiera abandonado nunca (recuérdese la carta de Blanco White que se comentó en el Capítulo II), sino porque la presencia física de la muerte en su casa, le hacía sentir más honda y cabalmente la necesidad del consuelo religioso. Y él que acostumbraba cumplir regularmente con sus deberes de buen cristiano, en estas horas necesitaba algo más que la disciplina de la misa y de las oraciones de todos los días. Se volcaba en la poesía para ese alivio supremo: en el cántico de agradecimiento a la Virgen de las Mercedes, en la terrible acusación del *Miserere*²¹

La muerte de Anita quebró ciertas resistencias que todavía tenía intactas el anciano. Aunque se le había ofrecido, por decreto de octubre 26, 1852, que se ocupase de redactar un proyecto de Código de Procedimientos Civiles, para el que ya había iniciado estudios, debió renunciar al encargo. Se sentía muy decaído, apunta Amunátegui y "*conoció que la tarea era ya en extremo pesada para él*". Todavía tenía entre manos la redacción definitiva del *Código Civil Chileno*. Para concluirla decide abandonar en agosto, 1853, la dirección literaria de *El Araucano*. Poco a poco, esta hercúlea figura iba dejando escapar de sus manos las tareas que había fundado sólidamente y que ya empezaban a exceder sus gastadas fuerzas.

Otro golpe iba a reducirlo más aún, precipitando su retiro: la muerte de Carlos en 1854. Era el primogénito y, como Francisco, hijo de Mary Ann Boyland. Su fin se fue anunciando durante algunos años. Ya se ha visto que en la carta a su hermano de mayo 25, 1851, hablaba don Andrés del regreso de este hijo y de su "*mediana salud*". Como su hermano, Carlos fue siempre algo débil y melancólico. Era hermoso y vestía bien; tenía enorme éxito en la sociedad santiaguina, pero por su mismo temperamento, esto lo fastidiaba más que halagaba.

En las cartas de Vallejo, que era su amigo (tal vez lo era más aún que de Francisco), queda alguna huella de su personalidad, de su elegante displicencia británica. En ocasión del estreno de *Los Amores del poeta* —drama romántico con el que Carlos contribuyó en 1842 a la polémica con Sarmiento, y que causó sensación en Santiago— *Jotabeche* escribe una carta a Francisco (octubre 9, 1842) en que dice: "*El ruido del triunfo de Carlos ha llegado hasta nosotros. No necesito encarecerte cuánto nos hemos complacido de*

21 Cf. *Obras Completas*, Caracas, I, pp. 338/39 y 357/59.

saberlo. Dale un abrazo en mi nombre, y dile que se venga a trabajar otra". La alegría que manifiesta aquí Jotabeche es no sólo la del amigo, sino la del compañero de lucha en la batalla contra los argentinos. Hoy la obra no parece justificar los elogios con que la recibió la juventud chilena, asombrada de que uno de sus integrantes pudiese presentar en escena personajes tan refinadamente románticos como los que inventó Carlos Bello. Pero es la óptica de entonces (entre amistosa y beligerante) la que interese subrayar²²

En otra carta cuenta Jotabeche que en Copiapó está por ponerse en escena la obra de Carlos. El texto es de noviembre 12 y tiene un tono naturalmente festivo, en el mejor estilo de sus crónicas de costumbres: "Dentro de quince días, el autor de "Los Amores del Poeta" será inhumanamente asesinado en este teatro. Ya está en capilla, se han distribuido los papeles. No sé si tenga yo bastante valor para asistir a tan horrible espectáculo. Después de haber leído este precioso drama, después de haberme trazado en la imaginación un Gressey tierno, enamorado, fogoso, interesante por su bella figura, por el suave sonido de sus palabras, por la expresión de los sublimes sentimientos que agitan su existencia, estrellarme, topar de manos a boca con don Hilarión Moreno, sufrir sus mimos, sus pucheros, sus gestos y pininos, presenciar su grotesca declamación, oír su habla nasal y sus ridículos suspiros! No, por mi vida. No iré; no llevaré mis nervios a sufrir tan bárbara tortura".

En otra carta, Vallejo muestra al amigo de cerca. Es de enero 30, 1843, y dice: "Estoy con un "spleen" de treinta mil diablos. Es quizá la primera vez que me da en Copiapó, y este Gressey [siempre llama a Carlos por el nombre del protagonista de su comedia *Los amores del poeta*] tiene la culpa, porque esta tarde, paseándonos tuvo una conversación conmigo que, sin que él lo piense, me ha desazonado hasta los tuétanos". Tiene que haber sido muy fuerte el spleen de Carlos para contagiar a un espíritu burlón como el de Vallejo. Es lástima que no haya dejado indicado de qué habló Carlos, qué pudo haberle dicho para desazonarlo tanto.

En otra carta del mismo año (marzo 15) cuenta Vallejo: "Carlos se fue a Lima con Codecido, de lo que me alegro; porque aquí estaba bien triste, y su mal se le había aumentado con la muerte de su hermana más querida, como él la ha llamado. [Lola, fallecida en

22 Cf. *Los Amores del Poeta*, in *Teatro Dramático Nacional*, I, pp. 41/72.

1842]. Desde su vuelta de Santiago, pasaba este inglés sin visitar niña alguna, en lo cual hallo razón de cuantos llegan a Copiapó de la capital en derechura". La carta continúa contando: "Mucho ha trabajado: he visto sus versos lindísimos, y algunas escenas de un drama nuevo en cuya composición se entretenía regularmente de noche"²³.

Para distraer su melancolía emprende Carlos en 1846 un viaje a Europa en el que recorre Francia, Italia y España. A su regreso, se encuentra elegido diputado y más tarde, en 1852, encargado de negocios de Chile en Ecuador, de donde debe regresar (a pesar de una brillante gestión diplomática) por su mala salud. Ya está gravemente atacado de tuberculosis. Se traslada a Quillota y desde allí se ocupa de comisiones oficiales. Pero cada día siente más cerca la muerte. Hay una carta de don Andrés a su amigo, Manuel Ancízar (febrero 13, 1854), en que refiere su estancia en Valparaíso, donde acostumbraba pasar el veraneo. En ella se encuentran algunas referencias al hijo enfermo.

Don Andrés se ha instalado hace poco en la fonda: "dos camas, mesas de noche con escupideras, y otra mayor, con mantel, que sirve para las comidas", anota Joaquín Edwards Bello en una fina glosa de 1854²⁴. Desde allí escribe don Andrés al amigo, mucho más joven y como él venido del norte de Suramérica. Ancízar era representante de Nueva Granada en Chile, es decir: era colombiano. Había escrito una obra: *Las peregrinaciones de Alpha* que Bello ha leído en el viaje (lo divirtió durante la siesta en Curacaví, la ha seguido leyendo en Valparaíso) y que le recuerda "un delicioso poema de Goldsmith, "The deserted village". Luego de algunas consideraciones sobre la política de Venezuela, su patria, y del aspecto general de Valparaíso (en que reconoce la influencia británica "como timbre de orden en cada calle", según anota su descendiente), don Andrés escribe sobre el hijo enfermo: "Carlos ha tenido bastante que sufrir en su salud. Se vino a Valparaíso huyendo de los calores de Santiago; pero tampoco le sentó bien y tuvo que refugirse en Quillota".

23 Cf. Amunátegui: *Don José Joaquín Vallejo*, pp. 198/373.

24 Cf. Joaquín Edwards Bello: *Hace cien años en Valparaíso*, in *La Nación*, Santiago, febrero 13, 1954, p. 4.

Estas palabras están escritas en febrero de 1854, el día 13. Unos ocho meses después, el 26 de octubre, moría Carlos. Al sentir que se moría, dejó Quillota; vino a refugiarse a casa del padre, a su cuarto que había adornado de cuadros y estatuas, de ediciones obtenidas en Europa, de todo lo que había acumulado en sus treinta y nueve años. Allí murió, junto al padre y a los objetos que le habían dado placer.²⁵ Al saber la noticia, Francisco Bilbao, que está exilado en Lima, envía a don Andrés una carta, la segunda de las suyas al viejo maestro y fechada en noviembre 15, 1854. En ella dice, o más bien canta, el destino de este hombre universal: "*Arbol majestuoso de la zona tórrida, trasplantado a Chile, caen tus hojas en el invierno de la vida. El soplo de la muerte destroza tus injertos; y tus ramas vigorosas dan sombra al sepulcro de tus hijos. Has cobijado a una generación literaria allá en mi tierra. Has alimentado a las inteligencias y has refrescado los cerebros ardientes, señalando las estrellas a través de tu follaje. Hoy tu sombra es sagrada. Mención del dolor y de la muerte, nos acercamos en silencio a escuchar el soliloquio del padre conversando con las memorias de los que ya no son*".²⁶ La carta sigue, en este tono, unas cuantas líneas más. Para Bello, esta mano tendida desde el exilio por un rebelde, que fue su discípulo y a quien debió castigar como rector, era una prueba más de ese afecto que, por encima de todo, había sabido despertar en los jóvenes, un afecto que lo rodeaba de hijos ajenos en el mismo momento en que empezaban a faltar los suyos.

El golpe era muy fuerte. Bello concluye la redacción del *Código Civil* y ya no puede más. Necesita retirarse a descansar, y tal vez a morir. Porque él no sabe que le quedan todavía diez años de vida. Un proyecto de ley fechado en diciembre 5, 1855 (y promulgado como ley en diciembre 14), "le agradece *"la perseverante y eficaz contracción que ha dedicado"* al *"Código Civil"*, le acuerda una remuneración de veinte mil pesos y *"le abona el tiempo de servicio necesario para que pueda jubilarse del empleo de oficial mayor del ministerio de relaciones exteriores, con su sueldo íntegro"*. Concluido

25 Cf. Eugenio Orrego Vicuña, *ob. cit.* pp. 331/32.

26 Cf. Las cartas de Bilbao a su maestro fueron recogidas por Pedro Pablo Figueroa en el tomo IV de sus *Obras Completas* (Santiago, 1898). También se encuentran reproducidas en *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao*; la que se cita en el texto está en las pp. 201/02.

el *Código Civil*, separado de *El Araucano*, jubilado de su puesto en el ministerio de relaciones exteriores, Bello parecía deponer una tras otra sus labores. Le quedaba aún el cargo de senador, el rectorado de la Universidad y una supervisión sobre los asuntos internacionales de América que lo convierten en árbitro hasta las vísperas mismas de su muerte. Y le queda toda la labor literaria y científica por compilar, labor a la que se entrega con ahinco por constituir *"estos trabajos literarios (...) lo único que me hace verdadera esta vida siempre ocupada y laboriosa, que me ha cabido en suerte"* —según admite en carta ya citada de 1847.²⁷

COMENTARIOS A TICKNOR

A la muerte de Ana, y para distraer de alguna manera esa pena, don Andrés había empezado a publicar un estudio minucioso sobre la *Historia de la Literatura Española* del erudito norteamericano George Ticknor, la que en su versión original fue publicada en 1849, siendo traducida al castellano por Pascual de Gayangos y Enrique Vedia, con notas y adiciones, en 1851. A partir de 1852, Bello inserta en seis entregas y en los *Anales de la Universidad*, sendas memorias presentadas por él a la Facultad de Filosofía y Humanidades. Se publicaron espaciadamente en los años 1852 (tomo IX, pp. 197/217, y tomo LX, pp. 485/505), 1854 (tomo XI, pp. 93/113 y pp. 259/262), 1855 (tomo XII, pp. 627/644) y 1858 (tomo XV, pp. 1 bis/8 bis). Los intervalos pueden valorarse mejor si se tiene en cuenta la muerte de Carlos y la enorme tarea que todavía llevaban sus ancianos hombros.

El interés mayor de estas *Memorias* de Bello, como ha señalado acertadamente Pedro Grases, consiste en poner al día y difundir estudios sobre la literatura medieval (española y también francesa) que había emprendido en el British Museum.²⁸ El punto de partida, como apunta el investigador citado, es tal vez una referencia del primer tomo (p. 112) de la *Historia* original de Ticknor en que se le menciona de manera dubitativa (*"the writer, who, I believe, is-*

27 Véase el capítulo anterior.

28 Cf. Pedro Grases: *Andrés Bello y los estudios de literatura medieval europea*, conferencia de 1952, recogida en su libro *En torno a la obra de Bello*, pp. 111/28. En estas páginas sigo su desarrollo.

Don Andrés Bello...”) con respecto a la tesis del origen latino del asonante español que éste había publicado en *El Repertorio Americano*. Como Ticknor contradice su tesis y atribuye, además a su influencia lo que él califica de error de Raynouard en *Le Journal des Savants* (quien habría cometido “*the same mistake with the writer in the Repertorio*”; *probably in consequence of following him*”), parece razonable creer que Bello se habría sentido provocado, deseando aprovechar la ocasión para exponer nítidamente sus puntos de vista. La traducción de la obra en castellano (a la que no se refiere Grases) debe haberlo impulsado a ordenar sus notas en forma de artículos para los *Anales*.

Escapa a los límites de esta investigación el estudio de las tesis mismas. Baste señalar aquí que con sus artículos demuestra Bello que los veintitantos años transcurridos desde que abandonó Londres, no han marchitado en nada sus conocimientos de manuscritos y cantares, de códices y de teorías. Con firmeza reproduce sus puntos de vista y documenta cada una de sus afirmaciones con la mención de fuentes que no habían sido estudiadas en momentos en que él las consultó y que en muchos aspectos permanecían, todavía en 1852, inéditas.

Entre sus afirmaciones, además de insistir en el origen latino de la rima asonante, se encuentran puntos tan importantes para la recta comprensión de la literatura medieval española como fijar la antigüedad de la *Gesta de Mio Cid* (hacia el siglo XII), refutar la influencia de la poesía arábiga en el poema (en lo que coincide con Ticknor), insistir en la influencia francesa (en lo que discrepa con el erudito norteamericano, que estaba equivocado), en determinar la ahistoricidad de la *Crónica de Turpin* (para lo que utiliza un trabajo escrito originariamente en inglés y en Londres y que se mantuvo inédito hasta entonces). Cada uno de estos puntos coloca a Bello en la primera línea de la investigación filológica en lengua romance de su tiempo —según se ha indicado en el capítulo segundo—.

Ticknor conoció el estudio de Bello, como ha documentado Grases. En la Biblioteca Pública de Boston que conserva sus papeles, se encuentran los ejemplares correspondientes de los *Anales de la Universidad de Chile*, con anotaciones marginales. Un poco más tarde, y en ocasión dolorosa para Bello, tuvo el erudito norteamericano oportunidad de dejar registrado, de su puño y letra, el apre-

cio que le merecía don Andrés. No sería éste el único sabio que lo recordaría. En 1855, y durante una visita a Europa de Vicuña Mackenna, Humboldt preguntó al joven discípulo por el maestro a quien él había conocido en Caracas cuando todavía sólo era un mozo entusiasta cuyas fuerzas no le alcanzaban para subir hasta la silla del Avila en enero 2, 1800.

LOS ULTIMOS PREPARATIVOS

Ahora, cuando recibe de boca de Vicuña Mackenna la noticia del interés que manifiesta por conocer su salud el anciano sabio alemán y lo bien enterado que estaba de sus trabajos, ahora también las fuerzas le abandonan, pero no para emprender el ascenso de la montaña, sino hasta para trasladarse dentro de su casa. Se ayuda de un bastón y del apoyo de los familiares y de los amigos (“*veinte pasos eran la obra de cinco minutos*”, recuerda Amunátegui), hasta el momento en que hacia 1858 ya no pudo caminar más y debió ser trasladado por mano ajena. No salía casi; confinado en su biblioteca (donde hasta se reunía el consejo universitario) Bello trabajaba. Porque no dejó de trabajar, ya sea leyendo (con el libro en una mano y el habano en la otra), ya anotando con rasgos jeroglíficos lo que la lectura suscitaba, o redactando definitivamente algunos de los textos comenzados hace quién sabe cuánto tiempo: años o décadas. Seguía yendo a misa, sin embargo, a la vecina iglesia de Santo Domingo en un cochecillo de mano que su mujer manejaba. La devoción de don Andrés, que conoció sus momentos de crisis, se había asentado hacía mucho tiempo y tenía la solidez o ingenuidad de una fe firme. Tuvo que renunciar a las vacaciones en Valparaíso y a los paseos campestres. Pero le quedaba el estudio, amueblado de libros, al que todas las tardes venían a hacerle tertulia amigos y discípulos convertidos por los años en viejos amigos, como Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, Manuel Antonio Tocornal, José Victoriano Lastarria, y de vez en cuando, porque era hombre muy ocupado, Benjamín Vicuña Mackenna. Bello los recibía en su biblioteca, sentado holgadamente en su sillón y con un gato, Micifuz, siempre al alcance de la mano. Las piernas y parte del cuerpo podrían estar ya muertas, pero la inteligencia y la sabiduría del hombre seguían intactas. Bello discurría, en voz baja y con clara dicción (como fue siempre su costumbre), y su palabra se iba grabando en

el espíritu de los que asistían como lo que realmente era, palabra de un maestro.²⁹

Chile alcanzaba por esos años esa estabilidad política y social por la que Bello había luchado tanto durante casi medio siglo. Por eso, sus últimos años están bañados de esa luz matinal que cae desde fuera sobre el gabinete de trabajo y que es como un bálsamo para la sensibilidad herida del viejo. La luz le indica que los enormes esfuerzos no han sido vanos. Que Chile ha alcanzado esa madurez en que puede empezar a reconocer todo lo que debe a este hombre sin sentir como vergüenza el peso de la deuda. Ya nadie se levanta para llamarlo extranjero, ya nadie piensa que sus ideas monárquicas son un peligro sino que se las respeta por el alto plano en que él ha sabido colocarlas, ya nadie se fija en los sueldos que él y sus familiares cobran al Estado porque todos saben que esa retribución es demasiado pequeña para tener el honor de contar a Bello entre sus hijos.

Todavía le reserva el destino un último golpe: la muerte de su hijo Juan. Pero ya estaba tan abatido que era imposible huirlo más. Juan había nacido en Londres en 1825 y fue su padrino Mariano de Egaña. Se había destacado como profesor y en las huellas de su padre; había tenido actividad como poeta y más tarde como político. En la ya citada carta de 1851 en que hace el recuento de sus hijos, hay un párrafo para Juan: "...el mayor de los hijos de mi segundo matrimonio, ha sido menos dichoso [que Carlos]. Orador distinguido de la Cámara de Diputados y joven de bastante instrucción y talento, ha tomado en la cuestión política un partido hostil al gobierno; lo que hasta el día no le ha proporcionado más que dificultades y compromisos desagradables".

En su actividad política Juan se atrevió a desafiar al gobierno, fue perseguido y confinado a Copiapó, y luego desterrado a Lima. Más tarde, volvió a Santiago donde fue designado miembro de la facultad de Filosofía y Humanidades en 1855. Pero ya estaba enfermo de tuberculosis, como Francisco, como Carlos. Buscó con el cambio de clima un alivio a su mal. Fue a Europa como secretario de la legación de Francia; más tarde, y como encargado de negocios, se tras-

29 Cf. Eugenio Orrego Vicuña, *ob. cit.* op. 243/245.

lada a los Estados Unidos. Allí habría de fallecer en setiembre 16, 1860.³⁰

Con motivo de esta muerte recibe Bello una carta de George Ticknor. El erudito norteamericano no había llegado a conocer a Juan, pero había conocido sí su reputación y pudo escribir al padre (Boston, octubre 1º 1860): "*Nuestros dos países han sufrido una pérdida con la muerte del hijo de usted, que también sirvió a ambas naciones como el importante lazo que unía sus relaciones diplomáticas respectivas. Apenas, sin embargo, puede discurrirse así en presencia de usted que ya ha experimentado una pérdida tanto mayor. Pero, entre sus consuelos, espero que usted tomará en cuenta la simpatía de muchos a quienes jamás ha visto o conocido personalmente, y de algunos que no conocieron a su lamentado hijo. Yo mismo soy uno de estos últimos. Había esperado ardientemente verle en Boston en este verano, y él había proyectado venir. Pero "Diis aliter visum". El murió en Nueva York —por extranjeros honrado y por extranjeros llorado— y yo no pude conocer personalmente a un joven a quien habría estimado, no sólo por sus propios méritos, sino por los de su padre*". La carta, que encerraba tanto respeto y admiración por la obra de don Andrés, debe haber sido un paradójico consuelo para Bello. En otra carta, que Ticknor escribió el mismo día a su amigo Pedro Pablo Ortiz y en la que había insertado el texto destinado a Bello, se refiere el erudito norteamericano a la dificultad que siente "*para decir algo digno de un dolor tan profundo*". Y también agrega algunas palabras sobre la familia de Juan Bello que revelan hasta qué punto ha sentido la dolorosa situación.³¹

Francisco Bilbao que se hallaba entonces en Buenos Aires, donde habría de morir el 18 de febrero de 1865 (unos ocho meses antes que don Andrés), le envía entonces una carta fechada en enero 6,

30 Cf. Eugenio Orrego Vicuña, *Ob. cit.*, pp. 334/36. La actuación política de Juan Bello ha sido justamente valorada por Ricardo Donoso en *Las Ideas políticas en Chile*, pp. 157/65.

31 Cf. Pedro Grases, *art. cit.*, pp. 111/28. Vicuña Mackenna ha transmitido la "*admiración profunda y tal vez excepcional*" que tenía Prescott por Bello. Véase la biografía del escritor chileno por Ricardo Donoso, Santiago, *Imprenta Universitaria*, 1925, p. 5/9.

1861. Juan había sido su condiscípulo y de todos los hijos de Bello, era el que más cerca había estado de este otro espíritu rebelde; juntos habían militado en *El Crepúsculo*, juntos en la *Sociedad de la Igualdad*, y en la noche del 20 de abril, 1851. Estos títulos le permiten dirigirse al viejo maestro para decirle: "Y yo también vengo a renovar vuestro dolor sagrado. Juan, mi condiscípulo amigo de la juventud, correligionario político, compañero de meditación y de entusiasmo, Juan, la alegría de nuestras reuniones juveniles, amado de todos, inteligencia luminosa, corazón profundo de ternura, encanto de nuestras horas de solaz por su sinceridad, su brillo y su entusiasmo, en la virilidad de su genio y de su edad ha sucumbido, sin que el dolor de sus amigos ni las esperanzas frustradas de la patria, ni la inocencia de sus hijos, ni las sombras de sus hermanos, y lo que es más, sin que la imagen de sus padres, encorvados bajo el peso de una inexorable suerte, fueran bastante a detener la muerte".

La carta prosigue, convertida por el inflamado espíritu de Bilbao en un discurso sobre la vida y la muerte, sobre la justicia y sobre Dios, en que una vez más se expresa su ardiente credo.³² Estas palabras, por elocuentes y emocionadas que fueran, ya no podían alcanzar al viejo; Bello se encuentra afanado en los últimos preparativos. Todavía tiene fuerzas para terminar de revisar la *Filosofía del entendimiento*, para publicar (en 1862) los catorce cantos traducidos del *Orlando enamorado* de Boiardo, para dar los últimos toques a su edición del *Cid*.

Había pensado ofrecer esta edición a la Academia Española, ya que una empresa semejante no tenía editores en Chile. Lastarria que se encontraba entonces en Lima se encargó de presentar su ofrecimiento y lo hizo directamente a José Joaquín de Mora, quien en su propio nombre y sin que ello significara una resolución oficial, le escribe (Madrid, junio 28, 1863) explicándole por qué no cree que se pueda aceptar la generosa oferta. En realidad, la Academia ya estaba embarcada en la edición de un código del *Poema* que le había regalado el marqués de Pidal y que era bastante diferente del utilizado por Sánchez en su edición. "Este trabajo está muy adelantado [escribe Mora], y no me parece probable que la Academia lo

32 Cf. *El pensamiento vivo de Bilbao*, pp. 202/03.

condene al olvido, como sería necesario hacerlo si publicase la obra de don Andrés. Publicar las dos a un tiempo, o en tiempos diferentes, sería más de lo que la Academia podría hacer, teniendo en prensa una nueva edición del Diccionario, una nueva Gramática y próximo a poner en manos de los cajistas, el Diccionario de Sinónimos".

En la carta hay un agradecimiento explícito a Bello por su oferta, agradecimiento que aunque no puede considerarse oficial ha sido hecho (se advierte) previa consulta a la Academia. "La generosa oferta del señor Bello llenará de satisfacción y gratitud a la Academia, si llega el caso de que se haga formalmente. Todo lo que lleva aquel ilustre nombre es recibido por todos nosotros con aprecio y admiración". Estas palabras de quien fuera amigo y rival y luego, otra vez, amigo de Bello deben haber emocionado al anciano. Lastarria se las trasmite en una carta (agosto 19, 1863) que envía a Miguel Luis Amunátegui y en la que le pide "excúseme con el viejo, pues no tengo tiempo de escribirle la larga carta que necesitaria, y que usted me puede aborrrar platicando con él"³³.

Aunque la gestión ante la Academia, discretamente iniciada, no tuvo el éxito previsto, el anciano no se desanimó. Debió haber sentido que en el apoyo que recibía de Amunátegui y de Lastarria y de Mora estaba la mejor prueba de la necesidad de continuar trabajando. Así lo hizo. A su muerte, se encontró completamente preparada la edición de la *Gesta* y Amunátegui pudo publicarla en 1877, acompañándola del prólogo y los estudios críticos que a lo largo de los años había ido acumulando el maestro.³⁴

UN VIEJO HABITO

Extranjeros que lo visitaron en sus últimos días han dejado algunos retratos, instantáneas casi, que lo muestran en su gloriosa ancianidad. Uno de ellos es el escritor francés T. Mannequin que al co-

33 Cf. *Archivo epistolar de don Miguel Luis Amunátegui*, I, pp. 155/56. La carta de Mora se reproduce en nota.

34 Cf. *Obras*, Santiago, II, 1881, XXVI 416 pp. Para un enfoque moderno del tema, véase el libro de Pedro Grases: *Don Andrés Bello y el Poema del Cid* (México, 1945).

mentar en el *Journal de Economistes* (febrero, 1865) los *Ensayos biográficos*, de Torres Caicedo, escribe: "He conocido a algunos de los escritores escogidos por el señor Torres Caicedo, y podría agregar mi testimonio al suyo respecto a ellos. Citaré particularmente a don Andrés Bello, a quien yo llamaría con gusto el Néstor de la literatura hispanoamericana. Don Andrés Bello será bien pronto nonagenario; y continúa trabajando como en su juventud. Un historiador eminente, don Diego Barros Arana, a quien siento no ver figurar en la primera serie de las biografías del señor Torres Caicedo, me condujo a casa de Bello, cuatro años ha, en Santiago de Chile. El sabio anciano estaba en su bufete, donde pasa regularmente ocho o diez horas cada día; es el puesto en que quiere morir. No he visto nunca cabeza más bella, ni fisonomía más dulce y benévola. Contra los hábitos de los ancianos, habla poco, y gusta oír hablar. Hay siempre que aprender, dice, en el trato de nuestros semejantes. ¡Rara y encantadora modestia, que aún no ha formado escuela en parte alguna! Don Andrés Bello sería excusable, sin embargo si tuviese vanidad, porque ha escrito obras estimadas sobre el derecho internacional, el derecho civil, la gramática y la filosofía, sin contar numerosas y bellas poesías, que por sí solas habrían bastado para adquirirle nombradía. Debo agregar que ha entrado en posesión de su fama científica y literaria desde el principio de su carrera".

Este retrato de Bello tiene el mérito de no exagerar en nada lo que era realmente este anciano; tiene, además, otro mérito más raro: mostrar a Bello vivo, en el instante en que su figura está a punto de desvanecerse.

La muerte llegó para él después de cuarenta y cinco días de enfermedad, como si el cuerpo no se resolviera a abandonar tan fácilmente un mundo al que estaba habituado. El 1° de setiembre manda a buscar a su médico, el doctor Blest, por un ligero malestar que se convierte en bronquitis y luego en fiebre tifoidea. El consejo de doctores que se había reunido en torno suyo aconseja ponerle un vejigatorio, contra el parecer del médico de cabecera. Nada se podía hacer por un organismo de casi ochenta y cinco años. "Es una lámpara que se apaga", dijo el doctor Blest a la señora Bello, a Isabel Dunn, la compañera de más de cuarenta años de luchas y triunfos. Todavía tuvo una ligera convalecencia pero estaba ya sin fuer-

zas. Debido a la posición decúbito dorsal aparece una mancha gangrenosa en el sacro. Entra entonces en el delirio. En sus sueños recita pasajes de Virgilio y de la *Iliada*. Muere el 15 octubre de 1865, a las 7,45 p. m.³⁵

Muere como había vivido, como un humanista, el mayor que ha producido América, uno de los mayores de la lengua.

35 Además de los datos que ofrecen en sus biografías Amunátegui y Orrego Vicuña, parece fundamental la consulta de A. Murillo: *La última enfermedad de Bello*, in *Suscripción de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andrés Bello*, pp. 35/36.

NOTA COMPLEMENTARIA

EN este libro se ha intentado estudiar, creo que por primera vez en forma sistemática, la evolución poética y crítica de Andrés Bello como un solo proceso. Hay una hermosa unidad en el desarrollo intelectual y creador de Bello, y esto es lo que se quiere mostrar y hasta subrayar por encima de todo aquí. Su primer biógrafo, Miguel Luis Amunátegui, a pesar de estar tan cerca del gran humanista y de comprender con tanta nitidez su actitud general ante el Romanticismo (por ejemplo), no supo mostrar en su meritorio trabajo el paralelismo de esta doble evolución crítica y poética. Los grandes períodos de la vida y creación de Bello (Caracas, Londres, Santiago) están respetados en su obra biográfica pero la verdadera evolución interior, la que determina otras divisiones más sutiles en la biografía de Bello, eso se le escapa a Amunátegui. Su libro suele confundir la cronología y subdivide de tal modo la narración biográfica que acontecimientos coetáneos, y que por lo mismo se determinan recíprocamente, aparecen absolutamente separados e inco nexos. Pongo un ejemplo, suficientemente luminoso, me parece: al estudiar *El proscrito* (poema que él mismo contribuyó a descifrar del manuscrito en que lo dejó Bello) no se le ocurre para nada vincular la suspensión del poema con la muerte de Francisco Bello, muerte que provocó en el padre la decisión de abandonar la creación poética. (En el capítulo VII de este trabajo se encuentra un estudio detenido de la circunstancia humana y literaria aludida). Este defecto de método crítico impidió que ya en 1882 Amunátegui despejara para siempre muchos malentendidos que suscitaron las polémicas de 1842. En su *Vida* él se refiere a dichas polémicas sólo en forma lateral, lo que es un grave error.

Otros críticos posteriores (Miguel Antonio Caro, Menéndez Pe- layo, Fernando Paz Castillo, Fernando Alegría) se han acercado a la obra de Bello con penetración y simpatía pero han incurrido en el mismo error de Amunátegui: estudiar la evolución poética de Bello sin cuidar la evolución paralela de su estética y de su larga experiencia crítica. De ese modo, por una u otra causa, han caracterizado erróneamente dicha evolución, llegando a saltarse por completo períodos enteros, como podrá advertir quien se tome el trabajo de comparar sus análisis con los que se practican en este libro.

Para poder subsanar esa omisión, este libro amplía el análisis literario hasta el terreno biográfico mismo. Ha sido necesario, pues, trazar primero la biografía de Bello, respetando cuidadosamente los verdaderos períodos de su evolución literaria profunda, para inscribir luego en ellos la creación poética y crítica. De este modo, lo que este libro ofrece es algo más que un examen de la obra de Bello: es también una narración de su vida *literaria*. Insisto en el calificativo de *literaria* porque, como se sabe, Bello tuvo una copiosa vida extraliteraria. Fue diplomático y político, senador e internacionalista, rector de la Universidad de Chile y jurisconsulto, gramático y hombre de ciencia. Bello fue tantas otras cosas que no rozan la literatura o sólo la rozan tangencialmente que para trazar su biografía completa se requeriría un equipo de expertos en todas las ramas del saber humano. Aquí se ha buscado trazar únicamente su vida literaria, tocando al pasar y sólo al pasar algunos temas que no son estrictamente literarios pero que encontraron cómo afectar también lo literario (su amistad con Bolívar, por ejemplo; la calumnia sobre una supuesta delación a las autoridades españolas en 1810). Tales temas, por su repercusión en la obra creadora, no podían estar del todo ausentes aquí.

No se me ocultan, es claro, los riesgos de practicar en la magnífica unidad que es Andrés Bello semejante corte. Pero es preferible correr ese riesgo a sepultar (literalmente) el estudio de su obra creadora en la exposición —necesariamente extractada de fuentes ajenas— de todas las facetas de su larga carrera. El Bello que emerge de este libro es, por eso, un Bello parcial aunque (se me ocurre) sea un Bello central. Porque en su creación literaria, en esa doble creación de crítica y poesía, se encuentra a mi juicio lo que es más original al tiempo que lo que es más comprometedoramente personal de su obra. De ahí que haya utilizado tanto, para vitalizar la imagen del

creador, los testimonios inmediatos de su circunstancia biográfica: cartas, retratos literarios, anécdotas.

* * *

En segundo lugar, esta obra se propone reponer la creación de Bello en el vasto marco histórico en que realmente se desarrolló, extendiendo cuando es necesario el examen desde su creación personal hasta la de aquellos escritores con los que estuvo en contacto. En la narración aparecen junto a Bello hombres como Blanco White y Olmedo, como José Joaquín de Mora y José Victorino Lastarria, como Sarmiento y Bilbao; hombres que en uno u otro momento de su carrera se levantaron a su lado y proyectaron sobre él sombra o influencia; hombres que de él recibieron sombra o influencia. Muchas veces se ofrece aquí sólo una imagen de estos hombres: la que vio y trató Bello; otras veces, la iluminación abarca más campo y deja entrever al individuo entero. Pero de ninguna manera se ha pretendido que cada uno de ellos tenga vida independiente. Aquí, Bello es siempre el centro. En otros trabajos que preparo (sobre Heredia en Nueva York, Echeverría en París, Mora en América del Sur) se verán estos mismos temas, y en parte el mismo elenco, pero desde ángulos biográficos y críticos, distintos.

Al estudiar a Bello junto a ciertos creadores coetáneos suyos, he tenido en cuenta también la evolución de la literatura general a la que siempre asistió Bello como lector omnívoro y como crítico orientador. Todas las letras del medio siglo europeo e hispanoamericano en que se inscribe su obra más fecunda, pasaron bajo sus ojos de inagotable curiosidad. Y no sólo pasaron: también se vieron asediadas y analizadas, y fueron vinculadas por su saber enciclopédico con las letras de los veintitantos siglos de cultura occidental que las preceden. Porque Bello está tan cerca de Horacio como de Hugo, y en alguno de sus poemas (como ha señalado penetrantemente Pedro Grasés) contamina el texto romántico de uno con las reflexiones clásicas del otro. En su madurez literaria, Bello encerrará con amplio y generoso ademán, en un solo movimiento del discurso, toda la literatura de su tiempo.

* * *

En tercer lugar, este libro se apoya —casi sin excepción— en la consulta directa de las publicaciones periódicas que Bello fundó o

en las que colaboró asiduamente. De esta manera, he podido rectificar mucho error cronológico de anteriores críticos, y he podido precisar así mejor el conocimiento por parte de Bello de los mejores autores del Romanticismo europeo, tema que fue puesto precisamente en cuestión por las polémicas de 1842. Ya en su período londinense, y antes de trasladarse a Chile en 1829, Bello aparece manejando a Scott y a Byron, para citar dos de los más notorios escritores románticos de ese tiempo. Por esta circunstancia, es posible advertir mejor, que Bello es uno de los primeros viajeros hispanoamericanos que llega a tierras románticas.

La explicación de la ceguera de tantos críticos hispanoamericanos en este punto es sin embargo simple. Como se ha buscado determinar la introducción del Romanticismo en América por la vía de Francia, la vía de Echeverría, se ha descontado siempre la posibilidad de otras fuentes. Así, sólo recientemente se ha comprendido que Bello estuvo en Inglaterra casi veinte años y en plena época romántica; o que Heredia vivió en Nueva York en el mismo período. En el caso de Bello, la ceguera fue doble, porque muchos críticos parecieron no ver que el Romanticismo inglés es no sólo cronológicamente anterior al francés sino más decisivo en la primera parte del siglo XIX. De esos errores o distracciones deriva la creencia de que Bello debió esperar a la difusión en el Plata de la obra de Lamartine y Alexandre Dumas para saber qué era el Romanticismo.

También se ha podido precisar en este libro (y ésta es la materia de uno de los capítulos que exhuma una mayor documentación crítica, el V), que desde su llegada a Chile y a partir de la fundación de *El Araucano* (1830), se empeña Bello en la difusión discreta pero firme de los mejores valores de la literatura entonces llamada "moderna", a través de traducciones y de artículos originales y hasta de poemas propios. Amunátegui ya había señalado esta precedencia de Bello pero no consiguió documentarla críticamente como era debido.

Al no ordenar en estricta secuencia cronológica los textos de Bello, al no saber mostrar hasta qué punto sus conceptos estaban adelantados con respecto a los de sus contemporáneos hispanoamericanos, Amunátegui no pudo probar lo que veía con claridad. Afirmó y documentó muchas cosas importantes (el valor del artículo de 1841 sobre Hermosilla, el discurso de inauguración de la Universidad de

1843, el análisis de los estudios críticos de Alberto Lista, en 1848), pero teniendo como tenía casi todos los documentos en la mano, no pudo probar todo y se le escaparon muchas cosas fundamentales. No advertió que Bello había publicado su traducción del artículo de Bulwer sobre Byron en *El Araucano*; no se enteró que la traducción de *Teresa*, hecha por Bello, es de 1837. Estas y otras omisiones significativas de su inmensa erudición malograron su esfuerzo por ofrecer una imagen cabal de Bello. En este sentido, su obra fracasa, aunque en el otro sentido de marcar un rumbo exacto de interpretación, es un acierto completo.

* * *

Quisiera que se considerase este libro, en cierta modesta manera, como un complemento y una puesta al día, con métodos más modernos y una visión más crítica, de esa enorme biografía. Porque fue al ir leyendo —con irritación y deleite mezclados— que concebí hace muchos años la necesidad de emprender este trabajo, de reconstruir en toda su nitidez y detalle la verdadera evolución literaria de Bello. Conviene ilustrar con alguna circunstancia particular el proceso de esta investigación y de este libro. Los trabajos preliminares fueron iniciados en la Universidad de Cambridge (Inglaterra), en octubre de 1950. Allí y en la biblioteca del British Museum de Londres pude consultar hasta mayo de 1951 el repertorio bibliográfico inglés que cubre el período de la estancia de Bello en Inglaterra. Leí entonces no sólo las publicaciones de Bello (la *Biblioteca Americana*, 1823, el *Repertorio Americano*, 1826/27) sino también los periódicos y publicaciones de los exilados españoles de esa época. Revisé asimismo libros y periódicos ingleses coetáneos.

La investigación prosiguió en Montevideo, con el material hispanoamericano de la Biblioteca Nacional. Una conclusión preliminar a la que había llegado en esa etapa del trabajo fue anticipada públicamente en dos oportunidades: en una lectura por la Radio Oficial de Montevideo, en setiembre 20, 1951; y en un trabajo titulado "Andrés Bello y el Romanticismo", que publicó la revista *Número* (Año V, No. 23/24, Montevideo, abril-setiembre 1953, pp. 151/180). En el verano de 1953/1954 pude trasladarme a Santiago de Chile y consultar el fondo documental y bibliográfico de la Biblioteca Nacional. De esta manera se inició la segunda etapa de esta investigación; en ella logré completar el examen de las fuentes biblio-

gráficas que cubren el período más fecundo de la vida de Bello: su estancia en Chile, 1829/1865. De regreso en Montevideo, pude iniciar el desarrollo sistemático del material consultado en Inglaterra y Chile, y la preparación definitiva del texto de este libro. Para la consulta del material crítico elaborado coetáneamente en Venezuela por un equipo de notables eruditos, conté con la valiosa colaboración de don Rafael Caldera y de don Pedro Grases, quienes accedieron generosamente a una solicitud que les hice llegar por carta, me enviaron los volúmenes y los periódicos en que se ha ido recogiendo parte del rico material que desde hace algunos años se está concentrando en la tierra natal de Bello y que ha culminado en la monumental edición de sus *Obras completas*, actualmente en curso de publicación en Caracas.

No hubiera podido llevar a cabo esta investigación sin la ayuda de algunas instituciones como el Consejo Británico que me concedió una beca de estudios en Inglaterra durante el año académico de 1950/51 y facilitó todas mis gestiones en Cambridge y en Londres. Tampoco hubiera podido llevar a cabo la segunda parte de la misma sin el apoyo de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual que facilitó mi estadía en Santiago durante los meses de diciembre 1953 - marzo 1954. Para la redacción definitiva de este trabajo he contado con la cooperación de la Facultad de Humanidades y Ciencias, de Montevideo, que aprobó en junio 1954 el plan de investigación original que oportunamente presenté y me invitó a llevarlo a cabo bajo sus auspicios.

La redacción del presente libro fue concluida en abril 1956 y entregada el mismo mes a la Facultad de Humanidades, la que nombró una Comisión asesora. En junio 5, 1957, la Comisión —integrada por los profesores Alfonso Llambías de Azevedo, profesor de Literatura Iberoamericana de la Facultad, Carlos Real de Azúa, profesor de Literatura Hispanoamericana del Instituto de Profesores y Hyalmar Blixen, profesor de Literatura Hispanoamericana del Instituto de Estudios Superiores— se expidió en términos favorables para el trabajo, señalando que se “trata de una investigación seria, metódica y con aportes verdaderamente inéditos hasta la fecha sobre el tema propuesto”, recomendando “muy especialmente” la publicación de dicho trabajo por parte de la Facultad.

Esta publicación no pudo realizarse por falta de fondos. El libro quedó descansando en una gaveta, en la mejor tradición bellística.

Una posterior beca del Consejo de Enseñanza Secundaria (Londres, 1957/1960) me permitió volver sobre el terreno y completar considerablemente los capítulos sobre la estancia de Bello en Inglaterra. Más tarde, pude ponerme en contacto (en Nueva York, 1962, y en París, 1965/1968) con otras fuentes bibliográficas complementarias y, en particular, con las que permiten precisar mejor las figuras de Heredia y Echeverría. Pero ya a esta altura, era imposible seguir revisando el texto de 1956. He preferido, pues, dejarlo como está y publicarlo ahora así. Espero poder continuar mis estudios sobre este período en el futuro inmediato y me prometo aprovechar entonces ese nuevo material.

* * *

Además de las deudas expresadas ya directa o indirectamente en las notas a cada capítulo o aquí mismo, quisiera reconocer ahora explícitamente la generosa ayuda de algunas personas. En primer lugar, quiero agradecer al Sr. Derek Traversi, ex-representante del Consejo Británico en Montevideo, el apoyo que prestó a esta investigación en sus momentos iniciales; sin su confianza, tal vez nunca me hubiera decidido a ir a Inglaterra. También debo mucho a don José Santos González Vera, de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual, que facilitó el viaje a Santiago y allí lo hizo no sólo provechoso sino placentero. Debo estímulo asimismo al profesor Alfonso Llambías de Azevedo, que asesoró a la Facultad de Humanidades de Montevideo sobre la oportunidad de esta investigación e hizo todo lo posible para que el libro que la culmina fuese publicado allí. De otra índole es la deuda con amigos como George Pendle, de Londres, que más de una vez se ocupó de localizar materiales en Inglaterra, al mismo tiempo que seguía con amistad y buen humor las laberínticas etapas de preparación de este libro. Otras personas (Zoraida Nebot, Mario Trajtenberg) me ayudaron a pasar en limpio la primera versión de este libro e hicieron valiosas observaciones sobre su texto. A todos ellos quiero agradecerles hoy el interés, la atención, la amistad. - E.R.M.

Yale University

APENDICES

Me parece útil recoger en estos apéndices la lista de obras románticas o prerrománticas que poseía la Biblioteca de Bello en el momento de su inventario por Diego Barros Arana (junio 15, 1867) así como las obras del mismo período que registran los inventarios de la Biblioteca Nacional de Santiago (agosto 1854). De esta manera puede tenerse una idea aproximada de qué títulos de la literatura moderna eran accesibles en Chile durante la última etapa de la vida de Bello.

I

BIBLIOTECA DE ANDRES BELLO

CATALOGO I TAZACION / de las / obras que fueron del señor don Andrés Bello, las / cuales se compraron, a fines de 1867, por la / Biblioteca Nacional. [Manuscrito, 170 pp.].

[Pág. 6]

Charles Dickens:

American Notes, París, Baudry, 1842.

Sketches by Boz, id., 1830.

The Pic Nic [sic] *Papers* (By various hands. Edited by), id., 1841.

Barnaby Rudge, París, Baudry, 1842.

Dealings with the firm of Donbey and Son, Wholesale, Retail and for Exportation, París, Baudry, 1848.

Pictures from Italy, París, Baudry, 1848.

The Life and Adventures of Nicholas Nickleby, with numerous illustrations by Phiz, Philadelphia, Lea and Blanchard, 1840.

The Posthumous Papers of the Pickwick Club. A new edition with numerous illustrations by Sam Weller and Alfred Crowquill. Philadelphia, Carey Lea and Blanchard, 1838.

David Copperfield: Lea and Blanchard.

Master Humphrey's Clock, Paris Baudry, 1841.

Oliver Twist, or the Parish Boy's progress, Paris, Baudry, 1839.

Great Expectations, with illustrations by Marcus Stone, London Chapman and Hall, 1864.

[Pág. 7]

William M. Thackeray: *Vanity Fair*, A Novel without a hero, with illustrations by the Author. New York, Harper and Brothers, 1864.

The Newcomes —Memoires of a most respectable family— edited by Arthur Pendennis. New York, Harper and Brothers, 1859.

The Adventures of Philip on his way through the world. With illustrations —New York, Harper and Brothers, 1859.

The Virginians. A Tale of the Last Century. New York, Harper and Brothers, 1859.

The History of Pendennis. Copyright Edition, Leipzig, Bernhard Tauchnitz, 1849.

The English Humorists of the Eighteenth Century, Copyright Edition. Leipzig, Bernhard Tauchnitz, 1853.

Roundabout Papers, with illustrations, New York, Harper and Borthers, 1864.

E. L. Bulwer:

Rienzi — *The last of the Tribunes*, 1836.

Eugene Aram. A Tale, 1836.

Paul Clifford. 1838.

Devereux. A Tale. 1826.

Petham; or the adventure of a gentleman, revised edition, 1835.

Ernest Maltravers, 1837.

Athens, its rise and fall, 1837.

Alice, or the Mysteries —a sequel to Ernest Maltravers, 1838.

Tale of the Crusaders. Tale 1: The Bethroted, 1832. [Es de Walter Scott, aunque por error se da como de Bulwer].

The Student, a series of papers, 1838.

A Letter to a late cabinet minister on the present crisis, 1835.

The Pilgrims of the Rhine; Falkland; and Arasmanes, or the Seeker, 1836.

Leila, or the Siege of Granada; and *Calderon*, The Courtier, 1838.

The Last Days of Pompeii, 1839.

The poetical Works, consisting of O'Neill or the Rebel —The Siamese Twins— Milton —Eugene Aram, a tragedy, etc. 1836.

England and the English —from the London fifth edition, 1836.

The Dishonored, 1837.

Walter Scott:

Waverly or 'tis sixty years since, 1837.

Tales of my Landlord, collected and arranged by Jedediah Cleishbotham — Fourth and last Series —Count Robert of Paris —Castle Dangerous— 1831.

Anne of Geierstein, or the Maiden of the Mist, 1838. *Notices and anecdotes* illustrative of the incidents, characters and scenery described in the novels and Romances of - 1833.

Guy Manperings or the Astrologer, 1836.

Woodstock, or the Cavalier, 1832.

Redgauntlet, 1832.

The Monastery, 1838.

Peveril of the Peak, 1832.

The Fortunes of Nigel, 1832.

St. Roman's Well, 1832.

Tales of my Landlord, —Third Series —The Bride of Lamermoor, Alerigid of Montrose, 1839.

Rob Roy, 1838.

Quentin Durward, 1838.
The Antiquary, 1836.
The Abbot, being the sequel to the *Monastery*, 1838.
The Pirate, 1832.
Kenilworth, 1838.
Tales of my Landlord, second series— *The Heart of Miss Lothian*— 1838.
Tales of the Crusaders —Tale II —*The Talisman*, 1832.
Ivanhoe, a romance, 1835.
Chronicles of the Canongate —1832 —*The Highland Widow* —*The two drovers* —*My Aunt* —*Margaret's Mirror* —*The Tapestryed Chamber* —*The Surgeon's daughter*.
Tales of my Landlord —first series —*Black Dwarf* —*Old Mortality*, 1838.
Chronicles of the Canongate, 1832 —*Saint Valentine's Day*; or the *Fair Maid of Perth*, 1832. Paris, Baudry, 40 v.

E. L. Bulwer: *Zanoni* —Paris, Baudry, 1842, 1 v.

Walter Scott: *The Poetical Works* —Philadelphia, Carey and A. Hart, 1839.

Laurence Sterne: *The works* —with a life of the author written by himself —Philadelphia, John Grigg, 1831.

[Pág. 11]

E. Sue: *El juicio errante*. Edición ilustrada por Gavarni, traducida por D. P. Martínez López, París, 1845., 4 vols.

Angel de Saavedra: *El moro espósito* o *Cordova i Burgos en el siglo X*. En un apéndice se añaden la *Florinda* y algunas otras composiciones inéditas del mismo autor. París, 1834.

[Pág. 13]

Lord Byron: *The Island*, of Christian and his Comrades, London, John Hunt, 1823.

Goethe: *Le Faust* —Traduction par M. Henry Blaze— Cinquieme édition, Paris, 1847.

Wilhelm Meister —Traduction complète et nouvelle par Mme. la Baronne de Carlowitz— Paris, 1843.

Tbéatre —Traduction nouvelle par M. X. Marimier —París, 1848.

Les affinités electives —Suivies d'un choix de pensées du même —Trad. nouvelle par Mme. A. de Carlowitz —Paris, 1844.

[Pág. 15]

José Joaquín de Mora: *Leyendas españolas* —Londres, 1840.
Poesías, Madrid-París, 1853.

Angel de Saavedra: *Romances históricos*, París, 1841.

José de Espronceda *El diablo mundo*, —Madrid, 1841.
Poesías Madrid, 1840.

[Pág. 16]

José Zorrilla: *Obras*. Nueva edición corregida, con su biografía por Ildefonso de Ovejas, París, 1852, 3 vols.

[Pag. 17]

Eugene Scribe: *Tbéatre Complet* —Seconde édition, París, 1824 15 vols.

Alejandro Dumas: *Teresa* —traducida por D. Andrés Bello en prosa castellana —Santiago. 1846, 1 v.

Lord Byron: *English Bards and Scotch Reviewers* —A Satyre [sic], London.

[Pág. 19]

Thomas Moore: *The Poetical Works*, Paris.

William Wordsworth: *The Poetical Works*, Philadelphia, 1832.

- José Zorrilla: *Cantos del Trovador*, Madrid, 1840.
- P. J. de Béranger: *Oeuvres Complètes* —Illustrés par Grandville —Paris, 1840.
- Francisco Martínez de la Rosa: *Hernán Pérez del Pulgar*, el de las hazañas (bosquejo histórico) Madrid, 1834.
Obras literarias, París, 1834.
Poesías: las dos comedias "Los celos infundados"; "Lo que puede un empleo", París, 1836.
- [Andrés Bello] *El incendio de la Compañía* —Canto elegíaco, Santiago, 1841.
- Henry W. Longfellow: *Poems*. New and complete edition, London, 1855.
- Lamartine: *Oeuvres Complètes*, Paris, 1836.
Recueils poétiques, Paris, 1840.
La chute d'un ange, Paris, 1840.
- Victor Hugo: *Notre Dame de Paris*, 1840.
Ruy Blas, París, 1838.
Le dernier jour d'un condamné, Paris, 1840.
Cromwell, drama, París, 1836.
Les Misérables, Paris, 1862, 10 vols.
Han de Islande, Roman Paris, 1839.
- Victor Cousin: *Oeuvres* —Nouvelle ed., Paris, Faguerre, 1849.
- Hugh Blair *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* —a new edition —with a critical preface by the Rev. Lionel Thomas Berguer —London, T. and J. Allman, 1825.
- George Campbell: *The Philosophie of Rhetoric* —Seventh edition —London, William Baynes, and son, 1823.
- [Pág. 23]
- D. F. Sarmiento: *De la educación popular* —Santiago, Julio Belin, 1849.

- William Mitford: *An inquiry into the Principles of harmony in language, and of the mechanism of verse, modern and ancient*, Second edition, London, Lake, Hanford, 1804.
- [Pág. 24]
- Charles Nodier: *Notions élémentaires de Linguistique*, ou histoire abrégée de la parole et de l'écriture —Paris, Eugene Rendael, 1834.
- [Pág. 35]
- Antonio José de Irisarri: *Questiones filológicas* — Nueva York, Estévan Nartet 1861 —Tomo I" con algunas notas de D. Andrés Bello.
- [Pág. 55]
- Domingo F. Sarmiento: *Vida de Juan Facundo Quiroga* —Sarmiento, Imp. del Progreso, 1845.
- [Pág. 62]
- Goethe's: *Werke*, Ed. Stuttgart, 1837, 5 v.
- Ludwig Tieck: *Sammltche Werke*, Paris, Cetot frères, 1837.
- Shakespeare: *Works*. con la vida por Barry Cornwall, London, 1844.
- [Pág. 63]
- J. Delille: *Oeuvres*, avec les notes de M. M. Parseval Grandmaison, de Felerz, de Choiseul-Gouffier, Aimé Martin, Descuret, etc., 6^e ed., París, Frimin Didot, frères, 1840.
- Beaumarchais: *Oeuvres Complètes*, précédés d'une notice sur sa vie et ses ouvrages par M. Saint-Marc Girardin, París, Ledentu, 1837.
- [Pág. 66]
- Lord Byron: *The Works*, London, John Murray, 1828, 4 vols.
- [Pág. 68]
- Gabriel A. Real de Azúa: *Poesías diversas*, Paris, Moënard, 1839.

Manuel Bretón de los
Herreros:

La desvergüenza, poema jocoserio, Valparaíso, Imp. del Comercio, 1857.

[Pág. 70]

Gabriel A. Real de Azúa: *Fábulas*, 2 ed. aumentada, Valparaíso, Imp. del Mercurio, 1854.

Angel de Saavedra: *Sublevación de Nápoles*, capitaneada por Masaniello, con sus antecedentes y consecuencias, hasta el restablecimiento del gobierno español —Madrid— Imp. de la Publicidad, 1848.

[Pág. 74]

Chateaubriand: *Congrès de Verona, Guerre d'Espagne, Négotiations, Colonies Espagnoles, Paris*, A. L. Delloye, 1841.

R. W. Emerson: *Representative Men*. Seven lectures. London, G. Routledge and Co., 1853.

Walter Scott: *The History of Scotland*. The Cabinet of History conducted by Rev. Dionysius Lardner assisted by eminent literary and scientific men —Philadelphia, Carney and Lea, 1830.

[Pág. 75]

D. F. Sarmiento: *Bibliotecas Populares*. Exposición e historia de los descubrimientos modernos, tomado del francés de M. Luis Figuier —Santiago, Julio Belin, 1854.

J. J. Rousseau: *Emile*, ou l'éducation. Paris, Pierre Didot & Firmin Didot, 1817.

Julie, ou la nouvelle Heloise, ou lettres de deux amants —Paris, Didot freres, 1816.

Charles Dickens: *The Battle of Life* —Paris, Chapelet, 1847.

The Chimes, 1845, 1 v., id., id.

The Cricket on the hearth, id, id., 1846.

F. A. Chateaubriand: *Atala*, ou les amours de deux sauvages dans le désert, suivi de René —Londres, Fichard Taylor and Co., 1809.

[Pág. 77]

Thomas Campbell: *The Pleasures of Hope* with other poems, 9th edition, Edinburgh, Mandell & Son, 1806.

William Godwin: *Inquiry concerning political justice*, and its influence on moral and happiness —Philadelphia, Bioren and Madam, 1796.

Laurence Sterne: *A Sentimental Journey* through France and Italy, Chriswick, C. Whittingham, 1821.

[Pág. 79]

Volney: *Las Ruinas*, 6ª ed., Madrid, 1823, 1 v.

José Cadalso: *Noches lúgubres; El delincuente honrado*, Burdeos, Beaune, 1827.

José María Heredia: *Poesías*, Nueva York, Bohr i Mall, 1825.

[Pág. 80]

J. Delille: *Oeuvres*, Paris, Michaud, 1822, tomo 9º

Oliver Goldsmith: *Poetical Works*, London, Jones, 1824, 1 v.

William Cowper: *Poems*, London, Scott.

[Pág. 87]

Chateaubriand: *De la Monarchie selon la Charte*, Paris, Le Normant, 1816.

[Pág. 105]

Chateaubriand: *Mémoires d'outre tombe*, Paris, Difour, Molst et Boulanger.

[Pág. 107]

A. de Lamartine: *Histoire des Girondins*, Paris, W. Cogerbert, Furn et Cie., ed., Flon frères, 1847.

[Pág. 115]

José Joaquín de Mora: *Colección de Sinónimos de la lengua castellana*, Publicase de orden de la propia Academia, Madrid, Imp. Nacional, 1855.

[Pág. 121]

Chateaubriand: *Oeuvres*, Nouvelle ed. revue et corrigée, Paris, Pourrat frères, 1836. Faltan tomos (2, 3, 5, 6, 7); están 12 vols.

- Henry Fielding: *The History of Tom Jones, a foundling with a sketch of the author's life*, London, J. F. Dove, 1825, 2 vols.
- Robert Southey: *The Life of Nelson*, London, John Murray, 1831.
- [Pág. 127]
- Lord Macaulay: *Critical and historical essays*, London, Sportiswoods & Co., 1861.
- (Lord Macaulay) *Biographies*, Edinburgh. Adams and Charles Black, 1856.
- [Pág. 130]
- Washington Irving: *The Works*, ed. completa, with a memoir of the author, Paris, Paul Renouard, 1843.
- [Pág. 131]
- A. de Lamartine: *Histoire de la Révolution de 1848*, Paris, Perrotin, ed., J. Clay et Cie., 1849, 2 vols.
- [Pág. 132]
- B. Vicuña Mackenna: *Páginas de mi diario durante tres años de viajes 1853, 54 y 55*, Santiago, Imp. del Ferrocarril, 1856.
- [Pág. 150]
- Herder: *Idées sur la philosophie de l'histoire de L'humanité*, Trad. por Edgar Quinet, con introducción, París, Levrault, 1834.
- [Pág. 152]
- José Joaquín de Mora: *Curso de lógica i ética*, según la escuela de Edinburgo, Lima, José María, 1832.
- [Pág. 161]
- José Joaquín de Mora: *Curso de derechos*. Tomo I. Derecho natural i derecho de gentes— Santiago, Imp. Republicana, 1830, con numerosas correcciones i adiciones de mano del señor Bello.

NOTA: En la transcripción de los títulos y demás características de las obras de la Biblioteca de Bello que podían interesar a esta investigación, se han respetado la ortografía y las anotaciones del tasador, D. Diego Barros Arana. Las palabras puestas entre corchetes no son suyas.

Catálogo Alfabético / i por materias, / de las obras que contiene / la Biblioteca Nacional Egaña / de / Santiago de Chile / Santiago / Imprenta de la Sociedad / Noviembre de 1860. (Impreso. 149 pp.).

[Sección Filosofía]

Burke: *A Philosophical Enquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful*, London, 1824.

Campbell: *The Philosophy of Rethoric*, London, 1823.

Staël de Holstein (Mme.): *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations*, Lausanne, 1756.

[Sección Medicina y Cirugía]

Junior (Robert Burton): *The Anatomy of Melancholy*, London, 1821.

[Sección Viajes]

Chateaubriand: *Itineraire de Paris à Jérusalem et de Jérusalem à Paris*, Paris 1812.

[Sección Historia Civil]

Burke's: *Reflections on the Revolution in France*, London, 1820.

Mora (Joaquín): *Cuadro de la historia de los árabes desde Mahoma hasta la conquista de Granada*. Londres, 1826.

Smollett: *The History of England*, from the Revolution to the Death of George the Second, London, 1794.

[Sección Histórica Eclesiástica]

Constant (Benjamín): *De la Religión*, considérée dans sa source, ses formes et ses developments, Paris, 1826.

[Sección Biográfica]

Scott (Walter): *Vida de Napoleón Buonaparte*, París, 1837.

[Sección Novelas]

Chateaubriand: *Les martyrs, ou le triomphe de la Religion chrétienne*, Paris, 1810.

Goethe: *Werther*, Paris, 1803.

Radcliffe (Anne): *Les mysteres d'Udolphé*, Paris, 1827, 4 v.

L'Italian, ou le confessionnal des pénitents noirs, Paris, 1830.

Scott (Walter) (*Oeuvres de*) Paris, 1830, 27 v.

Les puritains d'Ecosse, Avignon, 1827.

Catálogo por orden alfabético de los libros que contiene la Biblioteca Nacional de Santiago, de Chile. Imp. de la Sociedad, agosto de 1854 (Impreso. 216 pp).

Blanco (W); *El Español* (1810-14).

Mis [sic] Burney: *Evelina ou l'entrée d'une jeune fille dans le monde*.

Byron's (Lord): *The Complete Work* [sic] *illustrated*.

Chateaubriand: *Opúsculos*: Traducción por Angelis.

Los mártires.

Genio del Cristianismo.

Espronceda (José de): *Diablo mundo y poesías sueltas* (1844).

Fielding: *Oeuvres de*.

Goldsmith: *Abregé de l'histoire d'Angleterre*.

The Vikar [sic] *of Wakefield by*.

Klopstock: *La mesiada*: traducida al francés por la Sra. Carlowitz y al castellano por don Patricio de la Esconsura.

Lamartine: *Viaje a Oriente* —1832-33.

Oeuvres complètes.

Histoire des Girondins.

Larra (José): *El Fígaro* [sic].

Ossian, fils de Fingal: *Poésies Galliques* traduites sur l'Anglais de Macpherson par Letourneur.

Rattkiffe [sic]: *The Castles of Athlis*.

Richardson: *Clarisse Harlower* [sic].

(Hay otra edición).

Histoire de Grandison.

Saavedra (Angel): *Romances históricos*.

El moro espósito i otras páginas inéditas.

Schiller: *Théâtre* de, 2 v.

Histoire de la guerre de trente ans, 2 v.

Philosophie de l'histoire, en 18 leçons, traduite de l'allemand par l'abbé Lechal.

Histoire de la littérature ancienne et moderne; traduite de l'allemand por Villian Duchett.

Staël-Holstein (Mme.): *Corina o la Italia*: conforme a la última edición francesa.

- Sue (Eugenio): *Plick i Plock*.
Misterios de Paris.
El judío errante.
Matilde o Memorias de una joven.
- Thompson [sic]: *Les saisons*.
- Trueba (Consejo): *L' Espagne Romantique*.
- De Vigni [sic] (Alfred): *Oeuvre de*.
- Villemain: *Cours de littérature française, Moyen Age, 18e. siècle*.
- Winckelmann: *Histoire de l'art chez les anciens*, ed. 1802.
 (Hay otra edición de 1789).
De l'allegorie.
Notes sur l'architecture des anciens.
Lettres et pièces divers.
- Yorik [sic]: *Sentimental Journey through France and Italy*.
- Young (Edouard [sic]): *Le notti de*: trad. da Alberti.
Oeuvres de, par Le Tourneur, 1827.
Les Nuits, par Le Tourneur, ed. 1809.
Oeuvres diverses de, trad. Le Tourneur, Paris, 1770.
Les Nuits, trad. Le Tourneur, Amsterdam, 1771.
- Zorrilla (José): *Poesías de*.
La azucena silvestre, 1849.
 (Una anotación manuscrita dice: "Hay también *Cantos del Trobador*, 1844, Nº 33").

INDICE

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	13
PRIMERA PARTE	
CAPITULO I	
<i>Los Orígenes: Caracas (1781-1810)</i>	19
Estudios Humanistas	23
Un Visitante Ilustre	25
Trabajos y Proyectos Literarios	28
El Calendario Manual	30
Su Poesía Neoclásica	34
La Oda a Un Samán	38
CAPITULO II	
<i>El Duro Exilio Europeo: Londres (1810-1823)</i>	41
La Inglaterra Romántica	41
Instalación en Londres	43
Amistad con Blanco White	45
Vida Familiar	47
Vida Literaria	50
La Literatura Medieval	53
Encuentro con Irisarri	58
Una Crisis Espiritual	62
El Viaje a París	64
La Biblioteca Americana	65
Alcución a la Poesía	69
Algunas Reservas al Neoclasicismo	72

Un Anticipo Erudito	75
Atisbos Románticos	77

CAPITULO III

<i>La Primera Madurez: Londres (1824-1829)</i>	79
Los Emigrados Españoles	79
Un Seguro Estímulo	81
Entre Irisarri y Egaña	82
La Amistad con Olmedo	88
La Epístola a Olmedo	92
La Nueva Revista	95
El Repertorio Americano	99
La Silva a la Agricultura	102
La Naturaleza Europea	108
La Nueva Perspectiva Crítica	109
El Contagio Romántico	118
El Orlando Enamorado	120
La Amistad con Fernández Madrid	123
Las Relaciones con Bolívar	125
El Regreso a América	136

SEGUNDA PARTE

CAPITULO IV

<i>La Ardua Aclimatación: Santiago (1829-1831)</i>	141
Una Fabulosa Cosecha	141
El Viaje a Chile	143
Una Crisis Pasajera	147
Un Artículo de Crítica	149
La Dudososa Paternidad	152
José Joaquín de Mora	159
Los Antecedentes de una Polémica	165
La Polémica con Mora	170
Adiós a Mora	174
El Extranjero	177

Las Traducciones de Hugo	328
El Semanario de Santiago	335
El Crepúsculo	337
Aparece Francisco Bilbao	339
Villemain sobre Byron	346
La Fundación de la Universidad	352
Las Relaciones con Sarmiento	357
La Memoria Histórica de Lastarria	361
El Proscrito	368
Francisco Bello	376
La Casita de Peñalolén	379
El Mosaico	383
La Revista de Santiago	390
Los Ensayos de Lista	396

CAPITULO VIII

<i>El Viejo Maestro: Santiago (1850-1865)</i>	403
Luz y Sombra	403
La Sociedad de la Igualdad	404
Sátira Poética	408
Dos Diálogos en Verso	414
Censuras al Romanticismo	418
Contra los Folletines	422
Cosecha del Medio Siglo	427
Los Días de sus Hijos	429
Comentarios a Ticknor	437
Los Ultimos Preparativos	439
Un Viejo Hábito	443
<i>Nota Complementaria</i>	447
<i>Apéndices</i>	457

CAPITULO V

<i>Una Predica Incesante: Santiago (1831-1841)</i>	181
El Período Desdeñado	181
Fundación de "El Araucano"	182
La Censura de Libros	185
La Defensa del Teatro	193
Su Teoría Dramática	198
Difusión del Romanticismo	206
Paréntesis para Olmedo	209
Principales Artículos Críticos	213
Ataques a Hermosilla	220
La Poesía del Período	225
El Incendio de la Compañía	231
Un Comentario de la Epoca	234

CAPITULO VI

<i>Las Polémicas del Romanticismo: Santiago (1842)</i>	239
Algunos Malentendidos	239
Los Recuerdos de Lastarria	241
Sarmiento en Chile	249
Encuentro con Lastarria	252
El Prólogo	258
Planteo de la Primera Polémica	260
La Pasión de Sarmiento	270
El Monólogo de Lastarria	276
La Segunda Polémica	283
Los Jóvenes Chilenos Atacan	290
Reaparece Sarmiento	295
Entre Bastidores	304
La Ultima Palabra	310

TERCERA PARTE

CAPITULO VII

<i>El Hermano Mayor: Santiago (1842-1850)</i>	323
Una Medida Propia	323
El Museo de Ambas Américas	325